

DGCL

A

+ 16 5594

C. 1212618

M. Grayabel

2 pesos

DOÑA ISABEL

LA CATÓLICA



147512

CARNICERÍA



DOÑA ISABEL LA CATÓLICA,

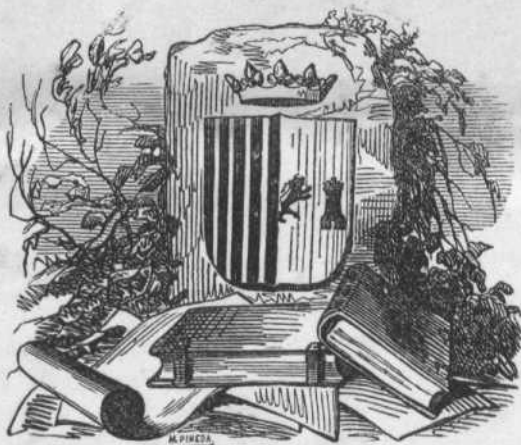
NOVELA HISTORICA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Publicacion de los Sres. Cabello y hermano.

TOMO I.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. VICENTE, CALLE DE LAVAPIES, NÚM. 10.

1851.

DOÑA ISABEL LA CATÓLICA

NOVELA HISTÓRICA

NOV

D. MANUEL CASANOVES Y GONZÁLEZ

Publicado de los años 2122, 2123 y 2124.

TOMO I

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE A. VARELA, CALLE DE LAYANES, N.º 10.

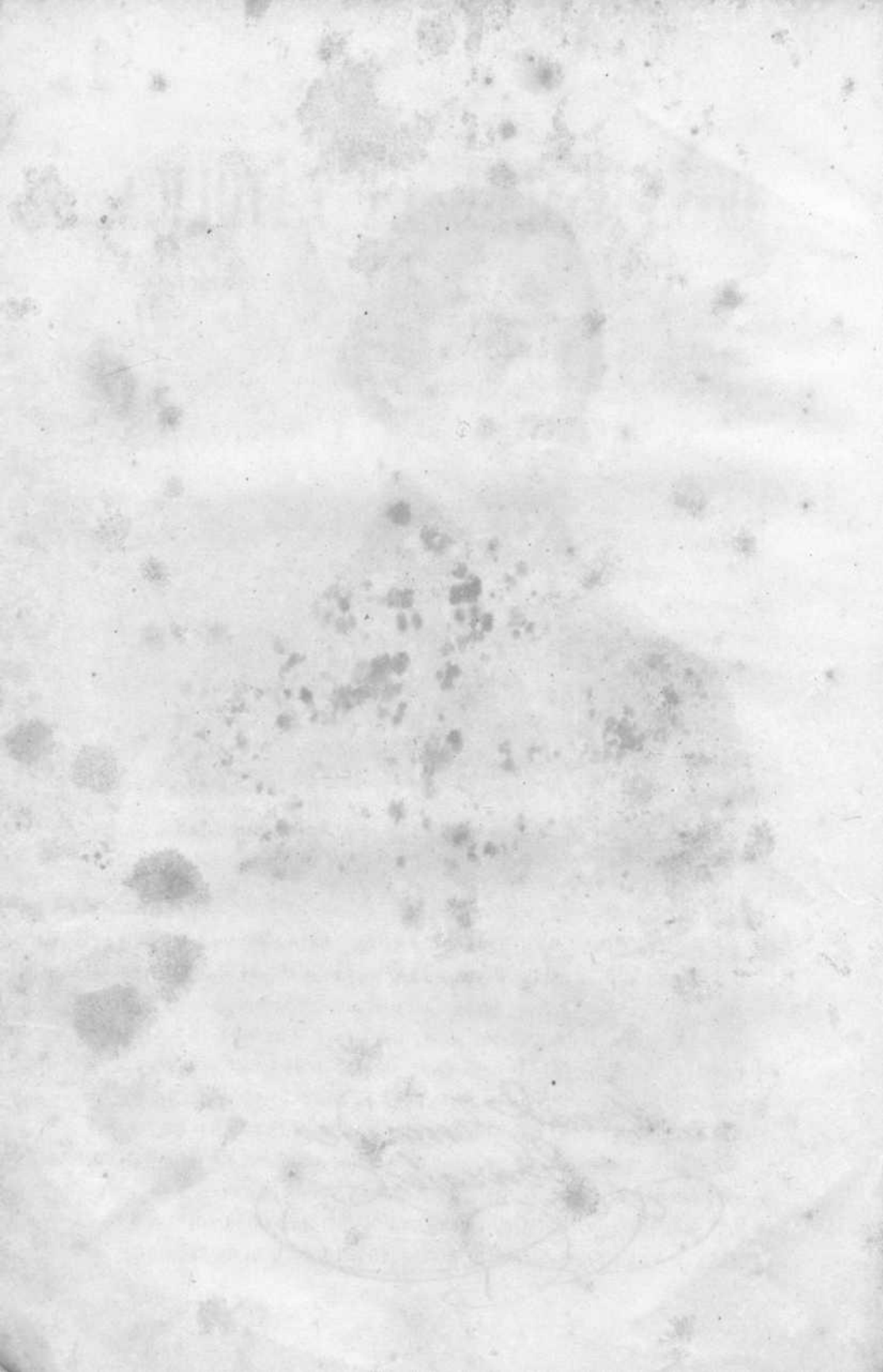
1881

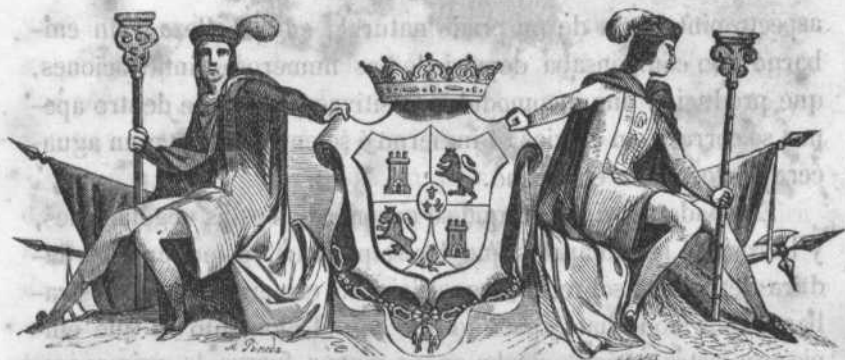




M. Pinco

*Man. Fernandez
y Gonzalez*





LIBRO I.

Beltran de la Cueva.

CAPITULO I.

De cómo la ambicion de un arcediano y el amor de una dama, hicieron dar los primeros pasos á Beltran de la Cueva en la senda de la fortuna.



ABIA en Úbeda, al mediar el siglo xv, junto á la puerta de Santa Lucía, por la parte de adentro y adherida al ángulo que con una torre formaba la muralla, una casa de un solo piso, de ancha y pendiente cubierta, interrumpida acá y allá por tragaluces aboartillados, y en la cual no podía juzgarse de la materia que la defendia de la lluvia, ya fuese pizarra, teja ó ladrillo, por impedirlo un espeso revestimiento de yerbas verdes y lozanas, producto del descuido de sus moradores, que la daban el

aspecto pintoresco de un prado natural, cuya belleza, sin embargo, no compensaba demasiado las numerosas infiltraciones, que producian una incomodidad positiva para los de dentro apenas se cerraba en lluvias el invierno ó se encapotaba en un aguacero de tormenta el verano.

El estado de vigor en que se encontraban estas vegetaciones, y lo rojo de las amapolas que las salpicaban, como una bordadura de corales sobre una superficie de esmeraldas, demostraban de un modo harto patente que, en el momento en que empieza nuestra accion, estaba en su mayor fuerza la primavera.

Como si el techo de la casa no hubiera sido mas que la alteracion de un plano general, el terreno de una ancha plaza en que estaba situada, mostrábase enriquecido del mismo modo por una bizarra coleccion de mil distintas familias de yerbas, musgos y lentiscos, entre los cuales descollaban ó se escondian florecillas silvestres profusamente variadas en formas y colores.

Por cima de estas galas naturales, y por decirlo asi, sirviéndolas de marco, se levantaban de la parte de la ciudad las tapias de los corrales de las casas vecinas, agrupadas en negros montones y cruzadas por callejas estrechas y sucias, en cada una de las cuales nacia un sendero que iba á unirse, como las ramas de un árbol á su tronco, al camino que, procediendo de la puerta del muro, se prolongaba, perdiéndose á poca distancia en una revuelta de la calle Real. Por la parte que miraba afuera, este marco ó valla estaba formado por una cortina almenada, por tres torreones, que entonces eran ya viejos, y que ya no existen, y por la casa del techo-pradera y sus dependencias, que consistian en un corral y un establo.

La tal plaza ó espacio, como mejor queramos, no tenia nombre, propiamente hablando, sino un apodo semejante á los que la opinion pública inventa para caracterizar á un individuo. Espliquémonos: desde tiempo inmemorial aquel espacio habia sido conocido por el sobrenombre del morador de la casa parásita de la muralla, variando por lo tanto de nombre cada vez que aparecia un nuevo propietario. Esto, desde la primitiva construccion de aquella especie de barraca, habia acontecido muchas veces;

y en fin, por el tiempo á que nos referimos, se llamaba el Vergel del Galgo cojo, denominacion estraña, debida á la malignidad popular, que ridiculiza en el pobre lo mismo que respeta con una sumision servil en el poderoso.

La causa de esta calificacion podia denominarse una causa de bulto, puesto que consistia en un enorme escudo de piedra berroqueña, enclavado sobre la puerta de la casa en los tapiales de tierra, formando con lo feble y movedido de su materia un contraste tal, que bastaba por sí solo á demostrar que un blason tallado en tan colosales dimensiones, adornado de tal modo en su timbre con penachos y lambrequines, y enriquecido con todas las escelencias que enseña el estudio de la ciencia heráldica, debia, sin duda alguna, haber pertenecido á un fuerte castillo con adarves puntiagudos y botareles góticos, ó cuando menos á una maciza casa solariega, antes de ser trasladada á aquella sobre la cual venian á posarse las simientes en las alas del viento del otoño, para brotar de una manera vigorosa al primer soplo de las auras primaverales.

El vulgo tomó acta de estas singularidades, ó si se quiere discordancias, y á consecuencia de ellas espizó la vida privada del morador de la casa, que era un viejo cojo, flaco y encorvado, que no por eso dejaba de llevar jubon y caperuza de seda, aunque un tanto ajados, deslucidos á hilachosos, capa larga de paño fino de Segovia, de remota fecha, y espada y daga relucientes, pero gastadas ya por el continuo uso, y el no menos continuo frote de una esmerada limpieza.

Solia ademas este señor cabalgar de tiempo en tiempo sobre una especie de rocinante flaco y débil, que debió ser un escelente vicho cincuenta años antes; gastaba fueros, si no rentas, de gran señor; resistia con una constancia heroica las exigencias del ayuntamiento en todo lo que tuviese relacion, aunque indirecta, con pecho ó carga concejil, y firmaba sus reclamaciones, protestas y querellas con una letra gorda, irregular y semibárbara, en que se entendian á duras penas estas palabras: «*El hijo-dalgo don Diego de la Cueva.*»

Pero lo que no podia sufrir el vulgo, era que un hombre que

vivia menudamente con el mezquino arriendo de unas tierrecillas estériles, y cuyos dos hijos eran el uno sacristan y el otro amanuense del señor *arcediano*, se permitiese el aspecto y las maneras de una superioridad irritante y desdenosa, y lo que parecía doblemente escandaloso, que se hombrease como un igual con el alto y poderoso señor marqués de Santillana, don Iñigo Lopez de Mendoza, sin descaperuzarse, ó mas claro, sin descubrirse jamás á su paso, aunque le encontrase faz á faz en las puertas de la iglesia, ó camino de ella, únicos lugares frecuentados por el vanidoso hidalgo.

Por estas y otras razones púsose en evidencia el buen don Diego, y cayó bajo el fatal dominio de la opinion pública, que se vengó de su orgullo de una manera cruel para la víctima: encontraron en mal hora que la palabra *galgo*, á mas de ser consonante de hidalgo, era admirablemente análoga á la flacura y sutileza de su persona, y en particular de sus piernas; y echando mano de su mas reparable defecto físico, sin consideracion á lo que merecian la honradez, las desgracias y demas cualidades recomendables del buen caballero, cuya nobleza era añeja é indudable, con un tanto de título y solar, aunque falta del brillo de la riqueza, rompieron por todo con una malignidad irritante, y le sobrellamaron el Galgo cojo.

Inútil es decir que desde el dia en que la opinion pública inventó, aplaudió y acogió esta calificacion, no volvió á nombrarse al hidalgo de otro modo, y que por la índole de aquellos tiempos prestó su apodo á su casa y á la pradera en que estaba situada.

Don Diego oyó por primera vez con cólera la rechifla, sintió un furioso deseo de vengarse, y al fin calló; el único recurso que le quedaba era el de los seres débiles: el sufrimiento. Viejo, inútil y cansado; niños aun sus hijos, y demasiado pobre para que la justicia le amparase, hízose por necesidad filósofo, redobló su orgullo, se encerró en su casa y vejetó.

Hé aquí por qué razon conocia el vulgo por el nombre del Galgo cojo la morada en que vivia, ó por mejor decir, vejetaba don Diego de la Cueva.

Vengamos pues al asunto.

Era la tarde y á puestas del sol de uno de los últimos dias del mes de abril de 1455. Mostrábase despejado y radiante el cielo, tibio el ambiente é impregnado con los silvestres aromas del vecino campo; levantábase la luna tras las azules sierras del lejano horizonte, y enriquecida la tierra con su espléndida vestidura de verdores, incitaba á uno de esos deliciosos paseos vespertinos, en que el espíritu se dilata ante los encantos de la naturaleza, que reaparece vírgen y magnífica con cada primavera.

La puerta de Santa Lucía estaba mas concurrida que de costumbre, y el aspecto de su animacion bastaba por sí solo para marcar el carácter de un pueblo y de una época.

Cruzábanse en un continuo flujo y reflujó todas las gradaciones sociales, que entonces podian llamarse castas, teniendo en cuenta la índole de aquellos tiempos. Distinguíanse á primera vista los abusos sociales, generadores de tantas miserias, en el abyecto y servil temor con que el pobre se descubria, inclinándose, al pasar junto al rico; en el aspecto orgulloso y despótico de los nobles, y en la espresion de beatitud y dominio de los frailes.

Entonces cada clase ocupaba estrictamente su lugar, se entendié, desde el alto clero y la alta nobleza en descenso, puesto que no podia decirse del *rey abajo ninguno*, porque la corona no era otra cosa que un mueble heredado y gravado con los enormes censos y cargas que la hacian sufrir ricos-hombres, abades y arzobispos. El trono, si no estaba vacante, se hallaba siempre constituido en una minoría de hecho; todos sabemos que Enrique II, Juan I, Enrique III, Juan II y Enrique IV, débiles los unos, imbéciles los otros, no eran en manos del clero ó de la nobleza otra cosa que grandes niños coronados á quienes se dominaba por el terror, ó se entretenia con una ramera, una jauria, un favorito ó un poeta.

Las donaciones y los derechos, arrebatados por los poderosos á la nulidad real; las usurpaciones y las cargas hechas ó impuestas al pueblo; el embrutecimiento de este, causado por el mas ominoso despotismo, y los abusos mas lamentables, le constituian en el tristísimo estado de un cuerpo disuelto que vive, sí, pero con la horrible vida de lo corrupcion, como vive la materia por

una ley eterna é inmutable, cuando han desaparecido el poder de la unidad, de la afinidad, de las relaciones; vivia, pero agangrenado, roído por gusanos voraces, é inerte en sus dolores y su miseria.

Todo lo que hemos apuntado rápidamente traia pensativo y cavizbajo á un jóven como de veinte años, que vestido modestamente, pero con trage igual en su corte al de los nobles de entonces, estaba sentado en un poyo de piedra bajo el emparrado que servia de dosel al gran escudo de los de la Cueva en la casa del Galgo cojo.

La buena configuracion de sus formas lucia bajo una almilla y unos pantalones ajustados de paño oscuro, y su cabellera, rubia y abundante, se ensanchaba bajo una caperuza de velludo usado, un tanto puntiaguda por detrás, y muy semejante á algunas de nuestras gorras de viaje.

Su rostro podria servirle de una excelente recomendacion, tratándose del sexo bello; tenia regularidad, contornos puros, color blanco y ligeramente sonrosado, frente espaciosa y noble, ojos negros y penetrantes, y boca no muy reducida, pero expresiva, de labios finos y perfectamente á propósito para significar el desprecio ó el desden.

Estaba, como hemos dicho, profundamente abstraído en pensamientos, que podian llamarse políticos, y de tiempo en tiempo, tras una sonrisa de desprecio, lucia en sus ojos una expresion tal de audacia y de orgullo, que podia asegurarse, en vista de ellos, que quien de tal modo se sonreía y miraba debia tener llena de sueños ambiciosos aquella juvenil cabeza, tan pobremente vestida por la indigencia, y tan enriquecida por la naturaleza con blondos y sedosos cabellos.

Estaba la puerta de la casa abierta, y por ella se veia sentada en el medio de un ancho portalon á una vieja ocupada á espacios en tirar del copo de una rueca, ó en acariciar á un enorme gatazo negro, poltronamente acomodado sobre sus rodillas.

Pasaron así algunos momentos, la vieja hilando y el mancebo pensando, hasta que la áspera voz de la primera sacó de sus pensamientos al segundo.

«¡Hé! ¡Beltránico! ¡señor Beltran! exclamó; ¿qué haceis ahí tan metido en vos que nada veis? Sacudid la pereza y ved de recibir al señor arcediano, que hélo allí por donde viene.»

A la palabra arcediano, el llamado Beltran levantó la cabeza, y, en efecto, vió cerca de la casa, y dirigiéndose en paso reposado hácia ella, un robusto y voluminoso señor de semblante moffetudo y colorado, que por accidentes musculares, producidos por la gordura, parecia estarse sonriendo siempre, y cuyo trage tenia tanto de hombre de iglesia como de hombre de armas, porque se componia de un ropon talar, una gorra de velludo negro con un joyel, y un manto benedictino, bajo cuya voluminosa plegadura asomaba el extremo de una ancha y larga espada de combate.

«¡Hola, seor holgazan! dijo el buen señor en un tono familiar y afectuoso que destruia lo mal sonante de sus palabras; ¿por qué no habeis ido hoy á mi mesa?

—Mi padre está enfermo, señor, contestó el jóven, que se habia descubierto á la llegada del arcediano.

—He visto á vuestro padre, seor mentidor sin memoria, ginete en su rocin, por mas señas, y acompañando al señor marqués de Santillana.

—Querrá decir vuesamercé que iba mi señor padre en compañía de don Íñigo Lopez de Mendoza, contestó Beltran, cuyo orgullo rechazaba todo lo que remotamente tenia relacion con una superioridad cualquiera.

—Sea como vos queráis; aunque en realidad, segun les oí un espacio que me detuve con ellos, se trataba de que el marqués compraria á vuestro padre por un juro de castellanos, durante su vida, sus tierrecicas del baldío.

—¿Con que mi padre?....

—Vende lo que le queda el buen hidalgo; y por lo mismo, vos, que ya sois un hombre, debíais pensar en ayudarle.

—Yo no he nacido para trabajar como un villano cualquiera, contestó con orgullo Beltran; yo no puedo servir abajo de á un rey, ó á un maestro, ó al papa.

—Sé que habeis nacido noble y muy noble, Beltránico; pero

sin embargo, á personas habeis servido y servis que no son ni reyes, ni maestros, y que seria donoso si llegasen á papas.»

Sonrojóse Beltran hasta el punto de ponerse del color de las amapolas que crecian en la cubierta de su casa.

«He servido á vuesamercé, señor arcediano, contestó con mal reprimido orgullo, pero no me habeis pagado con moneda, sino con enseñanza; yo he trasladado á vuesamercé el *Laberinto* del señor Juan de Mena, que os prestó el señor marqués de Santillana, y vuesamercé me ha enseñado latin, teología y heráldica; de otro modo.....»

—¿Y quién os habla de mí, seor quisquilloso? aunque en verdad que no debiérais estar tan descontento del traslado; sin él no sé yo qué hubiera sido de ciertas cartas que entraban en casa del marqués bajo el amparo de los versos y entre las hojas del señor Juan de Mena.

—¡Mencía! exclamó el jóven en una entonacion tímida, escapada de su pecho como un suspiro.

—¡Mencía! eso es; una Mencía de ojos negros, morena y sonrosada; es preciso que penseis en ser algo, aunque no sea mas que por esa hermosa señora.

—¿Y qué puedo yo hacer, desdichado? contestó el jóven con un desaliento que daba pena; vuesamercé ha dicho que soy noble; y esto, que podia servirme de algo, está contrapesado por mi pobreza.

—Doña Brígida, dijo el arcediano, hacedme la merced de un sitio, y luego, si sois servida, ordeñadme de la mas jóven de vuestras vacas en aquel hermoso vaso de plata del señor don Diego.»

La vieja á quien el eclesiástico se dirigia, se levantó, penetró en la casa, salió cargada con un enorme sillón de roble, escultado con pesadez, le colocó junto al poyo, debajo del parral, y tornó á entrar en la casa.

El arcediano se acomodó en el sillón, plegó cuidadosamente su manto para que no arrastrase, tosió levemente, halagóse la parte inferior del rostro, y fijando en el jóven sus pequeños y redondos ojos, en que habia mucho de astucia y malicia, le

señaló con un ademán lleno de bondad las baldosas del poyo.

«Sentaos, sentaos, Beltranico, le dijo, me interesais demasiado para que yo no os dé algunos buenos consejos en la hora mas acerba de la desgracia.»

Sentóse Beltran.

«Digo la hora mas acerba, continuó el arcediano, porque la venta de esas tierrecicas reduce á vuestro padre á la indigencia.

—Dios nos ayudará, señor, contestó siempre impulsado por su orgullo Beltran.

—Sin duda que la confianza en el amparo de Dios es muy cristiano pensamiento, y eso eso es lo que yo os he dicho siempre, lo que he procurado arraigar en vuestra alma; pero tambien os he dicho mas de una vez: ayudémonos si queremos que Dios nos ayude.

—Y he estudiado con ardor latin, á pesar de que mi padre lo tenia y lo tiene por deshonoroso; me he dedicado á la teología; he hecho cuanto he podido.

—¡Deshonrosa la ciencia! ¿por quién sino por ella habeis logrado iluminar vuestro espíritu? ¿qué seria de vos sino pudiéseis interpretar los pensamientos de Tácito y de Tulio? *Error abominabilis!* ¿Qué idea tendríais de la excelencia de vuestro ser sino disertáseis tan maravillosamente sobre lo mas incomprensible de la teología, *de animæ immortalitate*? Cuando yo os conocí no sabíais mas que jugar á la pelota; y ahora, gracias á mí, sois casi, casi para vuestra edad un sábio. ¿Os acordais del señor Antonio de Nebrija?

—Sí; si señor, contestó ya impaciente el jóven; el señor Antonio de Nebrija es un buen gramático, pero.....

—*Lux scientiæ super magna, super lucida est*; dijo al escucharos trasladar la Eneida de la lengua del Lacio al romance. El señor Antonio de Nebrija os profetizó que llegaríais á ser en nuestros dias *sicut stella in tenebris*.

—Sí, sí; ¿pero en qué cielo ha de brillar mi estrella, señor? Cinco años hace que escuché esas palabras, y desde entonces no he podido comprarme una caperuza.

—¿En qué cielo? en la córte. Ya han pasado los tiempos en

que los nobles no sabian leer ni escribir, ni conocian mas fuero que el suyo, ni mas ley que la barbaridad. Ahí teneis al señor Juan de Mena. El rey don Juan el II no sabia vivir sin él; ¿pues y don Jorge Manrique, la tórtola de nuestros cancioneros, como el buen don Enrique de Villena, el sol de nuestros sábios? Y sin mas andar, ahí teneis al marqués de Santillana, gran latino y poeta, que no por eso ha dejado de ser noble, poderoso, hombre de consejo y hombre de guerra. Pues, por Dios, que el famoso don Alvaro de Luna no era ni con mucho tan noble ni tan sabidor como vos cuando entró en la corte.

—Pues bien, señor arcediano, muéstrame vuesa merced el camino, que yo juro, por el descanso de mi madre, que, si la masa se me viene á las manos, he de hacer con ella maravillas.

—Ya se vé que pudiérais: sois jóven, gentil; el rey se casa; la corte hierva de hermosas damas; hay saraos donde lucir tañendo y danzando; justas en que demostrar esfuerzo, y claros varones con quien florear en pláticas de ingenio y agudeza. Pero vos no quereis por principio menos que la servidumbre de un papa, de un rey ó de un maestre; ¿si os contentáseis con un arzobispo? ahí está mi buen amigo y señor don Alonso Carrillo, que rige en Cristo la silla de Toledo.

—Que me hará sacristan, como vos á mi hermano Gutierre, señor arcediano.

—De sacristan se sube á obispo, seor vanidoso; y algunos de estos conozco yo, que no vienen mas que de judíos, y los teneis alzados, sin mas alas que su ingenio; pero ya que os placen los hombres de guerra, ¿por qué no servís á D. Íñigo Lopez de Mendoza, aunque no sea mas que marqués de Santillana y conde del Real de Manzanares?

—Yo no iré á demandarle servidumbre, contestó Beltran, por mas que no me pesase el servir, como sirven los nobles, á tan buen caballero.

—De modo que si os hiciese su paje de lanza.....

—¡Su paje!....

—Y ademas de eso os enseñase la *gaya esciencia*..... y os dejase tiempo para escribir madrigales á vuestra Mencía.....

—Si sabiais, señor arcediano, que yo habia de contentarme por ella con el mas ruin de los oficios, ¿por qué no me habeis comprado en su nombre sin tantos rodeos inútiles?

—¡Comprado, comprado! ¡es decir que ereis que yo os he menester para algo!

—En tiempos vivimos, señor, en que un buen amigo, si tiene ambicion y despierto ingenio, puede servir de mucho en la corte.»

Dilató sus pequeños ojos el arcediano de una manera particular.

«Hace doce años, y siendo príncipe el rey, continuó Beltran, casó con doña Blanca de Navarra; hasta entonces habian privado con el príncipe el marqués de Villena y los demas señores rebeldes á D. Juan el II por envidia de la gran privanza de don Alvaró de Luna. Doña Blanca contrapesó en algun tanto la influencia con el príncipe en favor de los señores de Navarra; temieron los de Castilla; hubo escándalos, villanías y malas artes, y doña Blanca fue repudiada..... por impotente.

—Eso no es mas que relatarne lo que yo mismo os he enseñado.

—Y ya ve vuesamercé que sé aprovecharme de ello. Ahora casa de nuevo don Enrique con una princesa de Portugal, que segun fama, es muy hermosa y discreta, y se teme que siendo el rey débil y enamorado, la reina incline sus favores á las gentes de Portugal. Entonces no serian tan continuos ni tan fáciles para los de Castilla los juros de heredad sobre las rentas reales, ni las mercedes de señoríos, ni los albalaes en blanco, ni mil otras cosas que son ahora para los clérigos y los nobles mas abundantes que la viña del Señor; por lo mismo, un mozo discreto y ambicioso, si se le introduce al servicio del rey, puede hacer mucho bien á sus amigos, haciéndoselo de paso á sí propio.

— ¡Buena, muy buena es la leche de vuestras vacas! dijo el arcediano, como si no hubiera oido ni una sola palabra del razonamiento de Beltran, y paladeando con placer el contenido de un enorme vaso de plata que le habia presentado á tiempo en

una escudilla de madera doña Brígida. ¿Dónde pastan esos hermosos animales, Beltranico?

—Sea lo que fuere, continuó el jóven, como si no se hubiera apercebido del brusco desvío que daba el arcediano á la conversacion; si encuentra vuesa mercé una buena manera de que yo entre en la casa del marqués..... como paje.

—Como paje..... ¿eh? crecidillo sois; pero no importa: mañana.....

—¡Cómo! ¿tan pronto? exclamó con alegría Beltran.

—Ya sabe el marqués de vos.

—Le habreis dicho, sin duda, que no tengo que comer en la casa de mi padre.

—Le he dicho que sois estudioso y aventajado; lo demas lo sabe todo el mundo.»

Mordióse los labios Beltran, contrariado por la flema del arcediano, y doblégándose á las circunstancias, continuó:

«¿Y cuándo hemos de ver al marqués?

—Esta noche.

—Ved que ya va poniéndose el sol, y que apenas tendré lugar.....

—¿Para pulir vuestra cabellera y limpiar vuestra caperuza? Buena es la altivez, porque indudablemente produce grandes cosas; pero cuando se entrega uno enteramente á ella..... tened presente que para hacer suerte en la corte, es necesario doblarse mucho y no quebrarse nunca. ¿Me entendeis? pues no hablemos mas de ello; id en punto de la oracion á la colegiata, y cuidad de no hacerme esperar en vano como este medio dia, en que, por culpa vuestra, comí pasado mi salpicon. Con que hasta la noche, ¿eh?

—Iré á la colegiata, señor arcediano.

—Quedad con Dios, Beltranico; quedad con Dios, y no olvidéis entre tanto lo del buen Nebrija: *tu eris sicut stella in tenebris.*»

Aquel singular y grave personaje se levantó despues de estas palabras; sacudió su manto con el mismo cuidado que le habia compuesto al sentarse, y partió, alejándose en paso lento, hasta perderse en la embocadura de la calle Real.

Quedó Beltran ensimismado y abstraído en sus pensamientos doblemente que lo estaba á la llegada del arcediano. Era que el demonio tentador habia rozado con sus alas lo mas sensible de su alma, el amor, la ambicion y el orgullo; era que, como la jóven águila, se sentia con alas poderosas, pero la faltaban plumas sobre las cuales volar hácia el dorado sol de la fortuna, en el cual tenia fijos los ojos hacia mucho tiempo.

La corte, acaso la privanza, y despues la muger de su amor; hé aquí la clave misteriosa de aquella sombría gravedad, de aquel pensamiento obstinado, de aquel malestar tétrico que se notaba en sus costumbres, en su ademan, en su semblante.

Por fin se abria un camino delante de él, aunque aspero, erizado de rocas y roto por abismos; no se le ocultaba que eran necesarios una constancia, una astucia y un valor á toda prueba para llegar al cabo sin haberse inutilizado en la marcha; el arcediano don Gonzalo de Arévalo, hombre de una rara perspicacia, habia encontrado, en medio de una miseria cruel, miseria de noble, y de noble de aquellos tiempos, á Beltran, cabeza ya en su adolescencia pensadora y entusiasta, alma llena de sensibilidad, corazon avaro de sensaciones; habia comprendido hasta donde podria llegar un hombre que, como él, poseia la ambicion, el talento, el orgullo y la fuerza de voluntad, hasta un grado prodigioso, y amaestrado por la esperiencia de la azarosa minoría y el turbulento reinado de D. Juan el II; profundamente conocedor de la índole de su tiempo y del carácter de los poderes que esquilmban al pueblo en su provecho; ambicioso, aunque ambicioso cobarde y vulgar, no vaciló en utilizar aquella jóven águila, cuyo vuelo podia llegar acaso á la altura á que llegó, en años anteriores, el condestable don Alvaro de Luna.

Poco importaba al astuto clérigo que, desde su elevacion, cayese su hechura sobre la bayeta negra de un cadalso, siempre que, en aquel trance lastimoso, pudiera consolarle revestido con la capa pluvial y la mitra de arzobispo.

Era que aquellos tiempos de corrupcion, en que la lucha de corte se ejercia sin consultar lo honroso de los medios, con tal de que al fin se encontrase poder ú oro; tiempos de verdadero bau-

didaje diplomático, por decirlo así, en que se ahogaba al trono y se desangraba al pueblo, el buen canónigo de Toledo, arcediano de Ubeda, se habia gastado; se habia hecho una rueda inútil en la máquina del monopolio, y le habian arrojado sucesivamente de sí las facciones rivales en la posesion del abuso del poder real.

Por lo mismo, y de igual manera que un soldado, si ha roto su espada, ase con placer una hoja de buen temple, por mas que sea necesario afilarla y pulirla, el arcediano se apoderó de Beltranico apenas comprendió que podia servirle; aguzó su natural ingenio, iluminó su razon, infiltró en ella toda la ciencia y toda la astucia que poseia, exasperó sus propensiones altivas, le dejó ver el amor con todos sus goces, el poder con todo su dominio, y la riqueza con todas sus magníficas consecuencias; Beltran, preparado ya por el orgullo de su padre, por las tradiciones de grandeza de sus antepasados, y por los sufrimientos acerbos de su miseria, absorbió, como la arena abrasada absorbe una gota de agua, cuanto quiso el arcediano don Gonzalo.

Este vió al fin con deleite su arma nueva, brillante, hermosa; concibió cuánto su discípulo podia avanzar por medio de la muger entre el fango corrompido de la corte; aprovechó la venida á Castilla de una princesa jóven, hermosa, festiva, de no muy rígidas costumbres (segun noticias adquiridas con gran paciencia y laboriosidad); añadió á esta cantidad probable las positivas de cien cortesanas de alta alcurnia que pululaban en la corte de Enrique IV; buscó el resultado, sumó, y á pesar de las sustracciones de algunas eventualidades desgraciadas, halló un residuo de consecuencias necesarias, bastante á hacerle sonreir de placer ante la perspectiva de un dominio indirecto, pero seguro, en el que no ponia otro capital que su inteligencia, y en el que absolutamente nada arriesgaba.

Gozando ya de antemano, dilatado el pecho con un esceso de vida, porque habia añadido á su vida material la de una ilusion próxima á realizarse, anduvo el buen arcediano á través de las callejuelas de Ubeda con cuanta rapidez le permitian su obesidad y lo viejo de sus piernas, recibiendo saludos de los transeuntes y

devolviendo bendiciones, hasta una plazuela irregular que en aquellos tiempos se llamaba la Plazuela del Marqués.

Inútil creemos decir á nuestros lectores que no busquen hoy las calles que nombremos en los lugares que hemos de recorrer en el curso de nuestra historia, porque desde entonces acá han pasado muchas generaciones, se han arruinado muchas paredes, y no quedan mas que añejos restos de monumentos ó lugares cuyos nombres ha respetado la tradicion; por lo demas, los pueblos se rejuvenecen como las sociedades; como estas desechan los antiguos usos, aquellos lanzan de sí sus viejos edificios, y cuatro generaciones despues su memoria queda enterrada bajo el polvo sobre que se han levantado otros nuevos.

En el siglo xv, y aun despues, esta memoria era mas perecedera, por cuanto la hacian difícil la multitud de denominaciones que recibían calles, plazas ó plazuelas, puesto que, como hemos dicho ya, recibían su nombre de la persona mas notable que vivía en ellas; llamábase pues la en que terminó la escursión del arcediano, plazuela del Marqués, por vivir en ella y en una enorme y antigua casa de solar el marqués de Santillana.

En contraposición con el boato insolente que en aquellos tiempos ostentaba la alta nobleza, la gran puerta de roble de aquella casa estaba cerrada, sin la cohorte de criados y gente menuda, que en otras menos ricas y nobles solía notarse; el arcediano, pues, se vió obligado á levantar un enorme llamador, y dejarle caer sobre la cabeza de un clavo, produciendo un ruido seco y retumbante, que se prolongó en el interior repitiéndose en los ecos de un gran espacio.

Inmediatamente se abrió la puerta, y el arcediano pudo notar que no se había abierto para él; una dama enteramente cubierta con un manto y acompañada de una dueña y un escudero se encontró frente á frente con él.

«¡Ah! exclamó al verle la dama.

—¡Oh! exclamó abriendo la boca el arcediano.

—¿Dónde vais, señora?

—Al confesonario; ¿y vos?

—Yo.... á veros.

—Es pues inútil.....

—Si os place, creo que en dos palabras.....

—Decidlas, pues.

—Tenemos hombre.

—¡Ah! tornó á exclamar la dama, con la diferencia, de que la primera exclamacion espresaba sorpresa y la segunda conmocion.

—He cumplido.....

—Bien lo veo; ¿vendrá esta noche?

—Vendrá.

—¿Está prevenido? ¿sabe algo?

—No.

—Mañana parto.

—No le esperareis mucho.

—Entonces me vuelvo; confesaré en la córte.

—Y yo me voy. Nos volveremos á ver en Córdoba.»

Y despues de este breve diálogo que aconteció mediando un cancel entre los interlocutores, tornóse á cerrar la puerta, quedó fuera el arcediano, se sonrió con placer, tornó las espaldas á la casa, y tomó por una de las callejas inmediatas.

Al cabo de media hora, una dueña rebozada en un cumplidísimo manto salió de aquella casa, tornó por las mismas calles que habia recorrido el arcediano al Vergel del Galgo, y al llegar á la esquina de la calle Real, llamó á un muchacho que por acaso allí pasaba, le dió un billete y una moneda, le habló algunas palabras, le señaló la casa del Galgo Cojo, á la cual se dirigió el muchacho, y cuando le hubo visto entrar en ella partió desandando sus mismos pasos.

Beltranico habia recibido una carta escrita en el papel mas fino que se conocia en aquella época, perfumada con incienso, y doblemente perfumada por las dulces palabras de su contenido.

«Vais á venir esta noche á la casa del marqués de Santillana, decia, y allí me encontrareis como siempre. Si sois cual hasta aqui discreto, mi amor os espera. Si sois imprudente, habré muerto para vos.»

Quien bien os ama.

«Es de ella, de ella, de Mencia, exclamó frenético el joven besando las gordas y desiguales letras del escrito. ¡Que no sea imprudente! ¿Acaso no he respetado hasta ahora sus antojos, no contengo mi orgullo entrando á servir á su abuelo por ella? Seré lo que ella quiera que sea; me dejaré vendar los ojos, pero la tendré al lado, oiré su voz, aspiraré su aliento.»

Y como fuese ya cerca de la oracion, guardó su carta en el seno, se embozó en una capilla negra, atravesó precipitadamente el vergel, y se perdió en la embocadura de la calle Real.

CAPITULO II.

De cómo D. Gonzalo empezó á probar á un tiempo los inconvenientes y las ventajas de ser confesor de una dama noble y hermosa.

Entre tanto el bueno de D. Gonzalo subia lentamente los escalones de mármol de una espiral, situada en un ángulo del claustro de la Colegiata, asaz oscura, empinada, estrecha y azarosa aun de dia, cuanto mas entonces que la oscuridad era densa á causa de la hora; sin embargo de esto, aunque hubiera precedido al arcediano, segun costumbre, un paje con una candelilla, hubiera sido de todo punto inútil; el arcediano no veia; la luz de su pensamiento, que inundaba su alma, habia oscurecido la de sus ojos, y soñando despierto la sucesion de acontecimientos faustos que debia producir su pequeña intriga de amores, se habia olvidado de tirar de la cuerda de la campana que avisaba su llegada á su servidumbre; se habia aventurado por la estrecha puerta y avanzaba, como de costumbre, con la seguridad de un sonámbulo.

De tiempo en tiempo, desde su corto diálogo con la dama encubierta, y como estribillo y pláceme de sus mas seductores pensamientos, modelábase en sus labios una sonrisa que nos atreveremos á llamar eminentemente espiritual, á la que acompañaban como una aspiracion de placer exclamaciones semejantes á la que sigue.

«*Oh mullier terque cuaterque admirabilis!* ¡oh tú cien veces y cien benéfico alimento y vida de los dioses! ¡amor de la muger!

¡locura divina, que puedes hacer de un mendigo un monarca y de un sacristan un arzobispo! ¡oh tempora fasta! ¡oh corruptio magna!

La última frase del monólogo del arcediano, demostraba de una manera indudable, que si bien la corrupcion de aquellos tiempos era para él notoria, no podia considerarle como la fuente-cilla de aguas claras que brota entre el cieno infecto los albañales.

Pero cuando mas abstraído estaba en sus meditaciones, sacóle de ellas de improviso un ruido que, procediendo de la parte inferior de la espiral, hubiera sido bastante á sacar de su estupor á los siete durmientes; tal zumbaba y rechinaba y crugia ascendiendo con rapidez en la direccion del arcediano, que se alarmó sériamente y emprendió su ascenso, á pesar de su obesidad, de una manera muy parecida á la fuga.

Aquel ruido provenia de un hombre armado, que saltaba, con una velocidad impaciente, los peldaños de la escalera, haciendo crugir su arnés y chocar su espada contra las piedras del muro.

Eran aquellos tales y tan buenos tiempos de desafueros, tan ineficaz la ley para reprimirlos, y tan frecuentes los casos en que el bandidaje audaz de un prójimo de ideas, que podian llamarse comunistas, aplicándoles una frase resucitada en nuestros días, que el honrado don Gonzalo temió, y no sin razon, verse faz á faz, ó mejor dicho, bulto á bulto, con dos formidables brazos que, sin consideracion á lo sagrado de su persona, la adicionasen con una mordaza y diesen con ella en algun oscuro sótano, del cual probablemente no encontraria la salida sino franqueándola con algunos miles de coronas.

Cesaron, pues, en un vuelo, sueños y proyectos; conoció, por tacto, que en el lugar en que se encontraba aun tenia que subir sesenta escalones y atravesar una larga crugia para llegar á su vivienda; representósele la imposibilidad de escapar; entorpeciéronsele las piernas con el miedo, y se estremeció, como el pájaro que encuentra enroscada en su nido una serpiente.

Por fortuna para el terror del arcediano, el que subia resba-

ló, cayó y rodó, produciendo un estruendo infernal, algunos escalones, y sucedió un profundo silencio, pero de poca duración.

«¡Voto á cien legiones de arcedianos! exclamó el caído; como soy Hernando de Carrillo que me holgara de tostarle á fuego lento, por el que falta en esta endiablada de escalera.»

—Dios os premie vuestra buena voluntad, señor capitán del rey, contestó el arcediano respirando libremente, como quien despierta de una horrible pesadilla: ¡y que me pesa! ¿Os habeis hecho mucho mal?

—Bien pudiera, que no me han recibido plumas. ¿Y cómo tan á oscuras, señor arcediano? ¿estais solo?

—¡Pues es donosa idea! ¿y quién quereis que esté conmigo?

—Tal pudiera ser la compañía, que os bastara la lumbre de sus ojos.

—Bien se ve que con el golpe no habeis perdido la malicia. Pero sigamos. Asios á mi manto y ved de que no vuelva á acontecer lo pasado.»

Tomó el capitán, que habia llegado junto á don Gonzalo, este prudente consejo, y arcediano y soldado siguieron el ascenso interrumpido.

«¿Cuándo habeis llegado? señor Hernando de Carrillo, le preguntó el primero.

—Esta tarde, para servir á vuesamercé.

—A Dios sirvais, buen Hernando; ¿y á qué buena dicha por esta pobre casa?

—Causa de ello y por dos lados es mi muger.

—¡Pardiez! ¿vuestra muger? pues no os entiendo.

—Sois su confesor, y sin duda debeis tener holgada la manga de vuestra túnica, cuando no quiere perder vuestros saludables consejos.

—¡Ah! ¡la noble y bella doña Mencía, vuestra esposa, se queda en Ubeda! ¡Hum! ¡hace mal, muy mal!

—Pues yo creo que haria muy bien.

—Vos estais en la corte, y ya sabeis que *conjunctio rupta*...

—A pesar de vuestros latines, que no entiendo, entiendo á las mil maravillas que yo no estoy solo en la corte.

N. V.

—*Suspiciacia erroris mater*, ó lo que es lo mismo para que lo entendais: los celos infundados son causa de muchos desaciertos.

—¿Desaciertos, he? pero dejemos esto, que ya hemos llegado á lo alto, y no sabemos quién escucha.

—¡Hola! ¡he! ¡pajes! gritó el arcediano, soltando en un acentonacion de salmodia su robusta voz, que retumbó bajo las bóvedas de la crugia.»

Abrióse una puerta á su extremo, y un pajecillo rubio, que tan pronto vestia sedas como ropones de niño de coro, apareció con una vela de cera puesta en un candelero de plata. El solo aspecto del paje, tipo picaresco de esa raza de cantorcillos, que aun se llaman *seises* en nuestras catedrales; su belleza infantil y lo rico de su vestidura, demostraban que el buen arcediano tenia un gusto decidido por lo bello de las formas y lo ostentoso del lujo, lo que, por consecuencia, demostraba que no habia andado ocioso ni torpe para aprovecharse del escandaloso monopolio que se ejercia en aquellos tiempos sobre los beneficios eclesiásticos.

La cámara en que el arcediano introdujo al capitan, y á cuya puerta, despues de haber encendido las bugías de dos candeleros colocados sobre una mesa con tapete de terciopelo, habia quedado el paje esperando órdenes; la cámara, decimos, era ostentosísima y rica en adornos, en alfombras y en tapicerías; los cuadros pintados en tabla, que sobre estos tapices mostraban sus marcos dorados, eran una confusa mezcla de asuntos sagrados y profanos; pasajes del Evangelio, imágenes de santos, y entre ellos retratos de mugeres; es cierto que todos aquellos retratos tenian en el ángulo superior derecho un escudo y un nombre; que aquel escudo, consistente en un campo de oro con cabezas de moros negros y bandas de gules, era igual al que estaba bordado en las cuatro caras del tapete de la mesa; que todos aquellos nombres iban seguidos del apellido Arébaló, y que el arcediano llamaba á la una su prima, á la otra su sobrina, á esotra su cuñada; pero algun observador impertinente habia sacado en claro, que entre tanta parienta no habia un solo pariente, y que por ejemplo la primera dama del costado derecho de la cámara

no se parecía en nada al original cuyo nombre llevaba, monja en las Huelgas de Valladolid y tan horriblemente fea, cuanto era hermosa la representada en la tabla.

Ademas de esto, y sobre una chimenea de mármol negro de tales dimensiones cual algunas de nuestras alcobas modernas, el mismo blason representado en los retratos y en el tapete, se apoyaba en el voluminoso cornisamento, como sobre un dosel de piedra, mostrando sus gigantescas dimensiones en una talla grósera pero enérgica, y dorada y pintorreada con vivos colores en los ondulantes lambrequines y cintas de sus divisas, lo que demostraba que, si el don Gonzalo no habia sido muy guardador de la castidad y la continencia, no era, por cierto, la humildad la mas patente de sus virtudes.

Hernando de Carrillo observó con cierta sorpresa todos estos detalles, y se sentó en un ancho sillón de baqueta junto á la chimenea, en cuyo fondo, á pesar de lo avanzado de la estacion, habia algunas brasas de encina.

El semblante y el traje del capitán eran rudos; pero caracterizados el uno por su espresion insolente, y el otro por sus colores y bordaduras; de talla atlética y formas musculares, demostraba en su conjunto una edad llegada á los treinta años; su frente deprimida estaba casi cubierta con una gorra de mallas, forrada de pieles, y la línea de negrísimos y fuertes cabellos, cortados á manera de cerquillo por delante y prolongados en una larga y revuelta cabellera por los costados y detras de la cabeza; esta línea, decimos, tocaba á sus cejas, anchas, estendidas, salientes, bajo las cuales relucian sus ojos, de espresion astuta y mirada rápida é inteligente. De lo demas de su rostro no se veia mas que la nariz, de forma aguileña y pronunciada, y dos pómulos, bajo los cuales nacia una fuertísima barba negra, que se enmarañaba, cubriendo lo demas de su semblante.

Lo rojo de aquellos pómulos y de la estremidad de la nariz; lo bronceado de las pequeñas estensiones de piel que se dejaban ver entre la cabellera y la barba, y lo áspero y curtido de ellas, demostraban á un hombre de fatiga y de guerra, acostumbrado á recrear su ocio con frecuentes libaciones.

Su traje consistia entonces en un arnés de hierro colado, arnés de combate, fuerte, tosco, bruñido como un espejo y antiguo en las batallas, segun indicaban algunos remiendos, abolladuras y mellas, honrosas cicatrices que respondian á otras no menos señaladas sobre la piel del caballero; sobre ella, y hasta las grevas, llevaba una vesta verde, bordada de lentejuelas y ramos de plata, ceñida por un talabarte á que se prendian una enorme espada y una pequeña maza de armas, y sobre todo esto lucia, sin pasar de la cintura, y vestida á manera de escapulario, una cota de terciopelo, bordada por delante y por detras á cuatro cuarteles en que se cruzaban leones rojos en campo de oro, y castillas de oro en campo rojo.

El capitán Hernando de Carrillo, con su fisonomía medio salvaje, y medio cortesana, y su atavío de hierro, seda y oro, era una magnífica personificación del siglo xv con su rudeza y su servilismo, su valor salvaje y su orgullo indómito.

Indudablemente, si con la civilizacion hemos ganado en derechos públicos, hemos perdido un mundo de característicos y bellos relumbrones; lo romancesco ha huido delante de lo positivo, y la generacion presente ha quedado enana de cuerpo cuanto ha ganado en vuelo de espíritu.

«*Ante omnia*, dijo el arcediano, vos no habreis comido á estas horas, puesto que acabo de venir de casa del marqués de Santillana y nada se alcanza allí de vuestra venida.

—He salido de Andújar esta mañana, y he venido á mata rocin toda la via.

—¡Hola! exclamó el arcediano: una bota de Valdepeñas, un jamon de javalí y unas confituras.»

Desapareció el paje.

«Escusad las confituras, y sustituidlas con un tanto de gígote.

—Será como querais, señor Hernando de Carrillo. Y ya que estamos solos, ¿á qué tengo que agradecer vuestra buena vista?

—A mi mala estrella ¡voto va! exclamó el capitán.

—Pues no sé de qué os quejais. Mozo aun, teneis á vuestro mandado la guarda morisca del rey; sois de su consejo; medrais,

y sin duda teneis ya puesto el ojo en alguna encomienda ó provision.

—Todo eso es muy cierto: mantengo pajes, escuderos, jaurías,alcones y caballos; tengo el derecho de dar de espaldarazos á cien perros de sarracenos, y de levantar la voz delante del rey y de su chillon coronista Enriquez del Castillo; en mi mano está la persona del rey, y los Manriques, los Pachecos, los Girones, los Mendozas, y todos los caballeros del antiguo bando de don Juan el segundo y todos los del rey, me dñanzan alrededor y me estrechan la mano, y me sofocan á honras y dádivas. Esto no hay duda, me haria muy feliz si yo no fuese lo que soy; para que lo entendais mejor: si doña Mencía de Padilla no fuese mi muger.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¿habeis dado en la flor de ser zeloso?

—No son zelos las evidencias, señor arcediano; ademas de eso, mi muger, (que no es mi muger,) es la que ha dado en la flor de serlo de todo el mundo; al revés, puramente al revés como andamos en Castilla, en que el rey en vez de mandar á todos, es mandado hasta por su bufon, su paje y su camarero.

—Mejor, tanto mejor, dijo con precipitacion el arcediano; ¿qué queríais que fuese de nosotros si el rey mandase?

—Aqui no se trata del rey, sino de mi muger.

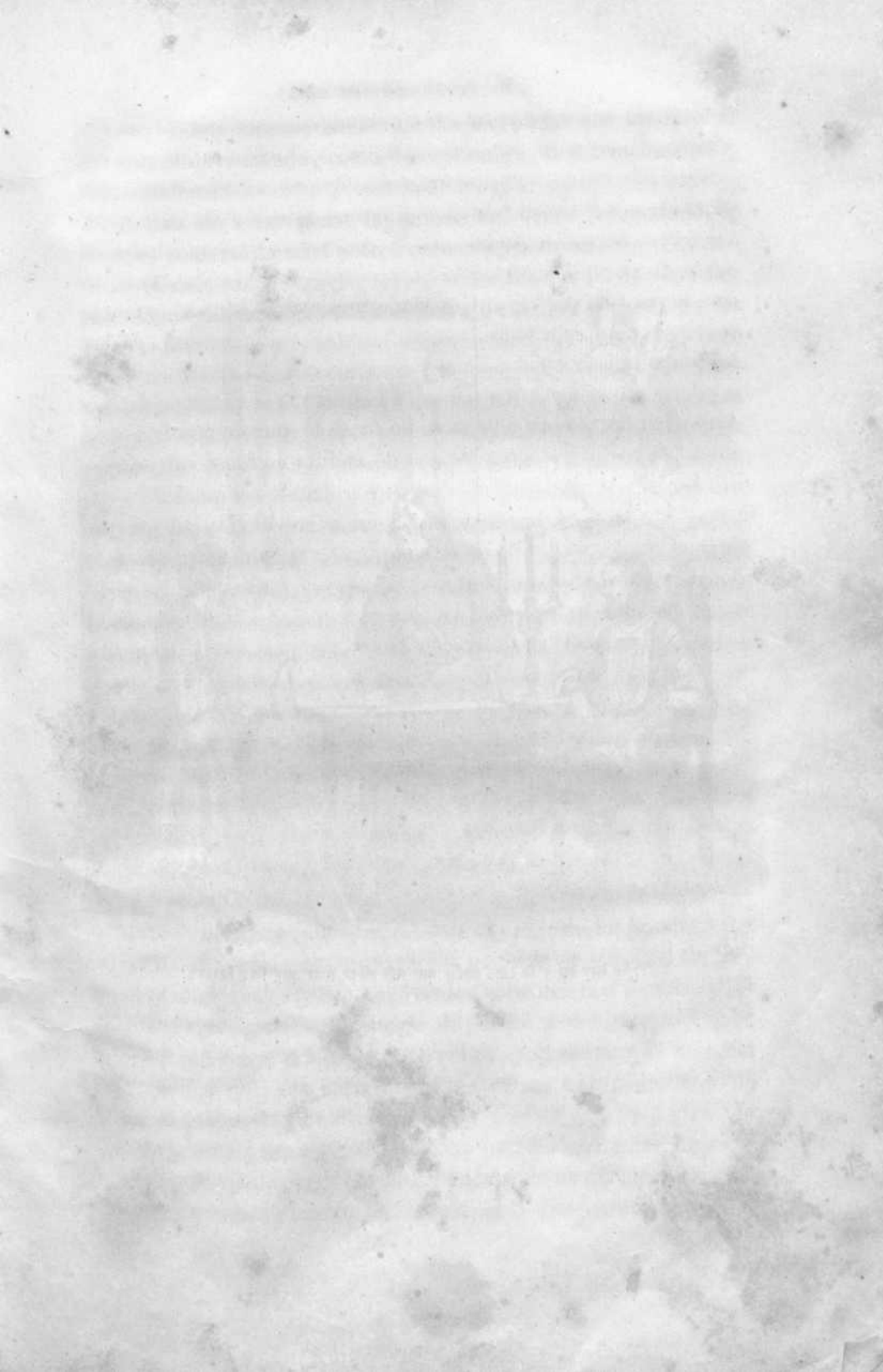
—Vuestra muger es una santa, exclamó con cierto tono sacerdotal el arcediano.

—Santa que se ha dado en demasía al vicio de la caridad.

—Pero ¡Dios mio! ¿os ha mordido algun perro rabioso, señor Hernando de Carrillo?

—Dejad que vuestros pajes y vuestra doncella, que vienen, cubran la mesa, y luego á puerta cerrada.... ¡Pardiez! ¡pues no os cuidais mal que digamos, señor arcediano! exclamó el capitán haciendo una brusca pausa en la conversacion y pasando á la posicion de observador, en vista de una lindísima niña de doce años, que con ropa de mesa en un brazo y una cestita en el otro, precedia á dos pajes cargados el uno con una bota, y el otro con una enorme fuente de plata en que humeaba un colosal tasajo.»

El arcediano frunció el gesto al verla, y no pudo contener su disgusto.





¿No hay en esta casa nadie que nos sirva mas que tu, Blanca?

—¿No hay en casa nadie que nos sirva mas que tú, Blanca? ¿se han emborrachado, como de costumbre, mis trinchadores y mis escuderos?

—Han ido á ver pasar las lanzas del señor Adelantado de Murcia, contestó la niña entre confusa y ruborosa.

—Teneis razon, mucha razon, señor Hernando de Carrillo, prorumpió el eclesiástico, el desórden es ya contagioso: en las aldeas, como en las ciudades, como en la corte, cada cual hace lo que mas pronto le viene á las mientes; ¡las lanzas del Adelantado! ¡pues no! ¡yo juro que les he de dar un trato de cuerda para que otra vez sean mas comedidos!»

El arcediano no era entonces el humilde y paciente sacerdote del Evangelio, sino un alcaide de fortaleza cuyas órdenes contravienen sus soldados; tronaba su voz, y sus gruesos molletes estaban cárdenos de cólera; el capitán Carrillo miraba entre tanto maliciosamente á la niña, y la comparaba de una manera harto perceptible, por la movilidad de su mirada, con el primer retrato de la derecha, que como hemos dicho, representaba una dama de maravillosa hermosura.

No existian entre la jóven y la dama de la tabla otras diferencias que la edad, el traje y la espresion; la primera como la segunda tenia la tez nacarada, los ojos garzos, tímidos, y brillantes; los cabellos rubios y profusos, la boca purpúrea, y el cuello y los hombros redondos y puros como los de la muger que sueña un desgraciado en amores. En Blanca habia candor y paz, y en la dama dolor, sufrimiento, pesares; la una vestia brocados, y la otra, la niña, un juboncito de seda cubierto en los hombros por un pañuelito, un brial de grana con una orla de jaqueles negros, unas medias azules y unos reducidos zapatitos con hebillas y lazos de plata. Ademas el peinado de la dama del retrato estaba enriquecido con una diadema de perlas, y el de la niña no tenia otra corona que sus anchas trenzas rubias agrupadas con un gusto esquisito sobre su cabeza.

La brusca perorata del arcediano habia caido como un chubasco imprevisto sobre la pobre Blanca, que no adelantó un paso desde el momento en que la sobrecogió la diatriba del clérigo.

«Deja esos trebejos, déjalos, hija mia, dijo el arcediano reprimiendo su cólera; déjalos y veto.»

Blanca puso los paños y la cesta sobre la mesa, saludó ceremoniosamente al capitan como pudiera haberlo hecho una dama, y salió; los pajes se apresuraron á cubrir la mesa, y salieron á su vez.

«No hay que negar que habeis sido muy afortunado en amores, dijo al fin el capitan; teneis una hija como un cielo, señor arcediano.»

Pintóse una espresion de espanto en el rostro de don Gonzalo, que se levantó, cerró la puerta, y volvió á sentarse en frente de Hernando de Carrillo que comia con la voracidad de un lobo.

«Si esa señora está ahí, dijo gravemente señalando al retrato, si esa niña se la parece, y está de igual modo en mi casa, os juro por la sangre de nuestro Redentor.....»

—¿Que no es vuestra hija? Bien lo creo; eso no quita para que sea una hermosísima doncella.....»

—De la cual me hareis la merced de no hablar á persona viviente.

—Os lo juro, dijo Hernando de Carrillo mirando á la tabla y mientras cortaba la tercera lonja de javalí; aquella señora es demasiado noble para que yo no respete su memoria. Pero corred el velo que han descornado y que debia cubrirla, ó quitadla de ahí; no todos serán tan discretos como yo.»

El arcediano se fue al cuadro, tiró de un cordon, y la cortina de seda carmesí, plegada junto á él, se corrió.

«Ahora, dijo el capitan, volvamos á mi asunto. Hablábamos de mi muger y de su excesiva caridad.»

—De la cual no sé yo, que soy su confesor, que tengais ningunas pruebas.

—¿Conoceis á Juan Rodriguez del Padron?

—Le conozco y le veo de continuo desde hace tres dias.

—Cabalmente el tiempo que falta de la corte mi muger.

—Pero Juan Rodriguez.....»

—Ha galanteado públicamente á doña Mencía en Córdoba.

—Y doña Mencía, no teniéndoo allí, se ha venido al amparo de su tío el marqués de Santillana.

—Es donde para de continuo; cuando la contrarían las costumbres severas del marqués, se va á la corte; cuando yo voy á la corte se viene á casa del marqués. Ya veis que huye de mí. Yo he llegado recientemente á Córdoba; luego su venida no ha sido á ampararse de su tío. ¿No sabéis que está hospedado en casa del marqués el señor Juan Rodriguez?

—Sois torpe en achaques de corte. ¿Sabéis lo que es el tal hidalgo?

—Un gentil hombre de Aragon, rico, buen mozo, galan, que se divierte en recorrer cortes y en enamorar cortesanas.

—Pues no es menos que un *beamontés* en cuerpo y alma.»

Dejó caer Hernando de Carrillo sobre su escudilla el tenedor, y miró fijamente al arcediano.

«¡Beamontés! ¿y á qué viene ese hombre aquí? ¿cree que no tenemos bastantes bandos en Castilla para que nos entrometamos con los de Navarra?

—Ya veis que don Carlos de Viana no hace en eso mas de lo que vos hariais en su caso.

—Yo en su caso no pediria ayuda á un rey con quien priva el almirante don Alonso Henriquez, que por cierto no aconsejará al rey nada que contrarie los proyectos de su tia la reina de Navarra doña Juana. Tanto menos ahora que ha dado á su marido un cuarto hijo en el infante don Fernando.

—Torpe y cien veces torpe, ¿y dónde dejais á don Iñigo Lopez de Mendoza?

—¡Bah! ¿y qué puede hacer el marqués?

—El marqués ha sido grande amigo de doña Blanca de Navarra cuando era princesa de Castilla; la ha consolado en sus soledades de esposa abandonada; hizo cuanto pudo porque no la repudiasse don Enrique, y ahora en pró de su hermano don Carlos de Viana será capaz de levantar las gentes de sus estados, las de sus amigos, y enviar diez mil lanzas á aquel desgraciado príncipe.

—¡Desgraciado como doña Blanca! exclamó Hernando de Car-

rillo, cuyos ojos estaban fijos en la tabla cubierta por la cortina. Y bien, suceda lo que quiera; si don Inigo Lopez de Mendoza se declara por el de Viana, se alborotarán aquí los Henriquez, se acalorarán los bandos, y será menester tomar parte por alguien.

—¿Y por quién la tomariais, capitán?

—No hay que pensarlo mucho; el marqués de Santillana es algo pariente mío, por mi muger; la soberbia del almirante me enfurece, y tengo ya grandes deseos de andar en batalla; iría á romperme la cabeza con los *agramonteses*.

—¿Y no sería mejor tomar un nuevo partido?

—¿Y cuál, vive Dios?

—El de la nueva reina, el de doña Juana de Portugal.

—La Portuguesa, segun fama, se ocupará mas del amor que de la corte, y los de su bando mas de justas y saraos que de combates y altercados.

—Por lo mismo; podrá suceder que haya un infante bastardo, que se solicite del papa un nuevo repudio, que el rey don Alonso de Portugal quiera entrometerse en Castilla por medio de su hermana doña Juana, y se divida la nobleza. Esperemos pues á ver si se presenta el cielo despejado ó se interponen nubes á ese sol que sale, y luego..... luego siempre hay tiempo. Por lo mismo, dejad á vuestra muger, yo os lo aconsejo; tiene talento, es hermosa, no os ama; si os empeñais en celarla, os amargaré todos los minutos de vuestra vida, y si la dejais en libertad os podrá servir de mucho.

—No me conviene, contestó mascando á dos carrillos el capitán; tengo la desgracia de estar enamorado como un furioso de mi muger.

—El amor ha sido siempre la enfermedad de los locos; venid acá; ¿qué seriais si no os hubiéseis casado con vuestra muger? De paje de cámara hubiérais subido á escudero. Os casásteis, y sois capitán del rey, de su consejo y cámara; si ahora os haceis el ciego, cosa no muy difícil, porque, tratándose de vuestra muger, vereis muy poco aunque mireis mucho, ¿quién sabe si llegareis á condestable, á maestre?... en fin, haced lo que mejor os plazca; os aconsejo bien; vuestra será la culpa si obráis mal.

—En verdad, dijo Carrillo, que segun andan las cosas, no hay porque yo, simple capitan, me espante..... Ahí teneis las mugeres de los Pachecos y de los Manriques, y en fin, hasta aquella noble y hermosa señora, añadió señalando el cuadro cubierto por el tapiz de seda; una dama cuya virtud llega á santidad en la opinion de los navarros.

—Eva, nuestra madre Eva, capitan, no tenia ningun mal ejemplo en el paraiso; no habia mas hombre que Adan, y sin embargo se dejó engañar por el diablo. Pobres y al mismo tiempo admirables mugeres; pero vos no habreis venido solamente á hablarme de vuestra muger.

—No, pero he venido por ella.

—Para llevárosla á la corte.

—Quiero decir que he venido por su causa.

—¿Volveis á las andadas?

—No se trata ahora de zelos, sino de que el rey la ha nombrado dama de su esposa, y me ha enviado, creyendo hacerla un favor, para entregarla estas dos cosas.»

El capitan sacó de su escarcela un bulto envuelto en seda, le desenvolvió, sacó de él dos pergaminos enrollados y sellados con el sello de plomo del rey, y una cajita de terciopelo.

«¿Y qué es ello, preguntó el arcediano?

—Una carta real en que su alteza la noticia el nombramiento de su propio puño, y un collar de perlas que la regala.

—Hermosa alhaja, exclamó el arcediano mirando con codicia los hilos de perlas y el broche de oro y diamantes de la gargantilla; ¿y qué otra cosa es ese pergamino?»

Hernando de Carrillo puso sobre él la mano sonriendo maliciosamente, y con el acento de quien propone un acertijo, exclamó.

«Adivinadlo.

—¿Es una carta del rey?

—Sí.

—¿Para mí?

—Para vos.»

Palideció el arcediano entre temor, asombro y alegría, y alargó su mano ansiosa.

«Dadme, capitán, dadme una vez que es para mí; si el rey me destierra.....»

—El rey os favorece.

—Que me favorece..... ¿y cómo?....»

—Leed, dijo al fin Hernando de Carrillo, entregándole de una manera altamente dramática el pergamino.»

Don Gonzalo le desenrolló con mano trémula; á la cabeza leyó en enormes letras:

«Don Enrique, por la gracia de Dios..... su vista recorrió rápidamente el pergamino.

«¡Limosnero de la reina doña Juana! ¡limosnero con treinta mil maravedis de renta á mas de mi arcedianato y mis beneficios! ¡Oh, señor Hernando de Carrillo! será necesario que adoremos á vuestra muger ¡*mullier magnanima!* ¡*mullier incomparabilis!*»

Y el arcediano levantó los brazos al cielo ébrio de alegría.

«¡Mi muger! exclamó con estrañeza el capitán; ¿y qué tiene que ver en esto mi muger?»

—Esta provision es obra suya.

—Eso en todo caso no quiere decir otra cosa sino que doña Mencía tiene un ascendiente particular sobre el rey.

—Pues mejor, mucho mejor; con eso vos sereis, y yo seré, y todos seremos.

—Empiezo á comprender por qué mi esposa no sabe deshacerse de vos.

—Pues si lo comprendeis, mejor, mil veces mejor; con eso ahorraremos inconvenientes; no hay nada mas incómodo que un marido tonto.

—Con que vos creéis que cegando yo.....»

—Indudablemente, cegando vos, habrá luz para todos, *et lux fulgurantissima.*

—Pues bien; seré ciego, pero procurad que la lumbré no me toque á la cara, porque.....»

—¿Y quién trata de escándalos? vuestra esposa es una noble y honrada señora, y yo creo que soy un sacerdote que.....»

—Bien, bien, no hablemos mas de eso, interrumpió Hernando

de Carrillo un tanto amostazado; bien sabe Dios por qué casé con doña Mencía; y una vez empezado un camino, ¿para qué volverse atrás? Pero como ya os he dicho que ando un tanto enamorado de mi muger, y que si la viese seria cosa de echarlo todo á perder, ahí teneis esa carta y esa joya, llevádselas, y allá os las compongais; en cuanto á mí, marchó ahora mismo camino de Sevilla.

—Sois un hombre de hierro, *imago fortitudinis*, como decia mi maestro el dean de Toledo. ¿Y á qué bueno vais á Sevilla?

—A traerme de paso, con gran respeto y resguardo, al arzobispo don Alonso de Fonseca, que ha de desposar á sus altezas en Córdoba.

—Segun eso, tardará doña Juana.

—Ocho dias cuando menos, señor arcediano.

—Pues bien teneis que correr, señor Hernando de Carrillo.

—¿Qué quereis? contestó levantándose y abrochándose el tabarte; nos tratan como á podencos.

—La paga será magnífica.

—Allá lo veremos. Hacedme la merced de que uno de vuestros pajes me alumbre en esa bajada del infierno.

—Mucha razon es; un hombre como vos debe conservarse; valeis un mundo, capitan.

—Vos un tesoro, señor arcediano; pero mi muger.....

—¡Oh! vuestra muger es un ángel de redencion.

—Me acompañais..... sois muy cortés.

—Con hombres como vos, todo es poco.»

Despues de esta salva de cumplimientos, el arcediano hizo venir un paje con luz, acompañó á Hernando de Carrillo hasta la embocadura de la escalera, apretóle una y cien veces las manos, y tras un segundo combate de cumplimientos se separaron.

«¡Lástima, exclamó para sí el arcediano, marchando á paso lento hácia sus habitaciones; lástima que la caída fuese tan ligera! No sé en que pensaba doña Mencía cuando casó con semejante lobo.»

Por su parte Hernando de Carrillo bajaba las escaleras murmurando:

«Ese arcediano es una sanguijuela venenosa; pues bien: utilicémosla; dejémosla que se llene con nuestra sangre; siempre habrá tiempo de espanzurrarla.»

Al poner el pié en el último peldaño, tropezó violentamente con un bulto que entraba, y á quien repelió algunos pasos.

«Vaya una barbaridad, exclamó el lanzado.

—Vaya una insolencia, contestó Carrillo.

—¡Ah! ¿sois vos, señor capitan del rey?...

—¡Ah! ¿sois vos, señor Beltran de la Cueva?

—Perdonad, no os habia conocido.

—Vos debéis perdonar, no os habia visto.

—Guardaos Dios, capitan.

—El os alumbre, mancebo.»

Tomó para arriba el jóven y siguió Carrillo su camino.

«Siempre el mismo; es un animal salvaje, pensaba Beltran subiendo.

—Pardiez que se ha hecho un buen mozo y que haria suerte en la corte, pensaba el capitan montando á caballo.»

Y aun mismo tiempo, y algunos minutos despues salia Carrillo al trote por la puerta de santa Lucía y entraba Beltran jadeando en la cámara del arcediano.

CAPITULO III.

De cómo Beltran de la Cueva se hizo un enemigo, y sacó en claro que amaba en una á dos mugeres.

Era mas de la oracion de aquel mismo dia, cuando Beltran llamaba á la puerta de la casa del marqués de Santillana.

Abrióse aquella, y apareció ante el jóven un viejo escudero, en cuyo semblante malicioso reflejaba la luz de una lámpara de hierro con que se alumbraba. Miró aquel hombre de alto abajo á Beltran, y dijo despues con una entonacion intencionada:

«¿Es vuesamercé, don Beltran de la Cueva?»

A pesar de los humos aristocráticos del jóven, era la primera vez que se oia nombrar de aquella respetuosa manera; por lo tanto, contestó con gravedad:

«Yo soy.

—¿Trae vuesamercé alguna letra del señor arcediano?

—Héla aqui, contestó el jóven sepultando su mano en el hondo bolsillo de sus calzas y sacando un billete cuidadosamente doblado en las mas reducidas dimensiones.»

Aquel billete no tenia sobrescrito.

«Sígame vuesamercé, si le place, repuso el escudero cerrando la puerta y precediendo al jóven por un pasadizo, al fin del cual tomó una escalera arriba.

—Entre vuesamercé en esta antecámara, y aguarde si es servido; voy á avisar á la señora.»

El escudero encendió dos bujías puestas sobre una mesa, y entró por una puerta inmediata, dejando solo á Beltran.

La palabra *señora*, pronunciada con una entonacion particular por aquel hombre, habia producido en Beltran un efecto mágico; su corazon se habia dilatado y temblaba, pero con un temblor producto á un tiempo de timidez, de impaciencia, de felicidad; habia entrado algunas veces en aquella habitacion, y guardaba tales recuerdos como los que produce un sueño de amor y de locura.

Nunca la impaciencia es mas fuerte que en los breves momentos que preceden á la realizacion de un deseo. Beltran ocupó aquellos momentos en estudiar la frase mas á propósito para su saludo, en componer á tirones su trage, que bien habia menester un tanto de aliño y compostura; en agrupar sus cabellos del modo mas conveniente para favorecer su semblante, y en cubrir con algunas discretas plegaduras ciertas severas claridades de su capa; con esto, con ajustarse el cinturon, y frotar su caperuza en lugares mas de lo que convenia lustrosos, pasó el tiempo necesario para que el escudero pudiera haber cumplido su encargo y estar de vuelta. Pero el escudero no pareció, y Beltran empezó á impacientarse; pasó aun mas tiempo, y entretuvo su impaciencia en examinar la habitacion en que se encontraba. Su inspeccion concluyó pronto; una pieza con tapicerías viejas, aunque en buen uso; antiguos sillones; una mesa y una alfombra; á mas de esto, tres puertas, una que era por la que habia entrado, otra por la que habia desaparecido el escudero, y una tercera, á través de cuyas rendijas se percibia una luz en el interior.

De repente un ruido cercano, ruido de dos voces que hablaban de una manera contenida, vino á entretener la espera del jóven: el sonido de una de aquellas voces le interesó; era argentina, dulce, juvenil; hablaba precipitadamente y con pasion, y se interrumpia por cortos intervalos para dar lugar á una voz de hombre, juvenil tambien, pero segura y voluble como la de quien está acostumbrado á jugar con el amor.

Beltran, por mas que á su orgullo exagerado uniese ideas

verdaderamente caballerescas; por mas que le repugnase el entrometerse á escuchar secretos ajenos, porque segun la entonacion de los que hablaban, de secretos debia tratarse, se acercó á la puerta y miró por el hueco de la cerradura.

Inmediatamente detrás de ella habia un espacio estrecho, y mas allá otra puerta, cuya mampara dejaba ver una luz en el interior de una habitacion cercana; entre aquellas dos puertas, y parados el uno cerca del otro, habia una dama como de diez y seis á diez y ocho años, de una hermosura mas que estremada, atractiva con esa mágia que producen lo espresivo y melancólico de una sonrisa dulce y simpática, y el brillo de unos ojos negros y elocuentes, que vibran fuego á la sombra de unas largas y espesas pestañas y bajo las cejas aterciopeladas de una andaluza; á la simple vista se concebía la suavidad de su tez, animada por ese moreno dorado de los tipos meridionales; y sus admirables y redondas formas, llenas de juventud, de vida y de pureza, se adivinaban perfectamente bajo la indiscreta plegadura de su traje de seda.

Esta jóven tenia en la mano una lámpara de plata, y con la otra jugaba al descuido con el cordon de su túnica, mientras posaba de una manera fija y dulce sus negríssimos ojos en el hombre que hablaba con ella.

Este no cedía en hermosura á la dama; á la edad de Beltran debia haber sido tan bello como él; pero los treinta años que indicaba su semblante; la presuncion de hermoso que le caracterizaba, y su mirada omnipotente y protectora para con su jóven acompañante, constituan á uno de esos buenos mozos á quien aman decididamente y á primera vista cierta clase de mugeres, pero que se hacen antipáticos para la generalidad. Su traje era de corte, rico y ostentoso; abonaban su nobleza espada y cadena dorada, y con una necia libertad tenia calada sobre su cabeza una gorra de brocado con joyel de diamantes en que se prendía una rica pluma.

Beltran, al distinguir á la jóven, clavó las uñas en el travesaño de la puerta en que habia apoyado sus manos, y sintió zumbiar sus oidos, y rodar el vértigo en su cabeza. Su indomable

voluntad dominó á la materia, se sobrepuso al vértigo y lanzó toda su alma á sus ojos y á sus oídos.

«Es ella, Mencía; exclamó en voz baja y rugiente; Mencía que habla de amor á otro hombre; pero, ¡Dios mio! ¡esa no es su voz! ¡la voz que me ha dicho tan dulces palabras, la voz que me ha halagado tanto! ¡la voz que siempre estoy escuchando y que me hace tan feliz y tan desgraciado! ¡es ella y no es ella! ¡son dos mugeres en una! ¡Oh!...»

Y tuvo intenciones de abrir la puerta.

«No, no, escuchemos; escuchemos y sepamos algo seguro; puedo engañarme; ¡silencio, corazón! ¡silencio, pensamiento mio! ¡no latais tan fuerte, dejadme oír!»

Beltran en efecto reconcentró toda su atención.

«¿Y cuando partís, don Juan? preguntaba la jóven á su acompañante.

—¿Cuándo? mañana al amanecer.

—¿Mañana!

—Sí; el rey quiere que al entrar en la corte doña Juana de Portugal, las gentes que la acompañen vean mucho aparato de armas; don Pedro Giron, con sus lanzas y los caballeros de su órden, está ya camino de Andújar; el Adelantado de Murcia acaba de pasar por Ubeda con sus ginetes, y yo haré que dentro de tres dias el maestre de Alcántara, que está sobre la frontera de Granada, entre en Córdoba.

—Y si teniais que servir al rey, ¿á qué habeis venido aquí? exclamó con voluntariosa impaciencia la jóven.

—Escuchad, Mencía; he venido por dos razones: primero por veros.

—¿Ah! ¡bien, muy bien! ¿Y la otra razon?

—Para ver á otra muger.

—¡Oh! ¿y la habeis visto?

—La guarda un hombre á quien no es fácil engañar.

—Como á mí, caballero, ¿no es verdad?

—Ved que yo no os hablaria de ello si la amara; yo no amo á nadie mas que á vos.

—¿Y para qué quereis, pues, á esa muger? ¿es hermosa?

—No la conozco; pero si se parece á su madre, debe ser hermosísima.

—¡Ah! ¡á su madre! ¿es alguna hija perdida?

—Es una niña de doce años.

—¿Rubia?

—Al menos asi lo era su madre.

—¿Con los ojos garzos?

—Asi debe ser.

—¿Se llama Blanca?

—Blancas ha habido en su familia.

—¿Y qué era su madre, caballero, si me permitis?

—Su madre..... su madre era una hermosa dama..... una hermosa y noble dama..... y nada mas.

—Seria casada.....

—Casada ó moza; no lo sé bien.

—¿Y os interesa?....

—Me van en ello la vida y la honra.

—¿Que os van la vida y la honra por la hija de una muger á quien conoceis mal?

—Respetad mi secreto, Mencía, y ved que no os he hablado de ello hasta ahora; que para hacerlo he necesitado encontraros á solas.

—¿Y me jurais por vuestra fé de caballero?....

—Os juro que no la amo, ni he amado á su madre..... os juro que mi alma y mi vida solo pertenecen á vos.

—¿Y qué quereis de mí en este asunto?

—El arcediano don Gonzalo de Arévalo es grande amigo de vuestro padre.

—Se conocen mucho en efecto, don Juan.

—Y por lo tanto acostumbrará á venir alguna vez con Blanca.

—Blanca es mi pequeña amiga, caballero.

—¿Podríamos hablar esta noche á solas, mi amada Mencía?

—¡A solas! ¿y en dónde?

—En vuestro aposento.

—¿En mi aposento? ¡oh! ¡es imposible! ¡mis dueñas, mis hermanas!

—¿Y en el huerto?....

—En el huerto..... tal vez..... contestó á media voz Mencía.

—¿A media noche?

—No confieis, sin embargo, don Juan.

—Sí, sí, ireis, lo sé.

—Iré..... iré..... porque os amo y lo quereis.»

El jóven se aproximó á Mencía; en aquel momento Beltran de la Cueva abrió la puerta, y se presentó de repente entre los dos jóvenes, que se quedaron mudos, el uno de terror, y el otro de sorpresa.

«¿Quién sois, que quereis aqui? exclamó el llamado don Juan.

—Vos sois, caballero, Juan Rodriguez del Padron; el *beamon-tés* amigo y amante de doña Blanca de Navarra.»

Mencía ahogó un grito, y Juan Rodriguez retrocedió un paso.

«Yo soy don Beltran de la Cueva, amigo de la niña Blanca y amante de doña Mencía de Mendoza.

—Yo os hallaré en otro lugar, exclamó Juan Rodriguez.

—Me encontrareis en la corte, caballero.....

—O antes tal vez..... ¿quién sabe?»

Dicho esto, el aragonés partió el corredor adelante, y Mencía permaneció aun aterrada junto á Beltran.

—Me habeis ofendido, caballero, exclamó la jóven.

—Os he salvado, señora, contestó Beltran con una gravedad heroica; ved, ved allí á vuestro abuelo, y entreabrió la puerta; íbais á manchar sus canas.»

Mencía miró con espanto y estrañeza al jóven, y huyó, á tiempo que de la habitacion cuya puerta entreabria este salia una dama.

Al abrir la puerta, la luz del interior dió de lleno en el semblante de Beltran.

«¡Oh! ¿qué haceis aquí? exclamó ella en voz baja y alterada.»

El jóven se estremeció; en aquella voz convulsiva habia reconocido la voz de sus amores.

La dama cerró la puerta de la cámara, y el corredor quedó á oscuras; luego entró en la antecámara de donde habia salido

Beltran, y apagó las bujías; de en medio de estas tinieblas asió al jóven y le arrastró suavemente consigo sin que hubiese podido ver su semblante.

Beltran oyó sucesivamente cerrar tres puertas; luego la misma mano le buscó en la oscuridad, le llevó á un estrado, y le hizo sentar. La dama se sentó á su lado.

—¿Qué hacíais aquí, caballero? preguntó con la misma voz simpática, pero severa y enojada.

—Vengo con un mensaje del arcediano....

—¡Ah! ¡es decir que sin ese motivo no hubiérais venido!

—Al menos me hubiera sido difícil aunque lo hubiera deseado.

—Lo cual no os acontece....

—Cuando conozco que el cumplimiento de un deseo mio mortifica á quien me lo ha inspirado, me arrepiento de haberlo tenido.

—Si estais aquí contra vuestra voluntad....

—Siempre estoy violentamente donde se me trata con dureza.

—Os he encontrado en un sitio en que pudiérais haberme comprometido.

—Me hacíais esperar mas de lo que era justo.

—Bien se vé lo poco avezado que estais á amores de aventura.

—En cambio, señora, parece que vos lo estáis mucho.

—¿Qué quereis decir?

—Digo que se me engaña.

—¡Beltran!

—Decidme vuestro nombre, señora, para que pueda contestaros ya que me llamais por el mio.

—¿Mi nombre? ¿acaso no le conocéis?

—Vos no sois Mencía; si lo sois es de una manera fingida.

—¡Dios mio! ¿y quién os ha dicho que yo no me llamo Mencía?

—El arcediano, contestó mintiendo Beltran.

—¡El arcediano! ¡imposible! ¡imposible! decid, si no, cuál es mi nombre.

—Vos sois quien debéis decírmelo si por prudencia le ocultais..... ya hace tiempo que nos conocemos, que nos amamos, y sin embargo no he sido indiscreto con vuestro nombre prestado.

—Y bien; si graves motivos impidiesen.....

—Yo soy noble, señora, noble como el que mas, y para vencer mi pobreza, tengo valor, audacia y entendimiento; decidme vuestro nombre, decídmelo; yo le murmuraré todos los dias, á todas horas, cada momento, siempre; y ese nombre adorado me dará brio, me sostendrá, me elevará hasta vuestra riqueza si sois poderosa, ó me permitirá ofrecer un gran renombre á vuestra hermosura si sois pobre; ¿temeis acaso que mi amor varíe?

—Sí, lo temo, Beltran; ¿qué habeis amado en mí? sin duda lo que no tengo; la belleza de Mencía.

—De Mencía; ¿sabeis cómo empezó mi amor, señora?

—La visteis en la iglesia ó en sus miradores; sois altivo y os dijísteis: soy noble y hermoso; ella es una niña; está en la edad del amor desinteresado.....

—Nada de eso pensé, señora; la ví, y me encantó; conocí mi pobreza, y sufrí; torné á verla, y soñé.....

—¡Y rondásteis sus miradores!

—Es verdad.

—Y sus miradores permanecieron solitarios para vos, como su semblante indiferente á vuestras miradas. Entonces os acordásteis de que érais algo poeta, y en cierto libro del *Laberinto* de Juan de Mena, llevado á copiar á casa de vuestro maestro el arcediano, vino á todo evento una glosa firmada por vos. Afortunadamente dió esa glosa por casualidad, como que al acaso habia sido entregada, en poder de quien encontró en ella amor, y un amor puro y noble, un amor de niño, y quiso conocer al poeta.

—¿Y fuísteis vos esa persona?

—Yo fui.

—¿Y os acordais de la glosa?

—Sí; ved si es esta.

Pues para esperar nacemos
Y aun esperando morimos,
Soñemos, alma, soñemos

Por la esperanza que vimos
Venturas que no tenemos.

Do más crudo es el afan
Mayor esperanza vemos,
Que siempre buscando estremos
Flores de esperanza van,
Pues para esperar nacemos.

La hermosura que adoramos
Y la riqueza que vimos,
Gozar sedientos ansiamos,
Y á la tumba nos llegamos
Y aun esperando morimos.

Si es ley eterna el amar
Y en fuego de amor ardemos,
Que no hay poder á matar
Y gozamos en soñar,
Soñemos, alma, soñemos.

Virgen bella, tu hermosura,
Cuerpo y alma apetecemos;
Ciegos hora en noche oscura,
Solo hallamos desventura
Por la esperanza que vimos.

Y pues no quieres premiar
De tanto amor los estremos,
Plegue al cielo, si has de amar,
Que no consigas gozar
Venturas que no tenemos.

—Y vos comprendísteis cuánto amor y cuánta desesperacion espresaba mi glosa, y me amásteis, señora.....

—Paso, paso, mi gentil mancebo; yo no sueño como vos; yo sé que en unas coplas se puede mentir mucho, y sobre todo, la tal glosa no era para mí. Tuve curiosidad, lo que no es raro en una muger.

—Pero esa curiosidad.....

—Era simple curiosidad, caballero, sin un viso siquiera de amor. Pero os ví, y os adiviné; adivinándoos, pensé en vos; pensando en vos, os deseé; deseándoos, os tuve; os amaba, y me

habeis amado; creíais al fin gozar las venturas de vuestros sueños, y hé ahí que estábais ciego, ó lo que es lo mismo, á oscuras.

—Pero en medio de esa oscuridad me habeis dejado ver un cielo resplandeciente; me habeis hecho contraer obligaciones, y por lo tanto habeis transformado al niño en hombre.

—Bien, muy bien; ¿y á pesar de saber que yo no soy Mencía de Mendoza os creéis obligado?

—Los que como yo han nacido en cuna hidalga, pagan sus deudas, señora, ó mueren.

—En verdad que me debeis mucho, mucho, Beltran..... mucho amor.

—¿Nada mas que amor?

—¿Os parece poco?

—Es que en esa parte nada os debo.

—¿Y si por acaso la que á ciegas os ha parecido deliciosamente bella tuviese un rostro tal que espantase vuestro amor á la luz?

—Yo, señora, no amo en vos la hermosura que Dios os ha concedido á manos llenas; amo el alma, esa alma cuya grandeza y sublimidad me habeis demostrado en vuestras palabras; esa alma que tan bien siente el amor y tan amorosamente le suspira. Yo os amo, bien lo sabeis, señora, como un insensato.....

—Y sin embargo, contestó la dama rechazando suavemente las manos un tanto atrevidas de Beltran; sin embargo, ese amor no es enteramente mio; por lo menos se divide en cuerpo y alma.

—¡Oh! ¡no! os lo juro. Ahora no amo mas que lo que conozco de vos, el alma.

—¿Qué, no conocéis de mí mas..... nada mas?

—Adoro en vos la hermosura mas perfecta; adoro en vos.....

—Paso, Beltranico, paso; os vais á hacer idólatra, y no quiero que por mí dejéis de amar el cielo.

—¿Y qué, no lo sois vos?

—Un cielo en tinieblas.

—Escuchad, señora; aunque la noche se envuelva en tinieblas, si esa noche es dulce y tranquila, si nos alhaga con vientecillos suspirantes y leves, perfumados con el aroma de las

flores; si nos presta un blando césped, un árbol hospitalario, el rumor de un arroyo y el canto de un ruiseñor; esa noche es mas bella que el dia, es la noche que habla á los sentidos mas puros del alma, porque ni sus auras, ni sus perfumes, ni sus sombras, ni sus armonías, tienen límites en las formas; porque sus encantos forman parte de la inmensidad, y nunca está mejor el espíritu que cuando flota, soñando, en el infinito.

—Creo que el señor arcediano, al haceros sábio, os ha hecho un tanto oscuro..... ¿qué ciencia es la que os ha enseñado? la teo..... la teo..... no recuerdo el final del nombre.

—La teología, señora.

—¡Ah! si, es verdad; pero vos, en vez de aprovechar los estudios para la iglesia, los habeis aprovechado para el amor..... y habeis hecho muy bien.

—Segun eso comprendéis como yo esperaba.....

—¡Ah! no, no; me sucede con vuestro símil lo que á vos conmigo y con la noche oscura; me agrada, porque no lo veo.

—Pues bien, señora; vos sois esa noche; vuestro aliento el aura; vuestra voz el ruiseñor amante; vuestros brazos el árbol hospitalario, y vuestra alma, vuestro pensamiento, la inmensidad.

—Está visto, Beltran; aunque quisiera, no podria dejar de amaros; pero tengo..... escuchadme bien..... tengo unos celos horribles.

—¡Celos! ¿y de quién?

—De mí misma.

—No os comprendo.

—Estoy tan acostumbrada á que me amen por mis ojos, que tiemblo á un amador que no necesita de ellos.

—¿Y quién os ha dicho, señora, que yo no desee ver su luz?

—¡Os va tan bien á ciegas!

—El sueño necesita tambien de la realidad: volviendo á mi símil, esa hermosa y tranquila noche hace suspirar, no lo dudeis, por un sol brillante que alumbra los encantos que envuelve aquella en su sombra; durante ella, el espíritu libre, que no puede sentir ni fingirse una forma, ha visto.....

—¿Vos habeis visto á Mencía?

- La he visto hasta ahora, pero ya veo mas.
 —¿Mas hermosura que la de Mencía? ¿y vuestros madrigales?
 ¿y vuestras glosas? ¿y aquello de:

Doncella la mas hermosa
 De cuantas doncellas hay?

- Os confieso, señora, que entonces Mencía era para mí.....
 —Una muger sin igual. ¿Y ahora?
 —Ahora vos, sola vos.....
 —De modo que si yo fuera.....
 —¡Fea! Juraria por la salvacion de mi alma que sois la dama
 mas cumplida de la corte.
 —Nunca habeis estado en ella.
 —Iré por vos, por vos sola.
 —Ireis, Beltran, por vuestra ambicion.
 —Os engañais, señora, voy por vos.
 —¡Por mí, que nada os he pedido, que nada os pediré mas
 que amor!
 —¿Habeis pensado bien, señora, en lo que puede acontecer?
 —¿Y bien, qué puede acontecer?
 —Puede suceder..... contestó Beltran con timidez y pasion,
 que nuestros amores tengan un resultado deshonoroso para vos.
 —¡Un hijo!.... ¡Beltran, Beltran mio! en verdad que estais
 muy obligado, pero descuidad; ese hijo nacerá.....
 —¡Señora! exclamó el jóven, cuya alma se inflamó de re-
 pente en un nuevo amor, ¿qué decis, señora?
 —Digo, contestó riendo la dama, que ese hijo nacerá, por-
 que ya existe.
 —¡Vuestro nombre, vuestro nombre, señora! exclamó Beltran
 arrojándose á sus pies y besándola las manos, conmovido hasta
 derramar lágrimas; ¡vuestro nombre y vuestro adorado sem-
 blante!
 —¿Y para qué los quereis?
 —Yo señora, creyéndoo Mencía, he respetado vuestro pu-
 dor, he sido discreto; pero ahora..... me amais demasiado para
 que querais hacerme sufrir.

—Creedme, Beltran, no me pidais mas, ni temais que una fealdad repugnante me obligue á ocultarme de vos; lo habeis dicho: lo que mi amor os ha concedido, mi pudor os lo rehusaria. Id á la corte, amadme siempre; yo seré vuestra mano, la mano que os guie y os haga poderoso; pero mano invisible; os veré en la corte y vos no me vereis; si os acercais por acaso á mí, me separaré lo bastante para que no reconozcáis mi voz; y cada noche, cada noche tenebrosa, volaré á vuestros brazos para buscar en ellos mi vida..... pero no me pidais mas, Beltran; no me obligueis.

—Pero señora, ¿habeis olvidado el punto á que han llegado nuestros amores?

—Ese hijo, caballero, tendrá padre, padre tan noble, sino tan bello como vos.

—Es decir, señora, que vos..... exclamó anonadado el jóven.

—Soy casada, Beltran.

—¡Casada! ¡os habeis casado despues..... en estos tres meses que habeis estado en la corte!

—Hace ya doce años que sucedió eso, caballero.»

Beltran se levantó y retrocedió.

—¡Doce años! ¡imposible! me engaÑais ahora ó me habeis engaÑado antes.

—Ni antes, ni ahora, Beltran; vos sois mi primero y mi último amor, vos sois el único hombre que, á conocerme, pudiera decir: esa dama me ha amado, esa dama me ha favorecido.

—¡Sois casada! ¡habeis vivido y vivis continuamente en la corte, y vuestro marido!....

—Mi esposo, y no troqueis los nombres, Beltran; mi esposo está furiosamente enamorado de mí.

—¡Hermosa, jóven, casada y!.... ¡oh! no, no; imposible; me engaÑais; no, no sois casada, ni habeis pensado en ello; quereis estraviarme para que no os reconozca..... me desdeñais..... me desdeñais porque soy pobre..... y hareis que me vuelva loco.

—¡Desdeñaros yo! ¿qué decís, Beltran? ¿desdeñaros yo, que he visto suspirar ante mis pies á toda una corte, y me he burlado de ella? ¿yo, que en medio del fango de nobles y poderosas

rameras he sido tan pura como el armiño, y he dejado de serlo por vos? Quereis saber mi nombre, y para saberlo..... juradme Beltran, que no habeis pensado en ofenderme, que las palabras que acabo de oiros son hijas de vuestro corazon, no de vuestra cabeza..... jurádmelo aunque mintais, porque me habeis hecho mucho mal.

—Perdonadme, señora, exclamó Beltran asustado por el doloroso arranque de la dama; perdonad, no os conocia, no os conozco..... y es tan extraño todo lo que me habeis revelado, que quiero comprender y me envuelvo en un caos; que quiero creerlos, y, perdonadme otra vez, quiero y no puedo.

—Vais á conocerme, caballero, es preciso que me conozcais, y, despues de conocerme, que escucheis mis esplicaciones, que serán para vos una luz tan clara como la luz del sol.

—Ved, señora, que yo nada he exigido; ved que os violentareis en vano; yo os creo, os respeto, quiero respetar las razones que os impelen á obrar como obráis.»

La dama desprendió de su traje las manos de Beltran, que la retenian; atravesó en paso firme, poderoso y rápido la cámara; oyóse rechinar una puerta, se cerró y tornó á abrirse instantáneamente, dando paso á una dama ricamente ataviada, que adelantó temblando, con los ojos bajos, el semblante encendido y la cabeza inclinada, hasta una mesa donde dejó la bugía que traia en la mano.

Beltran sintió helársele la sangre, retrocedió, sonrojóse á su vez y murmuró:

«¡Doña Mencía de Padilla!»

Durante un momento ella y él permanecieron dominados por una conmocion profunda; despues, y al mismo tiempo, levantaron tímidamente la vista, se cruzaron sus miradas, vacilaron un momento, se fijaron, ardió en ellas un amor inmenso, y Beltran vino á caer transportado á los pies de la jóven, que le levantó entre sus brazos.

«¡Hermosa como el amor! murmuró Beltran.»

Doña Mencía reclinó la cabeza en su hombro, y estrechó, temblando, entre sus brazos al jóven.

Al fin se separó de él, le miró, sonriendo, á través de sus lágrimas; se sentó en el estrado y apoyó en su mano derecha su frente pálida de emocion.

«¡Vive Dios! exclamó profundamente, sin dejar de mirar á Beltran, que hay momentos en que lastima el placer.»

Beltran estaba en el caso de apreciar en todo su valor estas palabras; sentíase engrandecido; la llama de la inspiracion, esa llama que solo sienten los que tienen alma de poeta, flotaba en torno de su cabeza, como si esta se hubiera sublimado al éter de la inmensidad sobre todos los cuerpos de la creacion; lo sublime hablaba al alma de Beltran, y el amor y la hermosura de doña Mencía le inspiraban, y, como hemos dicho, le engrandecian.

Permítanos el lector que procuremos hacer el imperfecto retrato de aquella dama, ya que no podemos fijar sobre el papel y en toda su fuerza nuestro pensamiento.

Era doña Mencía una muger de veinte y ocho años, pero en la que aparecia una juventud vigorosa, vírgen, si se nos permite esta frase: era blanca con una blancura mate, densa, jugosa, como diria un pintor, y del tono nacarado de la perla; su estatura era mediana, su continente gentil, y magestuosa y altiva su frente, que parecia fatigada con el peso de las anchísimas trenzas de sus cabellos negros; sus ojos garzos, admirablemente configurados, despedían un torrente de pasion bajo la sombra de sus largas pestañas, y su boca, pura y entreabierta, exhalaba un aliento abrasador y leve, que respondía al suave movimiento de su alto seno. Era una criatura hechicera que se entregaba sin testigos á la contemplacion de un jóven hermoso y adorado; era una muger que tenia el cuerpo en la tierra y el espíritu en el cielo del amor y de la voluptuosidad.

El silencio, en situaciones dadas, es mas elocuente que las palabras; entrambos callaron, porque se encontraban en uno de esos momentos en que el alma se reconcentra en un pensamiento dulce, íntimo, misterioso y vago como una esperanza: entrambos permanecieron inmóviles, mirándose frente á frente, fascinándose, devorándose, confundiendo en una sus dos almas, puestas en contacto por su mirada: entrambos gozaban el deleite del amor

satisfecho, orgulloso de su posesion, inmenso como el espíritu que inflama.

Beltran fue el primero que rompió con una exclamacion amarga la mágia de aquel silencio.

«¡Casada, Dios mio! ¡y casada con el capitan Hernando de Carrillo!»

Ya conocen nuestros lectores la desfavorable opinion que tenia formada del marido de doña Mencía su afortunado amante.

«¿No es verdad, Beltran, que seria verdaderamente digna de lástima una muger que se viese obligada á pertenecer á ese hombre? dijo la jóven.

—Y eso, señora, sucederá tarde ó temprano; al fin es vuestro esposo, y no comprendo como, estando enamorado de vos, lo que era preciso que sucediera, porque no amaros equivaldria á ser de mármol.....

—Vos sin embargo me habeis visto todos los dias al lado de mi tio el marqués de Santillana.....

—¿Y no os he amado?....

—Eso es.

—¿Sabeis, señora, cuánto puede contener al amor el respeto?

—No hay respeto cuando se siente amor. Lo demas es indiferencia.

—No, no señora; yo no he podido ser indiferente á vuestra hermosura, y no lo he sido. Os he tenido lástima.....

—¡Lástima!.... ¡oh!

—Sí, lástima de veros malograda en poder de Hernando de Carrillo, que podrá ser muy valiente, muy noble, pero que..... perdonadme, puesto que es vuestro esposo.....

—¿Pero qué?.... hablad sin temor.

—Al fin es un animal salvaje.

—¡Oh! demasiado salvaje, os lo aseguro, contestó doña Mencía fascinando á su amante con una hechicera sonrisa.

—Por lo que no será extraño que estando enamorado de vos, como deciais antes, abuse de su situacion.

—¡Oh! no; aunque no bastase mi firmeza de carácter..... ¿conoceis mi genealogía, Beltran?

—Sé, señora, que venis de una raza ilustre.

—Todos los Padillas han sido valientes hasta el heroísmo, Beltran; pero las mugeres han sobrepujado á los hombres; si ellos han poseido el valor brutal, ellas han nacido todas fortalecidas en el espíritu. La hermana de mi abuelo, doña María de Padilla, la reina, porque era legítima aunque secretamente esposa del rey don Pedro, tuvo el valor suficiente para pasar por su manceba, porque así convenia á los intereses del rey y á la paz del reino..... mi madre consintió en sufrir un destierro, y hubiera muerto antes de consentir en ser manceba del rey don Juan el II, y yo..... que parezco tan dulce, tan tímida, me dejaría matar antes que consentir en partir mi tálamo con Hernando de Carrillo.

—Pero cuando os casásteis con ese hombre.....

—Le amaria..... esto parece preciso: antes de ser mi esposo me burlaba de él con las otras damas de la princesa doña Blanca: cuando por una fatalidad me fue preciso unirme á él, le aborrecí. Beltran, para que comprendiérais esto, seria preciso que yo descorriera para vos un velo muy túpido que cubre ciertos amores de corte.

—Os creo, señora, sin necesidad de pruebas, dijo Beltran; y os suplico me perdoneis si he dejado de ser cortés por un momento..... mi amor.....

—Vuestros celos.

—No creo que puedan existir celos sin amor.

—Hay tambien celos de orgullo.

—Sea como quiera, tener orgullo por la posesion de una muger, es amarla.

—Teneis razon, Beltran: eso es cierto cuando se piensa como vos pensais ahora; tal vez mañana no seais el mismo: aun no conoceis el mundo.

—Pero me conozco á mí mismo, y sé que nunca dejaré de amaros.

—Os creo; pero creo tambien que, sin dejar de amarme, amareis á otras; creo que las amais ya.

—Os toca la vez de ser celosa, señora.

—No, los celos son dudas, y lo que yo tengo son evidencias.

—¡Evidencias!

—Sí, de vuestro amor á Mencía de Mendoza.

—Si no os hubiera conocido, señora.....

—Vos la amábais creyendo que la poseíais, y ahora que sabéis que es para vos una dificultad, la amareis mas: el amor se complace en vencer imposibles, y vos os obstinareis por la hermosa Mencía.

—Sí, me obstinaré en que mi hermosa Mencía me ame siempre como me ama ahora, contestó Beltran asiendo con pasion las manos de la jóven y llevándolas á sus labios.

—Vuestra Mencía, la Mencía que os pertenece, tiene sobrado recato y es harto noble para dar escándalos. Tenedlo esto presente, para no cometer imprudencias.

—Creo, señora, que la imprudencia está ya consumada. ¿Cómo pensais responder á vuestro esposo del estado en que os encontrais?

—El rey está enamorado de mí, Beltran.

—¡El rey! esclamó el jóven palideciendo.

—Pero con la misma fortuna que Hernando de Carrillo. Sin embargo, me será poco difícil hacerle creer que lo que nazca es hijo del rey, y el capitan callará, no lo dudeis, y tendrá á mucha honra el dar su nombre á vuestro hijo. Ved cuanto sacrificio por vuestro amor, que es mi vida, la luz de mi alma. Si me engañáseis, Beltran, si abusáseis de mi posicion, no sé lo que haria, pero indudablemente seria terrible..... ya os he dicho que los Padillas somos valientes y arrojados..... ¡oh! me vengaría de vos.

—Pues bien, os autorizo señora para que dispongais de mi vida el dia en que yo deje de amaros.

—No, no, el dia que ameis á otra. Escuchadme bien: desde el momento en que me decidí á ser vuestra, me hice cargo de vuestra suerte. Solo hace seis meses que nos conocemos, y ya teneis el pié puesto en el estribo: vais á ir á la córte: sois hermoso, noble y jóven; valeis infinitamente mas que los cortesanos y los clérigos que rodean al rey, y os hareis un partido: las

Carvajales son hermosas y desenvueltas, y os provocarán; tened cuidado con vos, y no fieis de ellas; seríais su amante de un día, os envolverian en un caos de intrigas y de peligros, y os inutilizarian. Doña Beatriz Fernandez de Bobadilla, dama de la infanta Isabel, es un ángel de diez y seis años, suspirante y lánguido, pero audaz, y si no corrompido, amaestrado entre la corrupcion de la corte; las Laras, las Pachecos, las Silvas..... ¡oh! es necesario amar mucho vuestro porvenir para lanzaros tan jóven y tan hermoso en medio de ese mundo de pasiones ruines, de miserias hediondas, de impurezas repugnantes; es necesario confiar mucho en vuestra fé, Beltran, cuando se os ama como os amo yo.

—¿Y dudais de mí?

—Sois jóven, audaz, ambicioso..... todo lo temo..... pero os he comprendido, Beltran; sois un águila jóven, y encerrada, que de seguro escapará de su jaula y tenderá el vuelo si antes no le abren la puerta..... yo os la abro..... ¿habeis hablado con el arcediano?

—Si señora.

—¿Y habeis sido indiscreto?

—He nacido noble, y soy honrado, señora.

—¡Bien, bien! ¿y qué habeis resuelto?

—Ir á la corte.

—¿Pero de qué modo?»

Beltran se ruborizó antes de contestar.

«Como paje de lanza de vuestro tio don Iñigo Lopez de Mendoza.

—Lo que quiere decir, que siendo ya demasiado viejo el marqués para andarse en bizarrías, quedareis reducido á la condicion de un persevante, ó cuando mas, de un amanuense. Esto no conviene á vuestra nobleza, Beltran.

—¡Oh! señora, el primogénito de don Diego de la Cueva, vizconde de Huelma, no habia nacido para servir; pero los antiguos bandos de en tiempo de don Juan el II arruinaron á mi padre, y sus hijos se ven reducidos á morir sin gloria y sin

fama en un rincón de su barraca, ó á buscar la suerte empezando por la servidumbre..... yo hubiera preferido lo primero, á no existir vos..... por vos sería capaz de negar mi nombre y ser verdugo.

—Sereis grande entre los grandes, Beltran, yo os lo fio..... os amo, y mi amor será para vos la fortuna..... vos sois mi esposo..... el esposo que ha elegido mi corazón; el adorado esposo en quien pensaré hasta mi último aliento..... pero no acepto tanto sacrificio..... ¿Sois hombre de armas, Beltran?

—Sé domar un caballo, y romper una lanza en el aire, contestó con orgullo el jóven.

—Pues bien, servid, pero servid noblemente dentro de un arnés llevando al lado una espada y bajo la cruz bermeja de una orden de caballería.....»

La jóven se detuvo y meditó.

«¿Ha hablado de vos el arcediano con mi tío?.....»

—Sí, pero no se ha tratado de servidumbre.

—¿Y estais seguro de poder resistir una prueba de armas?

—Ninguno de mi familia ha dejado de ser buen caballero, señora.

—De modo que, podré daros sin temor unas letras para don Pedro Giron, gran maestro de Calatrava.

—¡Ah! ¡Mencía! ¡Mencía! sois mi amor y mi ambición á un mismo tiempo.

—Esperad, esperad un momento, dijo doña Mencía yendo á la mesa y tomando una hoja de papel; voy á estenderos esas letras.»

La jóven escribió con gran trabajo dos carillas.

«Ayudadme en algo, amigo mio, dijo cerrando la carta y dándole un pedazo de cera colorada; derretid esa cera para que yo pueda estampar mi sello.»

Beltran obedeció: doña Mencía buscó su sello en un cajón, y le puso sobre la cera que habia derretido el jóven.

«No os he leído mi carta, porque no quiero enorgulleceros, le dijo: guardadla y decidme cuándo vais á partir.

—Mañana, señora.

—¿Y con qué medios?»

Sonrojóse Beltran porque habia llegado el momento en que saliese á plaza su pobreza.

«Mi padre acaba de vender á vuestro tio, señora, sus últimas tierras, y con ese dinero.....

—Con el dinero que ha de sustentar los pobres gastos del buen anciano..... No, no, Beltran; ya os he dicho que os miro como á mi esposo, y por lo tanto todo debeis aceptar de mí..... ó creeré que no me amais.

—Todo, señora, todo menos dinero, ó lo que sea igual.

—Vuestro orgullo Beltran, es ya en vos una mala pasion que temo me ha de costar muchas lágrimas.

—No, no señora; si verdaderamente me fuera necesario aceptar vuestra ayuda para vivir á vuestro lado, la aceptaria; pero mi padre me ama, señora, y cuenta aun con algunos medios; os juro que no le será gravoso el ponerme en la corte.»

Doña Mencía conoció que nada recabaria de la vanidad de Beltran, y no insistió.

—Id al menos á veros antes de marchar con el arcediano; decidle que habeis resuelto, sin nombrarme, entrar al servicio del maestro de Calatrava, y pedidle consejo acerca de vuestra conducta; él os dirá de qué manera debeis manejaros entre don Pedro Giron, su hermano el marqués de Villena, y su tio don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo: cada uno de esos hombres es un pozo sin fondo, que no dejarán de utilizaros si ven que podeis servirles; bueno será que vayais avisado. Don Gonzalo les conoce y os dará buenas noticias, y sobre todo buenos consejos. Ahora será bien que os vayais; ya es tarde y pronto tocarán á la queda: los tiempos andan malos, y podria sucederos alguna negra aventura de que no me consolaria jamás. Ademas de eso, creo oportuno que veais esta noche al arcediano.

—¿Y hasta cuándo, Mencía?

—Yo parto mañana á la corte.

—Permitireis que os vaya dando resguardo.

—Esperadme en el camino; pero tened presente de que yo os he de mirar como si no os conociera.

—Y bien, ¿qué importa? siempre tendré la dicha de ver vuestro adorado semblante.

—¡Quiera Dios que no me huyais mañana!

—Si yo llego á cometer tal perjurio, que caiga el cielo sobre mí.

—¡Adios, Beltran! exclamó doña Mencía arrojándose en sus brazos conmovida de felicidad.»

Beltran la estrechó en ellos y la besó en la frente.

«Esperad; es necesario que salgais con el mismo misterio que habeis entrado.»

Doña Mencía apagó las bugías, y asió, temblando de amor, una mano del jóven; arrastróle suavemente consigo, y poco despues sonó una puerta que se cerraba.

CAPITULO IV.

En que Beltran da una estocada y empeña una palabra.

Trascurrió mucho tiempo sin que en aquella casa tan callada y oscura diese nadie señales de vida.

Dieron las doce á lo lejos en el reloj de la Colegiata.

Al mismo tiempo, y en los extremos de una larga galería, se abrieron recatadamente dos puertas; en una de ellas, en la mas próxima á una escalera, segun podia juzgarse por el resplandor de la luna que acababa de asomar en el horizonte, aparecieron dos figuras: eran un hombre y una muger.

Resonó un ardiente beso, y una voz dulce y temblorosa, la voz de doña Mencía, dijo:

«No olvideis nunca lo que me debeis, Beltran; tomad esta llave: es la del postigo del huerto; bajad por esas escaleras, y no os olvideis de ir esta misma noche á ver á don Gonzalo.»

Resonó otro beso, se cerró la puerta, y Beltran bajó las escaleras, y se encontró en una puerta que daba á un huerto, y de la cual partia un ancho camino sombreado á sus linderos por árboles frutales.

El jóven se detuvo un momento; necesitaba dominar la influencia que ejercian en su alma los acontecimientos singulares y las graves revelaciones que habian pasado por él en casa del marqués; no era ya el niño enamorado, sino el hombre cuyo porvenir está unido á compromisos de conciencia y de amor. Beltran sondeó su corazon, y su corazon le dijo que amaba á doña Mencía de Padilla, pero que su amor por Mencía de Mendoza

permanecía intenso, brillante, y mas puro que nunca; sondeó su conciencia, y ella le dijo que debía olvidar á la Mencía que no le amaba, para reconcentrar su amor en la Mencía de quien era amado. Pero como generalmente están en inarmonía el corazon y la cabeza, Beltran se encontró combatido á la par por aquellos dos amores; entrambos tenian para él ese amargo adherente que sublima la pasion á la muger: los celos. Doña Mencía de Padilla estaba casada; doña Mencía de Mendoza amaba á Juan Rodriguez del Padron.

No sabemos cuánto tiempo hubiera permanecido Beltran inmóvil en la puerta si no hubiera venido á arrancarle de sus encontrados pensamientos el crugir de una falda y el ligero paso de una muger que descendia por las escaleras. Recordó entonces que Mencía de Mendoza se habia citado en el huerto con Juan Rodriguez, y por el momento no tuvo corazon para otra cosa que para aquellos zelos de desenlace tan inmediato. Apartóse rápidamente de la puerta, y se ocultó tras un árbol.

Poco despues, la luna iluminó en la puerta el vaporoso contorno de una dama vestida de blanco, que se detuvo indecisa como antes Beltran se habia detenido. Si el jóven hubiese lanzado una mirada á la ventana colocada sobre la puerta, hubiera visto el contorno de otra muger que observaba cuidadosamente al huerto.

Pero Beltran no la vió.

Al fin, la dama blanca adelantó, pasó junto al jóven, y este la reconoció. Era doña Mencía de Mendoza.

Al verla Beltran, hizo para sí el siguiente rápido razonamiento.

«¡Mencía, mi Mencía, estará ya recogida y descuidada, quizá soñando en mi amor y mi fortuna! esta, la nieta del noble marqués, va en busca de la deshonra; evitémosla, Beltran.»

Y se puso en seguimiento de la jóven, á la que alcanzó cuando iba á poner una mano en el postigo.

«Perdonad, señora, dijo Beltran asiéndola aquella mano.»

Mencía dió un grito, y se volvió aterrada.

«Soy yo aun, señora, dijo Beltran mirándola con pasion; yo que os amo, y á quien la Providencia envia para salvaros.

—¡Vos, vos! aun..... dijo la jóven, mirando á Beltran con una fijeza que el jóven no pudo menos de calificar de impudencia; vos que hablais de salvacion. ¡Y bien! ¿de qué peligro tengo que agradeceros que me salveis?

—Ibais á deshonraros.

—¿A deshonrarme por hablar á través de un postigo con un hidalgo que me ama?»

Beltran recordó entonces que la mano de Mencía habia tocado al postigo, pero que no tenia llave.

Su egoismo de enamorado le hizo sentir un inesplicable bienestar: el candor con que la jóven habia pronunciado sus palabras, la inocencia de su mirada, la tranquilidad de su actitud, demostraban que estaba satisfecha de sí misma y que no guardaba en su conciencia nada que pudiese sonrojarla.

Ademas, Beltran comprendió que por su educacion y su juventud, Mencía de Mendoza amaba por instinto, ó que por mejor decir, el sentimiento que la inspiraba Juan Rodriguez no pasaba de ser la alborada del amor.

Esta muger será mia, se dijo, olvidándose de los juramentos que acababa de pronunciar delante de Mencía de Padilla.

«¿Y con qué derecho, dijo á su vez Mencía de Mendoza, os encontráis á estas horas en la casa de un noble y sobre todo en una casa que no es vuestra?»

Beltran no estaba preparado á esta pregunta, aunque era la mas próxima que debia esperar de una persona de la familia de los Mendozas, y se desconcertó.

«En verdad, señora, que debéis estrañar mi presencia aqui, porque.....

—Creo que todo, de algun tiempo á esta parte, es estraño en vos, caballero; pareceis mi duende, mi familiar: en la iglesia, en la calle, en el campo, cuando me asomo á mis miradores, cuando entró en la cámara de mi abuelo, aun aqui mismo, siempre he de encontraros; esto me contraría, os lo confieso, y os agradecería mucho el que me libertáseis de vuestra presencia.

—¡Ah doña Mencía! otra que vos veria en esto un amor que acaso es osado cuando tiende su vuelo á tanta hermosura, á tanta

inocencia, pero que no está en mi mano contener; por vos vivo, con vos sueño, y solo por vos busco riquezas, porque nombre ya le tengo, tan honrado y tan noble como el que mas.»

Sucede con frecuencia que una persona se rechaza ó se mira con indiferencia, cuando solo se la conoce, por decirlo así, de vista; y que aquella misma persona agrade y simpatice cuando se cruza con ella la palabra. Mencía de Mendoza habia visto hasta entonces de lejos, y envuelto en sus pobres y raidas ropas, á Beltran; el amor no hablaba aun en su corazon, y aunque hubiera hablado, la hubieran separado del pobre hidalgo su orgullo de noble al ver desprovisto á su adorador de la librea de la nobleza, que consiste en relumbrones. Por el contrario, Juan Rodriguez del Padron era uno de los hombres mas ostentosos de su tiempo, iba siempre vestido de brocados, llevaba tras sí de continuo pajes y escuderos, y era altivo y presuntuoso, mientras Beltran iba siempre solo, pobremente vestido, y oculta su altivez natural bajo sus profundos pensamientos. Pero cuando tuvo ocasion de ver de cerca á Beltran, agradóle su dulce y juvenil hermosura, embellecida por la luz de la luna; la franca y noble mirada de sus ojos, la armonía purísima de sus formas de adolescente. Vibró en su alma como un eco armonioso su dulce, tímida y suspirante voz, que la ofrecia como un homenaje unos amores entusiastas, puros, respetuosos; la noche ocultaba los defectos del traje del jóven y la grasa de su caperuza, en tanto que sus flotantes y rizados cabellos tenian algo de vaporoso y de fantástico agrupados en anchos bucles en torno de aquella cabeza tan altiva, tan noble, y tan bella aun mismo tiempo. Nunca se aprecian mejor las cosas que por una comparacion inmediata; poned una Virgen de Murillo junto á una anatomía de Rivera, y el corazon se inclinará á lo bello, á lo dulce, á lo poético, si ese corazon no está viciado y no siente á través del prisma del interés. Lo que ganaba Beltran en el ánimo de la jóven, debia necesariamente perderlo Juan Rodriguez: Mencía hasta entonces habia creído nobleza y dignidad la altanería y el acento imperativo del aragonés, que habia sabido decirle palabras de amor en la situacion precisa en que empezaba á desarrollarse su alma de

virgen, en el momento en que el ángel descendía á la tierra, pero antes de que la tocase. Juan Rodriguez y Beltran se habian equivocado calificando de corrupcion lo que solo era el descuido de la inocencia, que es la ignorancia de las vírgenes: el uno habia creído segura para aquella noche una nueva querida, y el otro habia concebido unos celos que le avergonzaban.

Si Juan Rodriguez, como era probable, escuchaba tras aquel postigo junto al cual hablaban sin recato los jóvenes, debió variar completamente de opinion, como habian variado respectivamente los dos jóvenes y como ellos debian tambien alterarse sus sentimientos. La palabra de Beltran fue como una antorcha arrojada en medio de las tinieblas, en que andaban á un mismo tiempo sin entenderse los dos.

«¿Y decis que habeis venido por mí? dijo la jóven bajando por primera vez los ojos.»

Aquella pregunta, indiscreta si se quiere, sirvió de mucho á Beltran, que se apresuró á asir el hilo que sin intencion le ofrecian.

«Perdonadme, señora, si habia entendido mal la intencion de la cita que habiais empeñado en este sitio con vuestro amador. Quien bien ama se estremece por su amor, y me he adelantado; he saltado las tapias del huerto y os esperaba.

—¿Y qué habiais entendido de mi cita? dijo la jóven.

—Perdonad, señora, si no me parece oportuno....

—¿Qué entendísteis, pues, repitió la jóven con impaciencia?

—Comprendí que ibais á recibir á solas.....

—Me habeis ofendido, caballero.

—Perdonad, señora, os he dicho la verdad de lo que pensaba, pero al mismo tiempo os he confesado que estaba en un error.

—Creo que aun estais en algunos errores, dijo tímidamente Mencía.

—¿Y qué errores son esos, señora?

—Si no recuerdo mal, cuando á primera noche aparecísteis de repente entre don Juan y yo, pronunciásteis algunas palabras harto graves.

—¿Dije acaso algo que pudiera ofenderos?

—Dijisteis, lo recuerdo bien, á don Juan; vos sois el bea-
montés amante y amigo de doña Blanca de Navarra.

—Es verdad, señora.

—Añadísteis además: yo soy el amante de doña Mencía de
Mendoza.

—Me hacian mentir los celos.

—¿De modo que mentísteis tambien acerca de una ilustre
princesa?

—Eso, señora, es para decirlo un tanto mas lejos de ese
postigo.

—¡Ah! exclamó doña Mencía, lanzando una mirada cuida-
dosa á la puerta.»

Hasta entonces no habia comprendido que estando citada con
Juan Rodriguez, podia muy bien aquel encontrarse escuchando
tras del postigo.

«Pero si fiais en mi honor de caballero..... mirad..... en la
espesura, podremos evitar ser oidos y acaso ser vistos desde la
galería.»

Mencía era curiosa como toda muger; Beltran audaz como
todo jóven que empieza con fortuna sus lides de amor, y logró
que la jóven desapareciese siguiéndole entre la fronda.

En el momento en que habian desaparecido, aparecieron dos
figuras, la una por la calle de árboles, la otra sobre la tapia
del postigo. La del huerto era una muger, la que trepaba un
hombre.

El hombre y la muger se viéron; él saltó y ella permaneció
inmóvil dominada por el miedo.

El hombre avanzó hácia la muger, y se reconocieron. Al re-
conocerse exhalaron un grito contenido. El del hombre espresaba
alegría, el de la muger terror. Eran doña Mencía de Padilla y
Juan Rodriguez del Padron.

«¡Por Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza! exclamó él, que
hay desgracias que deben desearse, si traen consigo una ventura
tal como la presente.

—Ignoro, Juan Rodriguez, de qué ventura quereis hablar.»

—De la de una cita con vos.

—¡Una cita conmigol!

—Cita casual, lo concedo, pero que nos ha hecho encontrar á una hora la mas conveniente, en el sitio que yo podia desear mas á propósito. ¡Ah, doña Mencía! ¡doña Mencía! ¡huid de mí y venis á encerraros con vuestro tio en una fea casa de Úbeda, donde encontrais para distraeros un hermoso garzon, que no es por cierto lo mas consecuente á la soberana ventura que le otorgais!

—Si no supiera de antiguo, de muy antiguo, Juan Rodriguez, el valor que se debe dar á vuestras palabras, me sorprenderia la audacia de las vuestras. ¿De qué huida y de qué garzon hablais?

—Me preguntais á un tiempo dos cosas importantes, á las que me será preciso contestar por separado. Sentémonos, si os place, señora, en ese banco de césped.»

Doña Mencía de Padilla necesitó de toda su serenidad para contener la impresion que le causaron las palabras de Juan Rodriguez. Solo por una traicion inconcebible en Beltran podia aquel hombre conocer sus amores con el jóven. Esto no podia suponerse, era imposible, puesto que hasta aquella noche no la habia conocido Beltran, ni habia tenido tiempo de hablar con el aragonés. Las sospechas de doña Mencía recayeron en el arcediano, y se creyó víctima de una intriga que no acertaba á descifrar. De todos modos la era necesario aclarar aquel misterio: y aceptando la invitacion de Juan Rodriguez, se sentó en el banco, disfrazando con la actitud de la indiferencia mas absoluta el cuidado que sentia.

Juan Rodriguez se sentó á su lado, adoptando el ademan y las maneras de un hombre de mundo que hace el amor por costumbre, y con la necia espresion de confianza que dan las repetidas victorias en amor.

Juan Rodriguez del Padron calcaba sobre el tipo corrompido de las mugeres fáciles á todo el sexo, y de esto provenia su insolencia.

«Héme aqui al fin en un caso en que yo esperaba encontrarme tarde ó temprano, señora, la dijo; ello era preciso.

«No os entiendo bien, señor Juan Rodriguez; decis.....»

—Digo, ó he querido decir, que una muger casada con un hombre tal como Hernando de Carrillo, y con las condiciones que vos os casásteis con él; una muger tan hermosa y tan codiciada como vos, era imposible que diese el raro caso de desesperar á su esposo, de desesperar á su amante y de bajar con palma al sepulcro. Eso era imposible.

—De modo que suponeis....

—Permitidme, señora que conteste primero á la primera pregunta que me habeis hecho.

—¡Ah! sí, de la razon que podais tener acerca de lo que llamo mi fuga de la corte.

—Eso es, y voy á contestaros. Desde que os vi os amé.....»

Doña Mencía hizo un movimiento de disgusto.

«Os lo he dicho tantas veces, por escrito, en verso y en romance, que no es razon que os estrañeis cuando os acuso mi amor con palabras. Acaso, acaso ha sido mi amor mal comprendido.....»

—Lo que no comprendo bien, caballero, es que conociendo mi estado y mis costumbres os atrevais.....

—Creo que el comprender demasiado mi atrevimiento es el que ha motivado vuestra fuga.

—¡Ah! creéis que yo para salvarme de vos he huido..... en verdad que no os creia tan necio.

—En vano pretendéis ofenderme. Sé demasiado lo que debo pensar acerca de vos. Comprendísteis que habiendo sido rechazado por vos, que no habiendo podido conseguir lo que ahora me depara la casualidad, me valdria de medios si se quiere poco honrados, pero que me hubieran llevado á mi objeto. Por vos, señora, por vuestros encantos, no hubiera dudado en deshonorarme, en dar un escándalo, en provocar un lance de armas. Soy rico, generoso, audaz, y los criados de estos tiempos no son los mas fieles. Temísteis un golpe de mano.....

—¿Y habeis pensado bien en lo que me aconsejaria mi dignidad en un lance tal como el que habeis tenido la audacia de indicarme? ¿habeis meditado lo que harian heridos y lastimados mi pudor y mi orgullo?

—Perdonad, señora; acaso me he engañado acerca de lo de la fuga, y puede ser muy bien que os haya traído aquí otro motivo mas grato. Llegamos á nuestra segunda pregunta, á el hermoso garzon..... acaso éls ea la causa.

—¿Y quién os ha dicho?....

—Mis ojos han visto, señora, y mis oídos han escuchado.

—Habeis visto y escuchado.

—Sí, á fé.

—¿Y qué habeis visto..... qué habeis escuchado?

—He visto aparecer de repente por las puertas que corresponden á vuestras habitaciones á un hombre que decia llamarse don Beltran de la Cueva.

—¡Ah! si, el hijo de don Diego; ese noble mancebo esperaba en mis antecámaras.

—Despues no ha podido salir á este huerto sino por la galería á que dan vuestras habitaciones.

—¿Es eso, pues, todo lo que habeis visto?

—Creo que ha sido bastante para creer con fundamento que un jóven tan noble..... y tan gentil, que ha pasado á solas con una dama tan hermosa desde la oracion hasta las doce.....

—¿Y lo que habeis oido..... tiene el mismo fundamento que lo que habeis visto?

—He oido, señora, palabras que me recordaron un acontecimiento pasado hace doce años; palabras que no han podido ser dichas á don Beltran sino por vos ó por el arcediano don Gonzalo de Arévalo. Este, de seguro no las ha dicho, porque tiene miedo al recuerdo de aquel acontecimiento, y solo la indiscrecion de una muger enamorada.....

—¿A qué acontecimiento os referís?

—Una noche, estando vos en las antecámaras de la princesa doña Blanca.....

—¡Ah! ¡ah!

—Pues bien; de aquella noche data vuestro casamiento con Hernando de Carrillo, y el nacimiento de una jóven dama, que sin conocer su origen, se encuentra en este momento en Úbeda.

—¿Y qué tiene que ver todo esto?

—Es que, señora, ese acontecimiento ó palabras que con él tienen suma referencia, se me han echado á la cara esta noche, en casa del noble marqués, por vuestro protegido, en ocasion en que yo hablaba de amores con su nieta Mencía.

—Pero eso es imposible; debeis haberos equivocado.

—Las palabras fueron terminantes: vos sois, caballero, me dijo, Juan Rodriguez del Padron, amante y amigo de doña Blanca de Navarra.

—Pero eso no es exacto ¡Dios mio! exclamó doña Mencía palideciendo. Si aquella noche nació una niña en palacio, vos mejor que nadie sabeis que esa niña no pertenece á doña Blanca.....

—Doña Blanca es tan noble, tan pura y tan hermosa como desgraciada, y sin embargo, ya lo veis, su nombre anda malparado en boca de mancebos..... deshonorado y escarnecido..... y esto no lo habrá inventado, de seguro, Beltran de la Cueva, que cuando aquellos acontecimientos estaba en andadores..... alguien se lo ha dicho, señora, desfigurando los hechos, acaso por el interés de alguna intriga de corte, y ese alguien..... sin duda sois vos.

—Mentís, Juan Rodriguez, mentís; la muger que se sacrificó por una princesa uniéndose á un hombre á quien despreciaba, es de todo punto imposible que por una miserable intriga calumnie á una ilustre dama, que á mas de haber sido su señora, es en este momento su amiga; mentís, os lo repito, mentís; don Beltran de la Cueva no puede haber pronunciado esas palabras.

—Si os basta para testigo de la verdad que afirmo Mencía de Mendoza, que oyó del mismo modo esas palabras.....

—¿Y quién os ha dicho ademas que la desgraciada niña que nació aquella noche, y que tan funestamente se parece á doña Blanca de Navarra, está en Úbeda?

—Eso no es un misterio, puesto que el arcediano don Gonzalo de Arévalo, que la tiene en su poder, la trae con frecuencia á casa del marqués.

—Sí, es cierto; pero en Úbeda no hay nadie, escepto mi tio don Iñigo Lopez de Mendoza y yo, que hayan conocido á la princesa doña Blanca, y que hayan podido sospechar por lo que se le

parece la niña; solo vos; y desde que estais hospedado en casa del marqués, el arcediano ha sepultado en sus habitaciones mas retiradas á Blanca.

—Eso mismo supone que vuestro don Beltran está perfectamente enterado, señora, y que ha sido indiscreto en un momento de celos.

—Aquí hay una traicion oscura que es necesario aclarar, y yo á mi vez, os acuso, Juan Rodriguez; esa traicion viene de vos. ¿A qué habeis venido á Castilla cuando mas ensangrentados están los bandos de Navarra, cuando Cataluña toma parte por don Carlos de Viana, y se esclaviza á doña Blanca en Olite; cuando el astuto Luis XI alienta en secreto esos bandos, y concluye una alianza que será fatal, yo os lo juro, entre Portugal y Castilla, y cuenta ya los pedazos de tierra que puede robar á España por la parte del Rosellon? Hace doce años, vuestra presencia fue fatal en Castilla, y entonces apenas teniais barba; sin embargo, produgísteis el repudio de doña Blanca, de quien ahora fingís compadeceros; habeis vuelto, y acaso doña Blanca está mas amenazada que nunca; por el momento, ya habeis procurado deshonorarla, lo que hasta ahora no ha conseguido ni aun pensado nadie. Pero tened cuenta con vos, Juan Rodriguez, porque podrá ser que esta sea vuestra última traicion.

—Creo que no nos entendemos, señora, ó que por el contrario, comprendéis demasiado la situacion en que os encontrais, y procurais desviarla, empenándome en asuntos de corte.

—Pero lo que me habeis dicho acerca de esos asuntos es demasiado grave.....

—Perdonad, para mí no hay en este momento, nada tan precioso, nada tan importante como vuestro amor.

—Pensais encontraros respecto á mí en una de esas situaciones en que una muger se ve obligada á sufrir las exigencias de un hombre; creo haberos demostrado que en lo que creiais de mi fuga de la corte por temor á vos, estábais engañado.

—Acaso, acaso, señora, pero en cuanto á ese hidalguelo...

—Os engañais del mismo modo.

—Ha entrado á la oracion en vuestras habitaciones, y á

las doce ha salido recatadamente, como quien huye, por el huerto.»

El argumento era invencible, pero á pesar de su robustez, doña Mencía tuvo una inspiracion luminosa.

«Las sospechas que os habeis atrevido á alentar contra mi honor, le dijo, me obligan á justificarme. ¿Ignorais que ese jóven ama á doña Mencía de Mendoza? vos mismo habeis podido juzgar de ello, puesto que encontrándoos en una conversacion de amor con mi sobrina, le han obligado sus celos á echaros á la cara unos amores supuestos, sin duda con la intencion de sembrar la amargura de los celos en el corazon de Mencía.

—No hay que dudar, señora, de vuestro buen ingenio.....

—¿Pero?, no os parece justificada su larga permanencia en esta casa? ¡Vah! vos no sabeis de todo lo que es capaz un enamorado de veinte años; sin duda sorprendió vuestra cita, y conecedor de las entradas y salidas de la casa del marqués, se habrá ocultado en algun rincon hasta la hora precisa. El mancebo es audaz y despierto, Juan Rodriguez, no hay que dudarlo, puesto que mientras vos perdeis el tiempo inútilmente conmigo, él os conquista la dama: mirad, hace media hora que desaparecieron juntos por la sombra de aquel bosquecillo, y se entienden sin duda tan bien, que no parece sino que estamos solos en el huerto. Sois digno de lástima, Juan Rodriguez; lo que os acontece puede llamarse una burla completa.

—¿Y para qué habia venido ese hombre aqui? dijo sombríamente el aragonés.

—Crei que mi justificacion estaba completamente hecha, pero veo que sois exigente en demasia. Don Beltran de la Cueva es amigo del arcediano y el arcediano es mi confesor.....

—¡Ah, ya! y para facilitar vuestras prácticas religiosas, os envia á su amanuense para que os ayude á hacer exámen de conciencia.

—Ese jóven es un noble sin fortuna, señor Juan Rodriguez, es valiente y discreto y puede servir de mucho en la corte: era necesario utilizarle, y me le ha enviado esta noche en busca de unas letras mias que le he dado para el gran maestre de Cala-

trava, que por mi mediacion le hará su escudero, y esto es todo. Ahora, en fin, que debéis estar convencido de que os habeis engañado, os suplico que os volvais por donde habeis venido.

—¡Oh! me despedis como se despide á un paje..... pero no contais con que yo no me hubiera puesto en marcha para quedarme á la mitad del camino.

—Ya veis que en ese camino se ha adelantado otro á vos, exclamó doña Mencía señalando con un ademán de lástima el bosquecillo.

—¡Y qué me importa vuestra sobrina, señora! contestó con desden Juan Rodriguez.

—¡Cómo! nada os importan los amores de una doncella tan jóven, tan hermosa, tan noble y tan rica.....

—Os confieso, señora, que no dejaba de serme grato el tener un tan hermoso medio para acercarme á vos.

—¡Cómo! os habeis atrevido á abusar en la confianza de una niña que sin duda os ama.....

—Doña Mencía, ya os he dicho que para lograros no hay medio que me parezca innoble: disponia de muy poco tiempo para estar en Úbeda y le he invertido bien: bajo pretesto de admirar un palacio antiguo, me he hecho mostrar su casa por el buen don Iñigo Lopez, y con algunas palabras de amor me habia hecho una excelente portera de vuestra sobrina, conocia perfectamente la situacion de vuestro aposento, y conozco, además, demasiado á las mugeres para no saber que en circunstancias dadas lo sacrifican todo al temor de dar un escándalo.

—¡Oh! Juan Rodriguez, exclamó doña Mencía levantándose: nunca creí que cupiesen en la cabeza de un hombre que lleva espada al cinto y se llama caballero, tan ruines pensamientos.

—Culpad á vuestra dureza de corazon, señora, contestó el aragonés levantándose al mismo tiempo: cuando un castillo resiste y cuenta con defensa bastante, se procura sorprender su presidio..... he aqui lo que yo he hecho con vos, señora.....»

Juan Rodriguez avanzó y tendió una mano hácia doña Mencía, que palideció y se hizo atras.

«Procurad no dar un escándalo, porque podeis salir de él mal librado, dijo con una voz convulsiva por la cólera.

—¡Oh! doña Mencía, llegais al último punto á que llegan todas las mugeres: á las amenazas.»

Y adelantó todo lo que la jóven habia retrocedido.

«Quereis un escándalo, dijo, pues sea: mirad.»

Y yendo al banco de césped donde habian estado sentados, abrió la espesura y aparecieron tras ella Mencía de Mendoza y Beltran de la Cueva.

Nada habian hablado los dos jóvenes desde el momento en que resonó el grito de sorpresa de Mencía de Padilla á la aparicion de Juan Rodriguez: entrambos, por un interés idéntico, puesto que amaban respectivamente á cada una de aquellas dos personas, se acercaron recatadamente á un leve jaral situado tras el banco y escucharon toda la conversacion.

La casualidad, ó mejor dicho, la situacion escéntrica en que se encontraron colocados Mencía de Padilla y Juan Rodriguez del Padron, hizo que su diálogo fuese mas grave para los jóvenes que escuchaban, que la mas larga conversacion de amores. Entrambos se encontraron de repente en un terreno nuevo para ellos, ó al menos para Mencía de Mendoza, puesto que aspiraba por primera vez el álito infecto de las intrigas cortesanas: vió que se la habia tomado como un pretexto para llegar á los amores de otros; oyó con cuánta audacia Beltran se habia propuesto salvarla; las pruebas ingeniosas de que se habia visto obligada á servirse Mencía de Padilla para restaurar su reputacion sorprendida *in fraganti*, sirvieron para que creyese en el inmenso amor de Beltran, y al verse desdeñada por Juan Rodriguez, su corazon se puso de parte de su jóven defensor; cruzábanse, entre tanto, miradas tímidas, sonrisas hechiceras entre los dos jóvenes: Beltran creyó llegado el momento de aventurar una prueba, y en el momento en que se levantaban del banco de césped Mencía de Padilla y Juan Rodriguez, asió una mano de su jóven compañera y la llevó con frenesí á sus labios.

—¿Me la concedeis, Mencía, dijo el jóven estrechando entre las suyas aquella mano?

—Ganadla, contestó ruborosa Mencía.

—¡Oh! sí, la ganaré, pero juradme.....

—¡Qué!....

—Que no sereis esposa de otro.

—Os lo juro.

—Dadme una prenda en arras.»

Mencía levantó el bello semblante enrojecido por la emoción, y Beltran posó en él una mirada intensa.

«¿Y qué prenda puedo daros, Beltran?»

El jóven acercó su semblante al de Mencía, que comprendió de qué prenda se trataba, y enrojecida por un rubor hechicero, recibió un beso de Beltran, y se le devolvió.

En el momento de aquella poética y apasionada promesa, fué cuando Mencía de Padilla abrió la espesura. Los jóvenes habian sido sorprendidos, y la amante de Beltran herida en el corazón. Juan Rodriguez solo habia visto dos bultos tras la espesura.

«Ahora, si os place, dijo Mencía de Padilla á Juan Rodriguez, salid, caballero, por donde habeis entrado. Nada teneis que hacer aqui.»

Juan Rodriguez, absorto, mudo por la cólera, no se movió. Beltran saltó sobre el banco de cesped.

La ocasion que se le ofrecia de humillar un rival delante de sus dos Mencías, habia engrandecido al jóven y como acrecido su estatura: tenia todo el altivo talante que debe suponerse en los buenos caballeros descritos en los romances de la edad media, y miraba frente á frente y con un desden magnífico á Juan Rodriguez.

«Creo, caballero, que una dama dentro de su casa, en la que habeis entrado como un malhechor, os ha mandado salir de ella.

—¡Oh! sois vos; vos el afortunado adonis de todas las mugeres de esta casa; que me place, señor Beltran. En verdad que me hubiera pesado mucho salir solo, lo que no me acontecerá de seguro teniendo tan buena compañía.

—¡Oh! os habeis anticipado á mi deseo; vamos pues, señor Juan Rodriguez.»

Y Beltran, apurando su situacion de triunfador, fué al postigo, abrió, sostuvo la puerta, é invitó á Juan Rodriguez á que saliese. El aragonés pasó, y tras él Beltran, que cerró por fuera: poco despues, la llave lanzada por cima de la tapia, cayó á los pies de las dos damas.

«¡Ah, tia mía! se van á matar, exclamó Mencía de Mendoza.»

Mencía de Padilla no contestó, estaba pálida, trémula, rígida como una estatua; su jóven sobrina se asió á ella temblando.

Lo que Mencía de Padilla esperaba, no se hizo desear mucho tiempo; un estridor seco y rápido, un terrible choque de espadas dominó tras la tapia el silencio de la noche: ni una palabra se escuchaba fuera, ni las dos jóvenes hablaban dominadas por el terror. Al poco espacio, el ruido de las espadas cesó, y oyóse el sordo choque de un cuerpo sobre la tierra, tras el cual la voz de Beltran gritó ébria de orgullo.

«Adios, mi hermosa Mencía, Adios.»

Luego se oyeron precipitados pasos que se perdieron á lo largo del callejon.

La voz robusta y segura de Beltran pareció animar á aquellas dos mugeres; y sus corazones, heridos por ella, se conmovieron de igual modo. Mencía de Mendoza se apropió su despedida; Mencía de Padilla sintió que se le desgarraba el alma. ¿De cuál de ellas se habia despedido Beltran? ¿A cuál de ellas amaba?

«Es valiente, Mencía, dijo á la jóven aventurando una prueba, y será muy buen caballero.

—¿No es verdad, que es muy hermoso y muy bizarro, y que hará pronto gran fortuna?

—¿Y tú te alegrarias?

—¡Oh! sí; contestó ruborizándose Mencía de Mendoza.

—¿Y qué te importa que ese hombre haga suerte ó no?

—No sé; pero me interesa su suerte.

—¡Le amas!

—¡Ay! exclamó la jóven como si la hubiesen tocado al corazon; creo que no amaré á nadie mas que á él.





H. Pinola

lit. de Dreyer

10^a MENCIA DE PADILLA

—¿Y lo sabe eso Beltran?

—Sí, y me ha pedido una prenda de fé.

—¿Te has prometido á él? exclamó con desesperacion Mencía de Padilla.

—Sí; y mi honor es suyo, porque.....

—¿Por qué?

—Hemos cambiado un beso de esposos.

—¡Un beso!.... exclamó con sarcasmo Mencía de Padilla; ruega á Dios que no se lleve consigo mas parte de tu honor si le matan en un loco empeño.

—¡Matarle!....

—Bien merece la muerte quien es tan imprudente y tan provocador.»

Y sin decir mas, asió á la jóven de una mano, la arrastró á través de la calle de árboles, subió con ella las escaleras, y dominándose en este espacio, la besó y la dijo dulcemente:

«Vete, Mencía, y procura que no te sientan: sobre todo sé muy prudente acerca de cuanto has visto y oido esta noche: en ello están interesados á un tiempo tu amor y tu honor.

—¡Oh! sí, callaré..... pero ese hombre que ha quedado en la calle acaso muerto.....

—Ese hombre no estará mucho tiempo ahí.»

Las dos Mencías se besaron de nuevo y se separaron. La de Padilla entró en sus habitaciones, y se arrojó como aniquilada en un estrado.

«Es un niño que empieza, dijo; pero ese niño tiene un deseo inquieto y voraz, un brazo fuerte, y una ambicion desmedida..... y le amo; sí, amo en él al hombre del porvenir..... pues bien, es necesario domar al leoncillo, acostumbrarle á nuestra mano.... yo me habia creido bastante hermosa para enloquecerle, y me he encontrado vencida; bien, mi sobrina le ama; era preciso: yo se le he conquistado; me escuchaban. Pues bien, que sea su esposa en buen hora..... pero que su corazon sea mio; es necesario obrar, y obrar pronto..... obremos.»

Y se acercó á la mesa y escribió con mano trémula una carta

que cerró y selló; en el sobre de aquella carta escribió: «Al arcediano don Gonzalo de Arévalo.»

Una hora despues del duelo de los dos hidalgos, llamaba un escudero á la puerta de las habitaciones de la Colegiata, que abrió un viejo sacristan.

«Para el señor arcediano, dijo el escudero.

—Esta gente está empecatada, dijo el sacristan; hé aqui la segunda vez que llaman..... á las dos..... esto no ha acontecido nunca..... algo debe suceder de nuevo ¿eh?»

Pero el sacristan, al levantar los ojos, que hasta entonces habia tenido inclinados sobre la carta, se encontró solo. El escudero se alejaba á paso largo.

«Con tal que sea el último.....»

La puerta se cerró, cortando con su interposicion el monólogo del sacristan, que habia andado exacto en cuanto á la hora.

En aquel momento retumbaban en la torre de la iglesia las dos de la mañana.

CAPITULO V.

En que el arcediano, sin saber cómo, se encuentra metido en un laberinto.

En otra ocasion, don Gonzalo hubiera estado durmiendo con la mayor buena fé posible; pero los acontecimientos habian hecho, no solamente que velase él, sino que velasen tambien todos sus servidores, desde el último paje al primer escudero.

Tratábase de un viaje á la corte, y de un viaje de arcediano, lo que en aquellos tiempos equivalia á tanto como si hoy se tratase de trasladar un pueblo entero de un punto á otro. Habia que envolver y empaquetar la voluminosa coleccion de cuadros del buen clérigo, en los cuales iba inclusa la galería de retratos; de hacinar en diez ó doce carros su mueblaje y su vestuario, de hacer en fin una mudanza completa, puesto que el limosnero de la reina no podia dispensarse de presentarse en la corte con todo el boato que requería su elevada posicion.

Pero lo que mas daba que hacer á don Gonzalo, eran sus papeles, en cuyo arreglo estaba ocupado desde hacia algunas horas. Solo Dios sabe cuántas picardías, cuántos enredos se encerraban en aquella voluminosa coleccion de cartas, sobre algunas de las cuales lanzaba una mirada que producía casi siempre una sonrisa satisfecha.

De vez en cuando soltaba una exclamacion de triunfo.

«¡Ah, señor don Juan Pacheco! decia; os tengo aqui; no os agradaría mucho, yo lo fio, que estas vuestras letras corriesen

de mano en mano en la corte; siempre ha sido vuestra señoría un bribon, un embustero, *homo mendax*; sí, ciertamente, yo podría haceros aire como á vuestro buen hermano don Pedro Giron, animal intratable; en cuanto á vos, *carissimus frater*, don Alonso Carrillo, vuestra señoría no saldría muy bien librado de mis papeles que un tiempo fueron vuestros. ¡Oh! aquí os tengo tambien, incomparable arzobispo señor don Alonso de Fonseca.... pero no temais que yo os amargue la satisfaccion que os causara el unir en uno á una señora tan hermosa como doña Juana, y á un príncipe tan..... tan magnífico para vos como el señor rey don Enrique. Vamos, tengo aquí toda una armería completa en que cuento con mas de un formidable ariete sin las ballestas y las catapultas; bien, magnífico, *virtus magna prudentia*, esta es una verdad innegable; pues bien: seremos prudentes, prudentísimos; *terque cuaterque prudentes.*»

A cada punto final de sus monólogos, el arcediano apuraba una enorme copa de vino, que volvía á llenar con el contenido de un jarro de plata, puesto, como acompañante de su vigilia, al alcance de su mano.

Este era un medio tan bueno como otro cualquiera para distraer la soledad, y el arcediano se servía de él, acaso con demasiada frecuencia, sin que por esto se alterase en manera alguna su cabidad superior; parecia que el vino, al descender á su estómago, perdía enteramente sus propiedades escitantes y narcóticas.

Empeñado se hallaba en su vigésimoquinto monólogo, cuando á través de escaleras, patios y galerías, llegó retumbando hasta él el golpe seco y fuerte del llamador de la puerta principal.

Suspendióse por ende la perorata, y el buen arcediano se irguió y se puso atento como un perro cazador que siente ruido sobre su rastro.

Repitióse otra vez el golpe, pero con mas fuerza.

«¡Hola! ¡eh! ¡Ferrante! gritó; ¿no habeis dormido aun la borrachera, bribones? ¿no oís que están echando la puerta abajo?

—Sí, si señor, contestó un escudero que habia llegado á la puerta á punto de oír el apóstrofe del arcediano; me he asomado á la claraboya de la galería, y.....

—¿Y qué?

—Me han pedido desde abajo que abra á don Beltran de la Cueva.»

Sonó un tercer golpe.

«Abrid, abrid con cien legiones, bellacos; no servís para nada; llevad luz, y sed respetuosos con ese caballero.—El escudero desapareció.—¡Beltranico! ¡y Beltranico á la una de la mañana! prosiguió para sí; escondamos estos papeles; es ladino, lo bastante para leerlos á través de los sobres. ¡Ah, señor Beltran! con estos papeles y con vos, me doy por arzobispo. Pero hélo ahí. ¡Diablo! ¡magníficas piernas! ciento sesenta escalones en tres minutos.»

En efecto, sonaban pasos en la galería, y poco después se abrió la puerta, apareciendo en ella Beltran.

«Buenas noches, señor arcediano, le dijo; á fé á fé que no contaba con encontraros fuera del lecho á estas horas; pero, por lo que veo, todos velamos esta noche; vuesa mercé está de viaje, yo tambien; todos estamos de viaje, y alguno, quizá, quizá, para muy lejos..... me alegro, voto á..... sí, si señor, me alegro.»

Y Beltran asió la copa de plata del arcediano que estaba llena de vino, y la apuró.

Don Gonzalo le miró con cierto espanto; no conocia á su amanuense: se habia transformado.

«¿De dónde venís, caballero?.... sin duda de algun desorden; venís ébrio.

—Sí, si señor, contestó Beltran; vuesa mercé tiene razon; vengo ébrio de felicidad.

—¿Habeis visto al marqués, dijo con cierta intencion el arcediano?

—De su casa vengo.

—¿Cómo! ¿habeis estado alli hasta ahora?

—Ahi vereis si tengo razon en llamarme feliz.

—Pues no os entiendo, Beltranico.

—Sabed que ya no se trata de ser paje de lanza de ese viejo hidalgo.

—¡Ah, ah! habeis encontrado mejor acomodo.

—Cierto..... mirad.»

Y Beltran sacó de su ropilla la carta que le habia dado doña Mencía.

«Para su señoría el gran maestre de Calatrava, dijo el arcediano, por cuyos ojos entraron como otros tantos caracteres de fuego que iluminaron su pensamiento las gordas letras del sobre, en que reconoció á primera vista la mano de doña Mencía de Padilla.

—Ya veis que empiezo bien; se cumplen mis deseos.

—Sí, sí; recuerdo que todo lo que no era servir al papa, ó al rey, ó á un gran maestre, os parecia deshonoroso. Pero tened en cuenta que en la servidumbre de un gran maestre hay oficios harto bajos.

—Entre los cuales nunca se ha contado, que yo sepa, el oficio de escudero.

—¡Escudero!.... ¡vos escudero de un gran maestre de Calatrava! *vanitas vanitatum!* ¿Sabéis lo que decís, mancebo?

—Sé que valgo demasiado para no estar siempre pegado á vuestra sótana sirviéndoos de amanuense.

—¿Y por quién, *puer ignarus*, j6ven ignorante, si es cierto lo que decís, habeis llegado á esa alteza; qué seria de vos sino os hubiera pulido y descortezado y hecho hombre?

—Pues no os lo agradezco, don Gonzalo.

—¡Hola! no me lo agradeceis.... cabalmente eso sucede siempre; solo que en general los ingratos tienen la mesura de no decirlo.

—Yo soy mas franco..... vos me habeis enseñado para vos, y yo he aprendido para mí.

—Y decidme, Beltranico, ¿quién os ha levantado tan alto?

—El amor.

—Cuidad que vuestras alas no sean de cera y se derritan al sol.

—En todo caso, no sereis vos el sol que las derrita. Pero eso no impide el que podamos ser buenos amigos, con la diferencia de que en vez de serviros vos de mí, yo seré quien me sirva de vos.»

El arcediano miraba atónito á Beltran.

«Ella, ella ha sido, decia para sí; las mugeres tienen el demonio del orgullo en el corazon, y no pueden hacer otra cosa que orgullosos.»

—Paréceme que andáis un tanto pensativo, señor arcediano, le dijo Beltran.

—Y como si ando; como que me habeis metido en cabilaciones.

—¿Y qué cabilais?

—Creo que no servís bien para un oficio de armas.

—¡Ah! ¿creeis que yo...?

—Los caballeros de Calatrava son gente de brios.

—¿Y qué os parece de esto, señor arcediano? dijo Beltran desnudando su espada y mostrando al arcediano su punta roja.

—¿Habeis probado vuestros brios en algun perro vagabundo?

—No creo que merezca ser tratado de perro Juan Rodriguez del Padron.»

El asombro de don Gonzalo llegó al último grado posible; Beltran de la Cueva habia adquirido para él las dimensiones de un gigante.

«¡Vos! ¡vos á un caballero tan bravo como el señor Juan Rodriguez! ¡á un hombre á quien yo he visto romper diez lanzas sin moverse de la silla!...»

—Y que es demasiado cobarde para atreverse á una dama á quien cree desamparada.

—¿De qué dama hablais?

—De doña Mencía.

—¿De doña Mencía de Mendoza?

—Os pudiera decir de ella algo que tiene gran parte en mi alegria; pero de la que se trata ahora, es doña Mencía de Padilla.

—¡Qué! ¿conoceis á la muger del capitan Hernando de Carrillo?...

—A la esposa querreis decir..... porque si de alguien es muger, lo será mia.

—¡Beltran, Beltran! cuidado con lo que decís, hijo; ya que

sois tan afortunado, guardad prudentemente esa fortuna. No abrais por Dios un abismo á vuestros pies.

—¡Como sois su confesor!.... además doña Mencía me ha encargado que os vea antes de partir para la corte con el fin de que me deis algunos consejos acerca de la conducta que debo observar con el maestro.

—Don Pedro Giron, hijo mio, es un noble, iracundo, salvaje, ambicioso; os aconsejo que junto á él calleis mucho y os hagais el ignorante; por lo demas, procurad ser buen ginete y buena lanza, sed puntual en el servicio, observad y aprovechad para vos todo lo que podais. En caso de duda, y siempre que sea posible, decidíos por vos antes que por nadie, y no os decidais á un partido sino cuando encontréis ventajas próximas, y sin gran esposicion; callad mucho, y pensad tanto como calleis; dad á todo el mundo la razon á solas y no os inclineis á nadie en habiendo mas de uno. Hablad bien de todos, y buscad disculpas para los que sean acusados: esto al menos hace amigos..... ¿pero á qué diablos estoy calentándome los cascos cuando vos sabeis indudablemente en vuestros pocos años mas que yo con toda mi esperiencia de corte y de convento? Hablemos de otra cosa, que bien seguro estoy de que nadie recogerá una prenda dejada por vos con tal de que valga algo. ¿Y á qué asunto habeis reñido con Juan Rodriguez?

—Cosas de amores, don Gonzalo.

—¡Cómo! ¿le habeis encontrado por acaso en las habitaciones de doña Mencía?

—Le he encontrado hablando con doña Mencía de Mendoza.

—¡Válame Dios, por Mencías! que creo que no vamos á entendernos. ¿Cuál es la Mencía que os ama?

—Las dos, señor arcediano.

—¡Cómo! ¿las dos?

—¿Qué tiene eso de estraño? yo buscaba á una, y otra me buscaba á mí.

—Pues os digo que no os habeis metido en mal laberinto.

—Vos teneis la culpa.

—Es decir que yo soy para vos, segun os conviene, unas veces mucho y otras veces nada.

—Vos sois para mí un hombre que puede iluminar mi camino. Por ejemplo, ¿qué érais en la corte cuando repudió el rey á doña Blanca de Navarra?»

El arcediano palideció y miró con espanto á Beltran.

«Lo sabeis todo, dijo; esa muger se ha vuelto loca!»

—Os he preguntado que qué érais en la corte.

—Era confesor de la princesa.

—Segun eso habreis conocido sus amores.

—Doña Blanca no tuvo amores en su primera juventud; quizá no los tenga jamas. Doña Blanca es una mártir.

—A quien, sin embargo de haber repudiado el rey con el pretexto de impotente, se acusa de demasiado potente.

—Beltran, os juro por todo lo que pueda tener de sacerdote indigno y pecador, que doña Blanca volvió á Navarra tan virgen como habia venido de Castilla.

—Y decidme, añadió Beltran levantándose y yendo al cuadro en que antes habia reparado Hernando de Carrillo, y describiendo la cortina; decidme, ¿por qué razon se parece tanto esta dama coronada á esa pobre niña que teneis con vos, y á quien llamais vuestra sobrina?

—Creo que os habeis empeñado en perderme, Beltran, y si seguís asi, lo conseguireis. En cuanto á mí, lo que de esto pueda venir, no me pertenece; cúlpese á esa imprudente señora; á esa doña Mencía..... de Padilla.

—Que os acusa á su vez de haber sido indiscreto.

—Eso significa.....

—Que nada me ha dicho doña Mencía.

—Y entonces, ¿quién pues?.....

—Vos, ese retrato, Blanca y Juan Rodríguez del Padron.

—¡Diablo! ¡diablo! es muy posible; esto es maravilloso: sabeis haceros de secretos zurciendo retazos, y veo que justificareis muy pronto la profecía del buen Nebrija: *tu eris sicut stella in tenebris*.

—Yo no sé por qué ahora os creo mas que antes.

—Sin embargo, no han transcurrido muchas horas.

—Las bastantes para que se me hayan hecho grandes revelaciones.

—Revelaciones como la de doña Blanca.

—Y bien; he aquí para lo que os necesito. Quiero que se me aclare esa historia.

—Beltranico, esa es una historia de amores poco interesante; dijo el arcediano pretendiendo escurrirse; y vos... verdaderamente vos no debéis.....

—Yo veo mas claro que vos, señor arcediano.

—Y qué... ¿qué veis?.....

—Veo que, mas que por otra cosa, ha venido Juan Rodriguez del Padron á Castilla por esa niña á quien llamais vuestra sobrina.

—¡Ah! sabéis que Juan Rodriguez... ¿y quién os lo ha dicho?

—Le he oido hablar de ella con Mencía de Mendoza, y asegurar que le iba en encontrarla tanto como el honor y la vida.

—¡Ah! ¡ah!

—Vos me habíais hablado algunas veces de ese Juan Rodriguez como de un beamontés decidido.

—¡Ah! ¡ah!

—Al oírle hablar con tal interés de Blanca, tuve una sospecha y una inspiracion. Yo he visto muchas veces ese traslado y me he dicho: esa dama ha sido ó es mucho mas que hermana de un clérigo: he tenido curiosidad, y he preguntado á mi padre, que estaba en la corte en tiempos de doña Blanca; las señas que de la princesa me dió el buen viejo, venian con las de ese traslado. No sé por qué creí ver en Juan Rodriguez al padre de Blanca, y cuando me fué preciso interponerme entre él y Mencía.....

—Cometisteis una indiscrecion de la que ha nacido un duelo.

—Casi casi; ahora á vos toca decirme, puesto que ya hemos llegado á punto de sangre Juan Rodriguez y yo, hasta donde sean ciertas mis conjeturas.....

—Conjeturas, simples conjeturas, Beltranico; ¿y decis que el señor Juan Rodriguez buscaba á mi sobrina?... á Blanca, quiero decir.

—Lo sé por su palabra.

—¿Y ha muerto ese hombre?....

—Mi espada ha entrado un palmo en su pecho.

—Oid un consejo, Beltranico.

—¿Cuál?

—Cuando se tiende de una estocada á un enemigo tal como el señor Juan Rodriguez, no se le deja sin otro exámen. ¡Cuántas veces sucede encontrar por la mañana sano y bueno ó cuando mas con una estocada falsa, á un hombre á quien se creía muerto por la noche! Se remata, Beltranico, se remata; así se evitan enemigos y traiciones; perro muerto no muerde.

Beltran hizo un gesto de repugnancia.

«SÍ, es muy noble, muy caballeresco dar la mano á un enemigo caído; pero en estos tiempos es lo mismo que alentar á una vívora; creo que en todos los dias del mundo ha sucedido lo propio.

—Y yo creo que nos separamos del asunto principal.

—¿Qué asunto? repuso cándidamente el arcediano.

—El de los amores de Juan Rodriguez.

—¿Con doña Leonor de Foix?....

—¡Ah! ¡era doña Leonor! ¡la hermana de doña Blanca! Pero el parecido de esa niña con la princesa.... doña Leonor no tiene gran fama de hermosa.

—¿No habeis visto nunca muchachos que en vez de parecerse á sus padres se parecen á sus tíos? He aqui lo que ha sucedido; doña Blanca de Navarra se parece á su padre don Juan, y Blanca, la hija de doña Leonor y de....

—¿Y de Juan Rodriguez?

—Eso es, de Juan Rodriguez, dijo el arcediano haciendo un esfuerzo como quien traga una píldora de acibar; la hija de esos señores se parece tambien á su abuelo el rey de Aragon don Juan.

—¿Y por qué no de Navarra?

—¿Olvidais que aun vive don Carlos de Viana, á quien corresponde de derecho la corona?

—¿Y no creéis que se quiera usar de la hija de doña Leonor

para preparar la guerra á doña Blanca, en el caso de la muerte de su hermano, abusando de ese fatal parecido para deshonorarla?

—Acaso, acaso; doña Juana Enriquez, muger del rey don Juan, acaba de dar á luz al infante don Fernando: los Enriquez son ambiciosos, y no dejarán que salga tan fácilmente de su familia una corona que han adquirido por amaños, casando á ese viejo rey viudo con la hermosa doña Juana. Podrán suceder grandes cosas..... que en fin, nada nos importan á los de Castilla..... ¡y no saber, sabiendo tanto, si habeis enviado á los infernos ó habeis dejado en la tierra á ese Juan Rodriguez!....

—Paréceme que tiene vuesamercé miedo, señor arcediano.

—En los tiempos en que vivimos hay que tenerlo por todo.

—Creo que lo último que puede suceder será que cada uno viva por su cuenta.

—Famosa salida para un mancebo de ingenio y de puños, que tiene las damas á docenas y que entra en la vida de la corte de escudero de un gran maestro y armado de secretos que espantan; pero nula para un hombre como yo, que vive de la paz y de la mansedumbre.»

La verdad del caso era que el edificio que habia creído levantarse don Gonzalo en Beltran, se le habia venido á tierra á la primera prueba, que se hallaba desorientado y perdido en un laberinto.

Pero Beltran era implacable y quiso saber hasta el fondo la historia del nacimiento de Blanca.

Estrechado el arcediano en su último recinto de cautela, le fue preciso rendirse.

«Hace doce años, dijo, se presentó en la corte de Castilla doña Leonor, hermana de doña Blanca. Aquella visita era estraña, puesto que nunca se habian profesado gran cariño las dos hermanas, y lo que pareció mas estraño fue la intimidad que desde los primeros dias se notó entre ellas. Doña Blanca era desgraciada; el abandono del rey, que entonces era príncipe, su vida licenciosa, sus escesos, sus vicios, eran bastantes para sumir en una negra melancolía á una jóven de corazon tan puro y tan

impresionable como el de doña Blanca. La venida de su hermana á Castilla pareció dar vado á sus pesares, y se vió al fin lucir una sonrisa franca y sincera en los labios de la princesa.

Durante algun tiempo, doña Leonor se presentó en la corte; pero al fin se encerró en su cámara, donde no entró nadie desde entonces mas que las damas que habia traido de Navarra y su hermana doña Blanca.

Esto causó gran sensacion en los bandos que entonces militaban encarnizadamente en Castilla: creyóse que la venida de doña Leonor era un asunto de corte, y se acusó á doña Blanca de ambiciosa y de tomar parte en las cosas del gobierno en daño de don Juan el II, contra el que ya se habia revelado su hijo. Añadiase á esto que algunas veces, rebozado y con trage de escudero, entraba un hombre en la cámara de doña Leonor, y se dió en observar á aquel hombre y en seguirle, sacándose en claro que era un caballero aragonés, un aventurero noble y rico, que servia con sus dineros y con su espada al bando beamontés, que apoyaba las pretensiones, ó mejor dicho, los derechos de don Carlos de Viana al trono de Navarra.

Aquel hombre era Juan Rodriguez del Padron.

Esto fue fatal para doña Blanca. Los caballeros del bando del rey creyeron ver una prueba de traicion; soñaron conspiraciones en la cámara de doña Leonor, y supusieron que los navarros se entrometian en las cosas de Castilla; los partidarios del príncipe temieron que su esposa hiciese predominar la influencia de los señores de Navarra, tuvieron celos y, tras los celos, odio contra la pobre princesa, que desde entonces no tuvo mas que enemigos; solo el marqués de Santillana, don Iñigo Lopez de Mendoza, y yo, que era su confesor, teniamos para la infeliz señora palabras de consuelo y obras de amistad. El mismo don Enrique habia concebido temores acerca de su esposa.

Todos se engañaban: nada tenia que ver con el gobierno ni con los bandos la venida á Castilla de doña Leonor. Aquella muger, añadió el arcediano bajando la voz como quien teme ser escuchado, estaba en cinta, Beltran: su embarazo habia llegado á ser demasiado visible y era la causa de su retraimiento.

—¡Ah, ah! y el señor Juan Rodriguez, como buen amante, habia seguido á doña Leonor desde Navarra.

—Eso es, y todo hubiera terminado felizmente, á no ser por una casualidad endiablada. Es el caso que Juan Rodriguez, una vez introducido á la confianza de la una hermana, halló hermosa á la otra, y alentado por su buena fortuna anterior, puso sus pensamientos en doña Blanca.

—¡Diablo! el señor Juan Rodriguez es hombre por lo visto que no reconoce obstáculos.

—El señor Juan Rodriguez es un bribon como otros tantos que andan en la corte. Servia entonces á la princesa como dama de honor doña Mencía de Padilla, que solo tenia entonces diez y seis años y era la doncella mas hermosa de Castilla. Otro sí: era paje de la misma princesa Hernando de Carrillo, que entonces tenia diez y ocho años y era tenido comunmente por el primer animal salvaje del reino. Hernando de Carrillo estaba furiosamente enamorado de doña Mencía, y ésta, jóven y loca, fingia amarle, abusaba de su rudeza, tenia en él un esclavo, y, en fin, se burlaba de él.

Juan Rodriguez del Padron, aunque solo contaba entonces veinte años, era tan astuto como vos, señor Beltran; tan audaz como vos, y casi casi tan valiente como vos, uniendo á esto una hermosura incitante, y, lo que vos no teneis, un estado riquísimo. Observó todo lo que sucedia en palacio; conoció que Hernando de Carrillo le podia servir de mucho, y se hizo su amigo de una manera estrecha. Hernando de Carrillo era, como ahora, un animal, y á poco trabajo se apoderó de él Juan Rodriguez.

Dos jóvenes de una misma edad y enamorados, se comprenden fácilmente. Juan Rodriguez hizo algunas discretas confianzas al paje, le mintió que amaba y era amado por doña Blanca, y que solo le faltaba ocasion para llegar al logro de aquellos amores. Le incitó á que, del mismo modo y á un tiempo, se procurase la posesion de doña Mencía, y le proporcionó largamente dinero para corromper la fidelidad de las dueñas de la princesa.

En efectó, Hernando de Carrillo se prestó á todo y se fue, como quien dice con botas y espuelas, á una doña Beatriz de

Sandoval, vieja dueña, espía puesta por don Enrique á su esposa, que aceptó con alegría el deshonoroso encargo de facilitar la ocasion anhelada por Juan Rodriguez, con la doble intencion de aprovechar los cuantiosos donativos del amante, y de hacerse con la gracia de don Enrique vendiendo á su señora.

Todo lo supo el príncipe, y su alma depravada recibió con alegría la ocasion que se la presentaba de romper unos lazos que por la virtud y la rigidez de costumbres de doña Blanca le eran enfadosas.

Atendedme bien, Beltran, porque atencion se necesita para comprender lo que sucedió en palacio en cierta noche del año de 1443.

Las cámaras que ocupaban doña Blanca y su hermana doña Leonor tenian sus puertas en la pared frontera á la puerta de una antecámara; en cada una de las paredes de los lados habia una puerta; la de la derecha conducia á las habitaciones que ocupaba en el alcázar doña Mencía de Padilla, á las inmediaciones de la princesa, como su menina favorita, y aquellas habitaciones comunicaban por dentro con las de doña Blanca. La puerta de la izquierda servia de entrada á la vivienda de doña Beatriz de Sandoval, á quien habia colocado alli el príncipe en acecho de su esposa.

Ahora, veamos lo que en la noche á que me refiero acontecia en cada una de aquellas habitaciones.

Era ya tarde, mas de media noche: á la puerta de la antecámara, armado de todas armas, con la espada desnuda, daba guarda un doncel del rey: avisado este por el príncipe, dejó entrar al bachiller Cibdareal, médico del rey, á quien doña Blanca habia hecho venir con recato. El bachiller atravesó la antecámara y entró en la cámara de doña Blanca, que despidió á Mencía de Padilla como de costumbre y se quedó á solas con el médico.

Doña Mencía entró en sus aposentos, se hizo desnudar por sus damas y las despidió. Las damas salieron. Despues entré yo, atravesé la antecámara y penetré en la cámara de doña Blanca. Luego, segun confesion posterior de la dueña doña Beatriz, el príncipe don Enrique, con un secretario y algunos caballeros de

su bando, entraron en la habitacion de la vieja y se pusieron en acecho tras de su puerta.

Algunos momentos despues aparecieron Juan Rodriguez del Padron y Hernando de Carrillo; el primero se encaminó resueltamente á la cámara de la princesa, á la que creia preparada con un brebaje por la vieja, y Hernando de Carrillo en la de doña Mencía.

Al propio tiempo resonaron dos gritos agudos en dos de aquellas habitaciones: el uno en las de doña Mencía, el otro en las de doña Leonor.

Para que comprendais mejor lo que sucedió en aquel momento, bueno será que sepais para qué, á un mismo tiempo y en una hora tan avanzada, nos habian hecho llamar al bachiller Cibdareal y á mí. Habia llegado la hora del alumbramiento de doña Leonor: la muger necesitaba de asistencia, lo que naciese de un hombre que se hiciese cargo de ello. Doña Blanca nos suplicó cuando podia habernos mandado, y el bachiller y yo cedimos. Es que está escrito, Beltran, que siempre caigan sobre mí los resultados de las locuras ajenas.

Cibdareal y yo entramos por una puerta de comunicacion en la cámara de doña Leonor, y poco despues escapaba yo, porque aquello era escapar, con un recién nacido, envuelto en ricos paños, debajo del manto; pero juzgad cuál seria mi sorpresa cuando, al abrir la puerta, encontré iluminada la antecámara por la luz de muchas antorchas, y en ella al príncipe, á su secretario Enriquez del Castillo, á don Juan Pacheco, á don Pedro Giron, á don Alonso de Fonseca, y otros clérigos y caballeros; en medio, y como acorralados, estaban Mencía de Padilla, medio desnuda y revuelta en un manto, y Hernando de Carrillo con el mismo ademán de un lobo cogido en un lazo. Por pronto que quise ocultarme, un grito del recién nacido me denunció y fui hecho prisionero por el brutal don Pedro Giron.

El grito de dolor de doña Leonor de Navarra, hoy condesa de Foix, y el de sorpresa de doña Mencía, al ver en su dormitorio un hombre, fueron la señal que hizo salir de su escondite al príncipe y á los suyos.

Don Enrique estaba poseído de una innoble alegría, y levantaba con una mano trémula mi manto.

«¡Oh! ¡oh! he aquí un digno, un dignísimo canónigo (yo era entonces canónigo), dijo dilatando sus anchas narices como una fiera que olfatea satisfecha una presa segura: un digno canónigo que ejerce cumplidamente la caridad: mostrad, mostrad, señor don Gonzalo, mostradnos vuestro recogido: ¡eh! ¡eh! y luego dirán que mi esposa.... que yo.... que somos impotentes..... ¡bien! ¡bien!

—Os juro señor.....

—No teneis que jurar nada..... os creo, os creo bajo vuestra fé..... mi esposa emplea bien su tiempo..... y ya sabemos la razon de su retiro y de sus soledades..... ya lo veis, caballeros.... certificad, certificad de esto, señor Enriquez del Castillo.....

—¡Señor, señor! gritó doña Mencía que estaba tan pálida, que bien podia pasar por recién salida de un embarazo..... ved que vuestra señoría se engaña.....

—¡Ah! ¡ah! ¿querreis tambien ser caritativa, mi hermosa Mencía?

—Si alguien hay aquí culpado.....»

La pobre jóven se detuvo al borde del sacrificio; pero Hernando de Carrillo, que ansiaba de cualquier modo la posesion de doña Mencía, la empujó, arrojándose con ella.

«Sí, si señor, dijo; si hay aquí algun culpado, lo somos nosotros, señor.

—¡Oh! bien, muy bien, vosotros lo querreis; oid, mi buen obispo don Alonso de Fonseca: casadme en la capilla á estos dos jóvenes, y bautizadme ese engendro bajo su nombre..... por lo demas, ya sabemos lo que tenemos que hacer.»

Y sin esperar á mas, y como quien huye, se escapó por las puertas de la antecámara restregándose las manos de alegría.

«¿Y el señor Juan Rodriguez? preguntó Beltran.

—El señor Juan Rodriguez habia encontrado el nido sin paloma, y tuvo tiempo para descolgarse por una ventana al huerto del alcázar. La fortuna siempre se pone del lado de los pícaros, Beltranico. En cambio, la pobre Mencía se vió obligada, por su

honor empañado delante de los nobles mas habladores de la corte, á casarse con Hernando de Carrillo, á quien todos envidiaron.

—¿Y Blanca?

—Blanca se bautizó....

—¿Con el nombre de Carrillo?....

—No; el tal Hernando logró ponerse por aquel hecho en gracia del príncipe, y se manejó de modo que pudo quitarse de encima lo postizo de un hijo. Pero si le salió la cuenta, en lo de medrar, en amor se encontró peor que antes....

—Sí, ya lo creo: casado y sin muger.

—Esta es, pues, la historia, Beltranico, de que espero no abusareis.

—Aun queda, aun queda....

—Pues creo que os la he referido toda con pelos y señales.

—Doña Blanca....

—Doña Blanca fue repudiada; escuchad bien: fue repudiada por impotente.

—¡Por impotente!

—Así se declaró al menos por sentencia del obispo de Segovia, que confirmó el arzobispo de Toledo, anulando el matrimonio.... *por impotencia respectiva debida á algun hechizo*. Doña Leonor había venido sola á Castilla, y se llevó consigo á su hermana, dejándome.... el gravámen y el compromiso de esa niña; en cuanto á la princesa doña Blanca, no tenía nada que darme, y me dejó un rizo de sus cabellos y esa tabla con su traslado. El rizo se perdió, yo debí haber quemado la tabla.

—¡Bah! ¡tan mal os va con ella?

—Esa tabla ha podido perderme, pero yo os juro relegarla al rincón mas oscuro de mis sótanos, ó lo que es mejor, hacer pintar encima mi escudo de armas.

—¡Pobre doña Blanca!

—¿Y decís que el señor Juan Rodriguez viene por la niña?...

—Tal creo.

—Pues bien; si no ha muerto.... con dársela.... al fin es su padre, y que se las compongan allá como puedan los navarros.

—¡Diablo! creo que llaman á la puerta.

—En efecto llaman, y oid las dos..... cuando os digo, Beltran, que tengo mal sino.... ¿qué querrán?... ¿pero qué han de querer?... desesperarme..... aburrirme.... ¡Ferrante!.... ¡hola! ¡Ferrante! ved quién llama y qué quiere.

—Me atreveria á apostar..... dijo Beltran.

—¿Quién es quien llama?... acaso..... no dudo..... habeis descubierto cosas.....

—Eso debe provenir de doña Mencía.

—Esperad, ya vienen; ¿qué era ello, Ferrante?

—Una carta para vuestra señoría.....

—Dadme, dadme acá..... idos..... teneis razon, señor Beltran, teneis razon; es de doña Mencía de Padilla.

—Y..... ¿qué os dice?»

El arcediano no contestó por el momento á la pregunta de Beltran; estaba, al parecer, anonadado por el contenido de la carta, y temblaba visiblemente.

«¡Esa señora cree que yo estoy vendido al diablo! exclamó; y tiene razon, añadió con un arranque colérico..... está acostumbrada á que la obedezca, y esto no puede continuar.... no.... es imposible..... mañana será capaz de hacerme descolgar á un ahorcado.

—¿Pero tan grave es lo que doña Mencía os pide?

—¿Que si es grave? leed, Beltranico, leed..... y juzgad..... juzgad lo que son las mugeres cuando se empeñan en creer que tienen un esclavo.»

Beltran tomó la carta.

«Si ha ido don Beltran de la Cueva á buscaros, decia, y está, que bien podrá ser, en vuestra compañía, entregadle la niña Blanca y enviádmela con él. Si no, venid vos mismo. Despues, con la gente de vuestra casa, venid junto al postigo del huerto del marqués, y recoged lo que alli encontréis muerto ó vivo.»

Mencía de Padilla.

—En vez de esa firma debia decir: Yo el rey; observó colérico el arcediano.

—Sois su confesor.....

—Soy su esclavo.

- En esto os da una prueba de confianza.
- Que yo le tendria en mucha merced no me diese....
- En fin, ¿qué pensais hacer?
- ¿Que qué pienso hacer? ¿creéis que yo puedo pensar en algo?
- Pero ello, en fin, es preciso.....
- Sí, es preciso..... preciso de todo punto.
- En aliviarnos del cuidado de Blanca.....
- Me mete en otro laberinto.
- Del que sin duda sabreis salir.
- Os confieso, Beltranico, que voy perdiendo á palmos el ingenio, y que no sé donde estoy.
- Pero.....
- ¿Os convertis tambien en tirano, señor Beltran?
- Siempre seré vuestro amigo. ¿Me permitis que os dé un consejo?»

Miró el arcediano con cierta espresion de estrañeza á Beltran.

- Creo que no os habeis decidido por nada.
- ¿Y á qué quereis que me decida? ¿Hay algo seguro á que inclinarse? ¿me podreis asegurar que poniéndome de parte de doña Mencía no cometeré una insigne torpeza?
- Tened presente que doña Mencía priva con el rey.
- ¿Y qué seguridad creéis que se puede tener en el rey?.... respondedme.
- Yo creo que al fin es el rey.

—Sí, un rey veleta, que se mueve y cambia al mas leve vientecillo. Fiad en el rey..... tendríais vendida vuestra cabeza. Creed á mi esperiencia, Beltran: Enrique IV es mas débil que Juan el II; ¿sabeis lo que aconteció al condestable?

—Le perdió la reina doña Isabel de Portugal, que le puso en manos de sus enemigos; pero estos no son aquellos tiempos, ni doña Mencía don Alvaro.

—Una querida, Beltran, se rompe con mas facilidad que un favorito.»

A la calificacion de querida del rey aplicada á doña Mencía de Padilla, palideció Beltran.

El arcediano aspiró con avidez la conmoción del jóven.

«Creo que aun podré sacar partido de estos amores, dijo para sí; y en todo caso tengo para valerme del en un lance, como fuerza bruta, á mi buen Hernando de Carrillo. Pensaba, continuó en alta voz el arcediano; que acaso tengais razon, y voy á daros una prueba de mi confianza.

—¡Ah! ¿os decidis?

—Sí, pardiez, hemos llegado á tiempos en que para ser algo se necesita arriesgar mucho; venid conmigo, señor Beltran: vais á entrar donde nadie ha entrado todavía.»

Levantóse el arcediano, y tras él Beltran; salieron de la cámara, atravesaron una crugia, y el arcediano abrió con llave una puerta.

«¿Teneis aqui guardado algun tesoro, don Gonzalo?

—Acaso, acaso; por lo menos un tesoro de hermosura.»

—¡Blanca!

—¡Silencio! la pobre niña estará durmiendo sin sospechar que se ocupan tanto de ella. Oid como ronca la vieja doña Inés, bien agena de esta sorpresa; es una excelente dueña que desde que enviudó, no ha tenido mas cuidado que hacerme el gigote, rezar y reñir á Blanca. No hagais ruido; entramos en el terreno sagrado. No hagais ruido.»

El arcediano adelantó y levantó el tapiz, pero con suma sorpresa vió que al fondo de la cámara, sentada delante de una mesa, y vuelta de espaldas á la puerta, velaba Blanca escribiendo al parecer á la luz de dos bugías.

«¡Pardiez! exclamó el arcediano. ¿Qué diablos tiene que hacer una niña de doce años trasnochando y escribiendo?... ¿tendremos amante?... ¡Cáspita! creo que todos los que me rodean son mas grandes que yo creia. ¿Veis, señor Beltran? añadió dirigiendo la palabra al jóven á media voz.

—Veo que escribe; sin duda hace versos..... ¿no me habeis dicho?...

—Cultiva la poesía, pero á su edad no se piensa á estas horas sino en dormir.

—Ya veis que por este lado tambien os equivocais.

—¿Y qué tendría de extraño que fuesen amores?

—¡Bah! don Gonzalo....

—Es ya una mugercita, y bien sabeis que segun nuestras leyes puede una muger casar á los doce años. Vos que sois listo y ágil, ¿quereis observar?...

—Es decir, que procure ver sin ser sentido....

—Eso es.

—Pero esto es una traicion....

—Que yo os permito, dijo el arcediano empujándole.»

Beltran adelantó de puntillas sobre la alfombra; una mosca volando, hubiera causado mas ruido. Llegó al respaldo del sillón en que se sentaba la jóven, y miró lo que hacia por cima de su hombro.

En efecto, escribia.

«Me tratan como á una niña, y acaso lo soy (decia á la vuelta de una hoja que parecia corresponder á un pasaje anterior); pero sin embargo, he sentido y he pensado mucho, Beltran; estoy sola en el mundo: no conozco á mis padres, nadie me ama.... vos me tratais tambien como á una niña.... como á una pequeña hermana.... yo os amo como á un hermano; sois el único ser á quien miro sin repugnancia.... tal vez un dia, cuando pasen cuatro años, cuando ya me llamen *muger*, vuelva el rostro para buscaros y no os encuentre.... entonces estaré mas sola en el mundo. Don Gonzalo parte á la corte, y vos partis tambien.... amais á la noble hija del marqués de Santillana y haceis bien en seguirla; es muy hermosa, y sobre todo....»

Por aqui escribia Blanca.

«¿Y sobre todo, qué? dijo Beltran en voz baja inclinándose casi hasta tocar su oido.»

Blanca volvió asustada la cabeza, dió un grito, y tapó la carta con sus pequeñas manos; despues la tomó y la quemó á la luz de una de las bugías.

En aquel momento llegaba al lugar de la escena el arcediano.

«¿Qué, qué era ello? dijo devorando con una mirada ansiosa la llama que acababa de devorar al papel.»

—Un lindo madrigal á la Virgen, señor arcediano, dijo adelantándose á la respuesta de Blanca Beltran.

—¡Un madrigal á la Virgen!.... ¡oh! ¡oh! yo hubiera creído al ver como se quemaba, que se trataba de heregías.»

Blanca estaba de pié, encendida como una amapola y temblando; porque todo lo que tenia de flexible el arcediano con los que podian mas que él, lo descontaba en dureza para con los que estaban bajo su mano.

«¿Y se podrá saber, señora, á qué asunto escribiais vuestro madrigal.... á la Virgen?»

—Vais á marchar á la corte, señor..... balbuceó Blanca.

—¿Y pediais sin duda á la reina del cielo que me inspirase el pensamiento de llevaros conmigo?

—Yo, señor.....

—Si eso deseábais, se os cumple, hermosa; solo que en vez de ir conmigo, ireis con vuestra noble madrina.

—¡Ah! exclamó Blanca exhalando una exclamacion de placer.

—Por lo cual, una vez que estais tan compuesta y tan garbada, tomareis vuestro manto y os dejareis acompañar de este caballero.

—Me tratais con tanta dureza, señor, como acostumbrais cuando despedís de vuestro servicio á un escudero.»

Pronunció Blanca estas palabras con una conmoción tal, que se percibia la soberbia humillada que se agitaba en su alma.

«Os engañais, señora; os trato con respeto, porque creo que os habeis convertido de repente en muger.....»

El arcediano abarcó en una mirada incalificable á los dos jóvenes, y prosiguió:

«De todos modos, niña ó muger, siempre velaré por vos, cumpliendo fielmente la última voluntad de la ilustre dama que os confió á mi cuidado; quiero decir..... de mi difunta hermana. Pero cobijaos, Blanca; la noche es serena y alegre la luna; tenéis para apoyaros un brazo fuerte y jóven, y sin duda doña Mencía vuestra madrina os espera con impaciencia.»

Blanca miró á Beltran, y vió en su semblante la confirmacion del dicho del arcediano.

«¡Ah! ¡ no os bastaba mi palabra! dijo este reparando en el ademán de Blanca.

—Perdonad, señor, perdonad..... yo no creía..... no podía creer.....

—Esto es una felicidad para vos..... haced un nuevo madrigal á la Virgen, y otro y otro, pidiéndola que no os pese alguna vez haber perdido este pobre y oculto retiro.

—Nunca le olvidaré, señor, puesto que he encontrado en vos un padre.

—Y un padre que te ama, Blanca; un padre que ha sufrido por tí grandes amarguras, y que empieza á probarlas mayores. Dios te bendiga, hija mia, y te dé mas fortuna que aquella cuyo nombre llevas.»

El arcediano habia cedido al fin á la dulzura de las quejas de la jóven y al amor que habia contraído hácia ella, hijo, mas que del corazón, de la costumbre de los doce años que la tenia en tutela.

—¿Y ahora mismo, señor? dijo Blanca.

—Si, sí; toma tu manto; nada necesitas llevar á la casa donde vas..... es demasiado rica; además, yo guardo tus joyas, y nos veremos en Córdoba.

—Vendrá al menos conmigo.....

—¿Tu dueña?.... no.... no.... doña Mencía no quiere viejas, y seria muy bueno que no la despertases. La buena de doña Inés pondria el grito en el cielo, y seria cosa de nunca acabar el reducirla á que no acompañase á su mugercita, como ha dado en llamarte, no sé con qué fundamento, de algun tiempo á esta parte; con que vamos, hija mia, es preciso: estamos haciendo esperar mas de lo justo á Beltránico, que tambien tiene que preparar su viaje á la corte.»

El astuto arcediano sorprendió la expresión de alegría que iluminó á esta noticia el semblante de Blanca.

«No hay duda, dijo para sí; el señor Beltran será un amador afortunado; hasta las niñas..... ¡ Oh! ¡ oh! pues cuidado con las mugeres, señor Beltran. Una sola bastó para hacer perder á Adán el Paraiso.»

Blanca, entre tanto, habia buscado su manto, y estaba dispuesta á marchar.

«Vamos, vamos, dijo don Gonzalo; cuidado de no hacer ruido, hijos míos, al pasar por el dormitorio de esa buena vieja..... medrados estábamos si despertara; vamos; ya en este tiempo amanece temprano, y son muy cerca de las tres de la mañana.»

Y el arcediano, asido de Blanca y seguido de Beltran, atravesó con ella la cámara y el dormitorio de doña Inés, que seguia roncando, cerró la puerta, llamó á un escudero, bendijo de nuevo á Blanca, apretó la mano á Beltran y le deseó buena suerte, y despues de haberles acompañado hasta las escaleras, se volvió pensativo y cabizbajo á su cámara.

«Héme aqui como al principio, murmuraba; mucho peor aun... las mugeres; oh! las mugeres.... maldígalas Dios. Amen.»

Verdaderamente el arcediano se encontraba perdido en un laberinto; Beltran y doña Mencía de Padilla le habian dado un golpe de muerte destruyendo una obra que tan bien habia meditado, y en la que habia invertido tanto tiempo y tanta paciencia.

Para ennegrecer mas sus pensamientos, parecia que un espíritu maligno se habia encargado de presentarle ante los ojos una vision que le hacia estremecer de horror; aquella vision consistia en su mitra de arzobispo que creia ver alzarse volando con unas negras alas de murciélago.

Tan absorto iba en sus pensamientos, que cuando llegó al fin de su escursion fue necesario que le dijese un escudero: «Señor, ya hemos llegado al postigo del huerto de su señoría.—¡Ah! hemos llegado, dijo deteniéndose y como quien despierta, el arcediano; pues bien, marché á todo lo largo del callejon á ver si encontraba algo.

—Pero qué hemos de buscar, señor?

—Uno como bullo ó fardo, contestó don Gonzalo.

Los escuderos se entendieron por el callejon, pensando por

blanca, entre tanto, habia buscado su manto, y estaba dispuesta á marchar.

«Vamos, vamos, hijo don Gonzalo; cuidad de no hacer ruido, hijos míos; al pasar por el dormitorio de esa buena vieja, me habéis estado hablando si despertáis; vamos; ya en este tiempo amanece temprano, y se van á despertar las tres de la mañana.»

CAPITULO VI.

Y el arcediano, sabido de Blanca y seguido de Beltran, atravesó con ella la cámara y el dormitorio de doña Inés, que seguia tocando, cerró la puerta, llamó á un escudero, bendijo de nuevo á Blanca, apretó la mano á Beltran y le deseó buena suerte.

En que el autor sigue ocupándose del arcediano.

Daban las tres en el reloj de la Colegiata, cuando el buen don Gonzalo de Arévalo atravesaba en paso lento las calles de Úbeda, acompañado de una escolta de cuatro escuderos armados hasta los dientes.

Verdaderamente el arcediano se encontraba perdido en un laberinto; Beltran y doña Mencía de Padilla le habian dado un golpe de muerte destruyendo una obra que tan bien habia meditado, y en la que habia invertido tanto tiempo y tanta paciencia.

Para ennegrecer mas sus pensamientos, parecia que un espíritu maléfico se habia encargado de presentarle ante los ojos una vision que le hacia estremecerse de dolor; aquella vision consistia en su mitra de arzobispo que creia ver alejarse volando con dos negras alas de murciélago.

Tan absorto iba en sus pensamientos, que cuando llegó al fin de su escursion fue necesario que le dijese un escudero:

«Señor, ya hemos llegado al postigo del huerto de su señoría.

—¡Ah! hemos llegado, dijo deteniéndose y como quien despierta, el arcediano; pues bien, buscad á todo lo largo del callejon á ver si encontrais algo.

—¿Pero qué hemos de buscar, señor?

—Uno como bulto ó fardo, contestó don Gonzalo.»

Los escuderos se estendieron por el callejon, pensando para

«sus adentros que su señor se había vuelto loco; anduvieron miraron y remiraron, y volvieron al fin.

«Nada hemos encontrado, señor.

—Vamos, esto es que se ha adelantado la justicia, pensó para sí don Gonzalo; y si el señor Juan Rodríguez no estaba muerto y se le ha antojado comprometerme! en verdad no tiene por qué ni por dónde, pero están sucediendo cosas tan extrañas! Buscad otra vez, buscad, dijo en voz alta.

—¿Y qué hemos de buscar ahora?

—Señales.

—¿Señales de qué, señor?

—Sois unos imbéciles; señales de sangre, bellacos.

—Si no es mas que eso, señor, ya las hemos encontrado.

—¿Y dónde? dijo precipitadamente el arcediano.

—Delante del postigo del señor marqués.

—Veamos, oh sí! exclamó el arcediano yendo al lugar que le señalaba un escudero. Hela aquí; ¡diablo! pues no era mentira..... el señor Juan Rodríguez ha dado al fin con la horma de su zapato. ¿Pero quién puede haber cargado con el muerto? este callejon está de continuo solitario, y en dando la oracion no pasa por él un alma viviente. Creo que me he entretenido demasiado despues de recibir la carta de doña Menefa, y ésta acaso, pero no, no; ella no se hubiera comprometido viviendo en la casa de su tio el marqués. En fin, ya estoy cansado de tanto enredo; suceda lo que quiera. Del silencio acerca de lo que ha sucedido aquí, dijo en voz alta á los escuderos, me respondéis..... con vuestra cabeza. En marcha.

En silencio, como habian venido, siguieron los escuderos á don Gonzalo, que volvió á su pensamiento dominante.

Al llegar á la plaza donde estaba la Colegiata, los escuderos llamaron de nuevo su atención.

—¡Oh! ¿qué queréis? les dijo con voz indisplícite el arcediano.

—Mirad, señor, le dijo uno de ellos señalándole la puerta del claustro.

Delante de aquella puerta y envueltos en la penumbra que

proyectaba la luna, próxima á ponerse, vió el arcediano un grupo de hombres embozados, en medio de los cuales habia un bulto informe.

«¡Eh, eh! ¿qué significa esto? exclamó el arcediano, encontrándose de nuevo en la misma situación de ánimo que le habia producido en otra ocasion la presencia de Hernando de Carrillo en la escalera: ¿cuántos son, Ferrante?

—Lo menos diez, señor,

—¿Y os atreveríais á franquear la puerta si fuera necesario?

—¿Y cómo si nos atrevieramos?... aunque fueran ciento.

—Pues ello será preciso saber.

—Creo que vamos á saberlo pronto, contestó Ferrante, porque se viene uno hácia nosotros.

En efecto, uno de los embozados se habia destacado del grupo y avanzaba.

«Dios guarde á vuesasmercedes, dijo cuando estuvo á cierta distancia; ¿sois deudos ó servidores del señor arcediano?

—Somos sus escuderos.

—¿Y viene con vuesasmercedes el señor arcediano?

—¿Qué queríais con nuestro señor?

—No, somos nosotros los que queremos, sino una persona que está en aquella litera.

—Pues viene solo, que avance, dijo el arcediano en voz baja á su escudero.

—Llegad si os place, hidalgo, dijo este.

Adelantó el invitado. Era otro escudero jóven, apuesto y gentil, segun pudo juzgarse al salir de la sombra.

«¿Y quién es esa persona que está en la litera, mozo? dijo el arcediano, cuidando de sostener entre el desconocido y él una distancia mas larga que las dimensiones de una espada.

—Es el señor Juan Rodriguez del Padron, mi ilustre amo, que busca á vuesamercé, y á quien no han permitido abrir la puerta.

—En estos tiempos hay que temerlo todo, y no estrañareis.... porque en verdad no os conozco.

—Pero vuesamercé conoce sin duda á mi señor.

—Aunque hace largo tiempo que no le veo, le reconocería.

—Entonces, pues, mi señor os hablará en persona.

El incógnito hizo una seña con el extremo de su capa, y sin duda se había previsto el miedo del arcediano, porque solo adelantaron dos jayanes que conducían una litera. Don Gonzalo notó que aquellos hombres iban desarmados.

Cuando hubieron llegado cerca de ellos, se abrió la portezuela de la litera y apareció en ella una cabeza.

«Tened la bondad de acercaros, mi buen amigo don Gonzalo, dijo.

El arcediano, no sin algún recelo, se acercó y examinó el rostro de quien le llamaba, que estaba bañado enteramente por la luz de la luna.

«¿Me conocéis?

—Pardiez si os conozco: vos sois el señor Juan Rodríguez del Padron, aunque un tanto mas hombre y mas pálido que cuando os conocí.

—Ya veis, he perdido doce años de vida, y últimamente algunas libras de sangre.

—Ya sé, ya sé que habeis tenido un lance desgraciado.

—Poca cosa, como veis, señor arcediano, puesto que vengo á buscaros.

—Lo que yo me temía, dijo para sí el arcediano, una estocada de aprendiz, una estocada falsa. Y cuánto celebroy señor Juan Rodríguez, añadió en voz alta, de que hayais salido tan bien librado.

—¡Eh, eh! á dar en otras manos.

—He ahí lo que yo digo..... en otras manos mas esperimentadas.....

—Hubiera muerto asesinado, señor arcediano. En fin, creo que conocéis este negocio, y que estoy en estado de entenderme con vos.

—¡Eh! yo no he dicho.

—Os suplico, don Gonzalo, que hagais abrir vuestra puerta: tenéis una servidumbre escelente..... me ha sido imposible comprarla.

—¡Ah! exclamó el arcediano en una entonación indefinible.

—Y luego, esa maldita puerta es tan fuerte. El arcediano repitió su exclamación de una manera más profunda.

«Creo adivinar, dijo, el objeto de vuestra venida.

—No será extraño, porque donde anda doña Mencía de Padilla hay que estar preparado á una hábil intriga.

—¿Venis sin duda por cierta damita?

—¿Quién sabe? en todo caso creo tener derechos.

—Que en la ocasion presente no os servirán de nada.

—Os anuncio, don Gonzalo, que traigo conmigo gente determinada y valiente, y que estoy resuelto á haceros prisionero hasta tanto que me entregéis.....

—Y yo estoy dispuesto, señor Juan Rodriguez, á abrir os mi casa y dejaros registrar hasta el último rincon.

—¿Cómo? ¿caso?

—Estas no son pláticas para tenidas en medio de la calle.

—Decis bien.

—¿Os sentis con fuerza para subir ciento sesenta escalones?

—Subiré en brazos de mis escuderos.

—Haced pues apartar de la puerta vuestra.

Juan Rodriguez llamó al escudero que habia servido de intermediario, y le dió una orden que aquel fue á llevar á los que se agrupaban en la puerta del claustro; aquellos hombres se separaron de la puerta y fueron á situarse en una esquina.

Adelantó entonces el arcediano seguido de sus gentes y de la litera, y llamó á la puerta, que á su voz se abrió en el momento.

Salió Juan Rodriguez de la litera, y apoyado en el brazo de su escudero, y sostenido por los de don Gonzalo, emprendió el ascenso de la espiral, no sin exhalar de vez en cuando un grito de dolor.

«¡Diablo, diablo! pues no ha sido tan mala la estocada, pensaba don Gonzalo; solo que este diablo de Juan Rodriguez debe tener carne de perro: *caro canis*. Si gustais de que descansemos..... decia parándose de vez en cuando.»

Juan Rodríguez debía sentir una gran impaciencia, puesto que en vez de asentir á la detención, aguijaba.

«Adelante, Nuño, decía; cuanto mas pronto concluyamos será mejor: descansaré de una vez.»

—En los infiernos debías estar descansando, murmuraba por lo bajo el arcediano.»

Al fin concluyó el ascenso, y el herido en paso lento atravesó la galería y entró siguiendo á don Gonzalo en la cámara que ya conocemos.

—«Está por aquí vuestro lecho, amigo mio? le preguntó.

—Sí, á fé; tras aquella puerta.»

—Encamíname allá, Nuño.»

El arcediano notó que Juan Rodríguez no habia perdido nada de su audacia, puesto que mandaba en su casa como en cosa propia. Por resultado definitivo, el aragonés fue instalado en el ancho y voluminoso lecho del arcediano, con el que se quedó solo.

«Creo que el lance ha sido mas duro de lo que decís, señor Juan Rodríguez.»

—Solo por un milagro puedo contarme vivo; però la herida es grave.

—¿Y á pesar de esa gravedad os habeis atrevido?.

—Aunque hubiera estado moribundo me hubiera hecho conducir en mi lecho.

—¿Tan importante es vuestro empeño?.

—Creo que á no haber cedido á una loca tentacion, mi empeño estaria logrado, señor arcediano, si es verdad que mi hija Blanca no está con vos.

—¿Que si es verdad? Esperad un momento.»

El arcediano se levantó, tomó una bujía, sacó del bolsillo la carta de doña Mencía en que le ordenaba entregar á Blanca á Beltran de la Cueva, y se la mostró.»

Juan Rodríguez la leyó con cólera.

«Esa muger me declara la guerra..... bien, la acepto..... he sido imprudente y loco como un chiquillo; y merezco lo que me sucede, inclusa la estocada de ese don Beltran. Gracias á que,

como ya os he dicho, ha sido generoso y noble; otro hombre al verme en tierra hubiera concluido conmigo.

—Lo que yo decía, exactamente lo mismo, pensó el arcediano; Beltranico es todavía un hombre á medias.

—Por lo mismo, continuó Juan Rodriguez, aprovecharé la primera ocasion para darle las gracias y ofrecerle mi amistad. Sospecho que va á la corte.

—Y no sospechais mal: contadle por escudero del gran maestre de Calatrava.

—¡Doña Mencía, y siempre doña Mencía! ¿Sabeis don Gonzalo que he llegado á cobrar miedo á esa muger? parece que goza de gran favor en la corte.

—No tendria mucho de éstraño que estribe en que ella abra ó cierre la mano la suerte de los bandos de Castilla, y aun tal vez, tal vez de los de Navarra.

—¡Los de Navarra! ¡Ira de Dios! Aquello, señor arcediano, va tomando cada dia peor aspecto. Don Cárlos de Viana es hombre muerto.

—Sin embargo, el rey don Juan se ha visto obligado á ponerle en libertad.

—¿Y qué le librará de los odios de su madrastra doña Juana Enriquez?

—Dios y su derecho.

—No andais de continuo tan creyente, señor arcediano, según me han informado.

—Para hablaros con franqueza, en los asuntos que no me importan, siempre me inclino al bien.

—¿Y quién os ha dicho que no os importen las cosas de Navarra?

—No veo la razon por qué puedan interesarme, sino por el afecto que de antiguo conservo hácia doña Blanca.

—¿Y no habeis pensado en el influjo que puedan tener para la casa real de Castilla las disensiones de la casa real de Navarra?

Demasiado habia pensado en ello el arcediano, pero creyó oportuno el mostrarse ignorante.

«No á fé..... y os repito que nada encuentro de comun.....»

—¿Creeis que del casamiento del rey don Enrique con doña Juana de Portugal pueda haber sucesion?

—El rey tiene algunos hijos bastardos.

—Pues bien; si la reina doña Juana da á luz un infante, las disensiones de Navarra entrarán en Castilla.

—No os entiendo.

—Doña Juana Enriquez acaba de dar á luz al infante don Fernando.

—Y bien.....

—De Juan el II quedan otros dos infantes, de quien parece que nadie se acuerda.

—Cierto, el infante don Alonso y la infanta doña Isabel.

—Pues bien, señor arcediano; si Dios guarda la vida del infante don Fernando de Aragon y de la infanta doña Isabel de Castilla, ellos, y no otros, despues de la muerte de los reyes don Enrique y don Juan, ceñirán las coronas de Castilla y Aragon.

—Pero para eso es necesario que mueran cuatro príncipes que hoy viven, y los que por acaso dé á don Enrique la reina doña Juana.

—¿Creeis que don Cárlos de Viana no está ya sentenciado?

—Acaso.....

—¿Creeis que le sobrevivirá mucho tiempo doña Blanca su hermana, y que doña Leonor de Foix reinará largos dias despues de ellos?

—Pero aun queda el infante don Alonso de Castilla.

—¿Creeis que la mano que haya herido tres frentes de reyes respetará la de un niño?

—El infante don Alonso cuenta con un bando poderoso, á cuya cabeza está el arzobispo don Alonso de Carrillo.

—Sabeis demasiado bien, don Gonzalo, que el tósigo es como el aire; entra por todas partes.

—¿Pero y si tiene descendencia el rey en doña Juana?...

—Doña Juana es una princesa de costumbres un tanto libres..... y..... ¿os acordais de doña Blanca? Era una santa, lo es aun..... sin embargo, don Enrique, ó mejor dicho sus conse-

jeros, entre los cuales se contaba ese mismo don Alonso de Carrillo, hallaron un medio hábil para repudiarla. Aquella fue arrojada del trono por impotente; esta, si no lo es, será repudiada por adúltera.

—De modo que, según os explicais, este es un plan decidido.

—Acaso, acaso.

—¿Y habeis venido á Castilla?....

—A buscar amigos.

—¡Oh!

—Vos..... ¿qué sois vos en la corte, señor arcediano?

—Doña Mencía me ha hecho nombrar limosnero de la reina.

—Bien. ¿Y decis que doña Mencía tiene favor con el rey?

—Yo no he dicho eso..... exclamó asustado el arcediano.

—Teneis un grave defecto que os impedirá medrar, don Gonzalo; sois cobarde.

—¡Pues no! vos la echais de valiente, y habeis dado con un niño que á poco mas os deja en el sitio.

—Niño á quien me alegro de haber conocido.

—¡Bah! yo os juro que os arrepentireis.

—Ese jóven tiene ambicion.

—Y una ambicion inmensa.

—Yo me serviré de ella.

—He pensado servirme yo, y á la primera ocasion ha dado el alcázar de mis propósitos en tierra.

—Eso consiste, os lo repito, en que sois meticuloso.

—Y yo os anuncio que si os entrometeis mucho con don Beltran, ya que habeis escapado de la primera, no escapareis de su segunda estocada; yo os lo fio.

—Dejadme hacer.

—Con mil amores; el daño ó la ventura, para vos.

—¿Y por qué no partirla? Vos podeis llegar á ser cardenal, y yo favorito del rey que nos procuremos.»

Dilatáronse, por decirlo así, los oidos del arcediano.

—¿Me haceis esa proposicion de buena fé, señor Juan Rodriguez?

—¡Diablo! os necesito.

—¿A mí?

—¿No sois limosnero de la reina?

—Sí.

—¿Estareis naturalmente á su inmediacion?

—¡Ah!

—Ademas, sois amigo y confesor de doña Mencía, y maestro de don Beltran.

—Sí; y bien.

—Os juro que si sois fiel y dócil á mis consejos, estan en nuestras manos los reinos de Castilla y de Aragon.»

Don Gonzalo no sabia en dónde estaba; cada vez se embrollaban mas sus pensamientos, y sin embargo, cada vez gritaba con mas fuerza sobre ellos la ambicion.

—Ahora, solo resta que me entréguéis á Blanca.

—Entregaros, ¿y cómo?

—No digo que me la entregueis ahora; doña Mencía tendrá buen cuidado de alejarla de la corte; pues bien, sed astuto y averiguad el paradero de mi hija; el dia que me lo reveleis, me la habreis entregado. ¿Qué decís?

—Digo, contestó el arcediano, que todo cuanto pensais estará puesto en razon; podrá suceder, pero es dudoso.

—Meditadlo pues, mi buen arcediano, y ved lo que haceis. Sabéis demasiado para que yo os permita volveros atrás.»

Estremecióse el arcediano á la amenaza de aquel hombre que hablaba de tósigos de una manera tan natural y tan serena.

«Lo meditaré, dijo.

—Ahora, don Gonzalo, os suplico que me dejeis reposar, y hasta mañana.

—Hasta mañana, pues.

—Haced que Nuño quede al cuidado de vuestra cámara.

—¡Oh! en cuanto á eso, quedaré yo mismo, señor Juan Rodriguez.»

Y apretando la mano del herido se salió de la alcoba y se sentó pensativo en la chimenea.

CAPITULO VII.

De lo que pasó entre Beltran y Blanca en el camino de la casa del marqués de Santillana, y lo que despues aconteció al primero con su padre.

En tanto que acontecia lo que anteriormente hemos relatado, Blanca, asida del brazo de Beltran, y temblando, atravesaba las solitarias calles de Úbeda. El jóven no sabia darse cuenta de aquel temblor, que podia ser muy bien de frio, (porque la noche estaba fresca), de miedo, ó de amor.

La sospecha de que existiese ya el amor en una jóven que solo contaba doce años, no era enteramente descabellada, en vista del trozo de carta que habia leído por sorpresa Beltran; quien aquello escribia, podia ser muy bien niña en la edad, pero al mismo tiempo se revelaba muger, y muger de gran sentimiento en el corazon.

No es estraño esto; la muger es mucho mas precoz que el hombre: posee un espíritu mas perspicaz, una sensibilidad mas fuerte, un juicio mas exacto. Educada por un hombre, tal como el arcediano, instruida por él en las letras, hábil latina, y poetisa de inspiracion, Blanca se habia formado á solas con su pensamiento; no habia tenido compañeras de infancia, en cuyos juegos triviales hubiera podido distraer su pensamiento; y el mismo grandor de las habitaciones en que habia crecido, sus altos techos de ensambladura, sus severos relieves semi-bárbaros, el color denso de sus tapicerías, y la media luz vaga que penetraba

á través de los vidrios de colores de las ojivas, bastaban por sí solos á inspirar graves pensamientos.

Blanca se habia formado bajo estas influencias, y nunca habia sido niña; su dulce hermosura habia participado de aquella influencia, y era lánguida, grave, pensadora; sus magníficos ojos garzos miraban de una manera fija y noble, y sus mismas formas, como obedeciendo á aquel impulso general, se habian desarrollado sin perder ese vapor indefinible que parece emanar de la tez sonrosada y pura de los niños, y que constituye la virginidad de la belleza.

Beltran, pensador tambien, y como han podido conocer nuestros lectores, muy avanzado á su edad, habia comprendido algo de lo que acabamos de decir acerca de Blanca, pero nunca habia llegado á sospechar que fuese lo que realmente era, hasta despues de haber leído el trozo de su carta.

Beltran se reconoció amado, y amado con todo el corazon de la manera mas pura y mas poética por aquella niña muger, en la cual, mirada á través del prisma del amor, no habia nada que no fuese incitante. Dábala ademas para con Beltran un prestigio extremo lo misterioso y romancesco de su nacimiento, y el audaz, el insaciable jóven, añadió un amor mas á los que ya encerraba su corazon.

Pero á clasificar aquellós amores, hubiera podido conocerse que no pertenecian á una misma raza, si bien influian en él con igual fuerza. Podia decirse que el amor de Mencía de Padilla excitaba su sensualidad; el de Mencía de Mendoza su orgullo, y el de Blanca..... el de Blanca era un amor que empezaba, pero amor puro, amor satisfecho de sí mismo y descuidado en su pureza, amor cuyo valor no se comprende sino cuando se pierde el objeto amado.

No por esto Blanca dejaba de resumir en sí los otros afectos que inspiraban las dos Mencías á Beltran; era demasiado hermosa para no halagar sus sentidos, y en cuanto á su orgullo, estaba demasiado satisfecho con haber recibido una declaracion tan pura, tan dulce, tan tímida y tan delicada en aquel fragmento de carta que habia devorado el fuego.

La situación respectiva en que se hallaban colocados los dos jóvenes, habia establecido entre ellos un tenaz silencio, que combatian poderosamente en Beltran, el deseo de entrar en esplicaciones, en ella, un deseo igual de que aquellas esplicaciones se manifestasen.

Beltran no pudo al fin contenerse.

«Vamos muy deprisa, Blanca, la dijo.

—Y bien, llegaremos mas pronto, contestó lacónicamente Blanca.

—Lo que sin duda deseais, amiga mia,»

Blanca no contestó.

«Debereis estar ansiosa por dar las gracias á vuestra madrina, que os saca de vuestro encierro.

—¡Hiciera Dios que me hubiesen dejado en él! señor Beltran.

—¡Qué! ¿os pesa abandonar aquel feo convento en donde resuenan por todas partes las pisadas como ecos del otro mundo?

—Es que en cada uno de aquellos salones se queda un recuerdo de mi niñez, Beltran; es que alli me creia menos huérfana protegida por aquellos muros; es que yo me habia acostumbrado á aquella silenciosa soledad, donde mi alma se dilataba y donde corrian mis lágrimas, sin que nadie me preguntase su causa.

—¿Habeis llorado ya, amiga mia?

—Es, señor Beltran, que tengo ya penas en el corazon.

—¡Vos, tan joven!....

—Decid tan niña.

—Es verdad.

—Pues os engañais. No sé la causa; pero mi pensamiento, desde hace seis meses, ha crecido, se ha fijado; se han abierto para mí sensaciones desconocidas; mis sueños se han trocado en sueños inquietos; he necesitado mas ambiente para mi alma; he sentido en fin lo que constituye á una muger....

—¡El amor!

—No, no; yo no os diré que amo todavía, pero tengo el sentimiento del amor, amor que se ha revelado lentamente, desconocido al principio, despues vago, al fin terminante.

—¡Oh! ¡jamais, Blanca! ¡os habeis adelantado á vuestros años! teneis razon: no sois ya una niña, y parece que la naturaleza, marchando al par de vuestra alma, se ha encargado de haceros hermosa..... como un ángel.

—¡Ah, señor Beltran!

—Os juro que yo hasta ahora no os habia mirado sino como á una querida niña por quien se siente un afecto de hermano mayor; pero ahora.....

—¿Ahora qué? dijo deteniéndose Blanca y posando en él la cándida y serena mirada de sus ojos garzos.

—Ahora, Blanca, os amo.

—¡Vos..... que vos me amais!.... y..... perdonadme..... yo no sé cómo es el amor del mundo.... yo le siento, es verdad, pero de una manera triste, dulce como una necesidad del alma, y el vuestro debe ser otro amor, porque en vuestros ojos hay algo al hablarme que me espanta, señor Beltran.»

Era que el alma de Beltran habia perdido su virginidad, y sus ojos no sabian espresar un amor puro.

«Sois un tesoro, Blanca, un tesoro que yo codicio.

—¿Y sereis siempre mi hermano, Beltran?

—¡Oh! sí, vuestro hermano, vuestro amante hermano.

—¡Oh, Dios mio! gracias, exclamó la niña; ¡habeis tenido compasion de mí!

—¿Qué! ¿tan infeliz érais, Blanca?

—¡Infeliz! sí. Mi tío el arcediano tiene para mí un no sé qué que me repugna y me da miedo. Doña Inés, mi dueña, es dura, záfia, gruñona; cuando mi corazon se comprimía en penas sin causa, misteriosas, pero tristes, no tenia un seno en que reposar mi cabeza y llorar; no tenia un corazon que me comprendiese, ni una boca querida que me llamase hermana. ¡Oh! ¡y cuánto hubiera amado á ese ser!

—¿Y no habeis pensado en nadie para llenar el vacío de vuestro jóven corazon, Blanca?

—Sabia que iba á marchar don Gonzalo..... y podeis recordar que cuando me sorprendísteis me ocupaba en escribiros.

—¡Y quemásteis la carta!

—No sé por qué mi corazón me decía que lo que estaba haciendo no debía hacerlo; á no ser por la casualidad que os llevó allí, no hubiérais conocido la carta, porque la hubiera quemado del mismo modo..... ;he quemado tantas!

—¡Bendita, pues, sea esa casualidad que me ha hecho conocer vuestros deseos, hermana mia! contestó Beltran que comprendió todo el valor de la inocencia de Blanca para no atreverse á destruirla..... ¿y me amareis siempre así?

—¡Oh! si, os amaré con todo mi corazón, despues de la memoria de mis padres.

—¿Y si la suerte nos separa, Blanca?

—Donde quiera que esté, pensaré en vos, señor Beltran.»

Es necesario conceder á Beltran de la Cueva hidalguía, generosidad y honor. Otro tal vez en su lugar hubiera abusado del candor de aquella niña tan hermosa y tan pura; Beltran de la Cueva no manchó jamás, ni aun en sus primeros años, el renombre de caballero que le ha conservado la historia.

Y era bello y magnífico ver aquellos dos seres tan hermosos, tan entusiastas, unidos y felices, hablando de un amor de los cielos, mientras se deslizaban como una vision vaporosa bajo el rayo de la luna; su marcha se habia hecho mas lenta, se habian detenido muchas veces en el camino; é invirtieron casi una hora en llegar á casa del marqués de Santillana.

Beltran llamó á la puerta principal de la casa del marqués de Santillana, en la que apareció un mayordomo que recibió respetuosamente á Blanca, y despidió de una manera implacable, si bien cortesmente, á Beltran.

Este, algo impresionado por aquel incidente y con un mundo de pensamientos en la cabeza, se encaminó al vergel del Galgo Cojo.

A medida que se acercaba, se le comprimía el corazón; acaso iba á estar por la última vez bajo aquel techo tan humilde que protegía los sueños desesperados de su padre; de aquel pobre anciano que habia descendido lentamente escalon por escalon, desde la opulencia con todo su orgullo y todos sus goces hasta la miseria con toda su degradacion y todos sus sufrimientos; iba á

abandonar aquella barraca donde habia vivido desde su primera niñez, y entonces comprendió el sentimiento de Blanca por abandonar los pardos muros de la Colegiata; él tambien tenia allí en aquella barraca vivo el recuerdo de sus pensamientos ambiciosos, en cada quebradura de aquellos tapiales, en cada lambrequin de aquel escudo.

Beltran de la Cueva se detuvo á examinar su casa, de la misma manera que si se tratase de un amigo á quien se va á abandonar y se ve por la última vez.

Durante esta pausa llegó á los oidos de Beltran un sonido leve, pero distinto y metálico; parecia que alguien se ocupaba dentro en contar dinero, y que aquel ruido provenia de una de las ventanas situadas á la izquierda de la puerta, correspondiente á una de las habitaciones anteriores al dormitorio de su padre.

Beltran se acercó á aquella ventana y miró al interior por una de sus numerosas hendiduras; en efecto, su padre, con el rostro pálido y entristecido, se ocupaba en hacer pequeños montones con monedas de oro.

No era difícil comprender por qué el buen viejo se mostraba tan triste al hacer aquellas fracciones con su dinero: Beltran se conmovió tambien. Don Diego de la Cueva tenia, como pobre, deudas; como deudor, acreedores bruscos; como noble y honrado un orgullo eternamente combatido. Sin duda, todo su pequeño monton de oro no bastaba á satisfacer sus deudas y sus necesidades, y se afligia con la desesperacion de la impotencia.

«¡Oh! esclamó Beltran: aunque una voz secreta no me dijese que he nacido para ser grande, la desesperacion de mi anciano padre seria bastante para hacerme buscar con todas mis fuerzas una fortuna.... ¡Y la buscaré! Yo te juro, padre mio, que no llevarás mucho tiempo tu jubon raído, y que nadie se atreverá á llamarte el Galgo Cojo, temeroso de perder la lengua. Yo te juro, Gutierre, mi pobre y querido hermano, hacerte saltar desde sacristan á obispo; pero para ello es necesario ser ahora cruel. Necesito ese oro.... y le tendré.»

Despues de esto llamó con fuerza á la puerta y volvió precipitadamente á su acechadero. Preveia que su padre, antes de

que le abriese, ocultaria aquel oro, y necesitaba saber en donde le ocultaba.

En efecto, el viejo recogió precipitadamente su pequeño tesoro y le guardó en un gran cofre, cuya llave guardó cuidadosamente en un bolsillo de su jubon. Beltran, una vez visto lo que deseaba, volvió á llamar á la puerta.

Vióse luz por las rendijas, crugió un cerrojo y la puerta se abrió; don Diego de la Cueva, con una vela de sebo puesta en una palmatoria de hierro, apareció tras ella, grave y severo.

—¿De dónde viene vuestra señoría? exclamó con acento colérico; ¿cree por acaso que no ha quedado don Diego de la Cueva sino para aguardar á holgazanes vagabundos?

—Porque no quiero ser mas tiempo holgazan, señor, es por lo que he tardado tanto.

Esta parte del diálogo tenia ya lugar, despues de cerrada la puerta, en una ancha cocina, en cuyo hogar se sostenia con trabajo un escaso fuego, miserablemente alimentado con sarmientos y esqueletos de piñas silvestres. Junto á aquel fuego habia una tartera de hierro, y junto al hogar una mesa con un mantel limpio, un cubierto de plata, un pedazo de pan y un plato vacío.

Junto á esta mesa habia un sitial, y, en el sitio preferente del hogar, el mismo sillón de alto respaldo que la tarde anterior habia servido doña Brígida al arcediano.

En aquel sillón se sentó don Diego de la Cueva; Beltran permaneció de pié, delante de él, desembozado y descubierto.

Era el hidalgo un hombre como de sesenta años, al que las penas habian enflaquecido. Buen caballero en su juventud y aun despues de ella, habia recibido un golpe de hacha en la batalla de Olmedo, peleando al lado de los caballeros leales al rey don Juan el II, y desde entonces se veia precisado á andar con muletas, escepto cuando montaba en su viejo rocín, que un tiempo habia sido poderoso corcel de batalla. Retratábanse en el rostro del viejo caballero las privaciones y los dolores de la miseria; pero á pesar de sus canas, de sus arrugas y de lo hundido de sus ojos, notábase á primera vista, por ciertos rasgos generales, una gran semejanza entre él y su hijo Beltran.

Pero lo que los hacia mas semejantes era una marcadísima expresion de altivez que se revelaba de igual modo en las actitudes de la cabeza y en lo dominador de la mirada del padre y del hijo.

—Habeis dicho que no quereis ser mas tiempo holgazan, segun recuerdo, caballero, ¿no es esto? le preguntó con severidad el viejo.

—Exactamente, padre mio.

—¿Y para darme una muestra de ello, venis á vuestra casa á las tres de la mañana?

—Me ha sido preciso esperar á que se me diesen ciertas letras; porque parto mañana, ó por mejor decir, hoy al medio dia.

—¡Que partis! exclamó el viejo, cuya severidad se desplomó ante la idea de que iba á abandonarle aquel hijo á quien amaba tanto.

—Sí, es preciso que yo piense en ser algo.

—¿Y qué pensais ser?

—Por ahora, escudero del gran maestre de Calatrava.

—¡Escudero! ¡escudero, vos! ¡escudero el primogénito de la Cueva!

—Ved, señor, que para servir á un gran maestre se necesita ser noble, y muy noble.

—Pero todo al fin es servir: ¿cómo os compondreis con vuestro orgullo cuando os sea preciso tener un estribo á vuestro señor? ¿cuando os pida una lanza? ¿cuando despues de una embestida os mande apretar las cinchas á su caballo? No, Beltran, hijo mio, no; tú no podrás sufrir eso; tú no has nacido para servir sino al rey, y aun asi en nobles y honrados oficios y con altivez. No, Beltran, no; tú no amargarás con esa bajeza los últimos dias de tu padre.

—Tened en cuenta, señor, que un gran maestre vale tanto casi como un rey.

—¡Y servir á don Pedro Giron! ¡á un soldado oscuro, que ha llegado por amaños y traiciones al lugar que ocupa, con mengua de la nobleza de Castilla, mientras los buenos y los leales han caido y nadie se acuerda de ellos.... sino para insultarlos! ¡ser-

vir á un rebelde, que mientras tu padre era mutilado en servicio del legítimo rey, acaudillaba las lanzas del príncipe traidor contra su padre!....

—Pero ese príncipe es ahora rey, señor.

—Sea como quiera, te prohibo, Beltran, que tomes partido por el gran maestro.

—Y me prohibís con ello el que os saque de vuestra miseria, el que os liberte de comer oveja muerta como la que se guarda en esta tartera; me prohibís el que vuele con las alas de mi valor y de mi ingenio, para tenerme sujeto á la degradacion de nuestro presente.... me prohibís que sirva á un rico-hombre.... en tanto que mi hermano ayuda como sacristan al sacristan mayor de la Colegiata.

—Pero este es un rincon del mundo donde nadie viene, mientras por el contrario, nuestro nombre al lado del gran maestro será un nombre de escudero delante de la corte....

—Proponedme pues otro medio, y acepto.

—¡Otro medio!

—Sí. —Pues bien, eres valiente y robusto; nada te falta para pasar por un buen hombre de armas: te daré algunos castellanos de oro..... y parte á Francia..... oculta nuestro nombre, y sirve de soldado: este es un tiempo de guerras en que una buena lanza es apreciada en todas partes. Mis cansados ojos llorarán tu ausencia, y mi corazon se estremecerá creyendo escuchar á cada momento la nueva de tu muerte. Procura levantar del polvo adonde le ha arrojado la desgracia, nuestro noble nombre, y vuelve, hijo mio, con cien empresas arrancadas á los escudos enemigos. Entonces no tendrás necesidad de poner á servir nuestros blasones, y yo moriré bendiciéndote.»

Beltran de la Cueva, calló, inclinó la frente y pareció meditar. Meditaba en efecto, que era mejor doblegarse á los deseos de su padre por el momento, que empeñar una disputa que podria ser fatal para la salud del anciano, y ademas de eso innecesaria.

«¿Y decis, padre, que me enviareis á Francia?»

—Sí, hijo mio; pero no tan pronto, necesito prepararme para tu ausencia.

—De modo que podré devolver sus recomendaciones al arcediano.

—Sin duda, sin duda.

—¿Y no guardareis enojo conmigo?

—¡Ah! no, no: exclamó el viejo.

—Pues en muestra de ello, señor, dadme un abrazo. El viejo se levantó del sillón, y se arrojó llorando en los brazos de su hijo; para el anciano aquel abrazo era un abrazo de olvido; para Beltran una amarga despedida impuesta por la necesidad.

Así abrazados estuvieron algunos minutos padre é hijo.

Al fin se separaron.

«Y ahora, padre mio, dijo Beltran, retiraos á descansar; habeis velado demasiado.

—¡Oh! sí, y dormiré dulcemente porque estoy contento de tí, Beltran. Adios, dame otro abrazo, hijo mio..... y cena ó almuerzo..... no es obeja muerta, no; he vendido mis últimas tierras, y justo es que comamos algo bueno, al menos una vez: doña Brígida ha asado para tí el mejor de sus capones, con la condicion de que le compre media docena de gallos.»

Y el viejo escapó dejando á su hijo anonadado, cobarde, inmóvil, en el mismo sitio donde le habia abrazado.

«Es preciso, dijo al fin; preciso de todo punto: cuando hay que luchar y conquistar el porvenir, es necesario endurecer el corazon á las lágrimas de los viejos y de las mugeres..... y luego..... estoy seguro..... yo seré alto entre los altos. Adelante, valor.»

Tras estas palabras abrió una puerta al fondo de la cocina, atravesó un patio y entró en un establo. Allí habia una hermosa vaca en buena sociedad con un rocin viejo y flaco: Beltran enjaezó con unos viejos arneses el rocin, y despues fue á su aposento y escribió una carta para su padre.

Luego entró de puntillas en su dormitorio, y notó que dormía profundamente; buscó su jubon y sacó del una llave; salió otra vez con el mismo recato que habia entrado, fue al cofre, le abrió, y tomó del un talego que llevó á su aposento, temblando como un ladron que hace su primer robo. Contó la mitad del dinero, le puso en su bolsillo, y en su lugar metió la carta que habia escrito.

Aquella carta decia:

«Beltran de la Cueva ha puesto á la suerte cincuenta castellanos de oro de su padre. Beltran de la Cueva espera ganar tanto con ellos, que no le sea contado este robo.»

Puso de nuevo el saco en el cofre y la llave en el jubon; se calzó unas viejas botas y unas espuelas; tomó de un rincon de su aposento una lanza de ginete; sacó el caballo temblando de ser sentido, montó en él y escapó.

Ya habia amanecido y estaba abierta la puerta de Santa Lucía.

Beltran partió al galope por el camino que conducia á Jaen.

CAPITULO VIII.

Aun existe en Bailen un castillejo bizantino que en aquellos tiempos dominaba la poblacion, y que hoy ha sido circundado por un arrabal mas moderno. A su derecha, mirándole desde la plaza, se alza un destartalado casaron, y á su espalda vejetan algunas desvencijadas casuchas.

Una puerta ojiva del mas bello gusto, con adornos del género que se llama *barroco*, constituye su entrada; esta puerta, coronada por un escudo y por un esbelto *matacán*, está abierta, frente al casaron que hemos indicado, en un lienzo de muralla almenada, entre una torre cuadrada y ruinosa, y otra redonda que conserva aun todas sus almenas. Hoy se llega á ella á pié llano; pero en la época en que acontecia lo que vamos refiriendo, la defendia un rastrillo que se levantaba sobre una ancha y profunda caba, llena de agua verdosa, y que aislaba enteramente los cuatro lienzos de muralla, y las cuatro torres de sus ángulos.

Este castillo, como construido á fines del siglo xiv, estaba entonces fuerté y flamante: aun no se habian apoderado de las junturas de sus sillares las yerbas parásitas, y á pesar de su reducida estension, ofrecia una fuerte resistencia por su posicion, y por lo fuerté de sus muros.

Hoy no le quedan mas que dos torres, y un monton de escombros hacinados en el interior.

Propiedad entonces y señorío de los condes de Benavente, le guardaban por lo comun un alcaide con algunos hombres de armas, y en caso de algara ó correría de los moros, los habitantes de la villa corrian en parte á aumentar la pequeña guarnicion, mientras los otros se encerraban en la torre de la iglesia fortificada segun lo estaban entonces todas, y asilo seguro de mugeres, viejos y niños durante la escursion del enemigo.

Pero el dia 13 de mayo de 1455, si bien el castillo de Bailen rebosaba por todas partes gente armada, no era porque los moros de Granada hubiesen venido en tala y saqueo, ni entre aquellos hombres se contaba un solo paisano; eran por el contrario, colosales y membrudos hombres de armas magníficamente equipados, parte de los cuales llevaban en sus vestas la cruz roja de Calatrava, y otro no pequeño número los blasones de los condes de Benavente y Paredes. Ademas de esto, sobre el *nido de golondrina* asentado en los matacanés, sobre la puerta, ondeaba una bandera, que por el color de sus cuarteles demostraba ser de la casa de Benavente; sobre la torre de la izquierda que miraba al mediodia, los cuarteles del escudo de otra bandera revelaban la mesnada del conde de Paredes; y últimamente, como dominando á sus compañeros, en el torreón del homenaje, guardado por un hombre de armas, flotaba un pendon blanco, en cuyo centro se marcaba una enorme cruz de Calatrava.

La reducida estension del castillo habia motivado que en torno suyo se levantase un pintoresco campamento de blancas tiendas, entre las cuales se veian multitud de caballos encapazonados de guerra y sujetos á estacas por las trabas de las manos, segun el uso árabe.

La gente menuda y las mozas de cántaro de la villa formaban corro mas allá de la línea de atalayas á caballo, y miraban con una admiracion silenciosa, y en que habia un tanto de terror, todo aquel aparato guerrero que habia aparecido en el castillo y alrededor del, con el alba de aquel dia, en contraposicion con la soledad que, segun costumbre, habia mostrado el dia anterior.

Este miedo llegó á convertirse en alarma, cuando vieron adelantar por el camino de Jaen una nube de polvo, y poco des-

pues avanzar y subir por el repecho, al galope, un lucido escuadron de lanzas, en medio del cual ondeaba un pendon rojo.

Aquellas lanzas y aquel pendon pertenecian al adelantado de Murcia don Luis Fajardo, que llegó á los atalayas, se dió á conocer con una seña, echó pié á tierra, y adelantando con su pendon y sus escuderos, entró en el castillo, donde poco despues en su tercera torre flotó el pendon rojo de Murcia con sus seis castillos de oro, en tanto que el campamento se aumentaba con las tiendas de los hombres de armas recién llegados.

Todo este aparato bastaba y aun sobraba para justificar el miedo de los buenos habitantes de la villa, que no pudiendo figurarse que el casamiento de un rey produjese tal reunion de soldados, hallaron mas cómodo y mas racional creer que el rey de Granada habia roto la tregua pasando la frontera, y que los pendones de las órdenes y de la nobleza tomaban posicion para una batalla próxima.

No tardó en verse avanzar otra nube de polvo por el camino de los montes que se acercó dejando ver otro escuadron numeroso entre el cual flotaba un pendon morado, atravesó la villa, subió á la colina, y un caballero que no era otro que Juan de Padilla adelantado de Castilla, llegó á las atalayas, pronunció la misma seña que don Luis Fajardo, pasó, como él, con su enseña y sus escuderos, entró en el castillo, y poco despues apareció sobre la cuarta torre el pendon morado con castillas de oro de Castilla.

Con el aumento de la nueva fuerza, la colina apareció enteramente cubierta de tiendas, y los vecinos de Bailen dieron por segura, á mas tardar para el dia siguiente, una de las sangrientos batallas de que habian sido testigos tantas veces.

El castillo, en fin, estaba empavesado de una manera altamente aristocrática, y el estruendo de las voces de la soldadesca, el clamor de las trompas de guerra que ensayaban tocatas, el relincho de los caballos, el crugir de las armas, y los ¿quién va? de los atalayas á cada caballero particular que llegaba con sus escuderos, constituian una animacion difícil de describir.

Todo esto acontecia á la salida del sol: el cielo estaba ra-

dante, despejado y maravillosamente diáfanos los horizontes; lo que contribuía á dar un efecto mágico al conjunto de aquel pequeño ejército, en el que todo era lujo, y del que partían millones de reflejos de las limpias armaduras; aquel era un ejército de boda, en cuyo equipo habían gastado la mitad de sus rentas y empeñado la otra mitad sus altivos señores; uno de esos locos gastos en que se esfuerza España por sus reyes, cuando no tiene pan para sus mendigos.

La puerta del castillo era un continuo flujo y reflujo de capitanes, alféreces, pajes y escuderos; se reía, se charlaba, se jugaba á los dados y á los naipes: en las tiendas corría el dinero y corría el vino: nadie pensaba en moros ni en cristianos, y los habitantes de la villa hubieron de tranquilizarse cuando vieron salir de su única hostería, que era al mismo tiempo taberna y botica, una docena de enormes angarillas, cubiertas de paños blancos, á través de los cuales se exhalaba un olor apetitoso y confortante.

A punto que pasaban por la calle Real estas prevenciones, llevadas á brazo por soldados que mostraban en las vestas la cruz de Calatrava, un caballero armado de todas armas, ginete en un poderoso caballo de batalla, y armado con una roble por lanza, se detuvo de repente y se levantó la visera.

Era el capitán del rey, Hernando de Carrillo.

«¡Eh, jayanes! dijo á los que pasaban á punto junto á él conduciendo unas angarillas, y que se detuvieron al ver las armas reales de su cota; ¿qué diablos sucede en la villa, que tan ataviado y tan flamante muestra su nido de gorriones?»

Y mostraba el castillo, que en verdad era pequeño, lo bastante para justificar la calificación del capitán.

«Han acampado en él las mesnadas de su señoría el gran maestre de Calatrava, y las de los señores condes de Benavente y Paredes, con las lanzas de sus mercedes los adelantados de Murcia y Castilla.

—¡Ah! ¡ah! ¿anda por aquí su señoría don Pedro Giron?

—Y su señoría el marqués de Villena, su señor hermano.

—¿Y son para esos caballeros esas provisiones? dijo el capitán.

—Sí señor, contestó el hombre de armas.

—Pues mal año para don Alonso de Fonseca si no le hago esperar un tanto mas por un almuerzo en tan buena compañía; dijo para sí el capitán, que apenas habia oido la última respuesta del soldado, cuando picó á su caballo por una calle que desembocaba frente al castillo.»

Pero alli habia una especie de estatua ecuestre, una atalaya, que al ver aproximarse al capitán, afianzó su lanza y adelantó su caballo atravesándole en la calle.

«Alto: ¿quién va? gritó.

—¡Calle! parece que mis buenos amigos defienden su almuerzo de convidados, dijo con pretensiones de donaire Carrillo: plaza al capitán de la guarda de su alteza, menguado.

—La seña.

—¡Ah! ¡ah! ¡la seña!.... ¿si se tratará de una rebeldía?.... ¡diablo!.... pues no.... he aqui un motivo mas para que yo pase.... ¿la seña, eh? añadió alto; ¿y es de todo punto precisa esa seña?

—Como que sin ella no pasará vuesa mercé.

—Pues si es tan precisa, llamadme á uno de esos ganapanes que vaya á pedírsela al maestro para el capitán Hernando de Carrillo.»

Llamó el atalaya á uno de los soldados del puesto, con el que habló Carrillo, y partió; entretanto volvía, tuvo lugar nuestro hombre de estudiar el modo con que debia presentarse ante unas gentes que de tal modo se guardaban como si estuviesen á la vista del enemigo, cuando en toda Andalucía hacia tiempo que no se vertia mas sangre que la que derramaban contra fuero, ley y razon los bandidos.

Decidióse pues por ponerse en expectativa, y el tiempo que tardó en tomar esta resolucion fue el suficiente para que, acompañado de un escudero del maestro, llegase su enviado; aquel hombre, que era jóven, apuesto, cortés, y con grandes visos de hidalgo, hizo pasar á Hernando de Carrillo.

«Su señoría, dijo al capitán, siente la detención de vuesamercé: se ha prescrito una seña, para evitar la avenida de hidalguelos curiosos.

—En que se ha hecho muy bien; no hay nada tan hambriento, tan vano, ni en fin tan insufrible, como un noble de aldea.»

El escudero no contestó: Hernando de Carrillo encontró un poco estraña una precaucion contra curiosos, en unos señores tan magníficos, que cuando llegaba el caso de ostentar su esplendidez, convidaban á los nobles de diez leguas á la redonda, como hoy se convida á los periodistas á todas las cosas algo notables, para que sirvan de trompetas de la fama.

«Cuidadme bien ese caballo, dijo el capitán á un escudero de planta baja, desmontando en las puertas del castillo: ha andado ya seis leguas, y será preciso que ande diez antes de puestas del sol.... ¿Por dónde, hidalgo? añadió volviéndose á su guia.

—Sigame vuesamercé, contestó el escudero.»

Hernando de Carrillo atravesó siguiéndole una especie de zaguan ó cuerpo de guardia, cuyos astilleros estaban llenos de lanzas, tomó por una estrecha puerta ogiva, subió por una espiral y se encontró en un salón que recibia sus luces por tres saeteras abiertas sobre los adarvés.

Mas bien para dar luz que por necesidad, habia un gran fuego encendido en un hogar, y sentados en sitaliales enérgicamente heterogéneos, puesto que se habian traído de las casas de ayuntamiento y de la parroquia, se veian alrededor de una mesa en que habia seis bujias, cinco hidalgos cuyas armaduras estaban colgadas de escaapias en los muros. Cuatro escuderos y algunos pajes servian la mesa, cuyos manteles estaban ya manchados de vino, cosa que ponian en claro que se trataba de un alegre almuerzo de campaña y entre hombres solos.

A la cabeza de la mesa, y en un sillón mas alto que el de los demas que estaban colocados en dos parejas á los lados, habia sentado un hombre á quien los otros cuatro parecian profesar cierto respeto; frente á él habia en el testero opuesto otro sillón igual,

pero vacío, y en el centro de la mesa humeando de una manera capaz de despertar la gula en el estómago de un cenovita, un enorme lechón que el adelantado Juan de Padilla trinchaba, á falta de otra cosa mejor, con su daga.

El aspecto de aquellos cinco hombres pertenecía á un tipo igual, alterado por la diferencia de edades: al tipo aristocrático de aquellos tiempos, que no era por cierto como el de hoy, afeminado y pöbre, sino altivo, dominador por la conciencia de la fuerza y del poder, y en el que se notaban por igual la espresion de lo salvaje y de lo cortesano: tipos que han conservado tallados en piedra los monumentos, en esas cabezas angulares, rudas, enérgicas; en esas cabelleras cortadas por delante á manera de cerquillo; en esas barbas de revueltos mechones y en esas bocas duras, terribles, de las cuales parece no pueden salir mas que sangrientas palabras.

El atavío de estos hombres, escepto el de don Pedro Giron, eran ropönes talares partidos á dos colores que respondian á los de los cuarteles de sus escudos; en bonetes redondos con joyel ó pluma; en talabartes de velludo ó bordados de oro ó plata; en espadas larguísimas; en dagas no cortas, y en una pesada escarcela de cuero de Córdoba ó de mallas.

La luz vigorosa de las seis bugías daba á estos semblantes sombras duras, que temblaban heridas por el reflejo de la hoguera, y claros chillones que se enrojecian á su luz.

El maestre de Calatrava era un noble altivo, de semblante duro, de palabra enérgica y de maneras imperiosas. Frisaba en los cuarenta y cinco años. Su cabellera negra, larga y cortada por delante á manera de cerquillo; sus ojos redondos, fijos, inalterables; sus cejas anchas y unidas; la blancura biliosa de su tez, sobre la que se recortaba una barba negra; lo aventajado de su estatura y lo robusto de sus miembros, hacian de él el tipo acabado de los feroces y terribles señöres de la edad media. Sin embargo, su larga escuela de corte, su costumbre de conspirar eternamente, la necesidad en que se habia visto y se veia á cada paso de manejar la intriga, de espresar lo que no sentia, de mentir, en fin, le habian dado una cualidad preciosa, la de do-

minarse, para poder mejor dominar á los demas: nunca decia amores ó amistad sino cuando convenia á los intereses de su bando, del que era gefe con su hermano don Juan Pacheco y con su tio el arzobispo don Alonso Carrillo. Sabia dulcificar su mirada y su palabra, y entonces aparecia cortesano, simpático, y aun hermoso. Paje en su juventud de don Alvaro de Luna, crecido á su sombra, revelado contra él; hecho sucesivamente ricohombre y gran maestre de la órden de Calatrava por las alternativas á que se habia visto sujeto el turbulento reinado de don Juan el II (del que era una segunda edicion empeorada y disminuida el de su hijo Enrique IV); engrandecido por la fortuna y endurecido por el combate, habia adquirido ese continente dominador que se desarrolla por la costumbre del mando. Sus amigos le respetaban; sus enemigos le temian; el rey le escuchaba y le obedecia, y sus soldados y sus servidores temblaban á su presencia. En el combate, su voz era el trueno y su espada el rayo. En el consejo, su voto inclinaba la balanza, y en los bandos civiles su asociacion ó su enemistad auguraban de antemano el triunfo ó la derrota.

Tal era el hombre que, vistiendo las altas insignias de gran maestre de Calatrava, aparecia al frente de la mesa presidiendo un alegre almuerzo.

El conde de Benavente, don Rodrigo Alonso Pimentel, era un caballero como de treinta años, hermoso, gentil, y en cuyo aspecto se notaba, ó por mejor decir, rebosaba de él un orgullo aristocrático de primera raza: en sus magníficos y altivos ojos garzos se adivinaba al valiente, y vestia con un lujo tal, que bastaba para dar á conocer lo opulento de su casa.

El conde de Paredes, don Pedro Manrique, frisaba en los cincuenta años; debió haber sido gentil y hermoso; pero á la sazón, gastado por treinta años de lucha de partido, parecia tener sesenta; esto no impedia el que su aspecto bastase para imponer respeto, y no desear encontrarse frente á él con la lanza en ristre y sobre un caballo de batalla.

Don Luis Fajardo, adelantado de Murcia, era mas jóven que los anteriores, apenas de cuarenta años; nada mas noble ni sim-

pático que sus hermosos ojos negros, y sin embargo, aquel hombre habia tomado mucha parte en las traiciones y rebeldías del maestro: aun mas, estaba siempre dispuesto á tomarla de nuevo, lo que demuestra que no se puede fiar absolutamente en las apariencias.

Juan de Padilla, adelantado de Castilla, era un caballero viejo, pero fuerte aun y de presencia agradable; grande amigo de los anteriores, era como ellos adictísimo al maestro y á su hermano don Juan Pacheco, y ardiente admirador de los talentos de su señoría el arzobispo de Toledo.

Aquellos cinco nobles, donde quiera que se encontrasen juntos, eran una rebeldía organizada; pero entonces no se conspiraba sino contra el almuerzo, y Juan de Padilla que, como hemos dicho, trinchaba, hacia el gesto mas risible del mundo causado por la fuerza que le obligaba á hacer un tendon rebelde del lechoncillo.

Pero de repente levantó la cabeza, y la daga al mismo tiempo, y se retrató en su semblante la mas profunda atencion; un escudero habia dicho en alta voz desde la puerta:

«El señor capitán del rey, Hernando de Carrillo.

—Sí, yo soy; el mismo, caballeros, dijo el capitán tomando desde la puerta la palabra: yo, que he sabido al pasar por el camino que almorzábais, y me he convidado á vuestro almuerzo.

—¡Ah! ¿no venis mas que á eso? dijo volviendo á su trinchadura Juan de Padilla.

—¿Pues á qué diablos queríais que viniera?

—Os hemos dejado junto al rey en Córdoba, capitán; le dijo el gran maestro.

—En efecto, y por lo mismo, como el rey me ha tenido á mano, me ha utilizado. ¡Apetitoso olor! creo que llego á los principios.

—Así es, repuso el maestro; llegais á tiempo, señor Hernando. Con que os ha utilizado el rey.

—Algo sucede aqui cuanto tanto me preguntan, dijo para sí antes de responder Carrillo. ¿Qué quereis? añadió alto; por lo mismo que el rey me tenia á mano, se ha valido de mí para un encargo de confianza.

—¡Hola! sentaos, señor Carrillo, sentaos, dijo el maestre señalándole el sillón vacío al otro extremo de la mesa.

—¿Pero no esperais á nadie?

—Sí, esperábamos á mi hermano don Juan Pacheco; pero desde hace algun tiempo anda retraido.

—Es mucho hombre don Juan Pacheco; apostaria á que anda ocupándose en algo importante, dijo el capitán, acercando sin ceremonia su escudilla al lechón y sirviéndose una buena parte.

—Mi hermano ha venido á reunirse con nosotros desde sus estados de Andalucía.

—Y sin duda por el retrainimiento en que anda vuestro hermano, es por lo que habeis establecido una seña para que nadie pase sin ella de vuestros atalayas.»

Aquella observacion equivalia á la primera pregunta de un interrogatorio algo impertinente. El maestre miraba con fijeza á Carrillo, y los otros caballeros comian y callaban.

«Acabemos de una vez, capitán, le dijo impetuosamente el maestre, ¿á qué habeis venido aqui?

—¡Pardiez! á almorzar.

—No, no digo eso, repuso el maestre con viveza, quiero decir que por qué habeis venido de Córdoba.

—Para traer una gargantilla á mi muger.

—Por Dios, que andais tristemente donoso, Hernando; sabeis que debemos interesarnos por la boda de su alteza con la princesa doña Juana, boda contrariada por los Enriquez, por Navarra y por Francia; qué naturalmente debe interesarnos cuanto suceda en la corte; que nos parece estraño que vos, capitán de la guardia morisca de su alteza, hayais dejado de estar á su lado sino por un urgente motivo, y cuando os preguntamos ese motivo, nos salis con que habeis venido á traer á vuestra muger una gargantilla.

—Y vamos á nuestra vez claros, señores; ¿por qué os resguardais tanto, cuando no hay ningun motivo justo para ello, al menos que yo sepa?

—Porque queremos estar en libertad por lo que pueda suceder; porque tememos ser espiaados por los Enriquez.

—¡Bah! ¿y creeis que tenga yo cara de espía?

—No; pero como venis de la corte....

—Voy á ella.

—¿Y podremos saber en fin á qué es vuestro viaje?

—Ni más ni menos que á ver á mi muger.

—Sin embargo, os hubiéramos agradecido que hubiérais dejado para mas tarde vuestros amores, y hubiérais permanecido mas tiempo al lado de don Alonso Carrillo nuestro tio.

—Primo, primo, andais receloso sin causa, y eso en verdad no os está bien: ¿quién puede oponerse á nosotros? Yo, capitán de guardias, tengo la persona del rey.

—Pues he ahí por qué recelo; cuando se os ha alejado sabiendo que sois, como debéis ser, de los nuestros.....

—Es porque el rey tiene caprichos á los que no es fácil contradecir; por ejemplo: se le ocurre nombrar á mi esposa doña Mencía menina de la reina, regalarla un collar de perlas, y hacer á su confesor limosnero de su esposa..... le parece que nadie mejor que un marido puede cumplir esta comision, y me manda montar á caballo. ¿Qué hubiérais hecho en mi lugar?

—¡Ah! siendo asi.....

—Exactamente asi.

—¿Y quién es el confesor?....

—¿De mi muger?

—Sí.

—El arcediano don Gonzalo de Arévalo.

—Un clérigo cobarde y traidor, que tan pronto se inclina á una parte como á otra, y que solo sirve al que mejor le paga.

—En efecto, parece un clérigo perjudicial ese don Gonzalo.

—Creo, primo, que ese hombre se atreve con vos, dijo acompañando con una mirada sesgada sus palabras el maestro.

—¿Que se atreve conmigo! dijo Hernando de Carrillo haciéndose el simple, aunque comprendió perfectamente la intencion del maestro.

—Claro..... solo que los maridos sois por lo general cortos de vista.

—Por lo que vos, primo, habeis preferido ser freire, lo que no impide el que os engañe con el mas apuesto de vuestros pajes

vuestra querida, dijo Carrillo, procurando desviar de la conversacion la intencion del maestro.

—¡Una querida!.... ¡bah! ¿y quién hace caso de una manceba? Por el contrario, una muger legítima.....

—¿Sabeis, señores, que está perfectamente guisado este lechoncillo? dijo el capitán, pretendiendo escaparse á todo trance de la conversacion.

—Ese no es el caso, primo, dijo el implacable maestro.

—Pero me parece.....

—Lo que á mí me parece es que el rey, cuando hace menina de su muger á la vuestra, y la regala perlas, y nombra á su confesor limosnero de la reina.....

—Es sin duda porque.....»

Carrillo se detuvo no sabiendo formular aquel por qué.

«Es sin duda porque está enamorado de vuestra muger, y la acerca á sí, proveyéndose de un escelente tercero en su confesor.»

Ya no habia mas allá; el maestro con su audacia acostumbrada habia lanzado la cuestion en un terreno espinoso.

«Pues bien; dado caso que eso sea.....»

—Dadlo por sido.

—¡Cómo!

—Por sido en cuanto á la intencion.

—¡Ah! yo os juro que no pasará de intencion; yo conozco á doña Mencía..... la conozco demasiado bien, y el rey, á pesar de todos los confesores.....»

—Sé demasiado, y con pruebas indudables, que teneis una muger noble y honrada; pero eso no quita para que ese don Gonzalo.....»

—¿Creeis que ese arcediano seria capaz?.....»

—Clérigos como don Gonzalo, son capaces de todo, con tal de que al fin hallen por premio de sus truanerías una mitra de obispo.»

Como saben nuestros lectores, Hernando de Carrillo estaba enamorado de su muger; sentia zelos y tenia mas de un motivo para desconfiar de don Gonzalo; por mejor decir, tenia evidencias, puesto que habia consentido en su deshonor, pero nunca

creyó que la mancebía de su muger con el rey pudiese llegar al punto de ser conocida y acusada á la corte. El fuego, pues, segun su espresion, le habia llegado á la cara, y su natural ferocidad se sublevó.

«Bien, dijo moviéndose inquieto en la silla; todo se reduce....»

—¿A qué?

—A meter á mi muger en un convento.

—En primer lugar, no podreis.

—¡Cómo!

—Doña Mencía puede mucho en la corte, y será mas fácil que ella os haga prender ó desterrar que el que vos la metais monja.

—Entonces no queda otro recurso que espanzurrar como á una vívora á ese arcediano.

—Si eso se hace de cierta manera, podrá ser mas posible.

—¡Bah! ¡bah! en la primera ocasion que baje conmigo unas escaleras.....

—El tal arcediano ha sido siempre miserable, cobarde y traidor, lo que no impide que sea astuto y sutil..... nos conviene, señor primo, echar de la corte á ese hombre, y á vos mas que á nadie, si quereis conservar la virtud de doña Mencía.

—Pues bien, sí, diablo..... las escaleras..... unas escaleras pendientes..... un par de coces de un caballo..... hay muchos medios; pasará por una casualidad, y..... ¿pero en qué pensais, caballeros, que estais tan callados?

—Pensamos, dijo el conde de Paredes, en que corremos ahora mismo una aventura..... una aventura igual á la que corrió el condestable difunto cuando casó al rey don Juan con doña Isabel de Portugal.

—Portugal ha sido siempre fatal para nosotros, amigos míos, dijo Juan de Padilla; no sé en qué ha estado pensando el arzobispo vuestro tio, y vos mismo, y vuestro hermano don Juan, en acordarse de esa hermosa doña Juana..... ¿No hubiera sido mejor arreglar nuestros negocios con Navarra y haber traído de nuevo al tálamo real á la princesa doña Blanca?

—Caballeros, dijo el maestre; sin saber cómo, nos hemos

metido en pláticas de corte, cuando nada podemos decir que sea seguro; esperemos. La fuerza es nuestra, estamos unidos, y nunca hemos de llevar la peor parte. Por lo mismo, almorcemos alegremente, tomad ejemplo de mi primo; Hernando de Carrillo está sin disputa resuelto á espanzurrar, segun dice, á su vívora, á su arcediano, y devora con el apetito mas hermoso que he visto, un solomo de javalí.

—A fin de cobrar fuerzas, primo.

—¡Hola! gritó el maestre llamando á la servidumbre, que admirablemente aleccionada se habia retirado al empezar la conversacion de los nobles; traed ese peralta y las confituras que nos han regalado las madres benedictinas de Jaen; unas excelentes madres, primo, de las cuales somos hijos amantísimos.

—¡Ya! ¡tendreis alguna ahijada en el convento!...

—Sí, pardiez, lo habeis acertado; la prometida de uno de mis donceles: de Garci Perez de Lara, doña Isabel de Solís.

—Ahijada que supongo será muy hermosa.

—No la conozco, primo; pero su padre, que es uno de los antiguos caballeros del rey don Juan, y á quien no sé por qué llamo mi amigo, afirma que es una estrella caída del cielo.

—Pues me maravilla, don Pedro, que os intereseis por una muger á quien no conoceis.

—Cosas del mundo, primo; pero lo mas admirable es que tampoco la conoce su prometido.

—¿Puede convenir á alguien un casamiento en que no haya amor entre las partes? dijo maliciosamente el capitán.

—No, no á fe; os engañais: este casamiento será un casamiento de conveniencia causado por un pleito interminable entre el padre de Garci Perez y el comendador Sancho Gimenez; hay de por medio unos ricos estados, que de ese modo, y no teniendo mas hijos que los que han de casar las partes litigantes, quedarán en la familia. Pero debiais estar al corriente de esto, porque vuestra muger es la que lo ha hecho todo.

—¡Ah! ¡mi muger se ha metido á casamentera! creo que yo no conozco bastante á mi muger. Doña Mencía está en todas partes.

—Doña Mencía es la primera *hembra* de España, en talento, poder y hermosura.

—Lo que no impide el que estando yo casado con ella.....»

El capitán se contuvo cogiendo al vuelo una necesidad que ya se escapaba de sus lábios; pero el maestro, que la había adivinado, fue inexorable.

«Lo que no impide que vos seais el último de los maridos posibles ¿eh? exclamó destapando un frasco de peralta; pero en cambio, sois el primer bebedor del reino. Bebed, primo, bebed y decidme qué tal os parece el vino de las benedictinas.»

Hernando de Carrillo se mordió los labios contrariado, sorbió de un trago el contenido de una enorme copa, y se la hizo llenar de nuevo.

Desde aquel punto del almuerzo, la conversacion se animó, retiráronse los pages y los escuderos, y corrió sin interrupcion el vino. El almuerzo estaba terminado, pero no sabemos hasta donde hubieran llegado los comensales en alas del peralta, á no ser por un acontecimiento imprevisto que dió punto final á su conversacion.

CAPÍTULO IX.

De como sin saber cómo, Beltran de la Cueva añadió una recomendación personal á la que llevaba escrita para el gran maestro.

Un rumor extraño sacó á los siete nobles personajes de lo grato de su sobremesa; desaforadas voces de: ¡prendedle! ¡matadle! habian resonado fuera y llegado por cima de las almenas hasta el salon del castillo.

Abrióse de repente la puerta, y apareció un mancebo, espada en mano y con la cabeza descubierta, señal de que habia perdido la prenda que la cubria, que no era por cierto gran pérdida, puesto que se reducía á una caperuza grasienta, porque aquel mancebo era Beltran de la Cueva.

Tras él entraron hasta una docena de archeros armados hasta los dientes.

«¡Eh! ¡atrás! ¡atrás todos! dijo Beltran envainando su espada y con una serenidad admirable; ¿no veis que su señoría el gran maestro no os necesita para nada?

—¡Diablo! exclamó Hernando de Carrillo mientras don Pedro Giron hacia seña de que se retirasen á sus hombres de armas; hé aqui una hazaña digna de un caballero de la tabla redonda; el señor Beltran de la Cueva no ha necesitado de vuestra seña, don Pedro, y hélo ahí.

—¡Ah! ¿sois vos Beltran de la Cueva, dijo el maestre mirando ferozmente al jóven, hijo de ese viejo cojo de quien nadie sabe qué ha sido hace diez años?

—Permítame vuestra señoría; si mi padre es viejo y cojo, y aunque no se sepa dónde anda, en la corte vive mas de uno que sabe que su cojera sirve de testimonio á lo derecho de su honor y de su lealtad.»

Esta alusion á la rebeldía del maestre contra don Juan el II, agradó sobremanera á don Pedro: primero, porque no tenia vergüenza (esta es la frase propia, aunque vulgar), y despues, porque, como á todo el que es audaz, le agradaban los audaces.

«¿Y vuestro noble y honrado padre os envia á mí? le preguntó.

—Mi padre se hubiera opuesto con todas sus fuerzas.

—¡Ah! ¿y por qué?...

—Mi padre es de los que si caen no se levantan, si para levantarse necesitan pedir merced.

—¡Ah! muy bien; pero vuestra venida á mí, indica que no pensais del mismo modo.

—Mi venida es como mensajero de una dama.

—Una dama..... ¿y quién si os place?

—Doña Mencía de Padilla.»

Miraron uno tras otro los caballeros á Hernando de Carrillo, cuyo semblante, animado hasta entonces por una risa burlona, escitada por las respuestas de Beltran, tomó el aspecto mas ridiculamente contrariado que puede suponerse.

—La hermosa doña Mencía de Padilla..... vuestra esposa, capitan, me envia un mensajero..... ¿importará algo á esa noble señora el enemistarnos?

—Mi muger, dijo Hernando de Carrillo, ha sido nombrada por el rey menina de la reina doña Juana.

—¡Ah! ¡ah! ¿volvemos á tener en la corte á doña Mencía como en los tiempos en que casásteis con ella?.... pero no encuentro lo que esto tenga que ver con su mensaje.

—Sin duda os pide algunas lanzas para resguardo.

—¿Es esa vuestra comision, hidalgo?

—Mi comision se reduce á entregar á vuestra señoría esta carta.

—Dadme, dadme, y veamos en qué podemos servir á tan noble y hermosa señora.»

El maestro rompió el sobre y leyó; á los primeros renglones levantó la vista de la carta, y la fijó en Beltran de una manera particular. Esto se repitió varias veces durante la lectura.

«En efecto, tenéis razon, señor Hernando de Carrillo; vuestra esposa suponía que andariamos por estos sitios, y como los tránsitos, gracias á los malhechores, están malos, me pide una veintena de lanzas para resguardo; pero ademas, y antes que de esto, me habla de ciertos particulares referentes á don Beltran de la Cueva (el maestro dió alguna fuerza de distincion al nombre del jóven), particulares de que debo hablar con él.... si me dáis vénia.....

—De todos modos necesito poner en órden mi mesnada y prepararla para la muestra..... dijo el conde de Benavente: creo que mis nobles amigos necesitarán igualmente de su tiempo.

—¡Pardiez! ¡como que se trata de una competencia de armas! dijo el adelantado de Murcia.

—Y sobre todo, que es demasiado triste este desvan para estar en él mas tiempo que el necesario para matar el hambre, contestó el conde de Paredes.

—Soy con vosotros, caballeros, dijo Juan de Padilla.»

En realidad, cada uno de aquellos orgullosos hidalgos no tenían por el momento otra cosa que hacer que disimular el mal efecto que les habia causado la distincion hecha por el maestro á un advenedizo, cosa que en él, atendida su altivez, era maravillosa.

Hernando de Carrillo fue el que no encontró un pretesto tan á mano, porque el fantasma de los celos habia empezado á morderle el amor propio, personificado por Beltran de la Cueva.

Apenas habia dado el jóven el primer paso en su vida cortesana, y ya, sin contar con Juan Rodriguez del Padron, tenia envidiosos y enemigos.

«En cuanto á mí, don Pedro, dijo Hernando Carrillo, que se

veía obligado á decir algo, despues de daros las gracias por vuestro esquisito almuerzo y vuestros escelentes vinos, monto de nuevo á caballo y parto en demanda de nuestro arzobispo; esto no impide el que os recomiende encarecidamente el que para resguardar la preciosa vida de mi muger, enviéis vuestros mejores caballeros y vuestras mas valientes lanzas. Doña Mencía es un tesoro que en verdad no merezco. ¿Quereis algo para Sevilla?

—Únicamente que rogueis á don Alonso de Fonseca, que no se entretenga demasiado con sus barraganas, y se venga con vos á buen paso á Córdoba. Hay que aprovechar el tiempo. ¿Eh? Adios, caballeros, adios. Venid conmigo, don Beltran.

—¿Qué decis á esto, señores? dijo Hernando de Carrillo, viendo desaparecer por una puerta al gran maestro.

—¿Qué quereis que digamós en lo que nada se sabe? contestó Juan de Padilla.

—Pues yo creo que se sabe demasiado.

—Todo se reduce á que vuestra muger es caritativa con los desvalidos.

—Vos no veis claro, señor adelantado.

—Supongo, ya que tal decis.....

—¡Yó!.... yo veo levantarse un nuevo favorito.

—¡Bah! ¿ese rapaz?

—Allá lo veremos.

Y disputando y comentando sobre el nuevo acontecimiento, los cinco señores salieron de la cámara.

CAPITULO X.

En que el gran maestre empieza á comprender á Beltran.

La carta que doña Mencía de Padilla habia entregado á Beltran para don Pedro Giron, estaba concebida en estos términos.

«Mi noble amigo don Pedro. =Allá os envio en el dador un
 » hombre que, á pesar de su juventud, os podrá servir de mucho
 » si sabeis aprovecharlo. En el estado en que se encuentra el
 » reino, siempre es beneficioso un servidor que no se venda al
 » oro, sino que trabaje por nosotros y al mismo tiempo por su
 » ambicion. El que os envio se llama don Beltran de la Cueva:
 » noble por su alcurnia, hermoso por privilegio de la naturaleza,
 » leal y altivo por tradicion, y valiente por índole y por or-
 » gullo, podemos tener en él un corazón, un brazo y una cabeza
 » á un tiempo. Os confieso que me interesa muy particularmente
 » ese jóven, y que tengo empeño en que sea: vos podeis darle la
 » mano, y hacerle subir el primer escalon; pero dominad con él
 » lo rudo de vuestro carácter, porque es altivo y valiente, y si le
 » ofendeis, os vereis precisado á matarle ó á tener en él un ene-
 » migo terrible. Parece contento con servir junto á vos una plaza
 » de escudero; pero si podeis darle mas, dádselo; eso halagará
 » su orgullo. No os detengais por el estado en que puedan estar
 » vuestras rentas: los gastos de ese jóven son míos. Espero que
 » no me desplaceréis obligándome á valerme de otro que vos para
 » poner en buen camino á mi jóven ahijado. Esto podria alterar

» algo nuestra buena inteligencia, aunque siempre podiais contar
 » en mí con una amiga leal. Sobre todo, si me servis, haced de
 » manera que nada pueda sospechar, sino como si todo lo que
 » por él hagais fuese vuestro. Espero que cuando haya pasado
 » algun tiempo, conozcais cuán acertada ando en valerme de don
 » Beltran.

» Supongo que os le he recomendado lo bastante, y creyén-
 » dole ya empleado en vuestra casa, os ruego que si por acaso
 » os encuentra en Andújar ó mas cerca, le confieis veinte de
 » vuestras buenas lanzas y le envieis con ellas á mi encuentro
 » para servirme de resguardo; traigo conmigo las tres hijas del
 » marqués de Santillana, ademas de mi servidumbre, y mi buen
 » tio no tiene en su servidumbre mas que media docena de escu-
 » deros, que habrán sido muy valientes, pero que en el dia son
 » casi tan viejos y tan achacosos como él. = Por todo esto quedo
 » rogando á Dios guarde la vida de vuestra señoría. = De Úbeda
 » á 22 de mayo de 1455. = *Doña Mencía de Padilla.*»

Doña Mencía habia sido hasta entonces una de esas mugeres que no ocupándose del amor, se ocupan de la intriga, y era tal el poder que se le atribuia ó que realmente tenia, que no era extraño que su carta fuese leida gravemente y como un documento importante por el maestre. Podia decirse que los deseos expresados en ella eran órdenes, cubiertas bajo el velo demasiado transparente de la súplica. Don Pedro Giron miró, por lo tanto, con respeto á quien en tan buen predicamento estaba con una persona á quien él tenia en mucho en la corte y acaso en su mismo corazon.

¿Amaba doña Mencía á Beltran? esto es lo que no sabia esplicarse el maestre: aquella muger jamás habia amado. ¿Era que habia encontrado en el jóven un instrumento precioso para sus planes? Esto, segun el concepto que de doña Mencía tenia el maestre era mas verosímil. De lo cual sacaba una consecuencia: doña Mencía es y será siempre de nuestro partido..... doña Mencía encuentra provechoso el que se utilice de una manera digna á este jóven..... luego debemos utilizarle.

Este había sido su pensamiento al despedir de una manera tan brusca á sus comensales. Llevó á Beltran á otra pequeña cámara, cuyas paredes desnudas habia hecho enriquecer con los tapices de su tienda de campaña y su escudo de armas, y en un rincón de la cual habia una antiquísima cama proporcionada por el cura de la villa, y á la cual á falta de otra cosa mas oportuna servia de cubierta una bandera de la orden.

Una vez allí el maestre, invitó á Beltran á que se sentase, distincion que el jóven aceptó sin sorpresa y sin encogimiento, como quien dice, de igual á igual, lo que demostró al maestre que doña Mencía no se habia engañado al calificar de altivo al jóven.

«Creo que habeis perdido vuestra gorra, dijo mirando, no á la mano sino á la cabeza de Beltran.»

Para comprender esta pregunta que refinaba la consideracion del maestre, es de advertir que durante su permanencia en el almuerzo, los otros nobles habian estado cubiertos á la par que el maestre, escepto Hernando de Carrillo á quien se hubiera hecho harto incómoda su gorra de mallas con honores de yelmo.

«Asi es, contestó Beltran; he perdido mi caperuza.

—Dolorosísimo hubiera sido que hubiérais perdido la cabeza.

—Permitidme, mi cabeza tiene una escelente cubierta en mi espada.

—Lo creo; solo de ese modo podríais haber atravesado mi campo..... habeis dado un escándalo..... de valor, caballero.

—Dispensad, me era preciso cumplir mi encargo, y se negaban de todo punto los atalayas á avisar á vuestros escuderos, que me hubieran servido de introductores.

—¿Por lo que encontrásteis mas cómodo introducirlos?

—Perdonad; yo nunca hubiera causado un alboroto, pero el atalaya se atrevió á faltarme al respeto, y me obligó á sostener mi posicion rompiendo mi lanza en sus espaldas.

—¡Cómo! ¿un vergante de mis escuadrones se ha atrevido á un noble?

—Permitidme; yo no llevaba mi blason en la frente, y vengo ademas demasiado pobremente vestido.

—Aparte de lo que vos mereceis, bastaba con que os hubiéseis nombrado portador de un pliego para mí, para que se os hubiese respetado. Permitidme un momento: ¡Alfon! ¡Alfon!»

Acudió diligente como un siervo un escudero del maestre. Beltran conoció entonces cuanto hay del dicho al hecho, y cuanta razon tenia su padre al asegurarle que su orgullo no podria sufrir los cargos del oficio de escudero. Alfon parecia hidalgo y valiente, y sin embargo, el maestre le habia llamado como quien llama á un sabueso.

«Al momento, dijo el maestre con el mismo imperio que manda á un ordenanza un coronel de nuestros dias; id á mi campo y averiguad quién ha sido el atalaya que se ha opuesto al paso de este caballero.

—Muy bien, señor.

—Y averiguado que sea, hacedle desarmar y que se le apliquen á espalda desnuda cien cintarazos. Id.»

El escudero se inclinó servilmente, y salió.

El maestre miró á hurtadillas á Beltran de la Cueva, esperando sorprenderle en una conmocion por efecto de aquel desagravio; pero el jóven permaneció indiferente como quien no tiene que agradecer el cumplimiento de una satisfaccion que se le debe. Don Pedro Giron empezó á interesarse por el jóven. Adivinaba en él un carácter de hierro, y esto le agradaba.

«Doña Mencía de Padilla, caballero, dijo el maestre sentándose frente á él, me encarga os dé un oficio en la órden.

—Sí, si señor; yo habia pensado en hacer mi aprendizaje de armas....

—Creo que quien apalea á mis atalayas, y llega hasta mí, espada en mano, hallándome como quien dice en el corazon de un ejército, es demasiado diestró y demasiado valiente; porque para que os sirva de satisfaccion, don Beltran, sabed que las lanzas asoldadas de la órden de Calatrava son las primeras lanzas del mundo.

—Puede decirse, don Pedro que he llegado á vos por sorpresa, antes de que hayan sabido volver en sí; de otro modo me hubieran hecho pedazos.

—Lo que significa que sabeis aprovecharos de las ventajas. Esto es precioso, y de ello tendreis una prueba cuando entreis en una de nuestras batallas, en las cuales con mucha frecuencia es preciso medirse de uno á diez; pero volviendo á nuestro asunto, ¿pensábais hacer la guerra junto á mí?

—Como escudero, mas....

—¿Habeis comprendido que el oficio de escudero es mas noble en el nombre que en la realidad?

—Acaso.... pero....

—No os conviene.... bien lo sabia yo, bien lo sabia doña Mencía.

—Pues esa señora me lo propuso.

—Por probaros acaso, dijo con una insidiosa intencion el maestre.

—Permitidme; no comprendo por qué razon habia de sujetarme á una prueba doña Mencía.

—Las mugeres son en general caprichosas.

—Con sus amantes.... sin duda.»

Pronunció con tal indiferencia Beltran estas palabras, que la última sospecha que sentia el maestre acerca de lo que pudiera haber de amor en la recomendacion de doña Mencía, se desvaneció.

—Digo por probaros, á falta de comprender otro motivo, porque en su carta me encarga doña Mencía os proporcione un lugar digno de vuestras dotes y nacimiento.»

Beltran se inclinó noblemente en un cortés cumplido.

«Veamos: sois noble lo bastante para hacer vuestras pruebas y cruzaros; pero creo, y perdonad si en ello me entrometo, que acaso el estado de las rentas del noble don Diego de la Cueva, vuestro padre, no podrían sufragar los gastos precisos.

—Somos, efectivamente, muy pobres, don Pedro.

—Esperad: yo he introducido para estos casos en la orden

un uso que me parece conveniente y útil; atravesamos tales tiempos, que los grandes que nos sostenemos en pié estamos empeñados, y en que hay otra gran parte de ilustres señores, que como vuestro padre, sufren retirados de la corte el duro yugo de la desgracia. Los hijos de esos grandes tienen cerrado el camino á la fortuna, al amor, á la gloria; los grandes maestros de las órdenes militares, los arzobispos y los abades señoriales, tenemos poder y fuerza bastantes para abrir á esos desgraciados el camino que les ha cerrado su malaventura. Tres caminos se os ofrecen: las armas, la iglesia, y el claustro. ¿Cuál de ellos os conviene mas?

—Las armas sin duda.

—Será pues necesario armaros caballero.

Latió el corazón de Beltran de alegría, pero ni una oscilación subió á su semblante.

«Y bien, dijo, una vez armado caballero.....»

—Militareis á mi lado, contestó el maestre, como mi ahijado y bajo las banderas de la orden; mas tarde entrareis al servicio del rey; en la corte se medra, y..... escuchad, yo era como vos, un mancebo sin fortuna; como vos, tenia ambición, y he llegado á ser el gran maestre de una de las mas ilustres órdenes de caballeros de Cristo.

—Pero mi pobreza, don Pedro.....

—¡Vuestra pobreza! y bien; ¿qué importa vuestra pobreza?

—Para recibir la orden de caballería.....

—En efecto, para recibir la orden de caballería se necesitan, ante todo, despues de valor y nobleza, armas y caballo.

—Hé ahí, pues, una dificultad; ya os he dicho que somos muy pobres..... no puede ser; es necesario pensar en otra cosa.

—Creo haberos dicho que yo seré vuestro padrino.

—Lo que significa que vos pagareis los gastos.....

—Esa es la costumbre.

—Perdonad; no puedo aceptar.

—¡Cómo! ¿tendriais acaso por deshonoroso?....

—Creo que no debo aceptar..... eso seria abusar demasiado.

—Vos..... entendedme bien, don Beltran, debeis en este punto ver, oír y callar, supuesto que estais en manos que no usarán de vos sino en vuestro provecho y noblemente. Ademas, os declaro mi prisionero, y solo os daré libertad para poner os al frente de un escuadron de mis lanzas. ¿Sabeis que si un gran maestre no es un rey vale al menos tanto como un rey?

—No os comprendo bien.

—Quiero decir que un gran maestre puede, sin amancillar el buen nombre de un hidalgo, ampararle, tenderle la mano, retenerle junto á sí. Espero que no dareis el estraño ejemplo de desdeñar lo que otros nobles..... y muy nobles, y á mas de eso muy altivos, han aceptado, sin que nadie haya encontrado muy natural y muy honorífica su aceptacion.

—Consiento..... pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que lleveis cuenta con los gastos precisos, y que me acepteis su pago cuando yo os le haga.

—¿Es decir que no quereis recibir nada de mí?

—Sí, si señor; quiero recibir el honor de ser vuestro aliado.

—No hablemos mas de esto; sea como vos querais, y puesto que soy vuestro prestador, será necesario que empecemos desde este momento.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Vos mismo lo habeis dicho: venís pobremente vestido..... esto nada tiene de estraño..... en otro tiempo andaba yo un tanto peor; voy á dar órdenes á mi mayordomo.

Beltran se vió precisado á dominar su orgullo, lo que no consiguió sin que toda su sangre subiese á su rostro. El maestre de la manera mas cortés que le habia sido posible, le habia hecho conocer que no era conveniente el presentarse en público de la manera que se encontraba. Le fue preciso resignarse y consentir en que don Pedro Giron llamase á las gentes de su servidumbre.

«Alvar, dijo el maestré á su mayordomo apartándole á un ángulo de la cámara; ve á nuestro vagaje, y de los cofres en que traemos las ropas con qué se han de presentar en la corte mis donceles, busca dos vestidos completos de los destinados á Garcí Perez de Lara; creo que vendrán perfectamente á ese hidalgo que me acompaña.»

—¿Tenemos nuevo protegido, señor?

—Cuidado como se trata á ese caballero.

—¡Ah!

—Sí, dijo profundamente el maestré; es mi voluntad que se le respete como á mí mismo; ¿entiendes?

—Muy bien, señor.

—Y que nadie sepa que esos trages y esas armas vienen de nosotros.

—¿Qué armas, señor?

—¡Ah! ¿no te habia hablado de armas?... Es necesario que como por órden de don Beltran de la Cueva, busques un arnés blanco y nuevo.

—Supongo que ese caballero necesitará tambien caballo.

—¡Cómo! ¿pues en qué ha venido?

—En una especie de esqueleto viejo, que rendido de la carrera que le ha hecho tomar su amo, está echado junto á la caba, siendo el objeto de la rechilla de nuestros hombres.

—Ese caballo á la cuadra, y busca uno entre los míos.... entre los mejores.

—Muy bien, señor. ¿Y cuándo he de traer esas ropas?

—Al momento.»

Entonces el maestré se volvió á Beltran de la Cueva.

«Mi mayordomo Alvar, le dijo, queda encargado de servirlos, don Beltran; estais como en vuestra propia casa, y me permitireis que os deje por las atenciones de mi cargo; en este momento soy caudillo de un pequeño ejército; pero cuando hayais variado de trage, montad á caballo y buscadme; probablemente me encontrareis en las heras de la villa haciendo muestra de mis gentes.»

Dicho esto, tendió la mano á Beltran, se la apretó enérgica-

mente, salió, entró en otra cámara, llamó á voces á sus escuderos, y se desquitó con ellos de la tortura en que le habia tenido la altivez de Beltran. Jamás al armar á su señor le habian encontrado tan insufrible sus subordinados.

Un momento despues retumbaban por todas partes las trompas de guerra saludando al gran maestre, que precedido de su pendon, de sus farautes y de sus pajes, salia á caballo y armado de todas armas del castillo.

CAPITULO XI.

Que sirve para dar una muestra de lo que era un ejército en el siglo xv.

El campamento del maestro, por decirlo así, puesto que era el caudillo de aquellos cinco estandartes reunidos, ocupaba un espacio enorme en derredor de la colina, donde se alzaba el castillo de Bailen. Visto aquel campo desde lejos, tenía la apariencia de una gran ciudad, cuyas casas, en su totalidad blancas, estuviesen divididas en cuarteles.

Cerca del castillo y en una posición elevada, se alzaba alrededor de una gran tienda terminada por el estandarte de la orden de Calatrava un reducido campo, puesto que solo se componía de veinte tiendas, pero ostentoso y magnífico como los reales de un califa.

En cada una de aquellas tiendas se armaba apresuradamente un caballero de Calatrava, entre los que se contaban el claverero de la orden y dos comendadores.

Alrededor de estas tiendas, que eran el centro de otro campo más estendido, se alzaban hasta doscientas, en cada una de las cuales había un hombre de armas y tres ginetes, y al fin, rodeándolas todas, aferrada á postes de madera, corría una gruesa cadena guardada á los ángulos y á la entrada por atalayas á caballo.

El campamento de la orden era simétrico, ostentoso; todas

las tiendas de los caballeros eran de lienzo listado de blanco y rojo, é iguales en su forma; todas las tiendas de los hombres de armas eran semejantes y blancas como la nieve. En medio de todas descollaba la del gran maestre, en la que se habia apurado un lujo escandaloso, puesto que era, á pesar de sus colosales dimensiones, de un magnífico damasco rojo, y recientemente construida, á juzgar por el brillo de la seda, que demostraba no haberla mojado aun el agua de la tormenta.

Los demas campos perdian en lujo comparados con el del gran maestre lo que ganaban en pintorescos; habia en ellos tiendas de todas formas y alturas, redondas, cuadradas, prolongadas, anchas y estrechas: notábanse las de los peones por lo bajas y estendidas, y las de los ginetes por su figura perpendicular sobre el piso hasta la altura de un caballo. En medio de estos pabellones se alzaban de trecho en trecho otros algo mas ostentosos, pertenecientes á caballeros, capitanes y alféreces. El todo constituia, como hemos indicado, un aspecto eminentemente pintoresco.

Cuando hicieron seña las trompas de la presencia del maestre en el campo, respondieron del centro de los cuarteles las trompas de las diversas banderas: tocóse inmediatamente llamada, y zumbó por todas partes el crujir de las armas y los relinchos de los caballos.

El gran maestre entró en su campo, y encontró ya á caballo á los caballeros de Calatrava con sus escuderos y sus pajes á retaguardia. Entró en su tienda y esperó á que sus alféreces le avisasen la definitiva formacion de su ejército.

Pasó una hora. Al cabo de ella cada uno de los capitanes de las banderas aliadas le envió un alférez con el aviso de estar preparados los escuadrones y los peones á la muestra.

A punto que salia de la tienda para montar á caballo, un hidalgo, segun podia juzgarse por su talante, llegó y se encaró con él, con visos de mal humor.

«Creo que os habeis vuelto loco, hermano.

—¿Y por qué, señor marqués de Villena, habeis formado el juicio de que yo me he vuelto loco?

—¿Pues ahí es nada? ¿quién es el barbilindo que habeis metido en vuestra cámara, que se hace vestir terciopelos y manda á vuestros pajes lo mismo que si fueran lebreles?»

El maestre no contestó de otro modo que abriendo su escarcela y mostrando la carta de doña Mencía á don Juan Pacheco.

«Y bien, dijo el de Villena: alguna locura de esa doña Mencía; sois un imbécil, hermano; creo que nuestro jóven tiene mas humos que los necesarios, y que acabará por no agradeceros lo que hayais hecho por él.

—Creo que valemos lo bastante para que no se burlen impunemente de nosotros una muger y un niño.

—Y si es niño como decís, ¿para qué le quereis? ¿Para tener un paje que azote á vuestros perros, desespere á vuestros criados, y haga el amor á vuestras queridas?

—Vamos, es imposible, Juan, hacer nada sin contar contigo, porque de seguro es necesario volverte la espalda como á un viejo gruñon, á quien no se puede reducir á lo justo de otro modo. Parece que en vez de andarte como un clérigo, vestido de negro entre nosotros, hubieras hecho mejor en estar como yo al frente de los caballeros de tu orden.

—La orden de Santiago aparecerá en Córdoba, cuando entre su maestre y el de Alcántara esté colocado como señor el rey. ¿Cuántos habian de mandar aquí?

—Creo que si mi protejido es orgulloso, no le vas tu en zaga, Juan; con la diferencia de que tú eres un viejo y él es un jóven; tú no sirves para nada sino para la corte, y él sirve para la corte y para el campo. Ya que andas tan desocupado, vuélvete y sácale á barrera; aquello es un verdadero rey que ha nacido de una simple dama.

—Y á quien seria donoso que elevásemos hasta una reina.

—Juan, no es este lugar oportuno para andarnos con disputas.

—Tienes razon, Pedro, y no es justo por otra parte que yo haga esperar á tus caballeros calatravos: ve con Dios en buen hora.

—Queda con él, hermano.»

El marqués de Villena se entró en la tienda, se echó en los

almohadones de descanso del maestro, y se puso á leer un libro que traía debajo del brazo.

Aquel libro era una copia del *Doctrinal de privados* del marqués de Santillana.

Entre tanto, don Pedro Giron rodeado de sus caballeros que podían llamarse su estado mayor, bajó al llano donde ya esperaban formados en masa cerrada los escuadrones y las banderas de peones; entonces no se conocían las maniobras ni la formación de batalla: la táctica era enteramente desconocida en España, y si bien habían empezado á usarla los suizos, no se generalizó en Europa sino á principios del siglo siguiente, en que la elevó casi al estado en que se encuentra hoy el Gran Capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Apenas se hubo detenido en una de las heras el gran maestro, cuando las trompas del primer escuadrón, que era el de don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, dieron la señal de desfile; inmediatamente el alférez del conde picó al caballo llevando el pendón de su señor, y seguido de farautes y timbaleros pasó magníficamente armado de guerra y pronunció su nombre haciendo dar una corbeta á su caballo: un secretario del maestro escribió aquel nombre, contó los farautes y los timbaleros, y el alférez saludando con su pendón pasó.

Tras él avanzaron los pajes de lanza del conde de Benavente vestidos de brocado sobre jaquitas tordas gualdrapadas de seda, y saludaron al maestro quitándose sus gorras: despues, entre una escolta de alabarderos, pasó un sombrío personaje vestido de rojo con una espada de justicia desnuda al hombro y con la cabeza descubierta: este hombre demostraba que el conde de Benavente podía hacer justicia en sus estados como señor de horca y cuchillo, del mismo modo que dos pajes, uno de los cuales llevaba á la espalda una caldera de hierro limpia como un espejo, y otro un pequeño pendoncillo con las armas de Benavente, demostraban que como señor de pendón y caldera, podía acaudillar gente de armas y mantenerla á sueldo.

Seguían despues una nube de escuderos y persegantes á caballo armados á todas armas con el blason de su señor al pecho,

y tras ellos en un magnífico caballo de batalla encapazonado de hierro, el conde, llevando sobre las armas una camisa de brocado blanco y un penacho de plumas de los colores de sus armas sobre un yelmo de plata, y á su lado cuatro heraldos con dalmáticas de terciopelo en que estaban bordados sus cuarteles. Uno conducía su espada, otro sus espuelas, otro su escudo, y otro su lanza; lo que no quiere decir que el noble conde fuese desprovisto de estos enseres, sino la representacion del ceremonial de corte.

Inmediatamente despues del conde marchaba su capitán de armas, sus escuderos, sus timbaleros y trompeteros tocando con gran estruendo una marcha semibárbara y terriblemente guerrera: despues, pesadamente armada sobre un enorme caballo, pasó la primera lanza.

No es posible fingirse hoy lo que era uno de aquellos hombres atléticos, cubiertos enteramente de hierro sobre un caballo armado del que solo se veían los pies y la estremidad de la cola bajo su cubierta de hierro ó mallas, la balumba de este conjunto y el rechinamiento de las piezas: hoy no habria hombres ni caballos que pudiesen resistir el peso abrumador de aquellos gruesos arneses, la longitud de aquellas lanzas, el volúmen de aquellos yelmos de encage y las dimensiones de aquellos escudos: y sin embargo, ó mienten las crónicas, ó aquellos hombres y aquellos caballos iban tan desembarazados dentro de aquella cáscara de hierro, como hoy un soldado de caballería ligera.

Cada lanza ú hombre de armas iba servido además por tres ginetes y doce peones: los ginetes como los peones solo llevaban coselete y morrion; los primeros montaban en caballos simplemente enjaezados con sillas de baqueta y arneses de cuero, usaban una lanza ligera y una espada, y los segundos una pica y una espada, entrambas de cortas dimensiones.

Con arreglo á esto, las cien lanzas del conde de Benavente suponían por sí mismas cien caballos, mas trescientos de ginetes, y mil doscientos peones; lo que componía un total de mil seiscientos hombres, sin contar los cabos y demas oficiales que llevaba siempre consigo un rico-home de Castilla, que era como el

conde de Benavente, señor de vasallos, de horca y cuchillo, de pendon y de caldera.

Seguia el adelantado de Murcia.

El suyo era verdaderamente un escuadron de lanzas reales; mostraba por lo tanto mas severidad y menos colores, aunque se notaba alguna desventaja en el equipo y en los caballos, comparados con los del conde de Benavente. El adelantado mandaba doscientas lanzas, esto es, ochocientos caballos y dos mil cuatrocientos peones.

Seguian cien lanzas asoldadas de la orden de Calatrava, cuyos oficios de alféreces y capitanes estaban servidos por caballeros de la orden. Nada podia compararse en ostentacion y rudeza á aquellos membrudos hombres de armas, ni nada mas gentil y marcial que aquellos ginetes y aquellos peones. D. Pedro Giron se sonreia de orgullo, cuando abarcando con la vista á su ejército, vió que no habia en él nada comparable á los suyos.

Las lanzas de la órden mas recargadas de ginetes y peones, ascendian al número de quinientos caballos y cuatro mil infantes.

Vino despues el conde de Paredes, don Pedro Manrique.

Entre la mesnada de este y del conde de Benavente, no existia mas diferencia que los cuarteles del blason; por lo demas, llevaba el mismo aparato y el mismo número de hombres que don Rodrigo Alonso Pimentel.

Cerraba en fin la marcha el adelantado Juan de Padilla con las lanzas castellanas que sumaban un total de setecientos caballos y seis mil peones.

Podia decirse que reconcentrado en Andalucía, se encontraba en ella casi la totalidad del ejército castellano, lo que no parecerá aventurado, puesto que reunidas las sumas de hombres de las cinco banderas, ascendian á dos mil ochocientos caballos y catorce mil ochocientos peones, sin contar ocho tiros gruesos de artillería que habian quedado en el campamento.

El secretario del maestre dió á su señor una cuenta detallada de este número, despues de lo cual se volvió y entró en su tienda; las mesnadas y los escuadrones reales volvieron al campo, y

todo recobró su aspecto anterior; se habian invertido en aquella especie de revista cuatro horas.

«Cuando el maestre entró en la tienda, se encontró al marqués de Villena medio tendido en los almohadones, departiendo amigablemente con Beltran sobre la escelencia de los versos del marqués de Santillana.

No dejó esto de sorprender al maestre.

«¿Conociáis á este caballero, hermano?

—No, no en verdad; pero don Beltran se me ha dado á conocer por sí mismo; es un buen latino, un consumado gramático, y sobre todo un teólogo capaz de ganar el tantó á nuestro tio el arzobispo de Tolédo.

—Por lo que, dijo el maestre cruzando una mirada de inteligencia con su hermano, en ocasion en que Beltran se fingia distraido con el *Doctrinal de privados*, por lo que seria bueno que vos diéscis á nuestro jóven amigo una carta para su señoría; ya sabéis que la teología es el fuerte de don Alonso. ¿Qué os parece de la amistad de un arzobispo, señor Beltran?

—Digo que si su señoría es tal como vosotros, caballeros, me verá abrumado por lo pródiga que en amistad anda conmigo la fortuna.

Beltran habia variado enteramente: estaba armado de punta en blanco, á escepcion del yelmo que se veia sobre una mesa, y por cima de su gola salia un cuello rizado de holanda, en el que parecian detenerse los pesados bucles de su cabellera rubia.

Uníanse en su aspecto la fuerza y la gentileza, y aunque era la primera vez que habia ceñido una armadura, parecia acostumbrado á ella desde mucho tiempo; don Pedro Giron le miró con complacencia.

«Vos sereis mucho en la corte, don Beltran, y os aseguro que no está lejos el dia en que entreis en la casa del rey.

—Dicen que el rey es un tanto dado.

—El rey, aqui para entre nosotros, don Beltran, está siempre dado á lo malo: mejor dicho, don Enrique no es rey: es necesario que sus vasallos leales tomen sobre sí la espada y la

justicia del reino; hijo de su padre, es poco consecuente con sus favoritos, y confiar en él es confiar en el viento.»

El maestro al pronunciar estas palabras, dejaba ver bien clara una intencion que no se ocultó á Beltran.

«No he querido decir eso, caballeros: queria decir que el rey es muy dado al juego de pelota.

—¡Diablo! ¿y pensais hacer la partida al rey?

—No he pensado tampoco en eso; únicamente, que como jugador me agradaria conocer hasta qué punto podia ganar ó perder terciando con el rey.

—¡Pardiez! seria chistoso, dijo el marqués de Villena; y mas si se hacia juez de ese juego de pelota á la reina doña Juana de Portugal.

—Pero escuchad un consejo, don Beltran, dijo sonriendo con malicia el maestro; andaos con tiento acerca del rey, porque tiene la crueldad de los cobardes; ahora bien, ¿estais dispuesto á montar á caballo?

—No creo que haya ninguna dificultad; al menos yo no la veo.

—Pues bien, hermano, dejad á vuestro marqués de Santillana, y ya que conoceis mejor que yo á nuestro tio el arzobispo de Toledo, proveed de una carta para él á don Beltran, mientras yo escribo otra á doña Mencía de Padilla.

—Entre tanto, señores, si me haceis un lugar escribiré yo otra para mi padre, dijo Beltran.

Los tres nobles se sentaron alrededor de una mesa redonda y emplearon casi un mismo espacio en sus cartas. He aqui su contenido.

«Noble y hermosa doña Mencía de Padilla: recibí con vuestras letras á su portador, y os le devuelvo con estas mias á la hora; por lo que le encontrareis de cambiado podreis comprender cuán bien os he servido. Ya el pié en el estribo vuestro ahijado, no quiero detenerle por mas tiempo alargando la escritura de una carta, que no por ser breve quiero que tengais en poco; añadidla todo lo que vos sabeis que yo escribiria, por habérslo dicho tantas veces, que de ello os podrá servir de

» buen fiador la memoria. Adios quedad. Vuestro ahijado parte
 » para encontraros con las veinte lanzas que me pedis, y yo tomo
 » con mis gentes el camino de Córdoba, donde espero encontra-
 » ros no pasados muchos dias, á no ser que la presencia de vues-
 » tro don Beltran os haga alargar el camino. Guárdeos Dios. =
 » Quien bien os quiere. = *Don Pedro Giron.*»

La del marqués de Villena decia:

«Mi noble señor y amado tio don Alonso de Carrillo: allá os
 » mando á don Beltran de la Cueva, un doncel, con el que me lie
 » encontrado de improviso en la cámara de mi hermano, y al que
 » ha sacado de la pobreza y de la oscuridad, como quien saca una
 » perla de un escondrijo. Cuanto puede valernos, vos lo juzgareis
 » al hablarle; os advierto que es muy sutil teólogo, y que sobre
 » todo, como buen descendiente de la casa de la Cueva, le rebosa
 » la altivez por encima de la gola. No os escribo mas porque está
 » presente, y no quiero que por lo largo de mi escritura dé una
 » gran valfa á esta carta. Solo os digo que podrá sernos precioso.
 » Entre tanto, quedo rogando á Dios por la preciosa vida de vues-
 » tra señoría. Vuestro mas fiel sobrino = *El marqués de Villena.*»

Ultimamente, Beltran escribia así á su padre.

«Padre y señor: ahí os mando, con un criado del maestre,
 » vuestro caballo, y si no lo hago del mismo modo con los cin-
 » cuenta castellanos que os tomé, es porque los he menester para
 » no aparecer harto necesitado. Se me tiene en tanto, que ya me
 » tratan de igual á igual el maestre y su hermano el marqués de
 » Villena. Descansad, señor, en la honra de vuestro hijo; á nadie
 » sirvo aun, y es muy posible que á nadie sirva en adelante. No
 » os escribo mas largo, porque estoy en presencia del maestre y
 » pudiera pensar que me ocupo en trasladaros plácemes. Desde la
 » corte, adonde parto, os enviaré un hombre de confianza. Vues-
 » tro hijo que os ama. = *Beltran.*»

Poco despues, las dos cartas de los dos poderosos hermanos
 estaban en la escarcela del jóven, y un mozo de cuadra sacaba,
 á peticion de Beltran, el viejo caballo de su padre, que con la
 carta fue entregado á un ginete. El jóven le vió partir, y poco

despues montaba á caballo y se encaminaba hácia Jaen acompañado de veinte lanzas de la órden.

«¿Y tú que piensas hacer, hermano? preguntó entonces el maestre al marqués.

—Yo.... pienso, tomar la via, adelantarme á tí, é ir á encontrar á la reina en el camino: seria un golpe de muerte que un casamiento gobernado con tanto trabajo se desvaneciese por deszuido.

—Siempre nos quedaria nuestro poder: ¿acaso hay en Castilla quien pueda hacernos sombra?

—Quiera Dios, contestó el de Villena, que aquel niño que se aleja no nos ponga en grande aprieto.

—Es altivo, ambicioso, valiente y discreto.... mira á gran altura: pero ¡va! acuérdate de don Alvaro de Luna; aquel era mas fuerte.... y....

—Nosotros mas jóvenes.

—Y dimos con él en tierra.

—Pues bien, por lo mismo; quiera Dios que ese jóven no sea para nosotros lo que nosotros fuimos para el condestable. Adios.»

Y sin decir mas, apretó la mano del maestre, salió, montó á caballo, y seguido de algunos escuderos tomó á buen paso el camino de Andújar.

Cuatro horas despues, el castillo de Bailen estaba mudo y desamparado; las tiendas alzadas á su alrededor, habian desaparecido, y algunos vecinos de la villa miraban desde la colina una nube de polvo que se perdia en el horizonte en direccion á Andújar.

CAPITULO XII.

Beltran, creyendo servir de resguardo á doña Mencía de Padilla, se encuentra con que es asimismo guardian de Mencía de Mendoza y de la niña Blanca.

Nunca habia sentido tanta impaciencia el jóven; le tardaba presentarse con su nuevo equipo á su protectora, y sentia ese malestar febril que acompaña á la espera de los grandes deseos.

Llevaba su caballo al galope y hacia sudar dentro de sus armaduras á sus veinte soldados; pasó el rio, maldiciendo de lo tardo de los barqueros, y se indemnizó atravesando como un relámpago el pueblo de Mengibar.

Ya bien entrada la noche llegó á Jaen, y aunque bien hubiera querido pasar adelante, se detuvo por dos razones: primera, porque no era probable que doña Mencía caminase á tales horas, y segunda, porque hombres y caballos necesitaban alimento y descanso.

Por lo tanto, entróse por las puertas de la ciudad adelante, y poco despues en un meson contiguo á ellas.

El huésped, al ver una comitiva tal y tan lucida, se apresuró á salir al encuentro de Beltran con la caperuza en la mano.

«Dios guarde á vuesamerced, señor caballero, dijo á Beltran que habia echado pié á tierra y mandaba su gente á las cuadras.

Dios le guarde por lo mucho que me honra, pero.....

—Pero qué?.....

—No tengo posada.

—¿Cómo que no teneis posada, bergante? ¿pues qué diablos habeis hecho de ella?

—No he sido yo, señor, sino cuatro damas que traen consigo un mundo de doncellas y criados, y un señor arcediano á quien acompaña otro caballero y media docena de escuderos.

—; Ah! pardiez, ¿decis que en vuestra posada paran cuatro damas y un arcediano?.... pues mejor, sí, diablo..... he aqui lo que yo buscaba.

—Pero es el caso, señor, que no tengo aposento ni cena que dar á vuesamercé.....

—Pero tendreis cama.

—Sí, sí señor..... pero como no la ponga en el pajar.....

—Ponedla en el cuarto del clérigo.

—No lo verán mis ojos.

—Venid conmigo, menguado, y ved si veis bastante para servirme bien y pronto.

Y asiendo del cuello al posadero, le obligó á que le condujese al aposento que ocupaba el eclesiástico.

Beltran abrió la puerta gozando de antemano con la sorpresa que iba á procurar al buen don Gonzalo; pero, por una peripecia inesperada, él fué el sorprendido; sentado, ó por mejor decir enterrado en un ancho sillón, rodeado de almohadas y con el rostro pálido y enteramente iluminado por la luz de un velon, estaba Juan Rodriguez del Padron, su enemigo, el hombre con quien habia medido su espada y su destreza la noche antes.

Beltran llevaba abiertas las vistas de la celada, y habia avanzado demasiado para ser reconocido por el aragonés, que no demostró otra cosa que una grata sorpresa.

«Entrad, entrad, don Beltran, le dijo; y si buscais al señor arcediano, esperad un tanto; se halla algo entretenido con su hija de confesion.»

Beltran adelantó.

«¿Me habeis conocido bien? caballero, le dijo.

¡Diablo! tengo una buena memoria de vos para conoceros, y mas de un motivo para apreciaros.

—No era ese anoche vuestro lenguaje.

—Es que anoche no os conocia.

—¿Y podreis decirme en qué consiste que me conozcais hoy mejor que anoche?

—Si no permanecéis, difícil me parece satisfaceros. ¿Vais de paso? os veo armado de todas armas.

—Por el contrario, venia á pedir un rincon de su aposento para una cama al señor arcediano.

—¿Y ese bribon de posadero no se ha atrevido á creeros bajo vuestra palabra? ¡Eh! tunante, servid lo que se os pide, y añadid una gallina á la cena del señor arcediano.

—¿Y qué haré con vuestra gente, señor? dijo el posadero á Beltran.

—¿Cómo! ¿traeis gente con vos? dijo el aragonés.

—Veinte soldados de Calatrava, señor, dijo el huesped; que cuando no andan junto al gran maestro....

—Alborotan á las mozas, derraman el vino y rompen las escudillas.... bien: servid y cobrad: idos.»

El posadero tomó á buen partido salir.

Beltran se encontraba mal.

«He aquí las casualidades, amigo mio, dijo Juan Rodriguez; ¿quién habia de creer ayer que á estas horas estaríais vos dentro de un arnés mandando veinte soldados calatravos, y yo entre almohadas rascándome una admirable herida hecha con la mayor limpieza posible por vuestra mano? ¿quién nos habia de decir que habiamos de encontrarnos esta noche casi á las veinticuatro horas y sin odio, al menos por mi parte?»

Y el aragonés tendió su mano á Beltran.

El jóven no creyó oportuno rechazar aquella mano que se le ofrecia, al parecer, de tan buena voluntad, pero dijo para sí:

«Cuando este hombre, que debe odiarme, me halaga, para algo cuenta conmigo; veamos. En efecto, añadió en voz alta, es extraño, muy extraño lo que ha sucedido y aun sucede entre nosotros.

—Casualidades, don Beltran, casualidades, contestó de la manera mas cordial el aragonés; pero desenlazaos el yelmo, y

aligeraos del arnés; según creó, vais á pasar la noche con nosotros.

—¿Creereis, dijo Beltran algo violento á pesar de las buenas maneras de Juan Rodriguez, que no me atrevó á asegurar nada? Será muy posible que permanezca aqui hasta el amanecer, y podrá suceder muy bien que me vea obligado á partir de un momento á otro.

—Esperais órdenes..... dispensad, esto no debe preguntarse; un soldado no se pertenece, desde el momento en que flota sobre su frente una bandera. Por lo que veo sois escudero.....

—Soy caballero, señor Juan Rodriguez.

—¡Oh! ¡oh! ved ahí si yo tengo razon en decir que suceden cosas singulares; ¡caballero de ayer á hoy!....

—Digo que soy caballero, porque cuento ya con la palabra del gran maestre de Calatrava.

—¡Ah! ¡sois ahijado de don Pedro Giron! os aconsejo que os andeis despacio con el maestre, porque cuando tanto hace por vos, de seguro cuenta con cobrarse en buenos servicios. ¡Vais á entrar en la corte! ¡bien! pero os recomiendo mucha prudencia; mucha.

—No creo, dijo Beltran sonriendo, y perdonadme que os lo diga, que seais vos muy fuerte en esto de prudencia..... anoche.....

—Anoche, don Beltran, anduve un tanto desgraciado, y esto es todo: pero en adelante tomaré mejor mis medidas, y en vez de enemigos que me esperen, procuraré tener amigos que me ayuden.

—Ignoro, señor Juan Rodriguez, cuáles podrán ser vuestras intenciones respecto á mí, pero os aseguro.....

—¡Bah! ¡bah! no hablemos ahora de eso. Aun no conoceis la corte, ni el amor de las cortesanas..... dentro de seis meses acaso podremos entendernos.

—Acepto el plazo, dijo con intencion Beltran.

—Por esta noche, pensemos en pasarla del mejor modo posible..... ved ahí nuestro hostelero y sus mozos que han ido á buscar para vos la cama de algun hidalgo caritativo. ¡Diablo!

ved ved, teneis un no sé qué de grande que inspira respeto hasta á los posaderos.

—¿Y no creéis que ese respeto se tribute en gran parte á mis veinte lanzas calatravas?

—Acaso, acaso..... don Pedro Giron alcanza un gran renombre en toda España, y particularmente en Andalucía..... Pero vos, don Beltran, tendreis necesidad de alimento.

—Os confieso que no me vendrian mal, porque desde ayer no he comido.

—¡Oh! ¡diablo! os habeis alimentado con satisfacciones..... es que en el camino de la fortuna, si va derecho, no se notan al principio la falta de posadas; pero ya os acostumbrareis, y no dareis, yo lo fio, tormento á vuestro estómago. ¡Hola! huésped, haced que sirvan de cenar á este caballero.

—¿Y el señor arcediano?....

—El señor arcediano cenará cuando quiera, bribon; estos ladrones de posaderos quisieran con la racion de uno dar de comer á ciento.

—Eso quiere decir que son profundos admiradores del milagro del pan y los peces.

—Es señor que hasta ahora no hay dispuesta mas cena que la del señor arcediano y la de.....

—Componeos como podais.

—Si el señor caballero quisiera una liebre.....

—¡Cómo! ¿con liebres nos venis?

—Os advierto, señor, que es una liebre con cabeza.

—¡Ah! pues si vuestra liebre tiene cabeza, dijo Beltran, y está unida á ella, traedla, maese, y concludid: no os olvidéis de que el pan sea blanco y tierno, el vino añejo y los manteles limpios.

—Procuraré, señor, que cuando volvais á Jaen no busqueis otra posada que la mia.»

Despues de estas palabras, pronunciadas con ciertas pretensiones, el posadero se inclinó y salió con sus mozos que habian concludido de hacer la cama.

«Y no os desarmais, don Beltran? le dijo Juan Rodriguez.

—Aun no, espero que acabe el arcediano su visita á doña Mencía para presentarme á ella.

—¡Ah! ¿quereis que esa hermosa y noble dama juzgue del buen efecto que producen las armas en vuestra figura?

—No, señor Juan Rodriguez; pero será muy posible que tenga que mandarme algo.

—¡Ah! ¿estais bajo las ordenes de doña Mencía?

—El gran maestro me ha enviado para servirla de resguardo.

—Creo que el gran maestro se interesa demasiado por esa señora, dijo con acento sutil é insinuante el aragonés.

—Por lo que he podido juzgar, contestó sin conmoverse Beltran, son grandes amigos.

—¿Y nada mas?

—Ignoro en verdad, caballero, qué interés podais tener en que yo conozca las amistades de doña Mencía.

—Anoche....

—Anoche la defendí como hubiera defendido á cualquiera otra muger.

—Bien, don Beltran, bien; yo hubiera hecho lo mismo tratándose de un loco como yo.... lo que sucedió anoche debeis olvidarlo como lo he olvidado, y ved.... ya teneis ahí vuestra liebre; os confieso que me ha fatigado un tanto esta conversacion, y mientras cenais voy á descansar; hacedme la merced de volver esa luz.»

Beltran volvió el belon de modo que la sombra envolvió el semblante de Juan Rodriguez. Entre tanto, el posadero en persona habia cubierto la mesa con un mantel no muy fino pero muy limpio, y puesto sobre él pan candeal, una tartera con una liebre en salsa, un jarro vidriado con vino, una taza de plata, y postres de queso y de frutas secas.

Esto en aquellos tiempos era una verdadera cena de caballero, cuyo precio no bajaba nunca de un escudo. Beltran, que en efecto no habia comido desde el dia anterior, dió vado á sus pensamientos, y despachó con muy buen apetito lo que le habian puesto por delante. Apenas habia apurado la última taza de vino,

cuando se abrió la puerta y apareció una figura que al ver á un hombre armado se detuvo un momento.

—¡Ah! ¡por Dios trino y uno! si es Beltránico, dijo al fin el arcediano, que él era, adelantando y reconociéndole.

—Sí, yo soy, señor arcediano, dijo el jóven.

—¿Y estais aqui en el mismo aposento que?...
—¿El señor Juan Rodríguez? ¿y por qué no? el que dos hi-

dalgos riñan no es una razon para que sean enemigos.

—¡Oh! ¡*sancta fraternitas!* ¡y que me place, señor Beltran! ¿sois por dicha el caudillo de las lanzas de Calatrava, que hace algun tiempo estan alborotando el meson?

—El gran maestro don Pedro Giron me envia con ellas para dar resguardo.

—¡A doña Mencía! *decor magnus*; gran honra os concede el maestro... habeis nacido de pies, señor Beltran, y el señor Antonio de Nebrija fue un verdadero profeta cuando dijo: *tu eris sicut...*

—Pero, con perdon del señor Nebrija, creo, señor arcediano, que despues de cenar, cosa que se me habia hecho importante, lo que mas me importa ahora es entregar ciertas letras del gran maestro á doña Mencía.

—A quién os advierto teneis muy enojada.

—Vos mismo me habeis dicho cien veces que las mugeres serian verdaderos ángeles si entre otros pequeños defectos no tuviesen el grandísimo de ser caprichosas.

—Creo que el serlo vos es lo que disgusta á esa noble dama. Amais á tres mugeres á un tiempo.

Beltran indicó al arcediano con una mirada que no estaban solos.

«El señor Juan Rodríguez, contestó el clérigo, no ha dormido bien desde hace cuarenta y ocho horas, y mirad, reposa profundamente.

—Y bien, será muy posible que yo ame á esas tres damas; pero estoy seguro de no haber cometido una indiscrecion.

—Vos, en buen hora, teneis demasiado talento para no ser indiscreto; pero habeis olvidado, en mal hora, que Blanca y Mencía de Mendoza son amigas, y que no tienen secretos para doña

Mencía de Padilla. Quien mucho abarca poco aprieta, y os encontráis en el caso de haber herido en el corazón á la hermosa, á la noble doña Mencía de Padilla, que os ama mas de lo que yo creía. Os digo esto para que os sirva de aviso; ahora que estais prevenido, id allá, y ved cómo os componeis para salir del atolladero en que os habeis metido: os advierto que doña Mencía os ama..... os adora..... satisfacedla, sed franco..... ó por mejor decir, engañadla con franqueza..... no hay muger enamorada que no se deje engañar. Id, hijo mio, id, y cuando hayais concluido me contareis vuestras buenas aventuras..... que sin duda me debéis..... porque bien mirado, si yo no os hubiera puesto en camino de hacer versos, ¿qué sería de vos?»

Y sin esperar la respuesta de Beltran, el arcediano le empujó suavemente, y llevándole á la puerta del aposento, le señaló otra entreabierta y señalada por el reflejo de una luz en el fondo del corredor.

«¡Allí, hijo mio, allí! le dijo; os recomiendo de nuevo la prudencia: engañadla bien.»

Beltran se encaminó á aquella puerta; cuando le hubo visto dentro el arcediano, cerró cuidadosamente la suya y se acercó al aragonés.

«Supongo que no estareis dormido, señor Juan Rodriguez, le dijo.

—¡Dormido! ¡cien legiones de demonios! ¡para dormir estamos! todo nos sale mal: ¡confunda Dios al gran maestre!.... ¡veinte lanzas!

—Y veinte lanzas de Calatrava.

—Como si dijéramos: veinte leones.

—Decis bien, señor Juan Rodriguez; don Pedro Giron es demasiado revoltoso, demasiado inquieto, y demasiado experimentado, para no escoger sus hombres entre lo mas duro y valiente del reino. Pero vuestros escuderos.....

—Mis escuderos vienen armados á la gineta, dijo con desesperacion Juan Rodriguez, y luego esta maldita herida, que se va haciendo mas seria que lo que yo creía, me impide el ponerme á su frente..... sin mí no son nada, y ese Beltran es valiente.

—Demasiado valiente..... debe haber hecho alguna atrocidad ese demonio delante del gran maestré cuando.....

—¿Cuando le ha hecho caballero..... ó va á hacerle? dijo con desden el aragonés.»

El arcediano dió un salto en la silla.

«¡Caballero! exclamó.

—¿Y qué tiene eso de extraño? doña Mencía de Padilla es muger que lo entiende, y sabe sacar partido de su magnífica hermosura.

—¡Bah! mancebas tiene el gran maestré que, sin ofender á nadie, valen tanto como.....

—Cualquiera otra, concedido; pero os juro (y sabed que soy hombre de gusto), que una muger como doña Mencía no la hay en toda Castilla.

—¡Bah! juramento de enamorado.

—¿Y no he de estarlo? ¡vive Dios! ¿sabeis lo que vale el amor de esa muger?

—Eso es segun..... para unos podrá ser mucho, para otros nada.

—Para el amado será el placer, la felicidad, en amor: la hidalguía, los honores, el poder, en la corte..... para el desdenado, la desesperacion..... ¿qué creéis que hubiera hecho de mí esa muger si me hubiera amado?.... lo que hará con Beltran de la Cueva, casi un rey.

—¿Y creéis que por mediacion de doña Mencía solamente ha entregado el maestré á Beltranico veinte lanzas de su maestrazgo?.... os engañais. Don Pedro Giron podrá hacerle caballero, cruzarle despues en la órden, darle una encomienda, hacerle claverero..... cuanto querais, y esto acaso no está lejos, porque doña Mencía de Padilla está casada con un hombre que promete vivir mucho, y querrá mejor para amante un calatravo profeso, un freire, que no pueda casarse con otra: todo esto puede conseguirlo doña Mencía solo con quererlo, pero que el gran maestré entregue á un cobarde sus lanzas..... ¡bah! no conoceis á don Pedro Giron. En un compromiso, hubiera sido capaz de venir él mismo..... el gran maestré tiene un gran interés en que nadie oude de lo invencible de sus soldados, y vos mismo lo habeis

dicho, el escuadron mas bizarro no vale un cornado si es cobarde el capitan.

—De modo que todo se nos viene á tierra por ahora.

—Lo de robar á Blanca en el camino es ya imposible.

—¿Y habéis tenido aquí á ese Beltran y no se os ha ocurrido ningun medio para inutilizarle?

—¿Creeis que eso sea fácil? creeis que Beltran es un jóven sin esperiencia, porque no os acordais de que yo he sido su maestro.

—Maestro que ha fabricado un arma para que se vuelva en contra suya.

—Eso significa que ha salido mas diestro que yo; por lo mismo, señor Juan Rodriguez, es necesario que por ahora...

—¿Y estais seguro de que Blanca irá á la corte?

—¿Y dónde diablos ha de ir?

—Yo creo que se nos conoce, don Gonzalo, y se nos previene.

—Pues bien, ese asunto os interesa á vos mas que á nadie. Trabajad.

—No hay más medio que uno.

—¿Cuál?

—Haced llamar á mi escudero Arce.

Levantóse el arcediano y cumplió el encargo de Juan Rodriguez: poco despues un hombre como de treinta años, el mismo que habia servido la noche anterior de intermediario con Juan Rodriguez y el arcediano en la plaza de la colegiata, entró gorra en mano y se acercó con solicitud al aragonés.

«¿Se siente peor vuestra señoría?

—No, no; el bálsamo de ese médico rabino que me trajiste me ha aliviado un tanto los dolores, me siento mejor; ahora se trata de otra cosa. Siéntate.

—¿Señor!

—Siéntate.

Sentóse el escudero junto á su señor.

«¿Has examinado bien la posada?

—Ya sabe vuestra señoría que tengo por costumbre, y mirando á lo que pueda suceder, conocer el lugar en que me hallo.

—Bien; ¿hay algún corral, ó salida, por donde puedas salir sin ser notado por los calatravos?

—Sería inútil, señor, porque están con nosotros en la cocina y notarian precisamente nuestra falta.

—¡Bah! hazles dormir.

—No me parece eso fácil, señor; ¡esos malditos soldados cuando andan de expedición, no beben mas vino que el necesario para pasar los bocados: es gente vieja y experimentada.—

—¿Os lo decia yo, señor Juan Rodriguez?

—Pero vosotros sois tambien experimentados y valientes.

—Comprendo al señor y lo que desea es imposible.

—¿Cómo! ¿no sereis ya lo que érais?

—Es imposible sorprenderlos, señor; están de la misma manera que si estuviesen á la vista de los moros; á la puerta de la posada hay un atalaya y cuatro hombres de guarda.

—¿Y los caballos? inutilizad los caballos.

—Hay guardas en la cuadra.

—¡Cien rayos! exclamó el aragonés.

—¿Os lo decia yo? repitió el arcediano con su eterna flemma. Don Pedro Giron tiene admirablemente acostumbrados á sus hombres.

—Pero decidme claramente lo que quereis que se haga, señor, dijo el escudero, y puede ser que...

—¿No sospechais como yo, don Gonzalo, que esa litera que ha venido cubierta durante el camino, y que se ha cuidado tanto por los servidores de doña Mencía, puede ser sacada, con lo que encierra de la posada esta misma noche para hacernos perder la pista?

—Es muy posible.

—Pues bien, ya lo oyes, Arce; por lo menos es necesario que sepamos adonde se conduce esa litera.

—¡Ah! eso es distinto; pero será necesario alguna dinero.

—¿Para qué?

—Yo bajo ahora, contestó Arce esponiendo su plan, y doy naturalmente las buenas noches á los camaradas como si fuera á quedarme velando á vuestra señoría. Pues bien, en vez de que-

darme, me descuelgo por los corredores al corral, salto las tapias y compro un caballo. Aquí entra la necesidad del dinero.

—Busca la llave del cofre pequeño en mi escarcela, Arce; si me muevo me va á lastimar la herida.»

Arce obedeció.

«Abre y busca una bolsa en el rincon de la izquierda; toma lo que necesites.

—Creo que habrá bastante con doce escudos.

—Toma mas; cuando las cosas se necesitan cuestan caras.

¿Está ya?

—Si señor.

—Pon otra vez la llave en la escarcela. Ahora veamos lo que harás con ese caballo.

—Me colocaré en la puerta inmediata, despues de haber puesto espías por todas las salidas: si la litera es conducida al interior de la ciudad la seguiré, y la seguiré del mismo modo si sale de ella.

—Bien, pues si teneis esos buenos propósitos, maese Arce, apresuraos, le dijo el arcediano, y hacedme de paso la merced de decir al posadero que me suba la cena.

—¿Y quién cuidará de vuestra señoría?

—¿Acaso no queda conmigo el señor arcediano? ¿no he sido ya curado? Cuento con pasar una noche tranquila. Esto ya va mejor.

—Dios la conceda á vuestra señoría, dijo el escudero, y salió.

—Indudablemente, vos teneis la culpa de todo esto, esclamó el aragonés, como quien resume de una manera indisplícite una cuestion que le es penosa.

—Sea como vos querais, dijo el arcediano; pero ved ya mi cena; os suplico que me permitais comerla tranquilamente.»

Juan Rodriguez reclinó la cabeza en las almohadas y cerró los ojos. Dos pajes cubrieron la mesa y el arcediano se entregó á su ocupacion alimenticia con toda la beatitud de un gastrónomo.

CAPITULO XIII.

De lo que aconteció á Beltran en el aposento de doña Mencía de Padilla en el meson de la Herradura de oro.

Cuando Beltran entró en el aposento que ocupaba doña Mencía, un viejo escudero, el mismo que le habia introducido la noche anterior en la casa del marqués de Santillana, se le atravesó cortesmente.

«Decid á vuestra señora, le dijo el jóven con la mayor prudencia y como si fuera un desconocido, que don Beltran de la Cueva solicita de ella vénia para entregarla unas letras de don Pedro Giron, mestre de Calatrava.»

El escudero abrió una puerta por la que entró cerrándola cuidadosamente tras sí.

«La señora, caballero, dijo volviendo algunos instantes despues, me encarga os suplique que espereis un momento; no estaba prevenida y se ocupa en cambiar de vestidos.»

Esta disculpa era la mas cortés: una muger que se muda está dispensada de una espera hecha sufrir, aunque sea á un amante, cuando hay por medio testigos importunos.

Beltran se resignó, y se puso á pasear impaciente en el reducido espacio en que el escudero permaneció respetuosamente de pié, en silencio y descubierto.

Veamos en tanto de lo que se ocupaba realmente doña Mencía de Padilla.

Para ello nos era preciso atravesar una sucesion de habitaciones, puesto que la esposa del capitan del rey habia tomado para sí la mitad de la posada.

Esta, como todas las de aquellos tiempos y muchas de hoy, no tenia regularidad ni comodidades; su piso alto era una progresion de aposentos que se comunicaban entre sí sucesivamente; para evitar que el habitante de uno de los situados á los extremos se viese en la necesidad de pasar por los demas, cada uno de ellos tenia otra puerta que daba á un corredor abierto sobre el corral; cada una de estas puertas tenia un número, y por cada una de ellas, merced á la comunicacion interior, podia irse á todas partes. Este, que era un defecto, sirvió maravillosamente á doña Mencía, puesto que tantas puertas la dejaban en libertad de obrar sin ser observada por las hijas del marqués de Santillana y su servidumbre.

Debemos decir á nuestros lectores, que durante el camino desde Úbeda á Jaen, habia escitado la curiosidad de los acompañantes de doña Mencía, una litera cuidadosamente cerrada, cuyo contenido nadie sabia. Aquella litera, apenas se habia llegado á la posada habia sido subida con gran trabajo á los corredores, y unida perfectamente por uno de sus costados y, como por casualidad, á una de las puertas del mismo corredor.

Doña Mencía de Padilla se alojó en la habitacion inmediata á aquella á que correspondia la puerta á que se habia aproximado la litera, é hizo cerrar con llave é incomunicar la habitacion que por el otro lado correspondia á ella.

En tanto que las jóvenes hijas del marqués se acomodaron en sus aposentos, cenaron y se recogieron, el viejo escudero, de que ya hemos hecho mencion, veló paseándose como un guarda en el corredor y delante de la litera. Todos al ver tanta vigilancia y tanto cuidado creyeron que se trataba de un tesoro; solamente el arcediano y Juan Rodriguez del Padron sabian de una manera positiva á qué atenerse con respecto á la litera.

Llegó un momento en que todo estuvo en silencio en la posada; entonces sonó una llave en la cerradura de una de las puertas de la habitacion á que correspondia la puerta á que es-

taba unida la litera por la parte exterior, y apareció con una bujía en la mano doña Mencía de Padilla, que cerró otra vez, reconoció el aposento hasta debajo del lecho que en él habia, abrió la puerta del otro aposento con que confinaba, se aseguró de que estaba cerrado, y solo entonces fue á la puerta del centro, la abrió, y despues sacando otra llave de su escarcela, abrió la portezuela de la litera que cerraba herméticamente la puerta.

«Salid, niña, dijo doña Mencía.»

Agitóse dentro de la litera un objeto, asomó por la portezuela una linda cabeza, pero apenada y triste, y luego se levantó una forma esbelta que salió fuera.

Era Blanca.

Doña Mencía cerró sucesivamente las puertas de la litera y del aposento, y tomando cariñosamente á Blanca de la mano, la llevó al aposento de donde habia salido, y cuya puerta, para evitar la observacion de los curiosos, estaba cubierta por un doble tapiz de lana.

Escuchábase ademas por fuera el paso lento del escudero.

Doña Mencía tocó una campanilla de plata, y poco despues aquel mismo hombre apareció delante de su señora que se habia adelantado á la puerta para impedir que su vista penetrase dentro.

—Podrá suceder, dijo, que alguien venga á buscarme; no le dejes pasar sin avisarme.... y sobre todo, vigilancia.

—Vigilaré, señora, como si me encontrara cercado por los moros.

—Bien, vete.»

El escudero salió, y doña Mencía, cerrando la puerta con llave, adelantó al sitio donde habia dejado á Blanca.

La pobre niña no era ya la misma; es verdad que su hermosura resplandecía, pero de una manera triste: notábase en su semblante la profunda pena que roía su corazón, y se esforzaba en vano por sonreír.

«Pobre amiga mia, dijo la Padilla; en verdad que me lastima el haberme visto obligada á descorrer para vos el velo que envuelve el misterio de vuestro nacimiento; las faltas de otros

han caído sobre vos y sobre mí, sobre dos inocentes: vos os encontráis sin padres, acechada, perseguida; yo me encuentro enlazada á un hombre á quien desprecio, que me repugna, y que con su existencia me impide ser feliz; pero vos sois muy jóven, hija mia, y podeis encontrar aun la ventura en vuestro camino.

—¡La ventura!.... cuando yo pensaba que al fin viviria junto á vos en la corte; cuando me creia poseedora de un nombre ilustre..... no soy otra cosa que una bastarda á quien no se puede presentar sin escándalo.....

—¡Escándalo! ¿quién ha hablado de ello? Si no fuera por vuestra fatal semejanza con cierta noble y hermosa dama, hubiérais seguido pasando por sobrina del señor arcediano. Pero en la corte todos os conocerian.

—¿Y no puedo saber quiénes han sido mis padres?

—Ahora, Blanca, no; pero podrá suceder que alguno que haya conocido á esa ilustre dama de que os he hablado os vea andando el tiempo y sea demasiado imprudente para pronunciar en vuestros oídos un alto nombre.

—¿Un nombre de reina?....

—Acaso. Pero no creais que esa reina haya sido vuestra madre; os parecis á ella, porque sois hija de una de sus parientas mas inmediatas.

—¿Creeis, señora, que yo no seré bastante discreta para callar, para sepultar en el fondo de mi alma lo que me reveleis acerca de mi nacimiento?»

Doña Mencía miró profundamente á Blanca, y solo encontró nobleza, candor, y pena en su semblante.

«¿Me prometeis ser dócil á lo que pienso hacer para salvaros?»

—Os lo juro.»

Doña Mencía refirió entonces á Blanca la verdad de su nacimiento, y solo dejó envuelto en el misterio el nombre de Juan Rodriguez.

«Pero y mi padre, señora, ¿quién fue mi padre? dijo Blanca en medio del llanto silencioso que habia brotado de su corazon al

sentir el inmenso vacío del abandono en que se encontraba. ¿Qué ha sido de mi padre?

—Vuestro padre, contestó despues de una ligera meditacion doña Mencía, fue inmolado á los celos del rey, que atribuia todo lo deshonoroso de la aventura á doña Blanca.

La jóven bajó la cabeza anonadada.

«Pero os he dicho que podreis ser feliz, hija mia.

—¡Feliz! ¡feliz sin tener un seno amigo en que reposar la cabeza! ¡abandonada y sola!

—¿Y si yo os diese un padre?

—Un padre supuesto.... ¿no es verdad?

—Un padre noble, leal, caballero.

—¡Una adopcion!

—No me habeis comprendido: vos sereis considerada como hija legítima del comendador Sancho Gimenez de Solís. Todo estriba en qué en vez de llamaros Blanca os llameis Isabel.

—Pero eso, señora, es imposible.

—¡Imposible! El comendador es viudo y no tenia mas que una hija, una hija que ha muerto y á quien nadie conocia porque habia sido criada en un convento.

—¿Pero sus parientes, sus deudos, sabrán que esa hija ha muerto?

—Nadie lo sabe mas que el comendador y una tia de la jóven monja, que como ya os he dicho la habia criado, y que acaba de morir en Jaen. Vos sereis remitida con esta carta al comendador..... y os lo juro, el señor Sancho Gimenez os recibirá como á un ángel descendido para él del cielo, porque asi no se estingue su familia. Es necesario que consintais, Blanca, porque asi os salvais, salvando al mismo tiempo el honor de una reina, y ahorrando quizás torrentes de sangre humana. Si no hubiera sido preciso, ¿á qué arrancaros de vuestro retiro? pero en él os buscaba ya la traicion. Creedme, Blanca, haciendo lo que os suplico os salvais, y acaso con vos se salvan una reina y un pueblo.

—Os creo, señora, os creo, dijo Blanca, porque una voz secreta me dice que no mentís; que no os aconseja la traicion, ni ningun interés mezquino el pedirme lo que me pedis. De todos

modos es preferible pasar por bastarda á los ojos de un hombre solo, que á los de todo un reino; disponed como os cumpla de mí.
—Teneis el corazon grande, como vuestra tia Blanca. ¡Quiera Dios que no seais tan desgraciada como ella!»

En aquel momento resonó un golpe recatado á una de las puertas.

«¿Quién vá? dijo doña Mencía.

—Soy yo, señora: Garcés.

—¿Sucede algo? dijo doña Mencía yendo á la puerta, pero sin abrirla?

—El señor Beltran de la Cueva pide veros para entregaros una carta de su señoría el gran maestro de Calatrava.»

Latió al mismo tiempo el corazon de aquellas dos mugeres; el de doña Mencía de amor y de celos; el de Blanca á impulsos de un sentimiento que aun no sabia esplicarse.

«Di á ese caballero, mi buen Garcés, que le suplico que espere un momento, que me estoy mudando de trage. Cuando sea tiempo llamaré.»

Se oyeron los pasos del escudero que se alejaba.

«Vais á partir, Blanca, le dijo doña Mencía.

—¿Ahora mismo?

—Sí; la noche está clara, y ademas os resguardarán veinte lanzas de la órden de Calatrava y don Beltran de la Cueva.»

Doña Mencía advirtió una profunda emocion al sonido de aquel nombre en Blanca.

«No olvideis, hija mia, que desde este momento os llamis doña Isabel de Solis. ¿Lo entendeis bien?

—Si señora, dijo Blanca, como una víctima que se resigna al sacrificio.

—Por lo mismo será preciso que os vistais de luto; acaba de morir vuestra tia doña Beatriz de Solis.

—¡Ah, señora!

—Yo seré vuestra doncella.»

Blanca estaba ya decidida, y se dejó vestir por doña Mencía un trage de paño finísimo de Segovia, sobre cuyo negro color se destacaba vigorosamente su mate y pálida blancura. Doña Men-

cía tuvo ocasion de observar cuántos encantos atesoraba ya aquella niña; la transformacion estuvo completamente hecha en algunos minutos; doña Mencía la prendió un manto, y guardando las ropas de que la habia despojado en un pequeño cofre, la dijo: «Aquí van las ropas de vuestro uso y las alhajas á que estábais acostumbrada; entre ellas he puesto yo algunas mias, para que os sirvan de recuerdo.

— ¡Oh! señora; he hecho cuanto habeis querido.... ¡pero eso ademas!....

— Acordaos de qué soy vuestra madrina y de que acaso no nos volveremos á ver.»

Blanca se arrojó sollozando en los brazos de doña Mencía; la jóven lloraba con toda su alma. Doña Mencía no pudiendo resistir su emocion, agitó su campanilla y abrió la puerta.

«Garcés, dijo á su escudero, introduce á ese señor, y despues baja y prepara la litera que te mandé buscar á nuestra llegada.»

El escudero tornó á poco é introdujo á Beltran de la Cueva, despues de lo cual salió.

Beltran encontró sentadas junto á una mesa á las dos jóvenes que le recibieron como de costumbre. Sin embargo, cada una de ellas observó cuánta gentileza daban el anés y el brocado de su vesta á la gentileza natural de Beltran.

«El señor mestre de Calatrava, señora, dijo Beltran inclinándose delante de doña Mencía, me honra en gran manera haciéndome correo de estas letras para vos»

Doña Mencía tomó con mano firme la carta y la abrió.

«¿Habeis traído con vos y para mi resguardo veinte lanzas?» dijo doña Mencía.

— Sí señora, contestó Beltran, y espero vuestros mandatos.

— ¿Están dispuestas esas lanzas para marchar?

— Al momento que gustéis.

— ¿Conoceis el camino desde aquí al castillo de Martos?

— Iria á él á oscuras.

— Vais á llevar á él á la hija del comendador Sancho Gimeñez de Solis

—¿Y dónde está esa señora?
—Aquí; dijo doña Mencía levantando el velo del manto de la niña.

—¡Cómo! ¡Blanca!
—Desde hoy, caballero, entendedlo bien, esta dama se llama doña Isabel de Solis, á la que conducis, no desde esta posada, si no desde el convento de benedictinas de Jaen á la alcaidía del comendador su padre.

—¿Pero habeis pensado bien, señora?.....
—Pienso que como caballero, solo debeis guardar acerca de esto un profundo sigilo.

—Espero que me esplicareis.....
—¿Cómo es hija Blanca del comendador? nada os importa esto. Por lo mismo, tened cuenta con no equivocaros: habeis recibido de manos de una abadesa á quien no conoceis á doña Isabel de Solis, y la llevais con esta carta á su padre.

—¿Ahora mismo?
—Ahora mismo. Son las ánimas: podeis estar de vuelta al amanecer.

—Os juró, señora, que no entiendo de esto una palabra.
—Debeis entender, sin embargo, que se tiene un alto concepto de vuestro honor y de vuestra discrecion, cuando con un secreto tal se os confia una doncella tan hermosa.»

Blanca se ruborizó.
«Y podeis jurar, señora, que doncella y secreto serán guardados.

—Tened en cuenta que estamos espiados, y podeis ser seguido. Importa que no se sepa el lugar donde bajo un disfraz va á ocultarse nuestra amiga Blanca.

—¡Ah! ahora sí comprendo.... ¡vive Dios! sois una gran muger, doña Mencía.

—Hablad un tanto mas bajo, señor Beltran. Y concluyamos: me tarda tener concluido este negocio. Cuando llegueis al castillo de Martos, haceos abrir en mi nombre y entregad esta carta al comendador. Despues hareis adelantar la litera, le entregareis á Blanca, y volvereis. Os espero al amanecer. ¡Garcés!

Apareció el escudero. «¿Está dispuesta la litera?»

—Sí señora.

—Pues bien, carga con ese cofre, y sígueme.»

Garcés se echó el cofre al hombro.

«Seguidme vosotros tambien; dijo á los dos jóvenes.»

Entonces abrió la puerta frontera á aquella por donde habia entrado Beltran, atravesó la habitacion á cuya puerta exterior estaba la litera en donde habia venido Blanca, abrió otra puerta, entró en otro aposento, y puso otra llave en la cerradura de la puerta que correspondia al corredor.

Estaban por precaucion á oscuras. Doña Mencía abrió la puerta.

«Hacedme la merced, Beltran, de mirar si alguien nos acecha,

—Nadie, señora, dijo el jóven despues de haber asomado la cabeza.

—Adios, Blanca, adios, dijo doña Mencía abrazando á la jóven y besándola conmovida en la boca.

—Adios, señora, exclamó Blanca sollozando; adios: acaso hasta la eternidad.»

Blanca se precipitó fuera.

«Y vos, Beltran, le dijo doña Mencía rápidamente al oido, cuenta con lo que haceis.»

Beltran se aprovechó de la oscuridad, y asiendo el semblante de la jóven, la besó en la boca con pasion.

«Gracias, alma mia, gracias, la dijo; tú eres mi Dios.»

Doña Mencía se sintió morir á aquel ardiente beso y á aquel acento apasionado; cuando tornó en sí se desvanecian tres sombras en la oscuridad.

Poco despues tornó Garcés.

«¿Han partido? preguntó doña Mencía.

—Hace un momento, contestó el escudero.

—Entra.»

Garcés entró. Cuando estuvieron en el aposento por cuya puerta habia entrado Blanca, doña Mencía tomó una luz. Llegó á un cofre y le abrió. Dentro habia una imágen de la Virgen con

corona y cetro de oro, y manto de brocado y piedras preciosas. Aquella imágen valia un tesoro y la llevaba de continuo por una particular devocion doña Mencía.

«¿Y qué vamos á hacer con esta imágen, señora?»

—Vamos á trasladarla á la litera.

—¡Ah! exclamó Garcés; esto es lo que se llama hacer perder la pista.

—Perdóneme la Santísima Virgen si me valgo de ella para encubrir cosas mundanas; ¡pero sabe Dios cuánta sangre y cuántos crímenes evito de este modo!»

La Virgen fue trasladada á la litera, que se cerró con el mismo cuidado que antes, y doña Mencía se recogió al lecho. Un escudero quedó guardando el corredor. Entonces realmente se guardaba oro.

Entre tanto Juan Rodriguez, atentó el oido y el corazon, habia sentido los pasos de un hombre armado, los leves de una muger y los pesados de un hombre cargado, por delante de su puerta. Hizo un esfuerzo para levantarse y no pudo; entonces, lanzando una horrorosa blasfemia, esperó con impaciencia á que volviese Arce.

Arce tardó tres horas: cuando abrió la puerta del aposento de su amo, el arcediano roncaba como un bajo profundo de órgano, y Juan Rodriguez barbotaba su centésimo juramento.

«Con que en fin, dijo al ver á Arce.... ¿eran ellos?»

—Los ellos de quien yo puedo hablar, señor, son ese don Beltran, á quien he conocido por la vesta, una litera cerrada conducida por dos mulas y veinte de esos blancos demonios de Calatrava.

—¿Les habrás seguido?

—Bien hubiera querido, pero es el caso que hace una luna tan clara casi como el sol, y se han ido escalonando por parejas esos demonios en el camino.

—¿Pero en fin, sabremos el camino que han tomado?»

—¡Oh! eso sí, un camino bastante peligroso, el de las fronteras del reino de Granada.

—¡Las fronteras del reino de Granada!... ¿serian capaces?...

no..... no..... las treguas con los moros son tan movedizas como la arena del mar y no se atreverian á confiarles..... al fin, como no hayan previsto que se les seguia y todo consista en un rodeo..... Mira, Arce, procura echarme en el lecho.»

El escudero desenvolvió á su amo de los cobertores en que estaba envuelto, le llevó con el sillón junto al lecho, le desnudó, y con gran trabajo y gran dolor de parte del herido, le acostó.

«Vete, le dijo entonces Juan Rodriguez; has trabajado demasiado esta noche y es justo que descanses.»

El escudero salió. Poco tiempo despues podia asegurarse que solo velaban en la posada doña Mencia, Juan Rodriguez y el escudero que, envuelto en su tabardo, guardaba la litera en los corredores.

CAPITULO XIV.

De como cumpliendo su comision Beltran de la Cueva, conoció, ademas de que era profundamente amado por Blanca, al comendador Sancho Gimenez de Solís.

Desde el momento en que, por aquellos tiempos, se salia de los muros de Jaen, no se dispensaba precaucion alguna. Los trágicos se reunian en gran número y armados lo mejor que podian, y en cuanto á la gente de armas marchaban como en pié de guerra.

Era que, mas allá de aquellas primeras y próximas montañas, estaba Granada, con las crestas de los montes coronadas de castillos y torres de atalaya, que á la primera señal hacian salir un ejército espantable de la ciudad de las siete colinas y las mil torres. Era que, á pesar de la tregua, los moros fronterizos se lanzaban en rápidas *algaras* sobre las villas cristianas y sobre los caminos de travesía; era, en fin, que nadie se aproximaba sin respeto á aquel terrible enemigo, que desde los tiempos de San Fernando, doscientos años atrás, estaba resistiendo solo á todo el poder de España.

Beltran de la Cueva, como frontero, conocia perfectamente que era necesario ser precavido, y adelantó un trompetero y dos lanzas como exploradores; sabia ademas que podia ser seguido y dejó algunos caballos escalonados á retaguardia. De este modo, por campos de labor y por caminos de travesía, caminó á buen paso hasta las doce.

La noche era serena; brillante; ni una nube empañaba el azul de los cielos, ni una ráfaga de viento mecía los extremos de esa alfombra de verdura que forma el trigo naciente, y que á la luz de la luna parecia un mar negro mate é inmóvil. Allá, á lo lejos, como nieblas opacas, se alzaban las crestas de Sierra Elvira, tras la cual, como una nubecilla perdida, se percibía apenas al lejos la punta de la Sierra Nevada, á cuyo pié dormían sus placeres y sus cuidados Granada.

Mas cerca, como un negro fantasma, se levantaba la Peña de Martos, y sobre ella un pardo castillo, en uno de cuyos muros oscilaba un punto luminoso. Aquel era el castillo de Martos. Aquella luz, aunque nos adelantemos, la lámpara con que alumbraba su vela el comendador Sancho Gimenez de Solís.

Beltran habia fijado por término á sus exploradores la Peña, que guardaba una terrible tradicion; de lo alto de su tajó fueron precipitados en una caja de hierro los hermanos Carbajales, despues de haber emplazado ante Dios, en el término de treinta dias, al rey Fernando IV de Castilla.

La luna, hiriendo por la espalda la roca, recortaba muy lejos de su base la sombra de su mole, como concediendo algunas horas de silencio y de oscuridad á las sombras de aquéllos infortunados.

Dentro de la penumbra de la roca y al pié de un bosquecillo de acacias crecidas entre peñascos, brotaba una fuente, que murmurando como un llanto apenado, entre los guijarros, iba á perderse en silencio sobre el césped.

A aquel punto llegó con la litera Beltran; estendió en círculo á gran distancia y como atalayas á sus lanzas, hizo alejarse á los muleteros que guiaban las mulas de la litera, y abriendo su portezuela, invitó á Blanca á que saliese.

«¿Hemos llegado ya, señor Beltran? dijo la niña.

—No, estamos al pié de la Peña de Martos.

—¡Al pié de la Peña de Martos! ¡Dios mio! ¿y á qué os habeis detenido aqui? Este lugar es fatal; ha sido bañado en sangre infortunada.

—¿Teneis aqui miedo, Blanca?

—Miedo, no, porque estoy con vos, contestó la niña, pero en la situación en que me encuentro todo me aterra. Esta noche pasada he soñado.....

—¡Bah! ¿quién cree en sueños?

—¡Cómo! ¿no creéis que los sueños son avisos del cielo?

—Sí..... á veces..... contestó Beltran, que participaba en alguna parte de las preocupaciones de su época: ¿y qué habeis soñado, Blanca?

—¡Oh! un sueño horroroso. Vivía yo en un castillo, sobre una villa. Era un dia alegre..... al menos todos estaban alegres..... se trataba de una boda.

—¿Y vos érais la desposada?

—Sí.

—¿Y estábais triste?

—Sí, pensaba en vos.

—¡Cómo! ¿os casaban con otro?

—Sí.

—¿Y os casaron! exclamó teniendo celos hasta de los sueños Beltran.

—¡Oh! fue mucho peor.

—¿Peor que si os hubieran casado con otro que conmigo?....

—¡Oh! escuchad..... de repente los soldados del castillo corrieron á las armas; el novio trocó las galas por la armadura, y nos encerraron á las mugeres en la torre mas fuerte. Oíanse desde allí voces espantables, clamor de trompetas, redobles de timbales y tambores, y sobre todo esto el clamor de los añafles moros; cada vez el ruido crecia mas; de repente un resplandor rojo iluminó el castillo, cayeron hechas pedazos las puertas de la torre en que estábamos, y entraron los moros ensangrentados desde las tocas hasta los acicates..... y empezaron á huir con las mugeres..... un guerrero feroz, con los ojos centelleantes, révuelta la larga barba y con las manos tendidas á mí, adelantó..... entonces dí un horrible grito, y desperté.

—Sueños son sueños, Blanca, y no debeis aterraros por ellos.

—¿Y no os parece extraño que despues de ese sueño me en-

vien á un castillo fronterizo que á cada paso puede ser asaltado por los moros?

—Os habrían dicho antes....

—No, yo nada sabia, os lo juro.

—¿Y habeis contado vuestro sueño á doña Mencía?

—No, vos sois el primero.... y el último á quien lo diré.

Si fuera un aviso....

—Es imposible..... os juro que no llegareis al caso de hacer bodas.

—¿Por qué?

—Porque no lo quiero yo.

—¿Acaso no sois el prometido de doña Mencía de Mendoza? dijo tristemente Blanca.

—¿Y quién os ha dicho eso? la preguntó palideciendo Beltran.

—Doña Mencía de Padilla.

—¿Cómo! ¿sabe doña Mencía que yo?... exclamó Beltran levantándose de un salto.

—Doña Mencía lo sabe todo, y me ha hecho conocerlo todo; ¡ay de mí!

—¿Y os ha enviado por eso á Martos?....

—La causa de mi envío al comendador es un secreto que acaso algun dia conoceréis.

—¿Sois acaso hija?... dijo afectando ignorancia Beltran.

—Sí, soy hija del comendador, dijo balbuceando Blanca, una hija perdida y encontrada no sé como.

Beltran inclinó la cabeza meditabundo.

«¿En qué pensais, amigo mio? le dijo con dulzura Blanca.

—Pienso en vos.

—¿En mí?

—¿Y por qué no? ¿no sabeis que os amo?

—Oid, Beltran: ayer, yo creia que el amor, ese amor que he leído en los versos de Jorge Manrique, de Juan de Mena, del marqués de Santillana y de Alonso de Baena, era un sentimiento comun á todos los seres; creia que podíamos amar á un hombre del mismo modo que á nuestra madre y á nuestra hermana.

—¿Y no lo creéis ya? —
 —No. Cuando revelé á doña Mencía de Padilla que os amaba como á un hermano, se puso pálida, y me miró de un modo particular.»

Beltran conoció entonces cuánta razon tenia el arcediano en decirle que el amar á tres mugeres que se conocen era meterse en un laberinto del que era muy difícil salir sin perder.
 «¡Ah! dijo únicamente Beltran: —

—Oid, pobre Blanca, me dijo; ¿os ha dicho el señor Beltran que os ama?

—Y vos, ¿qué le contestásteis? exclamó con precipitacion Beltran: —

—La repetí vuestras mismas palabras.
 «¡Oh! exclamó mas profundamente Beltran: —

—Entonces doña Mencía me dijo: no quiero, Blanca, que vuestro candor os esponga á ser villanamente engañada; os habeis adelantado maravillosamente á vuestra edad, y pensais y sentís como una muger; entonces y de la manera mas viva, me hizo conocer lo que era el amor entre el hombre y la muger.»

Blanca estaba sonrojada, trémula, lo que significaba que doña Mencía, arrastrada por sus celos, la habia arrancado de una vez su venda de inocencia: —

«De seguro, dijo Beltran un tanto mortificado, despues de esa magnífica esplicacion que yo pensaba haceros cuando fuéscis mi esposa: —

—¡Ah! exclamó Blanca como exhalando un grito del alma: —

—De seguro, despues de esa esplicacion, os preguntaria si me amábais como á un hermano: —

—Lo habeis adivinado, señor Beltran. —

—Y vos, ¿qué contestásteis. —

—¡Callé! —

—¡Callásteis! ¿y por qué? —

—Porque mi alma se habia inflamado por vos en un fuego mas intenso, porque mi razon, mis deseos, mi vida, mi alma entera eran para vos; porque os amaba como una muger enamorada ama á un hombre: —

—¿Y me amais así?

—Guardaré mi amor dentro del alma, señor Beltran.

—¿Guardarlo! ¿y por qué?

—Porque como doña Mencía de Padilla, no puedo partiros entre otras dos mugeres.

—Me parece que doña Mencía empieza á vengarse de mí, pensó Beltran, y que el haberme dejado en libertad con esta chiquita, es solo para empezar á hacerme probar su venganza. Pues bien, ¡ira de Dios! acepto la lucha, solo que doña Mencía ha andado torpe avisándome.

—Os ha afligido mi respuesta, señor Beltran, dijo la jóven notando la espresion que habia reflejado su último pensamiento en el semblante del jóven.

—Habeis matado mi amor, Blanca.

—¡Que he matado vuestro amor! ¡Ay Dios mio! ¡eso es decir que no me amais ya!

—Por la sangre de los infelices Carbajales, vertida aqui en otro tiempo, Blanca; por el descanso de mi madre, por la salud de mi padre, por mi ambicion, por Dios y por mi alma, os juro que os adoro como á la vírgen de mi esperanza, como á mi sueño de pureza..... y que si me sois leal vendré á buscaros, á haceros mi esposa.

—Pero esas mugeres..... doña Mencía de Mendoza.....

—Es verdad que me he prometido á ella..... pero entonces no conocia lo que os amaba..... yo haré de modo.....

—La abandonareis.....

—¡Oh, no! pero procuraré que me abandone..... vos no sabeis lo que es la corte..... ¡oh! bendito sea Dios que os ha alejado de ella.

—Pues bien, si un dia venis á mí libre el corazon, libre el honor, sin mas promésas, sin mas amor empeñado que el que me decis, la hija bastarda de un tronco de reyes, añadió la jóven conmovida y bajando la voz, la pobre jóven que recibe un nombre de limosna, os tenderá su mano, Beltran, y os abrirá su alma.»

Beltran de la Cueva estaba transportado: nunca el amor po-

dia personificarse en una forma mas encantadora, mas pura: era verdaderamente maravilloso encontrar tal profundidad de sentimiento, tal fuerza de razon en una niña; y su misma edad temprana, su misma inmaculada belleza, parecian un transunto de los cielos enviado á un hombre ambicioso en el principio de su carrera, para santificar su pensamiento con lo noble, con lo sublime de un amor divino.

Beltran creyó reconocer la mano de Dios, y su espíritu se levantó á la altura.

«Juro, dijo, hincando una rodilla en tierra, ser bueno y fiel caballero; juro guardar como un depósito sagrado en mi corazón el amor de este ángel que Dios me envía, y si mi vida se mancha con mentira, cobardía, traicion ó adulterio, que caiga la pena sobre mí.»

El ángel de la justicia debió escribir en lo eterno para el porvenir el juramento de Beltran de la Cueva.

«Oid, Blanca, le dijo alzándose: aceptad ese nombre que la casualidad os ofrece..... sed, Isabel de Solís: no sé por qué ese nombre será célebre, me lo dice el corazón.»

—Sí, sí; le aceptaré por vos: Sancho Gimenez de Solís debe ser.....

—El comendador Sancho Gimenez de Solís, es un varón temeroso de Dios, un caballero leal á su rey y á su patria, un valiente que ha encanecido en las batallas, llevando siempre levantada su espada, como mi padre, por sus legítimos señores. Si él os acepta por su hija, razones y razones poderosas deben asistirle, Blanca.

—¡Quiera Dios que esta mentira no traiga sobre nosotros un castigo, Beltran!

—¿Y recibireis, Blanca, las letras que yo os envíe?

—Las esperaré sufriendo, y las contestaré á la hora, porque no sufráis, Beltran.

—Nada tenemos que hacer ya aqui y la noche avanza, señora. ¿Quereis entrar en vuestra litera?

—Sí, ya es tarde, dijo levantándose Blanca.»

Beltran la asió de la mano; si se hubiera tratado de otra

muger, la hubiera estrechado y acaso llevado á los lábios; pero el amor que en aquel momento sentia el jóven, no debia sentirlo mas: era el amor de los ángeles y de los niños.

Cuando Blanca estuvo en la litera, Beltran tocó un silbato de plata, á cuyo ruido acudieron los jayanes y las lanzas: poco despues, el pequeño escuadron subia al paso por el repecho, y el trompetero lanzó por tres veces un punto sostenido con su trompa.

«¿Quién vá!» gritó una voz robusta desde el adarve.

«Decid al comendador Sancho Gimenez de Solís, que un caballero portador de unas letras para él, pide verle.»

Entonces, á aquella misma ventana en donde, desde lejos, se habia visto brillar una luz, asomó una cabeza.

«¿Sois don Beltran de la Cueva?»

—Sí, contestó el jóven; ¿y vos, sois el comendador?

—Sí: esperad un momento, caballero.»

Poco despues crugieron las cadenas del rastrillo, que cayó con estruendo sobre su afuste, y vió Beltran dos hileras de soldados tras la poterna, y en medio de dos pajes con hachas un caballero como de sesenta años, cubiertos los cabellos blancos con un birrete y vestido con un sayo de velludo. No tenia mas armas que una daga.

Beltran adelantó solo y echó pié á tierra, abriéndose al mismo tiempo las vistas de la celada.

El comendador le reconoció sin duda, puesto que se adelantó hácia él con los brazos abiertos.

«¡Vive Dios! exclamó. ¡Habeis crecido dos palmos desde que no os veo, señor Beltran de la Cueva! ¡y que me place! ¿y el señor don Diego vuestro padre?»

—Achacoso de su pierna, señor comendador.

—¡Por Santiago de Compostela! ¡lástima de sangre noble vertida para combatir rebeldes! exclamó el comendador aludiendo á la batalla de Olmedo; ¿y mi hija doña Isabel?»

—Viene conmigo, señor.

—¡Viene con vos! dijo palideciendo el comendador; no la esperaba tan pronto.

—Esta carta que doña Mencía me encarga entregaros, os dará tal vez razones que yo no puedo daros.

—¿Conociais á mi hija, caballero? dijo el comendador mirándole fijamente.

—Esta noche es la primera vez que la he visto.

—¿Y quién os la ha entregado?

—Doña Mencía, que parece la ha sacado esta misma noche del convento de benedictinas de Jaen.»

Beltran de la Cueva habia jurado no mentir: seria porque creía que lo que es conveniente no debe ser considerado como mentira.

«Haced la merced de que adelante la litera, señor Beltran.»

El jóven se volvió é hizo una seña. Las pisadas de los mulos resonaron sobre el puente y la litera pasó bajo el arco árabe del castillo.

«Pasad, don Beltran, pasad, que pasen vuestras lanzas: sois capitán, segun veo, de la gente de armas de la órden de Calatrava.

—En cuánto á lo de descansar, me es imposible, señor; me precisa volverme ahora mismo.

—¿Son órdenes terminantes?

—Y que no admiten dilacion.

—¿Necesitais la litera?

—No: me embarazaria; tengo que revolver á gran prisa sobre Jaen.

—Decid á doña Mencía de Padilla que la contestaré..... ¿sigue en Ubeda?

—Enviad vuestras letras á la corte, señor.

—En ese caso, y ya que no quereis reposar en mi alcaldía, adios, don Beltran, dijo el viejo estrechando con fuerza la mano del jóven. Dad gracias á doña Mencía por la merced que me hace, y cuando veais á vuestro noble padre, decidle que siempre tiene un amigo fiel en Sancho Gimenez de Solís.»

Habia á pesar de su noble franqueza cierta tiesura en las palabras del comendador, que Beltran apreció en lo que debia: la situacion del viejo soldado era difícil, puesto que ignoraba hasta qué punto podia estar en el secreto Beltran.

El jóven se separó de él, despues de los mas corteses cumplidos, montó á caballo, se puso al frente de sus lanzas y partió.

«Esto es sin duda obra de los celos de doña Mencía, se dijo: acaso Blanca deba á mis amores su nuevo padre. Y bien: trabajo os mando, doña Mencía, para que podais volveros á poner otra vez en medio de mi camino.»

Picó al caballo, y seguido de su escuadron pasó como una vision que huye por el pié de la Peña de Martos.

Blanca habia quedado en el castillo como una paloma abandonada de los suyos y encerrada en una jaula sombría. Cuando ya habia avanzado demasiadó para pensar en retroceder, la pesó de haber cedido. La espantaban las sombrías paredes de aquellos inmensos salones por donde la conducian dos pajes: las paredes, abillantadas por el tiempo, reflejaban la luz de las antorchas de una manera mate, rojiza, que mas que otra cosa remedaba reflejos de sangre: resonaban huecamente las pisadas como en un panteon, y en algunas cámaras revolaban murciélagos; al fin entraron en un departamento menos tétrico; la luna iluminaba una galería gótica recortando sus blancas columnas sobre el azul oscuro del cielo, y sus rayos, posados sobre el blanco mármol del pavimento, refractaban en las sombras una luz vaga y fantástica; al fin de aquella galería se abrió una puerta y Blanca fue introducida en una cámara.

Conservábase en ella el rico ornamento de la arquitectura árabe; sus mosaícos, sus estucos, sus ensambladuras, eran tan delicados, tan bellos como los de esa magnífica ruina que se llama la Alhambra; pero faltaban á aquellos triples agimeces (*ventanas*), sus tapicerías de la India ó de Persia y sus caladas celosías de cedro, sándalo y marfil; faltaban las caprichosas alfombras (*alfombras*) de seda y oro; los divanes de púrpura, los perfumeros y las lámparas de seda: los dorados y los colores de los arabescos, no restaurados durante mucho tiempo, y la delicada tracería del techo, habian sido cubiertas por una espesa capa de polvo y de humo, emanado de una chimenea que se habia abierto en el muro, sin tener piedad del mosaíco, ni de las inscripciones, ni de las flores talladas en el estuco. Conociase

que aquella cámara había sido ocupada por un conquistador, que la trataba como á sus señores vencidos: con desprecio. Los muebles que la ocupaban pertenecian al gusto de otro lujo, macizo, prominente, barroco, valiéndonos de una frase característica en escultura: la ancha mesa de nogal recargada de legajos, asi como un estante lleno de libros encuadrados en pergamino, y como los sillones que rodeaban la cámara ocultando casi la faja de alicatado ó mosaico árabe; estos muebles decimos, eran voluminosos, de escultura prominente, recargados de follajes y adornos, y dorados y matizados de colores chillones, con cuya indigesta riqueza formaban un contraste duro los asientos de baqueta de los sillones, la tosca alambreira del estante y la bayeta manchada de tinta de la mesa; para completar el aspecto castellano del mueblaje, habia inmediatamente detrás de la mesa, y á una altura respetable, un colosal escudo de armas. Aquel escudo pintado en tabla, era el escudo de la casa de Solís.

Ademas de esta tabla, habia otras cuatro que representaban retratos de familia, y en los cuales, en el ángulo superior derecho, segun la costumbre de los nobles de entonces, estaba reproducido en pequeño el mismo blason que el comendador habia recibido de sus antepasados.

Cada una de aquellas tablas representaba á un anciano de noble semblante, de cabellera cana, de mirada leal, y armado de punta en blanco; todos ellos mostraban sobre las armas el manto de comendadores de Alcántara, y se parecian de una manera marcada. Estaban allí representadas cuatro nobles generaciones, de las que solo quedaban como un recuerdo, como un testimonio contra el olvido, aquellas cuatro tablas.

Ademas de esto, y sostenidos en armazones de madera, estaban á los dos ángulos mas próximos á la mesa, un arnés de corte con puñal y estoque dorados, y otro de batalla con daga buida y montante de á dos manos.

Todo esto producía un efecto grave, extraño, característico, á la luz de los cuatro mecheros de un velon, que humeaban como una antorcha sobre la mesa.

Blanca sintió miedo dentro de aquella estensa y solitaria cámara; comprimíase en ella su corazón como si le estrechase una mano helada, y la apenaba el vago presentimiento de una desgracia que no podía explicarse. Véase amenazada, oculta, entregada de una manera extraña á un hombre á quien no conocía y que se prestaba á llamarla hija. Esto era bastante para impresionarla de una manera profunda, y además oía incesantemente la voz de doña Mencía de Padilla que la explicaba lo que era el amor, y la de Beltran que le juraba amores. El entusiasta pensamiento de Blanca soñaba con su enamorado de esa manera bella y poética peculiar á los niños que abordan por primera vez las pasiones y las ven á través del cándido vélo de su inocencia; pero tras el sueño venia la realidad. Beltran se alejaba; Beltran iba á la corte; Beltran debía olvidar entre otros amores á la pobre, á la infeliz cautiva de su fortuna.

Poco tiempo despues de la llegada de Blanca á la cámara, entró el comendador Sancho Giménez de Solís por otra puerta. Se detuvo delante de ella, la miró durante un corto espacio conmovido, la besó con una galante cortesanía una mano, la acercó un sillón, y despues de haber cerrado las puertas vino á sentarse junto á ella.

Sancho Gimenez, demostraba haber sido hermoso á pesar de sus sesenta años; pero al par las huellas de hondos pesares estaban marcados en su semblante pálido y flaco, en su cabellera enteramente blanca, aunque abundante y espesa como la de un jóven, y en su larga barba gris; profundas rugas parecían atestiguar en su ancha frente la existencia de acerbos dolores en su pensamiento, y sus negros ojos, brillantes y altivos pero benévulos y francos, tenían una expresión triste, apenada: el color de su tez era blanco hasta lo diáfano, y por un contraste singular, en contraposición de lo demacrado de su semblante, sus manos eran robustas y mórbidas, y sus formas esbeltas, desarrolladas, fuertes: el comendador era en verdad viejo, pero un viejo hermoso; no era su vejez la vejez gastada y débil de una naturaleza que degenera; era, por decirlo así, una juventud vigorosa

con arrugas y con canas. Sancho Gimenez de Solís podía haber sido amado por una jóven, si él hubiera podido amar.

Casi siempre la situación en que hemos de colocarnos respecto de una persona á quien no conocemos, se decide á primera vista: la simpatía ó la antipatía, esa antítesis del afecto, se revelan por sí mismas: Blanca se encontró algo mas curada de su temor á la presencia del noble alcaide de Martos: comprendió que era leal, generoso y valiente, y se inclinó á él como el tallo de la hiedra se acerca al olmo buscando un apoyo. Comprendió que había encontrado un padre, y su corazón se dilató.

De la misma manera el comendador había aceptado por hija á primera vista á Blanca; su dulce hermosura, la ardiente expresión de sus ojos, su candor de niña y su pasión de muger, hablaron al comendador en favor de ella mas que cien recomendaciones. Entrambos se habían comprendido; entrambos habían llenado el uno respecto del otro un lugar vacío en sus corazones; el lugar del amor paterno y del amor filial.

«¿Sabéis, señora, la dijo el comendador rompiendo el primero el silencio, á qué habeis sido traída á mi lado?

—Lo sé, señor.

—¿Y os ha dicho doña Mencía de Padilla?....

—Me ha dicho que debo llamarme desde hoy, Isabel de Solís.

—¡Hija mia! murmuró el comendador respondiendo al triste recuerdo que había avivado en él el nombre pronunciado por Blanca: ¡pobre Isabel!

El comendador inclinó la cabeza sobre el pecho, y se enjugó dos amargas lágrimas que habían brotado á sus ojos.

Blanca respetó con su silencio aquel dolor de padre.

«¡Oh! es horrible, dijo el comendador; haber visto crecer á un ángel; haber gozado su sonrisa infantil, sus besos, esos besos en que un niño exhala todo su amor tranquilo; haberse mirado en sus ojos, y luego.... luego saber, pensar con horror, que el gusano de las tumbas ha roído aquel semblante tan sonrosado y tan bello, aquellos ojos tan brillantes.... ¡Oh! ¡si no fuese Dios quien lo permite.... seria cosa de blasfemar!»

Blanca bajó los ojos y continuó en su silencio.

«Y luego añadió el comendador: verse solo en el mundo, viejo y cansado, sin una noble esposa con quien recordar las buenas andanzas de nuestra juventud; sin hijos que nos rejuvenezcan en nuestros nietos; sin hermanos en cuyo seno inclinar la frente herida por la desgracia; sin parientes, sin amigos, solo, en medio de un mundo que compra y vende..... solo, cuando nuestra planta se desliza rápidamente hacia el sepulcro.....»

—¿Y es esa vuestra vida, señor? dijo Blanca conmovida.

—Sí, esa es mi vida; pero creo que de hoy en adelante cambiará..... si, como creo, me aceptais por padre, señora.

—¡Oh! sí, dijo Blanca: antes de conoceros habia cedido á la necesidad; me habia doblegado á la fuerza.

—¡A la fuerza!....

—Yo tambien estoy sola en el mundo, señor, y soy mas débil que vos.

—¡Sola!.... y acaso rodeada de enemigos..... ¿conocéis vuestra historia?

—Soy bastarda de un tronco de reyes, dijo con rubor Blanca.

—Otros bastardos han sido mas felices que vos en fortuna, Isabel; pero si nieta de reyes, no encontráis bastante para vos, el nombre de un noble sin tacha, que desciende de una familia de valientes.....

—¿Y quién os ha dicho, señor, que yo me haya prestado á la mentira de pasar por otra sino á la fuerza? ¿quién os ha dicho que en mí haya ni bajeza ni orgullo?

—A la fuerza.....

—Creo haberos dicho, señor, que antes de conoceros, era una esclava de mi mala suerte, y me doblegaba..... ahora..... no sé por qué..... pero el corazón me dice que os amo ya..... que os amaré como á una hija..... y que tendré en vos un padre; ¿no estamos los dos solos en el mundo? ¿no podemos conocernos el uno al otro?

—Sí, sí, decis bien, señora: doña Mencía de Padilla no se ha engañado al enviaros á mí: doña Mencía de Padilla es para vos una madre, y para mí una amiga.»

Blanca suspiró y calló, porque alcanzaba hasta donde habia sido interesado el servicio de doña Mencía.

—Esa señora, dijo el comendador, conocia mi situacion, y me habia escrito acerca de vos hacia algun tiempo.

—¿Cómo! ¿doña Mencía pensaba antes de ahora?

—Os pareceis maravillosamente á doña Blanca de Navarra, señora, y hubiera sido imprudente que hubiérais permanecido en la casa del arcedianio, donde podiais haber sido reconocida por una casualidad inesperada; porque don Gonzalo, como hombre de intriga y de enredo, suele recibir con frecuencia gentes de la corte. Doña Mencía es vuestra madrina, y se hubiera visto obligada para evitar desgracias á encerraros en un claustro. Doña Mencía aborrece á las monjas, y no ha querido sacrificaros. Os ha enviado á mí.

—Pero vos, tambien señor, sois noble y poderoso, y estareis espuesto.....

—Yo, murmuró con altivez el comendador, ni visito ni me deajo visitar; he heredado de mi padre esta alcaidía; este es mi convento: aqui estaré siempre, aqui moriré, y aqui seré enterrado.....

—Pero si el rey os necesita.....

—El rey me necesita aqui mas que en ninguna parte; los moros fronterizos son inquietos, y esta es una puerta del reino que no se abrirá mientras yo tenga las llaves.

—¿Y es cierto, señor, que los moros asaltan de tiempo en tiempo el castillo? dijo con terror Blanca que se acordó de su sueño.

—Las murallas son espesas, señora, y valientes mis balles-teros. Cada vez que se rompe la tregua, esos perros de sarracenos vienen á gritar alrededor de la caba, y á lanzar una nube de saetas sobre los adarves: yo les contesto con algunos truenos de mis eulebrinas, y cuando es necesario, monto á caballo, me pongo al frente de mis lanzas, y les doy una carrera. Se dejan en mi poder algunos cautivos, y en el campo algunos muertos, y solo al cabo de un año ó mas tarde vienen á armar un nuevo alboroto. Yo me alegro, vive Dios, cuando veo las humaredas ó

los fuegos de nuestros atalayas. ¿Qué diablos habíamos de hacer aquí mano sobre mano, si de tiempo en tiempo no saludamos con la punta de nuestras lanzas á esos buenos señores de Granada?

Blanca estaba pálida.

«Pero nada temais: el castillo es inaccesible; sus cuevas estan llenas de mantenimientos y su algibe de agua: mis soldados son leales y valientes, y solo por sorpresa, y contando con un traidor, podria los moros hacerse dueños del castillo de Martos. Ahora hablemos de lo que nos conviene: ¿habeis sido traída al castillo contra vuestra voluntad?»

—Mis labios dijeron sí, mi corazon no.

—¿Y teniais algun motivo?...»

Blanca se ruborizó.

«Ninguno, señor.»

El comendador, aunque habia notado con asombro cuán clara era la razon de Blanca, no podia sospechar que tan niña tuviese ya dentro del alma una pasion como la que sentia por Beltran.

«Pero creo que habeis añadido, señora, que despues de conocerme.

—¡Ah! sí, sí; despues de conoceros, señor, he comprendido que sereis para mí un padre; un padre noble y bueno.

—¿Y no quereis separaros de mí?»

—¡Oh! no.

—¿Y consentis en pasar por mi hija!»

—Si señor.

—Mirad bien que una vez dado ese paso, va mi honor en sostenerlo, que no hay medio de volverse atrás, que pasareis en el castillo y en la villa por mi hija.

—¿Y no habrá quien dude?»

—Nadie ha visto, escepto yo, á mi pobre Isabel. Su madre murió al darla á luz hace catorce años, y me fue preciso entregarla á mi hermana, monja benedictina en Jaen. Todos los meses hacia un pequeño viaje desde mi castillo y corria á ver á mi Isabel.... era hermosa, tan hermosa como vos. ¡Pobre hija mia! El año pasado, cuando fui á verla por Navidad, la encontré enferma.... en fin, murió.... su muerte se ha ocultado por razo-

nes de familia, y solo la conoce doña Mencía, que es algo parienta nuestra. Asi pues, todos aun me preguntan por mi hija, y como nadie la conoció, os tendrán por ella.

—Pero mi semejanza con doña Blanca.....

—Esta villa está demasiado lejos de la corte para que nadie venga á ella y sus naturales jamás han ido allá; los hidalgos que hay aquí, sirven al rey como yo en la frontera, y viven de sus terrones. Podeis, pues, llamaros desde ahora doña Isabel de Solís.»

Blanca calló por timidez, pero en su silencio se notaba que aun la combatian algunas dudas.

«Veo, dijo comprendiéndola el comendador, que necesitais mas razones; os parece extraño que un noble trasmita su nombre á una dama que ni aun siquiera es su parienta.

—;Oh! perdonad, señor.

—Comprendo también, que vos no podeis menos de pensar, que á esto me inclina un interés grave..... escuchadme..... tenéis derecho á ello. Estoy como os he dicho solo en el mundo; todos mis parientes han muerto: mi mayorazgo y mi nombre despues de mí pasarian á la corona. Era preciso que eso no sucediese, y hé ahí la razon por qué mi hermana, que acaba de morir, ha ocultado como yo la muerte de mi hija. Desde entonces, señora, pensamos en vos.

—Pero para continuar vuestro nombre, era necesario un varon.

—No, mi mayorazgo, que es riquísimo, de cien mil maravedis de renta, no puede ser poseido sin que el poseedor lleve el nombre de Solís y se trasmita á sus hijos. En nuestra familia, por prevision de los fundadores del mayorazgo en la parte de herencia y de trasmision de derechos, las hembras son tanto como varones.

—De modo que, dijo Blanca, en la que se sublevó el orgullo de su raza: si no me hubiérais necesitado.....

—¿No veníais vos á la fuerza, cediendo á vuestra suerte, á mis manos?

—Sí.

—Sin embargo, ¿no encontrais despues de haberme conocido, repugnancia en llamaros mi hija?... dejadme concluir.... yo os aceptaba como un medio para perpetuar mi nombre, os aceptaba obligado.... cada vez que yo miraba los nobles semblantes de mis antepasados, me parecia que sus ojos se animaban y sus bocas me decian: «que nuestro nombre no perezca contigo, Sancho; que nuestro nombre se trasmita á la posteridad.» Yo escuchando esa voz, la voz de mi hidalguía, acepté las proposiciones de vuestra madrina, pero haciendo un penoso sacrificio. ¿A quién creerá digno un padre de ocupar el vacío que deja en su lugar la muerte de una hija adorada? Sin embargo, os he visto, Blanca, y os amo; lo juro por mi honor de soldado y de caballero. No son ya el interés y el orgullo los únicos móviles de mi alma.... os miro como hija y deseo que vos me mireis como padre. Pero si os repugna esto que llamais mentira, libre sois: seré vuestro amigo; os enviaré al convento de Benedictinas de Jaen, y vivireis en él bajo la tutela de aquellas buenas madres y á espensas mias. Si quereis ser monja, dote tendreis; si quereis casaros, mas crecido aun será el dote que os ofrezca.... contestadme ahora, Blanca.

—Soy vuestra hija, señor, exclamó la niña cayendo de rodillas á sus pies.»

El comendador la levantó en sus brazos y la besó en la frente. Despues de esto la asió de una mano y la hizo entrar en un dormitorio inmediato.

«Vendreis cansada, la dijo, y es necesario que reposeis: este es mi aposento, pero yo no os esperaba, y no habia preparado vuestra cámara ni vuestra servidumbre: mañana todo estará hecho: ahora voy á hacer que una dueña que me asiste os sirva algun alimento de que habreis necesidad, y os recoja al lecho. Hasta mañana, hija mia.»

El comendador la besó de nuevo en la frente, salió, llamó á un escudero, le dió algunas órdenes, se entró en su cámara, y profundamente pensativo se sentó delante de la mesa y sacó una carta que tenia en su escarcela.

Aquella carta era la que le habia entregado Beltran de la Cueva de parte de doña Mencía de Padilla.

«El comendador fijó en ella por la décima vez sus ojos. — Necesitamos poner á nuestros lectores al corriente de aquella carta. — Señor Sancho Giménez de Solís, mi noble y valiente amigo: don Beltran de la Cueva os entregará con estas letras una dama: esa dama es vuestra hija doña Isabel de Solís. La situación en que os encontráis, os hace preciosa esa jóven, que no es otra que Blanca, la hija bastarda de doña Leonor de Foix, de quien os hablé el año pasado en Úbeda, cuando quejándoos conmigo de vuestra mala suerte por la pérdida de vuestra hija, os propuse un medio, si no para aliviar vuestra pena, para ahorraros al menos el disgusto de ver desmembrarse vuestro mayorazgo en vida y extinguirse vuestro nombre despues de la muerte. Vuestro enemigo Fernan Perez de Lara, bien os consta que, aunque dudoso, tiene un derecho á la mayor parte de los bienes de ese mayorazgo, y que si el pleito que movió anda parado, se debe al concertado matrimonio entre la difunta doña Isabel vuestra hija, y Garci Perez de Lara, heredero primogénito del Fernan Perez. Vuestro pacto estaba fijado al cumplir doña Isabel los quince años, que segun me digísteis finaban en el venidero. Transcurrido ese tiempo, no pudiendo sacar á vuestra hija de la sepultura, como hubiérais podido hacerlo del convento, os seria preciso declarar su muerte. Esto, os lo repito, volveria á encender vuestras antiguas enemistades, lo que amargaría los años que os restan de vida. Blanca puede ser vuestro ángel de paz, y la amareis, comendador, porque en verdad, es un ángel.... pero ángel que no me conyiene esté en la corte. Hareis ademas una obra de caridad.... pero despues de hacerla, andaos despacio en cuanto á lo del matrimonio con Garci Perez.... nuestra pequeña amiga ama ya y es amada. Yo me encargó de curar por acá al amante; haced vos que la amada olvide. Procurad haberos con las cartas que se enviarán de aqui, de modo que no llegue ninguna á sus manos. Yo la conozco, es altiva, se creará olvidada, y por vengarse aceptará el matrimonio que le propongais. Sobre todo procurad que Blanca no salga jamás del castillo, ni se

»deje ver de la gente de la villa. Se la busca para valerse de
 »ella como de un arma contra doña Blanca de Navarra. Que sea
 »para ella un convento el castillo. No os escribo mas, porque no
 »tengo tiempo. Pero escribidme vos largo, puesto que ahí de-
 »beis andar desocupado. Guárdeos Dios, mi valiente y buen
 »amigo. De Úbeda, á 22 de mayo de 1455. = Doña Mencía de
 »Padilla.»

«¡Condiciones! esta doña Mencía me da en que pensar, dijo el comendador; me parece entrever que no son mis asuntos ni los de doña Blanca de Navarra los que la han hecho entregarme á esa pobre niña... ¡Que la sacrifique yo por algunos miles de renta al año, ó por algunas estocadas con Fernan Perez de Lara! ¡Celos! ¡sin duda son celos de esa infeliz! he aqui lo que mas me ha obligado á adoptarla. ¡Está perseguida! pues bien; yo la protegeré... Estoy por soltar una granizada á doña Mencía. Cortesana desde la cuna, creé que todos somos cortesanos. ¡Por el patron de España! Me parece que los semblantes de mis abuelos habian de enrojecerse de vergüenza en sus tablas al ver cometer á un Solís una bajeza. Pero andémonos con tiento; verdaderamente que esta contestacion es un tanto... un tanto peliaguda... letras cantan... á un hombre puede desmentirsele!... pero una carta escrita por nuestra mano... confesar yo de mi puño, bajo mi sello, este enredo, seria sujetarme á ella. No haciéndolo, no dejando pasar á nadie del rastrillo que no inspire confianza, separando á Blanca de la vista de las gentes.... Esto es... contestaré en términos dobles á doña Mencía. ¡Hola!

Al llamamiento del comendador apareció un paje.

«Creo que nó se habrá recogido mi secretario Bustillos, dijo.

—Está, señor, en la cámara grande con los escuderos.

—Hazle venir, Gaston.»

El pajecillo salió, y poco despues entró un hombre de mediana estatura, moreno y hermoso; su semblante marcaba profundamente el tipo árabe, y sus negros ojos, inmóviles é impenetrables, no revelaban entonces otra cosa de su carácter que una expresión de dicho respeto.

«Siéntate, Pedro, y escucha lo que has de escribir, le dijo

el comendador dándole un pedazo de papel moreno y granu-
giento.»

El secretario sacó un enorme cortaplumas, arregló una pé-
ñola, y la puso sobre el papel.

«Muy hermosa y noble señora, dictó el comendador; por
vuestro mensajero acabo de recibir vuestro buen regalo, y os
quisiera demostrar personalmente cuanto os lo agradezco. Esto
bien pudiera ser, á no impedirlo el cuidado en que por su al-
teza estoy con los moros fronterizos, que como sabéis son harto
inquietos y acometedores. De otro modo, en vez de este papel
iría yo mismo á ponerme á vuestras plantas. Quedo enterado
de lo que es necesario hacer para que vuestro regalo no sufra
mengua ni avería; y aunque creo que basta para mi gobierno
lo que me habeis notificado, espero con gran deseo recibir nue-
vas letras de vuestra mano. Estas mias van por un escudero de
confianza, á quien si os place podeis hacer portador de las vues-
tras. Guarde Dios vuestra hermosura y vuestra discrecion. Del
castillo de Martos, sobre la frontera de los moros, á 23 de mayo
de 1455.—El comendador, *Sancho Gimenez de Solís.*»

«Ponle mi sello doblado con cera colorada, Pedro.»

—Ya está, señor, dijo despues de un momento el secretario.

—Ahora escribe encima: A doña Mencía de Padilla, en Jaen,
en Córdoba, ó donde se halle.

—Ya está, repitió el secretario.

—Pues llévatela y haz que monte á caballo al momento Gu-
tier, que le acompañen diez lanzas, y que lleve esas letras. Debé
encontrar, si pica con ley, á esa dama en Jaen.»

El secretario guardó la carta en la escarcela, se inclinó y
salió.

«Ahora, dijo el comendador, yo haré lo que me convenga;
páreceme que estoy mas alegre. ¡Pobre niña! yo le serviré de
padre, y creo que ella llegará á ocupar en mi corazon el lugar
de hija. ¡Los bandos de Navarra! ¡los celos de doña Mencía! ¿y á
quién amaré esa señora? ¿al rey? ¡Bah! es imposible; podrá ser su
manceba, pero su amante..... es harto feo, harto miserable su al-
teza: es necesario mirar á la honra propia para serle leal. ¡Algun

paje! ¡acaso Beltran! ¡bah! nada me importa; yo me rio de ellos y de ellas, ahora que estoy de humor para reir. ¿Quién sabe si lloraré mañana?»

En efecto, el comendador estaba alegre; frotóse las manos con cierta efusion, miró por la ventana, y lanzó su vista á los lejanos horizontes.

«Ya amanece, dijo, y es necesario dormir.»

Separóse de ella, y se encaminó distraído á la puerta de su dormitorio.

«¡Ah diablo! dijo deteniéndose; me olvidaba de que una pequeña y hermosa dama me ha ocupado el lecho. Y bien. Aquí dormiré perfectamente; otras veces he tenido un lecho mucho peor.»

Sentóse en el sillón, se caló la gorra hasta las cejas, y se envolvió en su sayo.

A punto que se dormía, rechinó la poterna del castillo y resonaron sobre él las pisadas de algunos caballos.

Eran el escudero Gutier y las diez lanzas que partían hácia Jaen.

El comendador no los oyó: estaba dormido.

CAPITULO XV.

De como su habilidad en jugar á la pelota abrió á Beltran de la Cueva las puertas del favor de Enrique IV.

Estamos en Córdoba, en esa antigua ciudad de los califas, que muda hoy y casi desierta, no guarda de su antiguo esplendor mas que una mezquita mutilada y algunos torreones derribados. Los jardines de Meruan y los alcázares de Azarah, no viven mas que como nombres, y es imposible al leer la historia y al ver la ciudad, creer que despues de tanta grandeza no hayan quedado sino las huellas del paso de gigante del civilizador pueblo árabe.

A pesar de esto, Córdoba es visitada y admirada por los extranjeros; tiene, como Sevilla, su claro Guadalquivir y su resplandiente cielo andaluz, y las fragantes flores de sus jardines se prenden aun de las negras cabelleras de sus hermosas hijas. Para ser notable por mas de un concepto, le basta á Córdoba el ser ciudad andaluza.

Era una tarde, al ponerse el sol, del mes de mayo, seis dias despues de los acontecimientos anteriores; y era á todas luces una hermosa tarde de primavera: dos caballeros, seguidos de algunos pajes á pié, atravesaban las calles de Córdoba, y con admiracion de las gentes iban en plática familiar y animada.

Esta admiracion consistia en que el uno era el alto y poderoso señor don Pedro Giron, gran maestre de Calatrava, que llevaba una gorra de brocado con pluma, un sayo de vellorí

vestido bellotado, tela equivalente á nuestro terciopelo, pero mas grueso, unas calzas de grana y unos borceguíes bordados de aljófár y armados de dos pequeñas espuelas de oro, ámen de una espada dorada y una cadena de diamantes al cuello, de que pendia una placa, en que los plateros árabes, sin escrúpulo de conciencia, habian esmaltado la cruz roja de Calatrava. Montaba un soberbio caballo ricamente engualdrapado, y pendiendo como al descuido del hombro izquierdo, mostraba el gran manto de la órden.

El otro caballero era jóven, hermoso y altivo. Beltran de la Cueva en fin. Iba vestido de brocados, con riqueza y gusto, ceñia una daga y una espada magníficas, llevaba como el maestro espuelas de oro, y como él montaba un hermoso caballo gualdrapado, lo que demostraba que habia sido armado caballero.

Nadie le conocia y he aqui lo que causaba la admiracion de los cordobeses. ¿Quién era aquel caballero que no llevaba pajes ni empresa, y con el cual sin embargo se mostraba tan complaciente el bravío don Pedro Giron?

Esto nada nos importa, y pareciéndonos mas interesante el diálogo de los dos nobles, nos decidimos á trasladarlo á nuestros lectores.

«¿Y vais resuelto, don Beltran? dijo el maestro.

—Resuelto de todo punto, don Pedro.

—Mirad bien, que el rey es un enemigo formidable.

—A quien no temo.

—¿Pensais ganarle la partida?

—De seguro.

—Apostemos.

—Perdonad, no quisiera cruzar con vos.

—¿Y os cruzais con el rey?

—Pues ved ahí.

—¡Bah! el caballo que montais contra el mio.

—Eso, don Pedro, es apostar vos con vos mismo, puesto que este caballo os pertenece.

—Ese caballo es vuestro, bien lo sabeis.

—No tanto; aun no os le he pagado.

—Pues bien, como queráis. Apostemos entonces la deuda.

—En buen hora.

—¿Llevais reptesto?

—La escarcela llena, los bolsillos llenos, las mangas llenas.

—Mirad no lo tome el rey á burla.

Beltran se encogió de hombros.

—¿Qué! ¿nada os importa? dijo mirándole el maestre.

—Yo no le faltaré jamás al respeto debido, pero no me doblaré á sus caprichos.

—Pero pudiera ser... el rey es cruel y cobarde y siempre está provisto de verdugo.

—Todo eso seria una pelota mas ó menos.

—¿Cómo! ¿llamais una pelota á vuestra cabeza?

—En el juego de corte una cabeza no tiene mas valor que una pelota.

—Teneis unas ideas estrañas, don Beltran.

—No, no por cierto, entre dos que juegan interés, uno ha de perder necesariamente.

—A veces pierden los dos y gana el que está por cima.

—Tambien puede suceder.

—¿Y estais resuelto á empeñaros en la partida?

—¿Con el rey? sí por cierto.

—Sois, pues, un jugador muy confiado.

—Allá veremos.

Este diálogo se habia pronunciado por entrambos personajes con una gran volubilidad, en acento de broma y entre alegres risas. Solo se habia suspendido delante del alcázar.

Era este edificio una antigua casa medio árabe, medio gótica, rodeada de muros y torreones y situada en el mismo sitio que hoy ocupan las ruinas de la inquisicion; una plaza irregular, desempedrada y sucia, le servia de vestíbulo, y en ella se notaba el bullicioso movimiento de una corte que se prepara á solemnizar el matrimonio de un rey; iban y venian literas, hacaneas y caballos, encerrando damas, sustentando doncellas y piafando bajo la mano de gentiles caballeros: dueñas, pajes, escuderos y soldados hervian en los alrededores en un continuo

flujo y reflujó, y á la puerta se agrupaban algunos hombres brillantemente armados y con trages árabes; aquella era la guardia morisca del rey á la que mandaba como capitán nuestro conocido Hernando de Carrillo.

El maestre y Beltran desmontaron delante del pórtico, arrojaron las riendas á los pajes, y entraron, recibiendo al pasar el saludo que hacían los guardas de la puerta al maestre, chocando las lanzas contra sus escudos. A juzgar por el servil respeto con que era saludado por todos don Pedro Giron, por la gentileza de Beltran, que marchaba á su izquierda, y por la nube de pajes que cerraban su marcha á retaguardia, un extranjero le hubiera tomado por el rey de Castilla que volvía á la ligera, por decirlo así, de una escursión de placer; los que le conocían, sabian bien que la corona de Enrique IV partida en tres pedazos, mas que suya era del arzobispo de Toledo don Alonso de Carrillo, y de sus sobrinos don Pedro Giron y don Juan Pacheco.

El paso confiado y seguro con que el maestre atravesaba los salones del alcázar contestando apenas á la multitud de cortesanos que esperaban para ver pasar al rey, demostraba demasiado que don Pedro tenia la conciencia de su poder y de su fuerza.

Llegóse al fin á una puerta severamente guardada por dos maceros, ostentosamente vestidos y ante los cuales se habian vuelto mas de tres encofetados señores; don Pedro, sin embargo, llegó como hubiera podido llegar á la puerta de su cámara y levantó el tapiz; los maceros, inmóviles ante él, cruzaron sus mazas al ir á pasar Beltran, que se detuvo.

«Es un caballero de mi casa, dijo con voz breve y despótica el maestre.»

Los maceros volvieron á su posición de estatuas, y Beltran pasó.

Los salones que seguían estaban desiertos, si se exceptuaba un personaje relumbrante que se paseaba en cada uno de ellos y se detenía, inclinándose al ver al maestre, para el cual levantaba el tapiz de la puerta de paso. Aquella era la servidumbre interior del alcázar.

«¿Cuántos albalaes en blanco y cuántos juro de heredad

habrán costado al rey todos estos relumbrones? dijo Beltran al maestro cuando pasaron de las primeras cámaras: dicen que su alteza acostumbra á ser bien pobremente servido.

—¿Y cómo quereis, don Beltran, que el rey continúe tratándose pobremente entre nosotros, como en medio de su familia? Eso seria esponerse á que su jóven esposa doña Juana de Portugal, que es pródiga y ostentosa, creyese que en vez de casarla con un rey la entregaban á un sacristan que come gigoté y bebe vino del mas barato. El rey no gasta lujo en nada mas que....

—En sus queridas....

—En su lujuria!

—Creo que es lo mismo.

—No, porque el rey no ama; el amor es un sentimiento demasiado noble para que pueda comprenderlo. Además, el rey es pobre. Las rentas de la corona, ya demasiado cercenadas por las mercedes enriqueñas, sufrieron un golpe cruel, del cual no se levantarán tan pronto, por la rapacidad de don Alvaro de Luna.

—Dicen, sin embargo, que el condestable era por sí mismo muy rico.

—¡Bah! ¿y de dónde creeis que vinieron sus riquezas?!

—Su padre....

—Su padre era un bribón, un avaro, que no se acordó de él para nada sino para acomodarlo de paje en palacio, quitándose de este modo de encima los gastos de su crianza. Don Alvaro supo ser rey de Castilla, y se enriqueció. Creedme, tengo motivos fundados para conocer al condestable, como que hemos sido enemigos á muerte.»

El rostro del maestro estaba cubierto al decir estas palabras por una palidez sombría.

Beltran conoció que debia ser discreto, y calló: llegaban entonces á otra cámara, á través de cuyos tapices se escuchaba el altercado de dos voces.

«Os digo, señor Enriquez del Castillo, decia una voz bronca, que todos vuestros aspavientos son inútiles.... os afirmo que lo he visto yo.... ¡y como que sí lo he visto!... una morena de

ojos negros, frescota, rolliza, y un si es no es descocada; la bar-
ragana en fin de un arzobispo.
—Apuesto á que hablan de don Alonso de Fonseca, dijo el
maestre deteniéndose antes de entrar.

—Creo que esa es la voz de... —

—El marido.... ó por mejor decir, del *antifaz* de doña
Mencía de Padilla.

—Si, de Hernando de Carrillo.

—Esperad, esperad un momento; creo que el buen cronista
defiende la honra del clero.... me divierte con su voz chillona
y sus arranques coléricos. Oid.

—¿De modo que, señor capitan del rey, vos afirmáis que esa
dama?.... exclamó una voz aguda detras del tapiz!

—Tened presente que yo no la he llamado dama.

—Esa muger, como queráis.

—Tampoco.... esa mugerzuela....

—Os escedéis, señor capitan.

—Y vos sois muy crédulo ó muy hipócrita, señor cronista.

—Bien, bien, basta con vos no hay medio de discurrir,
teneis la cabeza tan dura como vuestra rodela.... pero os ad-
vierto que don Alonso de Fonseca....

—Don Alonso de Fonseca no pasa de ser un pícaro con so-
tana....

—Pero que tiene puños....

—¡Bah! si os empeñais en llamar puños á las picardías....

—En fin, señor capitan, ¿dónde está su alteza?

—Jugando á la pelota, señor cronista.

—Guárdeos Dios, y ved que no estará demas que vos guar-
deis vuestra lengua.

—Siempre será menos cortante que vuestra pluma. Que Dios
guarde.»

Oyéronse pasos lentos y el maestre alzó el tapiz y entró.

«Que el diablo te lleve, exclamaba á la sazón Hernando de
Carrillo, mirando foseco á una puerta, cuyo tapiz se movia aun.

—¿Qué os sucede, primo? le dijo acercándose á él y tendién-
dole la mano don Pedro.

—¿Qué diablos ha de sucederme, si no es que acabo de sostener una porfia con ese Castillo, con ese cronista del diablo, que habla y tiene malicia por cien mugeres juntas? Esta es la décima riña desde que vine....

—¿Y cuándo habeis venido, primo?

—Esta mañana.

—¿Supongo que ya estará en Córdoba el arzobispo?

—Y su querida.

—¡Oh, oh! ¿don Alonso de Fonseca no confía mucho en las ausencias y se ha traído á doña Beatriz?

—Y sin doña Beatriz algunos clériguillos que...

—Vamos, primo, el cronista del rey tiene razón: vuestra lengua es un hacha.

—No sino un río de verdades: estoy furioso. Necesito hacer una de las mias.... ¡traerme á mí entre clérigos menores, entre un rufian mayordomo, y una mugerzuela insoportable!... ¡señor Carrillo, parad; se me ocurre un asunto urgente!... ¡señor Carrillo, afeitaos un tanto; pareceis un oso!... ¡señor Carrillo, contadnos alguna de vuestras aventuras!... ¡Parece bien á vuestra señoría que un caballero capitan de la guardia morisca, y del consejo de su alteza, sea traído así sin mas ni mas, como zarandillo de brujas, por una mozuela descarada y media docena de doncellas de labor con sotana.... como si no me bastara con mi esposa doña Mencía, y con el arcediano don Gonzalo? Si esto sigue así, voy á pedir la tenencia de un castillo en la frontera de Murcia ó de Jaén.... esto es insoportable.

—Yo creo, primo, que el placer de un suceso que no esperábais, es el que os tiene fuera de vos y no veis las cosas claras.... sois un hombre extraño; renegais de doña Mencía cuando...

—¡Cuando la encuentro en cinta!... ¡bah! sí, es verdad.... es una felicidad, ¡en cinta de... de seis meses!... y por lo mismo la alegría me tiene fuera de mí... ¡á los doce años!... ¡uf!...

Y el capitan empezó á pasear á lo largo de la antecámara, con el gesto mas ridículamente avinagrado que puede suponerse. Al volverse reparó por primera vez en Beltrán, que estaba algo

mas atrás que el maestre, y que tuvo lugar de reponerse de la sorpresa que le causó el saber que Hernando de Carrillo conocia el embarazo de su esposa.

«¡Ah! ¿sois vos, señor Beltran de la Cueva? dijo deteniéndose y mirándole con estrañeza.

—Decid, don Beltran, primo! ¿no veis que trae espuela de oro y cadena dorada?

—¡Ah! ¡ah! es verdad, venis de familia que tiene señorío, y sois caballero: ¡cuánto me place! hanme dicho que habeis tenido un lance, un lance por cierta dama.

—No os comprendo.

—Pues yo sí me entiendo, vive Dios, y necesito hablaros.... hablaros mucho.

Beltran creyó que Hernando Carrillo sabia su intimidad con doña Mencía, y que, por lo mismo, sus palabras tenian la intencion de un reto.

«Cuando, y como gustéis, os escupharé, caballero, dijo con sequedad.»

El maestre no perdió ni el primer movimiento de interés de Beltran, ni la intencion de sus palabras.

«Seria donoso, pensó para sí, y luego añadió alto; ya veis don Beltran cuán raro es mi primo; hace doce años que se casó, ama á su esposa, es adorado por ella, deseaban un hijo, y cuando Dios se lo concedé, está ni mas ni menos tan furioso como un lobo cogido en una trampa.»

—Eso consiste, don Pedro, en la manera que cada cual tiene para espresar sus sentimientos.

—Decis bien, decis bien, amigo mio, contestó el capitán: lo que es yo bramo de gozo, y estoy tan alegre, que de buena gana saltaria los sesos á todos los confesores.... á todos los arcedi.... pero.... ya hablaremos.... ¿no es verdad que hablaremos?....

—Os repitó que cuando gustéis, contestó con doble sequedad Beltran....

—Pues hasta luego, señores.... ¡ah! me olvidaba de preguntaros dónde, y cuándo.

—Lo dejó á vuestra eleccion.

—¿Esta noche?

—No tengo reparo.

—¿A la queda?

—A la queda.

—En la taberna de los Donceles; vos no conocéis á Córdoba.... pues bien, preguntad por la torre de los Donceles.... todos os darán razon.... junto al muro, al pié de la torre mayor hay una taberna con una linterna verde sobre la puerta.... llamad y pronunciad mi nombre.... ¡cuánto me alegro de haberos encontrado! tenemos que hablar mucho... mucho... muchísimo.... Dios guarde á vuestra señoría, primo....

—¡Cómo! ¿os vais?

—Sí, diablo.... ¡tengo que ir á la casa del obispo á recoger á nuestro buen amigo don Alonso de Fonseca, y traerle en litera de corte con guardia del rey! ¿qué diablos sino habia yo de hacer con la cota de armas calada sobre el arnés?... esto es indigno.... nos tratan como podencos.... es menester, sí, ello es preciso, hacer algo ruidoso.... que mejore esto.... estamos muy mal.... Dios guarde á vuestra señoría.... hasta la noche, don Beltran.»

Hernando de Carrillo salió por la misma puerta por donde habian entrado el maestre y don Beltran.

«¡Ah! ¿es vuestro primo ese hidalgo?

—¡Hijo bastardo de un hermano bastardo de mi tio el arzobispo don Alonso de Carrillo!.... dijo con cierto desden el maestre.... asi anda Castilla.»

El maestre, al hablar de la bastardía de los demas, se olvidaba de lo bastardo de su origen.

«Me alegro de que sea tan largo vuestro parentesco....

—¡Ah! ¿pensais en dar una leccion de armas á mi primo?

—Creo que me ha provocado.

—La conciencia os acusa, y trocáis el sentido de las palabras.

—¡La conciencia! dijo mirando con fijeza Beltran al maestre.

—¡Pues no! paréceme que mi primo os debe un regalo....

—Os engañais, don Pedro, doña Mencía de Padilla....

—¡Es vuestra amante, caballero! le interrumpió el maestre

pretendiendo escudriñar con la punzante mirada de sus redondos ojos el fondo del alma de Beltran.

—¡Mi amante! quisieralo Dios, porque en verdad, es muy hermosa doña Mencía.»

Pronunció con tal aplomo el jóven estas palabras, que desconcertó al maestro.

«¿Por qué, pues, entonces, habeis contestado con un acento de reto, que en verdad no lo ha entendido, á mi primo?»

—Porque anda de por medio un arcediano, que es capaz de intrigar en un desierto.

—¿Y quién es ese clérigo?...

—Don Gonzalo de Arévalo....

—¡Ah! ¿el buen canónigo de Toledo vuelve á las andadas?

—Es confesor de doña Mencía.

—Y doña Mencía.... ¡Diablo, diablo! nunca consigo ver claro cuando anda en lo que miro, esa señora.

—Doña Mencía goza de gran favor en la corte.

—Y en todos los bandos.... el marqués de Santillana su tío, la adora, y ya sabeis que este viejo poeta era mucho de don Alvaro y de don Juan el II, y por consiguiente es mi enemigo; yo la respeto, me doblego hasta cierto punto á su voluntad, y vos sois una prueba clara de ello; mi hermano don Juan la teme y la adula, mi tío el arzobispo huye de ella, y el rey....

—El rey la ama.

—¡Oh! exclamó el marqués como quien recibe una idea luminosa cayendo en el lazo que le habia armado Beltran.... pero reponiéndose añadió: ¿y qué pruebas teneis de.... de el amor del rey á doña Mencía?

—Acaba de nombrarla dama de honor de doña Juana de Portugal.

—¿Y por dónde sabeis vos eso? no os habeis separado de mí desde que llegamos á la corte, y no es natural que en vuestro pueblo lo supiéreis.

—El arcediano don Gonzalo, era mi maestro.... sabia que estaba enamorado, y que era ambicioso....

—¡Ah, estáis enamorado!

—Sí, de doña Mencía de Mendoza, dijo con negligencia Beltran.»

Frunció un tanto el entrecejo el maestro al saber que Beltran amaba á una nieta de su enemigo.

«Y... ¿la jóven doña Mencía os ama? dijo de una manera sutil el maestro.

—Me ha repetido de nuevo la promesa que me hizo en Úbeda.

—¿Cuándo nada érais aun?

—Cuando era Beltran de la Cueva.

—Bien, muy bien, mi gentil ahijado; precisó será que yo os sirva de padrino, y que mi tío el arzobispo don Alonso de Carrillo haga una bendicion mas.... ¿y cuándo pensais?»

—Aun no, don Pedro, será necesario antes que yo os pague lo que os debo.

—¿Y para empezar á pagarme habeis pensado en jugar vuestra partida con el rey?

—Pienso, don Pedro, que sin el rey podría pagaros.

—Pero siempre es bueno empezar ganando.... á propósito, el sol se pone, y si tardamos, tendreis que vaciar vuestra escarcela, vuestras mangas y vuestra gorra sin provecho.... Vamos á buscar al rey.»

El maestro y el jóven que habian permanecido en la misma antecámara donde encontraron á Carrillo, se pusieron en marcha, atravesaron una puerta y entraron en una larga galería árabe.

Adelantaban en silencio; el maestro iba hartó pensativo; y no meditaba menos Beltran.

«Es necesario, pensaba el maestro, tener bajo nuestra mano pero lejos de nosotros, á esta ambicion que empieza; pongámosle al servicio del rey. Acaso mi hermano Juan tenga razon; acaso este niño que es ya tan hombre, será para nosotros lo que nosotros fuimos para don Alvaro de Luna: pero en todo caso.... siempre hay lugar.»

Y al pensar sus últimas palabras el maestro, manoseaba maquinalmente la preciosa empuñadura de su daga.

«Atencion, pensaba á su vez Beltran: creo que ha llegado

ya el momento de poner á prueba mi astucia y mi valor: el camino va haciéndose difícil y trabajoso: si me inclinó demasiado pronto á una de sus orillas, me precipitó, caigo, soy perdido; esperemos á que el camino se ensanche.»

Al concluir Beltran su pensamiento, acababan de bajar una escalera de piedra por la cual entraron á un patio, destartado y feo, parté del cual era jardin y parte juego de pelota.

En este habia dos hombres jugando, uno llevando el tanteo, y una docena mas mirando. A la puerta del patio que correspondia á las escaleras, habia dos pajes y dos donceles espada en mano.

El maestro dijo su nombre á uno de los pajes, y este volviéndose á uno de los dos hombres que jugaban, gritó sin moverse de su sitio.

«El alto y poderoso señor maestro de Calatrava!»

Uno de los hombres que jugaban, se volvió entonces, pero no para responder, sino para botar una pelota que lanzó contra el trinquete con un vigor admirable, gritando al mismo tiempo:

«¡Juego, Benavente, juego!»

Benavente corrió en vano á alcanzar el rebote de la pelota que salvó la tapia de enfrente y se perdió.

«Y van seis, exclamó riendo el que habia jugado; otra pelota, Paredes, otra pelota.»

—Es señor que no me quedan más que dos, dijo el conde de Paredes sacando una enorme pelota de una caja situada junto á él, en un poyo de piedra.

—Juego, repitió aquel á quien llamaban señor, haciendo crujir su pala y lanzando otra pelota, juego, Benavente.»

Pero el conde de Benavente no se movió, la pelota habia descrito una inmensa parábola, y se habia perdido como la anterior.

«Ah, ah! ¿conoces que es en vano jugar conmigo! tengo mucho brazo! ¿eh?»

—Con vuestra vénia, señor.....

—Y bien, ¿qué tienes que decir á esto?»

—Tengo que decir, que esto nó es jugar á la pelota, sino á perder pelotas.

— ¡Ah, ah! ¡á perder pelotas! sí, es verdad; esto se parece á el juego de aquellos que solo conspiran para perder la cabeza, ¿eh? otra pelota, Paredes.

— La última, señor, dijo el conde dándosela. De nuevo el pajé de la puerta incitado por don Pedro Giron que se impacientaba, gritó con mas fuerza:

«El alto y poderoso señor, maestre de Calatrava!»
Entonces el señor se volvió, no para jugar, aunque ya tenia puesta aquella postrer pelota sobre la pala, sino para mirar á la puerta.

«¡Ah, ah! ¡eres tú, mi buen Giron! ¡y que me place! tú traeras pelotas, ¿eh? Paredes no ha traído mas que ocho.... ¡bah! tienes el gesto avinagrado, ¿qué te sucede, don Pedro? ¿eh? ¿te sale mal tu juego?»

— Yo no juego mas que á servir lealmente á vuestra alteza, señor.

— ¡Ah, ah! ¿para servirme? cualquiera diria que lo haces ahora de mala gana.

— Al contrario, por complacer á vuestra alteza, puesto que tan dado es al juego de pelota, traigo conmigo un insigne proveedor.

— ¡Ah! ¿será acaso ese mancebo? ¡Gentil presencia! ¿y te ejercitas, mózo, en el oficio de pelotero? buenas ganancias debe de rendir, cuando te da para brocados mejores que los lleva en los dias de fiesta á misa el rey.

— Este caballero, señor, es don Beltran de la Cueva.

— ¡De la Cueva! ¡de la Cueva! yo conozco ese apellido; sí, yo le conozco; era, era partidario....

— Del rey don Juan, padre de vuestra alteza, señor....

Nublóse el rostro de Enrique IV, que él era, á aquella audaz observacion; los caballeros que estaban mas próximos al rey, miraron con cierto respeto á aquel jóven que se atrevia á recordar sus pasadas rebeldías contra su padre al rey.

«¡Ah, ah! dijo don Enrique, mirando de una manera sesgada y profunda al jóven, pero sin dejar de sonreirse; tu padre era.... partidario del rey difunto....»

— Partidario no, señor, vasallo fiel; el pendon de los de la

Cueva no se ha apartado, ni se apartará jamás, del pendon real.

—Juego, Benavente, exclamó el rey volviéndose al trinquete y lanzando distraído la última pelota.

Por efecto de su distraccion, no se cuidó de impulsarla con una fuerza igual á las anteriores, y Benavente, que era vigoroso, logró alcanzarla, y antes de que votase la voleó lanzándola con una fuerza prodigiosa al trinquete.

«Ah, ah! tu caballero, Giron, me ha distraído, dijo el rey, corriendo tras la pelota y volviéndola á lanzar; este será un tanto reñido; mira, mira, cuan bien me la devuelve; es buen jugador Pimentel; allá va; procura, conde, que no te la pille en corto; ¡ah, ah! ¡ahora!»

Y recogiendo la pelota, que habia rebotado á pocas varas del trinquete la hizo saltar por cima de la pared de enfrente.

«Otra pelota, Paredes...»

—Ya tuve la honra de decir á vuestra alteza al darle la anterior, que era la última.

—¡Ah, te has quedado sin pelotas! ¡pobre Benavente! ¡esto quiere decir que hemos concluido.

—Empezad á desembuchar, don Beltran, le dijo el maestro.

—Si vuestra alteza me permite, señor...

—¡Ah! ¡eres tú! ¡mi vasallo leal! ¿y qué quieres, eh, qué quieres?

—Si vuestra alteza se digna, contestó el jóven sacando una pelota de su escarcela y mostrándola al rey.

—¡Ah! venias prevenido..... voy creyendo que no hablas en vano..... ya se ve que eres un buen servidor..... ¿y son así todas tus pelotas?

—No, no, señor; no todas: estas son de corteza de alcornoque, redondeadas con cuerdas de vihuela, y forradas de baqueta á una costura.

—Juego, Benavente, gritó el rey; vamos á probar las pelotas de don Beltran de la Cueva.

Y la pelota de Beltranico se despidió silbando como una bala de la pared, y describió una parábola tres veces mas extensa que las anteriores, yendo á perderse fuera como ellas.

«Te nombró mi proveedor de pelotas, mozo; te daré por cada una un maravedí de plata. Otra.»

Beltran sacó la segunda de su escarcela, y el rey volvió á gritar:

«¡Juego, Benavente, juego!»

La segunda se perdió como la primera, y el rey pidió otra.

Sucesivamente se perdieron seis. Beltran recurrió á su gorra, que tenía puesta debajo del brazo, y sacó, una tras otra, otras cuatro que fueron igualmente perdidas.

El rey estaba transportado de alegría, y miraba con un placer, que nos atreveremos á llamar salvaje, á Benavente, que fatigado, con sobrealiento, estaba en la misma situación que un podenco cansado que se para jadeando y mira á su dueño temeroso de que le haga correr de nuevo.

«¿Y no te quedan mas pelotas, la Cueva? dijo el rey volviéndose al jóven.»

Don Rodrigo Pimentel lanzó una mirada suplicante al jóven. Aquella mirada tenía mucho de cómico.

«Si señor, que mas me quedan,» dijo Beltran, mostrándose impasible á la mirada del conde de Benavente y sacando otra pelota de su manga derecha.

«Bien, bien, muy bien; te permito, la Cueva, que pongas en tu escudo por empresa pelotas de oro en campo verde. Juego, Benavente.»

El rey lanzó la pelota, pero el conde no se movió.

«¿Qué es esto? dijo con una espresion de innoble gozó el rey? ¿Te rindes, Pimentel?»

«No puedo mas, señor, contestó el conde jadeando; y si bien se mira, mi persona es inútil; vuestra alteza juega sólo.»

«¿No hay quien me haga la partida? dijo el rey volviéndose á sus caballeros; aun queda media hora de dia.»

«Si vuestra alteza lo desea,» dijo don Diego Hurtado de Mendoza, hijo primogénito del marqués de Santillana, «pero vuestra alteza sabe muy bien que yo entiendo hárto poco de pelotas.»

«¡Bah! no servis para nada mas que para haceros con juros»

de heredad y para conspirar cuando no andamos muy pródigos: ¿No es verdad, Giron? ahí tienes al señor marqués de Santillana, que no parece sino que él se casa según anda de pensativo.

—Pienso, señor, que tarda mucho su alteza doña Juana.....

—¡Eh! doña Juana..... ahora no se trata de eso; ¿hay quien me haga la partida, sí ó no?»

Beltran miró con una particular espresion de deseo al maestro.

«Si vuestra alteza, dijo don Pedro Giron comprendiendo la mirada de Beltran, consintiera en honrar á mi ahijado.....»

—¡Ah! ¿es tu ahijado el señor de la Cueva?... y que me place..... dame otra pelota, mozo, y en juego, en juego.»

Beltran introdujo su gorra en su talabarte, arrojó su espada fuera de la raya del juego, y se puso á punta de raya á esperar la pelota.

«¡Qué! ¿cómo es eso? en el juego no hay privilegios, de la Cueva; tratándose de pelotas, mírame como á otro cualquiera, sin compasion; no quiero que me cedas la salida; probemos á la raya; ya sabes, el que se acerque más.»

El rey probó, y puso la pelota á medio palmo de la raya.

«¡Eh! señala, Giron, dijo el rey; no está mal ¿eh? buen temple; veamos, veamos mozo; ten cuidado, porque tus pelotas botan mucho.»

Beltran probó: la pelota vino á caer en la misma raya.

«¡Por Santiago de Compostela y todos los apóstoles! ¡Diablo! esto no puede ser mas que una casualidad. Pero ante todo, las leyes del juego. Sal, de la Cueva, sal.»

Beltran tomó una pala y se preparó á lanzar la pelota.—

«Aguarda, le dijo el rey; ante todo, júrame como caballero que no dejarás de hacer cuanto puedas por ganarme.»

—Lo juró, señor.

—Pues adelante.

—¡Juegol gritó Beltran.»

Escuchóse el doble golpe de la pala y de la pared, y la pelota partió, viniendo á dar en el ángulo formado por la pared y el terreno, á lo largo del cual se deslizó como una bala.

El rey no la pudo volver.

«Un tanto á don Beltran, dijo Enrique IV, de cuyo semblante habia desaparecido su triunfadora sonrisa.»

Beltran volvió á salir y aconteció lo mismo.

«¡Diablo! exclamó el rey, ¡pues esto no es ya casualidad!

—¡Juego! repitió Beltran.»

Por tercera vez la pelota se deslizó á lo largo del ángulo.

«Escucha, de la Cueva; te mando que dejes ese juego, porque creo que acabarás por no dejarme meter la pala.

—Vuestra alteza me ha ordenado que juegue cuanto sepa.

—Ahora te mando que juegues claro.

—En ese caso, suplico á vuestra alteza que se ponga á la punta de la segunda raya.»

El rey corrió á colocarse en el sitio indicado por Beltran; á la voz de juego de este, la pelota fue á rebotar de la manera mas limpia del mundo á tiro de pala del rey, que la volvió con toda su fuerza; pero como estaba á larga distancia, la pelota rebotó á poco trecho de la parte afuera de la raya de salida. Beltran la recogió blandamente, y la pelota rebotó á dos varas de la pared; por mas que el rey quiso correr, llegó tarde y perdió el tanto.

Esto sucedió del mismo modo tres veces consecutivas; el conde de Benavente se miró vengado, y sonrió para sí; el rey jadeaba como habia jadeado él.

«Está visto, dijo el rey arrojando su pala con un despecho mal encubierto; en esto de pelotas, y singularmente de solo á solo, me ganas, Beltran. Tú serás mi maestro ¿eh?

—¡Señor!

—¡El alto é ilustrísimo señor arzobispo de Sevilla, acaba de llegar al alcázar! gritó un paje desde la puerta.

—Y llega á tiempo, ¡vive Dios! dijo el rey. Caballerós, por esta tarde hemos concluido; ¿eh? ¿eh? añadió el rey mirando de una manera particular á Beltran y golpeándole en el hombro, ¿quieres ser de mi casa, de la Cueva?»

El jóven necesitó de todo su dominio para no mostrar la impresion que le causó la pregunta del rey.

«En verdad, señor, que vuestra alteza me honra en demasía, pero.....»

—¿Pero qué?....»

—A la sazón soy de la casa de don Pedro, á quien debo.....»

—¡Cómo, Giron! ¿consentirás en retener en tu casa este hidalgo, cuando yo lo deseo?

—De ningun modo, señor, contad con él desde luego: yo le levanto el pleito hemenaje de ahijado de la órden de Calatrava, y mañana.....»

—Esto es..... mañana que probablemente llegará la princesa..... me acompañarás á recibirla, don Beltran..... solo que para ello no será preciso que te proveas de pelotas. Con que hasta mañana, caballeros, hasta mañana.»

Y asiendo el brazo del marqués de Santillana, salió á paso precipitado del juego de pelotas.

CAPITULO XVI.

En que empieza á comprenderse la razon de los favores que hacia el maestre á Beltran de la Cueba.

«Ya sois del rey, don Beltran, le dijo el maestre saliendo con él del juego de pelota: desde ahora sois libre, pero tengo que advertiros.....

—¿Qué, don Pedro?

—Estais en un punto en que se abren para vos muchos caminos: sois hermoso, gentil, valiente, audaz, entendido: podeis elevaros mucho, pero ved bien antes de aventuraros qué camino elegis.

—Creo don Pedro que suponeis en mí....

—Nada supongo: sé que sois ambicioso y confiado en vuestras propias fuerzas; habeis engañado sin quererlo, ó por mejor decir, habeis sido comprendido mal por doña Mencía, que enamorada de vos, no ha sabido leer bien en vuestra alma.

—Ved que calumniais á doña Mencía.

—Don Beltran, sois un cumplido caballero, y mereceis toda la felicidad que esa hermosa y noble señora os procura con su amor.

—Os repito.....

—No insistamos mas en esto: supongamos solamente que doña Mencía os ama con todo el ardor de un alma virgen que nunca ha amado..... es una suposicion, insistió el marqués en vista de un movimiento de Beltran, y como supongo única-

mente, os ruego que me escuchéis. Esa dama, de cualquier manera que la consideréis, es un tesoro. Su honra se ha conservado pura en medio de la escandalosa corrupcion de la corte de Castilla, donde hay muy pocas mugeres á quien un noble pueda tender su mano para hacerla su esposa sin deshonorarse. Doña Mencía ha sido requerida por el rey y ha resistido. Yo mismo la he ofrecido mi nombre y mis riquezas.

—¿Vos, gran freire de una órden religiosa, habeis pensado en casaros con una muger casada?

—¡Bah! todo se reducía á hacer dejacion del maestrazgo, á pedir dispensacion de mis votos al papa, y á enviar á la frontera á Hernando de Carrillo, recomendado á un buen balletero que en la primera ocasion y en lo mas trabado de una arremetida, le enviase una jara de dos puntas á las espaldas: yo sin votos, y ella viuda.....

—¡Ah! de ese modo..... contestó Beltran sin conmoverse á la enunciacion de aquel horrible crimen hecha con una frialdad repugnante.

—Para que esto haya sido una verdad, solo ha faltado que ella aceptara. Yo, gran maestro de una órden de valientes caballeros; yo, que poseo el territorio de media España; yo, que soy mas rey que el rey, hubiera enloquecido con el amor de esa muger: vos niño aun, le sentis sin duda, pero le dominais porque vuestra ambicion es mayor que vuestro amor. Pero ved Beltran cómo avanzais, cómo elegis vuestro camino. Una vez empeñado, una vez con enemigos y partidarios, el hombre no se pertenece, pertenece á su partido y á la venganza de sus enemigos, que se ve obligado á burlar ó á precaver á cada paso. Tened presente que todo lo debéis á doña Mencía, que sin ella, no digo que no hubiéseis hecho fortuna, porque el hombre que tiene como vos corazon, ambicion y buen ingenio, pronto ó tarde llega á ser algo, pero os hubiérais visto humillado, oscurecido á los principios, como un simple aventurero, abrumado por las dificultades, cansado por una continúa lucha. Doña Mencía os ha ahorrado todo eso; no digo que yo he tenido parte, porque sin la carta de vuestra..... amiga, no os hubiera tomado á mi servicio,

ni para paje. No digo por esto que vos no valgais mucho, sino que en la córte vale mas una mala recomendacion, que todas las mas preciosas cualidades juntas. Amad, pues, mucho á esa dama, arrojaos en sus brazos, y dejaos conducir por ellos. Sereis: indudablemente sereis mucho. Creo veros ya poseedor de un maestrazgo, adulado por la corte, favorecido por el rey y temido por los cortesanos. No sé porqué creo que el nombre de don Beltran de la Cueva ha de ser célebre en la historia.

—El afecto que he tenido la fortuna de inspiraros, don Pedro, es el que os hace pronosticarme tan buena dicha.

—Pero que mis pronósticos no os desvanezcan, don Beltran. Tened muy en cuenta que el terreno de la corte es resbaladizo; que el que cae, cae sobre sangre, y que siempre hay á su alrededor enemigos envidiosos, prontos á arrojarse sobre él como tigres y á despedazarle.

—Suponeis en mí ambiciones.....

—Que existen sin saber adónde van; vos sois uno de esos hombres que no viven bien confundidos entre la multitud; que luchais por levantar sobre ella vuestra cabeza; pero si la levantaiis demasiado pronto ó torpemente..... no sé qué conseja antigua cuenta mi tio el arzobispo de Toledo de un tal Tarquino.....

—¡Ah! el que cortó en su huerto las hortalizas que sobresalian de las demás.

—Eso es; pero si os unís á mí, si me servís..... si me servís, entendedlo bien, don Beltran, repitió el maestre recalcando aquella frase, podreis ser mi heredero; pero la parte del leon es mia, y estad seguro de que la defenderé, y que para ello tengo brio, fuerza y buenas garras.»

Destelló un relámpago de altivez y de reto en los ojos de Beltran, que se apagó antes de que pudiese notarlo el maestre, que por fortuna no le miraba.

«Si me servís, os repito, podeis ser mi primer amigo, y despues mi heredero. Castilla es un gran pais, y sobre todo muy rico. Tiene mugeres hermosas, valientes soldados: mi vista está fija en ese reino moro de Granada, al que no tardaré en embestir y en hacer pedazos mas tiempo que el que necesite para ser

el primero, el mas fuerte, el único señor de Castilla; por fortuna él no es rey ni hombre, y los de su partido le van abandonando á medida que le faltan tierras y oro con que enriquecerlos. Su alteza es un hombre que no puede tener amores ni amigos sino comprados. Inútil, enteramente inútil.... la reina.... no sabemos lo que puede ser la reina.... á veces una muger.... ya ha sucedido no hace muchos años.... dá al traste con las empresas mejor meditadas.... pero el amor á la vez dá al traste con las mugeres.....»

Miró el maestre de una manera tan fija y expresiva al jóven, que este se sonrojó.

«Aun tenéis candor, y eso os hace doblemente bello, Beltran.... si empenáseis una nueva partida....»

—¿De pelota?

—No, de amor.

—¿De amor?

—Mirad, dijo el maestre sacando un medallón del bolsillo y acercándose á una de las lámparas que alumbraban la galería que iban atravesando; ¿qué os parece de esta dama?

—Es hermosísima; ¡vive Dios! y jóven

—Diez y siete años.... ¿os creéis capaz de enamoraros de ella?

—¿Y doña Mencía?... ¿no me habíais encargado.... la lealtad?

—Es que los amores con esta dama deben ser muy recatados.

—¿Es de la corte?...

—Sí.

—¿Y creéis que ella me amaré?...»

—Creo que vos sois el caballero mas apuesto de Castilla.

—De Castilla, puede ser, dijo sonriendo Beltran, no quiero contradeciros, pero tened en cuenta....»

—¿Qué?

—Que os habeis olvidado de Aragon.

—De Aragon.... záfios, feroces, iracundos.... siempre con sus fueros y sus libertades.... un caballero aragonés es un oso para las damas.

—Alguno hay sin embargo, que lleva fecha de ser afortunado en la corte de Castilla y en la de Navarra.

—¡Ah! ¡diablo! ¡el señor Juan Rodríguez del Padrón! pero ese hombre morirá de amor de reina. Me lo dá el corazon.

—Ya ha estado á punto de morir de amor de dama.

—Sí, sí; ya sé que habeis tenido el honor de hacerle conocer la punta de vuestra espada: tened presente para otra vez, que debe profundizarse mas, y no andeis avaro de estocadas si se os atraviesa como un obstáculo entre vos y esta dama.

—Pero esa dama...

—¿No os basta que sea hermosa?

—Su nombre...

—Le sabreis mañana.

—¿Mañana?

—Sí, puesto que vais á recibir á la reina acompañando al rey.

—¿Es, pues, de su servidumbre?

—Es de las que vienen de Portugal.

—No insisto, porque creo que teneis empeño...

—El deseo, sea del género que fuere, es ya un buen principio para el amor, y yo quiero que ameis á esa muger.

—En verdad que me creeis muy fácil en amar.

—Sois demasiado jóven, y de esa magnífica rosa que se llama muger, no habeis probado mas que el perfume; aun no os han ensangrentado sus espinas: el amor es todavía para vos una necesidad de alma, y apuesto á que solo por este pequeño traslado amais ya á vuestra hermosa desconocida.... Mañana, casi de seguro llegará la reina, es necesario que os presenteis en la nueva corte deslumbrante de riqueza. Os espero mañana á almorzar, don Beltran.

Habian llegado á la antecámara real y el maestro, cortando bruscamente la conversacion, tendió la mano al jóven, se la estrechó, y sin decir mas se separó de él y pasó sin ser detenido bajo el tapiz que cubria la puerta de la cámara real.

Fuese olvido ó premeditacion, el retrato quedó en manos de Beltran, que cavizbajo y pensativo se encaminó á la salida del alcázar.

«¡La reina! sin duda es la reina, dijo Beltran, pero ¡Dios

mio! esta es una corte infame: todo sirve para escalón de los ambiciosos: la fé de un caballero, la virtud de una muger; es necesario que todos estén sujetos á tí, gran maestro de Calatrava, que te provean de secretos vergonzosos para que puedas disponer de ellos á tu placer. Pues bien, tú me has indicado un camino precioso..... el amor de una reina..... una reina jóven y enamorada puede hacer rey á su amante..... ó morir con él..... vamos, el aire de la corte embriaga. Dices bien, Giron, el terreno que pisamos es resbaladizo..... y.....»

Beltrán se detuvo, una forma blanca acompañada de otra forma negra acaba de subir las escaleras del alcázar, y se había detenido frente á él.

«Mencía, adorada Mencía, dijo el jóven.

—Callad, contestó ella poniéndose su pequeño dedo en la boca y guiñando maliciosamente hácia el lugar en que se encontraba la dueña. —callad, esta noche á las doce, añadió en voz muy baja.

—¿Por dónde?

—Por las rejas de la calle del Cristo.

—Iré.

—¿Qué os decia ese caballero? exclamó la gruñona vieja que acababa de subir las escaleras.

—Me saludaba. —es don Beltrán de la Cueva.

—¡Ah! ¡ah! ¿el bizarro trovador de quien tan bien habla mi señor el marqués? Que os bendiga Dios, caballero mio.

—Id, id con Dios, buena dueña, y no seais tan guardadora.

—¿Cómo! dijo la dueña haciéndose la cansada, y deteniéndose un momento mientras la jóven Mencía de Mendoza, que ella era, se alejaba saltando por la galería.... ¿qué quereis decir de guardar?

—Que se guardan mas fácilmente escudos que doncellas.»

Y Beltrán dejó caer cuatro Enriques de oro en la mano de la dueña.

—¿Y qué quereis?

—La casa del marqués tendrá postigo?

—Sí, sin duda.

—¿Al callejón del Cristo?

—Sí.

—Esta noche á las doce, dejad la llave de ese postigo debajo de él, de manera que se pueda tomar desde la calle, y ved si encontráis algo con que cambiarla.

—¡Jesus, Jesus, señor!»

Beltran se lanzó por las escaleras, y la dueña se encaminó hácia la jóven Mencía, que la llamaba, riéndose de su torpe lentitud.

«He aquí que la fortuna me sonríe, dijo Beltran. Mencía de Mendoza me pertenecerá como amante, para ser mia como esposa..... doña Mencía de Padilla..... llorará..... pero mi padre llora tambien; yo siento aquí una sed insaciable, (y se oprímia el pecho sobre el corazon) y luego la reina, ¡Dios mio, Dios mio! no sé donde estoy, mi cabeza es un volcan.»
Y en verdad, el jóven estaba embriagado en una de esas situaciones en que se sueña despierto, en que los ojos están vueltos al alma y se anda maquinalmente, por instinto, pero sin ver lo que pasa á nuestro alrededor. Asi es que no vió á Hernando de Carrillo que acababa de bajar á saltos las escaleras siguiéndole y se le habia puesto delante.

«¡Eh! ¡señor Beltran! ¿en qué pensáis? ¡diablo! pronto ós desvanece la corte, ya sé que habeis ganado una partida de pelota al rey. Acaba de decírmelo mi muger que os ha visto desde las celosías de sus habitaciones que dan al alcázar.

—¡Ah! ¿vive vuestra esposa en el alcázar?

—¿Pues no? siendo dama de la reina....

—Decis bien; vendreis sin duda de gozar en su compañía un rato de placer; en la situacion en que se encuentra vuestra noble esposa debe seros interesante.

—¡Hum! no digo que.... su embarazo me tiene cuidadoso.... y en fin, ello era necesario que nos entendiésemos, porque..... disimulad mi torpeza, don Beltran; cuando hablo de mi muger, no sé lo que me digo, y cuando de tiempo en tiempo.... muy de tiempo en tiempo, me veo delante de ella, pretendo en vano usar de mis fueros naturales como hombre, y de mis derechos

como esposo.... soy enteramente mudo, y ella lo habla todo.... yo no digo mas que sí, ó no. ¡Diablo! ello es que mi muger es yo, y yo soy ella, ¿me entendeis? He ido á verla sin soltar los hierros, para tener.... es decir, para provocar una esplicacion.... he ordenado las razones que debia decirle, las he aprendido de memoria.... y no he hecho al fin mas que oír hablar de vos, y de vuestra galanura y de vuestra destreza.... y en fin.... necesitamos hablar, y hablar mucho, don Beltrán; os espero en la consabida taberna: un farol verde, ya sabeis; á la sombra de la torre de los Donceles.

—¿Y á la queda?

—A la queda.

—¿Será muy larga nuestra conversacion?

—¡Eh! no: solo quiero.... luego lo vereis: con que, adios; estoy rendido, me he llevado todo el dia con el arnés de corte á cuestras. Esta es una vida de perros: hasta luego, don Beltran, hasta luego.»

Habian bajado entretanto la escalera, y Hernando de Carrillo cobró su caballo, que le tenia de la brida un paje; montó y partió seguido de algunos escuderos.

El capitán del rey, á parte de su rudeza y de su carácter extraño, era un señor, como otro cualquiera de los de entonces, que sostenia un estado espléndido á la sombra de los abusos que rodeaban al trono.

Beltran permaneció un momento inmóvil en el vestibulo del alcázar, hasta que se perdió á lo lejos en las calles vecinas Hernando de Carrillo.

Entonces se volvió atrás, y subió de nuevo las escaleras. En lo alto encontró á un viejo escudero, cuyo semblante no le era desconocido.

«Buscaba á vuesamercé, señor, le dijo aquel hombre.

—¿Y qué me quereis, quién sois?

—Soy escudero de la noble señora doña Mencía de Padilla.»

El recuerdo de Beltran se esclareció entonces, y reconoció al viejo servidor que le habia introducido algunas noches antes

en la antecámara de doña Mencía, en la casa del marqués de Santillana.

«Mi señora, dijo el escudero, me encarga que os entregue estas letras.

—Decid á vuestra señora que cumpliré fielmente lo que en ellas me manda, dijo Beltran despues de haber leído la epístola, dando un doblon al escudero.

—¡Diablo! se dijo cuando se encontró solo; doña Mencía me cita á las doce: cabalmente cuando debe esperarme la otra Mencía. El capitán me espera á la queda, y tengo ánsia de verme á solas con este retrato. Empecemos por lo último. Primero, á casa del maestre; luego, á la taberna de los Donceles; despues, al callejon del Cristo, y por último al alcázar..... adelantándose una hora á la cita de Mencía de Mendoza..... sí, eso es..... todo irá bien.





D. PEDRO GIRON.

CAPITULO XVII.

De cómo se entendieron don Pedro Giron y don Beltran de la Cueva.

El dia siguiente, á las nueve de la mañana, aun no se había levantado Beltran: esto era escandaloso en aquellos tiempos, en que por lo general el mas perezoso se levantaba con el sol. El maestro le esperaba impaciente para el almuerzo: fue preciso llamarle. Media hora despues se presentó el jóven. Estaba pálido y una gravedad mas profunda que la que generalmente caracterizaba su semblante, daba un aspecto mas intenso á aquella palidez. El maestro, que era poco sufrido y enormemente activo, hubo de contener á duras penas su disgusto por habersé visto obligado á esperar á un hombre que le debia mucho, tal vez la mayor parte de sus buenos principios en la carrera cortesana.

«¿Estais enfermo, don Beltran? le preguntó con un tono un tanto indisplaciente.

—Desearia saber por qué me haceis esa pregunta, contestó Beltran con gravedad.

—Sois madrugador... mi buen amigo, contestó dulcificándose el maestro, y me ha hecho temer una triste causa la alteración de vuestras costumbres.

—He pasado una noche inquieta, señor maestro, dijo Beltran sentándose á la mesa.

—Vamos, ¿estais enamorado?

—No, á fé..... no soy tan afortunado.....

—Para amar no se necesita fortuna, á no ser que sea para vos una misma cosa enamoraros y ser amado. ¡Ah! ¡don Beltran, don Beltran! os lo repito, para vos aun es la muger una rosa sin espinas.»

Beltran suspiró, y dejó el plato en que habia empezado á comer.

«Ya sabia yo que algo de nuevo os acontecia. Vuestras esplicaciones con Hernando de Carrillo, con mi pobre primo.....

—Han sido satisfactorias..... tenia celos.

—¿Y vos?

—He procurado dejarle en ellos.

—¡Ah! ¿celos del rey?

—Hernando de Carrillo, ha cometido la bajeza de confesarme, cuando apenas me conoce, que no le pertenece doña Mencía, y como el estado en que se encuentra esa señora.....

—Escándalos, y siempre escándalos.

—En verdad, que sin saber cómo, me encuentro, sin buscarlo, en situaciones comprometidas.

—¡Ah! esto me hace pensar en un olvido mio. Anoche dejé inadvertidamente en vuestras manos una imagen hermosísima. ¿Os encontrareis por esta causa en la situacion de enamorado?»

Beltran no pudo dominarse, y se sonrojó.

—¿Y qué interés podeis tener en que yo me enamore de la reina, don Pedro?

—¡De la reina!

—Sí, de su alteza doña Juana de Portugal.

—¿Habeis mostrado á alguien ese medallón? dijo palideciendo el maestre.

—No soy tan imprudente, don Pedro; lo sospechaba, y vuestro cuidado por ese traslado me prueba que no me engaño.

—Pues bien, sí, dijo el maestre, es la reina.

—¿Y por qué don Pedro, me habeis arrojado en esa senda, en la que aun no he dado un paso, y ya tengo lastimado el corazón?»

A pesar de que desde el principio de esta conversacion no

habia habido testigos, el maestre dejó el almuerzo, y asiendo de una mano á Beltran, le dijo:

«Venid, venid, es necesario evitar que se nos oiga.»

Beltran fué con el maestre á su cámara, cerrando al pasar todas las puertas:

«¿Estais verdaderamente enamorado de doña Juana? le dijo: nada tendria de estraño, ese retrato ha sido ejecutado hace algun tiempo por un pintor italiano, y por él se ha ajustado el casamiento del rey. ¿Le teneis con vos?»

Beltran sacó de su jubon el retrato; el maestre continuó:

«Esta alegre belleza, estos ojos tan dulces, estos tan rúbios y ricos cabellos, esta boca que apenas sonríe y hace sospechar un alma, que es toda alma para el deleite; esta blanca y suave tez; este cuello tan dulce, tan móvido, tan incitante, es un remedo de la verdad; doña Juana es más bella, porque aquí falta la vida. Doña Juana es una de esas mugeres cuyas miradas envenenan el alma, la encienden, la dilatan con sus favores ó la ahogan con su desden. Ahora bien, ¿gestais enamorado?»

«¿Enamorado? ¡no!»

«Sé que no podeis estar enamorado hoy, pero lo estareis mañana.»

«¿Y en qué os fundais?»

«Hombres como vos, nunca se dejan solos. Por ejemplo, ¿dónde estuvisteis anoche?»

«En la taberna de los Donceles.»

«Sí, y en ella tuvisteis la habilidad de hacer creer á mi primo que su esposa era la manceba del rey. ¿estuvisteis admirable con vuestro semblante de adolescente teneis un gran principio para engañar. ¿quién se atreveria á desconfiar de vos?»

«Pero, don Pedro.»

«En la corte, en que vivo mucho tiempo hace, he aprendido á seguir ingeniosamente un rastro y á escuchar los oidos tras una puerta.»

«No sé por qué razon, dijo con desabrimiento Beltran.»

«Escuchadme, Beltran, y no pretendais entrar conmigo en

un terreno de lucha, porque sois hombre muerto ó inútil. Los infantes de Aragon eran mucho más que yo, y don Enrique, que habia cobrado demasiados vuelos, cayó. Seamos, pues, buenos amigos. Os seguia, porque necesito conoceros, y creo que ya os conozco algo. Hernando de Carrillo es enteramente vuestro; su muger no será inquietada, y él dará su nombre á vuestro hijo.

Beltran hizo un movimiento.

«Y pagará las costas el rey, añadió inflexible el maestro. En cuanto á mí, estaba inflado de placer, porque me enamoran los hombres de talento. Si hubiera esperado un poco para morirse el insigne Juan de Mena, podria habérselo testificado. Y decidme, ¿dónde fuisteis después de salir de la taberna?»

El jóven se puso rojo.

«No sé que motivos haya podido tener el alto y poderoso señor don Pedro Giron, gran maestro de Calatrava.»

—Para observaros, para seguiros, si en otro tiempo el condestable hubiera observado hasta las más pequeñas acciones de mi hermano Juan..... las mias..... pero no hablemos de esto. el condestable hubiera sobrevivido al rey don Juan.

—Tanto valor me dais, don Pedro, que acabareis por hacerme ambicioso.

—¡Ambicioso!... ¿lo sois ya? ¿por qué si no por vuestra ambicion os introdujisteis anoche por un postigo en la casa del marqués de Santillana, y fuisteis implacable con una pobre niña, que si antes os amaba, ahora se ve precisada á ambicionaros, de una manera doble: por su amor y por su honor? os escuchaba tambien; solo habia las maderas de una oreja de por medio, y me vi obligado á admiraros de nuevo. Antes, en la intriga, habeis estado inmejorable con Hernando de Carrillo..... después, con Mencía de Mendoza, fuisteis el amor impaciente, intenso, el amor que enloquece, que embriaga, y no era amor lo que buscábais.

—Don Pedro, os juro.....

—¡Amor!... vuestro corazón se ha secado al abrirse..... ¿amor! don Beltran, vos necesitais una esposa noble y rica.....

y pronto. En mucho tiempo no podiais pensar en subir al tálamo de una hembra de los Mendozas; vos habeis asaltado por sorpresa el lecho virginal de esa niña, y la habeis dejado, trayéndoos con vos una prenda segura..... las citas se repetirán.... en buen hora..... no seré yo quien las impida; quiero que os levanteis pronto..... mañana, Mencía de Mendoza se arrojará llorando en los brazos de su madre, que para consolarla, y antes que todo, para lavar una mancha sin escándalo, se apresurará á ofreceros su hija en una cita reservada en que empezará por insultaros, pero que merced á vuestro talento fascinador, acabará por amaros y creerse feliz en que seais el marido de su hija. Don Diego cederá á los consejos de la madre y á la tristeza de la hija; se procurará que el rey os dé por merced algun estado, al cual, para desorientar á las gentes acerca de una fecha inflexible, que podria ser fatal, os llevariais á vuestra esposa. Estoy leyendo en vuestra alma.....

—Pero concluyamos ¡señor!

—Concluyamos. Despues, fuisteis al alcázar, á las doce. Allí os esperaba una muger enamorada. Lo que entre ella y vos pasó, lo ignoro, porque estoy seguro de que doña Mencía de Padilla es para vos un misterio en todo, escepto el amor, y hará de vos lo que mas le convenga. Os aconsejo sin embargo que la respeteis mucho y que la finjais mucho amor, si es que no podeis amarla como merece; esa muger que os ha elevado, puede dar con vos al traste; tenedlo presente.

—Doña Mencía me llamaba para hablarme de mis bodas con su sobrina.

—Doña Mencía tendrá para ello razones que no comprendo..... volviendo á la reina, os decia que no podiais estar enamorado hoy, porque os he visto jugar con el amor..... pero que lo estareis mañana: os lo aseguro; no de la muger, sino de la reina, de la poderosa señora que puede alzaros en su locura hasta el puesto de favorito del rey..... que os arrojará á manos llenas encomiendas, dignidades, estados y tesoros..... Bien..... yo procuraré por todos los medios que esten á mi alcance el que llegueis á esa grandeza.

—Os confieso que no os comprendo.

—He aquí la primera ocasion en que os encuentro torpe.

—Vos, sin duda, habreis meditado aprovechar para vos mi fortuna.

—Para los dos. Yo antes; despues, vos.

—Pero la razon....

—La razon es que el rey es impotente.

—¡Ah!

—Necesitamos un infante que aparte la corona de los hermanos del rey. Don Enrique es vicioso: los desórdenes han quebrantado su salud, y el dia menos esperado muere. ¿Qué sería de nosotros si pasase la corona de Castilla al infante don Alonso, bajo la regencia de la reina viuda doña Isabel de Portugal?... entonces sería necesario, ó resignarse á caer, ó á que muriese el infante.... os confieso que ese medio me repugna.... opongamus un infante, hijo de doña Juana, á quien el rey aceptará, por orgullo, á la faz del mundo. Que ese infante sea vuestro hijo.»

La impudencia con que el maestre habia hecho está proposicion á Beltran, causó en él un efecto semejante al que podia haberle producido la voz de Satanás ofreciéndole de repente el logro de sus ambiciones.

«Pero eso es un sueño, un sueño insensato....»

—¿Sueño cuando se trata de una muger?... ¿creéis que el amor respeta mucho las coronas? todo consiste en saber asir una ocasion.... y yo os pondré al tope. Para ello será necesario que doblegueis aun vuestro orgullo; mi sastre y mis bordadoras han estado ocupados durante seis dias para vos.... aceptad, pues, la vestimenta, las armas y las joyas que os tengo preparadas.... eso mas me debereis.... os presto, entendedlo bien, no os doy.»

Y el maestre, como esquivando toda respuesta, se aprovechó de un momento de perplejidad, y salió por una puerta que dejó abierta tras sí.

Cuando Beltran tornó de la fascinación que le habian causado las revelaciones de los terribles proyectos del maestre, se encontró solo.

«Pues bien, sí, don Pedro Giron, dijo; acepto esta innoble lucha de corte. Pero veremos quien coge el fruto, si tú ó yo.»

Tras esto salió de la cámara del maestre y se encaminó á sus habitaciones; en ellas le esperaba un criado que le peinó, le vistió con un traje magnífico que estaba preparado, le rodeó al cuello una cadena de oro de gruesos eslabones, y le mostró una gorra en cuyo broche brillaba un joyel de diamantes de gran valor.

Cuando Beltran se miró al gran espejo de acero que le presentó el criado, sonrió con la misma impertinencia de una coqueta.

Estaba hermosísimo.

En aquel momento repicaron á un tiempo todas las campanas de la catedral y todas las de Córdoba.

«¿Qué es eso? dijo Beltran al criado.

—Es la señal de que ha entrado en la jurisdiccion de la ciudad su alteza la infanta doña Juana de Portugal.»

El corazón de Beltran saltó con fuerza al impulso de un pensamiento involuntario y de una última mirada al espejo.

«Su señoría el gran maestre, dijo á la puerta un escudero, espera á vuesamercé para montar á caballo.»

Beltran salió, bajó al patio, y montó en un soberbio morcillo gualdrapado de seda y oro, con bridas de tafilete, diadema de plata y airon de plumas verde-esperanza; el brocado de su jubon y de su caperuza era asimismo verde.

El maestre, armado de todas armas, con el birrete sobre el casco, y el hábito y el manto capitular de gran maestre de Calatrava sobre las armas, rodeado del clavero y de los comendadores de la órden, y servido por sus escuderos que llevaban delante de él sus timbres de maestre y de rico-hombre, se encaminó, llevando á Beltran á la izquierda, al alcázar.

El átrio estaba lleno por caballeros de las cuatro órdenes, por los señores mas poderosos de Castilla, y por una nube de pajes, farautes y heraldos, delante de los cuales se veian espetados y graves á las puertas del alcázar cuatro reyes de armas.

CAPITULO XVIII.

De como la corte salió á recibir á la infanta.

Todo aquel ejército de cortesanos, gentiles-hombres, mesnaderos y escuderos, se arremolinó en un momento dado; el rey acaba de salir por las puertas del alcázar, vestido de brocado á dos colores, relumbrante de una manera chillona, y ceñida la corona sobre los cabellos indómitos, revueltos á pesar del cuidado y de los esfuerzos de sus camareros. Aquella brillante corona, aquel manto de púrpura y la gruesa cadena de oro de que pèndia una placa con la imágen de San Miguel, toscamente esmaltada, eran las únicas señales por las que podia venirse en conocimiento de que aquel hombre era un rey; en un dia de mascarada pudiera habersele tomado por un jayan innoble disfrazado de rey: sus ropas parecian querer huir de él: su investidura real era una disonancia ruda de su semblante repugnante, en que están impresas á un tiempo las huellas de los vicios, de la debilidad, del recelo: sus anchas narices aplastadas y deformes, se ensanchaban al impulso de un deseo voraz, como las de un animal carnívoro que olfatea una presa; sus ojos, que animados por un espíritu vigoroso y noble hubieran sido magníficos, brillaban entonces con un fuego impuro, despiertos por un momento de su comun vaguedad, de su sombría expresion de malevolencia, de debilidad y de cinismo. No se cuidaba de disimular su impaciencia vergonzosa, se conocia claro que aquel

hombre no ansiaba la vista de una esposa cándida, noble y pura, sino la posesion sensual de una nueva víctima á quien infestaria su aliento y cuya virginal hermosura empañarian los besos hediondos de aquella boca contraida y lívida por los desórdenes. Enrique IV sobre el trono español, era como una hedionda mancha de grasa corrompida sobre un manto de púrpura de Tiro.

Mariana dice, tomando su retrato de Alonso de Palencia y de Enriquez del Castillo, cronistas de aquel tiempo: «Tenia el rey don Enrique la cabeza grande, ancha la frente, los ojos zarcos, las narices, no por naturaleza, sino por cierto accidente, romas, el cabello castaño, el color rojo y algo moreno, todo el aspecto fiero y poco agradable, la estatura alta, las piernas largas, las facciones del rostro no muy feas, los miembros fuertes, y á propósito para la guerra: era aficionado asáz á la caza y á la música: en el arreo de su persona, templado: bebia agua, comia mucho, las costumbres eran disolutas, y la vida estragada en todas maneras de torpeza y de deshonestidad: por esta causa se le enflaqueció el cuerpo, y fue muy sujeto á enfermedades, muy inconstante y vario en lo que intentaba. Llamáronle vulgarmente el liberal y el impotente; el un sobrenombre le vino por falta que tenia natural, el otro nació de la estrema prodigalidad que usaba, en tanto grado, que en hacer mercedes de pueblos y derramar sin juicio, y por lo tanto, sin que se lo agradeciesen, los tesoros que con codicia juntaba, parecia aventajarse á todos sus antepasados..... Era codicioso de lo ageno, y pródigo de lo suyo..... olvidábase de las mercedes que hacia, y tenia memoria de los servicios y buenas obras de sus vasallos, que solia pagar con mas presteza que si fuera dinero prestado. Sus palabras eran mansas y corteses..... Esta variedad de costumbres que tuvo este rey, fue causa de que en ningún tiempo las revueltas fueran mayores que en el suyo..... faltóle, en conclusion la prudencia y la maña, bien asi para gobernar á sus vasallos en paz, como para sosegar los alborotos que mas adelante se levantaron (4).»

(1) Mariana: hist. general de España, lib. XXII cap. XV.

Este retrato, ya de suyo minucioso y como tomado del natural, está enriquecido por otro detalle recogido y consignado en su historia por el docto Jesuita, que al citar el repudio de doña Blanca acaecido en el año de 1453, dice: «este era el color, (la impotencia respectiva por causa de hechizos) la verdad y la culpa era del marido, que aficionado á tratos ilícitos y malos, (vicio que su padre muchas veces procuró quitarle) no tenia apetito ni aun fuerza para lo que le era licito, especial con doncellas: asi se tuvo por cosa averiguada, por muchas conjeturas y señales que para ello se representaban (1).»

Tal era el hombre que salia al encuentro de una princesa jóven, hermosa, espiritual, discreta, que habia hecho las delicias de la corte de Portugal, á la que dejaba huérfana de su gentileza.

Delante del rey se abrian paso los maceros, los timbaleros, y despues de ellos el antiguo rey de armas Avanguardia, acompañado de sus colegas Leon, Castilla y Portugal, y seguido de farantes, persevantes y escuderos: iba detrás el alférez mayor del reino con el pendon real; los grandes escuderos, los halconeros, monteros y palafreneros; el almirante don Fadrique, el obispo de Cuenca don Lope Barrientos, el prior de Guadalupe fray Gonzalo de Illescas, y el camarero mayor Juan de Padilla, como curadores y administradores del infante don Alonso, hermano del rey y niño aun, á quien su padre, por muerte de don Alvaro de Luna, habia conferido el oficio de condestable y la administracion del maestrazgo de Santiago, en cuyo cargo le representaba don Juan Pacheco, marqués de Villena. Despues de estos y otros altos funcionarios, marchaba á caballo, armado de todas armas, espetado, grave, y espada en mano, nuestro buen conocido Hernando de Carrillo, al frente de un tercio de la guardia morisca del rey; tras estos feroces y atléticos soldados, hechos de los cautivos y de los fugados de la frontera de Granada, entre don Pedro Giron y el arzobispo de Toledo, cabalgaba el rey sobre un magnífico caballo, cuyas riendas llevaban como genti-

(1) Ibid. cap. XIV.

les hombres Juan Rodriguez del Padron, á quien el rey habia hecho esta merced, y su mayordomo el jóven Andrés de Cabrera.

Inmediatamente despues iban Beltran de la Cueva, el conde de Plasencia, don Pedro de Zúñiga, el conde de Benavente, el de Paredes, don Diego Hurtado de Mendoza, con la mayor parte de sus numerosos hermanos, y otra multitud de gentiles hombres, caballeros y mesnaderos. Luego venia en literas la servidumbre que habia destinado el rey á su esposa doña Juana de Portugal, y al frente de ella, en una ostentosa silla de manos conducida por escuderos de su casa, y llevando al lado á Mencía de Mendoza, se dejaba ver deslumbrante de hermosura, de joyas y de brocados, doña Mencía de Padilla.

Las dos guardaban silencio: estaban colocadas la una en frente de la otra, y apenas se miraban; tan abstraídas estaban en sus pensamientos, al frente de la alegre falange de meninas, damas y camareras, que charlaban y reian, sin ser bastante á contener su parla y su hilaridad lo grave del ceremonioso cortejo.

Mencía de Mendoza estaba densamente pálida; una señal morada se estendia por bajo de sus negros y bellos ojos, que estaban encendidos un tanto, con visibles muestras de haber llorado; de vez en cuando, y como á impulsos de un recuerdo, sus mejillas se enrojecian hasta la intensidad de la púrpura, aparecia en sus ojos una espresion vaga y tímida, como quien recela que se adivinen sus secretos, y dos lágrimas mal contenidas se deslizaban por sus mejillas.

De vez en cuando la de Padilla notaba la conmocion de su sobrina, y una cólera interna, celosa, empalidecia mas su semblante; sus poderosos ojos devoraban momentáneamente la hermosura casi infantil de su sobrina, y se mordía convulsivamente el labio inferior. Mencía de Mendoza no notaba nada de esto; por el contrario, cuando miraba á su tia encontraba en su semblante la dulzura, la benevolencia y el cariño de costumbre.

Nos hemos detenido en este incidente cortando la reseña del acompañamiento del rey.

Tras las meninas y las camareras de la casa real seguian las

literas de los capellanes y demas ministros del culto de palacio, delante de los cuales y arrellanado en una mula de paso, con paramentos negros, se pavoneaba intrépido y lleno de sí mismo, el antagonista, el impacientador de oficio de Hernando de Carrillo, el señor cronista y capellan del rey, su secretario y de su consejo y cámara, Enriquez del Castillo.

Sus pequeños y redondos ojos miraban con la autoridad de un hombre que sabia que estaba en su mano, ó por mejor decir en su pluma, consignar en la historia del casamiento de su alteza, los nombres y las galas del que mejor le placiese, y andaba dando vueltas y torturando á su imaginacion, acerca de qué manera consignaria en las severas y tremendas páginas de eso que se llama historia, un relato de lo que veia que fuese tan magnífico como ello en realidad se le presentaba por todas partes.

El buen cronista llevaba medio oculto en el hueco de la mano izquierda un papel, y asimismo escondido entre los dedos de su derecha un lápiz; de tiempo en tiempo lanzaba una mirada á los balcones y ventanas de las casas, de las cuales al pasar el rey salia un diluvio de hojas de rosas y un grito unánime de ¡salve! ¡salve! que equivalia entonces á lo que hoy nuestro ¡viva!; de en medio de aquel *mare magnum* de cabezas solia elegir una, y generalmente, inclinándose sobre el arzon, escribia con trabajo: de como la esposa del almirante tenia mala cara y un hermoso prendido de piedras balages, cuando pasaba el rey por debajo de sus miradores para ir á encontrar á su esposa, la noble, garrida y alta señora infanta de Portugal, doña Juana. Acabado esto, el cronista se enderezaba, cerraba sus manos, seguia observando y volvia á escribir. Esto aconteció cien veces durante la marcha que fue muy lenta, desde el alcázar al puente.

Despues del cronista y de los clérigos, seguian no en literas ni en mulas, sino á pié, todos los oficios menudos de la casa del rey, toda esa ralea que acompaña como la cola de un cometa á la monarquía, y luego en fin, marchaba al son de sus añafles, ataquebiras y dulzainas lo restante de la guardia morisca.

Seguian los caballeros de Santiago con las lanzas, ginetes, infantes y tiros de artillería de la órden, luego la de Alcántara,

después la de Calatrava, y en fin, la de Montesa: algunos caballeros de San Juan de Jerusalem seguían mezclados con ejemplares sueltos, por decirlo así, de ricos-hombres pobres; de hidalgos que habían gastado sus rentas de un año para su atavío de un día; de aventureros españoles y extranjeros, y en fin, por una gradación rígida, los últimos ginetes venían á confundirse con las masas del pueblo que seguía en un gentío innumerable, y gritando y soltando tiros al aire en señal de alegría, el acompañamiento del rey, del que el pueblo constituía la parte mayor y mas leal, si bien la menos relumbrante y ostentosa.

El pueblo era allí el menos apreciado, y sin embargo el pueblo pagaba aquellos brocados, aquellas armaduras, aquellos penachos, aquellos reposteros, que agitaba el viento en las ventanas y miradores de la grandeza, aquellas campanas que repicaban á badajo perdido en todas las parroquias y conventos, y aquella pólvora que se exhalaba tronando de las bocas de las bombardas que había situado en la cabeza del puente el adelantado de Murcia don Luis Fajardo: el pueblo estaba alegre, porque creía ver su salvador en el rey mas abyecto, mas débil y miserable que ha tenido España; el pueblo amaba, como si fuera su propia esposa, á aquella princesa que debía mas tarde ser la causa del derramamiento de sangre española en una guerra civil: el pueblo, generoso y noble siempre, tenía orgullo y placer en los insensatos gastos de aquel día, aunque para ello se le habían grabado los tributos por las tierras, y los arbitrios por los abastos: el pueblo gritaba de todo corazón, ¡salve! porque no sabía que llegaría un día de banquetes y fiestas nacionales en que se victorearía á sí propio y en que sería tan imbécil y tan despreciado como entonces, que victoreaba á un rey indigno de serlo y á una futura prostituta: el pueblo en fin obró entonces como ha obrado y obrará siempre, por instinto.

Aquella larga serpiente de cabeza brillante, cuerpo matizado de colores, y negra cola, desembocó al fin en el puente sobre el camino de Estremadura, y se dilató y se deshizo en el campo; repicaron entonces con doble furor las campanas de la cercana catedral; estallaron á un tiempo las treinta bocas de fuego del

adelantado, y el rey sonriéndose sensualmente, dijo á don Pedro Giron.

«Has gastado bien nuestros Enriques de oro, maestre; no podrá quejarse doña Juana de que se la recibe á cajas tapadas.... todo este ruido cuesta carillo..... pero ¡bah! en algo se ha de conocer el casamiento de un rey.... esto es verdaderamente magnífico.

—No se ha podido hacer mas, señor.

—¡Oh! tú, sí, por tu parte, pardiez, y tu hermano don Juan Pacheco, habeis gastado un tesoro. ¡Eh! mirad, mirad, amigos míos, cada uno de esos caballeros y lanzas, (pasaban á la sazón por delante del rey para estenderse en formación al honor á los lados del camino los caballeros y las lanzas de Alcántara y Santiago) cada uno de esos caballeros, es una estátua de oro á caballo. ¡Eh! ¡eh! mirad al buen Benavente, y al noble Paredes, y al magnífico Plasencia, ¡conde, conde! te has arruinado; ¡vive Dios que avergonzais al rey de Castilla! ¡Oh! ¡oh! hasta mi proveedor de pelotas, mi vencedor: don Beltran de la Cueva: valeis un cuento de maravedises en brocados y diamantes, sin contar con la persona. Portugalillo se va á quedar atónito al saber las nuevas de tanta maravilla. ¿Y á cuánto sube el número de nuestras lanzas, ginetes y peones? señor marqués de Villena.

—A diez mil caballos y cuarenta mil peones, señor, contestó don Pedro Giron.

—Respetable ejército, sin contar los presidios de los castillos reales y los campos sobre las fronteras de Aragón, Navarra y Granada; ¿sabes que tenemos un buen reino, un poderoso reino, Giron?

—Castilla, señor, es la reina de Europa á pesar de sus revueltas, que de esta vez creo se acabarán con un heredero.

—¡Eh! ¡eh! quiera Dios que no haya hechizos y nos veamos precisados á otro doloroso repudio como aconteció con doña Blanca.

—Preguntad, si quereis honrarle, qué pronostica de este enlace á vuestro pelotero.

—Ya ois, don Beltran.

—Creo, señor, que lo que ha de suceder, solo Dios lo sabe.

—Apelaremos á la astrología. ¡Eh! maestre; ¿pero qué es aquello? parece que la gente se arremolina.

—Son nuestros exploradores, señor.

—¡Ah! ¿Juan de Tovar que vuelve?»

Apenas habia pronunciado el rey estas palabras, cuando se abrió la servidumbre que le rodeaba, y un caballero armado de todas piezas, se arrojó del caballo, que jadeaba cubierto de sudor, y dobló la rodilla ante el rey. Detrás de él, á una respetuosa distancia, hizo alto un escuadron, en medio del cual flotaba la bandera morada de Castilla.

Aquel caballero, era Juan de Tovar, señor de Berlanga.

CAPITULO XIX.

De cómo el rey encontró demasiado flaca á la infanta, y bastante rolliza á su dama doña Guiomar.

«Permitidme, señor, dijo, que pida albricias á vuestra alteza: la ilustre y hermosa señora doña Juana de Portugal, reina de Castilla, se acerca.

—¿Y tardará mucho, Tovar?»

El señor de Berlanga se alzó y señaló á lo lejos del camino, donde entre una nube de polvo brillaban en móviles reflejos lucentes armas á los rayos del sol.

«Antes de un cuarto de hora habrá llegado su alteza, señor, dijo Tovar.

—Justo es que quien ha sido el primero en traernos tan buenas nuevas, reciba un galardón conveniente..... tuyo es el castillo de Hariza..... cierto que hoy le ocupan los aragoneses, pero tú los echarás de él para clavar en sus almenas tu pendón. ¡A caballo, caballeros, á caballo! ¡vamos á saludar á la reina!»

Obedeciéndose instantáneamente la voz del rey, y el brillante cortejo se lanzó al galope entre una nube de polvo. Las trompas, los atabales, las chirimías, cien instrumentos de viento y de percusión, unían su clamoroso sonido al lejano repique de las campanas, y al tronante é incansable estampido de la artillería.

Por mucho que agujalara su deseo al rey, mas agujaba la curiosidad al pueblo, que á pesar de los archeros que despejaban la vía, se habían adelantado hasta llegar á los caballos de los pesados y voluminosos hombres de armas portugueses.

El tenaz y redoblado ¡salve! de la multitud, zumbaba por todas partes, y fue necesario el empuje de los corceles de la vanguardia real para abrir calle entre aquel paisanaje delirante.

Al fin se encontraron faz á faz el rey don Enrique y su esposa doña Juana.

Al verla, los ojos del rey espresaron disgusto, casi tédio, y sus primeras palabras no fueron para ella, sino para don Pedro Giron.

«Me has engañado, maestre, le dijo; esta es mas flaca que la del traslado.

—Ved, señor, que se espera vuestro saludo, contestó secamente don Pedro.

—¡Ah, ah! ello es preciso, dijo el rey echando pié á tierra y dirigiéndose á la hacanea de doña Juana.

Esta hizo ademán de inclinarse sobre la silla, y antes de que ninguno de su servidumbre tuviese tiempo de acudir, acercóse Juan Rodriguez del Padron con su acostumbrada audacia, se quitó la gorra, hincó una rodilla en el polvo del camino, y presentó su brazo á la reina para que se apoyase. Esta le miró, le dió gracias con una leve inclinacion de cabeza y una ligera sonrisa, apoyó su mano en su brazo y en su rodilla un pequeño pero pesado pié, y se deslizó al suelo, yendo á recibir fria y ceremoniosamente el abrazo y el beso de etiqueta del rey.

Mediaron algunas rápidas y breves palabras; el rey hizo acercar la litera que se habia destinado á la reina, entró esta en ella, y reunidas ya las dos comitivas, tornaron á la ciudad en medio de las aclamaciones de la multitud.

El rey se puso al estribo derecho de la litera de la reina, acompañado de don Pedro Giron, y siempre asistido á las riendas por Andrés de Cabrera y Juan Rodriguez del Padron, que debió á esta circunstancia el estar tan cerca de doña Juana, que cuando una ráfaga de viento atravesaba las portezuelas de la litera, llegaba hasta él la emanacion perfumada del atavío de la reina; á la izquierda iban don Juan Pacheco, el arzobispo don Gonzalo y Beltran de la Cueva; despues, mezclados con señores castellanos, los del acompañamiento de doña Juana.

—¿Y es esa tu hermosa doncella, don Pedro Giron? dijo el rey.

—Hermosa y muy hermosa!

—Es pálida.

—La fatiga del viaje.

—Poco rica.....

—¿Rica de qué?...

—No es ni con mucho como su camarera mayor; mira qué ojos, Giron, qué cabellos, qué color, qué boca, qué cuello, y sobre todo, qué seno: con él solo se pueden proveer á cuatro como doña Juana.

—La reina es muy jóven: diez y siete años.

—No creo que sea mucho mayor su camarera.

—Doña Guiomar do Silva Andrade Coutiño... es una pasiega, señor, que si se casara, podría servir de nodriza á vuestro primer hijo.

—Si se casara; ¡eh! ¡eh! acaso la busquemos marido. Oye, ¿y quién es aquel del capelo?

—El arzobispo de Coimbra, señor.

—Famoso lechon; va durmiéndose... estos portugueses son lo mas estraño y ridículo del mundo. Oye, ¿y aquel otro ginete que lleva por celada una cabeza de basilisco con alas de dragon, y empuña de una manera tan tiesa el pendon con el escudo azul y las quinas de Portugal?

—Es el señor Vasco Pereira do Vasconcelos, señor de os Alenteixos, contestó con cierta sonrisa fisgona el maestre.

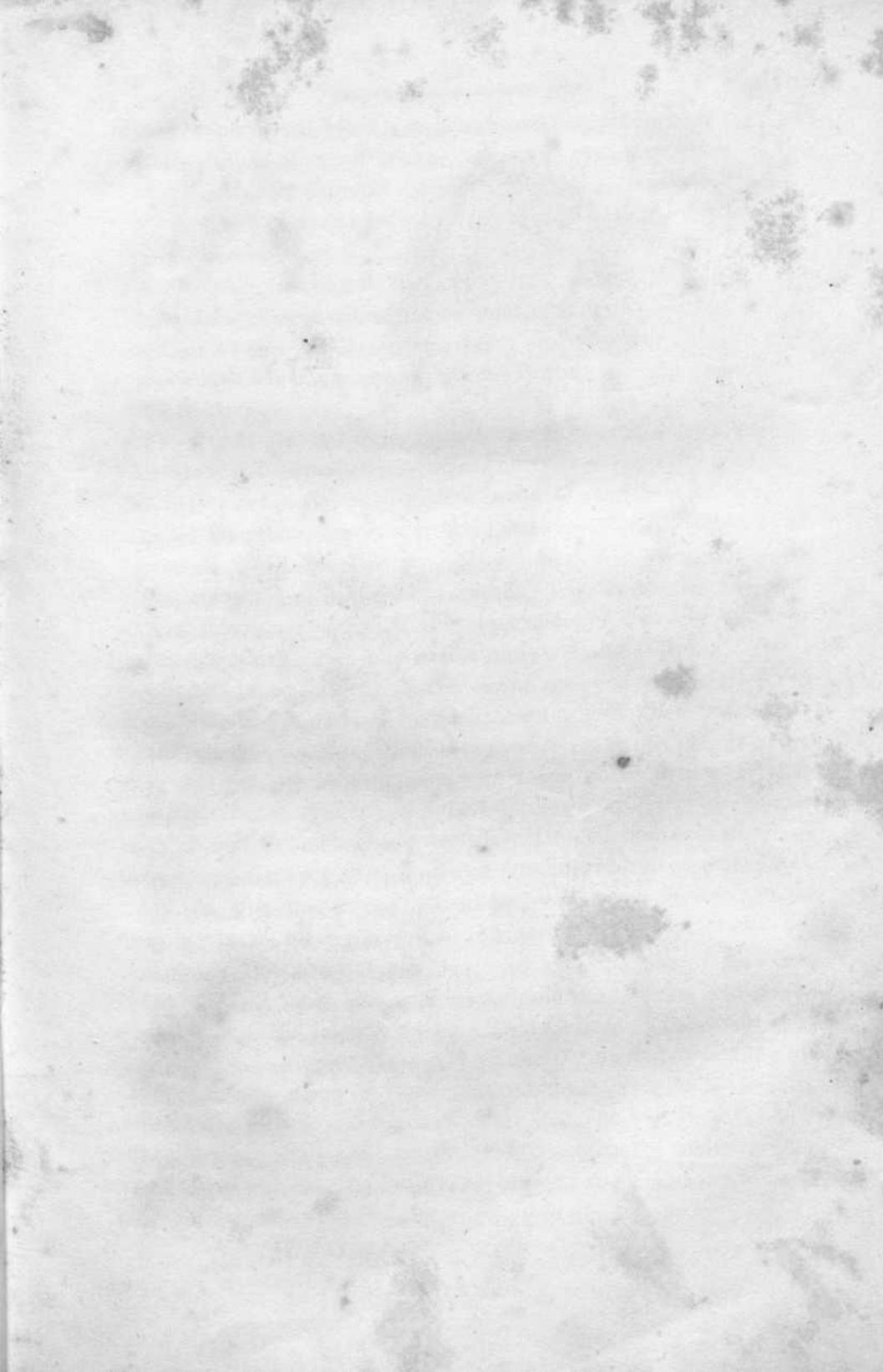
—Creo que aquel otro gordo fidalgo es el duque de Terceira.

—Cabalmente..... y ved..... ved cuanta diferencia entre esas fachas y la de nuestro garrido arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca; ese hombre no envejece ni se corrige..... ved, señor, cómo mira á aquella damita portuguesa que galopa tan gentilmente en su hacanea. ¿Y aun creo que la requiebra?

—¡Diablo! y ella contesta.....

—¡Vaya un escándalo!

—¡Diablo! todos mis obispos, abades y arzobispos, son de un mismo temple; y si no, ahí está el arzobispo de Santiago, á





LA REINA D. JUANA DE PORTUGAL.

quien por poco hace pedazos el pueblo, por haberse atrevido á las puertas de la iglesia con una recien desposada.

—No será, señor, porque mi tío el cardenal arzobispo de Toledo don Alonso de Carrillo, no haya pedido á vuestra alteza y mas de una vez, la reforma del clero. Roma se queja de vuestra omision: el escándalo ha salvado las fronteras, la Francia y los Alpes, para ir á zumbiar al pié de la silla de San Pedro.

—¡Eh! ¡eh! ¿quieres hacer del campo consejo, Giron, ó es que conoces el miedo con que he echado al otro costado á don Juan Pacheco, que no sabe hablar de otra cosa que de arreglos, y castigos, y premios, y tratados? ¡fuera, fuera por hoy y por mañana, lo menos por un mes! quiero roer en paz esa anguila con la que me habeis desposado á traicion, si no es que me arrepiento antes de ratificar los desposorios.

—¡Pardiez! eso seria lo mismo que declarar la guerra á Portugal, y ahuyentar con la princesa á su robusta camarera doña Guiomar do Silva.

—Sí, es cierto, y no estamos en el caso de una nueva guerra.»

Mientras el rey empleaba de una manera tan pobre y tan mezquina su tiempo, el señor Juan Rodriguez, que llevaba los ojos atentos á la reina y la oreja izquierda al rey, se habia ocupado en analizar minuciosamente á doña Juana. Otro al lado opuesto, sin notarlo y sin ser notado, se ocupaba de lo mismo: aquel otro era Beltran de la Cueva.

Doña Juana de Portugal era como habia dicho don Pedro Giron, una doncella de diez y siete años, esbelta, pura, alegre, riente y fascinadora: notábase que aun no habia llegado á su total desarrollo, pero sus formas eran redondas, mórbidas, de una esquisita pureza de contornos, aunque no abultadas, lo bastante para saciar el ojo sensual del rey. Sus cabellos castaños, brillantes, pesados y profusos, ensanchados por delante en dos anchas bandas recogidas á sus abultadas trenzas por la parte posterior, y ceñidas por una estrechísima y bella diadema de oro, perlas y esmeraldas, marcando sobre su ancha y serena frente una especie de arco ogivo, hacian brillar la estremada blancura de un semblante oval, dulce, gracioso, en que brillaban sus ojos

de un azul de cielo con pupilas negras; aquellos ojos parecían guardar en su foco, un intenso deseo de amor, que se evaporaba en una mirada lánguida, apasionada, dulce; su nariz, un poco larga, cuyas ventanas se dilataban de una manera sensual, tenían mucho de las formas griegas, pero dulcificadas por esa blandura de contornos de las formas meridionales andaluzas. Su boca, vigorosamente dibujada, había adquirido por lo festivo de su carácter y aun en su inmovilidad, la leve contracción de una sonrisa espiritual, amante, que bastaba á revelar por sí sola con cuánto frenesí se posaría sobre los labios de un ser amado; su cuello, un tanto largo como el de las venus del antiguo, era redondo, esbelto, transparente, y ligeramente azulado por la circulación de la sangre, y sus hombros, y la parte superior de su seno, visibles sobre el descote cuadrado de una túnica de tisú verde y plata, eran unos hombros mas blancos, mas tersos, mas bellos que hubieran podido serlo los de una magnífica escultura de nácar.

Una toca blanca de tul de seda prendida á la parte posterior del peinado y al broche de brillantes que cerraba su descote; un collar de dobles vueltas de gruesas perlas; un ceñidor de esmeraldas y rubíes, y un cetro de oro, constituían su trage y su adorno, con una túnica de brocado, bordada en el pecho con piedras preciosas, y bajo cuyas mangas perdidas se dejaban ver dos magníficos brazos bajo mangas de encaje, y cuyas pequeñas y bonitas manos estaban cubiertas con blancos y finísimos guantes de gacelilla.

Juan Rodriguez, á quien una insolente fortuna en amores había arrojado á sus brazos mas de una princesa, se sintió por la primera vez de su vida conmovido: la mirada de aquella dama real había hecho latir su corazón de una manera nueva, y la serenidad, y si se quiere la libre franqueza con que la reina había contestado á sus curiosas miradas, le dieron audacia, y sus ojos no fueron ya los ojos curiosos que miran, sino los ojos audaces que enamoran. A la primera mirada, la reina palideció, como quien recibe un insulto á que no está acostumbrada; se nubló levemente su semblante, irradió de sus ojos una verdadera

mirada de leon, y despues tornó á su espresion natural y tranquila. La reina no volvió á mirar mas á Juan Rodriguez, que á pesar de esto, cuando encontraba oportunidad de no ser observado, continuaba con su tenaz y provocadora mirada.

La reina se habia reclinado en los cogines de su silla de manos, habia echado hácia atras la cabeza, y miraba con los ojos medio dormidos el techo bordado de oro sobre terciopelo azul de su magnífica litera.

En aquella actitud, la reina era una tentacion.

Nadie habia notado aquel mudo ataque y aquella resistencia entre el aragonés y la reina, escepto tres personas que no habian quitado ojo, á la deshecha; estas personas eran don Pedro Giron, don Juan Pacheco y Beltrán de la Cueva.

En cuanto al rey, no habia tenido ojos mas que para la hermosa doña Guiomar do Silva Andrade Coutiño, que sentada frente á la reina en la misma litera, como su camarera mayor, no habia podido ser tan ingrata al lenguaje de los ojos del rey como la reina al de los de Juan Rodriguez; y estaba encendida, trémula, y enteramente atortolada. Ella no habia pensado, sin duda, en una tan fácil y alta conquista: aun no habia sido acometida, y ya se habia rendido.

Don Juan Pacheco estaba alegre; el maestre hablaba de amores; Beltran de la Cueva se mostraba amenazador; el rey, cínico é imprudente; doña Guiomar fácil y turbada; la reina, indiferente y bella; y el aragonés, audaz hasta lo imprudente. Se nos olvidaba decir que el arzobispo don Alonso de Fonseca habia logrado poner su mula al par de la hacanea de la jóven Laura de Sousa, y entablar con ella una conversacion que habia puesto á la hermosa menina un tanto mas sonrosada, grave y pensativa.

El pueblo, entre tanto, gritaba de una manera incansable ¡salve! tronaba la artillería, y no cesaban de repicar las campanas.

Al fin, la comitiva paró delante de la catedral, en cuya puerta habia un cadalso, como se llamaba entonces todo lugar alto donde hubiese de celebrarse una ceremonia pública; aquel

cadalso estaba cubierto por magníficas alfombras, y sobre él, bajo un pabellon de terciopelo, habia un altar revestido de brocado, sustentando un crucifijo, dos altos candeleros de oro, un atril de gran precio, y sobre él las Sagradas Escrituras.

Al echar pié á tierra el rey, fué á la litera, abrió la portezuela, y dió la mano á su esposa: el obispo de Córdoba, y el arzobispo de Turon, noble anciano, que se hallaba como embajador en la corte por el rey de Francia, estaban de pontifical, al frente del cabildo, con cruz, incensario y ciriales, y salieron al encuentro de los reyes cantando un salmo de David.

Don Enrique y doña Juana; el arzobispo de Turon, el de Toledo, el de Sevilla, el obispo de Córdoba, el de Cuenca y el de Astorga; el almirante, don Juan Pacheco, el condestable, los grandes maestros de las órdenes, los procuradores de la grandeza, de las ciudades y de las universidades, la alta servidumbre de palacio, el alférez mayor del rey y con él el rey de armas Avanguardia, subieron al cadalso, y se dió principio á la ceremonia.

Primeramente, los obispos de Córdoba y Cuenca revistieron de pontifical al arzobispo de Sevilla; luego adelantaron como padrinos el arzobispo de Turon, en nombre del rey de Francia, y el almirante, por su tia la reina de Navarra doña Juana, llevando á los reales novios de la mano; entrambos se arrodillaron sobre cogines de terciopelo, y despues de las palabras de fórmula, don Alonso de Fonseca hizo descender sobre ellos la bendicion nupcial. El rey, que era poco afecto á las ceremonias y deseaba concluir cuanto antes las formalidades prescritas por la etiqueta, se hizo decir la misa de velaciones, que celebró el arzobispo de Turon, sirviéndole de diácono el obispo de Astorga, y de subdiácono el de Córdoba. Cuando todo estuvo concluido, el rey de armas Avanguardia proclamó por tres veces á grito herido á doña Juana de Portugal como reina de Castilla; el alférez mayor del rey ondeó por tres veces el pendon real; el limosnero de la reina don Gonzalo de Arévalo lanzó una lluvia de moneda de plata á la multitud que aclamaba y volvía á aclamar de una manera delirante: la capilla real entonó el salmo *Te Deum laudamus*, y el capitan Hernando de Carrillo hizo lan-

zar salvajes armonías á las dulzainas y añafles de sus moriscos, mientras don Luis Fajardo quemaba la última pólvora, y las campanas volteaban á porfía con un estruendo y una tenacidad admirables.

Todo estaba concluido por entonces; los reyes y la corte bajaron del cadalso; el cabildo entró en la catedral; el alcázar se abrió para la nueva reina, y una hora despues su átrio y las calles circunvecinas estaban cubiertas por una tupida alfombra humana.

Aquella noche, la sombra fue espulsada de Córdoba, que parecia un ascua de oro: todas las puertas, todas las ventanas, todos los miradores, todas las aberturas, en fin, de las casas, estaban iluminadas.

Con el aceite gastado en aquella noche podia haberse provisto Córdoba para un año.

CAPITULO XX.

De como hubo justas y toros, y se comió hidalgamente, y danzaron el rey y la reina con quien el lector verá; y de cómo en estas fiestas, hubo suspiros, desmayos, celos y otras cosas que por largas aquí no se contienen.

Aquella tarde hubo toros y justas en la plaza Real.

El pueblo hubo de contentarse con escuchar desde fuera el clamoreo de los clarines, el redoble de los atambores, las aclamaciones de los nobles y los gritos de los heraldos; aquello debía ser magnífico.

Y en efecto lo era.

Anchos anfiteatros cubiertos de damas y caballeros, gentilmente vestidos; estrados cubiertos de sedas; tiendas ostentosas para los mantenedores; banderas y divisas flotando y agitándose por todas partes, y en medio de todo esto una liza enrojecida sucesivamente por sangre humana y sangre de toros y caballos.

Hoy no podemos representarnos bien aquellas bravías fiestas con que obsequiaban á una princesa estrangera antes de ocupar el tálamo de un rey, con quien generalmente se unia cediendo á las tiránicas exigencias de la razon de estado: fiestas en que con frecuencia se veia obligada á palidecer y temblar, ante el espectáculo de un caballero lanzado de la silla por un bote de lanza, ó volteado en los aires por las astas de un toro. Fiestas como aquellas no pueden reproducirse hoy: hemos comparado muchas veces las descripciones guardadas en viejos manuscritos de las corridas de toros de aquellos tiempos con las de estos, y hemos comprendido, que asi como los hombres de entonces eran

mas fuertes, mas bravíos que los de ahora, de la misma manera la ferocidad de los toros de entonces no era comparable con la de los de hoy. Entonces se toreaba mejor, porque todo noble era torero: presidia á la lidia el valor sereno del orgullo, la pujanza de hombres endurecidos por ejercicios violentos y peligrosos, y sin embargo es raro encontrar la descripción de una antigua corrida de toros, en que la mortandad de hombres y caballos no haya sido espantosa.

Aun se conserva hoy esa costumbre: no ha muchos años vió el pueblo de Madrid salir moribundo de una fiesta real de toros á un desdichado caballero en plaza.

Fueron sostenedores de las justas, Pelayo de Rivera, señor de Malpica; Diego Gomez de Sandoval, conde de Castro; Juan de Tovar, señor de Berlanga, y Juan Ramirez de Arellano, señor de los Cameros; las crónicas de aquel tiempo dejan en una prudente oscuridad los nombres de los conquistadores, sin duda por que fueron vencidos, y solo haciendo memoria de los sostenedores dicen: que corrieron muy gallardamente diez carreras cada uno, en las cuales carreras rompieron bien fasta diez lanzas, é fueron honradamente galardonados por sus altezas, cá mejores ni mas complidos caballeros no se podian imaginar.

En otros papeles encontramos que las dichas cuarenta lanzas rotas enviaron al otro mundo á cinco hidalgos; hicieron gravísima lesion de miembro á mas de otros nueve, y estropearon miserablemente á otros quince; esto sin contar las costaladas y los desguarnecimientos, y otros mil percances que traian consigo los dichos marciales y nobilísimos juegos, que como han podido juzgar nuestros lectores, eran para algunos respetabilísimas veras.

Encontramos ademas que se alancearon diez y seis toros de Ronda, con divisas de brocado; que las tales divisas costaron sendas cornadas á mas de cuatro caballeros, y que el conde de Benavente mató con estoque dos toros, cosa entonces nunca vista, cuya invencion le costó un paletazo, por resultado del cual no pudo en dos meses jugar á la pelota con el rey.

Era aquel un dia que la corte echaba, como suele decirse, á

perros; acabadas las justas y los toros cerca del oscurecer, los reyes y los cortesanos se trasladaron con gran pompa al alcázar, donde se sirvió un banquete sólido y abundante: es fama que á los postres el arzobispo de Sevilla, con la correspondiente vénia del rey, hizo adelantar un muy gentil paje, con una gran copa de oro, que fue sucesivamente presentando á las damas despues de la reina: para esta, con un vistosísimo lazo, habia una sortija de diamantes de incomparable valor, y para las damas sortijas de toda casta de piedras preciosas, ninguna de la cual costó menos de mil maravedís: tomaron dos muchas damas y aun quedaron sortijas.

Aquello era estupendo: el arzobispo gastaba en un dia sus rentas de un año, lo que segun un cronista: era una mala é muy nociva soberbia, cá mejor é mas en provecho hubiera sido del ánimo del perlado, facerse con oraciones para el cielo, acorriendo pobres, que, en verdad, muchos eran en la tierra.

Es muy posible que el tal cronista criticon encontrase muy de su gusto las cadenas y otros miriñaques de valor que el espléndido arzobispo repartió entre nobles, gentiles-hombres, cronistas y escuderos hidalgos; lo que, como hemos visto, no impidió el que soltase á sus solas una fraterna por ante la posteridad al generoso prelado.

Hernando de Carrillo entre tanto satisfacía el mal humor que le causaba la preñez de su esposa, envenenando la comida con sus tremendas insolencias al buen Enriquez del Castillo, que por desgracia suya se habia sentado á su lado.

El capitan del rey se habia convertido en un oso salvaje.

Levantáronse las mesas, y resonó la música en los salones vecinos: aquello era abusar de las fuerzas de la corte; el despotismo aplicado á la diversion, ó, por mejor decir, la diversion impuesta por el despotismo. Nadie sin embargo se quejaba, ¿ni cómo quejarse cuando España en honor de sus reyes tiraba la casa por la ventana?

Nos quejamos hoy, los que nos quejamos, de la falta de pudor que se nota en nuestros altos, medianos y bajos bailes: párecenos escandaloso un descote un tanto exagerado, y altamente

inmoral cierta especie de baile importado á Madrid de los campos Eliseos de París; no sabemos, á creer á los historiadores de detalles que tenemos á la vista, qué hubiéramos pensado de los bailes de córte del siglo xv: habia cotillas descotadas hasta la cintura; senos enteramente descubiertos y adornados con sortijas y joyas, y se bailaban una danza y una zarabanda, en las cuales nada habia que pedir en cuanto á la intimidad, á la aproximidad, al enlace entre un él y una ella: es cierto que la costumbre lo autoriza todo: pero hay costumbres que no parecen sino destinadas para dar al traste con todo lo que pueda llamarse buenamente costumbre.

Danzaba el rey, y por cierto bien torpemente, no con la reina, que esto hubiera sido lo justo y lo digno, sino con la robusta doña Guiomar; bailaron solos. La portuguesa demostró que poseia fuerzas bastantes para agitar vigorosamente su humanidad y la del rey: aquella salida particular no era otra cosa que un prólogo, un despejo, por decirlo así: á las dos vueltas por el salon y á una señal del maestro de ceremonias, empezaron á entrar parejas en baile: muy pronto todas las damas y todos los caballeros, incluso don Alonso de Fonseca, formaron parte de aquel mosaico humano que se movia á compás: solo quedaron sin tomar parte, la reina, lánguida y pensativa en su alto sillón dorado; Juan Rodriguez del Padron á la derecha, á los pies del estrado real, y doña Mencía y Beltran de la Cueva á la izquierda: en un ángulo retirado hablaban agrupados don Juan Pacheco y don Pedro Giron, con sus mantos y encomiendas de Santiago y Calatrava; don Alonso de Carrillo, con su capelo cardenalicio; su sobrino Hernando de Carrillo, con el arnés de córte y la cota de armas de capitan del rey, y don Rodrigo Alonso Pimentel conde de Benavente, con el brazo en cabestrillo: mas adelante, en el hueco de una puerta, el jóven Andrés de Cabrera hablaba largamente y, al parecer, con una dulce y amorosa libertad, con la jóven dama de honor doña Beatriz de Bobadilla marquesa de Moya.

En honor de esta jóven, que debe figurar de una manera importante en un lugar de nuestro libro, de la reina, de doña Men-

cía de Padilla y de las tres nietas del marqués de Santillana, que relegadas á otro ángulo estaban sentadas junto á su padre, debemos decir que podían sufrir sin sonrojarse las miradas de un hombre, gracias al prudente descote de sus trages.

Habremos completado el cuadro viviente que ocupaba la régia y estensa cámara, llevando á nuestros lectores detrás de la cortina de una puerta, donde, libre de la presencia del capitán Carrillo, tomaba apuntes á sus anchas, y, como quien dice, emboscado, el buen Enriquez del Castillo, que á duras penas concedía algunas breves respuestas á las cáusticas observaciones de su colega Alonso de Palencia.

—¿Qué decís de esto, compañero? preguntó el segundo al pasar por delante de la cortina que casi los cubría la condesa de Astorga, que se deslizaba como un torbellino sobre la alfombra, apoyada la cabeza en el hombro de Pero Calvillo.

—Digo que el halconero mayor de su alteza se ocupa sin duda en domesticarle una garza real.

—Creo que el rey no necesita de domesticadores, dijo Palencia, fijando una mirada maliciosa en la dama portuguesa que bailaba con Enrique IV, tan estrechamente abrazada, que su desnudo y voluminoso pecho se comprimía contra el jubon de brocado del rey; esa doña Guiomar do Silva es ¡vive Dios! una hermosa ave de cetrería, que se aferra ni mas ni menos al rey, que como un neblí á un vencejo.

—De cómo, escribió Enriquez del Castillo, sin contestar á Palencia, dió el rey el escándalo de galantear públicamente y sin recato á una de las damas de la corte, la misma noche de sus bodas.

—¡Pardiez! exclamó Palencia; parece que la reina no quiere envidar por menos en la partida: mirad, ¿quién es ese bravo mozo que tan respetuosamente danza con ella?

—Un gentil-hombre aragonés, contestó brevemente Castillo, y siguió escribiendo en su cuaderno de apuntes; su alteza la reina es una dama muy rubia, muy hermosa, muy blanca, muy colorada é muy noble. Danza con gentil donaire é magestad, é quien con ella danza, no como familiar, sino como vasallo, se ve

obligado á mostrarse: su alteza es ceñuda é grave, é causan temor sus ojos, que parecen de león, magüer que muy fermosos sean.

En efecto, Enriquez del Castillo tenia razon; no habia logrado ver hasta entónces de cerca á la reina; y la encontraba cabalmente en la situacion que la habia descrito. Por mas que doña Juana de Portugal hubiese encontrado repugnante á Enrique IV, como esposa y como reina, no podia menos de herirla en su dignidad y en su orgullo aquel escandaloso desaire, de que presentia, por las miradas y las conversaciones generales en voz baja, se ocupaba toda la corte.... la única dama que se encontraba alli sola y abandonada era ella, la reina de Castilla, la reina de la fiesta: la recién desposada estaba alli, sobre aquel trono solitario, sin mas compañía que los reyes de armas de gran gala, con las mazas de oro al hombro, colocados como cuatro estátuas heráldicas á los costados del dosel, y Juan Rodriguez del Padron, que deslumbrante de galas y de hermosura, pálido aun por resultado de la herida que habia recibido ocho dias antes, y que aun no estaba bien cicatrizada, fijaba de tiempo en tiempo y con gran recato una de las encendidas miradas que, con una audacia infinita, no habia cesado de fijar en ella desde el momento en que la habia visto.

La reina parecia no reparar en ellas: al principio su semblante estaba tranquilo; su orgullo ofendido, por la escandalosa desercion del rey, habia tenido fuerza para dominarse; pero al fin, cuando su perspicacia de muger adivinó, en el movimiento de los labios y la espresion de los semblantes de los mas próximos, que se ocupaban de ella, su semblante se nubló; volvió los ojos hácia Juan Rodriguez, bajó con firmeza del estrado, y estendiendo su bellissimo brazo al aragonés, exclamó con la voz descompuesta por una cólera mal contenida:

«Caballero, danzad con la reina.»

Juan Rodriguez palideció profundamente, y Beltran de la Cueva, aunque ocupado en una larga conversacion con doña Mencía de Padilla, se estremeció de celos. Contúvose sin embar-

go, y vió de la manera mas indiferente, en la apariencia, como la reina y el aragonés se lanzaban en el baile.

El jóven y doña Mencía siguieron en su conversacion, que parecia de gran interés; el rey, cada vez mas enamorado, parecia incansable; la reina, altiva, severa, encendida á impulsos de su orgullo herido, con la mirada inmóvil y sin objeto, siguiendo como una máquina los compases de la música, pasó por delante del tapiz, tras el cual observaban los dos viejos cronistas, dando ocasion á la nota de Enriquez del Castillo. Alonso de Palencia anotaba tambien, y de una manera fija en su memoria; aquellos dos hombres eran los periodistas de su época.

Llevando entre sus brazos á otra muger, Juan Rodriguez, de seguro, no se hubiera contenido en la línea de respeto que habian trazado ante él la impassibilidad, la indiferencia glacial de la reina; en vano aquel hombre, tan acostumbrado á altos amores de corte, habia apurado todos sus mudos medios de indicacion; en vano habia oprimido mas de lo justo la cintura y la mano de la reina; en vano sus ojos habian sido elocuentes hasta la impudencia; la mirada de la reina, como hemos dicho, era fija, inmóvil, una de esas miradas que parece que no ven, que se aíslan, por decirlo asi, que á nada ni á nadie se dirigen, y sin embargo, Juan Rodriguez se sentia dominado por aquella mirada régia: nunca habia visto unos ojos mas lucidos, mas nobles, mas poderosos, en un semblante tan enérgicamente bello; nunca sus labios, entreabiertos y áridos por el deseo, habian ansiado unirse á una boca tan altiva y al mismo tiempo tan hechicera; nunca, en sus largas aventuras de amator afortunado, habia visto un cuello tan virginal, unos hombros de tan pura redondez, ni un seno de tan cándida blancura, ni su brazo habia sentido nunca el contacto de un talle tan redondo, tan flexible, tan fuerte, tan reducido. Aquel hombre, que nunca habia amado, se estremecia de amor, y á medida que aquel amor crecia menguaba su audacia; sus pensamientos se envolvian en una niebla de duda, y su voluntad torturada lastimaba su alma; el rostro de Juan Rodriguez, abandonado asimismo, habia mostrado una

tras otra sus diferentes emociones, y sin embargo, la reina no parecia haberse apercebido de ellas ni habia pronunciado una sola palabra de esas que pasan por honra ó merced en la boca de los reyes.

Y á cada momento que pasaba se hacia mas rápida la danza de la reina. Juan Rodriguez, en vez de llevar era llevado; una tras otra, despues del rey, que fatigado habia cesado de bailar, fueron saliendo de la danza todas las parejas, y solo quedó la reina, girando como un torbellino, asida á Juan Rodriguez. Devolvía abandono por abandono: era muger, y necesitaba vengarse.

Fuera de la música y del rápido compás de la reina y el aragonés, nada se oía; una orla humana, deslumbrante de joyas y de galas, rodeaba la cámara; todos los ojos estaban fijos en la reina, en cuyo semblante altivo brillaba un orgullo acrecido ya á lo infinito. Juan Rodriguez palidecía y dominaba agudos dolores, se habia abierto su herida. Al fin no pudo mas, detúvose, le arrastró la reina un momento consigo, y al fin cayó á sus pies.

«¡Por Santiago de Compostela! gritó el rey: socorred á ese caballero: que no diga Aragon que nuestras damas matan á sus gentiles hombres en la danza, cuando tan duros se nos muestran en el campo.»

La reina asió la mano que el rey le presentaba, y severa y silencioso ocupó su lugar en el trono.

Juan Rodriguez fue conducido á una habitacion del alcázar; sobre la alfombra habia quedado una balsa de sangre.

Peró qué importaba esto: eran aquellos unos tiempos tan duros, que ni la mas tímida de las damas, creyó que aquel incidente fuese causa bastante para interrumpir el baile: limpióse la alfombra, y mas de un chapin de seda se enrojoció al pasar rápidamente sobre la sangre de Juan Rodriguez.

Siguió el sarao: pero poco despues de haber sido sacado de la cámara Juan Rodriguez, un personaje alto, grave, calvo, vestido completamente de negro, rompió por los grupos de cortesanos y se acercó al rey que, á la sazón, se preparaba á bailar con su esposa.

«Si vuestra alteza me concede un momento.... le dijo el bachiler.

—¡Ah! ¿eres tú, Cibdareal?

—Sí, sí señor, yo todavía.

—Te tengo miedo, mi buen médico.... ¿qué quieres ¿eh? ¿tengo visos de ponerme malo?.... dicen que tú auguraste la muerte del condestable y la de mi padre....

—La una, señor, fue consecuencia de la otra, pero....

—¿Vienes á decirme que va á morirse don Juan Pacheco?»

Para comprender esta pregunta, debemos decir á nuestros lectores que don Juan Pacheco era para Enrique IV lo que fue don Alvaro de Luna para don Juan el II.

«Vuestra alteza y el señor marqués de Villena gozan por el momento de una robustísima salud: pero hay alguien en el alcázar, señor, que se encuentra en gran peligro de muerte.

—¡Eh! en peligro de muerte.... ¿y tiene que hacerme alguna confesion?

—No, no señor, pero es el caso que se necesita una orden de vuestra alteza para que se le presten un aposento y un lecho en el alcázar, porque sacarle de él, moverle, hacerle subir ó bajar escaleras, seria matarle.

—Y.... ¿quién es?....

—Mosen Juan Rodriguez del Padron, un rico gentil-hombre aragonés....

—¡Ah! ¡vuestro caballero! señora, dijo el rey volviéndose indolentemente á su esposa.»

Doña Juana permaneció impasible y como estraña á la conversacion.

«En efecto, señor; el hidalgo que ha tenido la envidiable honra de ser el primero que ha bailado con su alteza, contestó el rudo Cibdareal, que de antiguo estaba acostumbrado á decir duras claridades á los reyes.

—¡Ah! si, ya comprendo: y la emocion de esa alta honra le ha desvanecido hasta el punto de hacerle echar sangre por la boca ó por las narices.... no sé bien por dónde, pero creo que ha habido sangre.

—Sí, sí, señor, sangre: pero sangre emanada de una herida reciente y mal cicatrizada que se ha abierto con la fatiga de un ejercicio á que no debia haberse entregado.

—¡Ese hidalgo estaba convaleciente de una herida, y sin embargo ha obedecido sin replicar un mandato mio que le puede ser fatal!.... dijo la reina con un acento, en que no habia otro valor que el de una cáustica observacion lanzada al rey á quemarropa.

—Eso señora, es muy frecuente en nuestra corte: cuando los caballeros que nos rodean no están heridos, se puede asegurar que no tardarán en estarlo. Y ahora decidme, señor Cibdareal, ¿quién ha sido el causador de esa herida?

—Por lo que entiendo, la ha recibido en un duelo.

—¿Pero con quién? ¡diablo! ¿con quién? Mosen Juan Rodriguez es una tremenda espada, y deseo saber quién es el valiente que le ha herido, si no ha muerto en el lance.

—El señor maestro de Calatrava debe estar mejor informado, señor.....

—¡Bah! Cibdareal: ya sabes que nuestras leyes solo castigan las felonías: un duelo..... ¡oh! un duelo ha sido, es y será siempre noble y permitido..... al menos lo será mientras haya honor!.... ¿Quién es el matador?

—No creo que se llegue á punto de muerte, aunque hay mucho peligro.....

—El causador.....

—Creo que debe ser don Beltrán de la Cueva.

—¡Pardiez! ¡mi pelotero!.... ¡un soberbio mozo!.... ¡y dices que Giron sabe?

—Es su padrino.

—Bien, bien, que se aposente al herido en una de las habitaciones altas del alcázar, en la torre de los Enamorados. Le vendrá bien, porque la querella debe haber sido por amor.

—He tenido la honra de decir á vuestra alteza que no se puede subir ni bajar por escaleras al herido.

—Ponle entonces donde quieras..... los médicos podeis hacer lo que mejor os place.....

—El enfermó es del médico, señor; recibe casi un cadáver y su deber es devolver un hombre á la vida.

—Bien, bien, concédido: que corra el gasto de la cura por mi cuenta propia.

—Le pondremos, señor, en la cámara de los pajes de servicio, que podrán colocarse en otra parte.

—Sí, sí, como quieras; pero mira, Cibdareal, ya la música empieza: el rey te ruega que le dejes bailar.»

El anciano médico se inclinó y se apartó del rey, que un momento despues se lanzaba en el baile con su esposa.

Pero Enrique IV, mal educado, acostumbrado á cumplir su voluntad y á demostrar su disgusto cuando estaba contrariado, no se cuidó de disimular delante de su jóven esposa la poca impresión que causaba en él su belleza; por el contrario, seguia con la vista y de una manera ansiosa á doña Guiomar do Silva, que bailaba y reia con el conde de Alba de Lista.

«Oh! no puedo mas, señora, dijo deteniéndose de repente á las dos vueltas, me fatigo demasiado y creo que vos.....»

—En verdad me siento mal, señor.....

—Dejémoslo pues, ¿eh? A propósito, veo allí, entre aquellas cortinas, la cabeza pálida é impaciente de nuestro buen poeta Rodrigo de Cotta: ¿no conocéis á Rodrigo de Cotta? pues dentro de poco se os dará á conocer con su Celestina: una famosa tragi-comedia que dejó empezada Juan de Mena, y que él ha concluido: si os agrada, le haremos despues relatar el paso del amor y el viejo. ¿Eh? Pacheco, ¿eh? ven acá.»

Don Juan Pacheco se presentó.

«Que avisen á esos rufianes y á esas damiselas que han de representar la tragedia de Calisto y Melibea: que se vistan, que preparen la tramoya: ¿eh? parece que el señor Rodrigo de Cotta conoce que nos ocupamos de él, porque su semblante se anima. Ve y dile que vamos á pasar al corral..... espera, espera..... ¿por dónde anda tu hermano Giron?..... ¡Ah! ya le veo..... con su eterno arzobispo de Toledo..... vete, Villena, vete, y avísanos cuando esté corriente la farsa.»

Don Juan se alejó, y el rey dejó á su muger en el trono, y

se fué al grupo que formaban aun el maestre de Calatrava, el arzobispo de Toledo, y Hernando de Carrillo, al que se había unido el arcediano don Gonzalo de Arévalo.

Al acercarse el rey, el grupo se abrió y se puso en ala.

«Eh! ¿eh! ¿qué se conspira, caballeros?» dijo:

«Conspiramos, señor, dijo el arzobispo, para encontrar un medio de hacer que el mundo conozca lo magnífico de la liberalidad de vuestra alteza.»

«Pero sería mucho mejor que conspiraseis para que mi tesorero no me viniese todos los días con el cantar de que mis arcas no encierran mas que aire.»

«Decid, mejor, señor, que conspiramos para lanzar la guerra de las fronteras y ahogar los bandos en el reino, que son los dos móntruos que agotan las rentas reales.» dijo el maestre.

«Sí, sí; dices bien: arrojemos y ahogemos.»

Y asiéndole del brazo, empezó á pasear con él á lo largo de la estensa cámara.

«Me tienes muy disgustado, Giron.»

El maestre miró el rostro del rey para conocer si se chancaba ó hablaba de veras: pero Enrique IV afectaba perfectamente entonces una severidad que no sentía.

«¿He tenido la desgracia, señor, de que algun maldiciente me calumníe?»

«No son calumnias, son hechos: hechos que sin duda todo el mundo sabe menos yo, cuando debia ser al revés, completamente al revés, ¿eh? ¿no es verdad?»

«Indudablemente, el rey debe saber todo lo que atañe al gobierno de sus reinos.»

«¿Y te parece que pueden ser de poca importancia las enemistades de dos nobles?»

«Serán, si existen hoy, enemistades particulares: el casamiento de vuestra alteza ha dado treguas á los bandos porque todos esperan.»

«No, no se trata de eso: has introducido en mi casa, á mi servicio un hombre peligroso.»

El maestre palideció de cólera; receló que Beltran, de quien todo lo temia, hubiese tenido una feliz inspiración, y hubiese asaltado de un solo golpe la privanza: el rey era afecto á todo lo nuevo, y contando con el poder del talento y de la ambición de Beltran, era muy posible que hubiese nacido un enemigo al triunvirato del maestre, de don Juan Pacheco y del arzobispo de Toledo, y por consecuencia una nueva lucha. Giron estaba cansado de luchar y el incidente que preveía le contrariaba.

—¿Dice vuestra alteza, contestó pronunciando de una manera lenta y acentuada sus palabras, que yo he introducido en su casa un hombre peligroso?

—Ciertamente: que galantea á las mugeres de mis caballeros, poniéndolas en estados verdaderamente embarazosos, y da heridas de muerte á mis huéspedes.

El maestre respiró libremente.

«Un hombre que galantea..... ¿y á quién?»

—¿No has reparado, Giron, el estado en que se encuentra doña Mencía de Padilla?

—¡Oh, señor, señor! ¡permítame vuestra alteza que mi lealtad se resienta!

—Pues no entiendo, ¿qué tiene que ver el embarazo de doña Mencía con tu lealtad?

—Vuestra alteza me retira su confianza hasta el punto de quererme hacer ver lo negro colorado, y esto es ya una desgracia.

—Pues repito que no te entiendo.

—Si Castilla tiene fundadas esperanzas en el casamiento de vuestra alteza....

—Esperanzas..... ¿de qué?

—Esperanzas de un heredero, señor.

—¿Te has vuelto loco, maestre? hablábamos de doña Mencía, y de que don Beltran de la Cueva no se ha separado de ella un momento en toda la noche.

—Cabalmente, porque hablamos de doña Mencía y del estado en que se encuentra, es por lo que he dicho que la corte de Castilla alienta consoladoras esperanzas.

—¡Ah! exclamó el rey.... pues sí, ya comprendo....

—La corte sabe que vuestra alteza no es impotente.

—¿Y cómo diablos? doña Mencía es muy recatada..?

—Pero tiene un marido terriblemente celoso.

—Será necesario, pues, enviar á Hernando de Carrillo á la frontera.

—No, no sería prudente: eso sancionaría el escándalo: basta que él sepa que debe respetar los altos amores de su muger.

—¡Ah! ¿el señor Hernando de Carrillo sabe?....

—Sabe, y con saberlo se honra, que vuestra alteza es el padre de su hijo.

—¿Y quién ha podido decirselo? esto es verdaderamente maravilloso, maestro.

—Debeis conocer, señor, que el estado en que se encuentra esa señora es harto reparable, y que, ignorando Hernando de Carrillo el nombre del causante de ese estado, ha debido tener necesariamente un ruidoso altercado con su esposa.

—¿Un altercado?

—Que ella ha concluido con solas tres palabras.

—Tres palabras ¿eh? por ejemplo: sois un animal...? pero para completar la frase falta el que hubiesen llegado á cuatro las palabras.

—Doña Mencía, dijo simplemente: amo al rey.

—¿Y el señor Hernando de Carrillo?... contestó Enrique IV frotándose alegremente las manos.

—El señor Hernando de Carrillo, calló, y volvió la espalda á su esposa, con la cual no ha vuelto á disputar.

—¡Por San Enrique! pues mira, no me desagrada saber, por tan buen conducto, que soy amado por doña Mencía.

—Si vuestra alteza no me hubiera recatado sus amores.

—Te diré, Giron, hay mugeres á quienes da lástima arrancar su velo de santas.

—¿Y qué? ¿cuándo la corte ha desdeñado á la manceba de un rey?

—Dices bien.... pero me complacia el misterio de... esos

amores..... además, tú eres hombre para quien nada hay oculto. Apostaría á que hace mucho tiempo que sabes.....

—Vuestra alteza se equivocó, nó lo he sabido hasta esta noche.

—¡Cómo! ¿y lo sabe ya toda la corte?

—Conviene que se destruya la opinion que se tenia de la nulidad.....

—¿Mia acerca de la sucesion?

—Cabalmente.

—¿Pero quien te ha dicho que doña Mencía?

—Su esposo, á quien procuré sacar del cuerpo la razon de la cara de lobo que tiene hace algunos dias.

—¡Ah! ¡mi capitan tiene cara de lobo!

—Está celoso.

—Y será capaz de dar un escándalo!

—Mejor.

—Sí, mejor, mucho mejor, nadie dudará entonces. Pero esto me contraeria algo; habia asegurado bajo mi palabra real á doña Mencía guardar el mas profundo secreto.

—Vuestra alteza le ha guardado hasta el punto de recatárselo á su confidente más fiel, á su más leal vasallo.

—¡Oh! ¡oh! he hecho mal, y tienes razon en quejarte. Y dime..... ¿crees tú que la reina concebirá del mismo modo que doña Mencía?

—Si se procura, es indudable, dijo el maestro.

El rey, á pesar de su cinismo, se sonrojó.

«Bien, bien, Giron, dijo con acento ronco: se procurará.»

—Conviene á España.

—Y á tí mas que á nadie;..... sí, indudablemente; necesitamos á todo trance un sucesor..... y dime, ¿por qué me has recatado que don Beltran de la Cueva ha tenido un duelo por cierta dama, con ese aragonés, con ese Juan Rodriguez, á quien segun Cibdareal ha dado una terrible estocada?

—Ese es otro pequeño escándalo, señor: Juan Rodriguez amaba á una de las nietas del marqués de Santillana.

—¡Ah! ¡ah! ¡á cuál de ellas?

—A Mencía.

—¡Ya! y el señor Beltran de la Cueva...

—La amaba tambien.

—De modo que dos para una...

—Se encontraron en el huerto de la casa del marqués.....
en Úbeda.

—¿En el huerto?

—Con la diferencia de que don Beltran habia entrado por la puerta, y el señor Juan Rodriguez, habia saltado por la tapia.

—Creo que doña Mencía de Padilla vivia en ese misma casa.

—Sí señor.

—Ya... y Mencía de Mendoza pagó por...

—Por sí misma: los dos jóvenes se aman de una manera que...

—Para evitar un escándalo mayor, seria conveniente.....

—Casarlos.

—Sí, bien, pero don Beltran es pobre.

—Creo que vuestra alteza ha comprendido que es un excelente servidor.

—Cuyo oficio, hasta ahora, no ha dejado de ser muy grato para él.

—Don Beltran es un servidor estimable, á quien debe vuestra alteza dar un destino honroso y bastante para abrirle todas las puertas en el alcázar, debe ser de la servidumbre interior.»

El rey se rascó la estremidad de la nariz.

«Pues oyes, no sé á quien tocar para poner en su lugar á don Beltran. Echar á cualquiera de los que sirven en palacio, seria añadir un noble mas al bando enemigo.

—Ahí tiene vuestra alteza á Andrés de Cabrera.

—¡Andrés de Cabrera! eso levantaria un polvo infernal: tiene muchos amigos, y sobre todo, mira..... mira..... el rey señaló á la ventana en donde el joven mayordomo mayor del rey perma-

necia aun hablando con la bella doña Beatriz Fernández de Bobadilla.

—Sí, sí; ya sé que le ama frenéticamente la marquesa de Moya. Por lo mismo se alegrarian infinito de que vuestra alteza los casase..... y que los enviara á comer el pan de la boda al alcázar de Segovia.

—¡Estupendo! eres todo un hombre. ¡Una alcaldía real vacante!

—Y una vez alcalde del alcázar de Segovia Andrés de Cabrera, vacante la mayordomía mayor del rey....

—Asombroso.

—Y una vez mayordomo mayor don Beltran con una renta...

—De veinte mil.....

—De cuarenta mil maravedís..... es necesario que don Diego Hurtado de Mendoza vea en nuestro hombre un partido ventajoso para su hija.

—No, no; nuestras rentas no sufren tales rentas..... estamos muy mal, tan mal, que dentro de algunos dias me será preciso empeñar una villa ó un castillo, si es que me queda alguno, para dar dinero á mi repostero. Treinta mil, treinta mil es bastante.

—Pero ese no es un estado que deslumbrará á los Mendozas: vienen de Asturias, y son un tanto....

—¿Miserables? ¿eh? pero en cambio son orgullosos: ¿qué te parece si como merced de bodas diese yo á don Diego en señorío la villa de Escalona?»

El maestro no puso muy buena cara á la proposicion.

«Eso señor, es acrecer demasiado la prepotencia de un noble que es ya demasiado poderoso.

—Por lo mismo, eso no será mas que añadir un título á los que heredará de sus abuelos..... título que pagará dando su hija Mencía, con la villa de Tineo, por dote á mi mayordomo.»

Meditó un tanto el maestro, como el señor á quien un súbdito hace una proposicion importante medita antes de aceptarla. El rey esperaba.

«Pues bien, sí señor», dijo al fin el maestro; hagámosle duque, pero arranquémosle para don Beltran la hija y la villa.

—Mira, encárgate tú de eso..... no me gusta entender en ciertas cosas..... tú..... ó tu hermano don Juan..... mira, no sería malo que lo consultases con Pacheco..... mírale por donde viene..... Y bien, ¿está ya la farsa corriente?

—Esperan, señor.

—Bien, bien, te dejo con tu hermano don Juan; voy á servir de caballero á mi esposa.»

El rey se separó de ellos y fue al trono. Apenas se encontraron libres de él los dos maestros, don Juan se apresuró á preguntar á su hermano:

«Y bien, Pedro, ¿y nuestra farsa?

—Corriente..... de una manera magnífica..... tendremos infante.

—Pero doña Mencía de Padilla.....

—Le robo el amante: se le caso.

—Pedro, eso es avanzar demasiado..... ponernos frente á frente con ella.

—¿Y qué importa? es necesario cortar los vuelos á esa águila que empieza; los celos de doña Mencía se los cortarán.

—Pero le abres el tálamo del rey.

—Enredemos, Juan, enredemos; luego hay tiempo de desenredar; y si se nos hace difícil, lo de Alejandro: lo que no se puede desatar, se corta.

—¡Dios quiera que para entonces no hayamos roto nuestras espadas!.... ¡hemos cortado tanto con ellas!

—¿Paréceme que tienes miedo, Juan?

—Sí, tengo miedo..... porque esto no puede durar siempre, Pedro; desde la muerte de Enrique III, los bandos del condestable Dávalos, los del condestable Luna, los de los infantes y los nuestros, han chupado cuanta sangre pura tenia el país; ya no le queda mas que podre, y la absorbemos aun; esto no puede durar mucho: estoy viendo venir otros tiempos.

—¡Bah! estamos muy divididos, y esto es todo..... pero aun nos quedan algunos años; si la reina da á luz un infante, nos

apoderaremos de él; tu miedo vive en Madrigal con la reina viuda doña Isabel y sus dos hijos los infantes don Alonso y doña Isabel..... ¿comprendes ahora cuánto vale para nosotros Beltran de la Cueva?

—Sí, pero nos quedamos solos..... vamos á ver la Celestina, Pedro.»

Los dos hermanos siguieron á la corte, y el salon quedó desierto.

CAPITULO XXI.

De cómo eran los teatros y los cómicos de entonces.

En aquellos tiempos el arte dramático estaba en los principios ó antes de los principios, mejor dicho, en cuanto á aparato escénico: en primer lugar no habia teatros fijos, ni en los accidentales, que se construian simplemente con un tablado y cuatro cortinas, una de las cuales servia de telón, constituyendo las otras tres el escenario, se conocian las decoraciones: desde las mugrientas sábanas de una posada, entre las cuales representaban pasos innobles y obscenos farsantes vagabundos, arrancados de la hez del pueblo, subia progresivamente el aparato escénico á los riquísimos tapices de Flandes, ó á los paños de brocado, en cuyo espacio representaba la misma canalla, que declarada infame por una ley de partida, no podia ser nunca otra cosa, pero vestida á espensas de un magnate ó de un rey, con trages de relumbron, que sustituian de una manera agradable á sus mugrientas y usadas botargas.

Las obras dramáticas estaban en armonía con lo pobre del teatro y con lo miserable de los representantes: eran generalmente escenas de plaza, de garitos ó de taberna, salpimentadas con chistes lúbricos y amenizadas con las contorsiones y muecas de un gracioso vestido á la manera que se representa hoy á polichinela y á quien llamaban el *bobo*.

El pueblo, que veia en aquellos primeros y monstruosos bos-

tezos del arte, la reproduccion exacta de sus costumbres, aplaudia y arrojaba cornados en las escudillas del demandador de los farsantes, á quienes se admiraba, como admiramos hoy á nuestras notabilidades artísticas.

Aun nos queda una remota semejanza de aquellos cómicos en los cómicos de compañías ambulantes á partido; pero aquella semejanza existe solo en el fondo del carácter; nuestros cómicos de la legua se parecen á los histriones del siglo xv, como los hombres de hoy nos parecemos á Adán, nuestro primer padre: con una semejanza de raza, ó por mejor decir, aunque varía: de casta.

Pero entre estos y aquellos, justo es decirlo, un espacio de cuatro siglos ha interpuesto como un abismo la civilizacion, y ya no se les llama infames, porque en efecto no lo son. Les quedan, es verdad, las pasiones inherentes al oficio, pero estas pertenecen, por decirlo así, á lo privado, á la vida de dentro de casa, en la cual nadie está autorizado á entrometerse: pasiones que solo se alientan en las rivalidades, en la maledicencia y en la continúa lucha de que han sido, son y serán testigos las candilejas de los teatros, mientras haya teatros en el mundo.

La no existencia de teatros fijos, construidos expreso, hacia que los ambulantes, que generalmente eran conducidos en carros por los cómicos, se levantasen en un corral, patio ó plaza, donde los espectadores acudian con su silla ó permanecian en pié: esto mismo hemos visto practicar nosotros en algunos lugares, al paso de una compañía de la legua, y sin duda lo habrán visto tambien algunos de nuestros lectores: pero cuando la representacion se hacia delante de la corte, era mas necesario que nunca un gran espacio, que no era fácil encontrar en ningun edificio fuera de las iglesias, en las cuales ni era justo, ni se hubiera permitido la profanacion, aunque en ellas se representaba tambien: pero aquellas representaciones consistian en autos sacramentales tomados del Evangelio ó de la vida de un santo, y se ejecutaban por sacerdotes.

Esta costumbre de levantar los teatros al cielo raso, estableció la denominacion de corrales que se siguió dando á los teatros

permanentes hasta el siglo pasado en que dejó de decirse corral de la Cruz, corral del Príncipe, corral de los Caños del Peral, para denominarlos coliseos.

El teatro levantado en uno de los corrales del alcázar, fue uno de los mas ostentosos de que se hace mención en las memorias de aquel tiempo: segun unos viejos papeles que se nos ha asegurado existen entre los manuscritos de la Biblioteca nacional y de los cuales tenemos á la vista un completísimo y minucioso extracto; «se invirtieron en cubrir la amazon no menos que trescientos tapices grandes, sin contar un número prodigioso de pequeños que se invirtieron en los estrados de las damas, que segun muy discreto uso, asistian á las farsas aparte de los hombres. El techo estaba cubierto con un lienzo, representando al cielo tan al vivo, que podian contarse las estrellas, con una muy hermosa luna en el centro, de la que pendia un gran artificio de grandes arandelas cuajadas de velas de cera que relucian de tal manera, como si fuese un astro arrancado al firmamento. El espacio libre de los estrados estaba cubierto de muchas y muy buenas alfombras, y sobre ellas se sentaban los nobles y señores convidados en escaños de respaldo alquilados á las iglesias: el estrado real se había hecho con una hermosa tienda de campaña del señor maestre de Calatrava, de seda roja (la misma sin duda que vimos en Bailen), la que se había tachonado de espejuelos de estaño de tal manera, que daba gozo verla: en aquella tienda y sobre el estrado que se había levantado delante de ella, asistian sus altezas, teniendo ante sí, á los pies de las gradas, sus reyes de armas, y detrás sus damas, sus camareros, sus pajes y sus donceles, con gran número de señores del servicio de la casa real; finalmente, el estrado donde debia hacerse el auto por los farsantes, estaba cubierto por una maravillosísima cortina de tienda, que vino años atrás entre unos dones que hizo al rey don Juan el II el rey Ismail de Granada: era de seda de mil colores, de rica labor entretejida de oro, reluciente y hermosa que mas no cabia. Ultimamente, delante del teatro y sentados en siales sin respaldo, había como hasta cuarenta músicos con laudes, vihuelas, chi-

»rimías, atabales, pifanos y dulzainas, que tocaron armoniosa-
 »mente y todos á un tiempo, cuando se asentaron en su estrado
 »sus altezas.»

Esta descripción, tan buena como cualquiera, y mejor que muchas, nos ha ahorrado de poner en tormento nuestra pluma para inventar otra que hubiera dejado sin duda menos satisfechos á nuestros lectores: y si fue así como aquellos antiguos papeles rezan, parécenos que debían producir muy buen efecto la multitud de colores contrapuestos, los brillos de las joyas y de los espejuelos, lo vistoso de los trages, la cortina morisca del rey Ismail, la inmensa lucerna de arandelas, la tienda de campaña del maestro, los reyes de armas y el aparato de la corte, á todo lo cual debió prestar cierta magestad la marcha régia, que fue sin duda lo que tocaron, tañendo á una vez, las chirimías, los laudes, los pifanos etc.

Corrióse á su tiempo la cortina, dejando descubierto un escenario, que así como lo demás, estaba cubierto de alfombra y tapices, y el primer galán anunció humildemente que sus farsantes iban á tener el alto y singular honor de representar por la primera vez delante de sus altezas y de su noble corte, la Celestina, ó tragi-comedia de Calisto y Melibea, comenzada á escribir años atrás por el señor Juan de Mena, y terminada no mucho tiempo después de la muerte de aquel, por el señor Rodrigo de Cotta.

Este anuncio sustituía cumplidamente á carteles previos. Hoy, quien va de improvisó al teatro, se ve obligado á preguntar á su vecino, ¿qué se hace ó qué se deshace esta noche? lo que de seguro no sucedería, ó al menos no sería necesario que sucediese, si los teatros hubiesen perseverado en aquella buena costumbre. Es verdad, sin embargo, que generalmente el autor, preveyendo sin duda esto, tiene la amabilidad de soltar el nombre del drama antes de los cuarenta versos, siempre al final de una escena y produciendo con él una peripecia. Si bien se mira nada se ha perdido: la mayor parte de las cosas no han hecho mas que variar de puesto.

Volviendo á nuestro relato: empezó la representación; la

Celestina es una obra de quien dijo con razon Cervantes en ciertos versos estrambóticos.

Libro, en mi opinion divi,
Si encubriera mas lo huma.

Hoy la Celestina no podría representarse: se resiente de los resabios, de los borrones de la literatura dramática de su tiempo, y como muchos de los diálogos sus contemporáneos, brilla por el estilo, por la agudeza, por el colorido: su gran mérito consiste en ser acaso el primer drama español en que se ha cuidado de la fábula y se la ha hecho marchar á un fin moral, pero por medio de obscenidades y de cuadros repugnantes: vese allí una vieja hechicera y encubridora, magnífico retrato de costumbres, que por exacto, debe relegarse al estudio de un literato, y cubrirsele con un tupido velo. Dos lacayos y dos mugerzuelas, son asimismo un trasunto fiel, pero de igual manera escandaloso, y aun los amores de Calisto y de Melibea, amores en que rebosan el sentimiento y la poesía del alma, están afeados con un sabor lúbrico, que parece sostenido expreso en toda la obra y que no es otra cosa que el reflejo de la corrupción social de entonces.

A pesar de esto, la Celestina obtuvo desde las primeras escenas un éxito de que no hay ejemplo en nuestros dias: es cierto que uno de los autores se llamaba Juan de Mena, poeta que fue acaso el mas popular de su tiempo, y la corte rendia un homenaje al nombre de su amigo, recibiendo de una manera entusiasta su obra póstuma. Dícese que Rodrigo de Cotta, para distraer las negras memorias de unos amores que fueron altamente célebres y horriblemente trágicos, la concluyó en unas vacaciones poco antes de que muriese Juan de Mena.

En uno de los años mas proximos al proscenio habia tres hombres, acaso los únicos que escuchaban con una profunda tristeza los maravillosos diálogos del drama; estos tres hombres eran Jorge Manrique, el viejo marqués de Santillana, y el bachiller Fernan Gomez de Cibdareal.

Jorge Manrique sufría visiblemente, el buen poeta estaba

pálido, y de tiempo en tiempo decia alguna palabra de oportunidad al marqués de Santillana. Fernan Gomez escuchaba con atencion.

«Esto es demasiado desembocado, amigo marqués, dijo en una ocasion Manrique á Santillana: ¿recordais que asi se lo hice notar hace cuatro años á Juan de Mena, por este mismo tiempo, una noche que nos lo leia en el alcázar viejo de Valladolid?»

—Sí, sí, y recuerdo tambien que aquella noche dieron una estocada por amores á ese buen Rodrigo Cotta.

—¿Qué tiempos aquellos!... fatales, horribles.... pero estos les aventajan! las damas de entonces se cubrian la cara con el ventalle, para encubrir la risa que les causaban las libertades de aquel pobre Alonso de Vivero: hoy, escuchad, se rien francamente á rostro descubierto y sin recato, de las obscenidades de la comedia, recargadas por ese histrion malsin.

—No todas, no todas, señor Jorge Manrique. Ahí teneis junto á vos á la perla de las nietas del señor marqués de Santillana: la hermosísima doña Mencía: apenas escucha: vuestra nieta está muy triste, don Iñigo Lopez.

—En verdad que me tiene cuidadoso su melancolía, contestó el marqués en voz baja al médico; desde que vinimos á la corte, está entristecida: en particular está mañana tenia señales de haber llorado, y fue necesario que su padre la requiriese severamente para que viniese al alcázar: ¿Y no sabeis qué remedio podríamos aplicar á esa dolencia?

—Remedio!... en verdad no le encontrareis en la botica, pero le hallareis en la iglesia.

—¡Ah! ¡ah! dijo el marqués que vió venir el tiro: ¡Allá, allá, ellos! Mi hijo don Diego sabe demasiado y es ya muy hombre para que yo me entrometa en curar las tristezas de sus hijas.

—El señor Cibdareal se engaña, padre mio, dijo la jóven, que habia escuchado que se hablaba de ella, violentándose para sonreirse.

—Sin embargo, ¿cuando el rio suena!... repuso Cibdareal.

—¿Y qué rio suena con respecto á mi familia? dijo el marqués en acento mas bajo.

—Suená que se va á dar la alcaldía del alcázar de Segovia á Andrés de Cabrera.

—¿Pero qué tiene que ver eso con?

—Ese es el nacimiento del río que suena.

—¡Ah! ¡el nacimiento!

—Suená también que Andrés de Cabrera casará con la marquesa de Moya.

—Aun está muy cerca el río de su origen.

—Ya correrá, señor marqués. Por ejemplo, se dará la vacante de mayordomo mayor del rey á don Beltran de la Cueva, con cuarenta mil maravedís de renta.

—Ya era tiempo de que el rey se acordase de los de la Cueva: por otra parte el mancebo es tal, que le creo digno de cualquier honra.

—Por lo mismo, el rey á quien no falta quien aconseje bien, ha pensado en honrar á su protegido, y en esta honra es cuando el río que suena llega hasta vuestra familia.

—¿Cómo! ¡el rey pretende!.....

—El rey desea, según me han dicho, que doña Mencía de Mendoza, llevando por dote la villa de Tineo.....

—¡Case con don Beltran de la Cueva! con un jóven que, aunque noble, valiente y discreto, empieza á vivir; ¡no!..... Estoy seguro que mi hija.....

—Item: se murmura, que como merced de bodas, dará al señor don Diego Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, el señorío de la villa de Escalona.

—¡Ah! ¡ah! es decir que el rey tiene empeño.....

—Es decir que don Beltran de la Cueva ha caído de pies en la corte.

—Pero, señor, se sabe si don Beltran aceptará, si mi nieta.....

—Mirad, don Iñigo López, si las causas y los negocios no os han hecho desconocer á los enamorados, observad á dónde mira de tiempo en tiempo doña Mencía.»

El marqués observó á su nieta, y en efecto, reparó en que su mirada tenía por objeto un jóven que estaba en el estrado real

detrás de su sobrina doña Mencía de Padilla. Aquel jóven era Beltran de la Cueva.

«¿Y dónde diablos se han entendido? dijo un tanto amostazado el marqués.

—¿Quién, los novios? ¡ta! ¡ta! cuando vos erais jóven, y escribais la trovas de la *baquera de la finojosa*, de seguro que la dama á quien se dirigía no iria á mostrarla á su padre ni á su abuelo.

—¡Ah! ¿ha habido trovas de por medio?...

—En las que vos, sin saberlo, no habeis tenido poca parte.

—¿Yo!

—Habeis enseñado á trovar al mancebo.

—Pero él no hubiera hecho nada sino hubiera sido poeta....

estoy libre de toda culpa.

—Pero no del pecado de haberle introducido en vuestra casa, en Úbeda.

—¿Por quién sabeis esto? señor Cibdareal.

—Por el maestre de Calatrava, de cuya casa ha sido, como sabeis, ocho dias don Beltran.

—Paréceme que esta boda es una solapa, y que no la hacen de valde don Juan Pacheco y don Pedro Giron.

—Con los años os habeis hecho mal pensador.

Teneis razon, y pienso mal de todo el mundo, y en particular de los que nunca han hecho nada bueno.

—Sois, sin embargo, grande amigo.

—De don Juan Pacheco es verdad, qué queréis, su padre y yo servimos juntos al rey don Juan desde pajes; la memoria del padre me hace olvidar las faltas de los hijos: pero ved, ya empiezan la cuarta jornada, y mi buen amigo Jorge Manrique no me tendria á buena voluntad el que desatendiese á Juan de Mena.

—Sí, decís bien, y yo voy donde me llama la humanidad.

—¡Ah! ¿es verdad! ¡pobre Juan Rodriguez! mucho se hubiera alegrado de ver representar la obra de nuestro insigne Córdobés. Eran grandes amigos.

—Os afirmo que la verá, completamente bueno, pasados quince dias: tengo para él un remedio admirable.

—¿Remedio de iglesia?

—De amor. *Erit, cui feminae vulnerarunt, feminae re-
rectus.*

—Cibdareal, Cibdareal, en otro tiempo usábais de mas hon-
rada botica.

—Sabeis, sin embargo, que el tósigo que mata, puede salvar
á veces. Y quedad con Dios.

—¿No volveis?

—Acaso no os acordáis de la Celestina?

—¿Vais á ocuparos del medicamento?

—Mas tarde.

—Os deseo una cura maravillosa.

—No será mala si con ella echamos á los Enriquez de
Castilla.»

El marqués quedó pensativo mientras se alejaba el médico;
despues miró al estrado real y posó de una manera profunda su
astuta mirada en la reina.

«¡Oh! ¡oh! andaos con tiento, señor Cibdareal, dijo: porque
la medicina es de buen precio.

—¿Habeis hablado con el marqués? dijo el maestro de Cala-
traba á Cibdareal, á quien esperaba fuera.

—Sí.

—¿Y qué?

—La villa de Escalona, es una muy hermosa villa: mas her-
mosa que la dama que segun sospecho está ya conquistada. ¿Y
vuestro hermano don Juan?

—Don Diego Hurtado de Mendoza piensa cabalmente, aun-
que no lo dice, lo mismo que vos. Le parece muy hermosa la
villa.

—Eso quiere decir que tendremos boda?

—Dentro de ocho dias, para lo cual permanecerá en la corte
el arzobispo de Sevilla. ¿Y el enfermo?

—Sigue delirando.....

—¿Y pensais que sus delirios sean alguna vez verdades?

—¿Quién sabe? las mugeres.....

—Ese Juan Rodriguez tiene sino de altos amores.....

—¿Es decir que no os basta don Beltrán?

—Nunca ha sido malo el año por abundante. Cuidad mucho al herido.

—No descuideis vos la boda.

El médico se internó en el alcázar, y don Pedro Giron subió, por la parte posterior, al estrado real.

Podía decirse que en aquel lugar eran altamente desatendidos Juan de Mena y Rodrigo de Cotta; el rey, mas ocupado en mirar á doña Guiomar que en escuchar la Celestina, corría pareja en distraccion con la reina que estaba profundamente pensativa y densamente pálida. Don Pedro Giron que se habia apoyado en el respaldo del sillón de la reina, notó que estaba inquieta, que suspiraba penosamente y que sus miradas erraban sin objeto: cuando el rey la dirigia alguna palabra de tiempo en tiempo, parecia despertar de un sueño, y se esforzaba por parecer amable en su respuesta. Despues el rey volvía á fijar la vista en doña Guiomar do Silva, y la reina á abismarse en su pensamiento.

«¡Vive Dios! exclamó para sí el maestro, parece que las de por allá son lo mismo que las de por acá. La reina Isabel me habia hecho pensar de una manera honrada de las portuguesas, pero esta me vuelve á mi antigua opinion. ¡Si estará enamorada! ¡tan pronto! ¿y qué importa? ¡las mugeres son todavía un mundo desconocido! ¡ello, podré engañarme, pero me atreveria á apostar mi maestrazgo á que esta muger se nos pone por sí misma en buen camino!»

Y halagado por este pensamiento, que era para él muy bello, sufrió sin impacientarse, y unas tras otras, las diez y seis jornadas que, sobre las ya hechas, quedaban á la Celestina, y el honor que se hizo á Rodrigo de Cotta á quien la reina, que puede jurarse no habia oido nada de la comedia, celebró, aplaudió y recompensó dándole por su misma mano un broche de balajes que llevaba al pecho. El rey le endonó su escarcela, que por su peso parecia bien henchida; las damas le sonrieron con intencion, y los hidalgos le apretaron la mano con afecto: aquel era uno de esos triunfos que no son grandes sino en el alma del poeta que

los recibe, porque sueña en un mundo desconocido para la multitud que le aplaude; mundo de dorados fantasmas, que tiene su asiento en las alturas y su límite en la inmensidad.

El jóven poeta, un tanto aliviado de su sombría tristeza, siguió á la corte, que se trasladó á la gran cámara de honor del alcázar donde ya estaban puestas las mesas.

Al sentarse los nobles á quien se hacia la honra de cenar, como antes se les habia hecho la de comer, en la misma cámara que sus altezas, si bien en mesa aparte, cinco de ellos, contando dos damas, encontraron bajo sus paños ó servilletas, un pergamino. A saber: don Diego Hurtado de Mendoza, un albalá por el cual el rey le concedia por juro de heredad la villa, alcázar y fortaleza de Escalona, en indemnizacion de la villa de Tineo que daba en dote á su hija, la hermosa, noble y garrida doncella doña Mencía: Beltrán de la Cueva, una provision real, por la que se le conferia el oficio de mayordomo mayor del rey, y en otra su licencia para casarse con doña Mencía de Mendoza: Andrés de Cabrera, otra real provision por la cual se le admitia la dejacion del oficio de mayordomo mayor del rey, y se le conferia el de alcaide del alcázar de Segovia, donde marcharia despues de su casamiento, que debia ser luego, luego, para que no sufriese daño por su ausencia el servicio del rey en aquella alcaidía: á doña Mencía de Mendoza, licencia, como menina que era de la infanta doña Isabel, para casar con don Beltran de la Cueva, noble y mayordomo de su alteza; y últimamente doña Beatriz Fernandez de Bobadilla, otra licencia igual, por ser dama de honor de la reina viuda doña Isabel de Portugal, para casar con Andrés de Cabrera, alcaide del alcázar de Segovia.

Todas estas mercedes estaban pretestadas como gracia por el casamiento de sus altezas, á los cuales despues de la cena fueron los favorecidos á besar las manos.

En vano don Pedro Girón fijó una mirada escrutadora en la hermosa doña Mencía de Padilla: su semblante estaba sereno, radiante, alegre, por la boda de Beltran de la Cueva. El maestre recibió una nueva prueba de lo profundo é insondable que es á veces el disimulo en las mugeres.

«Bendígalas Dios, dijo; cuando se las sabe manejar son un tesoro.»

El arcediano don Gonzalo de Arévalo, pensaba de muy distinto modo,

«Fiaos de ellas, decia; edificar sobre la muger es edificar sobre arena.»

El rey entre tanto traia muy distinta conversacion con don Juan Pacheco.

«¿Estás seguro, le preguntaba, de que podré acercarme á la fortaleza sin temor al alcaide?»

—Doña Guiomar do Silva se defenderá por honra, llorará.... pero lloraria mas de veras si vuestra alteza desistiese.

—¡Bien, bien! creo que la reina, señores, dijo volviéndose á la diputacion de la grandeza que habia acompañado al rey á la antecámara nupcial, debe haberse recogido: he ahí su camarera mayor; buenas noches, señores, buenas noches; hasta mañana.»

Enrique IV abrió la puerta de la cámara, que se cerró tras él: la diputacion del reino, los del consejo, los diputados del brazo noble y eclesiástico, los de las universidades y los del estado llano, se retiraron murmurando maliciosamente de la estraña orden pronunciada por don Juan Pacheco, que suprimia por aquella vez y por ciertas razones poderosas un uso, que saben los que conocen las costumbres de aquella época, que nosotros sabemos tambien, y que puede saber todo el que quiera buscar en la crónica de Hernando del Pulgar, que corre impresa, la relacion del desposorio de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, en cuyo casamiento se restableció aquel uso. La historia no es, ni debe confundirse con la novela: aquella puede decir cosas que esta se ve obligada á callar.

Un momento despues, la antecámara de la reina estaba desierta, y el alcázar sumido en una lóbrega oscuridad. Media hora adelante, se abrió una puerta inmediata á la de la cámara de la reina, y salieron por ella dos personas; era la una Beltran de la Cueva y la otra doña Mencía de Padilla.

«Id en paz, dijo aquella, con la voz desfallecida, triste y

apesarada: me habeis herido en el corazon: pero os lo perdono: casaos con mi sobrina y sed mi amante, pero tened mucha cuenta, porque no os consentiré una tercera.

—Te juro por todos los santos del cielo, que me casan, Mencía.

—Sí, sí, te casan: te caso yo: por mucho que te ame amo tambien á esa pobre niña á quien has perdido..... era preciso que fueses su esposo: pero ten presente, Beltran, que yo te he elevado, y que yo te haré caer si me eres traidor otra vez: para partirte con una me despedazo el corazon, antes de partirte con otra os haré pedazos á los dos.»

Sonó entonces un golpe recatado á la puerta de la cámara de la reina.

«Vete, vete, Beltran, algo acontece extraordinario en la cámara de su alteza.»

Beltran asió con ambas manos el rostro de su querida y la besó á su despecho en la boca.

«Aparta, traidor, exclamó doña Mencía; ni me has amado, ni me amas.

—¡Ah, ah! ¡yo te lo probaré!

—Procura que yo no obtenga pruebas de que.....

—¿De qué?.....

—La reina..... me llama..... adios, vete.»

Beltran robó un abrazo á doña Mencía y salió á las antecámaras murmurando.

«Vive Dios que no sé donde estoy.»

CAPITULO XXII.

De como se hicieron amigas la reina y doña Mencía de Padilla.

Doña Mencía quedó sola en la antecámara, mirando preocupada al sitio por donde Beltran habia desaparecido; poco despues volvieron á llamar quedo á la puerta de la cámara. Doña Mencía se acercó y la abrió; detrás, sosteniendo el tapiz, estaba la reina sencillamente vestida de blanco y peinada aun: solo por el ligero desórden que se notaba en las bandas de sus cabellos, podia sospecharse que se habia acostado.

«¡Ah! sois vos, doña Mencía, dijo la reina.

—Soy la dama de guarda, señora.

—Me alegro, asi me escuso de enviar á buscaros. ¿Dónde está la camarera mayor?

—En sus habitaciones del alcázar. ¿La necesita vuestra alteza?

—No: asi es mejor: ¿y los pajes y los camareros?

—El rey los ha mandado retirar.

—¿Y los donceles?

—En la galería.

—¿Están francas las comunicaciones interiores de nuestra cámara.

—Sí señora.

—Entrad.

—¿Está enferma vuestra alteza?

—No, respondió con precipitación doña Juana.

—Acaso el rey....

—El rey está allí, dijo la reina señalando una puerta al fondo de su cámara.

—¡Allí, señora! por allí se va á las habitaciones de las damas de honor.

—Bien, no importa, dijo la reina con desden: entrad.

Y asiendo una de las manos de doña Mencía la introdujo en la cámara.

«Sentaos, la dijo.

—¡Pero si volviese el rey!....

—He cerrado aquella puerta por dentro.

—Pero de todos modos....

—Miradme desde ahora y siempre que estemos solas, no como reina, sino como amiga.»

En efecto, la reina, aunque se habia mostrado altiva y dura desde su llegada, era entonces para doña Mencía una jóven amable, aunque triste y apesarada, una muger, en fin, cuya alma salia sin rebozo á su semblante, y que en su expresion revelaba la necesidad de un alma amiga con quien unirse, y uniéndose consolarse.

Doña Mencía comprendió lo triste de la situacion de una esposa, á quien su esposo habia mirado desde su llegada con indiferencia; que despues la habia desairado delante de toda la corte, y que en fin, abandonaba su tálamo para ir á degradar su propia dignidad y la de la reina, en una aventura escandalosa.

Esto era bastante para justificar el mal talante de doña Juana de Portugal y su necesidad de una confidente, de una amiga.

Sentóse, pues, y se preparó á una escena en que preveia le seria necesario todo su profundo disimulo, todos los recursos que la daban catorce años de experiencia pasados en una corte, impudente de suyo, lo bastante para arrancar el velo de la ignorancia de los ojos del mismo génio de la inocencia.

«Habeis sido, la dijo, dama de la princesa doña Blanca, segun noticias mias,

—Si señora, tuve esa honra.

—La acompañásteis también como una amiga leal en Olmedo.

—Si señora.

—Y érais, según me han dicho, más que su dama, su amiga.

—Su alteza era jóven y pura como vuestra alteza; como vos necesitó un partícipe de sus penas, y como vos ahora, me honró con su confianza durante diez años.

—¿Y decidme, amaba doña Blanca á don Enrique?

—Su alteza hablaba siempre con respeto de su real esposo: sufría y lloraba.

—Yo he llorado también; doña Mencía, he llorado un momento..... pero he recogido mis lágrimas y os juro que no lloraré más.

—Creo que el rey habrá tenido razones para no acompañar á vuestra alteza.....

—¿Y qué razones pueden ser esas? dijo la reina levantando con altivez la cabeza que tenia indolentemente apoyada en una de sus manos. Comprendo que se separara de doña Blanca, porque ella en fin tuvo la desgracia de olvidarse de sus deberes.....»

Tocó su vez á doña Mencía de erguir la cabeza con orgullo en nombre de doña Blanca.

«Han engañado infamemente á vuestra alteza, señora, exclamó, conteniendo mal su indignacion; doña Blanca es una infeliz señora, á quien ha santificado el mártirio. Doña Blanca es un ejemplo de pureza y de virtud; ella, como su hermano don Carlos de Viana, son dos mártires reales; doña Blanca fue calumniada, humillada, escarnecida en Castilla, por los miserables ambiciosos que han venido sucediéndose en derredor del trono castellano desde los tiempos de don Enrique II: lanzada de su tálamo por la impostura, encontró también la ambicion acechándola al lado de su padre: aqui la infamaron los Pachecos; allá la matarán los Enriquez.»

—¿Los Pachecos habeis dicho?

—Los Pachecos, y los Girones, y los Carrillos, y otros mil

que pertenecen al bando del arzobispo de Toledo y de sus sobrinos los maestros de Santiago y Calatrava.

—Segun eso, el maestro de Santiago es un intrigante.

—No solo un intrigante, sino un infame.

—Sin embargo, doña Mencía, vos y vuestro padre, el adelantado de Castilla, Juan de Padilla, pertenecéis á ese bando.

—En los tiempos que corren, señora, es preciso llevarse bien con los malos para no ser sacrificado con los buenos.

—El maestro de Santiago, sin embargo, os elogia, os pondera.

—Le conviene ó cree que le conviene.

—Dice que sois la primera dama en Castilla, en poder, en discrecion y en hermosura: esto último es demasiado cierto.

—¡Ah, señora!

—Creo que lo demas lo es tambien.

—Todo consiste en que los conozco, señora.

—¡Los conocéis!... yo tambien quiero conocerlos.... vislumbro algo.... creo que en este casamiento no ha entrado por nada la voluntad del rey..... y á decir verdad tampoco se ha contado mucho con la mía.

—¡Cómo! señora, ¿se os ha violentado!

—Se me ha engañado. Destino es de príncipes el obrar á ciegas y por conveniencia, en asuntos en que solo debería consultarse al corazon. Y nos envidian los pueblos; se deslumbran con nuestro poder, harto menguado por los favoritos y por los rebeldes, y no ven bajo nuestra púrpura los cruéles dolores, las humillaciones, la esclavitud, la mengua que bajo ella se oculta; en estos tiempos el rey no es mas que un cuerpo que sirve de escudo á ambiciosos y traidores; escudo continuamente herido por los tiros que á ellos se dirigen.

—¿Y habeis hablado asi á don Juan Pacheco?

—No: hubiera sido una torpeza: he callado y he escuchado.... por eso, porque la solicitud del maestro durante los dias que me ha acompañado en el viaje, me ha hecho recelar que mi casamiento ha sido ordenado, mas que por el corazon del rey, por los hombres del bando dominante; necesito un apoyo y le

busco en vos. Esto es tanto mas fácil, cuanto que el mismo don Juan Pacheco me lo ha prescrito con sus consejos.

—¿Y no ha dudado vuestra alteza?....

—Existe en nuestra alma de muger, Mencía, un sentimiento que jamás se engaña; un sentimiento que nos dice dónde está el interés, dónde la amistad, dónde el amor, dónde la mentira. Lo mucho que me habia hablado de vos el maestro de Santiago, me hizo miraros con interés, y en el poco tiempo que ha transcurrido desde que os he visto, he conocido en vos un corazón leal, una perla perdida entre el fango de esta miserable corte. No he dudado en valerme de vos, en buscaros, en abriros mi alma..... porque sabedlo; el ultraje infame que me ha hecho el rey, me ha decidido acerca de mi conducta..... no pienso sacrificarme.... os confieso que á pesar de lo repugnante que me es ese hombre, si hubiera encontrado en él á un caballero..... á un esposo..... hubiera violentado mi corazón, le hubiera dominado, le hubiera hecho callar; si por desgracia Dios y la naturaleza, cuyas leyes son mas poderosas que las leyes humanas, me hubieran obligado á amar á otro hombre.

—¿Cómo, señora! ¿ama vuestra alteza?....

—No, ni lo quiera Dios, dijo la reina con languidez; pero podrá acontecer; ¿no amó doña Blanca de Navarra?

—Doña Blanca de Navarra volvió á su padre como habia venido, señora, vírgen en el cuerpo y en el alma.... no amó á nadie: acaso no ame jamás.

—Tendrá el corazón....

—Inmenso; la misma grandeza de su amor le hace imposible en la tierra: era necesario que Dios hubiese creado un hombre como ella.

—Vuestra antigua amiga, doña Mencía, se sacrificó, y yo no pienso sacrificarme: seguiré la misma conducta que me ha trazado el rey.

—¡Oh! ¡cuánto hubiérais ahorrado de penas á vuestra vida rechazando este casamiento!

—Se me ha engañado, Mencía: mi hermano el rey don Alonso de Portugal me deslumbró con el poder y la omnipotencia de

Castilla: he venido, y he adivinado apuros en la casa real tras ese velo de oro con que se ha cubierto para recibirme: á mi tránsito por los pueblos, los mendigos han asediado mi litera, y sus aclamaciones decian ¡pan, señora, pan! Me han rendido homenaje señores enriquecidos y orgullosos mas de lo que parece justo, y en cuyos semblantes he leído la rebeldía detrás del acatamiento: he llegado á la córte, y á través de los brocados y de las galas, he visto un pueblo descalzo, pálido, servil, humillado, rechazado brutalmente y á mansalva por las partesanas de los archeros: en sus ¡salve! ¡salve! he creído escuchar de nuevo ¡pan! ¡pan! Los desdichados me aclamaban como se aclama una esperanza.»

Doña Mencía empezó á comprender que la reina no solo era una muger de corazon, sino que tambien de talento.

«Despues, continuó doña Juana, he visto á mi virtuoso confesor, el arzobispo de Coimbra, ruborizarse ante las inauditas impudencias de esa corte, donde las damas asisten medio desnudas, donde se enamora de una manera escandalosa, donde se representan comedias como la Celestina, y se premia y se aplaude al poeta que las ha escrito. He visto un rey gastado y repugnante por los desórdenes, envilecido por la debilidad y por los vicios, galanteando públicamente á una de mis camareras. He visto, lo que jamás habia sospechado que existiese, por mas que yo no sea hipócrita ni asustadiza. He visto, en fin, la calumnia campeando insolente; aplaudido lo hediondo, ridiculizado lo puro..... ¿y lo creereis? se ha levantado en mi alma un sentimiento de alegría, porque esta corte me obliga á ser libre..... porque mis observaciones me dicen que, á pesar de sacrificarme, no me libraria de la calumnia: despues de estar unida á un hombre tal como don Enrique, es consolador el saber que podemos desquitarnos á mansalva y recorrer cada cual libremente nuestro camino.

—¡Oh! señora, cualquiera diria que estábais desesperada.

—Sí, tengo esa desesperacion que se exhala, no en lágrimas, sino en carcajadas; mi hermano me ha vendido al diablo, y en

vez de gemir, en vez de mortificarme, quiero ser....! todo lo que quiera ser.

—Creo, señora, que jamás hareis lo que decís, porque, puesto que me haceis vuestra confidente, me permito deciros que ya os he visto violentaros.

—¡Violentarme!

—Sí.

—¿Para qué?

—Para no mirar, para no demostrar la impresion que os ha causado un jóven de la corte.

—¡Oh! ¿habeis conocido en mí?....

—Perdóneme vuestra alteza si me engaño..... pero.....

—¿Pero qué?

—¿A mas de mí, no os ha hablado don Juan Pacheco?....

—¿De quién?

—De don Beltran de la Cueva.....

—¡Don Beltran! exclamó la reina con el acento natural de una persona que no conoce á quien se le nombra..... ¿quién es ese caballero?

—Un gentil-hombre que ha sido nombrado esta noche mayordomo mayor del rey.

—¡Ah! ¿uno de los agraciados por mi casamiento, que vino á besarme las manos despues de la cena?

—El mas jóven.

—Os afirmo que no reparé en ninguno de ellos.

—Sin embargo, él.....

—¡El se ha atrevido!....

—A miraros de hito en hito toda la noche.

—¿Qué quereis? cuando el mismo rey da el ejemplo, sirviendo á una simple dama, no es mucho que un hidalgo se atreva á poner los ojos en su reina.

—Perdonad, perdonad, señora, si la confianza con que me habeis honrado..... contestó doña Mencía mordiéndose imperceptiblemente los labios.

—Sí, os concedo mi confianza, y no pienso quitárosla: á

propósito, no sois mas que mi dama de honor, y esto es poco.

—¡Ah, señora!....

—Mañana recibireis vuestra provision de camarera mayor, y lo sereis desde esta noche.

—¿Y la condesa de?....

—¿Y qué me importa la condesa? Esa vieja me repugna. Empezad, pues, á ejercer vuestro oficio, doña Mencía. Tomad mis llaves de sobre aquella mesa, y buscadme en mis cofres un manto negro y cumplido, y un antifaz.

—¿Va vuestra alteza á salir del alcázar? dijo obedeciendo doña Mencía.

—No.

—He aqui un manto, señora, pero el antifaz.....

—Buscad en el rincon de la derecha, encontrareis un lio en que los hay de todos colores.

—Aquí está.

—Buscad uno negro.

—Tome vuestra alteza.

—Cerrad, y buscad ahora mismo.....

—¿A quién?

—Al médico del rey.

—¡Al médico!

—Al médico, insistió la reina.

—¿Y para qué le busco?

—Traedle con vos.»

Doña Mencía salió y fue á buscar á Cibdareal: encontróte en la cámara de los pajes de servicio, inclinado sobre un lecho y con una luz en la mano; en aquel lecho, delirando, con los brazos desnudos y descubiertos, y cruzado el pecho por un ancho vendaje, estaba mas hermoso que nunca Juan Rodriguez del Padron; el viejo médico tenia en una de sus manos otra del herido, y le pulsaba con una gran atencion. La jóven que se habia acercado á él de puntillas le tocó en el hombro.

«¡Quién es! ¡ah! ¿sois vos, mi hermosa señora? ¿qué me quereis? la dijo.

—¿No podeis dejar por un momento al herido?

- Segun para lo que sea.
- La reina os llama.
- ¡Cómo! ¿pues qué sucede?.... ¡Diablo!
- La reina está enferma.
- ¡Enferma!....
- Sí; creo que del corazon.....
- ¡Ah! ¡ah! ¿y nos ha nombrado á ambos sus médicos?
- Andaos con tiento, porque nada se puede asegurar: es impenetrable.
- ¿Y el rey?
- El rey se ha ido á continuar su galanteo con doña Beatriz.
- ¿Abandonando á su esposa?
- Eso es.
- ¡Como con la otra! ¡diablo! pero aquella lloraba..... y esta.....
- Esta se rie.
- ¡Ya! la libertad vale mucho para el amor.
- ¿Creéis que esté enamorada?
- Todo puede ser. Ello nos convendria.
- Si es, vos mejor que nadie podeis conocerlo dentro de poco.
- Siempre despues que vos..... lo que es que ame, es una sospecha mia; pero en que es amada, no me cabe duda.
- ¡Amada! ¿y por quién?
- Escuchad un momento.»
- Guardaron silencio entrambos, y escucharon á Juan Rodriguez.

Su semblante desencajado y pálido estaba afectado por un temblor nervioso, y sus ojos fijos y lúcidos parecian devorar un objeto fantástico; sus labios se movian y sin duda articulaban palabras, pero de una manera tan débil que no podian oirse: algunas veces aquellas palabras tomaban euerpo y se articulaban en sonidos.

«La reina..... es la reina..... exclamó..... la han casado con un cerdo..... yo soy mas hermoso que él..... y la amo..... la reina es muy hermosa..... ¡Ay! dejadme..... me teneis atado..... soltadme..... ¿no ois que me llama?»

—Este diablo de Juan Rodriguez adivina, dijo Cibdareal aprovechando un nuevo período de silencio.

—¡Ah! exclamó como inspirada doña Mencía.

—Ello podrá muy bien suceder..... pero por mi ánima que no deja de ser un compromiso: estas confidencias suelen ser peligrosas.

—Tal vez nos equivoquemos.....

—¿Y para qué llamarme?

—Venid y lo sabreis.

—Pero es el caso que dejarle solo cuando está entregado á este delirio.....

—Podrian oirle, es verdad..... pero ¡diablo! pareceme que mirais con demasiado interés al herido.

—Yo..... os engañais..... siempre le he detestado..... me duele en verdad el estado en que se encuentra.....

—Y en el que segun se dice no teneis poca parte.

—Cibdareal, de lo que se trata ahora es de que la reina.....

—Estará impaciente..... como buena enamorada. Esperad, hay un medio..... hombre dormido es hombre muerto, y hombre muerto no habla; ya lo he hecho una vez esta noche, que me obligó á dejarle don Juan Pacheco para cierto encargo, y aunque esto no le sea muy provechoso, preciso será hacerlo otra vez.»

El bachiller Cibdareal fué á una mesa, tomó de ella una ampollita de vidrio, se llegó al herido y vertió en su boca entreabierta tres gotas del contenido. Cinco minutos despues, Juan Rodriguez del Padron dormia profundamente, y el médico entraba en la cámara de la reina.

Doña Juana, envuelta en su manto y con el antifaz puesto, se paseaba impaciente á lo largo de su cámara.

«¡Oh! ¡al fin! dijo; os vendeis un tanto caro, señor Cibdareal.

—¿Es la reina á quien tengo la dicha de oír?

—Soy la reina, caballero.»

Pronunció doña Juana con tal dignidad estas palabras, que Cibdareal, que no sabia á qué atenerse, se quedó perplejo.

—¿Asistís á un caballero que danzando esta noche conmigo ha caído á mis pies por un accidente?

—Por una herida.

—¿Y es peligrosa?

—Mucho, señora.

—Pues bien; quiero ver á ese hombre que ha sido bastante galán para esponerse de tal modo por mí.

—Acaso, señora, vuestra alteza saldría enojada de verle.

—¡Enojada! ¿y por qué?

—Porque delira, y sus delirios.

—Sus delirios..... ¿por qué os deteneis?

—Porque temo ser atrevido refiriendo á vuestra alteza.....

—¿Los delirios de ese caballero?

—Si señora.

—Hablad, yo os lo mando.

—El señor Juan Rodriguez del Padron delira amores, y en esos delirios.....

—Acabad de una vez, dijo la reina riendo..... ¿blasfema de Dios?

—Nombra á vuestra alteza, señora.

—¡Ah! me nombra..... y bien..... eso significa.....

—Significa.....

—Me habian dicho que el continuo trato con reyes y vuestra cualidad de médico os habian hecho un tanto audaz, pero veo con disgusto que se han engañado..... pareceis un novicio, bachiller.

—Pues bien, ya que vuestra alteza se empeña, diré lisa y llanamente que el señor Juan Rodriguez del Padron está enamorado de la reina, hasta el punto de peligrar su vida, si no se logra que la reina tenga compasion de él.

—¡De modo, dijo la reina con un sarcasmo indefinible, que yo debo amarle!

—¡Señora! balbuceó Cibdareal, porque habia descubierto un acento de irritacion y de amenaza bajo la observacion de la reina.

—Señor Cibdareal, segun parece, las gentes de Castilla están

acostumbradas de antiguo á considerar el alcázar como un lupanar; el rey busca entre la oscuridad las puertas de los aposentos de mis damas, y se da el escándalo de que un hombre que nos ha insultado con sus miradas y con sus acciones durante el día, traslade á los demas sus insensatos sueños.....

—Me atreveré á advertir á vuestra alteza que el delirio está sobre la voluntad..... por otra parte, yo no me he separado de él, y como médico estoy acostumbrado á ser partícipe de importantísimos secretos.

—¿Pero ahora está solo?

—Ahora duerme, señora, y no despertará sino cuando yo quiera; ahora es un cadáver.

—Bien, quiero ver á ese hombre..... escucharle..... ¿tiene libres sus facultades?

—No señora.

—Quedaos aquí, doña Mencía; si viene el rey, decidle, si os pregunta, que estoy orando, que destino la noche á la oracion.

—Muy bien, señora.

—¿Por cuál puerta podremos salir sin ser notados?»

Doña Mencía abrió una puerta de escape, y la reina y Cibdareal salieron por ella; quedó sola la jóven en el lugar que debian ocupar los dos esposos; sin embargo, el rey dormia sin duda en los brazos de una nueva manceba, y doña Juana iba á ver á un hombre que sabia deliraba amores, y amores por ella.

Doña Mencía tambien estaba delirante, porque tenia celos: creia que no solo Beltran era amado por Mencía de Padilla, sino que suponía que la visita de la reina á Juan Rodriguez no tenia otro objeto que desorientarla acerca de las sospechas que habia concebido de la aficion de la reina hácia el jóven; conocia demasiado á don Pedro Giron y á don Juan Pacheco, para no creer que se habia tenido un alto objeto en introducir á Beltran en la servidumbre de palacio; aquel objeto no era otro, segun ella, que aproximarle á la reina. Don Juan Pacheco habia salido á recibirla al camino..... debia haberla hablado del jóven..... ella fingia no conocerle, á pesar de que Beltran la habia asediado con

sus miradas..... este disimulo fomentaba mas los celos de doña Mencía. Don Juan Pacheco habia separado al rey de la reina, y esta habia llamado á Fernan Gomez de Cibdareal..... la reina no habia ido á ver á Juan Rodriguez, sino á Beltran de la Cueva.... doña Mencía acogió esta suposicion monstruosa, que solo el estado febril en que la tenian sus celos, podia hacérsela parecer probable, y arrojando por todo, se fue desalada á una de las puertas.

—Pero ahora está solo, señor, y no despierta sino cuando yo

—Bien, quiero ver á esa hermosa y escucharme, ¿tengo

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

—¿Por qué preguntas, señor? ¿quieres que te enseñe la

CAPITULO XXIII.

—Señor, ¿estais en vos? ¿en la cámara misma de vuestra esposa me requeriais?

—Bien sabreis, hermosa doña Mencía, que eso sucede desde que os casasteis con ese castaño con ese ruido de cascillo. Os advertí, señor, que estoy muy mal templada para galanteos, contestó doña Mencía con una libertad que demue-

—Pero al abrirla, se encontró con un bulto, que no conociéndole al pronto, murmuró.

«¿A dónde vais, doña Juana?»

Aquella era la voz del rey.

«No es la reina, dijo doña Mencía.

—Pero en cambio, si no sois la reina de Castilla, sois la reina de la hermosura.»

Doña Mencía maldijo interiormente al rey que se la presentaba como un obstáculo.

«¿Guardais sin duda el sueño de su alteza? la dijo,

—Su alteza está orando, señor, respondió doña Mencía.

—Ya, y vos en tanto que cumple sus devociones....

—Os esperaba, señor.

—Cierto que debia asombrarme la felicidad de que me esperéis cuando estoy acostumbrado á veros huir.

—¿Qué quereis, señor! no siempre podemos obrar segun nuestro deseo.

—¡Ah! ¡ah! segun eso, ¿estais aqui de vuestro grado.»

Doña Mencía hizo una indicacion negativa.

«Pues rebelaos, ¡vive Dios! ya sabéis que en Castilla la rebeldía es hoy un buen oficio. Pero, ¡pardiez! la reina no se ha acostado. ¿Dónde está?»

—Ya he dicho á vuestra alteza, que en el oratorio.

— ¡Ah! perdonad, doña Mencía, perdonad; lo bello de vuestros ojos me han hechizado de tal modo, que no recuerdo lo que me habeis dicho: ¡ah! sí, que la reina no está aquí; no importa, en cambio lo estais vos, que si no sois reina, valeis mas que si lo fuéreis, y sobre todo, no sois tan flaca como muchas reinas: podeis llenar cumplidamente un abrazo. ¡Eh! ¿qué es esto, me rechazais?

— ¿Señor, estais en vos? ¿en la cámara misma de vuestra esposa me requebrais?

— Bien sabeis, hermosa doña Mencía, que eso sucede desde que os casásteis con ese animal de Hernando de Carrillo.

— Os advierto, señor, que estoy muy mal templada para galanteos, contestó doña Mencía con una libertad que demostraba que no era aquella la primera vez que rechazaba los embites amorosos del rey.

— Decididamente hoy estoy de desgracia, dijo el rey sentándose con abandono en un sillón.

— ¡Cómo!

— Doña Guiomar do Silva es una muger que no se atreve á resolverse..... y que me ha tenido en buena conversacion dos horas largas..... ¡esperar!..... me mata el esperar!..... vos que debíais.....

— ¿Y qué debía yo, señor?

— ¿Sabeis lo que dice la corte del estado en que os encontráis..... ó por mejor decir, lo que dice don Pedro Giron?

— ¡De mi estado! exclamó sobresaltada doña Mencía.

— Sí.... pues.... de vuestro estado.... pues dice nada menos que el padre de ese niño.....

— ¿Qué niño?.....

— Vuestro hijo, señora.....

— ¡Mi hijo!... ¿y de quién... quién dicen que es su padre?...

El rey miró socarronamente á doña Mencía.

— ¿Quién? ¡yo!

— ¡Vos!.... ¡qué vos sois!... ¿y eso se ha dicho?...

— Lo sabe toda la corte.....

— ¡Ah! toda la corte... y vos.....

—Lo acepto.... y lo que no comprendo es que....

—Pero eso, señor, es....

—Os advierto que el capitán Hernando de Carrillo, dijo el rey en voz muy baja, me está esperando para acompañarme á cierto lugar, y que si ha oído vuestra voz es muy posible que esté escuchando.

—Pero eso es horrible, señor; habeis abusado de mi posición.

—Vos lo habeis querido, ¿no os habeis servido de mí?

—Pero....

—Pero lo horrible es que.... siendo yo.... el padre de.... ese hijo, sufra aun vuestros rigores.

—Mejor seria, señor, que pensáseis en vuestro reino, en vuestra honra.

—¡Vive Dios! ¿para qué enriquezco yo á los grandes? des-cuidad: ellos defenderán al reino, porque así defienden lo suyo. ¡Mi honra!... ¡bah! mi honra es una honra como otra cualquiera; si se habla mal de mí, son calumnias, como alguna que el estado en que os encontráis desmiente....

—¿Y os atreveis á decir, señor?....

—¿Y qué digo yo?.... lo que dice todo el mundo.... va-mos.... será necesario para que me trateis con menos ceño....

—¿Qué?....

—Haceros condesa de Palacios, por ejemplo; justo es que en algo se conozca la sangre real del recién nacido.

—Os habeis empeñado, señor, en burlaros de mí.... y abu-sais.... oídlo, en fin, villanamente de mi posición.

—Es porque os necesito....

—¿Que me necesitais?....

—Sí, por Dios; os advierto, para mientras tengamos lugar de hablar mas despacio, que.... no me vengais nunca á calen-tar los oídos con los favoritos de la reina como lo hicisteis en tiempos de doña Blanca, con cierto gentil-hombre aragonés.

—Aquel miserable, señor, tuvo la osadía de mortificar á la princesa hasta en su destierro de Olmedo.

—Y vos, que sois tan....

—Leal á mis señores.... yo que no soy lo cobarde y lo mi-

serable que sería necesario para abandonarlos cuando sufren, cuando son débiles.....

—Creo que doña Juana no sufrirá... ¿eh? poneos de acuerdo con don Juan Pacheco, y cuenta que solo sois dama de honor para servirme, y que os tengo en mi mano..... como padre de nuestro hijo.....

—Si yo hubiera sabido, señor, que una falta que es tan disculpable en mí como lo sería otra igual en la reina.....

—¿Y quién dice que hayais cometido una falta? —

—Os juro, por mi honor, continuó irritada y ruborosa doña Mencía, que me hubiera entrado monja en las Huelgas.

—¡Monja! ¡no, vive Dios! vos habeis nacido para el amor, como yo..... gozad de vuestra juventud, señora, y dejadme que yo goce de la mía..... A propósito, añadió levantándose, decid á la reina, que me alegro que sea tan devota, y que no seré yo por cierto quien me entrometa en averiguar los santos de su devoción..... Ahora, con vuestra venia, dejadme ir donde me espera vuestro esposo.

—¿Volvereis, señor? —

—No, no: la reina puede descansar tranquila. decidla, que no encontrándola, y no queriendo robarla á Dios, me voy á mi cámara..... pero no quiero engañaros, hermosa mía, voy de aventura.

—De aventura! murmuró con desprecio doña Mencía.

—¡Oh! no os burleis; doña Guiomar es una dama muy recatada, y no quiere amores públicos. Será necesario entrar en su retrete en altas horas, por la ventana, y sobre todo, en noches oscuras: no es temprano, ni claro, y como Hernando de Carrillo ha sido capitán de escaladores, me lo llevo. ¿No cae vuestra ventana como la de doña Guiomar al rio?

—Estais tentando á Dios, señor: esto es ya demasiado; para vos nada hay respetable: ni aun el pudor de una mujer.

Enrique IV soltó una carcajada repugnante, saludó grotescamente, y huyó hácia la puerta; al abrirla, un hombre se retiró de la puerta.

—¡Ah! ¡ah! ¿no os decia yo que era muy posible que nos oye-

sen, doña Mencía? he aquí á vuestro esposo que se retira de un acechadero. ¿Y bien, qué habeis oido? lo que sin duda sabiais ya, que vuestra esposa es una muy honrada y virtuosa dueña, que os dará una larga generacion de hermosos hijos.»

Hernando de Carrillo lanzó un rugido por lo bajo.

«¿Traeis la escala, capitán?»

—Sí señor, aquí la tengo debajo del tabardo.

—Vamos, vamos. ¿Sabeis que nos hemos divertido hoy mucho? ¿eh? ¿no es verdad?»

Doña Mencía no oyó mas, porque el rey y Carrillo se alejaban, pero á punto resonó tras ella una voz vibrante.

«El rey se divierte, dijo; justo será que yo me divierta á mi vez.»

Era la reina.

«¡Ah! señora, ¿ha oido vuestra alteza?»

—Todo.

—¿Y ha creido?....

—He creido que vos sois tambien de las que se divierten en el alcázar ó fuera de él: poco importa: asi tendré en vos una amiga completa, porque..... porque yo tambien quiero divertirme.»

La voz de la reina era horriblemente sardónica, estaba lívida, y conocíase en ella hasta qué punto podia llegar lo violento de su carácter; doña Mencía tembló dominada por aquella cólera verdaderamente real.

«¡Oh! señora, dijo la jóven arrojándose á los pies de la reina, vuestra alteza no me condenará sin oirme.

—No, no; alza Mencía, dijo dominándose doña Juana; mi cólera no es para tí: creo que eres víctima de una farsa, y no te culpo, porque has sido sin duda sacrificada como yo: ahora mas que nunca necesito en tí una amiga, pero una amiga de corazon.»

La reina se arrojó en los brazos de doña Mencía y su cólera se deshizo en lágrimas.

«Escucha, Mencía, la dijo; estoy enamorada y tengo celos.

—¡Enamorada! ¿y de quién? exclamó doña Mencía poniéndose pálida.

— ¡Oh! no; todavía no: es mi secreto, el secreto de un amor que nace; si puedo vencerlo, no lo sabrá nadie mas que Dios y yo; pero si me vence, lo sabreis él y tú. Ahora, ven.

— ¿Adónde, señora?

— A los aposentos de mis damas de honor.

— ¿Al aposento de doña Guiomar?

— ¿No te he dicho que tengo celos?

— ¿Amareis acaso, señora?...

— ¿Al rey? preguntó con un acento indefinible doña Juana, he podido amarle..... ¡quién sabe!.... pero es necesario que lleguemos antes que él.....

— ¡Oh! tendremos tiempo sobrado; necesitan salir por un postigo fuera del alcázar, y rodear gran parte de muro.

— ¡Oh! pues vamos.»

Doña Mencía guió á la reina y desapareció por la puerta por donde poco antes habia entrado en la cámara el rey.

CAPITULO XXIV.

Una escena de matrimonio.

Poco tiempo antes acontecia una escena de distinto género en una de las habitaciones del alcázar. Una dama hermosa, de una hermosura exagerada por lo robusta, blanca, de hermosos y vivos ojos negros, de continente magestuoso, y de una juventud brillante, hablaba acaloradamente con otra dama ya de edad proveyta, y que por los restos mostraba haber sido en otro tiempo hermosa.

Era la primera doña Guiomar do Silva Coutiño, y la segunda la dueña de las damas de honor que habia traído de Portugal la reina; como si dijéramos: el mañin, el guarda, el gefe femenino de aquella femenina y hermosa servidumbre.

—¿En qué consiste que todavía no os habeis recogido, hermosa mia, á pesar de haber despedido á vuestras criadas?

—Y en qué consiste que vos trañochoais, doña Mayor, cuando la vela os hace tanto daño?

—Esta noche es noche de estar dispuestas, segun ha sido el día de galanteos, de amoríos y de danzas; ya sabéis que soy responsable del honor de las damas de su alteza.

—¡Ah! ¿segun eso, creéis que no nos guardamos bastante?...

—Como que me he visto obligada á encerrar bajo llave á doña Beatriz.

—Esó no significa sino que seguís viendo visiones.

—Eso significa que en el alcázar de Córdoba, como en el de Lisboa, parece que andan del mismo modo, y á oscuras, galanes embozados.»

Sonrojóse doña Guiomar á aquella inoportuna reminiscencia.

«Creo, doña Mayor, que en vuestros tiempos no podríais evitar que un capitán de la guarda, un doncel ó un paje, algun hidalgo en fin del servicio de palacio, rondase vuestra puerta; ya tenéis sesenta años: habeis pasado cuarenta en la corte, y no os habeis casado.

—Eso consiste en que yo puse siempre cara de hereje á barbilindos y barbados; ¿lo entendéis, doña Guiomar? y en que nunca abrí como vos mi puerta en altas horas para nadie..... como esta noche vos.

—¿Queríais mejor que hubiera dado el escándalo de ponerme á hablar con un gentil-hombre en las galerías?

—Con cerrar vuestra puerta.

—¿Y si el hidalgo llamaba?

—Oh! ¿llamaba?

—Y de una manera tenaz.

—¿Y vos le abristeis?

—Para reprenderle.

—Pareceme que os besó.

—En la mano.

—¿Y quién era ese tan rendido caballero?

Doña Beatriz se irguió como preparándose para pronunciar con énfasis aquel nombre.

«Era el...»

Un golpe dado con fuerza á la puerta de la antecámara interrumpió á doña Guiomar.

«Era sin duda el que tiene la insolencia de llamar de nuevo, dijo la dueña; oh! pues ya véreis como yo le abro...»

—Abrid, dijo una voz que heló á las dos mugeres.

—Era la voz de la reina.

La dueña cogió una bugía y salió precipitadamente. Un instante despues entraron dos mugeres envueltas en mantos.

«Idos á vuestro aposento, mi buena doña Mayor, dijo la reina

á la dueña, que dejó la bugía y salió sin replicar, pero no sin temblar, porque empezaba á ver claro.

—Quédate tú aquí, Mencía, prosiguió la reina.»

Despues abrió la mampara de la cámara, y encontró á cuatro pasos de ella á doña Guiomar que salia con otra luz en la mano.

«Dejad ese candelero sobre la mesa, y salid; en la antecámara hay quien os hará compañía.»

Doña Guiomar salió temblando mas aun que la dueña.

La reina tomó la bugía, la metió en la alcoba, dejando en una media luz oscura la cámara, y se sentó en ella, junto á la mesa, de espaldas á la ventana.

Su corazon latia con tal fuerza, que hubiera podido oírsele á estar cerca de ella: ardia su cabeza y se sentia con fiebre.

Su espera, era una de esas esperas que torturan, en que cada segundo equivale á una eternidad de tormentos, en que se suceden atropellados pensamientos insensatos, en que la ira y el despecho combaten á un tiempo el corazon y la cabeza; espera de cuyo sufrimiento no puede juzgar sino el que alguna vez lo ha sentido.

Transcurrió media hora; la reina temió haber dado un paso en falso, y se sintió herida en su orgullo; si no podia justificar su ida al aposento de una de sus damas con la presencia del rey en él, se ponía en ridículo, y esto la mortificaba.

Un ruido seco, como de un objeto de hierro lanzado al balaustre de madera de la ventana, la hizo ahogar una exclamacion de alegría: aquel ruido para ella, era el de los garfios de una escala, que procuraban afianzar desde abajo y que al fin se afianzó. Doña Juana tuvo la suficiente fuerza de voluntad para no volver la cabeza, y esperó aun: poco despues crugió levemente la madera, como violentada por un peso; despues, una mano empujó las entreabiertas maderas, y al fin resonó sobre el pavimento el salto de un hombre que adelantó.

«No pondreis ahora en duda mi amor, doña Guiomar, dijo Enrique IV, que él era: me habeis hecho encaramarme á tres pisos de altura, y esto no debeis olvidarlo para el premio.»

—Doña Guiomar os premiará sin duda, y de muy voluntad, señor, contestó doña Juana: un rey que en la misma noche de sus bodas abandona á su esposa, y corre por ella una tan atrevida aventura de enamorado, bien merece....

—¡Ah! ¿doña Guiomar ha tenido la virtud, ó mejor dicho, ha cometido la torpeza de iros á avisar?... ¡bien!... ¡magnífico!... dijo el rey á quien hasta entonces no había dejado hablar la torpeza.

—Doña Guiomar aprecia, sin duda, en lo que debe la honra que la hacéis, para saber que debe aprovecharla, y callarla.... al menos á la reina..... no, no ha sido ella..... habeis sido vos quien me lo habeis dicho..... en mi misma cámara.....

—¡Yo! ¡ah! ¡sí!.... luego fiad en mugeres!.... ¡pues bien.... parladoría por parladoría.... sabrá mañana todo el mundo cuanto haya de saber acerca de cierta dama!... ¡juro gastarme cien florines para hacer trovar unas coplas picarescas acerca de ciertos asuntos, que cantarán pasado mañana por calles y plazas los muchachos!.... ¡Doña Mencía! ¡oh! ¡doña Mencía! ¡mi señora doña Mencía!»

Y el rey se paseaba de una manera marcada á lo largo de la cámara.

«¿Olvidais que yo estaba en mi oratorio?»

—¡Ah! ¿con que no ha sido doña Mencía? ¿Me escuchábais? ¿y con qué autorizacion, señora? ¿será preciso que para libertarme de escuchas en mi misma casa, os envíe como á doña Blanca al castillo de Olmedo?

—Debo deciros, en primer lugar, que para escuchar vuestras palabras, me autorizaba el extraño, el ultrajante comportamiento que os habeis permitido para conmigo; y en segundo, que todo debía esperarse de un príncipe que está de antiguo acostumbrado á torturar princesas.

—¡Señora!....

—Y bien, esta reyerta es inútil.... ¿creeis que yo me contristo por vuestros galanteos? ¿que me opongo á ellos? Os engañais, y la reina soltó una carcajada aunque histérica, espontánea. ¡Oponerme yo á que sigais en vuestras costumbres! no: eso se-

ria violentaros y violentarme, y yo no quiero ni lo uno ni lo otro. Os dejo, pues, en libertad.

—Y entonces..... decidme, señora, ¿á qué habeis venido?

—¿A qué he venido? Escuchad lo que en este lugar que tan vergonzosamente ocupamos, os dice la reina de Castilla.

—¡Reina por mí!

—Reina, por los fueros y el consentimiento del reino reunido en Cortes: reina, por un tratado solemne, celebrado con un rey mas poderoso y mas noble que vos: reina, en fin, por su derecho, que no os pidió, por cierto, vuestro tálamo, y que jamás lo partirá con vos.

—¡Oh, oh! vais demasiado lejos, doña Juana.

—He venido para deciros que sois libre, pero yo tambien lo seré. No he sido yo la que os he arrojado de mi cámara para recibir en ella á uno de vuestros donceles; vos sí el que la habeis trocado de buena voluntad por la de una de mis damas. Vos me habeis dado el ejemplo, y estoy dispuesta á imitarlo.

—¿Es decir, señora, que os declarais?....

—Libre, enteramente libre..... si evito que la corte hable de mí; entendedlo bien, si una vez tengo amores y los encubro, los velo con un profundo misterio, no será por vuestra honra, puesto que no os pertenezco, sino por la mia. Acepto en buen hora vuestra conducta; pero vos, si mañana por acaso, necesito satisfacer mi corazon, y le satisfago, aceptad vos la mia. Os aseguro por mi palabra de reina, que todo está roto entre los dos.... todo.... menos el aspecto delante de la corte..... os permitiré entrar en mi cámara, pero para que salgais por una puerta que os es ya bien conocida. Por lo demas, quiero decir, en cuanto á vuestras amenazas de destierro, de prision, tened en cuenta que si el infante de Aragon don Juan, hoy rey de Navarra, al unirse con doña Juana Enriquez, ha olvidado á su pobre hija doña Blanca, por su postrer hijo el infante don Fernando; si ha sufrido hasta ahora sin vengarse ultrajes á su sangre el rey don Alonso de Portugal mi hermano, no consentirá jamás una mancha sobre mi nombre, ni sobre mi linage: tened presente, que

para guardar mis fueros, se agrupan tras mí cincuenta mil lanzas portuguesas.....

—¿Me amenazais?

—Os prevengo.

—Vuestras prevenciones son un tanto jactanciosas..... la batalla de Aljubarrota..... ¡bah! se acuerdan todavía vuestros portugueses de Aljubarrota, y se andarán con tiento..... en cuanto á lo demas..... ahí teneis á don Juan Pacheco.....

—¡Don Juan Pacheco! murmuró con desprecio doña Juana.

—¿No os ha casado él? pues que él os descase..... sí, eso es: yo, entendedlo bien, no soy propiamente el rey..... ¡bah! no.... lo son ellos.... ellos..... el buen arzobispo y sus sobrinos..... allá vos con ellos..... entendeos, y todos estamos entendidos..... sí, sí por mi fé.

—¡Oh! ¿con que el rey de Castilla es?....

—Don Juan, señora, don Juan, me ha hecho luchar demasiado por la corona que ciño para que no desee descansar..... vos me ayudais descargándome de los deberes de esposo..... os lo tendré siempre en merced..... y no por esto me mireis mal.... ¿qué quereis? os lo repito..... aconsejaronme una alianza con Portugal, por vuestro medio, y la alianza se ha hecho..... habeis venido y he estrechado con amistad, os lo juro, vuestra mano en la mia: si os he abandonado la primera velada de nuestros desposorios..... preguntad la causa á don Juan, siempre á don Juan.

—¡Qué! ¿será cierto? exclamó la reina ruborizándose.....

—Sí, cierto, ciertísimo: ¿si hubiérais preguntado á don Juan?..

—¡Oh! esto es horrible, esto es infame, don Enrique..... vos y vuestros cortesanos, y el pueblo que os sufre..... sois.....

—¡Somos! ¡eh! ¡teneis un carácter demasiado irascible, mi hermosa doña Juana! somos simplemente hombres que vamos á nuestro negocio, que vivimos como podemos..... en otro tiempo era yo tambien otro: en otro tiempo queria resistir; como vos, levantarme..... y me venció la astucia, la infamia, enervaron mi cuerpo y mi alma, y me redujeron.... á lo que soy..... no tengo ya voluntad..... soy un cadáver en que solo vive..... la inconti-

nencia con que me han degradado, señora; algunas veces se levanta en mi alma una chispa oculta, muy oculta: un resto de energía; vos habeis logrado resucitarla por un momento; pero..... sufro mucho, me avergüenzo y necesito olvidar: dejadme que olvide, os lo ruego..... en cuanto á vuestro corazon (y os hablo ahora como á una amiga, como á una hermana,) mirad solo al partido dominante..... si le podeis vencer..... bien..... vos sereis la reina..... la única reina..... pero recordad siempre que doña Blanca quiso luchar, que luchó, y que cayó.

—Adios, señor, adios, dijo la reina tras un momento de desdeñoso silencio, os compadezco y os perdono.»

Salió, y al salir, se volvió friamente á doña Guiomar.

«Dentro os esperan, la dijo, y asiendo el brazo de doña Mencía, salió procurando en vano sobreponerse al temblor convulsivo que la agitaba.»

Cuando llegaron á su cámara, despidió á doña Mencía y se quedó sola.

«¡Oh! exclamó arrojándose desesperada en aquel tálamo vacío, al casarme, me han atado á un cadáver corrompido.»

Despues rompió á llorar de una manera desgarradora, y llorando se durmió.

Al dia siguiente apareció en las fiestas, que se repitieron, radiante de hermosura, resplandeciente de alegría; habia tomado su partido, se habia resignado, y tenia sonrisas con que cubrir lo triste de su alma.

Enrique IV por su parte estaba tambien alegre. No se habia casado.

El pueblo al verlos, envidiaba á un rey que poseia una reina tan hermosa; y don Juan Pacheco no pudo menos de decir al arzobispo de Toledo y al maestre de Calatrava:

«¡Oh! ¡oh! al fin nos ha dado Portugalillo lo que nos convenia.

CAPITULO XXV.

De cómo fue el casamiento de Beltran de la Cueva.

Ocho dias despues se casaban en la capilla del alcázar, doña Mencía de Mendoza, hija del duque del infantado, don Diego Hurtado de Mendoza, con don Beltran de la Cueva, gentil-hombre de linaje y mayordomo mayor del rey.

Eran padrinos por parte del novio, sus altezas don Enrique y doña Juana; y por parte de la novia, Hernando de Carrillo y su muger doña Mencía.

Esta se dominaba perfectamente: parecia radiante de alegría por el casamiento de su sobrina, aunque tenia el corazon destrozado, y por su parte Hernando de Carrillo, á quien parecia mal asistir con cara de hereje á unas bodas, se habia vestido con sus mejores galas y no estaba con mucho tan feroz ni intratable como otras veces; pero como suele decirse, la procesion andaba por dentro; para esto le bastaba el tener delante de sí, sonriendo eternamente, el semblante mofletudo del arcediano don Gonzalo de Arévalo, que, á pesar de su cándida alegría, no tenia el alma muy tranquila: hacia algunos dias que reparaba que el capitan del rey le miraba de un modo sesgado, y el recuerdo de aquella mirada alteraba su sueño, ennegrecia su alma, y herizaba sus cabellos.

La reina habia tomado una resolucion, y estaba tranquila y alegre: hablaba con el rey, reia y se mostraba amable con su ahijado: Beltran de la Cueva que se habia trazado asimismo

una invariable línea de conducta, se mostraba respetuoso con la reina, cortés con doña Mencía de Padilla, y amante con doña Mencía de Mendoza.

Don Juan Pacheco y don Pedro Giron, que asistian á la ceremonia con su tio el arzobispo de Toledo, sabian cuanto habia de falso en el aspecto del jóven, porque conocian su corazon, y se admiraban de la amabilidad de la reina para con el rey, porque alli habia otra alma que les era conocida, y que, como la de Beltran, mentia.

Mencía de Mendoza no se cuidaba de recatar el inmenso amor que habia sabido inspirarla Beltran, pero se conocia en la hechicera languidez de sus ojos, que no hacia mucho tiempo que habian llorado.

Don Diego Hurtado de Mendoza y su padre don Iñigo Lopez, afectaban tambien satisfaccion por el enlace de su hija, pero mentian; todos, en fin, mentian allí, escepto la desposada y otras dos personas.

Estas eran don Diego de la Cueva y Gutierre su hijo: el uno veia volver el brillo de su casa por su hijo primogénito, y á duras penas su orgullo de noble podia contener sus lágrimas de alegría: se veia, al fin, rescatado de su dura suerte por su hijo; no tenia nada que decir en contra de la su alianza con la familia de los Mendozas, ni acerca de la virtud y el buen nombre de la desposada, y el pobre viejo se creia soñando: habia creido morir olvidado, miserable, despreciado en su barraca, y se veia de nuevo en la corte, al lado del rey, llevando tras sí sus pajes como rico-hombre, prendida al cuello su cadena de oro, y ceñida su espada de caballero. Gutierre, su pobre hijo menor, aquel desdichado que habia sido ayudante de un sacristan en una oscura villa, estaba alli tambien, sirviendo como capellan de honor al arzobispo don Alonso de Fonseca, que á la sazón leia la magnífica epístola de San Pablo que precede á la bendicion nupcial.

Cuando esta hubo concluido, todos, incluso los reyes, se arrodillaron, y la bendicion de Dios, trasmitada por el arzobispo de Sevilla, cayó sobre los esposos.

Aquel momento fue una dura prueba para doña Mencía de

Padilla; el astuto arcediano, que habia dudado hasta entonces acerca del estado de su corazón, no pudo seguir dudando: doña Mencía estaba pálida como un cadáver, y en aquella palidez, el ojo esperto de don Gonzalo leyó, como en un libro abierto, que su hija de confesion amaba mas que nunca á su antiguo discípulo.

Al salir de la capilla, Hernando de Carrillo se acercó al arcediano; este se estremeció.

«Paréceme, amigo mio, le dijo el capitán del rey, que os prueban bien los aires de la corte; antes estábais gordo, ahora estais cebado: cuidad mucho cómo bajais las escaleras.

—¡Eh! ¡eh! no me va mal.... no me va mal..... y á vos.... bien..... vamos, señor capitán, creo que todos medramos.

—Inclusa mi muger, dijo Carrillo en un acento enteramente semejante á un gruñido.

—¡Oh! vuestra muger..... es una admirable muger.....

—Sí, ¿eh? ¿no os parece que con su embarazo está mages- tuosa?»

Estas palabras eran ya casi un rugido. Don Gonzalo temió que el capitán terminase su tercera observación asiéndole por el cerviguillo, y se escurrió sutilmente poniéndose al otro lado de don Pedro Giron, y largándose mas allá junto á don Juan Pacheco, al cual no tardó en abandonar al pasar junto á la primera puerta que encontró franca.

Don Gonzalo escapó con toda la velocidad que le permitía su gordura: pareciale escuchar tras sí los pasos del capitán. Cuando llegó á su aposento, se metió en la cama: tenia fiebre.

El rey dió un banquete á los novios; hubo fiestas en el corral del alcázar, y farsa y sarao por la noche: al salir de él se encontraron en una crugía con su respectiva candelilla, al cronista Alonso de Palencia, y su colega Enriquez del Castillo, que se detuvieron un momento.

«¿Qué os parece de estos casamientos? hace ocho dias sus altezas, ayer Andrés de Cabrera, hoy don Beltrán de la Cueva....

—Paréceme que ello parecerá, dijo sentenciosamente Castillo. Que Dios os dé muy buenas noches.

—El os las conceda tales, compañero.»

Mas adelante, Palencia encontró al médico Cibdareal que adelantaba en paso lento alumbrándose con un farolillo.

«¿Y vuestro enfermo, bachiller? le preguntó el cronista.

—¿Qué enfermo? contestó cándidamente el médico.

—¡Bah! ¡vuestro hombre! ¡el que cayó bailando con su alteza!

—¡Ah! ¿el señor Juan Rodriguez?

—Cabalmente.

—¡Oh! á bien librar, tenemos lecho para treinta dias.

—Paréceme que está bien asistido..... como por damas.

—Cuyas damas, señor Alonso de Palencia, agradecerán mucho, si las descubre vuestro ojo buseon de cronista, que no salga para esto su nombre en vuestras crónicas.

—¡Oh! ¡oh! pueden estar tranquilas..... Si fuéramos á decir todo lo que vemos, seria cosa de que se tomase con unas tenazas, para leerlo nuestro libro, á fin de no mancharse los dedos. Y adios, que es ya tarde, señor Cibdareal.

—Id en paz, señor cronista.»

Estrecháronse las manos, y Palencia se alejó.

«Sí, sí, tiene razon: dijo para sí el bachiller siguiendo su paso lento: esta es una casa de orates: las locuras de los mas acabarán por volver el juicio á los menos: creo que nunca ha estado Castilla mas á punto de rompimiento. Y bien, ¿qué me importa? tengo un pié en el sepulcro, y en el poco tiempo que falta para que ponga el otro, creo que no podré ver nada peor que lo que ya he visto.»

Cuando llegaba á este punto, se detuvo junto á una puertecilla; sacó una llave de su escarcela, abrió, entró y cerró por dentro.

La crugia quedó silenciosa y oscura como boca de lobo.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.



LIBRO III.

Doña Juana de Portugal.

CAPITULO I.

En que sigue agarrándose á sus adherentes el arcediano.



puestas del sol de una hermosa tarde de la primavera de 1456, un año poco mas ó menos despues de los acontecimientos relatados en el libro anterior, estaban sentados amigablemente en la portería del convento de capuchinos, en el campo grande de Valladolid, dos de los antiguos actores de nuestro drama.

Era el uno el insigne arcediano don Gonzalo de Arévalo: el otro Juan Rodriguez del Padron, que perfectamente restablecido de su herida, continuaba en la corte.

El aragonés estaba pálido, silencioso, flaco, habia perdido su ademán arrogante, su sonrisa sarcástica, su palabra ligera,

suspiraba de continuo profundamente, mostrábase triste y cavizbajo, y en fin, no era el mismo, si no un enamorado que se consumía lentamente.

Don Gonzalo de Arévalo, por el contrario, había llegado á un grado de obesidad verdaderamente espantable: su cuerpo era una bola y su cabeza una perinola, entre cuyos macizos molletes se escondían sus ojos y sus narices.

Hacia ya mucho tiempo que el capitán Hernando de Carrillo no le molestaba con sus inoportunas y brutales amonestaciones: doña Mencía de Padilla, que mucho tiempo antes le había dado un hijo que el capitán había aceptado con resignación, y á quien se había puesto por nombre Pedro de Carrillo, doña Mencía, repetimos, seguía siendo la providencia de su confesor, á quien convidaba con frecuencia á comer, y que esperaba no dentro de mucho ser electo obispo. Beltrán de la Cueva, se mostraba con él buen amigo, la reina no le tomaba cuenta de sus limosnas, y este cúmulo de satisfacciones, mas que los enormes tases que el arcediano-limosnero devoraba cinco veces por día por entretenimiento, le habían puesto cebado. El arcediano era un hombre feliz á quien sin embargo faltaba algo para entrar en la esfera de los bienaventurados..... la mitra..... la dorada, la anisiada, la suspirada mitra.

Don Gonzalo era hombre que conocía la corte, y sabía por lo tanto demasiado, que en los tiempos en que vivía, no podía fiarse mucho en la estabilidad del poder de sus amigos: es cierto que la privanza de don Juan Pacheco seguía inalterable, que doña Mencía era mucho de aquel poderoso señor, que Beltrán de la Cueva crecía como la espuma, y no era un simple hidalgo, sino conde de Ledesma, rico-hombre, señor de pendon y caldera, rico y favorito del rey. Es cierto que el arcediano sabía que esto le había venido por los Girones y los Pachecos, y que no había tenido en ello poca parte doña Mencía. Pero esto no le inspiraba una completa confianza. Allá, al lejos, detrás de un velo sombrío, estaba Navarra y en ella los Enriquez amagando siempre la frontera; mas allá, Francia, y luego, misterioso y envuelto en una niebla impenetrable, Portugal. Don Gonzalo con

toda su astucia no habia podido vislumbrar nada en la reina, sino que vivia contenta y feliz, que amaba al rey (esto con gran admiracion del arcediano), y que el rey, consecuente á aquel amor, entraba todas las noches en la cámara de la reina. Todos estaban alegres en la corte, todos reian, todos danzaban, todos enamoraban ó eran enamorados: solo habia tres semblantes severos, el de la reina viuda doña Isabel de Portugal, y los de sus hijos los infantes don Alonso y doña Isabel: la reina doña Juana de Portugal no habia permitido que reinando ella en Castilla, estuviesen como desterrados en Madrigal su tiau y sus primos, y habia obligado al rey á traerlos á la corte.

Con todos estos precedentes, el arcediano temia una tormenta. Un hijo de la reina que hubiera asegurado la privanza de don Juan Pacheco y por consecuencia el poder de doña Mencía de Padilla, que era su mitra, no parecia: estaba demostrado, no que el rey era impotente, porque esto ya se sabia, sino que la reina era infecunda ó escandalosamente virtuosa.

Por lo tanto el arcediano, que, desde el chasco que le habia dado Beltran de la Cueva, se habia hecho enormemente precavido, no creyó inoportuno cultivar la amistad de Juan Rodriguez del Padron, de aquel poderoso gentil-hombre que tanta influencia tenia en Navarra, y que podia servirle de fortísima ancla si la tormenta venia por la parte de los Pirineos.

Paseaba pues con él todas las tardes, y todas las tardes, excepto cuando el tiempo no lo permitia, iba á sentarse con él á la puerta del convento de los capuchinos.

Pero aunque el arcediano se habia hecho su confesor, aunque empleaba toda su astucia en explorar el motivo de la tristeza del aragonés, porque conociéndola conocia sus proyectos, nada pudo recabar de su amigo: sus relaciones en cuanto á intriga se reducian á descubrir el paradero de la pequeña Blanca; el aragonés, en ciertos dias en que recibia ciertos pliegos de Navarra, le preguntaba acerca de aquel asunto, del mismo modo que un litigante pregunta al procurador por su pleito; el arcediano le contestaba que nada habia podido sacarse en claro, y Juan Rodriguez no volvia á nombrar el asunto en cuestion.

Así pues se pasó un año: Juan Rodríguez se mostraba cada vez mas macilento y el arcediano cada dia mas rollizo: se le veía engordar: la tarde en que le presentamos de nuevo á nuestros lectores estaba mas alegre que de costumbre.

«*Dum spes laboratur*, dijo apenas vió al aragonés, *dum amor vivitur*, tengo fundadas esperanzas de que desde esta misma tarde trabajáreis y vivireis.

—Os suplico, mi buen don Gonzalo, le dijo el aragonés, que no me molais con vuestros latines: este es un vicio en vos que me alegraría corrijiéreis para mí. ¿Qué habeis querido decirme?

—He querido deciros que no se trabaja sino cuando hay esperanza, que no se vive sino mientras se alienta el amor.

—¡Ah! ¿y creéis, dijo Juan Rodríguez, que yo puedo tener esperanzas en amor?

—Y tanto.... espero recibir esta tarde misma una carta.

—Una carta.... ¿y de quién?....

—Una carta, que como otras, han dirigido desde Andalucía á don Beltran: ¿tendrá algo de extraño que esa carta sea de vuestra hija Blanca?»

El aragonés volvió á su abatimiento.

«¡Cómo! ¿no os alegra esta noticia?»

—¡Alegrarme! sí, es uno de mis deseos.

—Uno, uno solo de vuestros deseos; ¿es decir que teneis más deseos?

—Sí.... deseos insensatos, don Gonzalo.... deseos que me estan royendo el alma, que me matan, que me abrirán la sepultura.

—Y que habeis guardado dentro de vos, lo que quiere decir que me negais vuestra confianza.

—Nada os niego, con no revelaros un sueño, una idea fija que me persigue, que me atormenta, que no me deja. He pretendido abandonar la corte de Castilla, he hecho mis preparativos.... y se han quedado hechos.... no he tenido valor para dejar de verla....

—¡Cómo! ¿es una muger?

—No, no es una muger sino una divinidad.

—*Mulier exuriens in omnia mea*, exclamó asustado el arcediano, que no sabía espresar su asombro, su cólera ó su terror sino en latin, en el que por las muestras que ya han visto nuestros lectores, no era muy fuerte ni muy elegante.

—Acabareis de matarme con vuestra manía; os pareceis en esto al bachiller Cibdareal..... debí haber salido gramático de mi convalecencia..... me leyó cien cartas lo menos al pié de la letra de su Centon epistolario..... cartas en latin.... entonces al menos me dormia con el sonsonete; pero vos me desesperais.

—Prometo no volver á desesperaros; pero hay una cosa que me desespera con mas fundamento: siempre, en todas mis cosas, en todas mis amistades, en todos mis proyectos, aparece como una sombra maldita una muger: las mugeres son mi pesadilla, mi familiar, mi duende: vos no sabeis, señor Juan Rodriguez, lo que es una muger.

—Una muger, lo sé bien, puede ser la vida ó la muerte.

—¿Y de cuando aca andais tan enamorado? no creo que seais muy amador, al menos hasta ahora.

—Decis bien: espero que esto pasará, pero hace mucho tiempo que estoy sufriendo un año de penas, un año de tormentos.

—¡Oh! ¡vuestros amores son insensatos y hace un año que los sentis!.... ¡Diablo! ¡señor Juan Rodriguez!.... ¡no puede ser otra que!....

—¿Y cómo os habeis manejado para haceros con esa carta de Blanca? dijo Juan Rodriguez desentendiéndose de la transparente observacion del arcediano.

—¡Oh! ¡oh! eso es; no me habia engañado: no seriais tan prudente, no evitariais hablar de ella si la que os enamora fuera una simple dama..... os da el naipe por las hembras de casa real..... pues cuidado.

—¿Y quién os ha dicho que esa señora sea?.... exclamó con mal talante Juan Rodriguez.

—Sí, sí, teneis razon; debemos ocuparnos de cómo prócuro hacerme con los secretos de don Beltran.

—Sí, mejor es; me habeis hablado de una carta.

—Que traje ayer un corredor de Andalucía.

—¿Se ha preguntado á ese hombre?

—Sí, pero ha sido inútil: ha callado, ha resistido al oro, ha cambiado de posada, y ha desaparecido... pero tengo espías.

—¡Espías!

—Sí, espías y escuchas en la misma servidumbre del señor conde de Ledesma. ¿Sabeis que ha subido como la espuma ese mozo? ¿Quién habia de decir que aquel Beltránico?...!

—¡Por Dios, señor arcediano! vuestros espías y vuestros escuchas... son lo importante.

—¡Ah! sí, son dos pajes crecidillos ya y traviosos, capaces de vender á su padre por diez Enriquez de oro, como criados en la casa del gran condestable, á quien ya sabeis que vendió todo el mundo, excepto el rey don Juan, á quien tenia hechizado: pero, ¡ya se ve! ¡habia de por medio una muger!... ¡jó dos!

—Y al fin, vuestros pajes....

—Mirad, mirad, allí viene uno.

En efecto, se acercaba un mancebo como de diez y seis años, vestido con un lujo que demostraba por sí solo la opulencia á que habia llegado Beltran de la Cueva, cuyo blason llevaba al pecho primorosamente bordado sobre un justillo de tela de oro. «Cómo así, Hernando, dijo el arcediano al paje, ¿tan de gala en un dia de trabajo?... ¿qué sucede en casa de vuestro señor?... ¿se ha muerto su muger doña Mencía?»

Esta burlona pregunta del arcediano, demostraba que Mencía de Mendoza, despues de haber servido á la ambicion de Beltran de la Cueva, no era mirada por él con mucho cariño, segun las noticias del arcediano.

«La señora, está en el alcázar viejo con la reina viuda doña Isabel, alegre, hermosa, y en cinta.

—¡Oh, oh! ¡alegre porque su marido no la molesta mucho con su presencia!

—Al contrario, mi señor está mas enamorado que nunca, y va todas las noches á pasarlas con la señora al alcázar.

—Ya veis que en esto como en todo, os habeis engañado; don Gonzalo, vuestra malicia anda torpe, amigo mio.

—¡Allá, allá lo veremos! pero en fin, ¿á qué viene esa gala?

—El rey va á caza algunos dias al Abrojo, le acompaña mi señor y yo voy en su servidumbre.

—¡Ah! ¡ah! ¡el rey va á cazar venados, cuándo bien podia hacerlo sin salir de su alcázar, y lleva consigo á don Beltran, á su señoría, que es un escelente montero para este género de caza que conoce muy de cerca! ¿y de lo de Andalucía, cómo andamos?

—A las mil maravillas: aqui tiene vuesamercé una copia de una carta que se dejó ayer olvidada en un bolsillo de su jubon de corte, dijo el paje en voz baja y apartándose un tanto.

—Pero esa carta.....

—Esta carta vale media Castilla lo menos.....

—¡Cómo! dijo el arcediano que no era muy pródigo y que creyó ver en el lenguaje hiperbólico de Hernando una peticion embozada.

—Quiero decir que en esta carta está todo, todo..... ya sabemos á punto fijo cuanto hay que saber.

—¡Dadme, dadme!

—¿Cómo dadme? exclamó maliciosamente el paje..... ¿qué sería de mí si esta copia se perdiera y diera por mal de mis pecados en manos de su señoría?

—¿Pues entonces, para qué la traeis? dijo amostazado el arcediano.

—Para leérosla, y esto de prisa, porque pronto cabalgaremos y hago falta para montar en mi haca blanca, ya sabeis que soy el primer paje del señor conde.

—Y tardareis mas indudablemente con vuestras bachillerías..... veamos.

—Escuche, pues, vuesamercé, dijo el paje desdoblado gravemente su copia.

—Escucho, dijo el arcediano conteniendo mal su impaciencia.

«Me habeis engañado vilmente, Beltran; decia aquella carta. »Hace un año que os habeis casado y sois conde de Santisteban »de Gormaz, y guarda mayor del rey y gran señor. Vos creíais »que no llegarían esas nuevas á estas fronteras, y por cobardía,

» por no atreveros á decir que sois fementido y traidor, habeis con-
 » testado á mis cartas, tan enamorado, tan miserablementé men-
 » tidor como siempre. ¡Ay! cada una de esas cartas ha acrecido
 » el malaventurado amor que os tengo. Me habeis desgarrado el
 » alma, y no os perdono, no, ni ahora, ni luego, ni nunca; mien-
 » tras viva no os olvidaré, pero esto será para maldeciros.... por-
 » que me habeis robado la paz de mi alma. ¿Y sabeis quién me
 » ha revelado vuestra traicion? el que pasa por mi padre, el no-
 » ble, el generoso, el buen comendador Sancho Gimenez de Solís.
 » Yo me caso tambien, sabedlo: yo tambien iré á la corte, para
 » vengarme de vos. Entre tanto, acordaos de mí y esperadme.—
 » Del castillo de Martos, á 6 de mayo de 1456.—*Blanca.*»

—¡Oh! ¡magnífico! ¡inmejorable!... sí, sí, romped esa carta,
 niño, y echad los pedazos al rio..... pero no echeis tambien estas
 piezas: el Pisuerga no necesita arrastrar en sus arenas oro.....
 ¡oh, oh! ¡doña Blanca de!.... ¡amaba á don!.... ¡bien!.... ¡pasa
 por hija del comendador Sancho Gimenez de Solís, y vive en el
 castillo de Martos!.... ¡oh, oh! tomad otras dos piezas, mancebo,
 é idos, sin duda os esperan y no quiero que os riñan por mí.....
 sin embargo, si alguna vez os despiden, venid á buscarme; se-
 reis mi paje de cola en los grandes dias, lo que no os dará
 mucho que hacer.

—No lo olvidaré, señor. Entre tanto, que Dios guarde á
 vuesamercé.»

El paje partió y don Gonzalo se volvió radiante de alegría á
 Juan Rodriguez, que estaba tan pensativo y tan cavizbajo como
 antes.

«¡Ya la tenemos! ¡ya la tenemos!

—¿Y á quién tenemos? dijo con sorpresa el aragonés.

—A vuestra hija.

—¿A mi hija!

—Sí: vive en el castillo de Martos, se va á casar, y pasa por
 hija del comendador Sancho Gimenez de Solís.

—¡Oh! pues no sé que la tengamos tan fácilmente; el co-
 mendador es duro como el hierro, y tendrá perfectamente guar-
 dado su castillo.

—Ya tendremos medio; entre tanto es necesario saber con quién se casa é impedirlo.

—El mejor medio es robarla.

—¿Y cómo?

—¿No está ese castillo en la frontera?

—Sí.

—Ahi tenemos, para que nos sirvan, á los moros de Granada. El rey Ismail es antiguo amigo mio.....

—¡Cómo! ¿tambien entre los moros teneis conocimientos?

—Ismail ha estado en Castilla cuando fue arrojado del trono por Mahomet el vizco.

—¿Y os fiareis de los moros?

—Dejadme hacer..... ya vereis como en materias de intrigas valgo yo tanto ó mas que vos.

—Vamos, decididamente estais poseido por el diablo, dijo el arcediano, viendo que despues de este diálogo volvía Juan Rodriguez á su abatimiento..... alegraos, ¡vive Dios!.... oid, ya se acerca la cabalgata real por la calle del Conde; ¡eh! mirad, ya desembocan.»

Juan Rodriguez levantó los ojos del suelo y miró con ánsia al cortejo real.

«No va la reina, dijo.

—A doña Juana no la gusta sin duda la montería; pero en cambio va Beltran de la Cueva. ¿No teneis rencor á ese mozo?

—¡Rencor! ¿y por qué?

—¡Cáspita! ha estado á punto de enviaros al otro mundo.

—Riñendo lealmente y llevando de su parte la razon y la hidalguía; os juro que solo por un motivo odiaria á ese hombre.

—¿Y qué motivo es ese?

—Cuando fuese amado por la muger que amo.

—Pues creo que anda mas cerca de ella que vos.»

Juan Rodriguez palideció; en aquel momento pasaban delante de él Enrique IV y Beltran de la Cueva, y le saludaron á un mismo tiempo. Juan Rodriguez contestó quitándose el birrete al saludo del rey y al de Beltran con una sonrisa afectuosa.

La cabalgata, pobre en la servidumbre del rey, y ostentosa en la de don Beltran, pasó al galope por delante del convento, y poco despues los últimos monteros desaparecieron por la puerta de Madrid.

«¡He ahí un nuevo privado! dijo suspirando el arcediano y levantándose; los que le hemos ayudado, estamos aun arrastrándonos por el suelo, mientras él sube, sube: *sed humiles erint*..... ¡ah! perdonad, señor Juan Rodriguez, no me puedo ir á la mano; habia olvidado que mis latines..... ¿pero pensais quedaros aqui? ved que ya el sol se pone.»

Juan Rodriguez se levantó el embozo y acompañó al arcediano que se habia despedido ya del fraile portero.

Al entrar en la villa (porque hasta Felipe II no fue Valladolid ciudad), el arcediano se separó del aragonés, y este siguió adelante hasta el Espolon, donde tenia su casa.

Juan Rodriguez que antes de estar enamorado, habia sostenido un fausto maravilloso, se cuidaba entonces poco del lujo: vivia en una casa, sino pobre, modesta, y solo tenia consigo dos pajes y cuatro escuderos: comia en la hostería que tenia mas á mano, y vestia siempre de negro, color que le agradaba porque estaba en armonía con lo triste de su alma. Iba al alcázar todos los dias y esperaba la salida de la reina, porque tal era la muger de quien estaba enamorado.

Pero á pesar de que Juan Rodriguez habia apurado todos los medios de demostracion que estaban á su alcance, jamás doña Juana parecia reparar en él: mostrábase indiferente como con todos los caballeros de la corte, y solo tenia miradas afectuosas para el rey: Juan Rodriguez se maravillaba de que una muger tal como doña Juana, tan espiritual, tan dada al culto de lo bello, estuviese enamorada de aquel hombre que tan repugnante se mostraba, y que jamás habia obtenido en amor otra cosa que nauseabundas caricias de altas ramerías compradas á fuerza de oro, ó de mercedes á sus maridos ó á sus amantes. Enrique IV por su parte aceptaba su papel en la comedia que representaba la reina, y se ostentaba el marido mas afectuoso y mas feliz del

mundo. Esto desesperaba al aragonés, sentía unos celos horribles, unos celos impotentes, que á recaer sobre otro hombre, hubieran manchado su espada en sangre.

Sus celos le llevaron hasta la imprudencia; púsose ya de una manera desembozada al paso de la reina, cantó trovas á un imposible bajo sus ventanas, vistió sus colores, y apuró todos los medios de seducción que se conocian entonces. A pesar de esto, la reina permaneció indiferente: parecia que solo para el infeliz enamorado no tenia ni ojos, ni oídos, y he aqui la causa del malestar de la sombría enfermedad de nuestro hombre.

Cuando Juan Rodríguez entró en su casa, notó que Garceran, su primer escudero, administrador y mayordomo en una pieza, tenia el semblante mas ridículamente misterioso del mundo.

«¿Qué acontece, Pero? le preguntó su amo, que así estás de pensativo y cejjunto.

—Acontece, señor, lo que hace mucho tiempo que no acontece: en la cámara os espera, desde antes de la oracion, una dama.

—¡Una dama! ¿estás seguro que no es una vieja mercadera de amores?

—¡Oh, señor! eso no tendria nada de nuevo; es una dama que por su talante parece jóven, noble y principal.

—¡Por su talante! ¿qué, no la has visto el rostro?

—Viene enteramente cubierta con un manto y á mas con un antifaz.

—¿Y no la acompaña nadie?

—Ha llegado sola al zaguan, pero yo he enviado al paje Juan Calvete y ha visto en la esquina de las Carnicerías una litera negra y junto á ella cuatro embozados.

—Lo que fuere sonará, dijo Juan Rodríguez, subiendo algo mas aprisa que otras veces las escaleras.»

Al entrar en la cámara, que estaba alhajada con lujo y gusto, vió una tapada sentada en el estrado, que permaneció inmóvil.

«Me han dicho, señora, que me esperábais, dijo Juan Rodri-

guez, dando á su acento y á sus maneras toda la galantería que le habia prestado su permanencia en las primeras corte de Europa desde su juventud.»

La tapada, por toda contestacion, sacó de entre su manto una mano cubierta con un guante negro, y entregó al aragonés una carta.

En su sobre estaba escrita esta sola palabra.

Leed.

Juan Rodriguez rompió el sobre y dentro de él encontró una carta abierta y otra cerrada. La abierta decia:

«Se espera que seais tan discreto, como sois galan: nada
» preguntéis á la persona que esta os dá, ni la sigais, ni la man-
» deis seguir, ni pretendais saber quién es, porque en ello se in-
» teresa la honra de una dama. Decidla solamente lo que pensais
» hacer despues que hayais leído la que acompaña.»

Juan Rodriguez guardó la primera carta en su escarcela, y abrió la segunda, que transcribimos á nuestros lectores tal como la hemos copiado de un códice contemporáneo, de cuya autenticidad no tenemos duda alguna, y por la cual se puede conocer cuál era el estilo amatorio epistolar de la época.

«Como la fortuna tenga tan poca cuenta con el merecer, de-
» cia, no es justo tenga vuesamerced en poco la aficion y volun-
» tad con que esta se escribe, porque ni vuestras muchas gra-
» cias, ni discrecion, ni servicios que yo haya recibido, me hacen
» hacer esto, sino un deseo y voluntad lleno de amor que me
» fuerza á experimentar si Dios os hizo tan cumplido para saber
» callar y tener secreto, como estremado entre todos los caballe-
» ros de esta corte, para lo cual he querido poner y aventurar
» mi vida y honra, solo por mostrar lo que á vuesamerced quiero,
» y saber lo que digo, declarándome y rogándoos que esta noche,
» en dando las dos, esteis en la puerta falsa de la Caba del alcá-
» zar, donde dando con los dedos tres golpes, os la abrirá la que
» no poco debe tener las entrañas abiertas para quereros.»

La lectura de este billete causó una sensacion profunda en Juan Rodriguez: ¿quién era la que de tal modo y tan apasionadamente se le declaraba envolviéndose en tal misterio? Su co-

razon voló á la reina, pero su razon apagó inflexible aquella alegre llamarada de su muerta esperanza. La reina jamás le habia mirado, él no era de la corte, y casi no le conocia: era mas natural que algunas de las damas de la servidumbre, tal vez la misma que estaba allí tan encubierta y callada, hubiese sentido por él amores á fuerza de verle pasar y tornar todos los dias por delante de los miradores de la reina.

A Juan Rodriguez aconteció lo que acontece á todos los enamorados por furiosos que estén: á saber: le quedaba franco el lugar del deseo y de la novedad que hace correr aventuras y encontrar bellas las mas misteriosas é imprevistas; comprendió que si su amor, ó no era visto ó desatendido, cometia una locura en ser fiel á un fantasma: ademas, penetrando en el alcázar, se aproximaba á la reina, y el acaso, pródigo protector de los enamorados, podia hacer en un momento feliz lo que no habian hecho en un año todos sus esfuerzos y todas sus audacias.

«Sabed, si sois vos la que ha escrito esta carta, dijo á la dama, que no en vano os habeis fiado de mi hidalguía, y sino lo sois, decidlo así á la persona por quien seais enviada. Añadidla, que aunque mi corazon hace mucho tiempo que llora en silencio amores, que no son pagados, ni aun siquiera agradecidos, decidla, os ruego, que me tendrá á su mandado esta noche á la hora que me cita. Nada os pregunto, aunque por mi voluntad, mucho os preguntaria, puesto que venis, segun todas las muestras, del lugar donde, en una dama, se guardan, mi vida, mis pensamientos y mis deseos. Y ahora, señora, si quereis hablar, hablad, ó partid si asi os place, segura de que nadie de mi casa os seguirá ni pretenderá conoceros.»

La dama se levantó acabadas de oir estas palabras, y Juan Rodriguez la acompañó hasta el zaguan, en el cual se detuvo. Notó entre tanto que la dama afectaba su andar, y procuraba desfigurar su talante, lo que le demostró que cuando tal se recataba debia serle conocida: pero ella se habia desfigurado tambien que no la conoció.

El aragonés fue fiel á su palabra: perdióse la dama en lo oscuro de la calle, en direccion á las Carnicerías, y nadie la siguió.

Juan Rodriguez mandó cerrar su puerta, se volvió á su cámara, y leyó una y cien veces aquella dulce carta, que fue para él como un bálsamo en la herida de su corazón.

Después sus pensamientos tomaron distinto rumbo. Hacia mucho tiempo, también, que pugnaba por saber el paradero de Blanca, por la cual en gran parte permanecía en la corte, y el saberlo le metía en nuevas dificultades. Conocía de antiguo y demasiado á Sancho Gimenez de Solís para saber á ciencia cierta que pasando por hija suya Blanca, seria muy difícil, sino imposible, arrebatársela. El aragonés veía en esto la mano y el pensamiento de doña Mencía de Padilla, muger por quien sentia un respeto supersticioso. Para obtener á Blanca era necesario valerse á un tiempo de la fuerza y de la astucia, y Juan Rodriguez puso su imaginacion en actividad, á la manera que un autor dramático, que se afana por dar á un drama embrollado un desenlace natural, de efecto, que satisfaga su deseo, y le proporcione un buen éxito. Su primer pensamiento fue avocarse con el alcaide de Martos, y reclamarle rotundamente su hija; este pensamiento fue desaprobado por insensato: pensó en pagar gentes que estuviesen á la mira y la robasen: esto era demasiado escandaloso, y podia tener funestas consecuencias: robarla él mismo era una empresa aventurada y de dudoso éxito: revelar el misterio á Garcí-Perez de Lara..... tampoco era aceptable; mediaba la honra de su hija, y él, aunque pervertido, la respetaba..... meditó otros cien proyectos y los rechazó todos. Cansado al fin, tomó la pluma y escribió las siguientes líneas.

«Señora: al fin me es notorio el paradero de nuestra hija,
 » pero encuentro graves dificultades para enviárosla. Creo, sin
 » embargo, que no pasarán muchos dias sin que haya encontrado
 » un medio, ni muchos meses sin que arroje á Blanca en vuestros
 » brazos: confiad en mí y en mi inextinguible amor. Aprovecho
 » entre tanto el tiempo que este negocio me obliga á estar
 » separado de vuestros brazos. Creo que pronto Navarra tendrá
 » una influencia directa sobre Castilla. La impotencia del rey ó
 » la esterilidad de la reina, van volviendo la esperanza á los
 » Enríquez, que se habian desalentado con el matrimonio tan

» hábilmente hecho por don Juan Pacheco. Creo que este se es-
 » fuerza por introducir á la intimidad de la reina á don Beltran
 » de la Cueva, mancebo de antigua nobleza, de hermoso talante,
 » de buen ingenio y de alta ambicion, á quien se ha engrande-
 » cido, dado títulos y estados, y puesto en la privanza del rey.
 » Pero la reina parece rígidamente honesta, no se la ve nunca,
 » sino en los dias de gran gala, severa y altiva como una de esas
 » estátuas que vemos sobre los sepulcros de nuestras viejas aba-
 » días. Los Enriquez cobran con esto esperanza, y los Pachecos
 » desesperados disputan con ellos el favor de la reina viuda doña
 » Isabel de Portugal y el cariño de la jóven infanta doña Isabel
 » de Castilla. Ya sabeis que todo el deseo de la reina doña Juana
 » Enriquez y el de su familia es ajustar un casamiento entre el
 » infante don Fernando de Aragon, y la infanta doña Isabel de
 » Castilla: no hay quien no lo haya vislumbrado. Aqui se honra
 » por todos á la reina viuda y á sus hijos. Doña Isabel afecta una
 » gran reserva y aparta á los infantes de todo trato con la corte.
 » Solo tiene entrada hasta ella el obispo de Sigüenza don Pedro
 » Gonzalez de Mendoza, y este hombre que jamás habla, que
 » parece ageno á los negocios de la corte, es el que me inspira
 » mas recelo. Estoy viendo cernerse un génio lúgubre sobre las
 » familias reales de Navarra y de Castilla: me parece que se
 » confeccionan tósigos, y que la tumba que solo debía abrirse
 » para don Carlos de Viana y su hermana doña Blanca de Na-
 » varra, se abre tambien para la *condesa de Foix* y para el in-
 » fante don Alonso de Castilla. Tened mucha cuenta por allá,
 » y ahorradnos el deber de una terrible venganza. En la pri-
 » mera ocasion os hablaré de nuestra hija, y entre tanto ruego
 » á Dios os conserve para el alto destino que estais llamada á
 » ocupar.»

Esta carta no tenia fecha ni firma, y como han visto nuestros
 lectores estaba escrita de modo, que á ser interpretada ó per-
 dida, nadie hubiera sospechado que se dirigia á doña Leonor de
 Foix, á quien se nombraba en ella como tercera persona, aunque
 marcada con un carácter diferente, lo que nosotros hemos indi-

cado subrayando aquel nombre. Esta carta además retrataba de un solo rasgo el alma de Juan Rodriguez, para el cual el tósigo y la sangre no eran obstáculos que detuviesen su ambicion.

Esta carta fue cuidadosamente cerrada en un doble sobre de pergamino, y sellada con un sello particular, que el aragonés sacó de un secreto del cajon de su mesa.

«¡Hola! ¡Pero Garcerán! gritó cuando hubo concluido.»

Poco despues su criado de confianza se personó en la cámara.

«¿Qué me manda vuestra señoría? le dijo.

—Toma este bolsillo.

—¿Se trata de un nuevo viaje?

—Sí; al Bearn, al castillo de Ortez.

—¿Y cuándo?

—Ahora mismo. Enjaeza el mejor de mis caballos, y no te cuides de él; mátalos, pero llega pronto.

—Creo que el señor no estará descontento de mí.

—Solo quiero que cumplas tu encargo como otras veces.

—¿Y de qué encargo se trata?

—De llevar esta carta.

—¡Ah! ¡ya! una carta sin sobre.

—Que entregarás á la misma persona que siempre..... ya sabes, al mayordomo del conde de Foix.

—Muy bien, señor.

—Dentro de una hora, antes de que cierren las puertas, te quiero fuera de Valladolid.

—Espero encontrar al señor mas alegre á mi vuelta.

—Dios lo haga, Garcerán. Salud y buen viaje.

—Buena ventura, señor, y hasta dentro de quince dias.»

Garcerán salió y Juan Rodriguez se quedó paseando y profundamente pensativo: daba vueltas al asunto de Blanca, y no encontraba una solucion.

Pero de repente se animó su rostro y lanzó una esclamacion de alegría.

«¡Oh! torpe, cien veces torpe, exclamó: el castillo de Mar-

tos está en la frontera de Granada: el rey Ismail amenaza romper la tregua..... sí..... sí..... eso es..... un enviado fiel; algunos miles de castellanos..... Ese Hernando de Carrillo puede servirme sin saberlo..... como siempre.....»

Y decidido de todo punto salió de su casa y se encaminó al alcázar.

CAPITULO II.

De como don Pedro Giron se vió obligado á valerse de su primo Hernando de Carrillo.

«Os digo, primo, que esto no puede continuar así: se me mata, se me asesina, se me estrangula: no bastaba el duro servicio del rey, en que siempre me encuentro á caballo, sino que me habeis de obligar á servir á ese clérigo don Pedro Gonzalez de Mendoza, que es sério como un santo de palo, orgulloso como una muger bonita, y mandador y exigente como quien nunca ha tenido quien le sirva, y se desquita á los cincuenta años: os digo que no..... que no..... y que no.»

Esto decia ágricamente nuestro buen Hernando de Carrillo al gran maestre de Calatrava, paseándose á lo largo de la cámara que ocupaba en el alcázar junto al rey, como capitán de su guarda.

El maestre estaba sentado en un sillón, cruzado un pié sobre otro y abandonado en una actitud que se podia llamar de fastidio.

«Sereis siempre incorregible y montaraz, Hernando, dijo despues de un momento de silencio: teneis el magin torpe; no veis mas que con los ojos de la carne, y cuesta un enorme trabajo haceros comprender las cosas: ¿creeis que se os pide á humo de pajas el que sirvais, el que aduleis al obispo de Sigüenza, á ese hombre á quien vos llamais clérigo, y á quien, si Dios ó el diablo no lo disponen de otro modo, tendreis que servir mal que os pese?

—Dando por cierto lo de que don Pedro Gonzalez de Mendoza os pueda ser útil á vos, á mi primo don Juan y á mi tio don Alonso, no veo de qué manera pueda yo cobrar mi parte en esa utilidad; ya estoy harto de servir á ciegas y sin provecho: capitan de la guarda morisca era en tiempos de don Juan el II, y capitan de la guarda morisca soy en tiempos de don Enrique IV: entonces me hicisteis andar de ceca en meca; me espusisteis treinta veces á que el famoso, el tremendo condestable, vuestro enemigo, me cortara la cabeza, y me hicisteis contribuir á que se la cortaran..... bien, yo me alegré de aquello, porque creí descansar..... y medrar..... pero, ¡bah! vosotros, mis caros parientes, os comisteis la presa y me hicisteis lamer el plato, haciéndome de la cámara y consejo de su alteza: ¡bravo oficio! descansado sobre todo, horro de rentas y de manejos, y en el que se podria engordar, teniendo, como teneis vosotros, señorías y vasallos y mercedes, que no hay mas que pedir: pero como al descansadísimo oficio de consejero que no aconseja, se une el de capitan, que no manda, si no que es mandado..... y como á estas miserias se unen otras..... por ejemplo, mi muger que no es mi muger, y mi hijo que no es mi hijo..... por mas que yo sea un hombre de hierro..... *imago fortitudinis*, como dice el socarron del limosnero don Gonzalo, que á fuerza de repetírmelo, me lo ha hecho aprender de memoria: por mas que yo sea fuerte como una roca, me voy gastando, primo, gastándome horrorosamente; me parezco á una de esas armaduras que se limpian por fuera, y se descuidan por dentro: la cara brillante, el orin oculto; vamos, os lo repito, esto no puede continuar así: voy á reventar como un petardo.

—Pues se cuenta con vos..... y preciso será que sea.....

—¿Preciso cuando yo digo que no? dijo deteniéndose bruscamente el capitan: habeis contraido, primo, una mala costumbre: esto es, la de hacer vuestra voluntad..... y esto os hace á veces inaguantable..... ¿creeis que yo tengo miedo? ¡bah! os engañais: á mí se me engaña, se me compra..... ó se me ofrece..... porque hasta ahora me he vendido de valde.....

—¿Ha llegado el caso de que os podamos pagar?

—Es que la cuenta sube y sube, y creo que no tengais bastante para pagarme aunque llegueis á ser reyes, en lo que no tengo mucha confianza.

—Hablais de burlas, y acaso acaso os veais obligado un dia á llamarme alteza.

—¡Diablo! ¿y cómo?

—Servid á don Pedro Gonzalez de Mendoza.

—¿Y ese clérigo?

—Ese clérigo es el confesor de la reina viuda doña Isabel de Portugal.

—¡Ah, ah! os habeis enamorado de la hermosura de la viuda, y creéis que... ¡pues calla! no habia pensado en que mis parientes son ingeniosos, y encuentran un medio, un recurso debajo de una baldosa, exclamó Hernando de Carrillo con acento burlón.

—Sois un imbécil, primo: siempre os vais á extremos disparatados: por lo que digo que es necesario mucha paciencia para haceros comprender las cosas. No acontece lo propio con vuestra muger.

—Mi muger es.... pues.... mi muger.... exclamó con cólera el capitán.... no me hablais de ella.... esa es una de las partidas mas fuertes de mi cuenta: mi muger es una intriganta que me obligará á hacer un desacierto.

—Doña Mencía no os ha ofendido jamás, primo.

—¿Que no me ha ofendido?... ¡pues y ese vástago ageno... ese hijo de don Beltran de la Cueva que se llama Pedro de Carrillo....

—Vos no debisteis casaros.... esa fue vuestra primera imbecilidad, tras de la cual habeis cometido la torpeza de enamoraros de una muger de quien nada sois ni nada podeis ser.... en cuanto á lo de hacer un desacierto, os aconsejo que os andeis con pies de plomo: vuestra esposa que ahora os estima, puede dar con vos al traste si la provocais.

—¿Quereis, primo, que no hablemos mas del asunto?

—¿Quereis, Hernando, que concluyamos en paz?»

El acento con que pronunció el maestre estas palabras era

tan frío, tan reconcentrado, que Hernando de Carrillo, que conocía perfectamente á su poderoso primo, vió en él una amenaza y sintió un estremecimiento muy parecido al terror.

«Pues bien, sí, dijo; de una vez; concluyamos.»

—¿Cuánta gente teneis en vuestros escuadrones de la guarda morisca?

—Tres mil ginetes.

—¿Están todos en Valladolid?

—Sin faltar uno.

—¿Todos moriscos?

—Todos granadinos.

—¿Gente dura?

—Huidos por delitos.

—¿Os respetan?

—Me temen.

—¿Contais con ellos?

—Como con mi espada.

—¿Podremos dar un golpe de mano?

—Segun sea.

—Se trata de prender al rey.....

—¡Primo! ¡primo! ese es negocio en que se juega la cabeza.

—¿Y quién os la ha de cortar si no os la cortamos nosotros?

—Es que sin vosotros hay otra persona en la corte.

—¡Beltran de la Cueva! dijo con desprecio al maestro.

—El alto y poderoso señor conde de Ledesma, rico hombre y señor de horea y cuchillo, don Beltran de la Cueva, guarda mayor, consejero, mayordomo mayor, proveedor de pelotas, privado, y qué sé yo que mas de su alteza el señor rey don Enrique IV de Castilla y de Leon; el sucesor, para decirlo de una vez, del administrador de la orden de Santiago por el infante don Alonso, marqués de Villena y poderoso también, cuando Dios queria, mi noble primo don Juan Pacheco..... esto se llama hacer suerte: un barbilindo de veintin años que ayer no tenia mostachos y que hoy se levanta de barba á barba contra algunos, cuyo nombre solamente hacia temblar no ha mucho: de poco tiempo á esta parte, os equivocais lastimosamente,

señores, y es cosa que da grima ver con qué desprecio habláis de un hombre....

—A quien sacamos del polvo y á quien podemos volver á él.

—Me gustaria verlo.

—Prendedle con el rey.

—Pero se os olvida otra cosa: con él y con el rey seria necesario prender á otra persona.

—¿A quién?

—A doña Mencía de Padilla.

—¡Ah!

—Ciertamente..... cuando dije que don Beltran es poderoso, me engañé; la poderosa es mi muger..... lástima de que no me ame como le ama á él..... ya se vé, yo no tengo las megillas sonrosadas y tersas como una manzana recién cogida, ni los labios rojos, ni los ojos brillantes..... yo no soy una dama-hombre, sino un hombre muy duro y muy hombre..... no hay cosa para las mugeres como un chiquillo travieso que la hecha de gran persona..... ¡uf! esto es cosa..... para no pensar mucho en ello ó para andar á estocadas.

—Ved que os contradecís, primo..... Antes me habeis soltado un turbion de necedades, porque segun vos no trato como debo á ese don Beltran, á quien ahora mismo tratais con desprecio.

—Os equivocais, primo; cuando yo hablo del señor conde de Ledesma, es por no nombrar á mi muger. Porque él no es otra cosa que ella..... ella y siempre ella..... la poderosa es ella, la favorita es ella..... á quien yo temo es á ella.

—No la temais tanto, dejadnos obrar: nosotros saldremos del atolladero en que nos hemos metido, y vos medrareis.

—¡Ah, ah! conoceis que os habeis metido en un atolladero.

—Sí pardiez: van dos reinas portuguesas que han tenido talento bastante para engañar; la una, doña Isabel, á un hombre tal como el condestable Luna; la otra, doña Juana, á un hombre tan astuto como mi hermano don Juan.

—¡Ah! la reina doña Juana.....

—La reina doña Juana ha dado en la flor de enamorarse del rey.»

Esto demostraba que el profundo disimulo de la reina habia engañado la perspicacia del rebelde y turbulento triunvirato, compuesto por el arzobispo de Toledo y sus dos sobrinos.

«Pues mirad..... yo creo que la reina no hace mas que fingir, dijo Hernando de Carrillo, y que tan muger es del rey como doña Mencía de mí.

—Hé ahí lo que queremos probar; prendamos al rey y dejemos á la reina en libertad.

—¿Y si sale bien este enredo, llegareis á ser rey?

—Acaso.

—¿Pero con quién os vais á casar?

—Olvidad como si no las hubierais oido las palabras que vais á escuchar: si logramos que la reina dé un mal paso, si nos hacemos con una prueba, si podemos evitar el que se haga pasar por hijo del rey un hijo de otro, vendrá un repudio..... despues..... despues el rey que se entrega á los desórdenes, puede.....

—Bien, sí; pero si el diablo carga con el rey, quedará siempre su hermano el príncipe don Alonso.

—Un niño de seis años puede suceder que se malogre: entonces quedará para heredar la infanta doña Isabel.

—Una niña de cuatro años.

—Los reyes no tienen edad para casarse.

—Nunca os he visto mas loco, primo; se conoce que habeis gastado vuestro ingenio y que recurrís al último extremo. Eso es un disparate: en primer lugar vuestros votos.....

—Los dispensará el papa.

—Pueden intrigar con el papa.

—Se intriga con mas fuerza, se concede mas, se ofrece mas. Castilla es mas fuerte que Navarra, de donde únicamente pueden venir esos amaños.

—Pero Navarra, ó por mejor decir, los Enriques se han adelantado á vos en ese pensamiento: vos contais con un repudio y dos muertes..... eso es fácil..... ellos os dejarán obrar, pero añadirán por su parte otras dos muertes para hacer un gran partido al infante don Fernando, haciéndole heredero de Ara-

gon y Navarra. Eso es lo malo para vos; el que se deshagan de don Carlos de Viana y de su hermana doña Blanca de Navarra... lo áspero, lo que os pondrá serio para toda una eternidad, es que si os sale bien vuestro plan, encontrarán en vos un obstáculo y se desharán de él... de cualquier modo... por ejemplo, vuestro repostero os sirve un salpicon que vos encontráis muy sabroso y por resultado del cual vais en derechura á saludar en el otro mundo á vuestro amigo el condestable... ¡vaya! no direis que soy torpe ahora ni animal: lo que yo tengo es que de improviso no se me ocurre nada bueno; pero cuando pienso, tengo mas malicia que un capuchino, y las cojo al vuelo.... he pensado mucho en esto, primo.... mucho, y os aconsejo que dejéis estar las cosas.... ¿qué podeis desear? ¿no sois uno de los señores mas ricos y poderosos del reino?

—Quiero llegar al punto de mi partida: hace veinte años que luchamos, y esto es necesario que concluya.... por lo mismo, adúlal, servid á don Pedro Gonzalez de Mendoza; sed nuestro espía, nuestro introductor, trabajemos á la vez: la reina viuda doña Isabel es ambiciosa.... halaguemos su ambición.... y si un dia mandamos.... si un dia logramos dominar la nobleza.... vos que sois nuestro pariente....

—Ofrecimientos y siempre ofrecimientos.

—Ya os he dicho que....
—No habeis podido pagarme.... pues bien, consiento en dejarme engañar de nuevo.... asi como asi yo tambien estoy cansado y necesito hacer una atrocidad para distraerme.

—¿Y contaís con vuestros alféreces.... con todos vuestros cabos?

—Mis escuadrones, don Pedro, como vuestros caballeros calatravos, están sujetos á mi voz. Os he dicho que conteís con ellos, y podeis contar.

—El rey ha salido á caza al Abrojo.... lleva pocas lanzas...

—Aunque llevara un ejército.... pero se necesita un pretesto.... una prision en nombre del reino.

—Descansad en cuanto á eso, dijo el maestre levantándose; espero que no habrá vacilaciones.

—Nunca me vuelvo atrás de lo que digo.

—Pues bien, primo; en el primer momento que tengais libre, id á casa: allí combinaremos lo que se debe hacer para que el golpe sea seguro.

—Iré, primo, iré.»

El maestro salió de la cámara, y Hernando de Carrillo siguió paseándose á lo largo de ella.

«Paréceme, dijo, que mis buenos parientes no saben donde se hallan, y que este es el último servicio que les hago..... bien mirado, yo tambien necesito satisfacerme de ese don Beltran... La prision es fácil..... luego ello dirá: si sale mal..... si sale mal, tengo buenos conocidos en el reino de Granada..... me refugio allá..... y malo será que al paso no pueda ajustar mis cuentas con el arcediano..... no se me olvida ese hombre..... él tiene la culpa de todo esto..... él..... ¡si al menos el fuego no me hubiese dado en la cara!..... ¡pero ese pequeño Pedro de Carrillo!..... ¡uf! vale mas no pensar en ello..... esto no le sucede á nadie mas que á mí.»

—El señor Juan Rodriguez del Padron, dijo un paje á la puerta.

—Hé aquí otro hombre á quien tengo una ojeriza regular, otro amante de mi mujer, murmuró Hernando de Carrillo. Adelante ese caballero, añadió dirigiéndose en voz alta al paje. Poco después entraba el aragonés en la cámara.

CAPITULO III.

De como Hernando de Carrillo contribuyó á deshacer, respecto á Blanca, lo que habia hecho doña Mencía de Padilla.

Por mas que quiso el capitán de la guarda morisca del rey recibir con buen semblante al aragonés, no pudo ocultar cierta tiesura en su aspecto, y cierta dureza en sus palabras; bien es verdad que no lo conoció, y que por el contrario, creyó estar colocado en la situacion mas amable, respecto de aquel hombre que habia enamorado á su muger, y cuyo recuerdo solo, hacia que se crispasen sus miembros.

«Y bien, ¿cuándo diablos os vais á Navarra, señor Juan Rodriguez? dijo no pudiendo resistir á su deseo de que desapareciese de la corte aquel su antagonista, que en verdad, como han podido ver nuestros lectores, no habia sido muy feliz con doña Mencía; bien hace año y medio que andais por acá.»

Juan Rodriguez habia concebido un plan, y contaba para llevarlo á cabo con la adersion que le tenia Hernando de Carrillo.

«Teneis razon; contestó el aragonés, hace mucho tiempo que estoy en ella, y he perdido mi salud, y lo que es peor, mi razon.

—;Fuego! exclamó sin poderse contener Hernando de Carrillo..... ¿habeis perdido?.... eso era lo que naturalmente os debia suceder..... las mugeres (maldígalas Dios) no saben hacer otra cosa..... todas son lo mismo..... la mejor no es mas que un demonio con rostro de ángel.»

El aragonés suspiró, y aquel suspiro quemó la sangre al capitán, del mismo modo que si hubiese sido la expansion de un horno inflamado.

«Andais muy triste, amigo mio, le dijo.

—Ando desesperado, señor Hernando de Carrillo.

—¡Ya! ¿y habeis pensado en mudar de aires?... debeis irós allá.... á vuestra tierra: es mas fria que esta.... mucho mas fria.

—Al contrario, señor Carrillo, me voy á otra mas ardiente....

—¡Ah, ah!

—A Andalucía.

—¿Sí?... pues mirad.... no pensais mal.... un fuego mata á otro fuego; ¿y cuándo os vais, señor Juan Rodríguez?

—En vos consistirá el que tarde ó sea pronto.

—¿En mí? ¿que consistirá en mí? pues dadlo por hecho, amigo mio.... sabeis que siempre os he tenido muy buena voluntad. ¿Y cómo consiste eso en mí?

—Quiero ir á Granada.

—¿Que quereis ir á Granada?

—Sí, ya he estado en ella, y ademas he conocido mucho en Castilla al rey Ismail, de quien soy grande amigo.

—¿Estais enamorado de alguna mora? dijo gravemente Carrillo.

—Estoy enamorado de un imposible....

—¿De un imposible que vive en Granada!.... ¿Será posible, señor Juan Rodríguez, que os atrevais hasta á las mugeres de los moros?

—¡Son tan hermosas algunas mugeres!....

—¡Diablo! ¡diablo! apostaria á que andais perdido por la sultana.

—Sí, dijo vagamente el aragonés; por una sultana.

—Pues andaos con tiento, señor Juan Rodríguez, porque allá no es como acá: aqui las mugeres son resueltas, andan en aventuras, usan y abusan de su libertad, y sobre todo hay maridos.... escelentes maridos que oyen, ven y callan.... porque tienen la desgracia de haberse casado con mugeres que les obli-

gan á ver, oír y callar. Pero en Granada es distinto: ya sabeis las torres al cielo, las murallas de quince palmos de grueso, celosías espesas..... y luego..... luego los maridos de allá son otros maridos, que como no son cristianos no practican aquello de: da á tu prójimo lo que te sobre de tu sustento..... sino que dan unas puñaladas que secan, si no son reyes, ó hágibs, ó wazires ó walies: porque si lo son, ya puede la enamorada contar con ser enterrada hasta el cuello, ó con ser arrojada al mar en un sacco, ó en el mismo sacco á un pozo si está lejos la costa. En cuanto al enamorado ya es distinto: empiezan por aplicarle cien palos en las plantas de los pies..... le dejan curar, y seguidamente le mutilan los pulgares de pies y manos..... se cicatriza aquello, y le acañaverean: curadas las heridas de las cañas, le empalan..... ¿sabeis lo que es empalar?... pues bien, me alegro, me ahorrais de que os lo explique..... esto es siempre la última jornada de la tragedia, que dura uno, dos ó cuatro meses..... segun la calma del que se venga, porque los moros comen la venganza fria.

—Bien sé, señor capitán, que en estos amores espongo la cabeza; pero ya he perdido el corazón, que es para mí mucho mas: por rescatarle me valgo de vos!

—¡Cómo! ¿creéis que yo puedo?...

—Vos podéis proporcionarme los medios de que yo sepa si puedo aventurarme á ir á Granada.

—¡Ah! ¿teneis dificultades y queréis que yo os las allane? dijo con cierta cólera mal encubierta Carrillo.

—De una manera leve..... todo consiste en que me indiqueis uno de vuestros soldados moros que sea á propósito para ir á Granada, desempeñar un encargo mio y volver.

—¡Ah! ¿queréis ir precedido de campeadores?

—Antes que enamorado he sido capitán.

—Pues temprano os consagrasteis á la milicia; yo creó, señor Juan Rodriguez, que empezasteis por enamorar á vuestra nodriza.

—Os burlais de mi amor porque no sabeis qué profundo es.

—¡Burlarme! ¿qué es burlarme? pero escuchad formal-

mente lo que pienso de vuestros altos amores... esa sultana va á vengar en vos á todas las mugeres que habeis perdido, á todos los maridos de quien habeis hecho escarnio. No hay plazo que no se cumpla... y os aconsejo que os metais fraile... no basta fraile... el monge, y monge en un desierto por donde no pasen ni aun cabras... me da el corazon, y lo siento, que si seguís así, vais á morir de mala muerte.

—¡Cuán bien se conoce que no habeis amado! dijo el aragonés siguiendo su comedia.

—¡Que no he amado, Dios mio! ¡que no he amado! y estoy hecho un oso, un jabalí... una cosa en fin de qué no hay ejemplo, por una muger como no hay una... ¡oh! si me amara seria capaz de ir á Marruecos aunque me espusiera á ser azotado, mutilado, acañavereado y empalado.

—Gracias á Dios que comprendéis hasta dónde puede llegar el amor.

—¡Oh, sí! y os juro que quisiera no comprenderlo. ¿Y cuándo necesitáis ese hombre, señor Juan Rodriguez?

—Ahora mismo, si es posible.

—¿Ahora mismo? esperad que recuerde... no es tan fácil como creéis encontrar uno de esos gatos montaraces que pueda pasar la frontera: todos ellos son fúgitivos... ladrones, asesinos, contraventores de la ley, ó renegados... es una taifa valiente, pero con la cual es necesario ser fuerte como el hierro... ¡ah, sí! ya tengo uno... uno que no tiene por qué recelar; un tuncino mas bebedor que un mosquito y mas comedor de grasa que un salton; pero eso no lo saben por allá. Cabalmente está de guarda. ¡Hola! ¡eh! ¡hola!

A las voces de Hernando de Carrillo acudió un escudero.

«Bajad á la guarda, le dijo, y traeos con vos á Azem-Zimzam; si está de atalaya, que le muden... al momento.»

El escudero fue á cumplir su encargo.

«¿Y es astuto ese hombre? dijo el aragonés.»

—Como una serpiente.

—¿Bravo?

—Como un leon.

—¿Ha estado en Granada?

—Ha servido en la taifa de almogavares del infante Abou'l-Hasam.

—Siempre esperé que cuando me fuese necesario abusar de vuestra amistad, os encontraría dispuesto á complacerme eficazmente.

—¿Quién lo duda, sobre todo tratándose de vuestra partida de la corte, en la que creo que los aires os son fatales?

—Ved ahí, segun creo, á nuestro hombre.»

En efecto, inmóvil como una estatua cubierta de hierro y seda, se veía bajo el tapiz de la puerta un hombre atlético, de semblante atezado, en que estaba impreso de una manera indudable el sello del tipo árabe.

«Adelante, Zim-zam, adelante, dijo Carrillo.»

El moro adelantó haciendo tres profundas *zalás* ó inclinaciones con los brazos cruzados, y se detuvo á una respetuosa distancia.

«¿Por qué has venido á servir á su alteza el rey de Castilla?» dijo Juan Rodriguez.

—Poderoso señor, dijo el moro, tú no sabes que yo habia vendido mi sangre al infante de Granada Abou'l-Hasam.

—Lo sé; ¿pero por qué dejaste su servicio?

—El arcángel tentador habia tocado su alma con el extremo de sus alas, y se reveló contra su padre el querido de Dios, el poderoso, el magnífico rey Ebn-Ismail.

—¡Ya! ¿y tú no quisiste revelarte contra el rey?

—Un muslim temeroso de Dios tiene que respetar tres cosas: la lealtad á su señor, la muger y el caballo de su hermano, y la hacienda ajena.....

—Hé ahí tres preceptos que estan hartó olvidados por acá, dijo Hernando de Carrillo, que desde que habia entrado el moro hasta entonces se paseaba pensativo en la cámara con los brazos echados á la espalda.

—¿Y querrias volver á Granada? le preguntó el aragonés.

—No, repuso vivamente el moro; la rebeldía dura aun.

—Ni mas ni menos que como aquí, observó Carrillo.

—¿Ni como enviado irias? añadió Juan Rodríguez.

—¿Enviado á quién?

—Al rey.

—¿Por quién?

—Por mí.

—Iré.

—Ya le teneis, pues, dijo Hernando de Carrillo. ¡Hola!

Apareció de nuevo el escudero.

«Decid al alferez Astudillo, le dijo, que de mi orden cuando se le presente Azem-Zimzam, le deje partir con armas y caballo, y le dé ademas un mes de soldada.

—Esto es ya demasiado, dijo el aragonés, y no lo permitiré. Los gastos son míos como el servicio es mio.

—Pero no puede decirse eso, añadió en voz baja Carrillo; los soldados del rey no sirven mas que al rey, ó mejor dicho no deben servir mas que al rey, aunque sirven á todo el mundo; pero esto no debe decirse.

—¡Ah! de ese modo.....

—¿Esperais algo, Fortun? dijo Hernando de Carrillo volviéndose al escudero que permanecia en la puerta.

—Quería deciros, señor, que su señoría el gran maestre de Calatrava acaba de enviar un paje á suplicaros vayais al momento á su casa.

—¡Estos son otros favores, vive Dios! no sé cuándo veré el fin de esto. Buscadme mi gorra y mi limosnera, Fortun; no sé por donde andan. Tú, Zimzam, desde ahora hasta nueva orden sirves á este caballero.»

El moro se volvió á Juan Rodríguez y se inclinó profundamente.

«Vos, ved si se os ofrece mas, amigo mio..... pero bien, ya nos veremos: estais en vuestra casa y podeis permanecer en ella..... Os dejo porque tengo entre manos un asunto importante con mi primo don Pedro Giron.

—Nos vamos todos, capitan.

—Bien, asi iremos acompañados; creo que llevamos el mis-

mo camino. Dadme acá, Fortun; si ocurre algo importante, ya sabéis..... estoy en casa del gran maestre.»

Hernando de Carrillo tomó su gorra y su limosnera, y salió acompañado de Juan Rodriguez y seguido de Zimzam: durante un buen trecho, atravesaron juntos algunas calles, y al fin el capitán tomó para la casa de su noble primo, y el aragonés y el moro hácia el Espolon.

Quando Juan Rodriguez estuvo encerrado con Zimzam en su mas retirada cámara, abrió un cajón de su mesa y arrojó á puñados sobre ella el oro.

«Todo es tuyo, le dijo, si me sirves bien.

—Segun, cristiano; ¿qué quieres de mí?

—Abu-Zeyan-el-Serahj está de walí en Alhama la de Granada.

—Asi es; ¿es tu amigo Abu-Zeyan?

—Años pasados vino con el rey Ismail á Castilla, y hallamos el uno en el otro un corazón de hermano. ¿Le conoces?

—Ha sido mi arrayaz.

—Pues bien, vas á llevarle una carta que voy á escribir.»

Juan Rodriguez se sentó á la mesa y escribió: su carta era larga, la plegó cuidadosamente, la cerró con tres sellos, y la entregó al moro.

«Al momento á caballo, dijo Juan Rodriguez: recoge ese oro y vete.

—Ese oro, luego, dijo el árabe con altivez.

—No es un servicio que te pago, buen Zimzam, sino un recuerdo mio: bien sé que hoy la nobleza, la fé y la lealtad estan en el reino de Granada: ese oro puede servirte para.....

—Para comprar una espada de rey, que me recuerde siempre el noble cristiano á quien la debo.»

Juan Rodriguez conoció que se trataba de un ser entusiasta, le tendió la mano, se la estrechó, y acompañándole hasta la puerta, le dijo:

«¿Cuándo volverás?

—Pasada una luna, si el noble Abu-Zeyan está en Alhama.

—Que Dios te acompañe, Zimzam.

—Que el Señor altísimo y único te proteja, cristiano.»

Juan Rodríguez permaneció en el mismo punto en que había despedido al moro, profundamente pensativo.

«La suerte está echada, dijo; mi amor y mi ambicion penden de un acaso..... ¡oh! estoy cansado ya, y es necesario que esto concluya.»

Luego se volvió bruscamente, atravesó la cámara, entró en otro retrete, se vistió sus mejores galas, se ciñó su espada mas fuerte, y esperó impaciente á que se acercase la hora en que se le habia citado al alcázar.

CAPITULO IV.

De como la dama que recibió á Juan Rodriguez en el alcázar le dejó en las mismas dudas que antes.

Llegó aquella hora, y el aragonés bajó por una escalera escusada sin ser sentido de nadie, abrió un postigo y se encaminó al alcázar.

Era la noche lóbrega, y Valladolid estaba desierto: solo de trecho en trecho se veía la luz opaca de un farol que alumbraba el nicho de un santo, mas allá de la cual volvía á dominar la mas negra tiniebla. Casi á bulto llegó Juan Rodriguez al alcázar, rodeó la caba, encontró el postigo y dió en él con los dedos tres golpes, mas débiles que los latidos de su corazon, que golpeaba su pecho como una maza de hierro.

Inmediatamente se abrió el postigo, y una voz trémula, voz de muger, dijo tímidamente:

«Entrad.»

Juan Rodriguez adelantó y se encontró en un espacio frio, lóbrego, silencioso: sintió que se le acercaba un objeto y que una mano asia su mano: aquella mano temblaba estremecida de miedo ó de amor entre la del aragonés, que temblaba tambien.

La mágia de aquel silencio, de aquella oscuridad, de aquel misterio, en medio de los cuales flotaba leve é incitante ese perfume embriagador que emana de una muger jóven, enamorada y hermosa; aquella mano tersa, pequeña y trémula que apretaba con una fuerza extrema como á impulsos de un terror instan-

tivo su mano; el entrecortado y denso aliento que se dejaba escuchar, mas elocuente aun que cien palabras de amor; cierto vapor de virginidad y de pureza que emanaba de una manera inexplicable de en medio de aquella libre aventura, hicieron concebir al aragonés que se trataba de alguna dama enamorada, que arrastrada por su pasión, empezaba encubriendo con la noche y las tinieblas un galanteo que acaso muy pronto debia ser desembozado é impudente.

¿Quién podia ser aquella muger? Juan Rodriguez repasó en su imaginacion todas las damas de la reina: las habia jóvenes, puras y hermosas: cualquiera de ellas merecia bien un trasnochado y una aventura, pero nada mas, cuando se trataba de un hombre tan favorecido por el amor y tan enamorado de la primera dama de Castilla.

Juan Rodriguez esperó ser conducido por la dama á otro lugar mas conveniente; pero al llegar al primer peldaño de la escalera, la dama se detuvo y le dijo:

«No pasaremos de aquí.

—¿Cómo, señora, en este lugar?

—Para hablaros un momento, cualquier lugar es bueno.»

La dama hizo un movimiento para sentarse.

«Esperad, esperad, señora, dijo el aragonés previniendo aquel movimiento y arrojando sobre el pié de la escalera su riquísima capa de grana.

—Gracias, dijo tímidamente la dama, y se sentó.

—Estais trémula, señora; la dijo el aragonés.

—Es porque arriesgo mucho.

—¿Que arriesgais?

—Sí; mi honor.

—No sé, señora, que pueda arriesgar nada quien de tal modo se oculta: creo que á pesar de la oscuridad traeis mascarilla temerosa, sin duda, de que mis ojos vean en la oscuridad, dijo el aragonés levantando la mano que le quedaba libre, hasta el semblante de la dama.

—¡Oh! estaos quedo, caballero, ó me obligareis á que huya y evite el volver á encontrarme á solas con vos.

—¿Pero quién sois, divino misterio, que así me envolveis en el encanto de vuestro perfume, de vuestra voz, de vuestros suspiros, y así me desesperais?

—Ah! dijo la dama soltando enojada la mano de Juan Rodríguez; me he engañado al probaros; sois como todos los hombres, tenéis palabras de amor para todas las mugeres.

—¡Qué! ¿habeis querido probarme, señora?

—Sí, porque hace mucho tiempo que...

La dama se detuvo.

—¿Qué? acabad, dijo Juan Rodríguez.

—Que creo ámaros.

—¡Que creéis! ¿pues no lo sabéis, señora?

—El amor no entra solamente por los ojos: necesita enamorarse del alma: los ojos desean, el alma examina, juzga, acoge ó rechaza.... yo no os amo lo bastante para sacrificaros mi honor; necesito conoceros, amaros con toda mi alma.... y aun así, señor Juan Rodríguez, la lucha será larga y penosa.... acaso.... acaso.... pueda vencerme y continuar siendo honrada.

—¿Amais á otro?

—¿Si amara, estaria aqui?... ¿os habria escrito, como lo he hecho en un momento de olvido?

—Y bien, señora; ¿fuisteis vos misma la que me llevó esa carta?

La dama vaciló en la respuesta.

«Sí, yo fuí, dijo al fin.

—¿Y á qué esta cita si tenéis libertad para ir á verme á mi casa?

—¡Que tengo libertad, Dios mio! ¿creéis que tengo libertad porque he aprovechado una casualidad.... que no volverá á presentarse?

—¿Disponéis aun de las llaves del alcázar?

—Las robo de la cámara de la reina, aprovechando la ocasión de la ausencia del rey.

—¿Sois de la servidumbre de la reina?

—Vivo con ella, en esta sepultura de vivos, en este convento real que se llama alcázar.

—Y decidme, ¿la reina ama al rey? preguntó insidiosamente el aragonés.

—¡Oh! sí, dijo con la mayor naturalidad la dama, da envía verlos: á pesar de que su alteza tiene grandes motivos para estar celosa, lo encubre, se sacrifica.... merecía mejor suerte, caballero, ¿no es verdad?

—¡Ah! señora, la reina es un ángel.

—¡Cómo! ¿os parece un ángel la reina!

—Pero un ángel muy cruel.

—¡Muy cruel!

—Sí, yo sé que desespera á un amigo mio que desde que la vió la adora, que ha sufrido y está sufriendo un infierno por ella: que tiene celos, celos rabiosos.

—Mucho amais á vuestro amigo cuando así os exaltais por sus penas.

—Como á un hermano, como á mí mismo.

—¿Y la reina no ha reparado?....

—Nunca, señora.

—¡Ya se ve! la reina ama.... está demasiado alto para ver tan bajo.

—Y bien, ¿qué importa? mi amigo sufrirá ó morirá si el sufrimiento no le deja vivir: en cuanto á mí....

—¿Estais tambien enamorado?

—Sí.

—¿Y de quién?

—De vos.

—¿De mí y no me conocéis?

—Os he visto, señora.

—¿Que me habeis visto!

—Sí, en mi casa: aunque encubierta; vuestra apostura, cierto encanto inesplicable en vuestra actitud, en vuestras maneras.

—¿Con que os habeis enamorado..... á bulto?

—¡Ah! señora, creo que os burlais de mí.

—No me burlo, caballero, no me burlo; pero, ¿y si yo fuera fea?

- No lo creo.
- O vieja.
- Es imposible.
- ¿Si solo os hubiese citado por un capricho?
- Señora, seríais capaz.....
- ¿De no volver?.... sí.
- ¡Oh! no lo hareis, no teneis motivos.
- ¿Que no tengo motivos?.... tengo celos.
- ¿Celos de quién?
- Celos de la reina.
- ¿De la reina!....
- Sí, porque ese amigo que vos ponderais tan enamorado, no es otro que vos.
- Os juro.....
- Para probarlo, decidme al momento sin vacilar su nombre.
- Beltran de la Cueva.
- ¡Ah! exclamó la dama.....pero no; mentis; yo estoy todos los dias junto á su alteza, y jamás ese caballero.....
- ¿Jamás?....¿no ha mirado jamás Beltran de la Cueva á la reina?
- La ha mirado como vasallo.
- Y vos, ¿quién sois, señora?
- ¿Yo? una criada de cámara, ni aun siquiera dama, aunque vengo de padres nobles.
- Inútil es preguntaros vuestro nombre; me engañareis acerca de él como me habeis engañado respecto de vuestro estado.
- ¿Qué, no creéis?....
- Creo que sois alta entre las altas, señora.
- Ni alta ni baja, señor Juan Rodriguez, exclamó la dama soltando una alegre carcajada: ya me habian dicho que érais presuntuoso, pero nunca os habia creido tanto; vamos, confesad que habeis venido aqui soñando delirios; engañado.
- ¿Suponeis acaso?....
- En otro hombre no supondria..... en vos sí.
- ¿Y por qué en mí mas que en otros?

—Sois muy conocido en la corte, caballero, y no ha faltado quien me cuente vuestras aventuras.

—Mis aventuras, señora, han sido siempre desdichas.

—¿Desdichas aun ahora?

—No sé qué deba juzgar de lo que está pasando por mí.

—¿Os pone en cuidado?

—Sí.

—¿Os pesa?....

—Antes vivia tranquilo.....

—Creo que habeis dicho que estábais enamorado.....¿son felices esos amores?

—Dejadme que os vea el semblante.

—¿Necesitais verme para contestarme?

—Sí, porque créo que vos sois el hermoso sol que me deslumbra.

—¿Aun oscuras?....

—Es que su amor ilumina mi alma.

—Creo, señor Juan Rodriguez, que os enamorais de todas: ¿cómo podeis amarme si no me conoceis?

—Mi corazon me dice.....

—Vuestro corazon no os dice nada.

—Os engañais, late como respondiendó á la proximidad del objeto amado; arde en mí alma un fuego misterioso, que solo he sentido á la vista de esa belleza tentadora, de vuestra belleza, porque estoy seguro de que vos sois.....

—¿Mi nombre, pues! exclamó un tanto alterada la dama.

—No le sé, señora.

—¿Cómo no le sabeis y me conoceis?

—Os he visto muchas veces en el terrado del alcázar.

—¿Recordais mis señas?

—Sí, perfectamente; sois rubia como el oro, blanca como las azucenas, ojos de cielo.....»

Juan Rodriguez sabia que existian en el alcázar cuatro ó seis damas, que en las señas generales convenian con las de la reina, y contestó con seguridad; sino era doña Juana de Portugal, lo que parecia increíble, era muy fácil que fuera una de ellas; solo

habia tres que no convenian con ellas; doña Mencía de Padilla, doña Guiomar do Sousa Coutiño, y la marquesa de Moya, que servia á la infanta doña Isabel: Juan Rodriguez estaba seguro que no era ninguna de ellas.

«¿Y mi nombre, caballero, y mi nombre?»

—No le sé.

—¿Cómo no le sabeis?

—Frecuento poco el alcázar.

—Pero os paseais mucho por el terrero.»

El terrero era un reducido paseo, irregular y plantado de árboles que se estendia debajo de la fachada principal del alcázar.

«Vos sois la causa.»

—¿Y estando enamorado de mí, como decis, no habeis preguntado mi nombre?

—En amores, señora, el mas profundo es el mas discreto.

—Os juro que si llego á convencerme de esa discrecion, de ese silencio, me conoceréis.

—¿Pero estais necesitada de secreto?

—Sí.

—¿No sois libre?

—No es que no sea libre; libre como el aire soy.... jamás hasta ahora he amado..... no hay un hombre que pueda decir: sus labios se han unido á mis labios.

—¡No es la reina! pensó desalentado Juan Rodriguez, porque habia tal verdad en el acento de la dama que no se podia dudar de sus palabras.

—¿Os pesa que sea libre? exclamó con un dulcísimo acento la dama.

—¡Pesarme, señora! no: pero yo habia creído que érais casada.

—¡Jesus mil veces! ¡casada! ¿y con quién?

—¡Con quién! exclamó lúgubrementes el aragonés..... no he querido saber nada que atañese á vos..... he temido que mi amor se adivinase, que por acaso os perjudicase la indiscrecion ó la malicia de un tercero, y he guardado dentro de mí ese amor

durante un año, año cruel de penas, de dolores, de desesperacion, de celos.

— ¡De celos!

— Sí, celos rabiosos, porque se estrellaban contra un imposible; celos desesperados; celos que no podian satisfacerse esterminandó á un rival.

— ¡Cómo! ¿ese rival os causaba espanto?

— ¡Espanto! ¡espanto tratándose de vos! ¡oh! si os hubiera amado el rey, le hubiera muerto.... antes que todo, mi amor.... pero me era imposible satisfacer mis celos contra ese rival, porque....

— ¿Por qué? exclamó ocultando mal su ansiedad la dama.

— Porque no le conozco, porque no sé si existe, dijo cambiando de entonacion Juan Rodriguez: con mis celos, unos verdaderos celos, porque son infundados; si no lo fueran, serian evidencias.

— ¿Y tanto amor ha podido reprimirse durante un año?

— Os he encontrado indiferente siempre.

— ¿Os obstinais en que me conocéis?

— Sí.

— ¿Y en que me amáis?

— Sí.

— ¿Sabeis de seguro.... ó por mejor decir, podreis señalar á la persona que amais?

— Indudablemente.

— Pues bien, entonces no soy yo esa persona.

— Sois demasiado desconfiada; os recatais de mí sin motivo.

— Sé que jamás habeis reparado en mí.

— Respeto, señora, las razones que podais tener para recataros de tal modo de mí, pero dejadme una esperanza....

— ¡Esperanza! os doy seguridades.... ya os he dicho que os amo.

— ¿Y á qué entonces este misterio?

— Cuando vos me amais, cuando yo esté segura de que ese amor es tal, que confundiéndose con el vuestro, os obligue á no lastimarme el corazon por no lastimaros, me conocereis.

—¿Es decir que necesitais hacerlos amar?

—Sí, amar á oscuras, no dejándoos ver mas que mi alma; cuando me ameis por ella, cuando yo os crea digno de que os la entregue, vereis mi rostro, que no es tan feo, si no miente mi espejo, que os haga arrepentiros.

—¡Ah! señora, estoy seguro de que sois una divinidad.

—Pero una divinidad sujeta á miserias y dificultades de la vida: ved, me siento feliz á vuestro lado, y sin embargo me veo obligada á separarme de vos.

—¿Tan pronto! aun no son las cuatro.

—No me obligueis, caballero, á que falte á mis obligaciones: la reina con la ausencia de su alteza, está inquieta, desvelada.... muchas veces despierta de noche....

—¿La desvela la ausencia del rey!

—¿Y que os estraña? le ama.

—¡Es imposible!

—¡Imposible! ¿y por qué?

—¿Qué puede encontrar la reina en ese hombre? un esposo que la ultraja posponiéndola á una aventurera, á esa doña Guiomar do Sousa, á esa especie de vaca portuguesa.

—La reina, tenedlo presente, caballero, es muger, y como tal ama lo difícil; acaso (segun yo creo) no hubiera amado al rey, si este se le hubiera mostrado enamorado.... le halló perdido de amores por otra, y se empeñó su orgullo de muger; pretendiendo vencer á otra, se venció á sí misma, y como es hermosa y discreta, pudo tanto, que al fin logró convertir á su amor al rey, que ahora mismo está mas enamorado de ella, que ella de él, aunque os afirmo que lo está mucho.

—Lo que no impide que el rey al salir á caza se haga preceder por doña Guiomar, para poder entregarse sin reserva á los placeres de su manceba.

—El rey no ha podido dominar aun los vicios de su juventud.

—¿Y la reina puede amar á un hombre que tiene vicios?

—Sí esos vicios no la hubieran ofendido; si no hubiese tenido necesidad de apartarle de ellos, no le hubiera amado, os lo repito.

—¿Sabeis, señora, que vuestras palabras hacen sospechar mucho de la clase de lazos que puedan existir entre vos y su alteza.

—Su alteza es mi amiga.

—¿Y habeis correspondido á sus confianzas diciéndola que me amais?

—A veces las mugeres nos hallamos en situaciones tales, que quisiéramos ignorar nuestros propios secretos.

—Creo, señora, que con el misterio de que os rodeais acabareis por volverme loco.

—Asi os quiero ver.

—¿Y decis que me amais?

—Por lo mismo quiero veros loco de amor.

—Si eso quereis, ya lo habeis conseguido.

—No, no; lo estais por otra.

—Por un semblante que no tiene miradas para mí, por una muger que es de otro, y cuya alma he soñado semejante á la vuestra.

—¡Cómo! ¿os enamora mi alma? ¿y qué podeis juzgar de ella?

—¡Ah, señora! vuestras palabras, vuestro dulce acento, no pueden salir sino de un alma noble y apasionada: y luego habeis sabido imponerme respeto, porque emana de vos de una manera inesplicable una pureza inmaculada..... seais quien querais, la muger que yo deseó, la que conozco, ú otra, os amo ya por vos misma; mi corazon me arrastra hácia vos: me importa poco que seais noble ó no, rica ó pobre; el amor no conoce gerarquías: decidme, consiento en ser vuestro esposo y.....

—No soñeis, Juan Rodriguez; no seré jamás vuestra esposa, pues podré llegar á ser vuestra amante.

—¡Ah! exclamó Juan Rodriguez como si hubiese recibido un rayo de luz; jamás habeis amado, jamás habeis concedido á un hombre vuestros encantos, y no podeis ser mi esposa..... vos sois.....

—Yo soy una muger que quiere que se la respete, que se la crea, que se la ame sin condiciones..... si os obstinais en ar-

rancarme mi secreto, si, lo que no espero, pretendéis reconocer entre las mujeres de la casa real, por la voz, por un indicio cualquiera quién soy yo, os juro no volver á citaros, no volver á hablaros mas. Si aceptais esta condicion....

—¡Qué muger si se conoce amada no es tirana!

—Pues bien, dejad si os place esta tiranía; el encontraros rebelde á ella, será parte para curarme el amor que me inspirais, y olvidándolo lograria ser feliz.

—¿Y si mi amor fuese tal que os satisficiese?

—¡Oh! entonces seria bienaventurada.

—Disponed pues, señora, de mí á vuestro antojo.

—Pues bien, empiezo mandándoos que os volvais á vuestra casa.

—¿Y cuándo, señora, lograré otra vez?

—Dentro de tres dias.....

—¡Tres dias! ¡esperar tres dias!

—Solo de tres en tres dias me es posible entrar en la cámara de la reina y tomarla las llaves del postigo.

—¡Ah! dijo para sí el aragonés: ¡de tres en tres dias! ¡un turno de servicio! ¡si es una dama, yo la conoceré!

—¿No teneis nada que decirme? le preguntó la dama notando su silencio.

—La nueva de que mi amor ha de esperar tres dias, me trastorna, señora.

—Ello es, pues, preciso. Adios, señor Juan Rodriguez. Tened presente: dentro de tres dias, á las tres de la mañana. Venid siempre solo, y sed discreto. Adios.»

La dama se levantó y subió algunos peldaños de la escalera; Juan Rodriguez recogió su capa y pretendió seguirla.

«Ved lo que haceis, caballero, le dijo ella; á mas de que debeis respetarme como á dama, debeis suponer que estoy dispuesta á hacerme respetar.

—Perdonad, señora; no era mi ánimo seguiros; ¿pero cómo saldré si no abris el postigo?

—Id á él; salid, salid y alejaos; no os cuideis de lo demás.»

La dama siguió subiendo las escaleras.

«Que os guarde Dios, señora! hasta dentro de tres dias.»
 La dama no contestó: Juan Rodriguez buscó á tientas el postigo, describió el cerrojo, salió y esperó un momento: sonó otra vez el cerrojo y una llave en la cerradura, lo que demostraba que habia al menos otra persona iniciada en aquel secreto.

El aragonés llegó á su casa enteramente desorientado acerca de quién podía ser aquella dama, y se acostó con fiebre. Sus sueños fueron verdaderos sueños de enamorado, sueños delirantes, en que su amor se sublimaba hasta un límite maravilloso. Pasó en fin una de esas noches de enamorado, en que tortura el insomnio, en que se desea que amanezca para arrojarse del lecho y refrescar la frente escandecida, con las brisas de la mañana.

Juan Rodriguez, pues, se levantó al amanecer, y de una manera involuntaria se trasladó al terreno situado delante del alcázar. Al llegar allí, por mas que fuese ensimismado y triste, no pudo menos de reparar en que los escuadrones de la guarda morisca, con estandartes tendidos, estaban formados delante del alcázar, y en que Hernando de Carrillo, armado de todas armas, hacia pasar su caballo por entre las filas, hablaba con sus alféreces y sus cabos, y á veces con sus soldados, y se volvia despues á un punto fijo.

Poco despues apareció por el punto adonde miraba Carrillo otro escuadron, en medio del cual ondeaba el pendon de Villena. A su frente venian dos caballeros con arneses blancos, verdaderos arneses de combate. Estos dos caballeros eran don Pedro Giron y don Juan Pacheco. Cuando Hernando de Carrillo les vió, les salió al encuentro, habló rápidamente con ellos, y se volvió á sus soldados. Poco despues los dos escuadrones desfilaron por delante del alcázar y se perdieron entre las calles.

Juan Rodriguez se volvió á su casa y encontró en ella una carta del arcediano en que le contestaba á la suya.

Aquella carta decia:

«La dama que ha estado esta noche de servicio en la cámara

«de su alteza, es doña Violante de Silva. Acabo de ver á la
 «reina y tiene señales de haber pasado una noche muy tranqui-
 «la. Os habeis engañado decididamente, amigo mio. Por lo de-
 «mas, os voy á dar una nueva: el marqués de Villena y el
 «maestre de Calatrava han salido esta mañana á la caza del ve-
 «nado con cuatrocientas lanzas de guerra.»

El aragonés llegó á su casa anteriormente desorientado acerca de quién podía ser aquella dama, y se acordó con Isidro. Sus sueños fueron verdaderos sueños de enamorados, sueños delirantes, en que su amor se suplía hasta en tanto maravilloso. Pasó en la una de esas noches de enamorados, en que tortura al insomnio, en que se desata para arrojarse para arrojarse del lecho y refrescar la frente escaldada, con las brisas de la mañana.

Juan Rodríguez, pues, se levantó al amanecer, y de una manera involuntaria se trasladó al terreno situado delante del altar. Al llegar allí se puso mas que impresionado y triste, no pudo menos de repetir en que los escuderos de la guarda montesa, con estandartes tendidos, estaban formados delante del altar, y en que Hernando de Carrillo, armado de todas armas, había pasado su caballo por entre las filas, hablado con sus alféreces y sus cabos, y á veces con sus soldados, y así volvió

después á un punto fijo en un momento en que se volvió á él.

Poco después apareció por el punto abando mirado Carrillo otro escudero, un mozo del cual olvidaba el pordon de Villena. A su frente venían dos escuderos con arneses blancos, vestidos de blanco, con arneses de combate. Estos dos escuderos, con los dos escuderos y don Juan Pacheco. Carrillo Hernando de Carrillo los vio, les salió al encuentro, habló rápidamente con ellos, y volvió á sus soldados. Poco después los dos escuderos desfilaban por delante del altar, y se perdieron entre las calles, volviendo á su casa, y encontró en ella una carta del gaciano en que lo contestaba á la suya.

Aquella carta decía:

«La dama que me estado esta noche de escribir en la mañana

CAPITULO V.

De cómo hicieron su caza el marqués de Villena y el maestre de Calatrava.

Eran las primeras horas de la mañana, y el sol brillaba sobre las encinas del bosque del Abrojo con esa primera luz tan dorada, tan pura, tan diáfana, con que se levanta sobre los horizontes. Emanaba de la tierra enriquecida por la primavera un perfume suave, y se escuchaba esa indescribible armonía que no es otra cosa que el conjunto del leve rumor del vienteillo en las frondas, el murmurar de los arroyos, el cantar de las aves, y los lejanos rumores que parecen ser el hálito de la tierra que despierta bajo la luz de la alborada.

Esto, de que apenas pueden juzgar los habitantes de las grandes ciudades, es magnífico, sublime: acaso el solo espectáculo de estas grandezas contribuya á sostener la fé ciega de esos seres que pasan su vida entregados á duras fatigas, y que apenas ven las poblaciones, del mismo modo que nosotros apenas vemos el campo.

Era pues una risueña mañana de primavera, y el bosque del Abrojo estaba resplandeciente y más animado que de ordinario, puesto que resonaban en él por todas partes cornetas de caza. Cruzaban por las sendas estraños monteros, puesto que iban á caballo armados de todas armas y con mas visos de exploradores que de gente de montería: á seguir á uno de aquellos hombres desde los linderos del bosque que miraban á Valladolid, se le hubiera visto llegar á un atalaya, hablar con él algu-

nas palabras y ocupar su puesto mientras partía con la misma premura á cumplir igual comision con otro mas internado: asi de hombre en hombre y de puesto en puesto llegaba al postrero á un claro, en el centro del cual habia unas ruinas y junto á ellas un bizarro escuadron tendido en batalla y apercebido.

De tiempo en tiempo un jóven caballero se asomaba á una de las ventanas de las ruinas armado de todas armas, y con la cabeza, sin duda por aliviarla del peso del yelmo, descubierta. Aquel hombre muy jóven, apenas de veintiun años, era el alto y poderoso señor, favorito del rey, don Beltran de la Cueva.

Habia variado enteramente; no era ya el mozo imberbe, dominado por la pobreza, fatigado por sus sueños de ambicion, y perdido en los principios de una senda por la que no sabia adonde iria á parar, sino un hermoso y magnífico señor, cuya juventud estaba nutrida, por decirlo asi, con un aspecto de gravedad de pensamiento y de fuerza, que imponian respeto. Parecia uno de esos hombres en los cuales la juventud se estaciona, pero que han debido á los años un gran caudal de experiencia. Doña Mencía habia previsto, al amarle, al hombre en el niño, y Beltran se habia adelantado á sus esperanzas. Por lo mismo la hermosísima dama estaba loca por él; Beltran habia tenido talento bastante para curar sus zelos y corazon para llenar el frenesí de aquella muger que habia guardado para él toda su pureza, todos sus encantos, todo lo bello, todo lo grande de su alma.

Doña Mencía, pues, era la escala de Beltran; por ella ascendia de una manera firme y segura, por ella lo sabia y lo prevenia todo; á ella debia su engrandecimiento y su fortuna, porque doña Mencía era su pensamiento, su luz, la mano que le guiaba, como se lo habia prometido, en el oscuro laberinto de la corte, en el cual, á no ser por ella, se hubiera extraviado.

El jóven se asomaba con una impaciente frecuencia á la ventana, y cada vez que aparecia un ginete desembocando por un sendero, se retiraba de ella y adelantaba hácia una antecámara donde poco despues entraba su yerno don Diego Hurtado de Mendoza, que siempre decia estas solas palabras:

«Es preciso esperar aun, hijo mio; todavía no han aparecido.»

Pero llegó una vez en que el duque del Infantado entró con el rostro resplandeciente de alegría.

«Nuestros atalayas, dijo, han necesitado retirarse á toda rienda para no ser vistos: las banderas de don Juan Pacheco acaban de entrar en los términos del bosque.»

—¿Y el rey?

—El rey en la abadía entre los brazos de esa doña Guiomar; ¡mal fuego amen!... Con tales reyes no estraño que haya vasallos como el arzobispo de Toledo y sus sobrinos: don Enrique es peor, infinitamente peor que su padre don Juan: aquel al menos no tenia la falta de pudor que su hijo. ¿Qué dirá la posteridad de un rey que cuando sabe que está amenazado viene á encerrarse con su manceba en la celda de un abad?

—Bien, sí, padre, contestó Beltran; eso es ya viejo.... el rey no es el rey que nos conviene.... hubiera sido muy á propósito para don Alvaro de Luna... pero para mí que amo lo noble y lo grande, es una carga insoportable. ¿Quién está con las lanzas que le resguardan en la abadía?

—Vasco Vazquez de Balboa.

—Bribon de á folio, del que no me fio; es capaz de vendernos si llega á cruzar con él dos palabras don Juan Pacheco.

—Ese don Juan Pacheco es capaz de dar quince y falta al mas pintado... le conozco bien; es tenaz, valiente, astuto, y sobre todo conoce los hombres y las cosas mejor que vos y que yo. ¿Y qué pensais hacer, hijo mio?

—Escuchad, señor; los dos hermanos vienen á dar un golpe á ciegas, á caer en el lazo que les he tendido trayéndome como á caza al rey: ellos no saben que tras de los monteros con que salí ayer de Valladolid, habian de encontrar las lanzas reales y las lanzas de mi mesnada, que he hecho venir durante la noche de las fortalezas y villas vecinas: para engañarlos mejor están atronando el bosque con sus cornetas algunos de mis monteros desde el amanecer: pero son astutos y creo que no se aventurarán de pronto en el bosque, en el que es muy posible teman

una ratonera: creo que tenemos tiempo bastante para que yo vaya á evitar el que ese Vasco Vazquez de Balboa nos haga una traicion en la abadía: vos entre tanto ordenad la gente y poneos á punto de combate. ¿Qué pensais de esto, señor?

—Pienso que obrais con prudencia y que hareis bien en no retardar vuestra llegada á la abadía.

—¿Vos permaneceréis aquí?

—Con la visera calada y la lanza apercebida delante de mis escuadrones.

—Será muy posible que haya:...

—¿Un combate? ¡Mejor! ¡cien veces mejor! asi encontraré delante de mi ristre al baladron maestre de Calatrava.

—Apretad en ese caso bien los puños, y hacedlos apretar á nuestra gente, porque ese gran maestre es hombre de corazon y de brios y debe de venir bien apercebido.

—¿Como que se ha traído consigo toda la guarda morisca del rey!

—¡Se ha traído toda la guarda morisca! ¡Diablo! creo que no tenemos gente bastante en ese caso: cada uno de esos moros vale por diez castellanos.

—Recordad que no pensábais tal en el consejo, en que fuisteis de opinion que se emprendiera la guerra de Granada.

—A la que iremos, mediante Dios, dentro de poco, padre. Pero aquello es distinto; aunque los moros son valientes, alli entra en batalla la *turba multa*, y nuestros soldados tienen el estímulo de la tala y del saqueo: pero esos demonios de la guarda morisca son gente dura y escogida, y sobre todo acostumbrada á las barbaridades de su capitan Hernando de Carrillo, que aunque es un animal, para esto de ordenar escuadrones y tenerlos siempre dispuestos á batallar, es hombre que lo entiende: ahora mas que nunca es preciso que yo vea al rey. ¡Hola, Chacón! Dadme mi yelmo y llevadme abajo mi lanza, añadió á un escudero que habia llegado á su voz; decid al alférez Pero Tenorio que elija cincuenta hombres de armas de los mas fuertes y tenedme apercebido el caballo.

—¿Qué tiempos! ¡qué tiempos estos! dijo el duque del In-

fantado. Hace ya algunos cientos de años que los reyes no mandan en Castilla, y creo que pasarán otros tantos hasta que los castellanos se vean buena y dignamente mandados.

—Pues mirad: yo creo que este es el último reinado vergonzoso que tiene Castilla.

—¡Quiéralo Dios!

—La reina no tendrá hijos.

—¿Y bien?...

—Reinará un hijo de doña Isabel de Portugal.

—¡Cómo, hijo mio! ¿sois partidario de la reina viuda?—

—Soy partidario de la virtud.

—¡Quién sabe, quién sabe!... pero creia que tendíais mas alto.....»

Miró Beltran alarmado á su suegro.

«Sí, mas alto; creia que pretendíais llegar á ser lo que fue don Alvaro.»

Serenóse el rostro de Beltran.

«Lo que creo mas fácil, tratándose de doña Isabel.»

—Os engañais, está rodeada de clérigos; á mas del obispo de Sigüenza, entra en el alcázar cierto fraile franciscano.

—¿Frai Francisco Gimenez de Cisneros? ¡bah! ese buen baron solo piensa en hacer penitencia.

—Fiaos de ellos: los hombres de iglesia todo lo quieren para sí.

—En ese caso, con encerrarlos y atarlos corto.

—Id, id á ver al rey que es lo que por el momento nos interesa; despues, tiempo tendremos para lo demas.»

Estrecháronse las manos suegro y yerno, y este último bajó, montó á caballo, y seguido de cuatro escuderos, un alférez y treinta lanzas, tomó á bosque atravieso y á buen paso el camino de la abadía.

El bosque tenia un tremendo aspecto militar; de trecho en trecho se veian cuadrillas compuestas de cuatro ginetes que atalayaban cuanto podian descubrir desde su puesto, precedidos por otra atalaya mas avanzada en direccion á Valladolid. El alférez que precedia á Beltran, se veia obligado á detenerse ante

un alto imperativo, cada vez que avistaba una de aquellas cuadrillas, y á rendir una seña, despues de lo cual pasaban.

Así atravesaron de puesto en puesto gran parte del bosque, cuando de repente el alferez se detuvo, miró adelante y volvió riendas. Habia visto entre una enramada un ginete moro, uno de los soldados de la guarda del rey.

«Ya los tenemos encima, señor, dijo llegando á Beltran de la Cueva.

—¿Al maestro?

—Si no al maestro, á sus gentes.

—¿Las habeis visto?

—He divisado uno de sus atalayas.

—Dejadme hacer.»

Beltran picó al caballo, adelantó solo, llegó al sitio desde el cual el alferez habia divisado al atalaya moro, y avanzó hácia él: pero le detuvo un grito estranero; un alto allá lanzado en árabe por el atalaya.

«Avanzad, le gritó medio en árabe, medio en castellano Beltran.»

A aquella intimacion el moro se volvió, lanzó hácia su espalda tres gritos ininteligibles, á los cuales apareció entre la espesura y adelantó á media rienda hácia Beltran un caballero armado de todas armas, ginete en un caballo gualdrapado con mallas; este hombre no traia lanza ni mas armas que una espada desnuda en la mano, y un montante y una maza de hierro al arzon. Sobre la vesta llevaba una cota y en ella bordadas en seda y oro las armas reales.

«¡El capitan Hernando de Carrillo! exclamó Beltran.

—El mismo, dijo el caballero abriéndose las vistas de la celada y dejando ver el rojo y barbado semblante del esposo de doña Mencía.

—¿Qué diablos haceis por aquí? dijo con mal talante Beltran levantándose á su vez la visera y mirandó fosco al capitan.

—Lo mismo que vos, pardiez; vuestra señoría salió ayer de caza con el rey, y como estando ausente su alteza, para nada hacen falta en Valladolid mis escuadrones, mis primos don Juan

Pacheco y don Pedro Giron, han tenido el capricho de convidarme á que acompañe con ellos sus mesnadas, que vienen, según creo, tras una pieza mayor que anda escondida en el Abrojo.

Hernando de Carrillo acompañó estas palabras, ya de suyo harto significativas, levantando los brazos sobre su cabeza como queriendo representar dos astas de venado.

—¿Y no lemeis, señor capitan, encontrar sobre vuestro rastro esa pieza?

—¡Pardiez! vuestra señoría ignora sin duda que yo soy ya viejo en esta clase de cazas.

—Lo que quiero saber, repuso Beltran, es si me dejareis el paso franco.

—Pues mirad, no ha sido ociosa la pregunta, porque.

—¿Por qué?

—Porque mi primo don Pedro Giron me ha encargado que si os encuentro os suplique vayais á verle, ó bien le espereis y él vendrá.

—¿Y qué quiere conmigo el señor maestré de Calatrava?

—Habeis de saber, señor conde de Ledesma, que mi primo me trata de cierta manera franca, que consiste en no decirme jamás las razones de lo que me manda..... yo estoy acostumbrado ya á esto y no me entrometo en disputas, pero le obedezco.

—Paréceme, señor capitan, que os habeis metido en un atolladero de que no os será muy fácil salir.

—Atolladero por atolladero no creo que sea menos hondo el de vuestra señoría que el mio.

Beltran se irritó: el acento de Hernando de Carrillo al darle tratamiento, era frio y burlon, y en sus ojos se leia cierta expresion de ódio mal reprimido á la vista del amante de su muger.

—Os suplico, dijo con una impaciencia mal contenida Beltran, que no me obligueis á adelantar mis lanzas.

—Y bien, por eso no quede; podremos tener ocasion de que se conozcan esos buenos muchachos y los mios, que os aseguro son una brava y alegre gente, siempre dispuesta al ruido y á la algazara. Juzgue vuestra señoría.

Hernando de Carrillo se llevó una pequeña corneta de plata

á los lábios; la hizo sonar tres veces, é inmediatamente se escuchó una voz de mando tras la enramada, luego crugir de armas y pasos de caballos; y apareció en fin un escuadron de sesenta lanzas moras que se arremolinaron feroces alrededor de su capitán.

«Ya veis que mi primo os conoce bien y toma perfectamente sus medidas; es inútil que penseis hacerle un desaire, porque yo que soy tan vuestro amigo como suyo, estoy resuelto á comprometeros buenamente, á que me sigais.»

Beltran midió de una ojeada las fuerzas contrarias, las comparó con las suyas, vió que eran inferiores á aquellas bajo todos conceptos, y que una resistencia, solo daria por resultado provocar una prision irremediable; y por lo tanto dominó su cólera y contestó naturalmente á Carrillo.

«El maestre de Calatrava, tiene en verdad estrañas ocurrencias; pero puesto que se empeña en verme, vamos.»

Dicho esto, hizo una señal á sus lanzas, adelantó, y Hernando de Carrillo le dejó pasar delante saludándole.

«No, no, dijo Beltrán; hacedme la merced de adelantar y servirme de guia: ¿sé yo acaso donde se encuentra vuestro primo?»

«Tengó la honra de ser adalid de vuestra señoría, contestó Carrillo poniendo su caballo al galope delante del de Beltran.»

Las lanzas de este se unieron á las lanzas moras de Carrillo, y así adelantaron hasta otro claro del bosque por el que corria un arroyo, junto al cual habia un molino abandonado. Desde allí se veia la abadía del Abrojo con sus muros almenados, sus torres festonadas de encaje y los altos botareles góticos de sus cúpulas. Desde allí hasta la abadía estaba estendido un numeroso cuerpo de caballería.

«Creo que vamos llegando al señor maestre, dijo Beltran.

«Mi primo espera á vuestra señoría allí, contestó Carrillo.

«Vamos pues.»

Los dos caballeros se dirigieron al molino, llegaron á él, echaron pié á tierra y entraron.

CAPITULO VI.

De lo que resultó de la entrevista entre Beltran de la Cueva y el gran maestre de Calatrava.

Don Pedro Giron, que habia visto llegar al jóven, le salió cortesmente al encuentro. Era siempre su mismo padrino, el hombre que habia aprovechado los consejos de doña Mencía, y doblegaba su carácter tratando al jóven con una distincion y una templanza como no habia tratado á nadie.

«Bien venido seais, señor conde, bien venido, le dijo; á no ser por circunstancias particulares, que no desconocéis sin duda, yo hubiera ido á buscaros. Ya se ve, os vendeis tan caro en la corte, que ha sido necesario que nos veamos en el campo, y como quien dice de gola á gola.

—¿Decís que me vendo caro?..... observó Beltran.

—Jamás os han encontrado ni mis pajes ni mis escuderos en vuestra casa ó en el alcázar. Os habeis hecho invisible para mí.

—¿Sabeis, don Pedro, que me ocupa demasiado el servicio del rey?

—Lo que obliga á vuestros amigos á que os busquen..... á que se muestren con vos demasiado exigentes. Entrad, don Beltran, entrad.»

Y precediendo al jóven, le introdujo en el molino.

—¿Sabeis, le dijo sentándose en un tosco poyo y haciendo sentar al jóven, el estado en que se encuentra Castilla?

—Lo sé.

—¿Recordais cómo vinísteis á nuestras manos?

—Creo que os he pagado cumplidamente lo que os debía.

—Pues yo creo que nos lo debeis todo.....

—Todo, sí, todo, si no hubiera tenido ocasion de pagaros vuestros buenos oficios para conmigo. En un año os habeis rebelado cinco veces contra el rey, y yo.....

—Nos habeis temido.....

—Al contrario, he procurado evitar el objeto de vuestras rebeldías, é inutilizado vuestros planes, comprando á los que os servian, y no combatiéndolos como hubiera podido, y habeis vuelto á la corte al lado del rey á quien he entretenido, que nada ha sabido, y que os ha recibido buena y amigablemente: bien sabeis que he tenido ocasion de prenderos, y una vez presos, poderosos señores, confiscados vuestros bienes.....

—Y degollados..... añadió profundamente el maestro.

—No he llegado á tanto..... me creo con suficiente fuerza de corazon para no tener necesidad de apelar á ese extremo.

—Si no habeis apelado á él, sé demasiado que si os es preciso apelareis á él mañana.

—No habiéndolo hecho hasta hoy, aunque he podido, creo haberos pagado cumplidamente.....

—Nada nos habeis pagado: la deuda que habeis contraído con nosotros, es de aquellas que jamás pueden pagarse..... porque el poder que teneis nos lo debeis..... acordaos..... os dije..... os necesito, porque entonces pensábamos de otro modo y os necesitábamos..... servidnos y vos sereis el primero despues de nosotros y antes que el rey..... os pusimos en posicion de ser, y vos subísteis, y antes de tiempo os habeis creído bastante para libertaros de nuestra tutela y darnos un golpe..... no sabiais que hemos luchado con otros mas fuertes que vos y los hemos vencido..... por una, dos, tres, cinco veces, habeis tenido oro bastante y favor con el rey para comprar con rentas de por vida y mercedes de títulos y señoríos á los que nos servian, y desbaratar nuestros proyectos, en lo que os habeis hecho mucho daño, porque siempre contábamos con vos. Esta es la sesta vez que nos alzamos, y por cierto, aleccionados con la esperiencia,

perfectamente convencidos de que vos, que todo nos lo debéis, creiais habernos pagado suficientemente para hacer una de las vuestras aconsejado por la ambicion: todo lo hemos previsto y os tenemos: vos estais preso aquí, y el rey lo está en la abadía del Abrojo.

—¡Preso! exclamó con cólera Beltran.

—Si os asomais á esa ventana, podreis ver que estais rodeado de ginetes, de hombres que obedecen nuestra voz, que os acribillarán á lanzadas ú os arrancarán la espada; á nuestra eleccion.... contad ademas con que el buen Hernando de Carrillo que nos sirve, sabe, no sé por donde, que vos y no el rey, sois el amante de su esposa y el padre de su hijo.... El buen Hernando de Carrillo se alegraría altamente, porque es hombre poco sufrido, de que os entregásemos en sus manos.

—Esto, don Pedró, no pasa de ser una traicion.

—Esto es una lucha. Vos espiais nuestros pasos y nosotros lo sabemos, y os dejamos que conozcais nuestros pensamientos: necesitábamos prender al rey, y vos pensasteis que saliéndoos al campo, con pretexto de caza, con fuerzas superiores á las nuestras, os seria fácil darnos una batalla á las puertas de la corte, vencernos, aprisionarnos, entrar con nosotros cargados de cadenas en Valladolid, lo que os hubiera dado un gran prestigio, y mandar ya como único y absoluto señor de Castilla. Pero habiais olvidado que vuestra repentina elevacion os ha hecho muchos y poderosos enemigos, y sobre todo que sois un conspirador nuevo, sobre el que tenemos una gran ventaja de experiencia, nosotros que estamos conspirando desde hace veinte años y que hemos echado ya á tierra dos favoritos. Ved con cuánta facilidad os hemos tendido un lazo en el que habeis caido.

—Creo pues que ha sido y es enteramente inútil nuestra entrevista; era mas pronto y menos enfadoso haberme atacado y haberme vencido franca y lealmente.

—¿Y no os considerais vencido?

—Me considero cautivo por traicion.

—Vuestro orgullo os hace pronunciar palabras demasiado duras, y sobre todo vacías de sentido; ¿me sabreis decir qué se

entiende hoy por traicion? cuando un reino arde en la guerra civil; cuando esa guerra civil es una maraña de ambiciones, no hay traidores, sino enemigos..... y entendedlo bien, ni aun enemigos vuestros somos: ni os tememos, ni os despreciamos; por el contrario, admiramos en vos esa fuerza de carácter, ese valor, esa audacia, que hace de vos un hombre, cuando por vuestra edad aun sois un niño. Creedme, don Beltran; si hubiéramos sabido que tan pronto habiais de tender las alas, os hubiéramos dejado imposibilitado por la pobreza de vuestro viejo nido; pero ya que os hemos sacado de él, ya que os hemos dado ocasion para que os remonteis, sentimos el que la ceguedad de vuestra ambicion sea tal, que no comprendais que unido á nosotros podeis ser mucho, y separado, obrando por vos mismo, nada.

—De modo que me llamis.....

—Para proponeros una alianza antes de dictaros condiciones.

—¿Y en qué consiste esa alianza?

—Ayudadnos á que pongamos en el trono al infante don Alonso.

—¡Una traicion al rey!

—Poner en el trono al infante, significa que le hagamos jurar príncipe heredero.

—¡Os habeis vendido á la reina viuda!

—Vemos que el rey es impotente; vemos que la reina jamás tendrá hijos, que Navarra acecha, y queremos adelantarnos.

—Puede suceder que mañana haya sucesion legítima.

—Podrá suceder que vos deis un rey á Castilla, como habeis dado un hijo á Hernando de Carrillo.

—En otro tiempo no pensabais del mismo modo.

—Creo que vos habeis pensado demasiado en los amores de la reina, que marchais á ese objeto, que esperais, y que contais ya como cosa propia el poder real.»

Beltran palideció sombríamente; el maestre adivinó que aquella conmocion, nacida al nombre de la reina, representaba un amor contrariado, un amor celoso.

«Y decidme, añadió; ¿cómo anda en sus asuntos vuestro buen enemigo Juan Rodriguez del Padron?

—Decis, don Pedro, que os debo el haber salido de mi humilde albergue, y á tal punto han llegado las cosas, que me veo obligado á no tomaros en cuenta sino para irritarme, lo que habeis hecho por mí, pensando utilizarme.

—¿Tan enamorado estais?

—Os suplico, señor maestro, que concluyamos.

—¿Os negais á ser nuestro amigo?

—Os separais de mi camino de un modo tal, que no puedo serlo.

—¿Preferis ser nuestro prisionero?

—Prefiero la muerte.

—Pues en ese caso hemos llegado á las condiciones.»

Alzó Beltran de la Cueva la cabeza con un orgullo bravío á estas palabras.

«Esta ha sido una conspiracion en forma, caballero, dijo el maestro, en que todo se ha previsto: vuestros proyectos, vuestra resistencia, vuestro orgullo. Vos, en vez de entrar entre nosotros y al lado del rey, sin espada, en Valladolid, cosa que os contrariaria mucho, preferireis el que esto se quede entre nosotros, y el que en vez de entrar preso en la corte, partais con el rey al frente de un ejército á la frontera de Granada. Esto, que es un destierro dispuesto por nosotros, pasará para con el rey y para con Castilla por una hazaña.

—¿Os estorbo, y os deshaceis de mí?

—Para cubriros de gloria.

—¿Y con qué pretesto?...

—El rey Ismail, de acuerdo con nosotros, porque llevamos la intriga hasta fuera del reino, ha roto la tregua y enviado embajadores para retar al rey, embajadores que están sujetos á nuestras manos, existentes ahora mismo en una de las alquerías inmediatas. El rey se ha entrometido demasiado en las cosas de Navarra, ha intervenido en los asuntos de don Carlos de Viana y del rey don Juan su padre, y tambien tenemos al alcance de la mano al embajador de Navarra. No queremos imposibilitaros, don Beltran, os queremos nuevo y resplandeciente, porque lle-

gará un dia en que, desengañado, conozcais que las gentes de quienes os servis valen muy poco, y en que buscando amigos os unais á nosotros. Por esa razon no os odiamos, amigo mio; simplemente os contenemos, y como nos habeis puesto en un caso extremo, nos vemos obligados á daros á elegir, ó entre que nos entregéis vuestra espada, ó partais para las fronteras de Granada en el término de tres dias.

—Esto es arrojarne un guante que yo recojo, don Pedro.

—Recogedle en buen hora; ¿pero qué elegis de esos dos caminos que se os conceden?

—La guerra de Granada.

—Empeñadme vuestra palabra de caballero de que no faltareis á vuestra promesa.

—La empeño: pero una vez talada la Vega de Granada y tomadas algunas villas....

—Volved, volved, en hora buena; no queremos teneros siempre allá. Un aprendizaje de campaña os servirá de mucho. Solo os falta experiencia: llevaos con vos á todos esos hidalgos que bravean en el alcázar, y ved si saben ser valientes en el campo. Y cuando hayais probado que no son mas que unos miserables que mienten, cuando os hayais visto cobardemente abandonado en el peligro, entonces volveréis á nosotros como el hijo pródigo, porque solo en nosotros y en nuestros amigos podreis encontrar lealtad y valor. Ahora, salgamos, componed vuestro semblante y vuestra presencia; salgamos como amigos delante de toda esa gente que nada sabe; es la primera jornada de la comedia; comedia que os juro será magnífica.

Y asiendo á Beltran de la mano, salió con él, le acompañó hasta su caballo, le hizo servir por sus escuderos y le dejó partir saludándole afectuosamente delante de sus escuadrones, salido al que, doblegándose á las circunstancias, contestó Beltran de la manera mas amistosa.

Pero no porque encubriese en su alma la rabiá que sentia y estuviese casi enteramente dominado por ella, dejó de reparar, al rápido galope de su caballo, en lo fuerte y numeroso de los

escuadrones de que disponia el maestro de Calatrava; comprendió que en el juego que habia empeñado con él, habia sido previsto y ganado por la mano, aplazó para mas adelante su desagravio, inclinó la cabeza sobre el pecho, y seguido de sus ginetes llegó en poco espacio á la abadía del Abrojo, ante la cual se presentó, dió su nombre, hizo bajar el rastrillo y entró.

CAPÍTULO VII

En otra situación. Heirán que poesía el gusto de lo bello, se hubiera detenido á admirar aquel maravilloso conjunto; pero en tonces se limitó á saltar del caballo, sin ayuda de sus escuderos, y á penetrar á gran paso por el gigantesco arco central del pórtico. Del mismo modo pasó por uno de los costados de un magnífico claustro, subió una escalera en que se habia agolado el polvo y forjado por una galería, penetró en una cámara, delata de la cual pasaba un doncel.

Aquella cámara precedida de dos antecámaras y continuada por dormitorios y retretes, era la celda del abad. Su decoración, á aquella cámara precedida de dos antecámaras y continuada por dormitorios y retretes, era la celda del abad. Su decoración, á un pedregoso espacio que no estuviese escuchado, profundizado, estatuas, bisones, traceras, flores, pájaros y animales; no había un, calar y modelar aquel inmenso frontal, con arcos, arabescos, el pensar cuánto tiempo y cuánto oro debió invertirse en alligra-dahera maravilla en el género bórico-bixantino; canchada española El frontispicio de la abadía era una obra admirable, una ver-

puesta en movimiento por el genio admirable de uno de aquellos hombres que no se llamaban arquitectos, pero que sabían escribir con el martillo y el cincel una sublime poesía en una página de piedra.

En otra situación. Heirán que poesía el gusto de lo bello, se hubiera detenido á admirar aquel maravilloso conjunto; pero en tonces se limitó á saltar del caballo, sin ayuda de sus escuderos, y á penetrar á gran paso por el gigantesco arco central del pórtico. Del mismo modo pasó por uno de los costados de un magnífico claustro, subió una escalera en que se habia agolado el polvo y forjado por una galería, penetró en una cámara, delata de la cual pasaba un doncel.

Aquella cámara precedida de dos antecámaras y continuada por dormitorios y retretes, era la celda del abad. Su decoración,

CAPITULO VII.

De cómo Beltran de la Cueva tuvo ocasion de desfogar la cólera de que le habia provisto el gran maestro de Calatrava contra una dama, un embajador moro, y otro embajador cristiano.

El frontispicio de la abadía era una obra admirable, una verdadera maravilla en el género gótico-bizantino; causaba espanto el pensar cuánto tiempo y cuánto oro debió invertirse en afiligranar, calar y modelar aquel inmenso frontal, con arcos, arabescos, estatuas, blasones, tracerías, flores, pájaros y animales; no habia un pequeño espacio que no estuviese escultado, profundizado, puesto en movimiento por el génio admirable de uno de aquellos hombres que no se llamaban arquitectos, pero que sabian escribir con el martillo y el cincel una sublime poesía en una página de piedra.

En otra situacion, Beltran que poseia el gusto de lo bello, se hubiera detenido á admirar aquel maravilloso conjunto; pero entonces se limitó á saltar del caballo, sin ayuda de sus escuderos, y á penetrar á gran paso por el gigantesco arco central del pórtico.

Del mismo modo pasó por uno de los costados de un magnífico claustro, subió una escalera en que se habia agotado el lujo, y torciendo por una galería, penetró en una cámara, delante de la cual paseaba un doncel.

Aquella cámara, precedida de dos antecámaras y continuada por domitorios y retretes, era la celda del abad. Su descripcion, á

ser completa, se haria difusa; de tal manera estaba entapizada, alhajada y henchida de accesorios en que se mezclaban por igual lo monástico, lo guerrero y lo mundano. En aquel momento era el lugar menos edificante del mundo, puesto que existia en él un accesorio que no era de presumir, al menos de una manera des-
embozada, en la celda de un monje benedictino.

Este accesorio consistia en una dama, que reclinada indolentemente en un sillón, delante de un espejo de acero y medio desnuda, entregaba sus cabellos magníficos, brillantes y profusos á algunas doncellas; á su lado, ocupando una mesa y algunos sillones, se veian joyas, perfumes y deslumbrantes ropas de seda y brocado.

A pesar de ser un santuario el tocador de una muger, ni los pajes ni las dueñas se opusieron al paso de Beltran de la Cueva, que adelantó y se apoyó en el respaldo del sillón de la dama.

Aquella dama, que era hermosísima, aunque mas de lo conveniente, robusta, ó hablando en el lenguaje sensual, exageradamente voluptuosa; aquella dama, cuyo seno casi descubierto parecia de marfil, cuyo cuello corto y grueso parecia creado para el deseo, cuya boca roja, entreabierta y húmeda sonreía con delicia, y cuyos ojos negros y chispeantes, fijos en el espejo, se posaban por refraccion en Beltran de la Cueva, llenos de ofertas y de passion, conmovieron al jóven; pero no de amor, sino de cólera. Veia en ella un poder bastardo, interpuesto á él y al rey, un vicio viviente que subyugaba el carácter débil y vicioso del rey; una muger ambiciosa y miserable, verdadera meretriz de corte, que fingia al rey una passion repugnante por ambicion, y que sentia en su alma impura la necesidad de un amor espontáneo que la indemnizase del sacrificio de su voluntad, inmolado en las aras de la sensualidad de Enrique IV.

Aquella muger era doña Guiomar do Sousa Coutiño, una de las hechuras de don Juan Pacheco, que empleaba en su servicio toda su astucia femenina, todo el prestigio que lo abultado de sus encantos le daba sobre el rey.

Beltran de la Cueva, á pesar de que odiaba á doña Guiomar, se habia visto obligado á contemporizar con ella; mas que esto,

á adularla, á tratarla con distincion y aun algunas veces con galantería, porque sabia demasiado que el rey era mas de sus placeres que de su vanidad. Doña Guiomar servia como una esclava los primeros, Beltran de la Cueva sostenia la segunda y era el número dos, el obligado á ceder y á tener siempre su imaginacion en actividad para ceder sin mengua. Beltran, al venderse á su ambicion, se habia vendido sin saberlo al diablo; y decimos sin saberlo, porque él, alentado por la fuerza de su imaginacion, fascinado por sueños de grandeza, habia creido bastante lo noble y lo altivo de su alma para dominar á toda aquella turba de palaciegos imbéciles y miserables que rodeaban al rey. Pero la esperiencia, que es la mano negra y despiadada que no se ocupa en otra cosa que en tocar ilusiones y marchitarlas, dejando en el lugar que ocupa cada una de ellas un vacío doloroso, le demostró que en una corte en que dominan la inmoralidad y la corrupcion, que es su consecuencia, los pensamientos nobles y generosos no sirven sino para poner en ridículo á quien los concibe.

Al descubrir esta verdad, no quedaron á Beltran de la Cueva mas que dos caminos que elegir: retirarse de los negocios y volver á su oscuridad, ó enlodarse en la corriente de cieno que para llegar á su ambicion le era necesario vencer.

En cuanto á lo primero, recordaba demasiado su anterior posicion para no estremecerse al pensamiento solo de volver á ella: una repugnancia invencible le rechazaba de aquella horrible barraca de Ubeda, en la cual su padre se veia obligado á comer oveja muerta y á oirse llamar con paciencia el Galgo cojo. En cuanto á lo segundo, le repugnaban las bajezas, la lucha de traicion á traicion y los mil medios indecorosos de que era necesario usar para sostenerse flotando en la superficie del encenagado mar de la corte; era necesario contemporizar con rufianes y rameras ennoblecidos, asociarse á ellos, darles una parte de presa, y sucesivamente sucumbir y tiranizar: tender hoy la mano con la sonrisa en los labios y palabras de amistad en la lengua á los mismos á quienes ayer se aterró, se despreció y se puso casi bajo el filo del verdugo, ó en la rabia del

destierro; no tener ni conciencia, ni dignidad, ni independencia, y dejarse arrastar en fin por esa fuerza fatal que conduce siempre de una accion mala á otra peor en una progression espantosa.

Beltran habia optado por la corte, y hé aquí por qué decimos que se habia vendido al diablo.

El género de vida que se vió obligado á adoptar para sostenerse en aquella posicion y crecer, le puso en contacto con las conexiones del rey y le colocó de una manera irremediable entre su esposa y su manceba. Enrique IV, por un resto de pudor, sostenia en la apariencia un estado de tranquilidad, casi de felicidad con la reina, que esta aceptaba por su parte por dignidad. Doña Guiomar, lastimada por el desden con que la trataba su antigua señora, usaba de su predominio con el rey, y no solo usaba, sino que abusaba de su posicion hasta un límite exagerado, siendo, por decirlo asi, la verdadera reina. Enrique IV, débil é indolente, ya que no tenia fuerzas ni rectitud bastante para dominar sus vicios, no se tomaba el trabajo de prevenir un rompimiento entre aquellos dos poderes, legítimo el uno y bastardo el otro, que él mismo habia puesto en lucha. Beltran de la Cueva era, pues, el punto intermedio. Veiase continuamente obligado á atenuar rudos ataques, conteniendo por una parte á fuerza de sutilezas la justa indignacion de la reina, y por otra á costa de humillantes concesiones las demasías de la manceba. Por mas que esto no transpirase, de que á doña Guiomar no se tuviese en la corte por otra cosa que una camarera, á escepcion de algunos iniciados, y de que el rey y la reina pareciesen la pareja mas amante y mas avenida, esto mismo establecia para Beltran de la Cueva una situacion anómala, difícil, puesto que de su talento, empleado en dominar, contemporizar ó halagar mugeres, pendia el que no se diese un grave escándalo.

Esta situacion le puso en el caso de apreciar en todo su valor el corazon de las dos enemigas: en doña Juana halló un alma apasionada, poética, dulce, entusiasta; una muger nacida para pasar la vida soñando felicidad entre los brazos de un hombre digno de ser amado, ó para ser una mártir, aprisionada con los vín-

culos del matrimonio al lado de un hombre tan repugnante y tan despreciable como Enrique IV. Beltran de la Cueva, que ya estaba predispuesto antes de conocerla por el retrato que le habia entregado el maestre de Calatrava, y por los antiguos proyectos de este, al ver á la reina se enamoró, al conocerla se apasionó, al apasionarse la vendió en silencio su corazon, y al rendirla aquella adoracion muda, contrajo una repugnancia invencible y un aborrecimiento mortal á la muger impura que hacia sufrir á la muger de sus amores.

Desde entonces Beltran de la Cueva sufrió un infierno: se le hizo indiferente doña Mencía de Padilla, é insoportable su pobre esposa Mencía de Mendoza, y á pesar de esto, el agradecimiento le obligó á seguirse mostrando enamorado á la prima, y su deber á fingir amor á su esposa. Y como si ademas de esto, y de la consideracion que por fuerza tributaba á doña Guiomar, no hubiesen bastado para tenerle en un estado de desesperacion insufrible, añadianse las cartas de Blanca, que enamorada de él, abandonada, vendida, se le mostraba como un remordimiento.

Del mismo modo que Beltran, por el continuo trato con la reina y con doña Guiomar, habia adquirido respecto á cada una de ellas los opuestísimos afectos que hemos indicado, aquellas dos mugeres apreciaron á Beltran de distinto modo: la reina, concibió hácia él una amistad desinteresada, pura y distante cuanto podia estarlo del amor, que habia permanecido en ella insensible respecto á Beltran; le trataba con dulzura, para él solo no era altiva, y esto empeoraba cada vez mas el corazon del pobre enamorado. Doña Guiomar, por el contrario, no habia visto sin conmovirse su juvenil y vigorosa hermosura, y lentamente se habia enamorado de él hasta el punto de contraer una de esas pasiones que rayan en locura. Muguer incapaz de conocer un término medio, era grosera, altiva y dura con él delante del rey, é impudente, provocadora, sensual, cuando le encontraba á solas.

El jóven afectaba no conocer el deseo de doña Guiomar, del mismo modo que ocultaba á la reina con la mas profunda reserva

su amor, y esta lucha acabó por secar su corazón y desgarrarle á los veinte años.

Volviendo á nuestra accion, cuando doña Guiomar vió aparecer la figura de Beltran en el espejo, palideció, le lanzó una de sus miradas mas significativas, y despues se volvió de mal talante á su servidumbre.

«Me hareis pasar todo el dia en mi atavío, les dijo... estoy cansada de vosotras... es mucha torpeza... ¿hasta cuándo ha de durar este peinado?»

Las doncellas apresuraron su tarea, y enlazaron las trenzas sobre la cabeza de doña Guiomar; Beltran, en pie y en silencio, esperaba impaciente.

«Idos, dijo doña Guiomar á su servidumbre; acabaré de vestirme sola.»

Las doncellas salieron.

«Porque os tengo á vos, amigo mio, exclamó volviéndose á Beltran; traedme aquella túnica, mi gentil caballero.

—Ved, señora, que estais casi desnuda.

—¡Ah! ¡famosa observacion! ¿y eso os disgusta?

—No sois ni mi amante ni mi esposa.

—¡Que no soy vuestra amante! ¡ah! ¡habeis pensado en ello! pues bien; si para curar vuestros escrúpulos necesitais una autorizacion, sed mi amante, caballero.

—¿Sois vos doña Guiomar quien me dice esas palabras, ó estoy soñando?

—Os lo he dicho cien veces con mis ojos, respondió doña Guiomar, cuyo semblante se nubló, envolviendo en una especie de manteleta, que estaba medio prendida á sus hombros, su seno y sus brazos desnudos; ¿no habeis comprendido que os amo, que estoy loca por vos, que os quiero?

—¡Señora! balbuceó Beltran que veia con terror que se le venia encima una situacion que á duras penas habia evitado otras veces.

—¡Esto no es nuevo para vos, don Beltran! si hubiérais sido un poco mas cortés, no me hubiérais obligado á que trocando los frenos me hubiera sido preciso declararme á vos. ¿Tan repug-

nante os parezco? ¿tan difícil se os hace el engañarme, el fingiros mi amante?

—Vos, señora, sois admirablemente hermosa. Vuestros encantos son tales.....

—¿Que os causan espanto?....

—Sí, me espanta vuestro amor.

—Esplicadme eso, Beltran, explicádmelo porque no lo entiendo bien..... vuestro terror puede ser para mí la mayor de las felicidades ó la mayor de las desgracias.

—Me espanta vuestro amor, porque.....

Beltran de la Cueva inclinó la cabeza, meditó, y la levantó al fin mostrando á doña Guiomar su mirada entumecida por un deseo recóndito. Se encontraba en una de sus situaciones de cómico.

«Acabad, acabad, por Dios, dijo doña Guiomar, cuyo magnífico seno se levantaba y se deprimía por la ansiedad.

—Allí está el rey.

—¡El rey! exclamó doña Guiomar con desprecio; ¿y qué os importa eso?

—¿Ignorais, señora, que soy un servidor leal?

—Y bien: decidme os amo, y envío á paseo á ese miserable: desde que os amé, no desde que os amo, porque eso aconteció desde el momento en que os ví; desde que me es imposible vivir sin vuestro amor, se me ha hecho ese hombre insoportable.

—Y bien, señora, prescindiendo del rey..... vos me hareis faltar á mis sagrados deberes..... abandonaria á mi esposa.

—¡Abandonadla! ¡si! y yo os daré un amor como ningun hombre ha poseido, porque es un amor que devora mis entrañas, y.....

—Que me hará pedazos.

—¿Os espanta por eso mi amor?.... ¿no mentís?

—Digo la verdad, señora.

—¿Qué me amais?

—¡Sí, os amo!

Doña Guiomar cayó sollozando de placer entre los brazos de Beltran; este necesitó de toda la fuerza de su alma para que no

la hiciese estallar la vergüenza de la ficción que se veía obligado á sostener.

Doña Guiomar levantó al fin su cabeza del seno de Beltran. Su semblante que aunque vulgar, era hermosísimo, se había ennoblecido con la espresion de un amor inmenso, provocador; sus ojos resplandecientes, velados por sus pestañas entreabiertas, tenían una fuerza satánica; sus naricés dilatadas parecían aspirar el amor, como el leon hambriento aspira el olor de la presa; la sangre agolpada á sus mejillas parecía iba á brotar sobre ella, y sus labios temblaban convulsos. Doña Guiomar era entonces una bacante.

«¡Vive Dios! exclamó, que tengo demasiada fuerza en el alma..... vuestra mirada de amor no la ha hecho pedazos..... pero salgamos de aquí... aquí no sé hablar.... y necesito decirnos cuanto he sufrido por vos, cuanto gozo ahora..... salgamos de aquí..... me parece que van á escucharnos, y quiero que tú solo oigas mis palabras, adorado mio; dame esa túnica y vamos..... iremos á montería..... ¿no es verdad? ¡Solos! ¡sin ese rey!... escucha: te prometo que desde ahora, se verá obligado á buscar otra manceba....»

—Guardaos bien de hacerlo, señora.

—¡Cómo! ¿me amais, y?...¿dónde habéis estado?

—Me habeis hecho mucho daño... mucho.

—Culpad vuestro silencio...

—Mucho daño, mas que con nuestro amor..... con vuestras intrigas.

—¿Con mis intrigas?....

—Servis á la reina doña Isabel de Portugal.

—¡Ah! olvidais mi amor para pensar en cosas de gobierno.

—Para asegurar nuestro amor, es preciso que yo me asegure....

—¡Cómo! ¿pues qué os sucede?

—¡Estoy preso por don Pedro Giron!

—¡Preso en la cámara del rey!

—Preso por una palabra, á la que no pienso faltar, aunque me haya sido arrancada por violencia.

—¿Y decis que yo?...

—Digo que vos teneis la culpa..... yo debia haber reparado en que se mostraba con vos demasiado cortés ; demasiado afectuoso el obispo de Sigüenza.

—¡Cómo! ¿habeis reparado en que don Pedro Gonzalez de Mendoza?.....

—He reparado tarde ; despues que estoy ligado con un juramento.

—Y bien , sí ; ya sabeis que soy enemiga de la reina ; nadie lo sabe mejor que vos.

—Y por hacer daño á su alteza.

—Pues..... la reina puede tener mañana un amante..... un hijo..... el rey lo desea..... es tan miserable , que por orgullo aceptará un hijo de otro..... yo quiero que la reina.....

—Si apreciáis mi amor , no querreis nada contra esa señora.

—¡Cómo! ¿la amais acaso?

—Aborrezco , ó por mejor decir , soy enemigo de don Pedro Giron.....

—¿No me engaÑais?.....

—Os lo juro..... vos que habeis dado ocasion sirviendo de espía á esos hombres para que me sorprendan..... vos que con vuestro ódio habeis dado lugar á que yo me vea dominado , cautivo..... deshaced lo que habeis hecho ; ayudadme..... engaÑad al obispo de Sigüenza , al rey , al maestré de Calatrava , al marqués de Villena..... procuradme un dia..... ayudadme á que me lo procure : un dia en que yo solo mande en Castilla..... y vos sereis la reina.

—Os ayudaré.

—¿Cuándo nos veremos?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—En el alcázar de Valladolid.

—Sobre todo , ya que habeis venido encerrada en una litera sin que nadie os vea..... ya que todos menos yo..... y alguna persona mas , os creen enferma en vuestro aposento en Valladolid , no cometais imprudencias..... ibais á salir de montería.....

ya se vé, la reina hubiera estallado, hubiera habido un horrible escándalo que acaso hubiera producido un divorcio, y eso es lo que se quiere..... despues os hubieran encerrado en un convento.....

—¡Todo lo sabeis!

—Os engañais; la conducta que ha observado el maestro conmigo, me ha hecho adivinarlo todo..... y saber que me habeis tendido por su consejo un lazo.

—Quería verme sola con vos en campo abierto, acabar de una vez, saber si érais mio ó no... mas engañado ha sido el rey.....

—A poco mas me perdeis, señora.

—Pues bien: si he podido perderos, podré salvaros, y os salvaré.

—Pretestad una enfermedad que obligue al rey á volver á Valladolid.

—La pretestaré.

—No os dejeis ver de nadie.

—Seré invisible.

—Despues que haya marchado el rey, volved á Valladolid como habeis venido.

—Volveré.

—Y esta noche á las doce esperadme.

—¿Os vais?

—Necesito hablar al rey.

—Esperad, esperad un momento; aseguradme otra vez que no me engañais.

—¡Ah! ¡señora! el tiempo os dirá si podeis contar con mi razon.»

Beltran besó ardientemente una mano de doña Guiomar, y luego, levantado en los brazos de esta, la estrechó en los suyos y la besó en la boca.

«Tened presente, amor mio, le dijo doña Guiomar entre su postrer beso, que con el rey está vuestro enemigo don Juan Pacheco.»

Beltran se separó de ella y desapareció tras el tapiz de una puerta inmediata.

«Me engañará?» exclamó doña Guiomar; «no: soy demasiado hermosa, y mi amor debe haberle fascinado! añadió mirándose con orgullo en el espejo. Conozco que ese niño me hará su esclava... pues bien! con tal que me ame!... ¡ah! sí! ¡me amará!»

Inmediatamente llamó á su sérvidumbre, pretestó que se encontraba mala, y se metió en el lecho.

Empezaba á doblgarse al amor de Beltran de la Cueva:

En que el autor prosigue el asunto del anterior respecto á los embajadores moro y cristiano.

CAPITULO VIII.

Aun quedaba que apurar algo en la copa de la amargura, como suele decirse, al orgullo de Beltran de la Cueva. Cuando entró en la cámara del rey, le encontró amigablemente entretenido con el marqués de Villena.

Por mas que quiso el jóven dominar el estado de su espíritu, el astuto noble comprendió que su hermano le habia dado el golpe de gracia, y que la situacion estaba en sus manos.

«Hé aquí, señor, dijo el marqués, á uno de los mas leales servidores de vuestra alteza, que, segun el talante que muestra, confirma cuanto tenia la honra de decirnos: ayudadme, don Beltran; el rey no cree tan inminente el peligro,.... le cree mas lejano, y resiste el acometer las fronteras del reino de Granada.

—Y sin embargo, señor, dijo Beltran de la Cueva, lo que supongo que puede haber dicho á vuestra alteza el señor marqués de Villena, es demasiado cierto por desgracia. Aragon y Granada nos envian su guante: sus embajadores estan ahora mismo en el Abrojo,

—¿Y de qué manera han venido esos hombres, que nada habeis sabido siendó tan astuto, don Beltran?

—Esos hombres han entrado en Castilla protegidos por vasallos rebeldes que aprovechan todas las ocasiones de ponernos en

apuro, señor, dijo Beltran de la Cueva lanzando una rápida mirada al marqués de Villena.

—¿Y quiénes son esos hombres? preguntó secamente don Juan Pacheco.

—¿Quiénes? ¿acaso los Enriquez no tienen deudos y vasallos en Castilla? ¿acaso no alientan á los moros con su influencia? no, señor marqués de Villena, no: esto es una lucha horrible, porque está perdida la fé de la nobleza, porque el trono no tiene fuerza, porque en vez de mandar es mandado. Hágase la voluntad de Dios: en cuanto á mí, al desnudar mi espada de caballero por el rey, me he hecho superior á esas miserias, y sostendré mi lealtad hasta caer sobre el campo de batalla.

—Vuestras palabras son las de un buen vasallo, de la Cueva, dijo el rey; del mismo modo me hablaba el señor marqués de Villena por sí y á nombre de su hermano el señor maestre de Calatrava.... han hecho mas: previendo ó sabiendo lo que dentro de un momento acontecerá, se han traído consigo sus lanzas y han arrancado de Valladolid mi guarda morisca: creo que podemos recibir en un respetable pié de guerra á esos embajadores.

—Así lo creo, señor, dijo Beltran.

—Pero ya sabes que eso no es mas que aparato: quinientos buenos caballos son una respetable guarda para un rey, pero muy poca cosa cuando se trata de romper por una frontera. No tenemos ni un cornado, amigos míos, y recibir á esa gente con fueros seria esponernos á soltar una fanfarronada que no podríamos sostener: nos hallamos en el caso de que nos dicten condiciones.

—¡Dictarnos condiciones! demasiado nos las dictan los de dentro para que las suframos de los de afuera. Nos lanzan á una guerra inútil en que todo se reducirá á que se tomen algunas villas y castillos por entrambas partes, á que se vierta sangre sin provecho para venir á los seis meses á formar un tratado vergonzoso..... Pues bien; lancemos muy lejos la vaina de la espada y tinámonos en sangre hasta la punta de los cabellos: demos una lección á esos jactanciosos, que incitados por vasallós

miserables, se nos vienen con un insolente reto, y la experiencia de un mal lance les acostumbrará á ser mas cautos en lo sucesivo.

—¡Dinero! ¡dinero! ¡dinero! exclamó el rey moviendo la cabeza.

—¡Dinero! el reino no negará á vuestra alteza un servicio de algunos miles de ducados, tratándose del orgullo nacional, del mismo modo que tampoco os sabrá negar armas, hombres y caballos. Y aunque no fuese mas que para morir con honra en la frontera, debemos escuchar, con la cabeza erguida y rechazando sus exigencias, á esos embajadores.

—Embajadores que ya tenemos encima, dijo el marqués de Villena; paréceme que escucho trompas de guerra.

El rey palideció y tembló; era cobarde é irresoluto, y le contrariaba demasiado la escena que presentia.

«Pero esos embajadores han entrado, como quien dice, á la sordina, exclamó el rey, y no nos creemos obligados á recibirlos en donde mejor se les antoje, cuando no tenemos ni reyes de armas, ni farautes, ni heraldos, ni mas que unos cientos de soldados.

—Teneis razon: los reyes de Navarra y Granada parece que faltan á lo establecido, en estos casos, por la costumbre, que se acercan como á traicion, y acaso, acaso la mejor respuesta seria no admitir su embajada, hacerlos prisioneros, encerrarlos en Tordesillas y revolver á sangre y fuego sobre las fronteras enemigas, dijo sutilmente don Juan Pacheco.

—Lo que produciria indudablemente una nueva querella, dijo el rey: no, no tanto.... pero de eso á que yo me preste á servir de juguete á mi caro primo don Juan y á ese rey Ismail de Granada, hay una inmensa distancia.... Por lo tanto, no recibiré yo á esos embajadores, sino vos, don Beltran, para lo cual voy á extenderos un poder bastante y cumplido, por mi propia mano.»

El rey se puso á escribir: lo que habia de verdad en su negativa, no era que ofendiese á su decoro la manera estraña con que sin aviso ni apercibimiento alguno se le echaban encima

y de repente, como por sorpresa, dos declaraciones de guerra, sino que la debilidad de su carácter se espantaba ante todo lo que fuese un acto grave que llevase envuelto en sí una responsabilidad cualquiera, é importándole poco lo que pudiese acontecer, lanzaba el peso de sus hombros para cargarle en los de un vasallo.

«A demasia, demasia, don Beltran, dijo el rey: aqui teneis este pergamino por el que resigno en vos todos mis poderes: elegid entre la paz ó la guerra, como mejor os plazca; en cuanto á mí, creo que se acerca esa gente, y no tengo deseos de verla; los navarros me irritan y los moros me enfurecen... vamos, Pacheco, vamos... dejemos solo á nuestro buen conde de Ledesma; él es jóven, guerrero, y se alegrará infinito de poder tratar á su sabor á ese Mosen Pierres de Peralta y al buen Abul-Husseim... ¿no son esos los nombres de los embajadores? ¿eh! no hay que ponerles tacha, ni por nobles, ni por valientes, ni por salvajes; cada uno de ellos es un oso. Mira, yo te escucho desde alli con Pacheco ¿eh? sí... ¡diablo! vamos allá, marqués... me parece que se mueve el tapiz de aquella puerta.»

Y el rey escapó vergonzosamente hácia una puerta opuesta, tras la cual se perdió: siguióle el marqués de Villena, no sin haber dicho antes á Beltran:

«La guerra, caballero, la guerra á todo trance, sed duro como el hierro y amargo como el ajenjo; es necesario acabar de una vez.»

Beltran de la Cueva palidició de cólera al oír aquel mandato, y se volvió á la puerta donde el rey habia visto moverse el tapiz y en la cual aparecía mudo un maestra sala.

«¿Qué quereis? dijo con mal talante Beltran de la Cueva.

—Perdoné vuestra señoría, pero como su alteza no está en la cámara...

—Estoy yo; lo que, por orden de su alteza, viene á ser lo mismo.

—Pues bien, un moro y un cristiano, que se dicen embajadores de Granada y Aragon, han gritado por medio de sus reyes de armas junto al rastrillo y piden hablar á su alteza.

—Que se franquee el paso á esos caballeros y decidles que entren sin ruido ni aparato, ó de otro modo que se vuelvan.

—Muy bien, señor.

El maestresala desapareció; Beltran quedó paseando con traído y ceñudo por la cámara, haciendo crugir su arnés sobre el pavimento de mármol.

Algunos minutos despues volvió á levantarse el tapiz, y el mismo maestresala gritó:

«Los altos y poderosos señores Mosen Pierres de Peralta, y Abul-Husseim, enviados de los serenísimos reyes de Navarra y Granada.»

Beltran de la Cueva hizo una seña al maestresala; se abrieron de una vez las dos enormes hojas de la puerta, y aparecieron adelantando en una misma línea dos hombres membrudos, atléticos, armados de todas armas y engalanados como si se tratase de entrar en un torneo.

Beltran miró á través de la puerta y vió que estaba desierta la antecámara.

«Adelantad, adelantad, señores; el rey mi amo no os esperaba, en lo que no hay que culparle, puesto que habeis venido á la encubierta, como si se tratase de una sorpresa!...»

Los dos hidalgos hicieron un movimiento.

«Dejadme concluir, señores, continuó Beltran: aunque la manera como os habeis presentado autoriza á su alteza el rey mi señor, para no reconocerlos como embajadores de nobles reyes, sino como aventureros... (segundo movimiento en los provocados) por lo que pueda acontecer, me ha dado poder bastante por esta cédula, escrita de su puño y firmada con su sello, para que os escuche y os conteste en su nombre. ¿Conoceis la firma de su alteza, Mosen Pierres de Peralta, y vos, Abul-Husseim, conoceis su sello real?»

—Por mas que el rey haya creído insultar á mi señor, á quien represento, negándose á escucharle directamente, autorizándoos contra fuero real á vos que no sois mas que un vasallo...

—Pero vasallo que vale tanto como vos, al menos, Mosen Pierres de Peralta, y que representa á su rey, como vos decis

representar al vuestro; vasallo que ha recibido instrucciones, y que no saldrá de ellas lo que monta el grueso de un cabello. Con arreglo á estas instrucciones, me toca deciros que su alteza el rey, mi señor, no os reconóce como enviados de los reyes de Navarra y Granada, y os despide sin escucharos, no prendiéndolos por generosidad, por gracia.

—Paréceme, exclamó el moro con mal talante dirigiéndose, por desprecio, al navarro, y no á Beltran de la Cueva, que en Castilla se tiembla, que se procura evitar.... y que vergonzosamente....

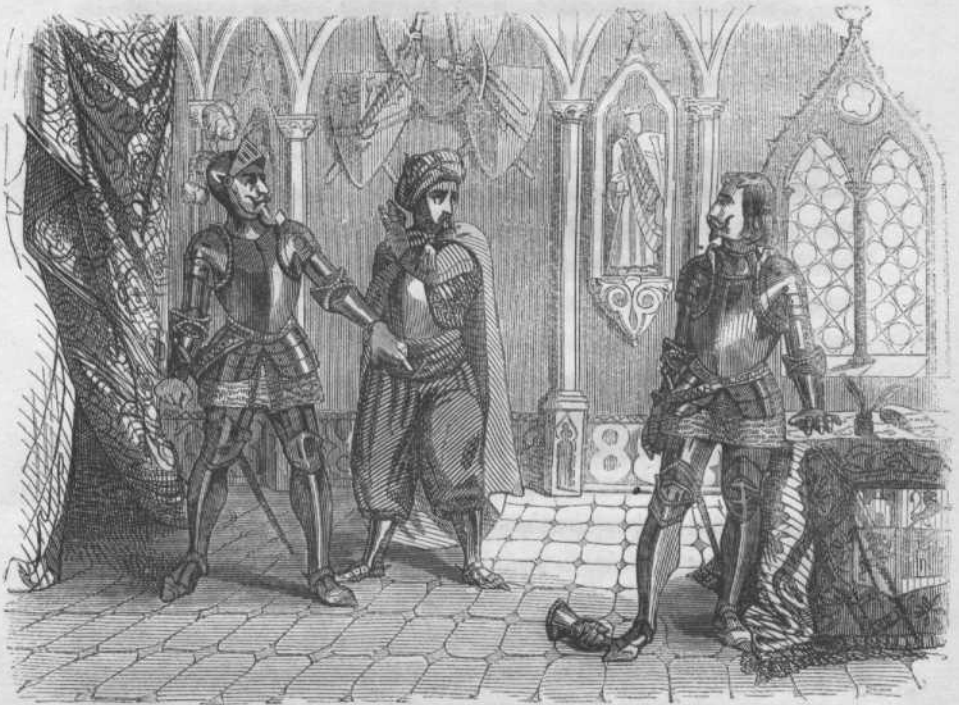
—Mientes tú, perro infiel, gritó Beltran de la Cueva adelantando pálido hácia el moro, y miente Mosen Pierres de Peralta si da asenso á tus palabras.... Castilla no rehusa una guerra con vosotros ni contra el mundo entero, y de ello son clara muestra vuestras fronteras regadas con sangre aun caliente arrancada por las lanzas castellanas. Castilla, gritó colérico, os dará guerra, pues guerra quereis, pero no recibirá retos á traicion.

—Quien de tal modo levanta la voz, exclamó roncamente Mosen Pierres de Peralta, quien de tal modo fuerza los insultos, es muy posible que encuentre el brazo falto del vigor que da á su lengua.

—Como Castilla desprecia á vuestros reinos, os desprecio yo.... pero esto no es de este lugar...., lo que en él me cumple deciros, es que, puesto que no os habeis detenido en la frontera para hacer saber á son de trompeta á nuestro alcaide mas inmediato que entrabais como embajadores en tierra castellana; puesto que, en vez de obrar asi, habeis penetrado encubiertos y habeis permanecido ocultos hasta este momento, como si vinierais encargados de una comision vergonzosa, mi señor os despide por mi boca: os manda que salgais inmediatamente de sus reinos, y os advierte que si os encuentra en ellos en el término de tercero dia, enviará vuestras cabezas á vuestros señores.

—Navarra llegará hasta el rey de Castilla, gritó colérico Mosen Pierres.

—Granada no quedará atrás, exclamó convulso el moro.



¡Mientes tú, perro infiel! gritó Beltran de la Cueva adelantando colérico hacia el moro.

—Y si dais un paso mas, os prendo, caballeros, contestó con firmeza Beltran de la Cueva.

—El rey de Castilla favorece al principe de Viana en la rebeldía contra su padre.....

—Los adelantados de la frontera rompen la tregua..... exclamaron á un mismo tiempo los dos embajadores, que querian á todo trance desembuchar su embajada.

—Castilla, antes de que llegueis á Navarra, Mosen Pierres de Peralta, habrá pasado con diez mil lanzas las fronteras..... y yo mismo, siguiendo á mi señor y á mi noble bandera, pienso pisar antes que vos la Vega de Granada, Abul-Husseim; Castilla no acepta un reto, le lanza; Castilla no os reconoce como embajadores, pero envia sus hombres de armas con un mensaje de guerra en las puntas de las lanzas. En cuanto á mí, señores, soy muy fácil de encontrar; pero si me necesitais para algo, hacedlo pronto, porque no puedo concederos mas tiempo, tratándose de mí, que hasta las puestas del sol de este mismo dia.»

Los dos embajadores se despojaron á un mismo tiempo de sus guantes izquierdos y los arrojaron á los pies de Beltran, que los recogió.

«En buen hora, caballeros, les dijo; informaos hácia qué punto cae el valle del Salto de la Monja, y esperadme en él á las tres de la tarde; no faltaré; ahora, salid.»

Los dos embajadores lanzaron una larga mirada de amenaza á Beltran, y salieron rugiendo de cólera, humillados en su orgullo, contenidos por el indomable carácter de Beltran, y haciéndoles justicia, maravillados en el fondo de su alma, que pudiese unirse á tanta juventud tanta dignidad y tanto valor.

Apenas habian salido los embajadores, cuando don Enrique apareció detrás de la puerta, y adelantó riendo á largas carcajadas.

«¿Os reis, señor? dijo Beltran contrariado.

—Y cómo si me río: era necesario haber sido ciego y no haber visto los gestos que has hecho hacer á esos dos nobilísimos embajadores.

—Pero tened presente, señor, que para sostener las pala-

bras que han causado esos gestos, es necesario levantar el estandarte real; cabalgar al frente de vuestros ginetes, y lanzaros contra esas fronteras con la celeridad del rayo.

—¡Allá, allá tú! mira, una vez que has cometido el disparate de retar á esos dos fanfarrones..... procura salir con ellos tan bien como saliste conmigo de nuestra primera partida de pelota. ¡Diablo de don Beltran! hé ahí un verdadero valiente, Pacheco, en quien un rey puede descansar y..... quedaros con Dios..... yo tambien tengo un plazo..... una cita á la que no pienso faltar.»

Y el rey se encaminó á la estancia de doña Guiomar.
«Sois un hombre de honor y un valiente, don Beltran, le dijo el marqués de Villena cuando quedaron solos; habeis cumplido lo que habeis pactado, y no hay un solo castellano que no se hubiera sentido transportado de orgullo al escucharos delante de esos dos hombres..... habeis logrado entusiasmar al rey..... pero escuchad un consejo..... llevad vuestro arnés mas fuerte y dos caballos..... cada uno de esos hombres es fuerte como un roble..... ¿quereis que os sirva de testigo?»

—Lo acepto, señor marqués.

—Pues bien, id á preveniros..... ¡Cuándo sereis de los nuestros, don Beltran!»

Los dos nobles se separaron, y Beltran de la Cueva entró en su cámara y dijo á su escudero.

«Dispon mi arnés de Vizcaya, dos caballos de combate, dos espadas y dos lanzas. Esta tarde á las tres, es decir, dentro de dos horas, hemos de estar á punto de duelo en el valle del Salto de la Monja.»

Quedóse solo, y murmuró con cólera:

«Gracias á que Dios me envia para desfogar de la traicion de los Pachecos á ese moro y á ese cristiano.»

Dicen las crónicas que Mosen Pierres de Peralta y Abul-Huseim guardaron por mucho tiempo en sus cabezas el recuerdo de aquel encuentro con Beltran de la Cueva.

CAPITULO IX.

En una cámara retirada y silenciosa del alcázar viejo de Valladolid, mas semejante á la modesta habitacion de un hidalgo pobre que á la vivienda de una persona real, habia la noche de aquel mismo dia en que Beltran habia sido juramentado por los Pachecos, un hombre como de treinta años, grave, severo, con traje eclésiástico, ocupado en revolver algunos papeles que leia con interés.

Aquel hombre era don Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Sigüenza, hijo del duque del Infantado don Diego Hurtado de Mendoza, y hermano de doña Mencía de Mendoza, muger de Beltran de la Cueva.

Delante de él, cubierto con su ademan mas hipócrita, estaba nuestro antiguo conocido, el arcediano don Gonzalo de Arévalo, esperando, de la actitud de un inferior, á que le dirigiese la palabra el obispo.

A primera vista se reconocia, comparándolos, la diferencia que existia entre aquellos dos tipos socialmente considerados: el arcediano representaba el clero sensual, ambicioso, desmoralizado y dominador de la edad media, con sus bajas pasiones, su flexibilidad, su aspecto mundano, y su egoismo sin límites: en el obispo de Sigüenza se presentia ya aquel noble clero, que en los tiempos de Isabel la Católica representó dignamente la dulzura, la santidad, la rigidez moral del Evangelio, y la tre-

menda firmeza contra todo lo que no era justo y bueno; este clero, sin embargo, empañó su esplendor bajo una nube de fanatismo monástico, de intolerancia religiosa y de indomable energía, que si bien purificó las costumbres y auxilió al trono robusteciéndole con su invencible poder, produjo la inquisicion, ese feo baldon del trono, que fue débil para sancionarla, y del pueblo, que fue fanático y débil para sufrirla.

En don Gonzalo de Arévalo se veia, pues, al hombre que habia recorrido el camino de la iglesia con el fin mundano de medrar á costa de cualquier medio: en don Pedro Gonzalez de Mendoza al varon piadoso y rígido que habia puesto la planta en aquella senda por vocacion, que consideraba el sacerdocio en toda su santidad, que comprendia cuanto un príncipe de la iglesia estaba obligado á purgar á los puestos bajo su influencia, de las miserias que degradan al hombre haciéndole imposible para la sociedad, que practicaba el Evangelio, y estaba resignado al martirio antes que á la degradacion y á la falta de sus deberes.

Aun en el traje se diferenciaban estos dos hombres; el arcediano seguia ostentando la mezcla, discordante de ropas, que por un lado le hacian fraile y por otro gran señor, llevaba como siempre un manto benedictino; pero bajo él se veia un sayo corto, de brocado, á la francesa; sobre el sayo, y cayendo sobre el pecho, una cadena de caballero; en su gorra un joyel, y en su tablabarte, á mas de su espada, una escarcela ricamente bordada. Además, aquella espada no era una espada de combate, que hubiera sido inútil por su obesidad al buen arcediano, sino un sutil estoque de corte con empuñadura dorada y cincelada, y vaina de terciopelo carmesí, verdadero dige que no se permitian los caballeros de aquel tiempo sino en los saraos y habiendo dejado en las antecámaras un paje de armas con su espada y su daga de combate.

El obispo de Sigüenza iba rígidamente cubierto por un hábito completo benedictino, bajo el cual se veian sus vestiduras episcopales, y tenia cubierta la cabeza con el sombrero simbólico del santo pescador; es cierto que bajo aquel traje eclesiástico llevaba una espada, sobre el pecho un coselete, y que calzaba

espuelas, pero esto en aquellos tiempos de revueltas era una costumbre necesaria, puesto que á veces los eclesiásticos para hacerse respetar necesitaban poner mano á la espada, y que con frecuencia, como señores con jurisdiccion, derecho de justicia, vasallos, mesnada y bandera, se veian obligados á cabalgar junto al estandarte real en un dia de batalla.

Concluyó el obispo de leer las cartas que tenia entre manos, las cerró, las ató con un cordon, las puso bajo su mano, levantó su rostro flaco y pálido por el ascetismo, y fijó sus poderosos y duros ojos negros en el arcediano, que se estremeció, porque presentia una escena desagradable.

«Os he llamado para amonestaros, señor arcediano, le dijo con acento incisivo el obispo.

—Vuestra señoría reverendísima puede estar seguro de que le escucharé con la mas cuidadosa atencion.

—Se me han dado graves quejas de vos.

—Es muy posible que yo, pecador indigno, haya dado motivo.....

—No posible, sino cierto..... habeis tenido en vuestras manos la crianza de dos jóvenes.»

El arcediano se alarmó.

«¿De dos jóvenes, señor?....

—Sí; de don Beltran de la Cueva y de una vuestra sobrina llamada Blanca.

—Es cierto; y lo que es ahora mismo don Beltran de la Cueva, me lo debe, señor, aunque en su ingratitud no lo confiese.

—Os debe una ambicion insensata; os debe una sucesion de bajezas é impurezas que no hubiera practicado si vos no le hubierais acostumbrado á ellas: os debe el ser un hombre sin fé, sin corazon; un hombre que seduce á una pobre jóven y la abandona, que aparta á otra dama de sus deberes de casada, que sorprende á una niña noble y pura, la enamora y se casa con ella, no por amor, sino por tener el arrimo de una poderosa familia. Ese hombre, niño aun, ha cometido mas bajezas en sus pocos años, que vos con los sesenta que contaís, aunque habeis cometido muchas.

—Mirad lo que decís, reverendo señor, exclamó el arcediano, á quien su astucia le aconsejaba la firmeza para salir de un atolladero en que se sentía hundir; si vos sois obispo, yo soy sacerdote; y del lugar que ocupó al que vos ocupáis, no hay más que un paso.

—Aunque vos fuéscis cardenal y yo simple presbítero, don Gonzalo, repuso con severidad, pero sin dureza, el obispo, os amonestaria por el bien de vuestra alma.

El arcediano se desconcertó bajo la serenidad y la calma del obispo.

«A más de eso, la disciplina eclesiástica hace que yo sea vuestro superior; y aunque proteja vuestras intrigas, por lo que le conviene, el cardenal arzobispo de Toledo, canciller de Castilla, don Alonso de Carrillo, aunque medreis con el marqués de Villena y el maestro de Calatrava, y aunque os protejan esa doña Mencía de Padilla y la reina doña Juana, tened en cuenta que, tratándose de los bandos, tengo en mi mano las mesnadas de mi abuelo, de mi padre, de mis tíos, de mis hermanos y las mías: que en defensa de los derechos legítimos que puedan nacer ó hayan nacido, puedo levantar un ejército, y que para hacerlos cumplir con vuestros deberes religiosos, tengo á Roma, al sumo pontífice, del cual puedo hacérmelos escuchar. Para lo primero, esto es, para evitar que un infante bastardo, advenedizo, usurpe sus derechos á los legítimos sucesores en la corona de Castilla, tengo valor bastante para ponerme al frente de ese ejército con la espada desnuda: para lo segundo, esto es, para hacer que Roma os reduzca á una prisión de por vida, me sobra firmeza y conciencia. No, yo no debo permitir, sabiéndolo, que la sagrada orden del sacerdocio se manche por un hombre indigno de ella, y no lo permitiré.»

—¡Ah! ya pensaba yo que vuestra señoría reverendísima no me habria llamado en balde, y después de haberlo meditado mucho, dijo con su acostumbrada audacia el arcediano.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, que como confesor de la reina viuda doña Isabel, que es notablemente hermosa, y muger de gran talento,

habeis tomado demasiado cariño á los infantes don Alonso y doña Isabel.»

Brilló en los ojos del obispo un relámpago tal de indignacion al escuchar las últimas palabras del arcediano, que este palideció, balbuceó, y se mostró visiblemente desconcertado.

«Leed, le dijo el obispo desatando de nuevo sus cartas, eligiendo una, abriéndola y entregándosela: esta carta ha sido escrita á mi hermana doña Mencía de Mendoza, desde el castillo de Martos. Juzgad por ella, señor arcediano.»

Don Gonzalo la tomó y se estremeció aun mas de lo que lo estaba, al reconocer la letra de Blanca.

«Leedla, leedla.»

El arcediano la leyó barbotando sus palabras. Decía así:

«A vos mi noble y buena amiga doña Mencía de Mendoza: recibid mi último adios; vuestra pobre Blanca muere. Van á casarme, y cuando tengo el corazon desgarrado, necesito vengarme del infame que le ha herido. Ya no me vereis mas, porque moriré; pero sino muero, si mi desdicha me lleva alguna vez á la corte, no pronuncieis mi nombre, porque pudiérais comprometerme: Blanca, la sobrina del arcediano don Gonzalo de Arévalo, ha ocupado el lugar de otra muger que ha muerto y lleva su nombre. Pero, es necesario que yo me vengue..... vuestro esposo antes de unirse á vos era mi amante, antes de serlo mio lo era de otra muger, de doña Mencía de Padilla, á quien ha dado un hijo que lleva el nombre de otro. El noble caballero que pasa por mi padre, y á quien he referido mis desgracias, ha hecho seguir los pasos á don Beltran de la Cueva, y lo ha averiguado todo..... todo. Ha tenido valor bastante para revelármelo pensando curarme de su amor, y yo he afectado resignarme..... es mas, he procurado hacer creer que estaba curada y he fingido amor al hombre que debe ser mi esposo. Pero dentro de mi alma hay una horrible sed de venganza, y quiero satisfacerla..... no he vacilado pensando en que sois mi amiga, mi amiga de infancia, en que amais como yo le amo á ese hombre fatal, y en que voy á desgarraros el corazon..... yo le tengo desgarrado y nada me importa lo de-

» mas..... seria capaz de perder mi alma porque el infame supiese
 » que al burlarme se había herido de muerte. Y no es esto todo.
 » Mi padre, esto es, el caballero á quien todos creen mi padre,
 » ha gastado espléndidamente su oro en llegar hasta el fondo de
 » las intrigas de don Beltran. Ese hombre es un miserable. Ob-
 » servad si sonríe y se muestra complaciente con la manceba del
 » rey, doña Beatriz do Sousa Coutiño, y si frecuenta la cámara
 » de la reina. Será muy posible que mañana nazca un infante.
 » Vengadme y vengaos, Mencía; vuestros parientes son pode-
 » rosos y leales; que un hijo de la infamia y del adulterio no
 » robe á la rama legítima sus derechos, para hacer una omnipó-
 » tencia de ese traidor. Observad tambien al arcediano don Gon-
 » zalo de Arévalo, y si quereis saber á fondo lo que yo no puedo
 » deciros, porque escribo á hurtadillas y de noche, y me importa
 » acabar pronto, haced que el arcediano caiga en poder de uno
 » de vuestros parientes. El lo sabe todo, todo; él es la causa de
 » todo, y del mismo modo que ha causado nuestra desgracia, po-
 » drá causar el castigo de ella. Adios, amiga mia; mi cabeza
 » arde, es cerca del amanecer, y necesito reposar, devorar mis
 » lágrimas para presentarme serena, sonriendo, como si fuera
 » muy feliz, á mi prometido que acaba de venir de la corte y á
 » quien hoy debo ser presentada. Adios, y perdonadme si os des-
 » trozo el alma, perdonadme, porque la desesperacion me ha
 » vuelto loca. =Vuestra amiga Blanca.»

» ¡Oh! ¡las mugeres! ¡las mugeres! ¡y siempre las mugeres!
 exclamó el arcediano, á quien la lectura de esta carta había tras-
 tornado, anonadado, y puesto fuera de sí hasta el punto de ha-
 cerle olvidar la prudencia.

— Mirad ahora estas otras cartas: parte son vuestras, parte
 de esa pobre y desdichada Blanca. Todas están dirigidas á don
 Beltran..... Mi hermana, celosa como toda muger que ama, ha
 encontrado medio de robárselas á su esposo. Estas cartas os cul-
 pan, no solo habeis terciado infamemente en amores vergonzos-
 sos, sino que habeis alentado los sueños insensatos de ese hom-
 bre que se atreve á amar á su reina, á la esposa de su señor
 natural.

—Protesto que se me quiere perder, que esta es una intriga miserable, exclamó enteramente atortolado el arcediano.

—Protestad que procurareis, en lo que es posible, reparar el daño que habeis hecho y os creeré mejor. Y oid: conozco el móvil de todas estas miserias..... queréis ser obispo.»

El arcediano abrió, como suele decirse, tanto ojo.

«Pues bien, haced de manera que estas miserias concluyan, sed leal vasallo y buen sacerdote, cuanto habeis sido intrigante y mundano, y acaso.....»

—Vuestra señoría se obstina.....»

El obispo señaló con un dedo inflexible las cartas.

«Ahi están las pruebas, dijo; nada quiero saber, esto repugna á mi carácter; os amonesto únicamente y os aviso: si la reina doña Juana da á luz legítimamente un infante, lo que es dudoso atendida la nulidad del rey, que suceda en buen hora á su padre..... pero si se pretende usurpar esa corona..... si vos ayudais traidoramente una infamia, entonces, tenedlo presente, don Gonzalo, en vez de ser obispo..... sereis ahorcado.....»

—¡Oh Dios mio, señor, y qué palabras tan terribles me obligais á oír!

—Id en paz, y ved lo que haceis.

—¿Quereis que yo aparte á don Beltran de la reina?...

—Ya os he dicho cuanto tenia que deciros, señor arcediano.

—Pero para cumplir yo vuestras amonestaciones, necesitaria.....»

—¿Qué?

—Esa carta de Blanca á vuestra hermana.

—Creo que teneis buena memoria, don Gonzalo, dijo el obispo recogiendo las cartas, atándolas de nuevo y sepultándolas bajo su hábito.

—Vuestra señoría me pone en un verdadero atolladero, del que procuraré salir como pueda, pero en el que será fácil nos perdamos mas y mas.

—¡Que nos perdamos decís!.....»

—La lucha es terrible, señor; os acordais de don Beltran de la Cueva, de mí, de la reina, y os olvidais del marqués de Vi-

llena y del maestre de Calatrava... sin contar con su señoría el arzobispo de Toledo.

—El señor maestre de Calatrava, gritó en aquel momento un paje á la puerta.

—Hélo aquí, exclamó temblando el arcediano.

—Que pase su señoría, contestó el obispo.

—¡ Ah! señor, si ese hombre me vé, dijo todo trémulo don Gonzalo.

— Idos por allí, contestó el obispo señalándole una puerta de servicio. »

Don Gonzalo escapó, pero no tan á tiempo que no fuese visto por el maestre que entraba.

« Paréceme, mi buen señor don Pedro Gonzalez, que mi presencia pone en fuga á un pájaro de mal agüero, dijo adelantando.

— Es el limosnero de la reina, don Pedro Giron, contestó el obispo.

—¿ Y su alteza la reina doña Isabel?

— En su cámara con sus hijos: ¡ digna y noble muger!... es imposible conocerla y no servirla: es la resignacion, la virtud, la fuerza: una mártir real que luchó antes por su esposo y ahora lucha por sus hijos.

— Pero esa lucha me mata, mis buenos amigos, dijo una voz sonora desde una puerta inmediata. »

Volviéronse el obispo y el maestre hácia aquella voz, y vieron adelantar una dama como de veintiocho años, de maravillosa hermosura que traia dos niños de la mano.

Aquella dama era la reina doña Isabel de Portugal; los dos niños de los cuales el uno contaba seis años, y el otro cuatro, eran los infantes don Alonso y doña Isabel, hijos de don Juan el II.

La reina con su blanco vestido de luto, mas pálida que su toca, era aun la altiva belleza que en otro tiempo no habia encontrado rival en Castilla: triste y apenada, mostrando en su semblante las huellas de un inmenso infortunio, hubiera interesado al hombre mas duro aunque no hubiese sido mas que una simple dama: como reina, su infortunio se hacia mas intere-

sante, puesto que abandonada de todos, servida solamente por algunos dignos castellanos, se veia reducida á sufrir en silencio las traiciones, las impurezas y los amaños que hervian en aquella corte corrompida y venal.

El infante don Alonso, de luto tambien, como su hermana, era un hermosísimo niño de cabellos blondos, ojos garzos y mejillas sonrosadas: parecia que una predestinacion fatal habia dado á aquel semblante infantil la espresion de dulce melancolía, y que en su profunda mirada se guardaba reunido todo el valiente fuego que habia existido diseminado en su raza de reyes; pero á pesar de esto, el aislamiento, el abandono, las lágrimas de su madre, habian dado cierta vaguedad dolorosa y tímida á aquella mirada, tan régia siempre y tan noble: el inocente palideció por instinto á la presencia de don Pedro Giron, y se estrechó temblando contra su madre.

La infanta doña Isabel, aunque dos años menor que su hermano, era tambien hermosa, pero con una hermosura espiritual y delicada, blanca como el nácar, rubia como el oro vírgen, exhalando de sí ese fuerte perfume de pureza que hace comparables á los niños con las flores nacientes; doña Isabel por un vago sello impreso en su mirada, en la espresion de su boca, en lo grave de su semblante, parecia tambien predestinada.

Impaciente y enérgica ya, cuando don Pedro Giron, despues de saludar á la reina, hizo ademán de tomar en sus brazos á la infanta, esta le lanzó una mirada atenta, le examinó, y luego le rechazó con su diminuta manecita, y volviéndose al obispo le tendió los brazos.

Don Pedro Gonzalez de Mendoza la levantó en ellos sonriendo, la besó con el amor de un padre una mano, y la conservó consigo: en tanto la infanta fijaba su mirada recelosa en el maestro; pero en aquella mirada no habia vacilacion ni miedo, como en la de su hermano, sino que era fija, atenta, profunda: por aquella mirada, lanzando el pensamiento al porvenir, podia subirse de la niña á la muger, y adivinar en ella un carácter incontrastable, enérgico, firme hasta el límite posible.

«Mis hijos os temen, señor maestro de Calatrava, dijo la

reina sentándose y haciendo sentar con un ademan lleno de gracia á sus acompañantes; y esto no es estraño, porque á veces yo os temo tambien.

—Sus señorías, noble señora, se conmueven por la impresion que les causa mi semblante, que por efecto de las luchas que me he visto obligado á sostener, ha adquirido cierta expresion bravía: esto no es estraño, porque los niños, cuando son tan jóvenes como sus señorías, siempre se afectan por los signos exteriores..... pero vuestra alteza..... que vuestra alteza me tema, es lo que no puedo comprender, puesto que tengo una grande idea de su talento, de su esperiencia: vuestra alteza no puede encontrar en mí mas que un vasallo leal hasta la sangre, y que no envainará su espada hasta que haya puesto en el trono de sus padres á ese noble señor, que se estremece á mi presencia.»

Y señaló al infante don Alonso.

«Reparad que vuestras palabras son las de un vasallo rebelde, dijo gravemente doña Isabel.

—Hablo de una vez para evitar cosas que hieren el pudor de vuestra alteza, señora. Hablo así, porque el rey no tendrá hijos.

—¿Y si por acaso los tuviese?....

—Si el rey fuéese tal que se prestase á.....

—¿A dar su nombre á un bastardo?

—Cabalmente, señora.

—No creo que mi sobrina se olvide de tal modo.....

—¡Ah, señora! el rey don Enrique ha heredado la debilidad de su padre, los defectos que en don Juan jamás llegaron á la degradacion, pero que recargados con feos vicios por su hijo..

—¿Conviene á los bandos de Castilla, dijo con severidad la reina, que la viuda de don Juan el II tome parte en ellos?

—Conviene al reino, dijo gravemente el maestre, que concluyan esos bandos que le destrozan, señora, y esto no puede suceder, sino poniendo en su trono una virtud que se haga respetar por sí misma, y esa virtud, esa dignidad, sois vos, doña Isabel.

—¡Cómo! ¿habeis pensado?...

—Permitidme, señora, que os trasmita la voluntad de la nobleza, del clero, de las universidades y del estado llano de Castilla: á no haber aparecido vuestra alteza tan afortunadamente á tiempo para mí, esta voluntad hubiera sido trasmitida á vuestra alteza por mi noble amigo don Pedro Gonzalez de Mendoza.

—¿Y qué quiere de mí Castilla?

—Quiere que gobernéis como regente en nombre del rey don Alonso XII de Castilla, vuestro ilustre hijo.

—¡Cómo! ¿y ha olvidado el reino que vive el legítimo heredero del rey don Juan el II, que ha levantado por él estandartes, que le ha aceptado y jurado por su señor, que le debe lealtad y vasallaje?... y aunque esa lealtad se hubiera borrado del siempre noble y valiente pecho de los castellanos, ¿cómo se han atrevido á hacer esa vergonzosa proposición á mí, á la viuda de su antiguo señor?... no, don Pedro Giron, no, exclamó la reina levantándose con arranque; los castellanos no han podido perder su dignidad hasta el punto de desconocer la dignidad de la viuda de un rey: no, los castellanos no pueden creer que yo consienta que mi hijo suba á un trono usurpado..... si don Enrique no hace la felicidad de Castilla, que le juzgue Dios; pero libreme él del solo pensamiento de una vergonzosa traicion.»

El maestre lanzó una mirada de socorro al obispo de Sigüenza.

«Mi noble y digna señora, dijo este, creo que si vuestra alteza permite á su señoría el maestre que [esplane las razones que pueda tener el reino para obrar como ha dicho, no solo encontrará digno lo que el reino piensa, sino que lo aceptará.

—Hablad, dijo reprimiéndose y sentándose en la actitud de un juez que escucha, para sentenciar en justicia, doña Isabel.

—Los desórdenes del rey, señora, dijo el maestre, han llegado á su colmo; suplico á vuestra alteza que en estas palabras no me escuche, sino al reino, del que soy embajador para con

vuestra alteza; del reino, que habla con valentía, porque tiene libertades y fueros, y están enlodados y mancillados.»

Detúvose un momento el maestro, y luego continuó con acento grave:

«Castilla, al rendir pleito homenaje á un rey, al jurarlo, no hace otra cosa que dar un testimonio de que está en su libre derecho de elección, y de que no es el patrimonio de una raza, sino un pueblo independiente y libre que se impone por su propia voluntad un señor,.... pero al que exige un juramento sagrado de respetar y guardar los fueros y las leyes: ligados así el pueblo al rey y el rey al pueblo, traidor será y falto de fé el que primero faltare á lo pactado. Si el pueblo, faltando á sus propios fueros, rompe la justicia, enciende la discordia y acomete á un valiente y noble rey que quiere sostener sus deberes y sus derechos, rebelde será el reino, y estará por lo tanto sujeto al juicio de Dios, si no puede reprimirle la justicia del rey: pero cuando por el contrario el rey es el que falta, cuando su dominación se hace insoportable, cuando todo cae ante su tiranía, los pueblos están libres de su juramento y de su vasallaje; los pueblos pueden elegir un nuevo señor, sin tener que recurrir á una raza de reyes, porque la soberanía es del pueblo y no de una familia; los pueblos pueden disponer, juzgar y aun sentenciar; estos son los fueros de Castilla.»

»Pues bien, señora; ese lamentable extremo ha llegado: Castilla no tiene leyes, ni dignidad, ni fuerza: la impureza se levanta descarada del mismo alcázar de sus reyes, y de él salen como verdaderas plagas tributos insoportables, tiranías inauditas, privanzas odiosas: una manceba y un favorito disponen á su placer de lo mas sagrado, y en vano mi digno tío el arzobispo de Toledo, procura hacer entrar dentro del círculo de sus deberes al clero, mientras se hace casi imposible dominar los desórdenes de una nobleza advenediza, que ayer era pobre y oscura, y hoy se muestra insaciable y soberbia. Los campos están infestados de bandidos, á quienes se perdona y se ennoblece desde el momento en que prestan su puñal á la tiranía, convirtiéndole en espada: los jueces venden la justicia, las armas del reino se

enmohecen cobardemente, mientras somos atacados por todas las fronteras, y el estandarte real se descolora entre el polvo de la ignominia: la reina.....

—¿Tambien en ese resumen de desdichas tiene su parte mi sobrina? dijo severamente doña Isabel.

—La conducta de su alteza es oscura..... se sosphecha.....

—Creo que los de vuestro bando son capaces de sosphechar hasta de la justicia de Dios.

—Suplico á vuestra alteza que me permita concluir mi embajada, dijo grave y respetuosamente el maestro.

—Seguid, dijo la reina conteniendo, con visibles muestras de disgusto, su impaciencia.

—La impotencia del rey es cosa reconocida por todo el mundo, no solo por los de dentro, sino por los de fuera; la conducta de la reina que recibe á solas y con harta frecuencia á don Beltran de la Cueva, hace temer que llegué el caso de que aparezca uno á quien llamarian infante, y que produciria una guerra civil. El reino quiere evitar esa guerra, y destituye ó piensa destituir al rey.

—Lo que apresurará la guerra civil.

—Guerra que se terminará en seis meses con dos batallas campales, en que el rey será vencido, preso ó desterrado, degollado el favorito y los traidores, y pacificado el reino. Para llevar á cabo esta determinacion, se esperará, para evitar conflictos, á que el rey salga para la guerra de Granada, llevándose á sus partidarios, y entonces el reino reunido en cortes destituirá á don Enrique y proclamará al infante don Alonso bajo la regencia de vuestra alteza.

Antes de que la reina tuviese lugar de contestar, lo que hubiera acontecido de una manera dura, á juzgar por la palidez colérica que cubria su semblante, oyéronse pasos precipitados y ruido de armas en la antecámara, se abrió la puerta y apareció Beltran de la Cueva con la espada desnuda y acompañado de Hernando de Carrillo, que del mismo modo iba armado y tras los cuales se veia la antecámara llena de hombres de armas.

La reina palideció aun mas, don Pedro Giron se levantó aira-

do, el obispo de Sigüenza prestó una grave atención á lo que iba á acontecer y los dos infantes se asieron asustados al brial de la reina.

Beltran de la Cueva adelantó mudo, tético, con la mirada fija y centelleante en el grupo que tenia ante sí. Sacó tres pergaminos enrollados y sellados de su escarcela, y dió uno á la reina, otro al obispo y otro al maestre.

«El rey me manda volver á Madrigal,» exclamó lúgubramente la reina.

—El rey me prescribe que parta á mi villa de Sigüenza, dijo resignadamente el obispo.

—El rey me prende, gritó colérico el maestre.

—Y en virtud de esos reales ordenamientos, dijo pausadamente Beltran de la Cueva, vuestra alteza tiene ya dispuestas literas para sí y su servidumbre; vuestra señoría, añadió dirigiéndose al obispo, encontrará una mula, sus pajes, sus familiares y un resguardo á las puertas del alcázar; y en cuanto á vos, don Pedro Giron, podeis desde este momento entregarme vuestra espada.

—Tomadla, pero tened en cuenta que podrá acontecer que en otra ocasion os la entregue por la punta.

—Y vos, sabed, que cumpliendo con mi palabra salgo mañana con el rey para la frontera de Granada.

Beltran hizo que se entregase del maestre Hernando de Carrillo, y fue á acompañar á la reina, dejando un alférez con el obispo de Sigüenza.

«¿Qué significa esto, primo? dijo don Pedro Giron al capitán atravesando las galerías del alcázar; ¿vos tambien nos haceis traicion?»

—¡No, por Dios trino y uno, y por todos los dioses! ¡Voto va! esto significa que no cuento ni con un soldado de mis escuadrones, y que estoy tan preso como vos.

—¿Y mi hermano y mi tio? exclamó rugiendo el maestre.

—Presos tambien.

—¿Adónde teneis orden de llevarme?»

—A Escalona.

—Lo que no sucederá si me dejais escapar.

—Lo que no sucederá, porque éramos muertos los dos.»

Don Pedro Giron calló dominado por aquella irresistible observacion y salió con Hernando de Carrillo, escoltado por cien hombres de armas, del alcázar.

En tanto, Beltran de la Cueva atravesaba una desierta galería murmurando:

«Pues debemos á doña Guiomar esta venganza, y es necesario pagársela con amor, enlodémonos..... ¿qué importa una ramera mas?»

Al decir esto, empujó una puerta cercana y entró. Oyéronse inmediatamente detrás de ella dos voces contenidas, y luego un ardiente beso. Despues, silencio y oscuridad.

Dos sombras, la una esbelta y gentil, la otra pesada y obesa, salieron de un ángulo inmediato.

«¡Ah! exclamó la dama; os juro por mi vida que vos y él, y todos los miserables que me han sido traidores, me la habeis de pagar..... y con usura.»

Aquella era la voz colérica de doña Mencía de Padilla.

«¡Ah, miserable de mí, cuando os lo hice conocer para acarrearme vuestro ódio! contestó una voz llorosa.»

Aquella era la voz del arcediano.

Las dos sombras se perdieron poco despues en la oscuridad.

CAPITULO X.

De como algunos dias despues se turbó horriblemente una fiesta de bodas.

Era una hermosa noche de mayo, serena, tranquila y con luna: el cielo parecia un manto de terciopelo bordado de oro; la tierra estaba silenciosa, dormida bajo aquel pabellon de sombra, exhalando el silvestre perfume de sus campos.

Allá, á lo lejos, sobre la cumbre de una roca, se veia una masa informe coronada de puntos luminosos. Aquella masa era el castillo de Martos, en cada una de cuyas almenas habia una luminaria; pero la villa se mostraba á sus pies silenciosa y oscura.

Lo que acabamos de describir, era objeto de la atencion de algunos ginetes cristianos, que á gran distancia todavía del castillo, marchaban como adalides del ejército del rey don Enrique IV de Castilla, que, una jornada mas atrás, marchaba sobre la frontera de Granada.

Los campeadores ó adalides se detuvieron en la misma loma, desde la cual habian descubierto las luminarias del castillo, y el alférez que los mandaba dijo:

«Paréceme que no nos han engañado en Jaen, en lo del casamiento de doña Isabel, la hermosa hija del comendador Sancho Jimenez de Solís.

—Y dígame vuesa mercé, señor alférez, ¿para qué diablos sino habia de estar tan iluminado ese nido de cuervos?

—¡Ya se ve! el señor comendador, que sabe, sin duda, que se va á romper por la frontera, dijo otro soldado, no querrá tener en su castillo una doncella, cuando hay guerra con los moros, y hace bien..... la entrega al marido que se la lleva, y él se queda solo con sus hombres de armas, que son aves mas duras, y sobre todo menos deseables de cazar que una damita..... como que dicen que esos perros de moros asaltan un castillo, solo con saber que hay en él una muchacha de ojos negros..... ¡ya se ve! luego las venden al rey moro.....

—Adelante, pues, dijo el alférez, y dado que haya fiesta en el castillo de Martos, eso nos hallaremos..... apretad los acicates, hijos míos, no sea que cuando lleguemos se haya acabado la cena.»

El pequeño escuadron, que apenas llegaria á veinte lanzas, se deslizó por el repecho y avanzó por el camino á media rienda.

Cuando estuvieron cerca del castillo, no pudieron dudar de que en él habia fiesta. Brotaba de él un ruido atronador compuesto de la armonía de las danzas y de las voces de toda la poblacion de la villa, que habia sido convidada por el comendador.

Con este aliciente, las lanzas castellanas embistieron por el repecho con mas prisa; pero al atravesar un pinar, se plantó de repente el caballo del alférez, relinchó y resistió á la espuela: lo mismo casi aconteció con todos los caballos del escuadron.

«¡Voto á cien legiones de demonios, amigos míos! exclamó el alférez; mal hora si no tenemos encima á los moros; nuestros caballos sienten la yegua, y ya sabeis que esos malditos las tienen en gran número en sus taifas.

—Tendria vuesamercé razon, señor alférez, dijo otro de los castellanos, si el castillo estuviese cerrado y oscuro, y prevenida la villa: el señor Sancho Jimenez de Solís es muy buen soldado para no haber enviado y tener exploradores antes de esponderse á un rebato.»

A pesar de estas razones que parecian de peso, los caballos se mostraban cada vez mas inquietos, como si sintiesen muy próxima á la hembra: sin embargo, el alférez halló aceptable

el dicho del soldado, apretó los acicates á su caballo, le imitaron los soldados, y el escuadron adelantó relinchando y llegó al castillo, donde fueron alegremente recibidos por el comendador: los soldados fueron enviados á las cocinas, y el alférez, despues de haberse desarmado, fue introducido en el salon donde se celebraba la boda.

Garci Perez de Vargas, el jóven doncel del rey, estaba entre un círculo de hermosas labriegas, vestidas con sus trages de dia de fiesta, que eran las únicas cortesanas que habia podido procurarse en su destierro de la frontera el comendador, sin que esto fuese un obstáculo para que las hubiese hermosísimas, robustas, frescas, con senos de nieve y ojos de fuego, ó con mejillas aterciopeladas y doradas como el sol. Todas aquellas muchachas comprometian á nuestro doncel á bailar un bolero, cosa que para él era mas difícil que poner una pica en Flandes, segun se decia un siglo despues de esta época, y se resistia heroicamente contra aquella escalada de briales, mientras Blanca, en otro extremo, se veia reducida á sufrir los cumplimientos, repetidos cien veces, de la hermana del cura y de la esposa del corregidor de la villa, honradas dueñas quintanonas, que con cuatro ó seis mas arrancadas de sus viejos y tristes solares de Jaen, acompañadas de cuatro momias con espada, formaban la parte noble, apergaminada y fea de la fiesta. El comendador, triste y pensativo, paseaba con el padre del contrayente, y solo se esperaba á que el capellan, hombre que por nada interrumpia sus costumbres, acabase de apurar un enorme cuenco de sopa en leche, que todas las noches á aquella hora era su cena ordinaria, para pasar á la capilla y concluir con una bendicion la amorosa impaciencia del mancebo.

Porque es de advertir que Garci Perez de Vargas estaba furiosamente enamorado de Blanca, á quien se creia de buena fé hija del comendador, y se llamaba doña Isabel de Solís; y para que lo estuviese sin dar por ello motivo de estrañeza, bastaba el maravilloso desarrollo á que habia llegado en un año la hermosura de la pobre niña, que á los trece años se mostraba tan robusta, tan fresca, tan incitante como cualquiera de las mas her-

mosas de aquellas jóvenes, que para ser fascinadoras las sobraba ese indefinible encanto que se llama gracia en las andaluzas.

Blanca mostraba mas pureza de formas, mas distincion; era en fin una dama, mientras las otras podian llamarse hijas de la naturaleza: ellas estaban sonrosadas; Blanca estaba pálida; ellas reian exhalando toda la tranquila alegría de su alma: Blanca reía tambien, pero cada una de sus risas dejaba una horrible sensacion de dolor en su corazon, en el que hervian comprimidas y revueltas las lágrimas del despecho, la amarga hiel de los celos y una horrible sed de venganza. Y sin embargo, el que iba á ser su esposo, se creía adorado por ella, porque consiente la infeliz á lo que habia dicho en su carta á su amiga Mencía de Mendoza, le fingia amor; y si en alguna cosa es consumada la muger, es en el fingimiento.

¡Bienaventurado aquel que es rico y cree en las mugeres, porque de él será el reino del amor!

Pero si el jóven doncel del rey hubiera podido llegar hasta el corazon de Blanca á través de su mirada de amor, al ver los sangrientos bordes de la llaga que habia abierto en él la traicion de Beltran de la Cueva, se hubiera estremecido, porque aquella llaga era, no solo incurable, sino mortal. Así es que las mejillas de Blanca habian empalidecido, y sus ojos habian adquirido una lucidez tal, que hacian su hermosura irresistible.

El esposo creía y gozaba. El viejo comendador conocia los dolores de su hija adoptiva, y estaba triste, desesperado.

El capellan acabó de apurar su cuenco de sopa en leche, en lo que habia invertido muy cerca de una hora, y no tardó menos en revestirse y disponerse para la ceremonia.

Al fin llegó aquel terrible momento para Blanca: su madrina, una vieja mas fea que noble, aunque probaba de una manera irrecusable que descendia por línea recta del rey godo Childe-rico, y cuyo nombre no conserva la crónica familiar de que por el momento nos servimos, la condujo á la capilla con el correspondiente acompañamiento de pajes de luz, almohadon y cola, doncellas, sirvientes y escuderos, como convenia á la hija de un rico-hombre que con otro rico-hombre iba á enlazarse, y el no-

vió fue conducido del mismo modo sobre poco mas ó menos. Los dos jóvenes se arrodillaron delante del altar, y cuando el capellan les invitó á que enlazasen las manos, cuando esto sucedió, desplomóse de una vez todo el valor de Blanca: tembló, se inmutó, vaciló sobre sus rodillas, se sostuvo con trabajo, y por sus mejillas lívidas se deslizaron dos lágrimas mal contenidas.

Nadie estrañó esto, porque todos la creían enamorada de Garcí Perez, y la ceremonia siguió.

La capilla estaba resplandeciente y cubierta en su totalidad de riquísimos tapices, que el comendador se habia procurado á fuerza de oro para encubrir la desnudez del humilde templo de un castillo fronterizo: brillaban ademas las alhajas y los vivos colores de los briales de las mugeres, y no entraban por poco en estos brillos las miradas envidiosas de algunas morenas, que habian entrado en la capilla solteras, para salir del mismo modo.

Dominaba un silencio profundo, en medio del cual se escuchaba perfectamente la trémula voz del sacerdote, que leía esa magnífica epístola de san Pablo, en que se prescriben los derechos y los deberes de los casados. La epístola tocaba á su fin, el terrible momento se acercaba para Blanca y acaso iba á tener lugar un escándalo: su alma enérgica se habia sublevado á la vista del sacrificio, y en sus labios bullia un *no* antes de que se la demandase un *si*.

Pero de repente aquel religioso silencio se rompió de una manera terrible: por cima de él retumbó un ruido muy conocido en la frontera: el son de las atakebiras, el redoble de los atabales y el alarido de los añafiles moros tocando arremetida: aquello no podia ser una broma inoportuna, porque á aquel terrible estruendo se unió un estridente choque de armas, y una voz estrangera y terrible como el trueno, que gritó á las puertas de la capilla:

«¡La galiba ila allah! (1)»

Como cuando el alubion de la montaña inunda el valle, del mismo modo la capilla se inundó de tocas y alquiceles: sucedió

(1) Grito de guerra de los árabes que significa: ¡Solo Dios es vencedor!

un tumulto espantoso; los hombres desnudaron las espadas, las mugeres se desmayaron, y las antorchas de algunos moros, á cuyo frente iba un hermoso mancebo armado de todas armas, se inclinaron sucesivamente sobre las frentes de cada uno de ellas, hasta que llegaron al altar donde estaba desmayada Blanca entre los brazos de Garcí Perez de Vargas, que la cubria con su cuerpo, pálido, sombrío, feroz, con la espada desnuda. El comendador estaba delante de ella tambien con la espada en la mano.

«¿Es esta la que llamas tu hija? le preguntó rápidamente y en mal castellano el moro, señalando á Blanca con su yatagan.

—Esa es doña Isabel de Solís, traidor alcaide, exclamó pálido de cólera el comendador; esa es mi hija.

—¿Por qué la llamas tu hija? exclamó con desprecio el moro, ¿por qué mientes? ¿Acaso el walí Abu Zeyan no sabe que es otro su padre?

—Y bien, ¿qué quieres, Abu Zeyan? dijo el comendador.

—Mis almoravides matan, exclamó ferozmente el moro, y yo mato tambien, exclamó Abu Zeyan lanzándose sobre el comendador.»

La lucha fue breve; el noble caballero estaba vestido de sedas, y el moro de hierro: el comendador cayó sin vida, manchando con su sangre el blanco trage de la desposada, y cayó Garcí Perez de Vargas, y cayeron todos, todos, hasta las viejas y las feas; el hierro musulman no perdonó mas que á las jóvenes hermosas: y cuando ya no hubo que esterminar, cuando hasta el sacerdote se revolvía en su sangre, Abu Zeyan asió por la cintura el esbelto cuerpo de Blanca, que empezaba á volver de su desmayo, la levantó en alto, y gritó en árabe á los suyos.

«Recoged esas doncellas; derribad ese altar, incendiad el castillo, y tomad á saco y degüello la villa.»

Un momento despues el walí moro pasaba como un relámpago la frontera, llevando sobre su caparazon de batalla á Blanca, aterrada y silenciosa, y dejando tras sí entregados al saqueo y á las llamas la villa y el castillo de Martos.

Cada uno de los almoravides que le seguian llevaba consigo una hermosa cautiva.

Al amanecer vió Blanca destacarse á lo lejos entre las brumas la altísima Sierra Nevada, y tendida en su falda Granada y sus castillos.

Al entrar en la vega Abu Zeyan, quiso internarse en la espesura cercana: habia visto campeadores moros, y acudió tarde: aquellos campeadores se lanzaron á él y le mandaron ir á presentarse al infante Abou'l Hassam que salia con el ejército de Granada al encuentro del ejército de Castilla.

Poco despues, Blanca, manchada de sangre fue presentada por el walí á un noble y hermoso caballero que palideció al ver su hermosura.

Aquel caballero era el hijo del rey Ismail, el infante Abou'l Hassam, el futuro rey de Granada.

«¿Quién es esa cautiva? preguntó con imperio á Abu Zeyan.

—Es doña Isabel de Solís, hija del alcaide de Martos, magnífico señor.

—Te compro esa doncella, walí.

—Y yo te ruego, señor, que hagas la honra de aceptar este don á tu siervo.»

El infante hizo adelantar sus esclavos, y Blanca fue conducida á la Alhambra.

En aquel mismo momento, Beltran de la Cueva, teniendo á sus pies el ejército de Enrique IV, miraba con los ojos áridos y el corazon desgarrado aquellos escombros humeantes, mientras un anciano pastor le decia:

«¡Todos! ; todos han caido, noble caballero! ; hasta la hija del comendador!

CAPITULO XI.

Intrigas y enredos.

La campaña contra los moros de Granada se redujo á una correría vergonzosa en que el rey, á quien en vano el marqués de Villena, cuando era príncipe, habia querido acostumbrar á las armas, huía de todas las ocasiones de batalla, ocupándose solo en talar campos y saquear alquerías. Irritábase Beltran de la Cueva y se impacientaban los soldados, con la diferencia de que el primero sufría y se reducía á escitar al rey, y los segundos murmuraban á veces y aun se sublevaban. La guerra de Aragon no habia hecho mas rápidos progresos, y al fin, á principios del verano, firmáronse de nuevo treguas con los moros, y paces con los aragoneses y los navarros, se licenció la soldadesca, y el rey se fue á Córdoba y de alli tornó á Valladolid.

A pesar de la inutilidad de este vano alarde de fuerza, el rey siguió poniendo en su escudo los dos ramos de granado, como en muestra de señorío sobre los moros, y continuaron las bravatas contra don Juan de Aragon y Navarra.

Don Pedro Giron, don Juan Pacheco y don Alonso de Carrillo, que habian sabido romper las prisiones de Beltran de la Cueva, corrompiendo á los alcaides de las fortalezas en que habian sido detenidos, no habian perdido el tiempo. Doña Mencía de Padilla estaba furiosa contra Beltran de la Cueva por el lance de doña Guiomar y la carta de Blanca, cuyo contenido le habia relatado el arcediano, y empezó á mirar, por su venganza, menos

mal á Hernando de Carrillo para hacerse de él un instrumento; se habia aliado al triunvirato, habia prodigado sus sonrisas y sus miradas á los nobles para hacerse con ellos, los habia atraído á su bando, se habia cubierto para con la reina doña Juana como con un antifaz de la mas profunda adhesion, y habia en fin sorprendido con su admirable ingenio la confianza de la reina doña Isabel. Los celos la habian vuelto loca, y se habia transformado en el enemigo mas irreconciliable de Beltran de la Cueva.

El arcediano don Gonzalo de Arévalo, perdido el tino, asustado, la servia á ciegas hasta en los asuntos mas impuros y vergonzosos, tales como los de servir de tercero á un enamorado de doña Guiomar, interceder por él y hacer de manera que la portuguesa le concediese los favores de su amor, lo que no era muy difícil.

Pero lo que mas honró la agudeza y el tino de doña Mencía de Padilla, fue el reducir á la reina viuda doña Isabel á que, sin saberlo, la ayudase en su venganza contra Beltran. Con su esquisito tacto, con su ardiente elocuencia, con su irresistible lógica, la probó que debia sacrificarse por el bien de un pueblo, sobre el que no cesarian de caer miserias mientras durase el reinado de don Enrique: pintóle al vivo su nulidad, su debilidad, su impureza, sus vicios: representóle que la reina sola, desdeñada, escarnecida, por mas virtuosa y recatada que fuera, viviendo en una corte donde abundaban gentiles y valientes caballeros, estaba espuesta á dar en una pasion, que siendo envuelta en un profundo misterio á causa del gran recato de la reina, podia dar un infante bastardo al trono, que robase sus derechos, reconocido por la debilidad del rey, á un sucesor legítimo: lo que no habia alcanzado toda la salvaje y valiente franqueza de don Pedro Girón, lo consiguieron la dulce voz y la simpática hermosura de doña Mencía, que no hizo otra cosa que insinuarse y preparar el golpe, que no fue dado hasta que pudo serlo de seguro. La reina, indignada por el relato de miserias, que no habia querido creer porque se le habian demostrado sin habilidad, al verse tiranizada, al medir por las injusticias que se hacian con ella y con sus hijos, las injusticias de que era

víctima el reino, se indignó con un noble sentimiento de virtud y de valentía; y juró ayudar á la destitucion de aquel cerdo coronado, como le llamaba doña Mencía, en el momento que se le presentase una prueba de adulterio en la reina su sobrina.

Esto era haber adelantado mucho; haber hecho casi un milagro.

No paró aqui doña Mencía; lo previó y lo preparó todo: confidente íntima de la reina, la inclinó á los amores de Juan Rodriguez del Padron, empleó entonces su elocuencia en probarla que no solo no debía sacrificarse hasta el punto de vivir doncella siendo casada, sino que hasta por el bien del reino, para evitar una guerra civil, debía procurar al rey un hijo que aceptaria por suyo por vanidad y necesidad; la reina anduvo algunos dias profundamente pensativa, miró á través de sus ventanas, oculta tras los cortinajes, á Juan Rodriguez, que se paseaba en el terrado, y no fue ya la régia beldad que hasta entonces se habia mostrado indiferente á las encendidas miradas del aragonés; es cierto que si la reina le concedió alguna mirada, nada halló en ella el aragonés que indicase que eran comprendidas sus ánsias, ni mucho menos el que la reina fuese la misteriosa dama que cada tercera noche abria para él el postigo del alcázar por la parte de la caba.

Don Juan Pacheco y don Pedro Giron observaban, á la encubierta, todas estas cosas; y de tal manera cobraron con ellas alegría y esperanza, que un dia dijo el marqués al maestre:

«Tienes razon, hermano; ese Beltranico ha sido para nosotros precioso: dando celos á doña Mencía ha puesto de nuestra parte un hermoso diablillo: ella sola hará mas por nosotros en ocho dias, que cuanto hemos querido hacer por nosotros mismos en el espacio de veinte años.»

Con estos precedentes, de ocultos y escondidos que andaban en la corte, se presentaron de una manera insolente y descubierta, armaron un motin, se apoderaron del alcázar y de la reina, formaron una de aquellas ligas de la nobleza contra los reyes, tan frecuentes en la edad media, se hicieron fuertes en Tordesillas, y aterraron con un alarde de ejército al rey, que

á pesar de Beltran de la Cueva, entró en transacciones con ellos, les dió su seguro real para que pudiesen ir á Córdoba, y allí les concedió cuanto le pidieron, que no fue otra cosa que concesiones y privilegios que no querían, sino como un antifaz para fingirse satisfechos y llegar ocultos por él hasta su verdadero objeto, que era el gobierno del reino y la administracion de las rentas reales.

Beltran de la Cueva se vió obligado por la debilidad del rey á esperar y sufrir. Ocultó su rabia tras un aspecto de indiferencia completa, y aun se fingió amigo de sus enemigos. Por lo mismo apresuró el licenciamiento de la hueste, deseoso de volver á la córte, y seguro de que doña Mencía de Padilla, á quien creía de todo punto ignorante de sus infidelidades, puesto que durante su ausencia no habia dejado de escribirle dulcísimas y apasionadas cartas, seria el brazo omnipotente que le sacaría de su atoladero.

Así, pues, el rey apresuró su partida hácia Valladolid, y al fin el dia 24 de julio de 1456 durmió en la abadía del Abrojo, y envió á Beltran de la Cueva con encargo de poner en noticia de la reina, que al dia siguiente, en que celebraba la Iglesia la advocacion del patron de España, Santiago Apóstol, entraria á son de timbales en Valladolid, y que por la tarde habria en el corral del alcázar justas, y cucaña en el Campo Grande, y toros enmaromados por las calles y otra multitud de lindezas, danzas y luminarias: esto mismo fue transmitido al corregidor con algunos maravedises para costas, se divulgó la noticia, y mozos, mozas, viejos y niños, pobres y ricos, se prepararon á gozar cada cual á su manera de aquella especie de fiestas reales.

Aquella nueva inesperada habia puesto tambien en espectacion á Juan Rodriguez; siempre se le habia abierto el alcázar á título de la ausencia del rey, y aquella noche estaba citado: era de presumir que por entonces hasta una nueva ausencia cesasen aquellas misteriosas entrevistas.

El aragonés se fue á casa del arcediano á consultarle acerca de lo que debia hacer para salir de dudas: el arcediano, que estaba ya prevenido por doña Mencía, le recibió con rostro alegre,

le llevó al fresco bajo un parral de su huerto, y solos allí empezó el diálogo siguiente.

—¿Con que nada habeis logrado descubrir, amigo mio?

—Nada, don Gonzalo, nada: cada dia estoy mas loco, y ella parece cada dia mas enamorada.

—¿De modo que, quitando la satisfaccion de verla el semblante?...

—No comprendo á esa muger, don Gonzalo. Ahora mismo no puedo deciros si es casada, viuda ó doncella, pobre ó rica, noble ó villana.

—Acordaos de que para probar, os aconsejé que la pidiéseis dinero.

—Y me dió algunas alhajas de valor, es verdad.

—¡Ahí vereis!

—Si, pero yo no he querido deciros lo que ella me dijo al entregármelas.

—¿Qué?

—Vos sin duda haceis esto mas que por necesidad con algun otro intento: si es por descubrir quien soy, nada adelantareis, porque estas alhajas que os doy no son mias.—¿Que no son vuestras, señora? la pregunté; ¿pues de quién son?—Las he robado á las damas de la reina, me contestó con voz temblorosa.

—¿Y vos lo creísteis? dijo el arcediano.

—Precisó me fue creerlo cuando al otro dia supe habia faltado á la marquesa de Santa Cruz una patena de diamantes con un San Miguel de oro, que está en mi poder; á doña Clara Sandoval una gargantilla de perlas que tambien me habia sido entregada, y á doña Violante de Silva un relicario de oro.

—De modo que á todas luces, ó por mejor decir á oscuras, habeis estado galanteando á una criada.

—Pero esa criada tiene un alma de reina, exclamó desesperrado Juan Rodriguez; esa criada, si lo es, ha hecho de mí un imbécil, un cobarde; me ha contenido, se ha burlado de mí, y estoy resuelto....

—¿A qué?

—A arrancarla esta noche del alcázar.

—Ved lo que haceis. ¿Y si fuera la reina?

—La reina no hubiera robado á sus damas por nada.

—Las mugeres son capaces de todo cuando les conviene.

—Sea como quiera, cuento con vos.

—Bien, ¿y qué hay que hacer?

—Escuchad: vos estareis en la primera calle cerca de la caba del alcázar, oculto en una litera, donde tendreis una linterna encendida..... á un silbido mio hareis adelantar la litera, luego yo con la dama, y si no es la reina, nos la llevamos.

—¿Y si lo es?

—¡Bah! si lo es..... suceda lo que quiera, me he puesto en un caso desesperado. ¡Dos meses de amores respetuosos, reducidos á palabras, sin haberme concedido ni la punta de un dedo!.... esto es horrible.

—¿Y estais enteramente resuelto?

—Lo estoy.

—No os ofendereis si para ese lance me pongo una mascarilla y me disfrazo..... mi estado no me permite andar libremente en estas aventuras.

—Como gustéis..... yo por mi parte voy á aliñarme un tanto, á prevenir á mis criados y á prepararme á lo que pueda suceder. ¿Cuento con vos de seguro?

—De seguro.

—Pues entonces, don Gonzalo, adios, ya son las once y la cita es á las dos..... no hay que perder tiempo.

—Si, amigo mio, y enviadme vuestra litera..... la mia es demasiado conocida.

—Os la enviaré.»

El aragonés y el arcediano se estrecharon las manos y el primero salió.

«¡Diablo! ¡diablo! exclamó el arcediano: cada dia se hace esto mas difícil; hasta ahora no me habia sido necesario esponer el bulto..... pero esa doña Mencía exige mucho: creo que voy á reventar antes de llegar á la mitra..... pero no nos descuidemos: lo que ha acontecido es necesario que llegue á su noticia.»

Y saliendo á paso tardo del huerto, subió á su aposento, escribió una carta, la selló y la envió á doña Mencía.

Un cuarto de hora despues recibió la contestacion siguiente.

«Estad pronto: doblegaos á la voluntad de Juan Rodriguez, y no desesperéis; probablemente no acontecerán las cosas como pensais y nuestro hombre saldrá solo del alcázar.»

«¡Si será doña Mencía la tal dama encubierta! exclamó como iluminado por una súbita idea don Gonzalo: quien ha dado un paso bien puede dar dos: pero no..... ella no se hubiera contenido..... en fin..... lo que fuere sonará.»

El arcediano llamó á sus pajes y se hizo vestir; despues esperó tranquilamente á que llegase Juan Rodriguez.

Poco antes de sonar las dos atravesaban por el túnel, en direccion al alcázar nueve hombres; uno de ellos caminaba delante, cuatro conducian una litera, y otros cuatro servian de escolta.

Quando hubieron llegado cerca de la caba, el hombre que precedia se detuvo, hizo que los otros se ocultasen en la sombra de una oscura cañiza y adelantó solo hasta el postigo del alcázar en el cual llamó tres veces con los dedos.

¡Bastó le contestó; fue necesario que repitiese la llamada por una, dos y tres veces.

Al fin se oyó dentro el crujir de una támbora de seda, y una voz trémula dijo desde adentro:

«¿Sois vos?»

—Yo soy, señor mio, contestó el que llamaba, y adelantó. El postigo se abrió en silencio y volvió á cerrarse. El galán y la dama adelantaron en la oscuridad y se agitaron en el primer peldano de una escalera.

«¡Qué desagraciados somos, señor Juan Rodriguez! dijo ella; el rey ha vuelto, y ya me será imposible robar las llaves de este postigo, del cuarto de la reina; será preciso esperar á que ese hombre salga á casa.

—Pero permitidme, señora, que os diga que si sois, como

CAPITULO XII.

De cómo al fin pudo Juan Rodríguez conseguir algo de la dama encubierta y de como seguidamente lo perdió todo.

Poco antes de sonar las dos atravesaban por Valladolid, en direccion al alcázar nueve hombres: uno de ellos caminaba delante, cuatro conducian una litera, y otros cuatro servian de escolta.

Cuando hubieron llegado cerca de la caba, el hombre que precedia se detuvo, hizo que los otros se ocultasen en la sombra de una oscura calleja y adelantó solo hasta el postigo del alcázar en el cual llamó tres veces con los dedos.

Nadie le contestó; fue necesario que repitiese la llamada por una, dos y tres veces.

Al fin se oyó dentro el crugir de una túnica de seda, y una voz trémula dijo desde adentro:

«¿Sois vos?

—Yo soy, amor mio, contestó el que llamaba.»

El postigo se abrió en silencio y volvió á cerrarse. El galan y la dama adelantaron en la oscuridad y se sentaron en el primer peldaño de una escalera.

«¡Qué desgraciados somos, señor Juan Rodríguez! dijo ella; el rey ha vuelto, y ya me será imposible robar las llaves de este postigo, del cuarto de la reina; será preciso esperar á que ese hombre salga á caza.

—Pero permitidme, señora, que os diga que si sois, como

decís, doncella, es inútil todo este misterio: decidme quién sois, y os juro pedirlos á vuestro padre y haceros mi esposa.»

La dama suspiró.
«No me contestais, como siempre, y yo estoy desesperado: me obligareis, señora...»

—¿A qué! preguntó severamente la dama.

—No sé, señora, no sé..... porque pienso en robaros.

—¿En robarme! exclamó con acento duro la dama.

—Perdonad; lo he pensado cien veces, y no lo he hecho.

—¿Habeis tenido miedo!

—Me he sentido dominado por vos.

—¿Tanto me respetais?

—Otra mujer, señora, no me hubiera doblegado de tal modo á su voluntad.

—Sin duda esperais un hermoso premio, dijo la dama con una dulzura en que se traslucia un amor infinito.»

Juan Rodriguez se estremeció fascinado, trémulo de emocion, no atreviéndose á creer lo que para él era una inmensa suma de felicidad.

«¿Y de qué premio hablais, señora?»

—¿Habeis venido esta noche con resolucion formal de robarme?

—Si señora.

—¿Y por qué no lo hacéis? exclamó con un ligero acento de sarcasmo la dama.

—Porque, á pesar mio, mi voluntad está encadenada á la vuestra, porque os amo con toda la fe, con toda la adoracion de un alma de niño; porque para mí sois la esperanza, la luz, la vida; porque sin veros vivo muriendo, y si no oyera vuestra voz, si esa voz no me dijera que me ama, mi corazon se romperia. ¡Ah! señora, tened compasion de mí..... jamás he suplicado, jamás he llorado, y sin embargo no querreis que yo me desespere; vos, si me amais, no querreis mi muerte.

—Si vos muriérais, si no os volviese á ver..... ¡oh! callad, eso me horroriza..... no puedo pensar en ello sin estremecerme..... y dad gracias á esta lucha, á este misterio con que he

querido encubrir mi falta..... yo no debía amaros, y si os he traído hasta mí ha sido solo con la esperanza de descubrir en vos faltas que me obligáran á olvidaros..... la casualidad, acaso, ha hecho que os mostreis conmigo mas hermoso de alma que de persona, y lo que empezó en mí por lástima.....

—¡Por lástima habeis dicho..... señora!..... ¿conocíais mis sufrimientos?

—Adiviné que estábais enamorado, vi que se os despreciaba, que ni aun se os miraba, y me dije: yo soy tan hermosa como ella, tan pura como ella, y tengo mas corazón: daré un paso audaz, y si salgo bien de la prueba ¡oh! entonces estoy segura de que le haré feliz, y lo seré yo. Os he probado, señor Juan Rodriguez: habeis estado solo á mi lado, enamorado, loco, y me habeis respetado. Si os muestro el semblante, si os hago mi señor, si os entrego mi honor y pongo en vuestras manos mi vida, ¿sereis tan callado como lo habeis sido hasta ahora?

—Me ofendeis con esa duda, señora.

—¡Oh! no he querido ofenderos, y para probaros cuánto os amo, escuchad: yo soy de las damas que viven en el alcázar, noble como la primera, y hermosa segun dicen como la que mas. Mañana entra el rey en Valladolid, y la corte saldrá á recibirle, yo iré en ella, dadme una señal vuestra que yo lleve sobre mí por la que podais reconocerme, saber quién soy.

—Tomad, señora, dijo Juan Rodriguez arrancándose una cinta de seda y oro que servia de adorno en un vistoso lazo sobre el hombro de su sayo de brocado.

—La llevaré entre mis cabellos, dijo la dama: ¿de qué color es?

—Verde esperanza: hace mucho tiempo que no visto otros colores.

—Juradme que al saber quien soy no me despreciareis..... ni tendríais motivo para ello..... hasta ahora ningun hombre ha oído de mi boca lo que vos, Juan Rodriguez; hasta ahora no he sido de nadie..... ni con el pensamiento. ¿No me despreciareis, no es verdad?

—¡Ah señora, señora, y cuán mal me conocíais!

—Y luego..... si no tengo valor para ponerme esta señal, no me culpeis..... luchó..... luchó de una manera harto dolorosa ¡ay de mí y acaso muera luchando..... pero si vuestro amor me arrastra como ahora, la llevaré, ¡oh! sí, la llevaré. Pero sed discreto por Dios: porque si cometéis una imprudencia, os juro que perdereis en un instante cuanto habeis ganado en un año. Ahora idos.

—¡Que me vaya! ¡como siempre, desesperado!

—No exijais nada de mí. Cuando me conozcais..... entonces decid á vuestra alma, es mia, enteramente mia. Entretanto, señor Juan Rodriguez, soy para vos sagrada como la honra de vuestra madre. Adios.

—¡Adios, pues que así lo quereis, señora!

—¡Oh! se me olvidaba; aunque despues de conocerme veais mi semblante impasible, aunque al buscar una mirada mia no la encontréis, no receleis por eso. El honor será el que obligue á mis ojos á no miraros; pero mi corazon, que nadie ve, latirá por vos, se regocijará al veros, como se ha regocijado otras veces.

—¡Dios miol! ¡Dios miol! vos sois..... ya os conozco.....

—Pensais conocerme, y os engañais. No os desesperéis, puesto que tan poco tiempo falta para que salgais de dudas. Mañana á las once estad en la galería que da á la cámara de la reina, y por donde saldrá su alteza con las damas. Por última vez, ¡adios!»

La incógnita subió algunos peldaños, pronunció otro adios apasionado, y sus pasos, rápidos y silenciosos, se perdieron en la altura de la espiral.

«¡Mañana! ¡mañana! ¡mañana! exclamó fuera de sí Juan Rodriguez saliendo; ¡oh! si es ella, mañana soy el mas feliz de los hombres.»

Una mano invisible cerró como siempre el postigo por dentro, y el aragonés se dirigió al sitio donde habia dejado los ocho hombres y la litera.

«Salid, don Gonzalo, salid, le dijo, necesito hablaros.»

El arcediano sacó con mucho trabajo su gruesa humanidad por la portezuela, y se apoyó en el brazo del aragonés.

«¿Y era ella? ¿era ella? le preguntó.
—Yo no sé quien es, pero lo sabré mañana. ¿Conoceis á todas las damas de la reina?»

—Os puedo contar con pelos y señales la historia de cada una de ellas.

—Pues bien, guardad vuestras historias hasta cuando sea necesario.

—¿Hasta mañana?

—Sí.

—¿Pero estais seguro de que no os engañan?»

Juan Rodriguez contó cuanto le habia acontecido con la dama, al arcediano, y como ya estaban cerca de su casa, le dejó en ella citándole para las diez de la mañana.

Poco tiempo despues un escudero salia con una carta para doña Mencía de Padilla, en la que don Gonzalo la daba parte de todo. El arcediano servia á todos los que podian servirle, y practicaba con una audacia infinita el oficio de espía doble.

El escudero volvió con otra carta.

«Procurad, le decian, que si la dama que ha de llevar la »seña es una alta persona, conozca que ha sido vendida por ese »hombre.»

—¡Diablo! pensó el arcediano: esto se embrolla; atencion; podrá suceder muy bien que nos veamos un tanto comprometidos: me da miedo de andar en asuntos en que tercia esa muger..... pero ya no hay remedio, nos hemos vendido al diablo, y es necesario seguir adelante.»

Don Gonzalo se acostó y poco despues dormia profundamente. No aconteció lo mismo al aragonés, pasó la noche paseándose por la habitacion, despues de haber dispuesto su mas rico trage y sus mejores joyas para el dia siguiente, y al amanecer salió á caballo para refrescar con las brisas de la mañana su frente calenturienta.

Quando volvió le esperaba ya el arcediano, que habia cubierto

su obesa persona con chillonas y relucientes galas, y despues de un suculento almuerzo tomaron la vuelta del alcázar.

Juan Rodriguez, escitado, impaciente, sufría de una manera horrorosa; el arcediano pretendia en balde calmar su agitacion; el aragonés tenia fiebre, no veía, no sentía, abstraído en su pensamiento; los que le saludaban, pasaban con estrañeza de no haber sido contestados, porque la cortesanía de Juan Rodriguez era proverbial, y los que no le conocian no podian menos de pararse al verle, porque su rostro estaba desencajado, lívido; parecia un cadáver andando.

«¡Pobre señor! decian algunas mugeres, jóven, hermoso, noble, y estar loco; porque en efecto, Juan Rodriguez, dominado por su pasion, parecia un insensato.»

Valladolid hervia en gente, que alegre y ruidosa se dirigia á la puerta de Madrid y á las avenidas del Campo Grande: ya habian llegado algunos ginetes engalanados al alcázar á anunciar la proximidad del rey, y en la galería que correspondia á la cámara de la reina se veían, esperándola, una multitud de gentiles-hombres y cortesanos. Junto á la puerta se habian colocado don Gonzalo y Juan Rodriguez del Padron, cuya palidez se habia hecho mas intensa, mas nerviosa: al fin se abrió de par en par la puerta exterior, aparecieron tras ella cuatro maceros que adelantaron, siguieron los pajes y los gentiles-hombres, y empezaron á pasar las damas.

Juan Rodriguez las devoró con la vista; ninguna de ellas llevaba la señal: el arcediano temblaba y miraba entre las damas una magnífica cabeza, que ruborosa é inclinada mostraba sobre su frente la cinta verde de oro y seda hecha una primorosa flor.

«Miradla, exclamó el arcediano al pasar por delante de Juan Rodriguez aquella dama.»

Juan Rodriguez miró, tembló, ahogó un grito, y tuvo que apoyarse en el arcediano para no caer: la dama que llevaba sobre el tocado su cinta, era la reina. Pero la reina habia notado la palabra y la mirada de indicacion del arcediano, habia palidecido, y habia lanzado una terrible mirada á Juan Rodriguez.

El enamorado no tuvo entonces ni vista ni corazón para aquella mirada: desde el momento en que se sintió amado por la reina, por la mujer de sus sueños, perdió la serenidad; fue preciso que un resto de reflexión le contuviera para no arrojarse á sus pies delante de la corte, y arrastró delirante y fuera de sí al arcediano, que había recibido y apreciado en todo su valor la mirada amenazadora de la reina.

Aquella tarde hubo fiestas, con arreglo al programa real, en el corral del alcázar, en las que cabalgó Juan Rodríguez vestido de colorado, alegre y satisfecho, llevando en el brazo una banda con los colores de la reina. El aragonés llevó la mejor parte de la fiesta: la locura de su amor, la presencia de su amada, sus insensatos sueños, habían dado tal pujanza á su brazo, que en vano se habían puesto ante él los mejores caballeros, llegando hasta el caso de descomponer y casi de desazonar á don Pedro Giron, que por mostrarse alegre y reconciliado con el rey, había entrado en las fiestas y era una terrible lanza.

A pesar de todo, el semblante de la reina estaba sombríamente ceñudo, y cuando Juan Rodríguez fue declarado vencedor y los jueces le conducían al estrado real para recibir de manos de la reina el premio, que consistía en una banda, doña Juana pretestó que estaba indispuesta, se retiró, y dejó á doña Mencía de Padilla el encargo de poner aquella prenda en el pecho del caballero afortunado.

Juan Rodríguez vió en esto, porque los enamorados son ciegos, una prueba de lo intenso del amor de la reina; para él aquella retirada no era otra cosa que el paso prudente de una mujer que conocía, acaso, que no podría contenerse en sus demostraciones dentro del límite posible.

Pero el arcediano, que replegado en uno de los miradores observaba desde él como un cazador desde su acechadero, el arcediano que con su maliciosa imprudencia de por la mañana era la causa de aquella tormenta, no solo no estaba tranquilo, si no que sudaba y trasudaba temiendo las consecuencias que podían sobrevenir y tal vez pasar por cima de él magullándole.

Doña Mencía estuvo en gran manera cortés y amable con Juan Rodriguez al ponerle la banda, se inclinó al fin á su oído y le dijo:

«Esta noche, á la queda, venid al alcázar por donde sabeis.»

Nada hubo ya que hiciese sombra á la felicidad del aragonés: terminadas las justas se desarmaron los caballeros y pasaron al sarao. Juan Rodriguez notó entonces que la reina no llevaba ya su cinta en el tocado, y que su gravedad era mas profunda que lo que la prudencia requeria: sin embargo, ciego siempre, lo atribuyó á disimulo y esperó.

Poco antes de la queda, la reina pretestó de nuevo una indisposicion y se retiró con doña Mencía de Padilla y alguna de sus damas. Esta era una cita para el aragonés, que pretestando por su parte hallarse necesitado de descanso, se retiró, y solo, estremecido de amor se encaminó á la caba y llamó al postigo.

Abrióse en el momento y el aragonés se precipitó dentro, exclamando:

«¡Ah, noble y hermosa señora, qué feliz me haceis!

—¡Aquí está la reina! exclamó una voz sombría y colérica en medio de la oscuridad.»

Aquella no era la dulce voz que tantas veces habia suspirado amores para Juan Rodriguez, sino un acento duro, altivo, irritado, que heló el alma del aragonés y le hizo caer de rodillas.

«¡Mis prendas! dadme mis prendas, miserable, exclamó doña Juana. Los cabellos que en mal hora me corté para vos; las alhajas que yo, la reina, robé para vos; la cruz que me puso mi madre al nacer y que he llevado siempre conmigo.

—Primero me dejaré arrancar el corazon, contestó Juan Rodriguez.

—Pues tened en cuenta que os le arrancarán.

—No os comprendo, señora; cuando loco de felicidad.....

—Me habeis engañado miserablemente, exclamó la reina; pero no os pese de ello: yo creía haber encontrado un corazon noble, y á poco mas que hubiera durado el fingimiento, me hubiera convertido en una muger sin honra, en una infame, por un hombre que ya lo es.

—¡Infame yo!

—Infame es el hombre que, no pudiendo guardar la honra de una dama, la arroja á las gentes: ese hombre no tiene amor; lo que habeis sentido por mí es ambicion: me conociais demasiado...

—¡Señora!

—¡Silencio! lo que os importaba era hacerme vuestra manceba, comprometerme y dictarme despues condiciones. Ven, Mencía, ven: alumbra.... quiero ver como tiene el rostro este traidor, quiero escupirle en él.»

Oyéronse pasos en la espiral y apareció doña Mencía de Padilla con una lámpara en la mano. Venia pálida y conmovida. Juan Rodriguez retrocedió.

«¡Huyes, y haces bien! exclamó la reina: á pesar de tu perversidad, no tienes valor bastante para levantar hasta mí los ojos. Vete y libértame de tu presencia. Pero enviame mis prendas.... ó haré que te las arranquen.

—Pues bien, que vengan, doña Juana, antes de dejarme despojar de un recuerdo de tu amor....

—Y se atreve el miserable á hablar aun de amor, Mencía!.... él, él que ha dado motivo para que un hombre señale con el dedo á una dama, á una reina, y diga: ¡miradla: esa es!»

Doña Mencía se estremeció.

«¡Ah! perdon, perdón, exclamó Juan Rodriguez asiéndose á la túnica de la reina.... nunca creí que vuestra alteza....

—¡No creiste que yo pudiera amarte!... ¡me amabas, y sin embargo decias amor á una muger que creias nó era yo!

—Vuestra alteza, señora, tiene el don de hacer perder el juicio, de enloquecer.... y yo....

—Basta: en cuanto á lo de mis prendas....

—Os repito que me dejaré matar antes que separarme de ellas.

—¡Miserable embusterol! ¿y qué importan unas miserables prendas, para quien ha vendido, ha ultrajado, ha pisado á su dueño?

—¡Por piedad! no veis que muero, exclamaba Juan Rodriguez estendiendo los brazos y llorando desesperado.

(LÁMINA 3.ª)



—¡Plegue al cielo que me ames aun, y que me ames con toda tu alma, porque esa es mi venganza!.... y si me amas, escucha, añadió la reina, inclinándose sobre él lívida de cólera: yo soy vírgen de cuerpo y alma, y te amaba hasta el punto de sacrificarlo todo por tí. Si tú hubieras sido un caballero bueno y leal, hubiera llegado por tí hasta el punto de olvidarlo todo.... acaso hubiera cometido un crimen para poder ser libremente tuya; pero ahora, te aborrezco cuanto te amaba.....»

Juan Rodriguez vaciló al oír esta terrible palabra, y cayó al suelo sin sentido. La palidez de la reina se aumentó, se hincharon sus ojos, rompió á llorar, y se reclinó en el seno de doña Mencía.

«¡Oh! exclamó sollozando, ¡no sé como he podido contenerme; y le amo, Dios mio, le amo! ahora mas que nunca.....»

—Y bien, señora, dijo doña Mencía conmovida y resuelta á sacrificar por aquella parte sus proyectos; solo el arcediano sabe esto, y don Gonzalo es hombre acostumbrado á guardar secretos..... Volved en vos, consolad á ese pobre enamorado, y vivid..... si no os adorara, no estaria como le veis á vuestros pies, casi muerto.....

—No, no, Mencía, dijo la reina levantando su cabeza de sobre el seno de doña Mencía y conteniendo sus lágrimas: me he equivocado: el amor de ese hombre no llena mi corazon: me ha sido traidor una vez, y lo será ciento: ahora, desea y sufre; cuando no deseara, acaso seria un tirano..... ¡nos equivocamos con tanta facilidad las mugeres! ¡somos tan débiles! pero yo me curaré, te lo juro, antes de tres dias..... es preciso que sea, y será.

—¿Y qué hacemos con él?

—Pronto volverá en sí, sabe el camino y saldrá.

—Ved, señora, que es audaz, que la desesperacion acrecerá su audacia, y que esa escalera da á vuestra cámara. Seria capaz de llamar á la puerta para hacerse matar.

—¿Y qué hacemos?

—Esperad; la noche está oscura. Apaguemos la luz.»

Las dos mugeres quedaron envueltas en las tinieblas.

«Ahora, dijo doña Mencía, ayudadme.»
 La reina buscó en la oscuridad, asió á Juan Rodriguez por los brazos, doña Mencía le suspendió por los pies, y con gran trabajo le acercaron al postigo, y escucharon; nadie pasaba. Entonces abrieron, hicieron un nuevo esfuerzo, y le pusieron en el dintel.

La reina se inclinó sobre su rostro helado y sudoroso, y estampó un beso en su boca exclamando:

«El primero y el último. ¡Adios!»

Poco despues se cerró el postigo, y se oyeron tras él sollozos en la oscuridad.

«¡Ah! ¡señor Beltran, señor Beltran! exclamó en acento ininteligible doña Mencía: vos me habeis vendido mas cruelmente; pero yo me vengaré mejor.»

Poco despues una ronda encontró á Juan Rodriguez desmayado junto al postigo, y le condujo á su casa. Aquel estraño hallazgo fue por mucho tiempo objeto de la murmuracion pública en Valladolid.

—No, no, Mencía, dijo la reina levantando su cabeza de sobre el seno de doña Mencía y contemplando sus lágrimas: me ha equivocado: el amor de ese hombre no llena mi corazón: me ha sido traidor una vez, y lo será ciento; ahora, desee y sufra cuando no deseara, pero sería un tirano... ¡nos equivocamos con tanta facilidad! ¡somos tan débiles! pero yo me equivoqué, to lo sé, antes de tres dias... es preciso que sea...

—¿Qué hacemos con él?
 —Punto volverá si sale el camino y saldrá.
 —¿Está seguro que es audaz, que la desobediencia se le da en la boca, y que es capaz de ir á vuestras cámaras, seris capaz de llamar á la puerta parlanosre misterio?

—¿Qué hacemos?
 —Esperar; la noche es oscura, ápararmonos la luz.
 Las dos mugeres quedaron envueltas en las tinieblas.

CAPITULO XIII.

De como servia para todo, hasta para la sangre, el arcediano.

Durante algunos dias, todo sucedió como si nada hubiera acontecido: el rey se mostraba satisfecho de don Pedro Giron y del marqués de Villena; Beltran de la Cueva parecia tratarlos con amistad, doña Mencía de Padilla continuaba adorando en la apariencia á Beltran, y doña Guiomar do Silva abria de noche en altas horas su puerta á Enrique IV, sin que por esto pareciese alterarse la aparente paz de los reyes: el marqués de Santillana, Jorge Manrique y Rodrigo de Cotta, veian todo esto, escribian sátiras ó composiciones doctrinales, se reunian alguna vez, y si algo turbaba sus tranquilos solaces, era el recuerdo del buen Fernan-Perez de Cibdareal que habia muerto algun tiempo antes.

Pero existian en la corte tres personas, en las cuales el disgusto y el amor á la soledad eran visibles, á saber: el arcediano don Gonzalo de Arévalo, mosen Juan Rodriguez del Padron, y el capitan de la guarda morisca del rey, Hernando de Carrillo.

El primero, obligado á tener ciertas entrevistas y conversaciones con doña Mencía de Padilla, habia contraido en virtud de lo grave de ellas tal terror á la hermosa dama, que al sonido solo de su nombre se estremecia, perdia el apetito y hacia un desaire al jamon mejor sazonado de tierra de Campos, cosa que en

él era una singularidad, y lo que era mas estraño, que no por esto dejaba de engordar; su cuerpo habia contraido el vicio de crecer y el arcediano era ya una odre, un volúmen incalculable, una monstruosidad. A pesar de esto se afanaba cuanto le era posible por llegar á obispo, ambicion que habia llegado á ser en él una monomanía. Para entregarse á su sueño, don Gonzalo apoyado en el brazo de un escudero, paseaba con frecuencia por las afueras mas solitarias de Valladolid.

Juan Rodriguez del Padron, por el contrario, desde su última entrevista con la reina, habia enflaquecido, empalidecido, enfermado: paseaba eternamente delante del alcázar, lloviese, nevase, relampaguease ó tronase; para él todo era indiferente: cada noche, sin olvidar una, iba al postigo del alcázar, á aquel postigo que tantas veces se habia abierto para él, y llamaba: el postigo permanecia cerrado, silencioso y oscuro, y Juan Rodriguez sacaba entonces de debajo de su tabardo una guitarra, cantaba algunas desesperadas trovas á la ingrata, permanecia hasta el alba, llorando sobre el dintel del postigo, y luego se iba á su casa y se acostaba, no para dormir, sino para besar delirantemente las prendas de la reina que siempre llevaba sobre sí.

Hernando de Carrillo se habia vuelto triplemente feroz; hasta el punto de tener necesidad de contenersé para no contestar desabridamente á las órdenes del rey, lo que hubiera sido una imprudencia; porque Enrique IV, si bien se doblegaba vergonzosamente á los que sabian dominarle, era cruel y mal intencionado con aquellos á quienes no necesitaba. El capitán se consolaba de esto dando de espaldarazos á sus moriscos, lanzando furiosas miradas al arcediano, é impacientando cada vez que le encontraba á mano al cronista Enriquez del Castillo. Lo que en tal estado tenia á nuestro hombre, era su muger, y siempre su muger: á medida que la veia mas lejos, le parecia mas hermosa; cuanto mas imposible se le hacia, tanto mas se irritaban sus deseos: doña Mencía habia llegado á ser para él uno de esos imposibles que se adoran, por los cuales se sufre un infierno, y que si dejáran de serlo matarian de alegría.

Estos tres personajes giraban sobre un mismo eje sin saber-

lo, y estaban ligados entre sí de una manera fatal: aquel eje era doña Mencía, la fatalidad Beltran de la Cueva.

«¿Hasta cuando va á durar esto, don Gonzalo? decía una mañana de agosto doña Mencía de Padilla al obeso eclesiástico, apoyada en un balaustre sobre el huerto del alcázar. ¿Veis ese sol que sale? (y la hermosa dama señalaba un brillante punto luminoso en la silueta de las sierras al oriente), pues antes de que trasponga necesito tener en mi poder esas prendas que sabeis. La reina, ni come, ni duerme, ni vive: está inquieta, disgustada...

—La reina ama á ese hombre.

—Le amaba.

—Y si vela, ayuna y sufre, solo es por su amor.

—Pudiérais tener razon si Juan Rodriguez hubiera sabido enmendar á fuerza de sumision su primera imprudencia; pero en vez de esto se ha obstinado, ha amenazado á la reina por medio de billetes insolentes que ha hecho llegar á sus manos á fuerza de oro, la ha hecho estremarse con la intimacion de que si no se rinde á sus deseos, entregará las prendas que sabeis y otras pruebas al rey.

—¡Pero, Dios mio, ese hombre se ha vuelto loco!

—¿Porque creis que no he amado yo á Juan Rodriguez?»

El arcediano fijó atónito sus pequeños y redondos ojos en la joven.

«Qué se yo por qué; sin duda porque no habeis querido.

—No, por Dios; me he visto precisada á dominarme, á luchar con mi corazon: ese hombre, para enamorar, sabe ser dulce, tímido, respetuoso, sabe halagar cuantas fibras delicadas existen en el corazon de una muger, y luego es admirablemente hermoso, hidalgamente bravo, gentil, apuesto, rico, generoso; pero yo estaba aleccionada, y sobre todo conocia algunas fechorías suyas: acordaos si no del lance de doña Leonor de Fox y su audacia respecto á doña Blanca de Navarra: la reina no le conocia, se vió desdeñada por el rey desde el primer momento de las vistas, y servida desde entonces con adoracion por ese hombre: despues, le vió caer á sus pies bañado en sangre, por haber tenido la galantería de servirle de caballero: abandonada en la cá-

mara nupcial, concibió una venganza que igualase al agravio que la hacia su esposo, y fue á vér aquella misma noche al herido: entonces se enamoró, sufrió, calló: callando y sufriendo, llegó á perder el juicio, se apasionó y me abrió su corazón: cuando el rey partió de la corte, hace tres meses, yo misma, encubierta fui á casa de Juan Rodriguez á llevarle una carta de la reina: desde entonces su alteza le ha recibido cada tres noches, sin darse á conocer.... cada dia mas enamorada y mas loca, llegó al punto de arrostrar por todo; pero en el momento preciso conoció que ese hombre le habia hecho traicion, y esto causó en ella el mismo efecto que causaria un torrente cayendo sobre una inmensa hoguera: la reina se irritó, tronó, como el fuego lanza furioso al agua en el primer momento; pero despues, os juro, que si no ha olvidado á ese hombre, es por el recuerdo de que le ha dicho amores, porque se ve entregada en sus manos; pero el dia que ese hombre muera, la reina le olvidará absolutamente, porque se ha desencantado.

—En lo que no habeis tenido vos poca parte.

—Era preciso impedir mayores males.

—Confieso que no os comprendo, doña Mencía: verdad es que jamás os he comprendido.

—Pero comprendeis demasiado que lo que sois me lo debeis.

—¿Y qué soy pues? exclamó el arcediano con acento gruñon: un hombre que no tiene hora de reposo ni de gusto: un hombre que continuamente está temblando bajo la mirada de lobo de Hernando de Carrillo.

—¡Ah! ¡os da miedo mi esposo!

—¿Sabeis lo que me dijo un dia que le aconsejé que os dejase en libertad, que no se entrometiese en nada vuestro, porque erais una gran muger á cuya sombra indudablemente medraria? Pues oid; me dijo: procurad que el fuego no me llegue á la cara, porque entonces, ¡ay de vos!

Doña Mencía no pudo menos de soltar la carcajada al ver el ridículo gesto de repugnancia con que el arcediano habia pronunciado sus últimas palabras.

«Sí, reios cuanto querais, dijo doblando su mal humor el

arcediano: esto no remedia el que hayais sido tan imprudente, que todo el mundo conozca vuestros amores con Beltránico, ó como se dice en la corte, con el señor conde de Ledesma, á quien dentro de poco llamarán el señor maestre de Santiago.»

El semblante de doña Mencía se nubló.

«El, y vos, y algunos mas, me lo debéis todo, exclamó; lo que no impide el que seais unos ingratos.

—Pero en fin, señora, á mí no me podeis culpar de desagradecido; os servia con toda mi alma, y os sigo sirviendo á pesar de que, segun las miradas que me fulmina el señor Hernando de Carrillo, se conocé claro que el fuego le ha llégado á la cara. *Ignes ira.....*»

El arcediano se detuvo, porque sin duda no estaba de humor para andarse en latines.

«Decis que me habeis servido y que me seguís sirviendo...» observó doña Mencía mirando fijamente al arcediano.

—¿Pues por quién si no por vos he cometido yo la prudente imprudenciá que há dado al traste con los amores de la reina y del señor Juan Rodríguez?

—Es que ese asunto no está aun terminado, y os necesito para darle cabo.»

Tembló sin poderse conténer don Gonzalo.

«¿Y qué quereis, señora? la dijo.

—Decis que no se han podido robar esas prendas al aragonés...

—Las lleva siempre encima.

—Para eso hay un remedio.

—¿Cuál?

—Tomad, contestó doña Mencía sacando de su limosnero un bolsillo de mallas lleno de monedas de oro.

—¿Y qué es esto?

—Atended bien: Juan Rodriguez irá esta noche, como todas, á cantar y llorar junto al postigo del alcázar.

—Es muy posible; es casi indudable.

—Mas posible es aun encontrar, cuando se quiera, un aventurero que por este oro le dé una puñalada y le arranque esas prendas.

—Es la primera vez que me pedis sangre, señora, exclamó asustado el arcediano.

—Considerad que está en peligro la honra de una reina, que hasta ahora no ha faltado á su esposo sino con palabras.....

—Pero.....

—Y que vais ya siendo viejo y achacoso, y os vendría bien descansar.

—Os ruego, señora, que mediteis bien lo que me habeis dicho.

—Está cumplidamente meditado.

—¿Y por qué para este amargo lance no os habeis acordado de otro?

—Porque vos sabeis lo que no hay necesidad que otro sepa.

—¡Y quereis tener en vuestro poder esas prendas antes que se ponga el sol de hoy! exclamó enteramente desconcertado el arcediano.

—Si no precisamente el sol de hoy, el sol de mañana.

—¿Y por qué, señora, no os aconsejais de don Beltran, que es discreto y podria encontrar un medio?

—¡Don Beltran no me ama! exclamó con dolor doña Mencía: don Beltran no haria ningun sacrificio por mí.

—¡Ah! estais enojada con don Beltran.

—Estoy furiosa.

—Y ved ahí; le recibis en presencia de las gentes.....

—Guardaos de una venganza que sonrie..... tengo el corazón destrozado, pero esta no es ocasion de hablar de eso. Quedamos en que á mas tardar mañana me entregareis esas prendas.»

Don Gonzalo meditó, se sonrió y contestó con entusiasmo:

«No solo os las entregaré, sino que os haré un gran servicio.

—¿Un gran servicio decís?

—Dejadme que guarde mi secreto.

—Guardadle, y tomad este dinero.

—No me hace falta señora.

—¡Cómo!

—Os aseguro que no me hace falta. Cuento con un brazo que no me costará nada.

—Ved lo que haceis, don Gonzalo.

—Descuidad, descuidad, señora; el señor Juan Rodriguez es hombre muerto.

—Pero si se puede evitar esa muerte....

—¡Oh! por supuesto..... ¿teneis algo mas que decirme?.....

—Sí, ¿sigue don Beltran con doña Beatriz?.....

—Hace tiempo que.....

—Informaos y volved despues.»

Doña Mencía se separó de la balaustrada y se alejó á lo largo de la galería.

«¡Oh! ¡mugeres! ¡mugeres! ¡monstruos humanos envueltos en sedas, verdaderos demonios con rostros de ángel! Afortunadamente puedo salir á las mil maravillas de este enredo... creo que él se prestará.... ya lo creo.... con placer.... son enemigos, sí.... sí.... y por esta vez creo que no tendremos estocada de aprendiz.... ella le ama y está ofendida.... él la necesita y querrá hacer paces con ella.... esta estocada y esas prendas pueden ser un hermoso lazo.... y yo.... yo debo coger mi fruto.... decididamente vamos á ver á Beltranico.»

El arcediano tomó la galería adelante en direccion opuesta á la que habia seguido doña Mencía.

CAPITULO XIV.

De la treta de que se valió el arcediano para salir adelante de su compromiso.

En una crugía oscura y apartada del alcázar de Valladolid, junto á unas escaleras, habia una portada gótico bizantina de medio relieve, de arco festonado y filetes y follajes toscos, pero caracteriscos y bellos en su rudeza; tras aquella puerta habia una cancela, en la cancela una mampara de cuero, y abierta esta, un desemboque ó recibimiento embaldosado de mármol blanco, desnudo de mueblaje, y cubierto de tapices descoloridos y viejos. En esta antecámara, ó puesto avanzado, como quera-
mos llamarla, se pascaba uno de esos viejos criados que nacen y mueren en un alcázar, que jamás salen de él, que son un adherente suyo, como las telarañas de los desvanes y los ratones de los sótanos, que alcanzan una gran longevidad y son la crónica viviente de tres ó cuatro reinados.

Este hombre vestía librea real, es decir, llevaba uno como capisayo rojo y usado, con las armas de Castilla y Leon bordadas en el pecho, una espada mohosa, unas calzas de lana azul, y unos gruesos zapatos de ante, harto traídos y llevados.

Este hombre contaba setenta años, y se acordaba perfectamente de Juan I, de Enrique III y de Juan II; contaba uno por uno todos los escándalos de aquellos tres reinados; relataba los amoríos ilegítimos de cuatro reinas; sabia la crónica escanda-
sa de media docena de infantas, y conservaba aun en el fondo de su

viejo arcon, en el mechinal que le servia de vivienda, los primeros escudos que habia recibido á título de tercería: oírle hablar de las damas, y sobre todo de las meninas y de las doncellas, era cosa para taparse los oídos, aunque por lo comun el tio Marcos, que así se llamaba, nunca hablaba de estas cosas sino con ciertas gentes de ancha conciencia, y de tal posicion, que ya fuese por amor, ya por otro interés cualquiera, no le preguntaban acerca de estas cosas sino cuando les convenia: el tio Marcos, sin ser hombre de gobierno ni haber pasado de otra cosa que de portero, alcanzaba mas acerca de ciertas intrigas que todos los cortesanos juntos, puesto que él era el punto tangente por donde tenian que pasar á la fuerza ciertas citas, trabacuentas y aventuras. El tio Marcos desempeñaba, pues, un oficio delicado, para el que se necesitaba mucha discrecion, mucha travesura, y al mismo tiempo, mucho aplomo.

En cuanto á la parte oficial, su empleo se reducía á estarse paseando ó sentado todo el dia en una antecámara, á pasar los recados y á cobrar sus cien sueldos por mes. En lo estrajudicial á murmurar con las criadas, á avizorar los cuartos de las otras damas, á ser á veces espía de la señora, y á introducir billetes en su cesta de labor cuando salia la susodicha señora de servicio y era necesario trasladar sus útiles de la cámara de la reina.

En el momento que presentamos al tio Marcos á nuestros lectores, servia de portero en las habitaciones de doña Guiomar de Sousa Coutiño.

Eran las tres de la tarde: el sol caía á plomo en el patio del alcázar, y hacia un calor de cuarenta grados: todo el mundo dormia, sin duda, la siesta, á juzgar por lo desierto de las galerías, y solo el tio Marcos se paseaba pensativo á lo largo de su antecámara.

De tiempo en tiempo se paraba, miraba al fondo de la galería como esperando á alguno, y luego seguía su paseo.

Al fin se oyó ruido de pasos á lo lejos y apareció un mancebo imberbe, con traje de paje del rey, que atravesó saltando el espacio que separaba el fondo de la galería de la antecámara, y entró en ella.

«¡Oh! señor Marcos, dijo con pronunciado acento portugués, ¿duermen ahí dentro?»

Estas palabras en el acento con que habian sido pronunciadas, parecian un prudente signo de inteligencia.

«Duermen, señor Rodrigo dos Vasconcellos.»

Cubrióse de un rubor de placer el semblante del paje, que hizo una mueca al viejo portero, le soltó un capirotazo en las narices, y empujó la puerta de enfrente, por la que penetró riendo.

«He aquí un lindo rapaz, que es muy feliz, dijo el portero, porque se ha enamorado de él una hermosa dama; y no sabe que en estos lugares se suele entrar por la puerta y salir por la ventana, sin que á veces sea necesario escala ni cosa que lo valga.... ¿eh? ¿eh? ¿no decia yo? ¿qué sombra es aquella que asoma por el lado de la capilla? no, son dos sombras, tres sombras, tan juntas que solo parecen una.... ¡mis ojos! hace treinta años veia yo como un halcon, pero ahora.... demonio.... es un hombre solo.... no veo más que dos piernas.... pues bueno, bien.... eso quiere decir que tenemos encima al limosnero de la reina.»

Así era: don Gonzalo se dirigia pausadamente á las habitaciones de doña Guiomar: el tío Marcos se estiró su capisayo, se compuso sobre la parte superior de la frente los cabellos de su nuca, y adoptó el aire mas noble que le fue posible.

«Dios bendiga á vuesamercé, señor arcediano, le dijo, ¿cómo tanto honor para mí? añadió viendo que el obeso clérigo se paraba delante de él.

—Entremos, entremos ahí, dijo el arcediano señalando la puerta de un oscuro cuarto situado á la izquierda de la antecámara, y hablemos bajo: ante todo, traedme una jarra de agua bien fría.

—Pero vuesamercé está sofocado.

—En efecto, muy alto vive doña Guiomar: sesenta peldaños de una escalera estrecha y empuñada.... id, buen Marcos, id, y mientras me refrescaré.»

Marcos salió, el arcediano se sentó en una silla de baqueta,

y se hizo viento con el extremo de una de sus mangas perdidas para helar el sudor que corría á arroyos por sus megillas.—

«Esa doña Mencía me va á matar, exclamaba: ¡uff! esta vida no es para mí, se necesitaba ser de hierro y yo soy de manteca..... me horroriza el pensar en un resbalon por esa endiablada escalera.»

— Cuando volvió el tío Marcos, el arcediano se había refrescado un tanto, y bebió con delicia y á pequeños sorbos el agua contenida en una pequeña y limpia jarra de Andújar.

«Ahora pues, sentaos enfrente de mí, dijo el arcediano cuando hubo concluido.

—Señor, yo no quisiera.....

—Sentaos y acercaos.»

Sentose y acercóse el portero.

«¿Cómo estamos de noticias?

—¿De qué noticias?

—De doña Guiomar.

—¡Ah! ¿de doña Guiomar? continúa.....

—Es decir, que sigue con Vasco de Rivadeneira.

—Eso sería estar parada, y ya he dicho á vuesamércé que continúa.

—¡Ah! ¿y quienes son ahora?

—Los mismos, es decir, el rey, el señor Beltran de la Cueva, el señor Vasco de Rivadeneira, é item mas, desde hace cuatro dias, un pajecillo rubio, de diez y seis años y hermoso como un sol..... pero vuesamércé le conoce..... es el señor Antonio dos Vasconcellos, hijo del marqués de Coimbra, y paje de la reina.

—¡Pero, Dios mío, esa muger es un pozo sin fondo, una inmensidad!

—Pues mirad, la infanta doña María era mas flaca, y nunca estaba sin seis. Ya sabeis: hablo de la infanta hija del rey.....

—Bien, bien, no nos importan nada ni la infanta, ni el rey.... ¿y cómo se compone esa señora?

—Escuchad, el señor Vasco de Rivadeneira, viene por la mañana y almuerza con ella.

— ¡Escelente!

— El señor Antonio dos Vasconcellos, viene á la siesta y come.

— ¡Admirable!

— El señor Beltran de la Cueva, viene á la queda y cena.

— ¡Magnífico!

— Y el rey viene á media noche por el postigo que da al huerto, y duerme.

— He aquí un famoso modo de distribuir el tiempo: de suerte que esa señora jamás está sola.

— Nunca.

— Esto debe produciros.....

— Indudablemente: me produce sustos.

— ¿Y dinero?

— ¿Y qué importa el dinero para contrapesar lo que podria suceder?

— ¡Bah! ya habrá descubierto doña Guiomar algun agujero por donde, en un apuro, echar fuera la parte sobrante.

— Mirad, ¿veis aquella puerta de enfrente?

— Sí.

— Pues ese es el escapadero.

— ¿Y ha sucedido que tenga que escapar alguno?

— Con frecuencia el señor Beltran de la Cueva..... algunas veces, el rey, que se conoce que es impaciente, no mide bien el tiempo que necesita para cenar doña Guiomar, ó se le ocurre cenar con ella, y ocasion ha habido en que el señor conde de Ledesma ha tenido que escapar sin gorra.

— Me parece que á no ser porque yo he venido, tendriais que presenciar la escapatoria del señor Antonio dos Vasconcellos, porque, segun creo, esta es la hora de su turno.

— ¡Cómo! ¿sabeis si va á venir el rey?

— No; pero sé que va á venir el señor Beltran de la Cueva.

— ¡Diablo! eso seria cosa de avisar á la señora.

— Haced lo que querais.

— Si me dais venia.....

— Esperad; podrá suceder que mientras vais y volveis no

esté yo aquí; ¿habeis sacado en cera, como os dije, el molde de la llave del postigo?

—Si señor.

—Dadme pues.

—Espero, señor arcediano, que vuesamercé no querrá comprometerme.

—¿Qué, es comprometer?... pagaros y agradeceróslo cumplidamente es mi intento..... ¿es esto, eh? ¿y estais seguro de haber sido fiel en la medida?

—Fidélisimo.

—Ahora bién; ved si esos cuatro escudos son de oro de buena ley.

—¡Ah, señor, no lo he hecho por tanto!

—Id, id y avisad á la doncella de la señora.»

El tio Marcos salió, y el arcediano quedó solo asomando la cabeza por la puerta y examinando la antecámara.

«Vendrá, sí, vendrá, se decia; la carta que le he hecho escribir le pondrá en cuidado y vendrá..... ya tocan á vísperas... esta es la hora, y él siempre ha sido exacto..... de esta vez, la mitra no se me escapa..... y ya es tiempo..... ¡eh! ¡ruido de espuelas! él es..... atencion.»

Oíase en la galería ruido de espuelas que se acercaba rápidamente, que llegó á la puerta, y un caballero entró en la antecámara.

Era Beltran de la Cueva que se encaminó de seguida á la puerta de comunicacion con las habitaciones de doña Guiomar.

—¡Eh, Beltranico, señor Beltran! le dijo el arcediano.»

El joven se volvió y le vió.

«¡Diablo! ¿qué haceis ahí don Gonzalo?

—Os esperaba.

—¿Qué me esperábais!

—Sí.

—¿Y quién os ha dicho que yo vendria aquí, y sobre todo á esta hora?

—¿Quién me lo ha de haber dicho, cuando yo soy el que os ha citado?

—¿Vos?

—¿Teneis una carta en la escarcela?

—No, pero la he recibido.

—En esa carta os llamaba doña Guiomar, y os decia que no os escribia por sí misma, por estar enferma: añadia que no os decia el objeto de la cita por ser demasiado importante, y os señalaba el toque de vísperas en punto..... este en punto consiste en que no tengo paciencia para esperar mucho, y ya veo que no habeis perdido la buena costumbre de ser puntual.

—Pues no entiendo para que os habeis valido de esta treta, don Gonzalo.

—Salgamos primero de aqui, puesto que aqui para nada os necesitan, y cuando sepais de qué se trata, estoy seguro de que os alegrareis.»

El arcediano salió de la portería como quien escapa, siguióle Beltran de la Cueva, bajaron por la escalera inmediata, entraron en el huerto del alcázar, y se sentaron á la sombra de un castaño, al lado de una fuente.

«Sepamos en fin, á qué ha venido toda esta farsa, dijo con visibles muestras de muy mal humor Beltran de la Cueva.

—Vos teneis la culpa de ello; jamás estais para mí, ni en vuestra casa, ni en el alcázar: hace un siglo que no os veo.

—Esto sucede singularmente desde que os acompañais....

—¿Con Juan Rodriguez del Padron?

—¿Qué me importa ese hombre? exclamó con desden Beltran.

—¡Ah! pues yo creí que os importaba mucho, y cabalmente venia á hablaros de él.

—Pues ya veis que estais equivocado. Lo que en vos me disgusta no es por cierto esa amistad, sino otras; por ejemplo, la del maestro de Calatrava y el marqués de Villena. Sois un espía doble, señor arcediano.

—Esto consiste en que soy un arcediano sencillo.

—¡Ya! ¿y creéis que sirviendo á la reina doña Isabel de Portugal..... medrareis? ¿que llegareis á obispo?... pues os engañais; casi, casi estoy por desterraros.

—En lo que hariais mal, exclamó experimentando cierto

calofrio el arcediano; muy mal, porque yo puedo servir de mucho.

— Vos no podeis servir de nada á nadie. —
 — ¡Cómo! pues no os consiento esto. ¿ajustemos cuentas, señor Beltran, y veamos. ¿por quién conocisteis al marqués de Santillana? ¿por mí? ¿por quién llegasteis hasta doña Mencía? por mí.... ¿por quién sois lo que sois? por doña Mencía?.... luego la consecuencia es muy clara: si yo no os hubiese pulido, amaestrado y ayudado, estaríais aun en Úbeda con vuestra caperuza raida, jugando á la pelota en el vergel del Galgo cojo; vuestro padre estaria sufriendo una horrible miseria, y vuestro hermano seguiria siendo sacristan. por el contrario, sois caballero, conde, privado del rey y enemigo de los Carrillos, los Girones y los Pachecos; os habeis casado con una rica-hembra; vuestro hermano es canónigo y vuestro padre vizconde. Entre tanto, yo continúo siendo lo que era.... se cree haberme premiado con hacerme limosnero de la reina, es decir, con haberme dado una bolsa vacía, porque aunque su alteza sea caritativa, su caridad es la caridad del pobre. no tiene un cor-nado.... ¡pobre señora!»

El arcediano miró furtivamente á Beltran, y sorprendió en su semblante una pasajera conmoción al nombre de la reina.

«Diablo! dijo para sí, ¡si tendremos otros amores!»

— Y en fin, don Gonzalo, ¿el objeto de vuestra cita cual es?

— Hablábamos de esa noble señora.

— ¿De quién?

— De su alteza.

— ¡Ah! sí.... ¿tiene que ver algo con vuestra cita la reina?

— Doña Mencía de Padilla me ha hecho un encargo bastante impropio para mí, un encargo que hubiérais desempeñado mucho mejor vos.

— ¿Un encargo referente á la reina?

— Eso es. Se dice que el señor Juan Rodriguez del Padron anda enamorado de su alteza.

— Esa es una infame calumnia, exclamó palideciendo Beltran.

— Observad que no he dicho que la reina le ame.

—Concluid de una vez, ¡vive Dios!

—No sé cómo ese endiablado aragonés ha podido procurarse ciertas prendas de la reina. . . . aquí las tengo apuntadas (el arcediano sacó un papel y le leyó); un rizo de cabellos rubios, una gargantilla de perlas, una patena con un san Miguel de oro, un relicario y una cruz de oro, que su alteza llevaba desde su nacimiento.

—¿Y cómo se ha procurado ese hombre esas prendas? esclamó con la voz trémula Beltran.

—No sé. . . . no sé. . . . doña Mencía de Padilla, que es confidente de su alteza, me ha dicho: procurad arrancar las prendas contenidas en este papel á Juan Rodriguez del Padron; hacidle matar si es preciso. . . . yo no sirvo para esto, Beltranico; encargaos vos de la empresa, y esto os pondrá bien con doña Mencía; esto le hará olvidar que venís á cenar todas las noches con doña Guiomar.

—Dadme ese papel, don Gonzalo.

—Por este papel me dareis otro, ¿no es verdad?

—Os juro que sereis obispo. . . . pero con una condicion: dejad de servir á los Pachecos.

—Por dejado.

—En cuanto á este negocio, yo me encargo de él, pero necesito algunos antecedentes.

—El señor Juan Rodriguez lleva siempre encima esas prendas.

—Bien.

—El señor Juan Rodriguez va todas las noches á las doce á cantar trovas junto al postigo del alcázar.

—Bien.

—Además, esas prendas han de estar en poder de doña Mencía mañana.

—Lo estarán.

—Ahora me toca daros algunos consejos. La astucia puede mas que la fuerza, y el que remata mata.

—¡Oh! descuidad.

—Que no vuelva á suceder lo de Úbeda: fuera de generosi-

dades: enemigo muerto no habla..... lo que mas importa aqui es cerrar los lábios de ese hombre.

—Porque ese hombre, sin duda, es dueño del honor de la reina, observó Beltran lívido y descompuesto.

—Creo, señor Beltran, que de esta vez vais á quedarme muy obligado.

—Os lo estoy ya. CAPITULO XV

—Veremos, pues, como cumplís. Vamos, adios. Os he dicho todo lo que tenia que deciros. Manejaos como podais: Ello es preciso que vos salgais, que yo salga y que todos salgamos adelante. Os espero esta noche á cualquier hora.

—Iré si venzo.

—Y vencereis. Sois mas valiente que él, mejor espada que él.

—Pedid á Dios por vos y por mí.

—Oh! ¡por eso no quedará! ¿con qué hasta despues de media noche?

—Si; quedad con Dios, don Gonzalo.

Levantóse Beltran, átravesó el huerto á paso largo, y salió. El arcediano se quedó murmurando:

«Hemos llegado á adonde podíamos llegar..... si Beltranico tiene fortuna... si la reina agradecida... oh! entonces me lo deberá todo, y me pagará.»

El arcediano tomó á paso lento y pensativo el huerto adelante.

CAPITULO XV.

De como Beltran de la Cueva se acercó á su ambicion en amor,

Era muy tarde. No pasaba un viviente por las calles de Valladolid, y la oscuridad era densa. Las callejas, tetricas y silenciosas, daban pavor. Un hombre rebozado en una capa atravesó el Espolon y se encaminó al alcázar, dió la vuelta á la caba, llegó al postigo, y se pegó á su dintel, quedando confundido en la sombra.

Poco despues, otro bulto embozado llegó, se paró, se sentó en un borde de la caba, y sin reparar en el que habia llegado antes, exhaló un suspiro, sacó de debajo de la capa una guitarra, la templó, y cantó en seguida el siguiente romance:

¡Ingrata, muy mas que hermosa,
 La que gozas en mi muerte,
 La que me digiste amores
 Y los trocaste en desdenes!
 Mal haya el hora menguada
 En que nací para verte,
 En que te ví para amarte
 Y te ví para que aleve
 Trocases en desengaños
 Venturas que soñé imbécil.
 ¡Prendas de tu amor me pides,
 De tu amor que fue tan leve
 Como el viento ó como el ave
 Que pasan y nunca vuelven!

Antes me arranque un villano

El corazón en que hierven

La ponzoña de los celos

Y la rabia de perderte,

Que esas malhadadas prendas

De mi seno se destierren;

Que ellas mi dolor conocen,

Ellas mis lágrimas sienten,

Y menos que tú, insensibles

Acaso me compadecen.

¡La ventura me robaste

Y ni aun su recuerdo quieres

Que en mi afanosa desdicha

Para consuelo me quede!

Mal, ingrata, me conoces,

Y mal mis celos comprendes,

Celos que engendran venganzas,

Y ¡ay de tí como se venguen!

¡Ay si mis ojos se cansan

De las lágrimas que vierten!

¡Ay si esas prendas del alma

En mi desagravio vuelven!

«Hé aquí una manera harto villana de demandar amores, dijo adelantando espada en mano el bultó que hasta entonces había estado replegado en el dintel del postigo.»

El del romance guardó por un momento el silencio del asombro, y seguidamente desnudó su espada, y se fué para aquel hombre.

«Hé aquí un importuno que viene á tiempo para que yo saque mi rabia, dijo con desprecio.

—Echad para adelante, señor Juan Rodriguez, dijo el que primero había hablado.

—Que me place, señor Beltran de la Cueva. Vamos.»

Aquellas dos sombras tomaron el costado del alcázar adelante, y se perdieron; entonces se abrió quedo una ventana sobre el postigo, y se oyó la voz de dos mugeres que departian en voz baja.

«Has oido, Mencía? dijo la una, que apenas alentaba:

—Perfectamente, señora, contestó la otra, que temblaba cólerica.

—¿Pero tú no me digiste que don Gonzalo se valdria de un hombre que nada supiese?

—Don Gonzalo es un miserable, y esto es todo.

—Tengo miedo, Mencía.

—¡Miedo! ¿por quién? preguntó con amargura doña Mencía.

—No sé..... pero..... mi honor..... ¡mi honor entregado á la corte!....

—Don Beltran le guardará.

—¡Don Beltran! ¡ese niño! ¡ese favorito delicado que parece una dama! Juan Rodriguez le hará pedazos. dijo la reina con acento triste; estoy segura de ello.

—¡Oh! no tanto, señora; ¿habeis olvidado que quien causó á Juan Rodriguez la herida que se le abrió bailando con vuestra alteza fue Beltran de la Cueva?

—¡Oh! sí..... es verdad, exclamó la reina pensativa.

—Y á mas, continuó doña Mencía ya perfectamente serena, vuestra alteza parece nacida para inspirar amor..... acaso don Beltran sienta celos.....

—Eso es decir, exclamó con severidad la reina, que don Beltran se ha atrevido á decir..... á demostrar.....

—No, no digo eso, don Beltran, ese niño, como vos decís, posee un profundo disimulo, y podrá acontecer.....

—Vámonos de aqui, Mencía... tengo la cabeza ardiendo, necesito recogerme..... siento miedo.»

—Cerróse la ventana otra vez, y todo quedó en el más profundo silencio.

Poco despues, la reina sola, sentada junto á una mesa, velaba en su cámara; estaba vestida de blanco, y su palidez sobrepujaba en blancura á su vestido. Azorada, trémula cada vez que un ruido nocturno llegaba hasta ella, levantaba la cabeza, fijaba la vista en la puerta, y su palidez se condensaba: sufría de una manera violenta, y por instantes esperaba: las palabras de doña Mencía habian producido en ella una profunda impresion; y entonces, avisada por los celos de su camarera, habia dado una esplicacion á ciertas miradas ambiguas, al empacho, al encogimiento que alguna vez habia visto en Bel-

tran de la Cueva. ¿La amaría aquel hombre? La reina tenía el corazón recientemente herido, y este pensamiento la contrariaba, pero no podía ofenderla, puesto que Beltran se había contenido en los límites del mas profundo respeto; pero si era verdad que la amaba aquel hombre, que era una omnipotencia en el alcázar, que contando con la custodiana ausencia del rey, podía penetrar en su nombre y bajo un pretexto cualquiera en su cámara á la hora mas importuna: contando con esto, decimos, la reina le esperaba si salia avante de su empresa.

Pasó una hora, y aquella hora fue para la reina un siglo: trasladábase con la imaginacion á un lugar donde dos hombres, enamorados acaso entrambos y celosos, reñían por ella: révelábase á veces en su corazón un resto del amor insensato que habia sentido hácia Juan Rodriguez y se estremecía, y á veces en aquel mismo corazón brotaba un sentimiento nuevo, un vago sentimiento de gratitud hácia aquel jóven que tan respetuoso se habia mostrado siempre con ella, y que esponía su vida por su honor: si la amaba, era llevar el amor hasta la abnegacion; si era solamente un vasallo leal, su acción era noble y grande. Doña Juana era, como muger, impresionable; se habia desencantado de Juan Rodriguez, necesitaba llenar su corazón con algo, y por esta razon sintió un vago impulso de interés por Beltran, y esperó con impaciencia.

Hubo un momento en que resonó una voz breve é impéiosa en la antecámara, y luego rechinó la puerta, se levantó el tapiz y apareció Beltran de la Cueva pálido, contraído con un objeto en la mano.

«Dispénsese vuestra alteza, la dijo, si me he atrevido...»
 «—No es la primera vez que os atreveis, caballero, le dijo la reina.

«—A haber estado vuestra alteza recogida en su dormitorio, me hubiera sido necesario hacerla avisar, porque el asunto que me trae es grave.

«—¿Qué es grave el asunto porqué venis? Llegad pues.»
 Beltran de la Cueva que habia permanecido cerca de la puer-

ta, adelantó. Entónces pudo notar la reina que venia ensangrentado y herido en un hombro, á juzgar por la sangre que asomaba por una rasgadúra de su sayo. «Dios mío! ¿qué es esto, caballero?» Beltrán de la Cueva no contestó; puso sobre la mesa el pañuelo en que traia algo envuelto en la mano, le desenvolvió y dejó ver á la reina una patena, una gargantilla, una cruz y un rizo de cabellos rubios. Aquellas alhajas estaban cubiertas de sangre.

La reina palideció mas densamente, se estremeció, y luego un rubor intenso énnegreció su semblante. Y pasó una hora.

«Y bien, caballero, dijo haciendo un esfuerzo estas prendas cubiertas de sangre....»

—Eso significa, señora, que el hombre que las poseia, que sin duda las habia robado, no podrá ya calumniar á vuestra alteza.

—¡Ha muerto! exclamó la reina con acento apagado.

—Debia morir, señora, y así lo he querido.

—Gracias, caballero, gracias, contestó doña Juana conmovida; habeis salvado el honor de una dama.

—¿Con que era verdad? exclamó profundamente Beltrán de la Cueva.

La reina levantó sus hermosísimos ojos garzos, y los posó en Beltrán.

«He amado á ese hombre.... todo lo puedo decir á vos que me habeis libertado de su loco amor.... vos mejor que nadie sabe á cuánto me ha espuesto el vergonzoso abandono del rey; pero olvidad, caballero, que la reina, que una muger casada, ha estado á punto de mancillar su honra....»

—¡Ah, señora! exclamó Beltrán temblando de emoción; á punto decis?....

—¿No habeis escuchado el romance de ese hombre?.... era la queja de quien nada ha conseguido, nada.... la Providencia me ha salvado, y despues vos.... si no puedo sufrir en adelante este estado de abandono, me encerraré en un claustro, y moriré allí desesperada.

—¡En un claustro! ¡sepultar en un claustro tanta hermosura, tanta pureza! ¡ahogar entre las paredes de una celda un corazón nacido!....»

Beltran de la Cueva se detuvo; se conocia que dominado por su amor habia ido mas allá de donde quería ir. La reina le miraba con una atenta curiosidad.

«¿Nacido para qué? preguntó gravemente doña Juana.

—Señora, contestó Beltran de la Cueva, permitidme que deje á vuestra alteza; esas prendas estan ya rescatadas; quien hubiera podido turbar vuestro reposo, muerto.... nada tengo que hacer aqui.

—Aclaradme el misterio de vuestras palabras, don Beltran; no os comprendo.... no puedo atribuir vuestra confusion, el estado en que os encontrais, mas que.... perdonadme... pero creo que lo que no me decis hoy, me lo direis mañana... quiero saber si puedo dormir tranquila, si el que me ha salvado de un peligro no es un nuevo peligro.... si puedo contar con vos como con un amigo leal, ó me veré obligada á sufrir humillantes condiciones.

—Mirad, señora, contestó Beltran abriéndose el sayo, y mostrando á la reina un medallon de oro pendiente de su cuello.

—¡Mi traslado! exclamó la reina.

—Sí, vuestra imagen, señora; mas ha de un año, desde antes de que vinieseis á Castilla, le tengo sobre mi corazón.»

La reina, al tropezar con un nuevo amor, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

«Dormid tranquila, señora, dijo Beltran profundamente conmovido; quien ha encerrado su amor, su desesperacion y sus celos durante un año, le guardará toda la vida, que no será larga, lo aseguro á vuestra alteza: he levantado la vista muy alto, pero no me valdré de medios villanos para escalar esa altura. Dormid tranquila, doña Juana; mi espada y mi corazón, son vuestros.... ¡pero dictaros yo condiciones! ¡qué! ¿habia yo de satisfacerme con la sumision de una muger, cuando para ser feliz necesito todo su corazón, toda su alma?»

—¿Y qué hariais con mi alma y con mi corazón? exclamó con arranque la reina.

—Si no han de ser míos, señora, no me hagais concebir una esperanza.

—Necesito olvidar.

—¿Amais aun?

—Desprecio y estoy humillada.

—¿Despreciáis?... luego no habeis amado....

—He creído amar.

—¿Y os ha curado un desengaño?

—Sí.

—¿Y si yo os pidiese amor?...

—Os diria: esperad.

—Esperad: una muger que dice esperad....

—Dice que ha nacido para amar, que necesita amar, que no puede vivir sin amor.

—¿Dios mio! ¿y si yo no pudiese vivir sin ese amor, sin vuestro amor, señora?...

—Esperad.... me habeis dado una prueba terrible de vuestro amor, y me habeis conmovido.... pero no os amo.... acaso no os ame nunca.

—¡Ah, señora!

—Para que yo os amara, seria necesario que yo comprendiese en vos un corazón tal como el mio.... un alma firme, apasionada, dispuesta á sacrificarlo todo por el ser amado.... ¡oh, esa alma, esa alma que he buscado en vano, y que es la sed de mi existencial!

Beltran de la Cueva miraba con espanto á la reina, temia que el dolor de la muerte de Juan Rodriguez la hubiese vuelto loca, y que fuese hija de aquella locura la exaltacion de sus palabras. La reina pareció comprender su pensamiento, y continuó:

«Veo que mis palabras os espantan, don Beltran, y es porque no sabeis hasta dónde llegan mi desesperacion y mi aislamiento.... si es verdad que me amais, me habeis amado sin comprenderme: yo no soy ni una reina, ni una esposa: soy una

pobre muger, débil, olvidada, ultrajada, reducida á un estado miserable: me han unido á un hombre indigno de ser amado, á quien es imposible amar: me han dado el nombre de reina, y me veo escarnecida: alrededor mio se agitan las rebeldías, las traiciones, las miserias más repugnantes; mi corazón se comprime, necesita llorar, y no tiene un seno en que derramar sus lágrimas..... hé ahí la razón de mis palabras, que en otra mujer serian vergonzosas. Pero yo no soy nada, nada..... estoy enteramente libre, porque se me ha dejado en libertad; y lo que es más, se me ha impulsado á los amores de ese hombre á quien habeis muerto. Le atribuí grandezas que no tenía, le amé y estuve á punto de perderme..... Dios hizo que ese hombre se revelase á tiempo..... si algun recuerdo me queda de él, es el despecho de haberle amado, de haberle dicho amores..... ahora bien, de una manera fatal nos une un lazo de sangre..... decís que me amais..... pues bien; sois poderoso en la corte, teneis lanzas y vasallos, sois valiente y pareceis generoso..... servid pues de arrimo á una pobre muger desamparada..... protejedla..... y amadla, amadla con toda vuestra alma, porque si llega un día en que yo pueda creer en la sinceridad y en el desinterés de vuestro amor, os amaré cuanto soy capaz de amar... por eso, solo por eso os he dicho: esperad.

—¿Y mañana, señora, me hablareis lo mismo que esta noche?

—Olvidad cuando salgais de mi cámara lo que os ha dicho Juana de Portugal: mañana encontrareis á la reina, y la reina no se os presentará otra vez como se os presenta ahora, como una pobre muger, sino para deciros: yo os amo.

—Adios, pues, señora: desconfiais de mí y no quiero poseer nada vuestro que pueda haceros temer exigencias como las que han causado la muerte de ese hombre..... vuestro traslado.....

—Guardadlo, don Beltran, guardadlo como le habeis guardado hasta ahora, y guardad tambien esas prendas. ¿No os he dicho que quiero ponerlos á prueba?

—Sea vuestra voluntad, señora.

—Id con Dios, Beltran. Y os lo repito: no recordeis jamás á la reina lo que os ha dicho la muger.

—¡Adios, señora, adios! exclamó Beltran hincando una rodilla en tierra y besando con respeto una mano á la reina. » Despues recogió de sobre la mesa el pañuelo ensangrentado con las prendas que contenia, y salió.

La reina se desplomó sobre su sillón, se ocultó el rostro entre las manos, y rompió á llorar desconsoladamente. En aquel momento se levantó un tapiz y adelantó Mencía de Padilla, pálida, convulsa, irritada, y se contuvo á duras penas al llegar junto á la reina.

«Indudablemente amábais mucho al difunto, doña Juana, la dijo, cuando la desesperacion de perderlo os ha hecho decir tanta locura á don Beltran.

—Don Beltran es un noble y generoso caballero, Mencía, dijo la reina posando en su camarera sus ojos llenos de lágrimas.»

Doña Mencía se mordió impaciente el labio inferior.

«Don Beltran es muy hermoso, ¿no es verdad, señora?

—Don Beltran guarda bajo su semblante de niño un corazón de gigante.

—¿Y le amais?

—No.

—¿Que no le amais y le habeis dado esperanzas?...

—¡Oh! ¿y cómo vivir así? loca, con el corazón desgarrado, sola..., yo busco el amor como un consuelo, como un refugio contra mis dolores..... si don Beltran es digno de mi amor, le amaré.

—Plegue á Dios que un día no os veais obligada á matar á ese niño como habeis matado á Juan Rodriguez del Padron.»

La reina tembló, calló, y doña Mencía dominada por su emocion, por sus celos, por su desesperacion, calló tambien: temerosa de que el estado en que se hallaba no la arrastrase á dar un escándalo, salió de la cámara dejando sola á la reina, que estuvo llorando hasta el amanecer, en que el sueño y la fatiga la rindieron.

En el momento en que se dormia la reina, un paje llamaba á la puerta de las habitaciones de Hernando de Carrillo, á quien su esposa citaba en aquel mismo momento á su cámara.

CAPITULO XVI.

En que Hernando de Carrillo, despues de once años de ser esposo, se creyó por la primera vez marido.

El capitán del rey no se hizo esperar mucho despues del amable recado de doña Mencía. Contribuyó á que fuése mas pronta su presentacion en la cámara de aquella, el que no se habia desnudado ni acostado; por el contrario, habia pasado la noche de ronda, y acababa de llegar al alcázar.

Doña Mencía le recibió como nunca le habia recibido: en el lecho. La hermosísima cortesana estaba deslumbrante, perdida entre la nube de encajes y blanquísimo cambrai de las ropas del lecho, medio desnuda, destrenzada la cabellera y á la media luz que penetraba tenué hasta ella á través de los tapices de la ventana y de las coladuras del lecho.

Cuando Hernando de Carrillo se acercó tímidamente, doña Mencía se sonrió de una manera hechicera, tendió hácia él su hermosísimo brazo desnudo, le asió una mano, le atrajo á sí y le hizo sentar en el lecho.

«¿Qué significa esto, mi amada esposa? dijo temblando de conmocion Hernando de Carrillo.

—Quiero, amigo mio, que busqueis inmediatamente un barbero.

Hernando de Carrillo hizo un gesto de sorpresa.
«Un barbero! exclamó; ¿que decís, señora? ¿para qué necesitais á un menestral de esa especie?

—Para que os rasure, esposo mio; estais horrendo con esas barbas de capuchino, y es lástima, porque no sois mal mozo.

—Permitidme, señora; tengo hecho voto de no tocarme á un solo pelo de la barba hasta....

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que seais mi muger.

—Pues ha llegado el caso de ello....

—¡Cómo! ¡qué! ¡señora! ¿no os burlais de mí?

—¡Burlarme! ¡para burlas estoy! habeis de saber que soy viuda.

—¡Cómo! ¡con que el señor Juan Rodriguez!.... ¡y yo que creia que era el otro!....

—Pues os habeis engañado.

—¿Sois vos la que le ha hecho matar?....

—Sí.... no he querido que tengais celos.

—¿Y os habeis valido de otro que de mí para esa obra de misericordia?

—¿Qué quereis? no he querido comprometeros desde que os amo.

—¿Y desde cuándo me amais, señora?

—Desde que he conocido que vuestro corazon, á pesar de su rudeza, es mucho mas noble, mucho mas leal que el de todos esos barbilindos de cortesanos.

—Pero habeis acordado demasiado tarde, señora, observó Hernando de Carrillo señalando la cuna donde dormia el pequeño Pedro.

—Y debeis agradecermelo.

—¿Que os lo debo agradecer? pues no lo entiendo.

—Decidme, ¿os he engañado?

—No, en cuanto á eso es preciso confesar....

—La verdad.... cuando para cubrir mi honor cõprometido por una torpeza vuestra me fué preciso aceptar vuestra mano, antes de ir al altar os dije: no conteis para nada conmigo, ni me vengais despues con celos, ni os entrometais en nada mio; soy y seré una muger enteramente estraña para vos, porque ni os amo ni os amaré.... ¿os acordais de esto?

—Me acuerdo.

—¿Y os acordais de lo que me contestásteis?

—Mi contestacion, señora, hubiera sido bastante para ablandar una coraza de Milan; os dije: me basta con que lleveis mi nombre; usad de él, abusad, amad á quien querais, y si alguna vez os estorbo, decidme: necesito ser viuda, y me mataré.

Pronunció Hernando de Carrillo de una manera tal estas palabras, que doña Mencía, sobreescitada, le atrajo asi, se inclinó sobre el lecho y le besó en la boca. Despues se dejó caer desplomada y rompió á llorar.

«Sufris demasiado, señora, dijo Hernando de Carrillo conmovido; debeis tener el corazon destrozado.... y una de dos, ó necesitais consuelo ó venganza.

—Las dos cosas á la vez.

—En cuanto á venganza, vuestro soy.... nadie ha dudado de mi valentía: rompo una lanza en el aire, domino á un potro cerril, corto la cabeza á un buey de una cuchillada, y soy capaz de hacer echar los sesos por las narices de una puñada á una cabeza de piedra: nunca he conocido el miedo, y si el Cid hubiera resucitado para ofenderos, yo, por vos, le volveria á la sepultura hecho pedazos.... ¿necesitais venganza, vos, que sois mi alma? ¡os han destrozado el corazon! ¿y vive quien lo ha destrozado? ¡ira de Dios! decidme; ese es, y lo reduzco á polvo... pero en cuanto á lo de consolaros.... vamos.... yo no sé mas que amaros con todo mi corazon; soy rudo, es cierto, pero leal; eso sí.... jamás miento ni vendo á nadie: he ahí por qué en diez años no he pasado de ser capitán del rey.... y este hombre tan feroz, este hombre que os causaba espanto, ha llorado por vos, señora, ha sufrido y ha gozado tambien.... sí, ha gozado. Cuando al presentaros entre la corte, he oido decir: vedla: es la muger mas hermosa de Castilla.... yo me he dicho.... yo soy el hombre mas grande del mundo, porque yo comprendo el amor; el amar consiste en saberse sacrificar por la persona amada, en hacerla feliz.... ella es feliz con ser libre.... con amar á otro.... que lo sea.... sobrepongámonos á nuestro dolor; ella antes que nosotros.... cuando hubiéramos

podido arrollar y hacer pedazos de un solo empuje á una docena de esos rapaces á quienes prodigabais vuestras sonrisas.... ¡Ah, señora! yo he sufrido un infierno, porque vos goceis.... ¡y al cabo os han hecho llorar!.... ¡os han vendido!.... esto es diferente.... ¡por Santiago de Compostela! decidme el nombre de quien os ha ofendido, señora.»

Doña Mencía entonces se levantó sin cuidarse de cubrir su desnudez, y miró á Hernando de Carrillo con los ojos llenos de lágrimas.

«Con lo que acabais de decir, me habeis hecho un horrible daño.

—¿Que os he hecho daño, señora?

—Sí, porque siento remordimiento.

—¿Remordimiento de qué?

—El espíritu humano es ciego.... he buscado en vano lo que tenia al alcance de mi mano sin conocerlo, lo que era mio.... enteramente mio.... ese gran corazón que me habeis revelado de una vez bajo su ruda corteza.... ¿por qué habeis callado tanto.... ¡Hernando! ¡Hernando! soy muy desgraciada... y no os merezco.... idos.... yo me vengaré sola....

—¿Que me vaya, cuando llorais?... si estuviérais alegre, si os burlárais de mí como otras veces.... pero es, señora, que yo tampoco os conocia... os creia una loca... una muger sin alma...

—Nos hemos comprendido tarde por nuestra desgracia, Hernando; dijo doña Mencía, mirándole como nunca se habia visto mirar el capitán del rey.

—¡Bah! si vos quereis, olvidemos lo pasado, y en cuanto á ese vástago.... vamos, no tiene remedio.... no os avergonceis, señora.... yo no tenia ningunos derechos sobre vos, porque os los habia cedido, ó por mejor decir.... no hablemos más de esto, porque seguramente cometeré una torpeza.... lo que importa, señora, es saber el nombre de quien....

Brillaron los ojos de doña Mencía de una manera lúgubre.

«El arcediano.... dijo con voz vibrante....

—¡Ah, ah! ¡un clérigo!.... diablo.... quisiera mejor un hombre de armas, y luego, don Gonzalo me teme, huye de mí.

—Yo os avisaré donde le podreis encontrar..... ahora, ídos..... y volved esta noche..... volved.....

—¡Que vuelva! ¿y para qué?....

—Os dije que necesitaba un corazon, y cuando menos lo pensaba he encontrado ese corazon en vos.

—¡Ah, doña Mencía!.... ¡por Dios! no me engaños.

—Os juro ser vuestra..... vuestra para siempre, y aun me atrevo á asegurar que os amaré.»

Hernando de Carrillo se apoderó de una mano de doña Mencía, y la cubrió de besos.

«¡Adios, alma mia, adios! la dijo: voy á hacerme rasurar, y á preparar mis vestidos de boda.»

Y sin decir una palabra mas, escapó.

«He sido una loca, dijo doña Mencía; no he conocido que vale mas un buen corazon que un bello semblante. ¡Ah, señor arcedianio!.... ¡clérigo infame!.... sois una víbora, y estoy cansada de vos. En cuanto á vos, señor Beltran de la Cueva, no sé si os amo ó si os aborrezco..... pero necesito que vivais para vengarme de vos.»

Despues de esto, doña Mencía llamó á sus doncellas, se vistió, y mandó llamar al arcedianio.

CAPITULO XVII.

De la explosion que causaron los celos de doña Mencía en el alcázar, y de como el arcediano sacó la peor parte.

No se había dado ejemplo de que Hernando de Carrillo hubiera dejado el lecho tan tarde como al día siguiente á los acontecimientos que acabamos de referir. Descorrió los dobles tapiques de una ventana, abrió sus maderas, y entonces se esplicó por sí misma la causa de la pereza del capitán: estaba en la habitación de su esposa, ó por mejor decir, porque podemos ya decirlo, de su muger, puesto que había pasado con ella la noche.

Hernando de Carrillo había variado de todo punto; á mas de la carencia de la barba, de la que solo se había dejado el vigote, y por la que había quedado descubierto su semblante, en lo que había ganado mucho, sus ojos se habían dulcificado con la felicidad, y su boca había perdido su dura contraccion; Hernando de Carrillo no tenía mas que treinta y un año, era esbelto, aunque fornido, brotaba de él una gran escuberancia de vida y de juventud, y sobre todo, tenía cumplidas trazas de caballero. Sin ser un hombre hermoso, afeitado, compuesto y alegre, podia pasar por un buen mozo, y con sus buenas cualidades de marido, y con su amor á toda prueba, hacerse tolerable á doña Mencía, y aun con el tiempo, contando con la domesticidad que debia necesariamente inferir en él el trato íntimo con la hermosa cortesana, podia, decimos, hacerse amar con el amor del positivismo.

Ello es que Hernando de Carrillo estaba desconocido.

«Con que mi adorada Mencía, dijo despues de haberse abrochado el último herrete de su rico jústillo, ¿la cosa está decidida?

—Decidida de todo punto.

—Vamos á dar un escándalo del que no hay ejemplo en la corte, ni aun en los malos tiempos en que don Álvaro de Luna azotaba á don Juan el II.

—¿Y qué importa? es necesario que nos vengüemos.

—Sí, tienes razon, la venganza es muy buena, muy sabrosa, y ya me bulle la risa en el cuerpo pensando en la mia. Va á ser un reventon enorme.... va á temblar el alcázar.... á tí por lo visto te gusta la venganza caliente, al revés que á mis moriscos, que dicen que para que sea sabrosa debe comerse fria.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡la una! exclamó doña Mencía oyendo el reloj del alcázar que daba una hora, y saltando del lecho. Llama á mis camareras, Hernando.

—¿Cómo! ¿no te importa el que sepan?....

—¿Que he partido el lecho contigo?.... no, Hernando, no.... lo que ha sido esta noche será siempre.... ¿no te he dicho que te amo?»

Hernando de Carrillo hizo un esfuerzo para no comprender la amarga y triste sonrisa con que doña Mencía acompañó sus palabras. Pero antes de desentenderse enteramente de ello, no pudo menos de exclamar para sí:

«Mi muger está desesperada, y se venga: ahora soy un marido como casi todos los maridos.

—Creo, Hernando, que debes empezar por tu parte.

—Esto es, guardo las avenidas con mis gentes.

—Eso es. Y no dejas pasar ni á ese barbilindó Antonio dos Vasconcellos, ni á Vasco de Rivadeneyra.

—Bien, muy bien.

—Se entiende: que esos hombres esten ocultos.

—Por su puesto.

—Cuando pasen el arcediano y Beltran de la Cueva....

—Aviso á la reina....

—Eso es.

—Y luego... luego... lo que quieras.

—Eso es..... ajusto mis cuentas con don Gonzalo. Pues bien: ello será á las mil maravillas.

—Como hasta las tres no estamos de prisa, avístate con don Pedro Giron, por lo que puede acontecer; pon en armas á la guarda morisca, porque podrá suceder que el escándalo llegue hasta las espadas.

Hernando de Carrillo abrazó á su muger, la besó en la boca, y salió. Doña Mencía quedó entregada á sus doncellas que la ataviaron espléndidamente, despues de lo cual se trasladó á la cámara del rey.

Pasó en tanto el tiempo y dieron las tres. El tio Marcos se paseaba gravemente en la antecámara de doña Guiomar, tranquilo y descuidado, cuando de repente palideció, tembló y se pasó la mano por los ojos, como quien duda de lo que ve: la reina, acompañada de su camarera mayor, adelantaba; llegó á la antecámara y entró por la puerta de escape, no por la principal, sin que el tio Marcos se atreviese á decirle ni una sola palabra; pero su asombro llegó al colmo cuando la camarera se acercó y le dijo:

«Esta es una ratonera, viejo mochuelo, le dijo: guardaos de darlo á entender á los que vengan, porque os va la cabeza.»

Despues de esto, la camarera se perdió por donde se habia perdido la señora, y el tio Marcos se quedó murmurando:

«He aqui un servicio bien á secas. Al buen callar llaman Sancho. Calleemos pues.»

Apenas habia concluido el portero este razonamiento, cuando á lo largo de la galería avanzaron dos personas: eran Beltran de la Cueva y el arcediano.

«Os digo, Beltranico, decia el primero, que lo temo todo; hemos llegado á punto de sangre, y yo, á ser vos, no hubiera venido. Doña Mencía ha hecho las paces con Hernando de Carrillo, ha dormido con él esta noche.

—¿Y bien, qué me importa?

—¿Qué os importa? eso quiere decir que está desesperada y que nos tiende un lazo.

—Dejadme hacer..... es preciso romper de una vez..... habéis hecho bien en decidiros por mí, en revelármelo todo..... tiene celos, es cierto..... pero ha acordado tarde, ha andado torpe.

—Espero que tendreis siempre presente que no he dudado entre vos y ella, que me habia encargado traeros aqui engañado, y que haciéndola traicion espongo mi vida.

—Descuidad; esta noche doña Guiomar duerme en un convento; doña Mencía, don Pedro Giron, su hermano, su tio y sus amigos, salen de la corte..... ¡oh! ¡oh! ¡ha llegado mi dia, don Gonzalo!.... confieso, en fin, que os debo mucho y os pagaré muy pronto. Mirad:

—Una carta para el nuncio de su santidad.

—Sereis electo obispo de Sigüenza en reemplazo de ese don Pedro Gonzalez de Mendoza, á quien daremos otro destino, que por cierto no espera. ¿No decís que la reina está dentro?

—Así me lo han asegurado mis espías.

—¿Y que doña Mencía ha salido de la cámara del rey con él y han bajado al huerto?

—Así es.

—¡Oh! nunca hubiera creído que doña Mencía llegase á tanto.

—¡Ah, Beltránico! no sabeis de cuánto es capaz una muger enamorada y ofendida. Ya veis, ha llegado hasta el punto de fingir amor y sumision á su marido.

—¿Y tiene la llave del postigo del huerto?

—Se la entregué anoche.

—¡Bien! ¡muy bien! Creo que ya será tiempo de presentarse. ¿Esta dentro Antonio dos Vasconcellos?

—Supuse que se le impediria la entrada, y he tenido medio de hacerle esconder por medio de una camarera de doña Guiomar.

—¿Y esa camarera?....

—Es interesada por una parte y hermosa por la otra: ella nos sirve por oro, y el garzon ha caido en un lazo de amor: ahora mismo goza creyéndose un Amadis.

—Bien, muy bien, mi querido maestro; vuestro ingenio y vuestro cariño me obligan..... concluyamos de una vez..... ya es la hora, y las personas de la farsa deben estar prevenidas, no les hagamos esperar. Aguardadme aquí. ¡Ah! ¿Dónde está escondido el señor Antonio dos Vasconcellos?.....

—En el retrete de la derecha de la cámara.

—Adios, pues.

—Que os dé tino, mi amado, mi amadísimo discípulo. Acor daos de este pobre mártir, y sobre todo de que me dejais en un lugar de peligro..... como quien dice, en un punto avanzado de- lante del enemigo.

—¡Oh! descuidad, descuidad don Gonzalo, y procurad que el miedo no os haga cometer una torpeza.»

Este diálogo había tenido lugar en medio de la galería. Bel- trañ de la Cueva adelantó, entró por medio de la antecámara, y se detuvo al ver que el tío Marcos se detenía pálido delante de él.

—«¿Qué hay, mi viejo amigo? le dijo.

—Id con cuidado, señor.

—Con cuidado, ¿y por qué?

—Perdonadme, señor, pero.....

—Comprendó: te han aterrado, mi buen Marcos; pero sobre todo, eres leal; esto es raro; no importa, cuéntate con una renta para que no tengas que entrar más en esta antecámara.

—¡Ah, señor!

—¡Silencio! Lleva esta carta á tu señora.

—¡Pero!.....

—Llévala y no temas.... vamos....

Beltrañ y el tío Marcos entraron. El primero esperó en otra antecámara y el portero siguió adelante.

Dos habitaciones más allá levantó un tapiz y dijo mesura- damente:

«¿Me da venia la señora?»

Una dama que se ataviaba delante de un espejo, rodeada de doncellas se volvió, y al ver al portero con una carta en la ma- no, le indicó con una seña que se acercase; entró el tío Marcos,

la dama tomó la carta, la leyó, palideció, despidió á las doncellas y dijo al portero.

«Que pase.»

El tio Marcos salió. Doña Guiomar, que ella era la dama, leyó otra vez la carta:

«Se nos quiere perder, decia: estamos rodeados; si pronunciais una palabra imprudente, nos comprometemos delante del rey, y esto podria ser fatal. Recíbeme como si no nos amásemos, y no me contradigas por duras que puedan ser mis palabras. Bien sabes cuanto te amo. Rompamos por esta situacion, y despues te mostraré quanto te adora.—Tu *Beltran*.» Por bajo se leía.

«Destruye esta carta.»

Doña Guiomar tenia aun la carta en la mano cuando entró Beltran: esto habia sido calculado. El jóven ejecutaba una operacion atrevida en que no tenia mas punto de apoyo que su serenidad y su audacia.

Al besar la mano á doña Guiomar la tomó la carta, la guardó y la dijo.

«Eres una imprudente,» y luego añadió en voz alta. «Os he pedido una audiencia en esta carta, señora, porque la situacion en que os encontráis colocada, hace de todo punto necesario vuestra separacion de la corte.»

—¿Qué es esto? dijo doña Guiomar, en voz baja y trémula.

—¡Silencio, Guiomar, por Dios; nos escuchan! y levantando la voz añadió: se murmura en la corte.....

—¡Que se murmura en la corte, caballero! ¿Y de qué?

—Dé vuestra intimidad con el rey.....

—¿Y quién se atreve?.....

—Dicen que habeis seguido á su alteza en montería..... prestando enfermedad para que no se notase vuestra falta al servicio de la reina..... á mas de eso se dice que dais escándalos.»

Doña Guiomar no sabia lo que la acontecia; recordaba la carta que acababa de leer, en que Beltran la preparaba para que se contuviese ante lo duro de sus palabras, y aquellas palabras habian llegado; ademas, escitada su atencion por el aviso de

Beltran, creia haber escuchado ruido en las habitaciones inmediatas.

— «¿Se me acusa de escándalo? dijo sin poder contenerse.

— Dispensadme, señora, si me veo obligado á que por vuestro propio decoro os separeis algun tiempo de la corte.

— ¿Y con qué derecho me prescribis esas órdenes, caballero?

— Con el derecho que me da vuestra conducta, dijo Beltran de la Cueva, que habia visto asomar á un tapiz la impaciente cabeza de Enrique IV.

Doña Guiomar dió un grito, y retrocedió al verle; el rey apareció enteramente.

«¡Eh, eh! ¿qué sucede aquí? dijo; parece que os acusan, mi hermosa princesa, y cuando esto sucede..... veamos qué pruebas teneis, don Beltran.

— Sí, veamos qué pruebas teneis, caballero, exclamó con audacia doña Guiomar.

— No queria yo por cierto pasar tan adelante. Pero ya que me pedís pruebas, puedo deciros que las tengo al alcance de mi mano.

— ¿Pruebas contra mi amor al rey?....

— ¡Vuestro amor al rey! exclamó una voz vibrante detrás de la puerta mientras aparecia tras ella una persona. Era la reina.

Doña Guiomar retrocedió; pero rehaciéndose se encaró audazmente á la reina, señalando á Enrique IV.

«Pedid cuenta de este escándalo al rey, señora, no á mí; no es mia la culpa si su alteza me ha preferido....»

Aquella era una insubordinacion femenil, una de esas insubordinaciones que son, consideradas bien, las mas terribles.

«¿Qué significa esto, doña Mencía? dijo el rey llegando á la puerta por donde habia salido, y sacando de la mano á la muger de Hernando de Carrillo. No era esto por cierto lo que me habiais dicho que veria.»

Doña Mencía palideció de cólera y lanzó una profunda mirada á Beltran de la Cueva.

«Os dije, señor, que veriais un escándalo, y esto sucede. La manceba se levanta audaz contra la legítima esposa.»

—¿Sabeis don Beltran, exclamó el rey, que esta es una verdadera trampa de lobo que se nos ha armado, no se por qué? Pero habeis dicho que teniais al alcance de la mano pruebas contra la virtud de esta dama (añadió mirando á doña Guiomar), veamos esas pruebas, no quiero que paseis por calumniador, y ante todo, para mí, es la pureza de las costumbres, ¿eh? ¿no es verdad?»

Estas palabras eran un hediondo sarcasmo en el rey: el escándalo era soberano, y dominaba á todos, menos á Enrique IV, que nunca se sentia mejor que cuando se encontraba en estas situaciones, á las que de antiguo estaba acostumbrado.

«Ya os he dicho don Beltran, repitió el rey impaciente, que no quiero que paseis por calumniador, esa prueba.... ¿Dónde está esa prueba?»

Beltran arrojó por todo; tenia ante sí á la reina, conocia que el pensamiento de doña Mencía al preparar aquel escándalo habia sido inutilizarle, y se sostuvo firme: entró en el retrete que le habia indicado el arcediano, y sacó de él, casi arrastrando, á Antonio dos Vasconcellos.

«¿Qué haciais ahí? exclamó con voz de trueno el rey, olvidándose de todo decoro.»

El paje se arrojó á sus pies, tembló, balbuceó y lo confesó todo.

«Teneis razon, señor Beltran de la Cueva, dijo la reina, que hasta entonces habia observado demudada, trémula; el desorden es ya vergonzoso.... increíble; en cuanto á mí, me pesa en verdad haber cedido á la curiosidad.... este no es mi lugar.... Quedad á Dios, señor.... seguid escarneciendo á vuestra esposa.... sea en buen hora.... en cuanto á vos, doña Mencía, os doy gracias por haberme procurado la certeza de que la corte de Castilla es un lupanar, en que es necesario ser muy impudente para imitar á la impudencia de que se nos da ejemplo.»

Y sin decir mas, desapareció por donde habia venido, y Beltran respiró, se vió libre y lanzó una mirada de triunfo á doña Mencía, que le contestó con otra de muerte.

«Decididamente no entiendo una palabra de esto, exclamó el rey lanzando una cínica carcajada: compónte como mejor te parezca, Beltran.... y enviame á este mozo á un castillo de la frontera, y á doña Guiomar á un convento.»

La cortesana, al escuchar esta terrible sentencia, dió un grito y se desmayó; el rey salió segun su costumbre, como quien huye, y quedaron frente á frente doña Mencía y Beltran.

«¡Odio á muerte, miserable! exclamó la jóven asiéndole con furia de un brazo. Me has vendido, ¡pero ay de tí, ay de ella! ¡ámala, véndete á su ambicion! ¡pero acuérdate de mí!»

Doña Mencía desapareció á su vez, atravesó las habitaciones, pasó tremula por delante del arcediano, atravesó la galería, bajó como un torbellino las escaleras, se detuvo á su pié, y gritó:

«¡Hernando!»

El capitan del rey apareció tras una puerta.

«Ese miserable nos ha vendido, y Beltran de la Cueva me ha vencido. Maña.»

Tras esto desapareció como una fatalidad, y el capitan del rey subió pausadamente la escalera, y entró en la galería.

El arcediano que avanzaba, se estremeció y se detuvo.

«¿Sabeis que soy el hombre mas feliz de la tierra, señor arcediano? le dijo el capitan poniéndosele delante.

—¿De veras? ¡sí! pues me alegro, yo deseo la felicidad de todo el mundo..... vuestra muger, ya os lo decia yo, vale un tesoro.

—Y bien, venia á buscaros.

—¿A buscarme?

—Mi muger os convida..... á nuestra comida de bodas, porque estas son unas bodas; algo tardías, es cierto, pero por lo mismo, mas sabrosas..... con que nos acompañareis, ¿eh?»

Tenia tal espresion de franqueza y de lealtad el semblante de Hernando de Carrillo, que el arcediano perdió el miedo: creyó que su reciente felicidad habia suavizado el carácter del capitan, y se asió á su brazo adelantando hácia las escaleras.

«¿Sabeis, señor arcediano, que me admira el que estando tan gordo os aventureis por este endiablado caracol? es peor,

mucho peor que el de vuestra colegiata de Úbeda, y ya recordareis..... hace un año que por poco me rompo en el la crisma.

—Eso consiste en la irreflexion de los pocos años, contestó el arcediano, haced lo que yo, despacio y pié sentado, dijo poniendo el pié en el primer peldaño.

—¡Cuidado! ¡cuidado con resbalar, don Gonzalo!

—Descuidad, señor capitán.....

— ¡Oh! por descuidado. ¿Os acordais de vuestrós antiguos consejos acerca de mi muger?

—Consejos que os han servido admirablemente.

—Pero el fuego me ha llegado á la cara, exclamó sombríamente Hernando de Carrillo dando un furioso empellon al arcediano.

—*Miserere mei Domine*, gritó el desdichado cayendo de cabeza por las escaleras, hasta cuyo fin no cesó de escucharse el ruido de su cuerpo que rebotaba en los peldaños.»

El capitán bajó precipitadamente, y encontró á su pié al arcediano arrojando sangre por la boca y por los oídos, con el cráneo abierto, y muerto.

«¡Diablo! exclamó; ¡no ha sido malo encontrar tan á mano unas escaleras!.... hē aqui una odre reventada; ello era preciso que este bribon acabase asi.»

Cuando bajó por allí mismo Beltran de la Cueva, encontró el cadáver del arcediano rodeado de la servidumbre del alcázar, y á Hernando de Carrillo que decia con acento de conmiseracion:

«Este buen señor ha cometido una imprudencia en bajar estando tan gordo, unas escaleras tan pendientes y tan resbaladizas.»

Beltran de la Cueva se detuvo un momento y murmuró:

«Hé aqui un miserable menos.»

Aquella tarde, doña Mencia de Padilla, su marido, el maestro de Calatrava, el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo y todos los caballeros de su bando, salieron desterrados de la corte; doña Guiomar fue conducida al convento de benedictinas de Toledo, del que andando el tiempo fue abadesa, y aquella nc-

che, don Beltran de la Cueva, entró en altas horas en la cámara de la reina.

Algunos años despues, una infanta, que se llamó doña Juana la Beltraneja, fue el resultado de aquellos amores que se habian llevado á cabo por cima de tanta sangre, de tantas intrigas, y de tan estraños rodeos.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO Y DEL TOMO I.

INDICE

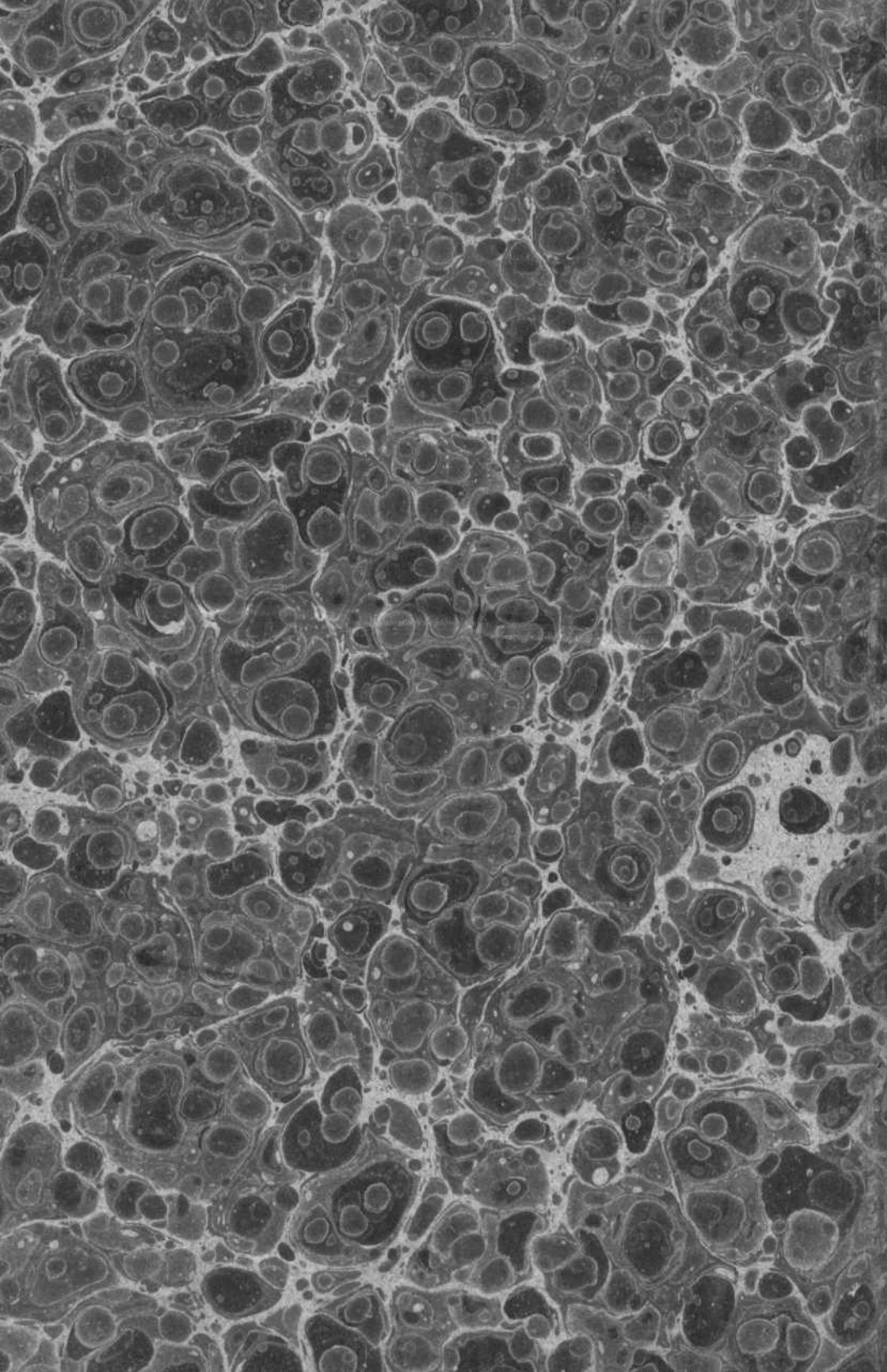
DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

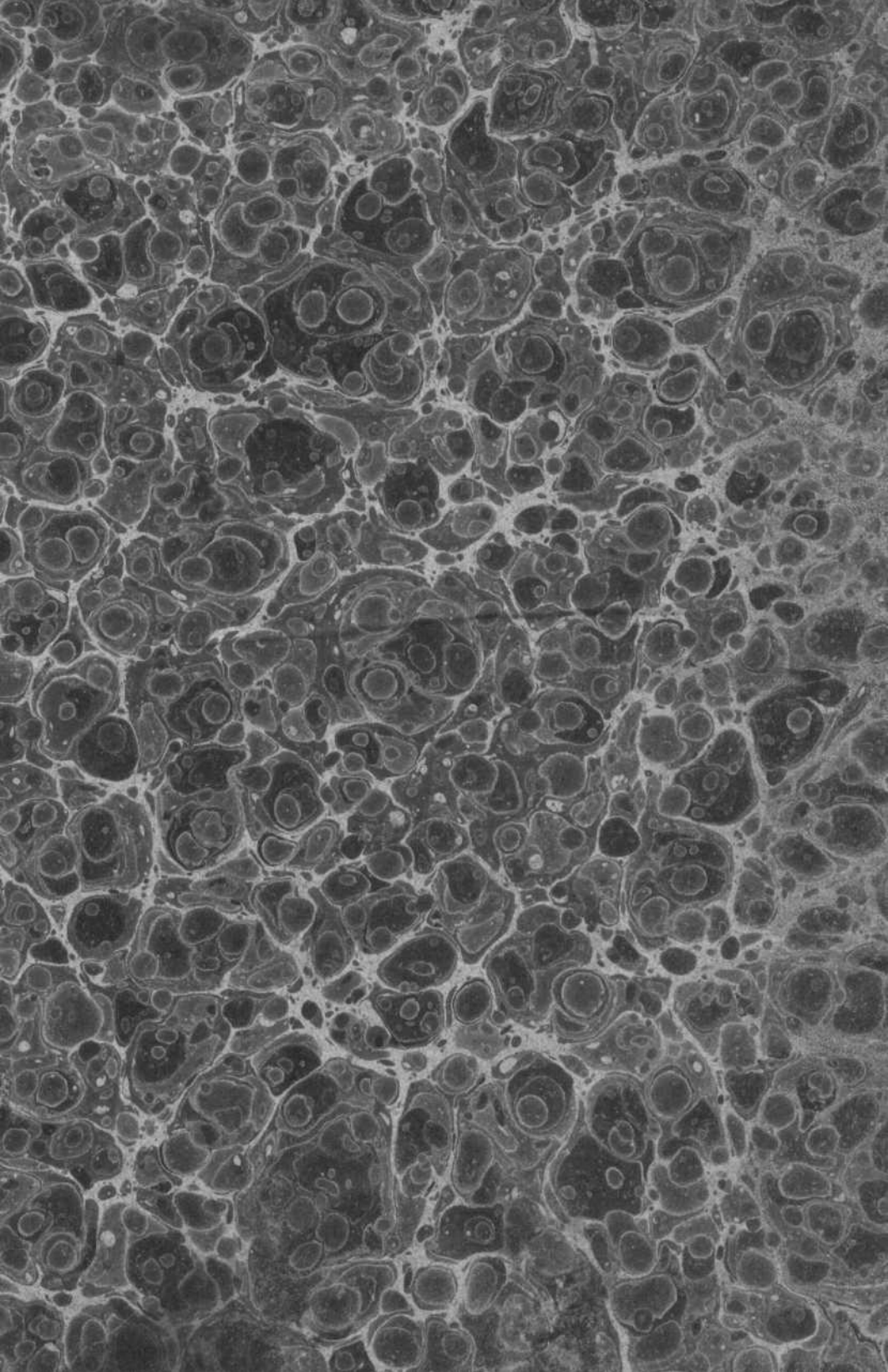
	Págs.
LIBRO PRIMERO.—Beltran de la Cueva.	3
CAP. I. De cómo la ambicion de un arcediano y el amor de una dama, hicieron dar los primeros pasos á Beltran de la Cueva en la senda de la fortuna.	id.
CAP. II. De cómo don Gonzalo empezó á probar á un tiempo los inconvenientes y las ventajas de ser confesor de una dama noble y hermosa.	20
CAP. III. De cómo Beltran de la Cueva se hizo un enemigo, y sacó en claro que amaba en una á dos mugeres.	35
CAP. IV. En que Beltran da una estocada y empena una palabra.	57
CAP. V. En que el arcediano, sin saber cómo, se encuentra metido en un laberinto.	75
CAP. VI. En qué el autor sigue ocupándose del arcediano.	98
CAP. VII. De lo que pasó entre Beltran y Blanca en el camino de la casa del marqués de Santillana, y lo que despues aconteció al primero con su padre.	108
CAP. VIII. De cómo un almuerzo puede utilizarse para rebeldías.	149
CAP. IX. De como sin saber cómo, Beltran de la Cueva añadió una recomendacion personal á la que llevaba escrita para el gran maestre.	134
CAP. X. En que el gran maestre empieza á comprender á Beltran.	138
CAP. XI. Que sirve para dar una muestra de lo que era un ejército en el siglo xv.	147
CAP. XII. Beltran, creyendo servir de resguardo á doña Mencía de Padilla, se encuentra con que es asimismo guardian de Mencía de Mendoza y de la niña Blanca.	157
CAP. XIII. De lo que aconteció á Beltran en el aposento de doña Mencía de Padilla en el meson de la Herradura de oro.	169
CAP. XIV. De como cumpliendo su comision Beltran de la Cueva,	

conoció, además de que era profundamente amado por Blanca, al comendador Sancho Jimenez de Solís.	180
CAP. XV. De como su habilidad en jugar á la pelota abrió á Beltran de la Cueva las puertas del favor de Enrique IV.	202
CAP. XVI. En que empieza á comprenderse la razon de los favores que hacia el maestre á Beltran de la Cueva.	220
CAP. XVII. De cómo se entendieron don Pedro Giron y don Beltran de la Cueva.	229
CAP. XVIII. De como la corte salió á recibir á la infanta.	236
CAP. XIX. De cómo el rey encontró demasiado flaca á la infanta, y bastante rolliza á su dama doña Guiomar.	244
CAP. XX. De como hubo justas y toros, y se comió hidalgamente, y danzaron el rey y la reina con quien el lector verá; y de cómo en estas fiestas hubo suspiros, desmayos, celos y otras cosas que por largas aqui no se contienen.	252
CAP. XXI. De cómo eran los teatros y los cómicos de entonces.	271
CAP. XXII. De como se hicieron amigas la reina y doña Mencía de Padilla.	284
CAP. XXIII. El rey se divierte.	297
CAP. XXIV. Una escena de matrimonio.	303
CAP. XXV. De cómo fue el casamiento de Beltran de la Cueva.	310
LIBRO SEGUNDO.—Doña Juana de Portugal.	315
CAP. I. En que sigue agarrándose á sus adherentes el arcediano.	317
CAP. II. De como don Pedro Giron se vió obligado á valerse de su primo Hernando de Carrillo.	332
CAP. III. De como Hernando de Carrillo contribuyó á deshacer el pacto á Blanca, lo que habia hecho doña Mencía de Padilla.	340
CAP. IV. De como la dama que recibió á Juan Rodríguez en el alcá- zar le dejó en las mismas dudas que antes.	348
CAP. V. De cómo hicieron su caza el marqués de Villena y el maes- tre de Calatrava.	361
CAP. VI. De lo que resultó de la entrevista entre Beltran de la Cueva y el gran maestre de Calatrava.	369
CAP. VII. De cómo Beltran de la Cueva tuvo ocasion de desfogar la cólera de que le habia provisto el gran maestre de Calatrava con- tra una dama, un embajador moro, y otro embajador cristiano.	376
CAP. VIII. En que el autor prosigue el asunto del anterior respectó á los embajadores moro y cristiano.	387
CAP. IX. De lo que aconteció aquella noche en el alcázar.	395
CAP. X. De como algunos dias despues se turbó horriblemente una fiesta de bodas.	410
CAP. XI. Intrigas y enredos.	417

CAP. XII. De como al fin pudo Juan Rodriguez conseguir algo de la dama encubierta , y de como seguidamente lo perdió todo. . . .	424
CAP. XIII. De como servia para todo , hasta para la sangre , el arcediano.	435
CAP. XIV. De la treta de que se valió el arcediano para salir adelante de su compromiso.	442
CAP. XV. De como Beltran de la Cueva se acercó á su ambicion en amor.	452
CAP. XVI. En que Hernando de Carrillo , despues de once años de ser esposo , se creyó por la primera vez marido.	461
CAP. XVII. De la esplosion que causaron los celos de doña Mencia en el alcázar , y de como el arcediano sacó la peor parte. . . .	466









DE ISABELLA
LA
CATOLICA

G 41719